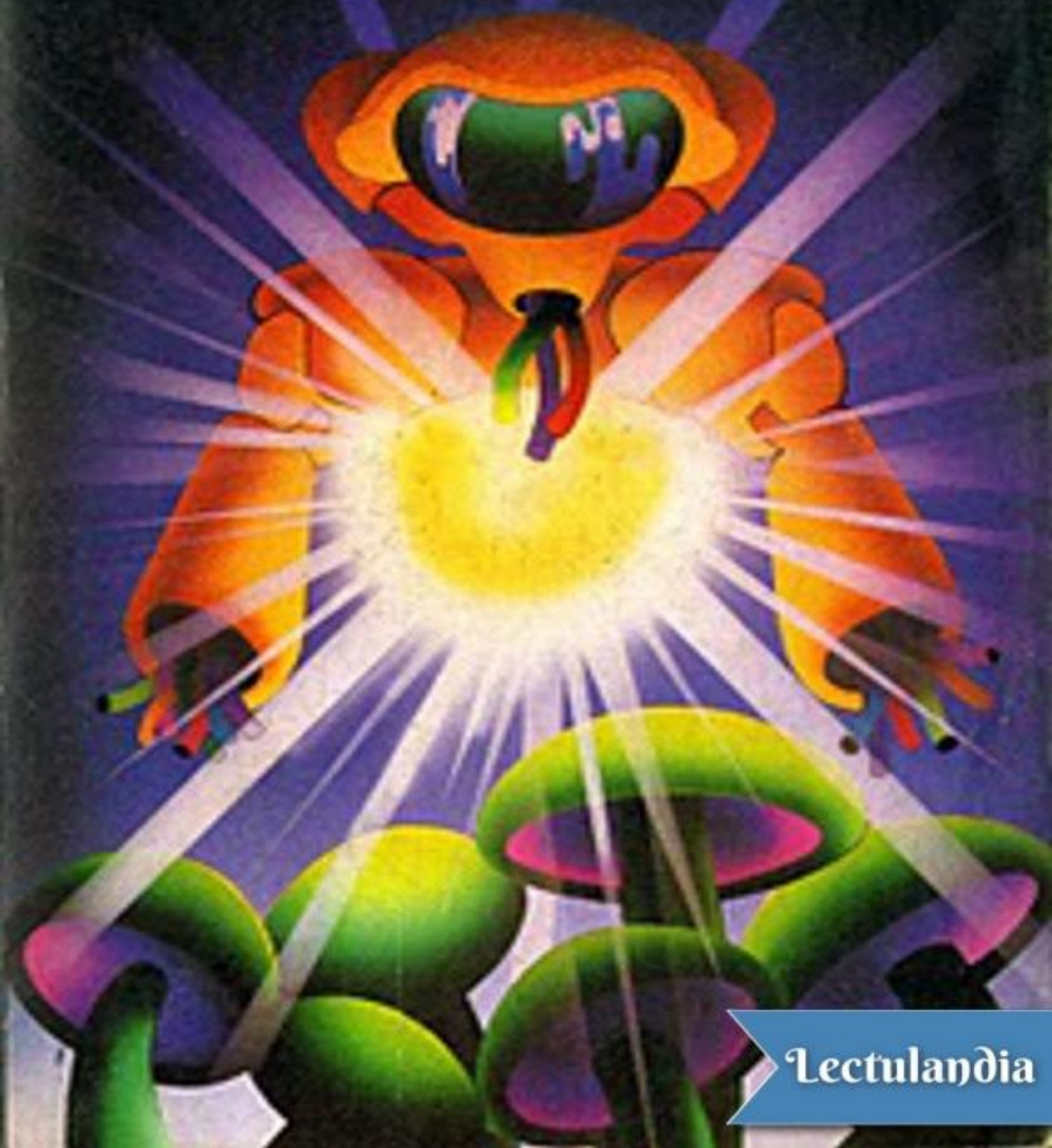


LOS MEJORES RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN

LA ERA DE CAMPBELL

1936-1945

SUPER  
FICCIÓN



Lectulandia

MICHAEL ASHLEY ha emprendido la tarea de historiar la ciencia ficción a través de las revistas. Su obra es, pues, una historia y una antología del relato corto de ciencia ficción. El periodo abarcado en esta primera entrega (1939-1945) prolonga el estudiado por I. Asimov en los dos tomos de La edad de oro (núms. 7 y 12 de esta colección), y Ashley se muestra aquí dotado de rigor selectivo y conocimiento de la materia no inferiores a los del gran maestro. Una introducción histórica de 30.000 palabras precede a los diez relatos (uno por año) que forman esta antología crítica.

**Lectulandia**

Michael Ashley

**Los mejores relatos de ciencia ficción.  
La era de Campbell 1936-1945**

**Super Ficción - 19**

ePUB r1.3  
arthur 01.11.13

Título original: *The History of the Science Fiction Magazine Part 2 1936-1945*

Michael Ashley, 1975

Traducción: Jordi Arbonés

Diseño de portada: Salinas Blanch

Relatos incluidos:

- ***El Círculo de Cero*** (*The Circle of Zero*, **Stanley G. Weinbaum**, 1936) - [Relato Corto]
- ***El Buscador del Mañana*** (*Seeker of Tomorrow*, **Eric Frank Russell & Leslie J. Johnson**, 1937) - [Novela Corta]
- ***El Paraje Muerto*** (*The Dead Spot*, **Jack Williamson**, 1938) - [Relato]
- ***El Triángulo de Cuatro Lados*** (*The Four-Sided Triangle*, **William F. Temple**, 1939) - [Relato]
- ***El Solitario de los Anillos de Saturno*** (*Hermit of Saturn's Ring*, **Neil R. Jones**, 1940) - [Relato Corto]
- ***El Abismo*** (*The Abyss*, **Robert A. W. Lowndes**, 1941) - [Relato Corto]
- ***Allá Arriba*** (*Up There*, **Donald A. Wollheim**, 1942) - [Relato Corto]
- ***Casi Humano*** (*Almost Human*, **Robert Bloch**, 1943) - [Relato Corto]
- ***El Transgresor del Tiempo*** (*Wanderer of Time*, **John Russell Fearn**, 1944) - [Relato Corto]
- ***El Poder*** (*The Power*, **Murray Leinster**, 1945) - [Relato Corto]

Editor digital: arthor

ePub base r1.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Aunque la responsabilidad, así como todos los errores, en la elaboración y compilación de esta obra me pertenecen, la tarea hubiera sido más ardua y el resultado más deficiente de no haber contado con la ayuda de muchas personas, entre ellas, Walter Gillings, Ejler Jakobssen, Leslie J. Johnson, Robert A. W. Lowndes, Forrest J. Ackerman, Frank Parnell, T. Stanhope Sprigg, William F. Temple, John Eggeling y, en particular, con la hercúlea colaboración de Philip Harbottle. Para ellos, y para quienes haya omitido mencionar, mis gracias más sinceras.

## Prefacio

Sin duda la ciencia–ficción goza, en la actualidad, de un período de nostalgia, en *compañía del cine, la televisión* y la mayoría de los otros medios de entretenimiento. Si consideramos que las respectivas historias siguen un curso coincidente, entonces quizá no nos resulte tan sorprendente.

La industria cinematográfica, por ejemplo, surgió de los esgarces experimentales de la década de 1890, se consolidó durante la era del cine mudo y floreció al entrar en la época *del sonoro*, en 1926. Asimismo, en el mes de enero de 1926, John Logie Baird realizó una demostración con todo éxito de su rudimentario, pero sin embargo efectivo, sistema de televisión. Y fue en abril de 1926 que el editor norteamericano Hugo Gernsback lanzó la publicación pionera del género de ciencia–ficción «Amazing Stories».

Al cabo de cincuenta años, «Amazing Stories» sigue existiendo. Con un editor diferente, con un editor distinto, con otro formato y, lo que es más notable, ofreciendo un estilo y una forma de ciencia–ficción de un carácter muy diferente también. La publicación ha visto cómo el género pasaba por dos *booms*, una Depresión casi fatal, una guerra mundial, el nacimiento de la Era Nuclear, el descenso del hombre en la Luna y durante su curso la ciencia–ficción ha madurado al evolucionar desde los cuentos de científicos megalómanos, enloquecidos con sus inventos destructores del mundo, hasta las sesudas extrapolaciones de las tendencias actuales en poner de relieve los posibles efectos en las sociedades del futuro.

Y durante ese medio siglo, el campo de batalla donde los escritores han expuesto sus puntos de vista acerca de los efectos de la ciencia en la humanidad lo han constituido, en su mayor parte, las publicaciones especializadas mismas. Calumniadas y denigradas, ellas han sido con propiedad el telón de fondo de la ciencia–ficción, ofreciendo la oportunidad de aprender su oficio a escritores como Isaac Asimov, Robert Heinlein, Arthur Clarke y John Wyndham.

El presente volumen se ocupa de diez turbulentos años: desde abril de 1936 hasta marzo de 1946. Se inicia cuando Norteamérica se estaba recobrando de la Depresión y concluye cuando el mundo se recuperaba de la guerra. En el campo de la ciencia–ficción, ése fue uno de los períodos más fructíferos, que presencié las primeras apariciones de escritores de la talla de Asimov, Heinlein, Theodore Sturgeon, A. E. van Vogt, Lester del Rey, L. Sprague de Camp y muchos más. Para ofrecer una muestra de la producción de estos años, he elegido diez narraciones, una de cada uno de dichos años. En las páginas siguientes el lector encontrará los autores más famosos codeándose con los olvidados. Incluyen una temprana colaboración de Eric Frank Russell, *Seeker of Tomorrow* (El buscador del mañana), un cuento calificado de

clásico muchas veces pero que, no obstante ello, ¡jamás ha sido reimpresso hasta la fecha! Hay también una narración de Stanley G. Weinbaum, injustamente olvidada; una torva lección del maestro de los guionistas de los filmes de horror, Robert Bloch, además de otras siete fascinantes historias que nos recuerdan la variedad y vastedad de temas que nos ha ofrecido la ciencia–ficción.

Por un momento, permita el lector que este libro sea su máquina del tiempo, propulsada por su imaginación. Trasládese a los días en que las revistas de aventuras conservaban el cetro de la popularidad, cuando el mundo de la ciencia–ficción se encontró de pronto sin la presencia de Hugo Gernsback, si bien ya alboreaban los tiempos felices de John W. Campbell.

Feliz viaje...

MIKE ASHLEY

*Junio de 1975*

# **Introducción: El auge de la ciencia ficción**



## 1. La historia hasta aquí...

En 1936, la proliferación de revistas de aventuras en los quioscos callejeros difícilmente habría pasado inadvertida al observador más distraído. Debido a la mala calidad del papel en que se imprimían, se las llamaba vulgarmente «pulps», y los llamativos colores de sus tapas atraían la vista del ciudadano caviloso dondequiera que se aventurara. Si bien se las encontraba en Gran Bretaña, constituían, en conjunto, un fenómeno norteamericano, y sus editores se concentraban principalmente en la ciudad de Nueva York.

La primera publicación verdaderamente «pulp» fue «The Argosy», editada por Frank A. Munsey, que vio la luz en 1882 como un «pulcro» semanario juvenil, pero con el número de octubre de 1896 se convirtió en «pulp». Contenía un amplio espectro de literatura de imaginación: narraciones del Oeste, históricas, de misterio, policiales y no en menor medida científicas. Munsey agregó otros títulos a su grupo, siendo las más destacadas, entre dichas publicaciones, «All–Story», «Cavalier» y «Munsey's».

Gradualmente, las revistas de Munsey empezaron a incluir cada vez más narraciones de ciencia–ficción; el verdadero furor se produjo con la publicación de *Under the Moons of Mars* (Bajo las lunas de Marte), de Edgar Rice Burroughs, que apareció en forma de serie en «All–Story» de febrero a julio de 1912. Burroughs siguió con más aventuras de John Carter y Dejah Thoris, así como con las de Tarzán, que comenzaron en el número de octubre de 1912. A partir de entonces la ciencia–ficción ocupó un lugar destacado en las publicaciones periódicas.

Los competidores más importantes de Munsey fueron Street & Smith, la primera firma en este campo que publicó una revista especializada: «Detective Story», en 1915.

(Hasta aquel entonces, sólo una publicación periódica para niños, la «Frank Reade Library», se había especializado en algún género, es decir, en las historias de «invención». Con frecuencia se le cita como la primera publicación de ciencia–ficción, que era una serie presentada en rústica). Street & Smith continuaron experimentando y mantuvieron una revista de ciencia–ficción casi olvidada, en el formato de «The Thrill Book», de la cual aparecieron dieciséis números durante 1919. Aunque contenía mucha literatura de ciencia–ficción, también publicaba una considerable proporción de otros géneros.

Mientras tanto, prosperaban las publicaciones de detectives: en 1920 se produjo el

nacimiento de la legendaria «Black Mask», y en 1922, el editor Jacob Henneberger lanzó «Detective Tales». A continuación la hizo acompañar por «Weird Tales», cuyo primer número apareció en marzo de 1923. Había nacido la primera publicación de literatura fantástica.

«Weird Tales» no era una revista de ciencia–ficción, pero publicaba más material de este género del que su nombre implica. Lamentablemente, no tuvo un éxito instantáneo y casi murió al cabo de un año. Sin embargo, Henneberger tenía fe en la publicación, y llegó a un acuerdo con la Popular Fiction Company de Chicago, empresa que continuó editándola con Farnsworth Wright como director. A partir de aquel momento fue creciendo una leyenda.

Si bien Alemania y Rusia pueden reclamar con justicia la prioridad en el campo de la ciencia–ficción, la primera publicación periódica íntegramente dedicada al género en lengua inglesa apareció por fin en abril de 1926: «Amazing Stories». Su director–editor, Hugo Gernsback, alimentaba el ideal de que se podía enseñar ciencias mediante la literatura de imaginación, y «Amazing Stories» era meramente un apéndice de los periódicos científicos que había publicado desde el año 1908, y que contenían regularmente narraciones de ciencia–ficción desde 1911. El número de agosto de 1923 de «Science & Invention» fue especialmente dedicado a la «fantaciencia», y Gernsback planeaba proseguir con ello mediante una publicación del mismo nombre. Pero el proyecto fue archivado durante casi tres años antes de que «Amazing» apareciera en los quioscos. El éxito fue inmediato. Habiéndose iniciado con material reeditado, gradualmente empezó a publicar cada vez más narraciones inéditas y el año 1928 fue testigo de la aparición de un considerable número de nuevos talentos. Entre los nuevos nombres figuran los de David H. Keller, Stanton A. Coblentz, Jack Williamson y E. E. Smith. Ése mismo año publicó una revista complementaria, «Quarterly», siguiendo el éxito alcanzado por un «Annual» de 1927.

En 1929, Gernsback fue llevado al campo de la administración judicial, y «Amazing» y el «Quarterly» pasaron a manos de un nuevo editor (con el director gerente de Gernsback, T. O’Conor Sloane, a cargo). Gernsback se esforzó en regresar al campo editorial, constituyó una nueva empresa y lanzó «Science Wonder Stories», «Air Wonder Stories», «Wonder Stories Quarterly» y «Scientific Detective Monthly». La última de las nombradas desapareció después de haberse publicado diez números, y las dos primeras se fundieron en «Wonder Stories» durante el año 1930. Ése mismo año vio aparecer una publicación completamente nueva, «Astounding Stories», de la cadena editorial de revistas de William Clayton.

Ni «Amazing» ni «Wonder» eran en rigor revistas «pulp», aunque posteriormente adquirieron ese carácter. Inicialmente tenían un formato mayor, 21 x 27 cm, en comparación con el tamaño estándar de los «pulp», 17,5 x 25 cm. El papel era de una calidad ligeramente superior. Tenían los bordes recortados, un verdadero deleite, pues

era imposible hojear una revista «pulp» sin quedar cubierto de una capa de *confetti*.

«Astounding Stories», no obstante, era una sincera revista de aventuras carente de la pretensión de enseñar ciencias por medio de la literatura de imaginación, Su director, Harry Bates, buscaba aventuras y las encontró. «Astounding Stories» prosperó.

En 1933 Estados Unidos soportó la peor depresión de todos los tiempos. Muchos editores y publicaciones zozobraron; la ciencia-ficción no se salvó de la marejada.

«Astounding Stories» falleció en marzo sólo para renacer en octubre, ahora en manos de Street & Smith, quienes pusieron a F. Orlin Tremaine como director. Astuto como era, Tremaine instituyó una política de publicar material original que tuviera impacto —«variantes imaginativas»—, que recibió amplia respuesta de parte de un grupo de escritores que incluía a John Russell Fearn, Nathan Schachner, Donald Wandrei, Murray Leinster y Jack Williamson.

Para no dejarse eclipsar, Charles Hornig, el novel director de diecisiete años de «Wonder Stories», anunció su «flamante política» y publicó la excelente prosa de imaginación de Edmond Hamilton, Alan Connell, M. M. Kaplan y, sobre todo, de Stanley G. Weinbaum. «Astounding» no tardó en copar el mejor material de Weinbaum, el cual es recordado con profunda nostalgia, y se ha reeditado con frecuencia.

Sólo «Amazing» quedó rezagada en esta lucha por la originalidad, pero eso era lo que podía esperarse de su director de ochenta y dos años. Número tras número, «Amazing» fue cayendo en un estado de agonía y se mantuvo con vida sólo merced a la lealtad de sus lectores.

A comienzos de 1936, Gernsback, sorpresivamente, anunció que retiraba «Wonder Stories» de los canales de distribución a quioscos. A partir de entonces, solamente podía ser adquirido mediante suscripción, y solicitó a los lectores que prestaran su apoyo a *este* sistema. Para su gran decepción, éstos no lo hicieron. Al cabo de diez años exactos desde que Gernsback lanzara «Amazing», apareció el que debería ser el último número de «Wonder Stories», y Gernsback abandonó la escena, dejando a Tremaine y «Astounding» reinando soberanos en el campo.

## 2. La calma que precede la tormenta

Sigamos a un fanático de la ciencia–ficción norteamericano mientras se acerca al quiosco de su localidad, un día cualquiera del mes de abril de 1936. ¿Qué encontrará en él? Puesto que la mayoría de las publicaciones aparecían el mes anterior al de la fecha que figuraba en la cubierta, el número de mayo de 1936 de «Astounding Stories» estaría aguardándole. A un costo de sólo veinte centavos, sus 160 páginas incluían el comienzo de una nueva serie, *The Comztees* de Jack Williamson (la ansiosamente esperada secuela de su epopeya *La legión del espacio*), y el final de *Spawn of Eterna Thought* (Engendro del pensamiento eterno) de Eando Binder. Estaba John Russell Fearn con su inspirada continuación de *Mathematica*, *Mathematica Plus*; y *Eliminación* del brillante autor «novel» Don A. Stuart. Narraciones de Frank Belknap Long, D. D. Sharp, Raymond Z. Gallun y Clifton B. Kruse redondeaban su contenido. Nuestro hipotético aficionado hubiera saboreado este número con deleite.

¿Qué otra cosa le habría llamado la atención? Como sea que «Amazing Stories» aparecía ahora cada dos meses, en el quiosco aún se exhibiría el número de abril, su edición conmemorativa del décimo aniversario. Ello, sin embargo, no se anunciaba en la cubierta, en la que Leo Morey representaba una escena de *Labyrinth*, la novena de la serie del profesor Jameson, por Neil R. Jones. Una serie tan popular que seguramente atraía a los compradores aun cuando «Amazing» costaba veinticinco centavos, cinco centavos más que «Astounding», a pesar de tener sólo 144 páginas (dieciséis menos que su rival).

Además de *Labyrinth* contenía la última parte de la intrigante novela de Joe Skidmore, *The Maelstrom of Atlantis* (El remolino de Atlantis), y la original narración de Isaac Nathason, *A Modern Comedy of Space* (Una comedia moderna del espacio). Por otra parte el único autor de nota era Edmond Hamilton con *Intelligence Undying* (Inteligencia imperecedera), Hamilton, uno de los más destacados autores del género, había colaborado con frecuencia en «Amazing» desde 1928, aunque hizo su primera aparición en «Weird Tales» dos años antes. Si Jones no hubiera asegurado la venta de este número, Hamilton lo habría hecho.

Pero ¿qué más? Éste examen habría agotado las revistas de ciencia–ficción. Sin embargo, en mayo de 1936, podía conseguirse «Weird Tales», con la deslumbrante ilustración de la cubierta, obra de Margaret Brundage, para *The Devil's Double* (El doble del diablo) de Paul Ernst. Pero ello no era un motivo para desalentar a nuestros

lectores, puesto que una mirada al índice les habría revelado nombres muy familiares: Edmond Hamilton con *Child of the Winds* (Hijo de los vientos), Jack Williamson y la segunda parte de su serie *The Ruler of Fate* (El príncipe del destino), Manly Wade Wellman y *The Horror Undying* (El horror imperecedero). Wellman había aparecido en muchas revistas de ciencia-ficción y era un colaborador habitual de «Weird». Un punto importante a favor de dicho número lo constituía la reedición del clásico de Donald Wandrei *The Red Brain* (El cerebro rojo), correspondiente al número de octubre de 1927, uno de los mejores ejemplos de ciencia-ficción publicado en «Weird». También estaban presentes Robert Bloch, August Derleth y Seabury Quinn.

Tres ejemplares a un costo de setenta y cinco centavos constituirían todo lo que nuestro aficionado estaría dispuesto a adquirir, pero quizá continuaría hojeando otras publicaciones. Entonces habría encontrado los últimos números de «Thrilling Mystery», «Doc Savage», «The Spider», «Horror Stories», «Terror Tales», «Dime Mystery Magazine», el primero de «Dr. Yen Sin», «Operator # 5», «Spicy Mystery Stories» y «The Shadow» entre la superabundancia de publicaciones «pulp», todas con sus ejemplos de fantasía mediocre y de baja calidad. Poco incentivo encontraría nuestro lector de ciencia-ficción para comprarlas, de modo que emprendería felizmente el regreso a su casa con las tres revistas bajo el brazo. Dentro de unos pocos años volveremos a encontrarle.

El campo de la ciencia-ficción jamás dejó de ofrecer menos de dos títulos desde 1927, y en verdad nunca más lo haría. Con tantos editores de revistas «pulp» resulta sorprendente que sólo dos de ellos experimentaran en esa dirección, Teck Publications, que manejaba «Amazing», tenía su sede en Chicago y oficinas editoriales en Nueva York.

Street & Smith, que además de «Astounding» publicaban una considerable cantidad de publicaciones, incluyendo «Doc Savage» y «The Spider», residían en Nueva York. Éstos se contaban entre los más antiguos editores de revistas de la ciudad, cuya existencia se remontaba a 1855. En el otro extremo, Standard Magazines era la más joven de las editoriales, fundada en 1932 por Ned Pines, quien prácticamente acababa de graduarse en el *college*. Pines había fundado una cadena de publicaciones periódicas especializadas en el género de aventuras, que fue conocida como el grupo «Thrilling» por cuanto todos los nombres de las revistas empezaban con esta palabra: «Thrilling Mystery», «Thrilling Adventure», «Thrilling Detective». El jefe de redacción de esta cadena era Leo Margulies, que en otros tiempos había trabajado en la editorial de Munsey, por cuyo motivo se relacionó con muchos autores de renombre. Al ser nuevo en la actividad, Pines necesitaba a su lado alguien de la talla de Margulies, y éste resultó de un valor incalculable. Ahora, a la edad de treinta y seis años, percibía el sueldo más alto en su categoría.

Después de la desilusión sufrida por Gernsback al fracasar el sistema de

suscripciones para mantener «Wonder Stories», el famoso editor recurrió a Pines y Margulies. El resultado fue que la Standard le compró «Wonder» y la lanzó al mercado con el nombre de «Thrilling Wonder Stories» en agosto de 1936. En cuanto a formato, poco había cambiado. Contenía las mismas secciones: la Science Fiction League, la columna de cartas al director, «The Reader Speaks», «Science Questions and Answers» y «Test Your Science Knowledge». Pero por lo que se refiere a la literatura de imaginación, la diferencia era evidente. Los temas científicos se habían reducido al mínimo y se había dado mayor énfasis a la acción.

En la Standard seguían la política de que las revistas fuesen dirigidas por un equipo de tres personas, pero Margulies hizo una excepción en el caso de «Wonder», Acababa de incorporarse a la empresa Mortimer Weisinger que, juntamente con Julius Schwartz, había estado al frente de la agencia literaria Solar Sales Service. Weisinger colaboraba desinteresadamente en la dirección de «Wonder», con el criterio de que las narraciones estuviesen al nivel de los lectores más jóvenes, puesto que «Astounding» ya captaba la atención de los adultos.

A un precio de quince centavos era la publicación más económica del mercado, al alcance del bolsillo del público adolescente. La primera cubierta representaba una escena de *The Land Where Time Stood Still* (La tierra donde se detuvo el tiempo) de Arthur Leo Zagat, en la que aparecía una criatura con ojos de insecto que luchaba junto a un ser humano contra unos guerreros del pasado. Posteriormente, ese tipo de cubiertas caracterizaron a la revista. Zagat había aparecido en «Wonder» ya por el año 1930 en colaboración con Nathan Schachner, pero en realidad no era un típico escritor de «Wonder». Tampoco lo era Ray Cummings, cuya narración *Blood of the Moon* (Sangre de la Luna) constituía el relato de fondo. Y además colaboraban Paul Ernst y Otis Adelbert Kline, nombres familiares para los fanáticos de la ciencia-ficción, pero no a través de «Wonder». En realidad, los únicos autores presentes en ese número del mes de agosto de 1936, que habían colaborado con cierta regularidad en «Wonder», eran Eando Binder y Stanley G. Weinbaum, y ellos también escribían para otras publicaciones. Eando Binder era el seudónimo bajo el cual se escudaban los hermanos Earl y Otto Binder. En 1936, Earl escribía cada vez menos, y el nombre lo utilizaba Otto solo, como en *The Hormone Menace* (La amenaza hormonal) de ese número. Weinbaum había muerto trágicamente de cáncer en diciembre de 1935, y su súbita desaparición le convirtió en una leyenda. La aparición de su nombre en la revista aseguraba una fructífera venta. Aquí también figuraba Abraham Merritt con *The Drone Man* (El hombre zángano), un cuento corto que había aparecido previamente en la publicación para aficionados «Fantasy Magazine», con la que estuvo asociado Weisinger.

Quizá lo más sorprendente del nuevo número fue *Zarnak*, una historieta seriada cuya acción sucedía en el año 2936 después de Cristo. Era obra de Max Plaisted, que

resultó ser el seudónimo de Otto Binder, en colaboración con su otro hermano, el artista Jack Binder. Las tiras de historietas hacía varios años que se distribuían a los diarios a través de las agencias especializadas, pero constituían una innovación en una revista de aventuras. No tiene sentido pretender que la línea argumental era buena; no lo era. El primer episodio presentaba la enorme destrucción que había sufrido la población de la Tierra como consecuencia de una guerra bacteriológica. Los sobrevivientes elaboraron un sistema feudal, con la excepción de los descendientes de cierto científico. Uno de ellos descubría que antes de la Guerra Final otro científico había conseguido construir un cohete y abandonar la Tierra. Zarnak juraba, pues, que le atraparía. Las ilustraciones apenas eran pasables, lo cual resultaba sorprendente considerando el nivel habitual de Jack Binder. La falla común con las historietas residía en la falta de profundidad. Mientras que *Buck Rogers* podía ser aceptable en un periódico, *Zarnak* no lo era para los aficionados a la ciencia-ficción. Duró ocho números y murió, incompleta, abucheada por los lectores.

Pero, a pesar de sus defectos, «Thrilling Wonder» ofrecía narraciones excelentes de los más grandes autores. Como sea que la Standard decidió publicar la revista cada dos meses, se creyó oportuno echar por la borda las historias en episodios (aunque «Amazing», que también aparecía bimensualmente, las incluía). La próxima modificación consistió en introducir la serie narrativa. Ésta siempre había gozado de popularidad entre autores, editores y lectores por igual. Por consiguiente, John Campbell, uno de los más grandes autores de ciencia-ficción desde la aparición de sus extravagantes epopeyas del espacio a principios de la década de 1930 y que seguía revolucionando el género en «Astounding» (firmaba con el seudónimo de Don A. Stuart), inició una serie sobre Penton y Blake, los fugitivos en una nave espacial. La primera.

*Los ladrones de cerebros de Marte*, apareció en el número de diciembre de 1936. En total se publicaron cinco historias, siendo la última *The Brain Pirates* (Los piratas de cerebros), publicada en octubre de 1938. En aquel entonces otra serie muy popular hacía su curso, habiéndose iniciado con *Via Etherline* (Vía éter) en octubre de 1937. La serie *Vía* apareció encabezada por el nombre de Gordon Giles, en todos sus relatos, excepto el noveno y último, *Vía Júpiter*, en el número de febrero de 1942, donde se reveló que el autor era Eando Binder. De nuevo el ubicuo Otto, uno de los mejores y más prolíficos escritores de ese período. Otto Oscar Binder nació en Bessemer, Michigan, el sábado 26 de agosto de 1911, y terminó sus estudios en la Universidad de Chicago. Se convirtió en escritor independiente en 1932, y su primera obra, *The First Martian* (El primer marciano), escrita en colaboración con su hermano Earl, apareció firmada por Eando en el número de «Amazing» de octubre de ese año. El primer trabajo realizado por él solo, firmando aún Eando, apareció en abril de 1935, en «Weird Tales», bajo el título de *Shadows of Blood* (Sombras de

sangre). Con el nuevo seudónimo de Gordon Giles, Binder creó un flamante autor popular. Así, durante un tiempo, los dos más famosos escritores en «Wonder» eran, de hecho, un solo hombre: ¡Binder! Como Eando escribió otra serie en esa revista sobre un hombre inmortal, Antón York, que se inició con *Conquest of Life* (La conquista de la vida), en agosto de 1937.

Éstas no eran las únicas series. Henry Kuttner comenzó su *Hollywood on the Moon* (Hollywood en la Luna) con una historia del mismo título en abril de 1938; y en colaboración con Arthur K. Barnes inició la serie *Petz Manx con Román Holiday* (Festival romano), en agosto de 1939, Barnes era asimismo responsable de una serie muy popular sobre Gerry Carlisle, un cazador de animales para zoológicos, que empezó con *Green Hell* (Infierno verde) en el número de junio de 1937. El del mes de octubre del mismo año incluía el retorno de Tubby, un simpático personaje creado por Ray Cummings en sus narraciones para Munsey, de unos quince años antes. Siete cuentos consecutivos aparecieron hasta el año 1946.

Y así sucesivamente. Éstas series, acompañadas de las excelentes narraciones unitarias, no tardaron en incrementar la circulación y la popularidad de «Thrilling Wonder».

Merecido crédito debe otorgarse al director de «Wonder», Mort Weisinger, que sólo tenía veintiún años cuando se hizo cargo del puesto (solamente un año mayor que su antecesor, Hornig). Al igual que Hornig, Weisinger había surgido de las filas de los fanáticos de la ciencia-ficción, lo cual no era el caso de Tremaine en Street & Smith.

(Tremaine era, básicamente, editor de literatura de imaginación en general, con especial debilidad por la ciencia-ficción: Además de «Astounding», tenía a su cargo unas seis publicaciones más incluyendo «Top-Nocth»). Weisinger era también distinto de Sloane, el cual era ante todo un científico y un pesimista afamado, ¡absolutamente convencido de que jamás se realizarían vuelos espaciales!

Hornig logró atraer la atención de Gernsback por medio de su revista para aficionados, la «Fantasy Fan» (a pesar de su evidente inclinación hacia «Weird Tales».

También Weisinger había estado vinculado con la edición de periódicos para aficionados, y en 1936 había un número considerable de ellos en circulación. El título principal era «Fantasy Magazine», que, desde que Weisinger se asoció con la Standard, había quedado en manos de Julius Schwartz, quien debía dirigirla solo. Schwartz, por su parte, cada vez se encontraba más atado a su agencia literaria, y, por consiguiente, menos dispuesto a continuar «Fantasy Magazine». Por lo tanto, la revista dejó de aparecer después del número de enero de 1937. Con ello, los aficionados se quedaron sin su publicación esencial y debieron buscar nuevos rumbos. El número de este tipo de revistas creció y varias de ellas merecen ser



mencionadas por su carácter semiprofesional y porque contenían narraciones de ciencia-ficción, a diferencia de los artículos críticos y las noticias que publicaban muchas otras. Así tenemos el ejemplo de Donald Wollheim con «Fanciful Tales of Space and Time», que apareció en el otoño de 1936 y era dirigida juntamente con Wilson Shepard. Wollheim será recordado como el portavoz del grupo de fanáticos, la Internacional Scientific Association, en oposición a la Science Fiction League de «Wonder Stories». Muchas tormentas, provocadas por los fanáticos, se levantaron alrededor del nombre Wollheim, pero es innegable que él mantuvo las cosas en actividad y movimiento.

«Fanciful Tales» era un opúsculo de cincuenta páginas, del tamaño de los *digest*, bellamente impreso, y lanzó *The Nameless City* (La ciudad sin nombre) de H. P. Lovecraft, *The Typewriter* (La máquina de escribir) de David Keller, *The Man of Dark Valley* (El hombre del valle de las sombras) de August Derleth, y otras narraciones por Kenneth Pritchard, William Sykora y el mismo Wollheim, además de *The Forbidden Room* (La habitación prohibida) del pianista de jazz Duane Rimel y un poema de Robert E. Howard. Ésta última contribución se supone que fue escrita menos de cuatro meses antes de que Robert E. Howard se suicidara (11 de junio de 1936).

Wollheim era un editor sumamente *capaz*. Había experimentado con muchas publicaciones para aficionados durante los dos años anteriores y ahora, a sus veintidós años, estaba en condiciones de lanzarse en serio con «Fanciful». Se intentó, en efecto, sacar un segundo número, mientras Wollheim mismo trataba de promoverla en las revistas profesionales. En la columna de cartas al director de «Amazing», en el número de febrero de 1937, apareció una carta firmada por Braxton Wells. Éste era un seudónimo utilizado por Wollheim en alguno que otro artículo para aficionados, pero es dudoso que Sloane lo supiera. Comentando la narración *Hoffman's Widow* (La viuda de Hoffman) de Floyd Oles, Wollheim decía: «*Soy uno de los que creen que Hoffman's Widow estaba decididamente fuera de lugar. Cuando deseamos "Amazing Stories", ¡queremos que sean científicas! ¡No cualquier otra cosa! Existen revistas como "Fanciful Tales" para fantasías irreales y esa narración probablemente ni siquiera encajaría en ellas.*»<sup>[1]</sup>

Cualesquiera que fuesen las intenciones, no aparecieron más números, y Wollheim volvió a «The Phantagraph» y a otras publicaciones menores.

«Fanciful Tales» tenía poca —si alguna— distribución en gran escala y actualmente constituye una adquisición extraordinariamente rara. Casi tan rara como otras dos publicaciones que aparecieron en la misma época, «The Witch's Tales» y «Flash Gordon's Strange Adventure Magazine», a pesar de que éstas se distribuían en todo el país. Otro aspecto que tenían en común lo constituye la influencia de la radio y el cine, respectivamente.

Desde el mes de mayo de 1931 los radioyentes norteamericanos fueron invitados a escuchar el programa semanal *The Witch's Tales* (Los cuentos de la bruja), con guiones a cargo de Alonzo Dean Colé. En noviembre de 1936 se lanzó una revista del mismo nombre, en formato grande y papel de diario.

Contenía una narración principal de Colé, *The Madman* (El loco), además de otros cuatro cuentos y una colección de experiencias «verídicas». Supuestamente dirigida por Colé, con toda seguridad era el gerente de redacción, Tom Chadburn, quien realizaba la mayor parte del trabajo. Para el aficionado a la ciencia-ficción, la revista despertaba un interés pasajero, a menos que la hojeara con atención, Al fin y al cabo, ninguno de los nombres era bien conocido, ¿y qué interés podía tener un fanático de la ciencia-ficción por las narraciones de fantasmas?

Lo que el primer número no consiguió, lo logró el segundo. El de diciembre de 1936 contenía, siete narraciones aparte de la de Colé, e incluía *The Monster of Lake La Metrie* (El monstruo del lago La Metrie) de Wardon Alian Curtís, Ésta historia encerraba ciertos conceptos sorprendentes, sin contar el trasplante de un cerebro humano en la cavidad craneana de un monstruo prehistórico, que había logrado sobrevivir hasta la era moderna. Un correcto equilibrio del *pathos*, la emoción y los datos científicos convertían la narración en un relato de extraordinaria fuerza y la acercaban al género de ciencia-ficción. Resulta que el cuento era una reimpression, y anteriormente había aparecido en «Pearson's Magazine», en el mes de septiembre de 1899. El historiador del género Sam Moskowitz logró rastrear al menos dos reimpressiones más en la revista, y probablemente el resto de su contenido también provenía de «Pearson's Magazine». Si la publicación hubiese logrado atraer más lectores, éstos habrían descubierto una valiosa fuente de literatura fantástica de la época victoriana, puesto que es evidente que los editores tenían la intención de reeditar *más* material, y quién sabe las obras maestras que hubieran podido desenterrar. Pero ¡ay!, como suele suceder en estos intentos, la revista desapareció después de sólo dos números.

«Flash Gordon's Strange Adventure Magazine» también apareció en diciembre de 1936 y era otra publicación «pulp» que pretendía capitalizar el éxito de la serie fílmica *Flash Gordon* con Buster Crabbe, y la historieta de distribución a través de las agencias especializadas con dibujos de Alex Raymond. Provenía de la firma Stephen Slesinger, Inc., que también realizaba otras dos publicaciones para el público juvenil, «Dan Dunn Detective» y «Tailspin Tommy». «Flash Gordon» lanzó *The Master of Mars* (El amo de Marte), una larga narración de James Edison Northfield, ilustrada según el estilo de las historietas. Si Weisinger no hubiera introducido *Zarnak* en su revista, ésta habría podido reclamar el derecho de ser la primera en publicar historietas en una publicación «pulp». Sin embargo, podía enorgullecerse de ser la primera que utilizó el color en los dibujos interiores y, si bien los colores nunca

se reprodujeron bien sobre papel de baja calidad, resultaban muy impresionantes a primera vista, sobre todo teniendo en cuenta que la revista sólo costaba diez centavos. Otras tres historias completaban este número más bien magro, y lo que más habría llamado la atención de cualquier amante de la ciencia-ficción era el nombre de R. R. Winterbotham. Russell Robert Winterbotham (1904–1971) había sido un colaborador bastante regular de «Astounding» a partir de *The Star That Would Not Behave* (La estrella que no funcionaba), en el número de agosto de 1935, y parecía ser un escritor que prometía. Ahora aparecía en «Flash Gordon» con una narración, *Saga of the «Smokepot»* (La leyenda de «Smokepot»), y casi con seguridad como autor de otra, *The Last War* (La última guerra), bajo el transparente alias de R. R. Botham. Si Winterbotham podía figurar en esta publicación, tal vez otros nombres relacionados con la ciencia-ficción lo harían en el futuro. Pero no hubo futuro alguno.

Ningún número más de «Flash Gordon's Strange Adventure Magazine» iluminó los quioscos, Pero considerando el hecho retrospectivamente ello fue casi una suerte.

A fines de 1936, sin embargo, la brisa agitaba el mar de la ciencia-ficción. Durante 1937 siguieron apareciendo con regularidad las tres revistas del género, aunque «Amazing» se fue tornando cada vez más gris y aburrida, mientras que «Thrilling Wonder» iba ganando fuerza y vitalidad. «Astounding», en cierto modo, parecía haberse estancado, si bien ello apenas nos sorprenderá considerando la ingente labor que le imponían a Tremaine los demás compromisos editoriales. Ahora que «Astounding» había alcanzado la cima en su propio campo, Tremaine se contentaba con dejarla librada a su suerte. Eso no significa que publicase material tedioso. Varios autores habían causado un gran impacto en el curso de los últimos años. Ross Rocklynne, cuyo *Man of Iron* (El hombre de hierro), aparecido en el número de agosto de 1935, marcó un notable comienzo, producía ahora una serie de narraciones en las cuales el teniente Jack Colbie trataba de capturar al inteligente criminal Edward Deverel luchando contra todo tipo de artificios científicos. El autor inglés Eric Frank Russell había hecho su primera aparición con una divertida imitación de Weinbaum, *The Saga of Pelican West* (La leyenda de Pelican West) (febrero de 1937), que relata las aventuras de Pelican West en el satélite Callisto con una pitón reticulada llamada Alfred, entre otros ejemplares de la fauna.

En septiembre de 1937, se vio por primera vez el nombre de L. Sprague de Camp en un relato titulado *The Isolinguals* (Los isolinguales), coincidiendo con que ése fue el último número editado por Tremaine. Éste fue elevado al cargo de subdirector gerente y consideró necesario nombrar un nuevo director para conducir «Astounding Stories». Ése hombre fue John W. Campbell.

Resulta difícil hablar de Campbell sin embarcarse en la formulación de un elogio embelesado, repitiendo lo que se ha dicho infinidad de veces. Tal es la tendencia de la historia a distorsionar los hechos. Se nos ha hecho creer que cuando Campbell puso

los pies en el terreno editorial se produjeron milagros de la noche a la mañana. Eso no fue así... pero, atención, no tardaron en producirse.

El primer número a cargo de Campbell fue el de octubre de 1937, aunque no existe prueba alguna que así lo haga suponer. El reconocimiento de propiedad intelectual que figura en el número de noviembre señalaba, al igual que el del 1 de octubre de 1937, que Tremaine aún era el director. La única diferencia notable en la revista era que aparecía una nueva leyenda bajo el título en la página del sumario: «Ésta revista contiene solamente textos originales. No se reproduce material ya publicado». Puesto que «Astounding» jamás había incluido reimpressiones, la nota resultaba más bien intempestiva. (Campbell sólo una vez dejó de ser fiel a su política de no reproducir material publicado con anterioridad, en 1948.) No existe indicio alguno de que el editorial *Into the Future* (Hacia el futuro) perteneciera a la pluma de Tremaine o a la de Campbell, aunque yo me inclino a suponer que era del segundo.

Campbell estaba realizando su aprendizaje al lado de Tremaine y obviamente una buena parte del material utilizado había sido elegido antes de la llegada de Campbell.

Sea como fuere, resulta evidente que Campbell tenía sus propios planes en mente, y el número de enero de 1938 así lo demuestra. Durante el reinado de Tremaine, la columna de cartas al director se convirtió en «Science Discussions». Campbell volvió a incorporar «Brass Tacks» junto a «Science Discussions», eliminando gradualmente la segunda. En el mismo número inició «In Times to Come», despertando el apetito de los lectores por el próximo número. En el de marzo de 1938 cambió el nombre de la publicación, «Astounding Stories», un título que a su criterio era demasiado juvenil, se convirtió en «Astounding Science–Fiction».

El 1 de mayo, Street & Smith cambiaron la política de mantener jefes de redacción, y Tremaine abandonó la empresa. Campbell quedó solo a cargo de la publicación, y él no precisaba estímulos de ninguna naturaleza. La ilustración de la cubierta sufrió una transformación. Durante todo el período de Tremaine, Howard v.

Brown fue el principal ilustrador de la cubierta. Campbell encargó a Brown la realización de varias cubiertas especiales «mutantes», la primera de las cuales, para el número de febrero de 1938, representando el sol visto desde Mercurio, de manera que respondiera fielmente a los conocimientos astronómicos. Dicha ilustración, excepcionalmente llamativa, correspondía a *Mercutian Adventure* (Aventura en Mercurio) de Raymond Z. Gallun, y resultaba más atractiva para los potenciales compradores que cualquiera de las otras cubiertas de Brown para «Thrilling Wonder». A la edad de sesenta años, Brown demostraba al fin lo que era capaz de realizar realmente.

Hans Wessolowski, más conocido como Wesso, que había dibujado las tapas para la «Astounding» de Clayton, se reincorporó; y el número de mayo de 1938 apareció con la primera cubierta de Charles Schneeman, en adelante el responsable de las

mejores ilustraciones interiores en blanco y negro, La actitud de Schneeman hacia el arte de la ilustración de cubiertas se pone particularmente de relieve en el número de diciembre de 1938, representando una escena de *The Merman* (El tritón) de L. Sprague de Camp.

Un simple retrato de unos reporteros luchando ansiosamente para sacar una fotografía a un hombre dentro de una cisterna; no contenía elemento alguno de los que se suelen asociar con las revistas «pulp» en general. Resultaba difícil clasificar la nueva «Astounding» con las publicaciones de esta clase; sin embargo, a ella seguía perteneciendo.

Y, mientras cambiaban la cubierta, el nombre y las secciones, ¿qué sucedía con respecto al contenido? El año 1938 se considera el del comienzo de la edad de oro de «Astounding». En efecto, durante ese año y el siguiente una tremenda oleada de talento nuevo convirtió la «Astounding» en una de las más estimulantes publicaciones, con algunas de las más sorprendentes muestras de originalidad en lo que a concepto y tratamiento narrativo se refiere. Ello no fue sólo obra de Campbell. Al fin y al cabo, la revista de ciencia–ficción ya tenía doce años de existencia. Los seguidores del género, que habían descubierto las primeras publicaciones de Gernsback en su adolescencia, ahora tenían entre veinte y treinta años. Habían tenido tiempo de ponderar las tendencias de la narrativa de imaginación, de desarrollar nuevos temas para las tramas trilladas y considerar a la ciencia–ficción bajo una luz nueva. A medida que transcurrían los años de la década de 1930, muchos de los grandes nombres del género desaparecieron y nombres flamantes ocuparon su lugar, y casi sin excepción, fue en «Astounding» donde forjaron su fama.

John Wood Campbell, Jr., nació en Newark, Nueva Jersey, el miércoles 8 de junio de 1910. Cuando apareció *When the Atoms Failed* (Cuando fracasaron los átomos), en el número de «Amazing» de enero de 1930, él tenía diecinueve años. Ésta narración fue, en rigor, la segunda que vendía a la citada revista: Sloane extravió el original de la primera. A fines de 1930 ya era considerado un autor brillante gracias a la fuerza de su serie de Arcot, Moray y Wade. Siguiendo los pasos de E. E. Smith, cuyos episodios de *Skylark* (Alondra) habían cautivado la imaginación de todos, Campbell situó la acción de sus relatos en los vastos escenarios extragalácticos. Ello culminó en *The Mightiest Machine* (La máquina más poderosa), serializada en cinco partes, la primera de las cuales apareció en el número de diciembre de 1934 de «Astounding», compitiendo con *The Skylark of Valeron* (La alondra de Valeron), de Smith. Tales eran los más altos exponentes de estas historias que giraban por los galaxias. Sólo un mes más tarde, «Astounding» incluía un cuento, *Twilight* (Crepúsculo), de Don A. Stuart. Un relato «pesimista», que nos hablaba del futuro distante de la Tierra y de la decadencia del hombre, el cual, irónicamente, anunciaba la muerte del tipo de narración que el mismo Campbell había popularizado. El

nombre de Stuart apareció con regularidad a partir de aquel momento, y no tardó en ser uno de los autores más descolantes de «Astounding»; sus relatos atmosféricos sentaron las pautas para la revista. En aquel entonces, pocos lectores sabían que Stuart era un seudónimo de Campbell, a excepción de los fanáticos más informados.

Mientras tanto, Campbell comenzó a mandar a «Astounding» una serie de artículos científicos: *A Study of the Solar System* (Un estudio del sistema solar), que se inició con *Accuracy* (Precisión) en el número de junio de 1936. Hasta ese momento, las revistas de ciencia–ficción habían incluido pocos artículos y muy de cuando en cuando, sobre todo porque Gernsback facilitaba toda la información necesaria sobre el tema en sus pertinentes editoriales. Sólo en las revistas especializadas como «Air Wonder» y «Scientific Detective Monthly» habían aparecido artículos adicionales que trataban materias relacionadas con esta disciplina. Cuando Tremaine se hizo cargo de «Astounding» reimprimió la colección de artículos de lo inexplicable, ¡*Lo!* (¡He aquí!), de Charles Fort, que constaba de ocho partes, publicadas entre los meses de abril a noviembre de 1934. Si bien al principio fue bien recibida, posteriormente comenzó a decaer. Sin embargo, los artículos de Fort ejercieron influencia en muchos autores, y aún hoy pueden conseguirse los libros. Irónicamente, Fort era absolutamente no–científico en su visión de la naturaleza del sistema solar.

Así la serie de Campbell comprendió los primeros artículos científicos que se incluyeron en una revista de ciencia–ficción. Fueron dieciocho en total, y sólo dejaron de publicarse cuando Campbell se convirtió en director. Incluso entonces continuó publicando notas basadas en hechos, firmadas con el seudónimo de Arthur McCann.

Los artículos de McCann eran el prototipo de los editoriales de Campbell, que posteriormente fueron el material más importante de la revista. Resulta muy evidente, por lo tanto, que como Don A. Stuart, autor de prosa narrativa, y como John Campbell/Arthur McCann, proveedor de material objetivo sobre la realidad, este hombre hizo casi tanto para mejorar y sentar las pautas para «Astounding» antes de ser su director como lo que realizó después. Los artículos científicos han formado parte regularmente de «Astounding» desde entonces, escritos en un principio por gente como Harry Parker y Thomas Calvert McClary, y luego de una manera notable por Willy Ley y L. Sprague de Camp.

Ése fue el desenvolvimiento de «Astounding» como revista. Pero por supuesto que en un primer momento su contenido era prosa narrativa. Una mirada a algunos de los acontecimientos que se sucedieron en esta esfera durante el primer año de Campbell, de octubre de 1937 a septiembre de 1938, nos demostrará cuál era su situación.

Robert Moore Williams se superó a sí mismo en dos relatos particularmente

deleitables, *Flight of the Dawn Star* (Huida de la estrella del alba) (marzo de 1938) y *Robot's Return* (El retorno del robot) (septiembre de 1938). Williams goza de muy mala fama en la actualidad debido a la considerable cantidad de palabras crudas que utilizaba hacia el fin de su carrera. Apareció en «Astounding» por primera vez en julio de 1937 como Robert Moore con *Zero as a Limit* (Límite: cero), habiendo ingresado en el campo de la ciencia–ficción a una edad más avanzada que la mayoría (tenía treinta años). *Flight of the Dawn Star* era su segunda contribución a «Astounding» y, mientras aún colaboraba en «Thrilling Wonder» y «Amazing», era evidente que Campbell se aseguraba su mejor producción. La narración trata de una nave perdida en una región desconocida de la galaxia y de cómo su tripulación encuentra el rumbo hacia la Tierra, *Robot's Return* marcó el punto de partida de la nueva actitud con respecto a los robots en la narrativa, considerándoles con compasión más bien que como si se tratase de monstruos. Una nave tripulada por robots que buscan a sus creadores para terminar descubriendo que fueron obra de una frágil no–máquina: el Hombre.

En abril de 1938 apareció *The Faithful* (Los fieles), constituyendo el debut de Lester del Rey, ¡el nombre más digerible de Ramón Felipe San Juan Mario Silvio Enrico Smith Heatcourt–Brace Sierra y Álvarez del Rey y de los Verdes! Del Rey tenía veintidós años y dio muestras de un considerable talento en su relato emocional de perros inteligentes y el último sobreviviente humano. El relato traduce la influencia de las historias pesimistas de Campbell y Gallun. En ese mismo número hizo su reaparición L. Sprague de Camp con una muestra de su humor en *Hyperpilosity* (Hiperpilosidad), sobre un hombre cuyo cuerpo comienza a cubrirse de pelos, como el de un simio. Sprague de Camp era sólo unos meses más joven que Robert Moore Williams, pero su enfoque de la ciencia–ficción era muy diferente. Un subyacente tono humorístico se encuentra casi siempre presente incluso en los momentos más graves, lo que hace que sus narraciones sean más memorables. Sprague de Camp también tenía un vivo entusiasmo por aprender cosas sobre la realidad, y el número de julio presentó su artículo *Language for Time Travellers* (Un idioma para los viajeros del tiempo), que planteaba con lucidez los problemas que tales viajeros encontrarían con los idiomas del futuro. (Un año más tarde Willy Ley ofrecía una secuela: *Geography for Time Travellers* [Geografía para los viajeros del tiempo].)

En mayo de 1938 apareció una nueva serie por Jack Williamson, *The Legión of Time* (La legión del tiempo), y un artículo de E. E. Smith, *Catastrophe*, que fue uno de los temas más discutidos durante muchos meses. El número de junio incluía el agudo relato *Seeds of the Dusk* (Semillas de la oscuridad), de Raymond Z. Gallun, y el mes de julio presencié el retorno de Clifford Simak, luego de varios meses de ausencia, con *Rule 18* (La regla 18). (Se ha sugerido que Simak no habría escrito más

ciencia–ficción si Campbell no se hubiese convertido en director. *Rule 18* tenía un carácter muy distinto de los anteriores cuentos de Simak, y se valía del viaje en el tiempo para formar el mejor equipo de rugby de todos los tiempos. A los treinta y tres años, Simak afirmaba su posición de nuevo en el campo de la ciencia–ficción). Ése mismo número introdujo a L. Ron Hubbard en el género. El hombre que posteriormente sería el más alto sacerdote de la Fantaciencia había colaborado en varias revistas «pulp» como «Argosy», pero *The Dangerous Dimensión* (La dimensión peligrosa), una divertida historia sobre un profesor que tenía la capacidad de trasladarse a cualquier parte con el pensamiento, era su primera incursión en el ámbito de la ciencia–ficción. Estrictamente hablando la narración era una fantasía, y en los años siguientes Hubbard demostró cuan excelente creador de cuentos fantásticos era.

Hubbard tenía veintisiete años.

El número de agosto, además de presentar la primera narración de Malcom Jameson, incluía *Who Goes There?* (¿Quién anda ahí?), de Don A. Stuart, la clásica historia de un ser extraño que adopta las formas de los distintos hombres y animales en una base antártica.

El primer año de Campbell en «Astounding» constituyó sin duda un comienzo lleno de auspicios, y demostró ser un aperitivo para el futuro.

Las dos publicaciones principales de los primeros años de la década de 1930 ya habían cambiado sus directores: «Astounding», a Tremaine por Campbell y «Wonder», a Hornig por Weisinger. Puesto que en 1938 O’Conor Sloane, de «Amazing» tenía ochenta y seis años, parecía poco probable que continuara en su dirección por mucho tiempo más. En efecto, no lo hizo, pero no fue su fallecimiento lo que cambió la situación, Sloane no murió hasta el 7 de agosto de 1940, tres meses antes de cumplir los ochenta y nueve años. No, Teck Publications sencillamente no pudo mantener «Amazing» por más tiempo. Según se informó, su circulación no superaba los 27.000 ejemplares, lo cual apenas si puede sorprendernos teniendo en cuenta lo tedioso de su contenido, en general, y su desvaída presentación. Durante varios años Teck mantuvo sus oficinas editoriales en Chicago, mientras que la revista se editaba en Nueva York. En 1938, «Amazing» se vendió a la firma de Ziff–Davis de Chicago. Evidentemente Sloane era demasiado mayor como para esperar de él una acción enérgica y, de cualquier manera, Ziff–Davis deseaba sangre nueva para su revista.

El director de la compañía era William B. Ziff (1898–1953), que nació y se educó en Chicago, y en una época trabajó como dibujante publicitario y caricaturista. Fundó la empresa periodística W. B. Ziff, en 1920, y en 1935 se asoció con el editor B. G. Davis.

En 1938 Ziff–Davis era una compañía bastante próspera, con publicaciones tales



como «Popular Photography» y «Popular Aviation». Tenían una oficina en la Cuarta Avenida de Nueva York, pero la sede editorial estaba en Chicago, por lo que se esperaba encontrar un director también de Chicago.

Había varios escritores de ciencia-ficción que vivían en Chicago y sus alrededores.

Stanley G. Weinbaum procedía de Milwaukee, situada a unos ciento treinta kilómetros hacia el norte, y Ralph Milne Farley, el renombrado autor de la serie «Radio Man» aún vivía allí. Simak y E. E. Smith también residían en Milwaukee. Robert Moore Williams y Ross Rocklynne estaban radicados en una localidad cercana. Fue Farley (quien en una época fue senador, usando su verdadero nombre de Roger Sherman Hoar), según cuenta la historia, quien sugirió a Davis considerar la posibilidad de ofrecer a un tal Raymond A. Palmer la dirección de «Amazing». Se entrevistaron con él en febrero de 1938, y Palmer fue aceptado; con ello «Amazing» emprendió un nuevo rumbo que, en última instancia, demostraría ser mucho más sorprendente que el de cualquier otra publicación hasta la fecha.

Palmer nació en Milwaukee el lunes 1.º de agosto de 1910, siendo sólo siete semanas más joven que Campbell. A la edad de siete años le atropello un camión que le fracturó la columna vertebral, y como consecuencia de la curvatura de su espalda, Palmer sólo alcanzó una corta estatura. Lo que le faltaba en altura lo suplió con una gran determinación e imaginación. Su primera narración, *The Time Ray of Jandra* (El rayo del tiempo de Jandra), apareció en el número de junio de 1930 de «Wonder Stories», y constituyó toda una promesa.

Palmer, a diferencia de Campbell, era un fanático muy activo, habiendo estado implicado con las primeras publicaciones para aficionados, y obtuvo el premio de 100 dólares en el concurso de Gernsback «What I Have Done to Spread Science Fiction» (Lo que yo hice para difundir la ciencia-ficción). En total, Palmer vendió seis cuentos de ciencia-ficción antes de ser director de «Amazing», uno de los cuales, *Matter Is Conserved* (La materia se conserva), fue adquirida por Campbell para «Astounding» de abril de 1938. Palmer también había hecho amplias incursiones en otros géneros, sobre todo en los del Oeste y de misterio, y era un escritor mucho más competente de lo que ciertas personas estarían dispuestas a reconocer abiertamente. A menudo se ha dicho que reescribió un considerable número de las narraciones presentadas a «Amazing».

El primer número que apareció en los quioscos proveniente de Ziff-Davis llevaba fecha de junio de 1938. No se produjo brecha alguna en el ritmo de producción bimensual, y todo el mérito debería atribuirse a Palmer, sobre todo teniendo en cuenta que, según parece, rechazó todas las narraciones que restaban de la época de Sloane, salvo una, Esto puede ser cierto, y esa narración fue probablemente *Space Pirate* (Pirata del espacio), de Eando Binder, una germina colaboración de Earl y Otto, que

era algo a lo que Earl no se dedicaba desde hacía unos años. El resto del material, con dos excepciones, pertenecía a autores a quienes Palmer tenía fácil acceso: Robert M. Williams, Ross Rocklynne, Charles R. Tanner y Ralph Milne Farley. Las dos excepciones pertenecían al autor inglés John Russell Fearn, una de las más destacadas figuras del período «considerado distinto» de Tremaine. Éstas narraciones se obtuvieron a través del agente de Fearn, Julius Schwartz, un amigo de Palmer. Una de ellas, *The Master of the Golden City* (El amo de la ciudad dorada), apareció bajo el seudónimo de Polton Cross. La otra, *A Summons from Mars* (Un desafío de Marte), fue considerada la más popular historia del número por mayoría de votos. A partir de ese momento se inició una asociación entre Fearn y Palmer que duraría hasta 1943, e incluyó una colaboración, *Mystery of the Mar-Han Pendulum* (El misterio del péndulo marciano) («Amazing», octubre de 1941). El propio Palmer manifestó, a propósito de *A Summons from Mars*: «Parece que gustó a todo el mundo. Y ello más bien nos halaga, porque lo consideramos como el ideal de nuestra política. Contenía sólido material científico, y un excelente problema humano, y una considerable dosis de humanidad. En lo que a imaginación se refiere, se mantenía en el nivel de la Tierra, y no obstante, era un relato lleno de interés».<sup>[2]</sup>

Ésta cita vale la pena tenerla en cuenta al considerar las ulteriores declaraciones que Palmer habría de hacer en el curso de los veinte años siguientes.

Philip Harbottle, autor de *The Multi-Man* (El hombre múltiple), un admirable estudio de John Russell Fearn, me informa que *A Summons from Mars* (titulado originalmente *Debt of Honour* [Deuda de honor]) en realidad fue escrito para Campbell a petición de éste. Acosado por Palmer para que le proporcionara material aceptable, Schwartz se encontró ante un dilema, que sólo se resolvió al recibir *Man of Earth* (El hombre de la Tierra), de Fearn. Schwartz sometió esta narración a la consideración de Campbell, que jamás vio *Debt of Honour*. Campbell rechazó la historia, y por consiguiente Fearn no ingresó en la camarilla de Campbell. Vista retrospectivamente, la acción de Schwartz fue perjudicial para la carrera de Fearn puesto que también persuadió a éste para que dejara de considerar a «Astounding» como cliente y se concentrara en las ventas más fáciles a «Amazing».

Bajo la dirección de Palmer, «Amazing» sufrió una considerable transformación. Dejó de ser la publicación aburrída, gris, cerebral, y se convirtió en una revista vigorosa y rejuvenecida. En vez del editorial extenso y de carácter científico, Palmer creó la sección «The Observatory» (El observatorio), donde trataba de manera informal cualquier tema, a la manera de sus secciones de noticias para aficionados de las revistas fantásticas. Siempre ágil e interesante, la sección solía contener hechos fascinantes. Se introdujo una nueva forma de acertijo científico, además de «Questions & Answers» (Preguntas y respuestas), y las secciones «Correspondence Corner» (Rincón epistolar) y «Collector's Corner» (Rincón del coleccionista)

constituyeron un gran acierto de cara a los fanáticos. Fue muy bien recibida la sección «Meet the Authors» (Conozca a los autores), y «Discussions» (Discusiones) de nuevo tomó un vivo impulso.

Al igual que con el material narrativo, Palmer tuvo problemas con las ilustraciones de la cubierta. La mayoría de los artistas que trabajaban para las revistas «pulp» residían en Nueva York, así que Palmer se vio obligado a utilizar los servicios de Frank Lewis Inc., que suministraba material para «Popular Photography» de Ziff–Davis, para preparar una cubierta fotográfica. Como medida de emergencia resultó sumamente efectiva, y mereció el aplauso de la mayoría de los lectores. El experimento se repitió en el segundo número, antes de que Joseph Tillotson, bajo el seudónimo de Robert Fuqua, se convirtiera en el principal ilustrador de la cubierta. Pero la más importante innovación de Palmer fue destinar la contracubierta para reproducir una ilustración.

Generalmente llevaba un anuncio, pero Palmer encargó a Harold McCauley que hiciera un dibujo para *This Amazing Universe* (Éste universo sorprendente), sobre cuyo tema se escribió un artículo. Ello se convirtió en una práctica habitual en «Amazing», y posteriormente el veterano dibujante Frank R. Paul (1880–1963) fue el talentoso y principal responsable de ilustrarla.

Además de todo eso el precio se redujo a veinte centavos. ¿Qué más podían pedir los lectores? Éstos exigieron mejores ilustraciones interiores, las cuales fueron mejorando paulatinamente a medida que se sucedían los números, merced al trabajo de Jay Jackson. En ese momento Palmer había adquirido narraciones de Arthur Tofté, Arlyn Vanee, Thorp McClusky, así como el fruto de la primera aventura en el campo de la ciencia–ficción de Robert Bloch, *Secret of the Observatory* (El secreto del observatorio), sobre una cámara que podía fotografiar a través de los muros. Hacía varios años que Bloch colaboraba en «Weird Tales», aunque entonces sólo tenía veinte años.

La respuesta a «Amazing» fue altamente favorable, a pesar del escepticismo de muchos. A partir del número de octubre se convirtió en publicación mensual por primera vez desde 1935. Las ventas se elevaron como impulsadas por un cohete, y «Amazing» se afirmó en el mercado.

Si eso hubiera sido todo, entonces para la Navidad de 1938 habría habido tres revistas revitalizadas en los quioscos, cada una de ellas con su propio público fiel y cada una de ellas en vías de prosperar. Como ha señalado el historiador de la ciencia–ficción Sam Moskowitz, ellas constituyeron una escala gradual para el aficionado: las más sensacionales aventuras de «Amazing» para los lectores más jóvenes; la prosa más sesuda de «Thrilling Wonder» para los adolescentes mayores, y «Astounding», con su moderno enfoque, para los lectores adultos. Pero eso *no* fue todo, porque en la Navidad de 1938 un cuarto editor había entrado en el campo, y la bola de nieve

empezó a rodar.

El *boom* de la ciencia–ficción estaba a punto de comenzar, y tanto los aficionados como los autores iban a quedarse sumamente sorprendidos.

### 3. Mientras tanto, ¿qué sucedía en Gran Bretaña?

Los lectores británicos se alimentaban de las publicaciones importadas de Estados Unidos y, por lo tanto, estaban bastante informados de lo que sucedía. Uno sólo tenía que hojear las columnas de cartas al director de las tres revistas para encontrar una gran cantidad de ellas escritas por aficionados británicos. Y no deberíamos olvidar a John Russell Fearn, Eric Frank Russell o a John Beynon Harris, británicos los tres y que gozaban de firme éxito en Norteamérica.

Pero esto no era lo mismo que tener una revista propia. Los fanáticos aún recuerdan la malograda «Scoops», de la que habían aparecido veinte números semanalmente durante la primavera de 1934. Dirigida al público juvenil, empezó partiendo hacia la dirección errónea y cuando cambió de rumbo ya era demasiado tarde.

Cuando «Scoops» cayó en el olvido, existían varias confraternidades británicas de la Science Fiction League de Gernsback, y en marzo de 1936 Maurice K. Hanson, de la Confraternidad de Nuneaton, lanzó el periódico para aficionados «Novae Terrae», que se convirtió en la columna vertebral del mundo de los fanáticos de Gran Bretaña. Sin dejar de aparecer casi ni un solo mes, su último número (el veintinueve) llevaba fecha de enero de 1939. En ese entonces ya se había convertido en el órgano oficial de la British Science Fiction Association. Después del último número se transformó en «New Worlds», y Edward John Carnell fue el sucesor de Hanson. Sólo aparecieron cuatro números con ese título antes que llegara la llamada a las armas.

Además de «Novae Terrae», existían varias publicaciones más para fanáticos. Los de Leeds editaron el «Bulletin of the Leeds Science Fiction League» en enero de 1938, bajo la dirección de Harold Gottliffe, pero ese título tan largo no tardó en convertirse en «The Futurian» en el mes de junio, y J. Michel Rosenblum tomó las riendas en sus manos. Los aficionados de Leeds también contaban con el muy activo Douglas Mayer, que fue el primero en organizar la confraternidad. En la primavera de 1937 lanzó una inteligente revista para aficionados, «Tomorrow», de aparición trimestral, junto con su compañera «Amateur Science Stories», en octubre. Actualmente se recuerda esta última, en especial porque publicó algunas de las primeras narraciones de Arthur C. Clarke. En marzo de 1938, «Tomorrow» mejoró su presentación. Ahora salía impresa en vez de mimeografiada y se fundió con otra publicación, «Scientifiction: The British Fantasy Review». «Scientifiction» había nacido en enero de 1937, y su padre era el aficionado de Ilford, Walter Gillings. Era un opúsculo impreso, formato *digest*, de dieciséis páginas, excepcionalmente profesional en aspecto y contenido, y aparecieron seis números antes de su fusión con

«Tomorrow». Sin embargo, en esa época una revista profesional ocupó su lugar en los quioscos, gracias a Gillings.

Dos de los principales editores británicos eran Pearson's (que había publicado «Scoops») y Newnes (la compañía responsable de «Strand Magazine» desde 1891). A Newnes le encantó la idea de publicar una revista de ciencia–ficción en una fecha tan temprana como 1935, cuando ya habían lanzado dos «pulp» especializados, «Air Stories» y «War Stories». Hasta habían llegado al punto de encargar narraciones de ciencia–ficción a autores británicos, pero finalmente decidieron postergar la revista dedicada al género. En el ínterin, Gillings se acercó a The World's Work, una firma subsidiaria de Heinemann, cuyo director era Henry Chalmers Roberts.

Fundada en 1913, World's Work Ltd. (nombre con que se la conocía) publicaba revistas «pulp» en Kinswood, Surrey, habiendo lanzado la primera realmente especializada, «West», varios años antes. Ahora se habían embarcado en una serie, «Master Thriller», que ya había incluido títulos tales como *Tales of Mystery and Detección* y *Tales of Terror*, con narraciones de autores tan notables como Sydney Orlar, Oliver Onions, Héctor Bolitho y R. Thurston Hopkins. Parecía natural que se agregara un título dedicado a la ciencia–ficción, y recibieron complacidos la sugerencia de Gillings. Gillings era ahora un joven de veinticinco años. Nacido en Ilford el lunes 19 de febrero de 1912, se sintió cautivado por la ciencia–ficción a una edad muy temprana, y se le debe considerar entre los primerísimo aficionados británicos, como lo demuestran sus cartas a «Amazing» durante sus años de formación. Su actitud hacia la ciencia–ficción y su enfoque eran mucho más maduros que los de sus equivalentes norteamericanos, como se ve en «Scientifiction», y puso esta experiencia en acción con gran gozo cuando compiló el material para lo que sería el primer número de «Tales of Wonder». Éste apareció en los quioscos en junio de 1937, al precio de un chelín, y tenía el formato estándar de las revistas «pulp» con 128 páginas. La cubierta, de John Nicholson, ilustraba *Superhuman* (Sobrehumano) de Geoffrey Armstrong, que marcó la primera incursión de John Russell Fearn en el reino de los seudónimos. El nombre lo ideó Gillings porque Fearn también aparecía con su nombre real con *Seeds from Space* (Semillas del espacio). También ahora estaban presentes todos los grandes nombres de la ciencia–ficción británicos: John Beynon, el seudónimo acortado de John Beynon Harris, el nombre verdadero de John (*The Day of the Triffids* [El día de los trífidos]) Wyndham, con *The Perfect Creature* (La criatura perfecta), una narración que con frecuencia se ha reimpresso bajo los títulos alternativos *Una* o *Female of the Species* (La hembra de la especie). Eric Frank Russell, que empezaba a hacerse un nombre en Estados Unidos, presentó otra imitación de Weinbaum, *The Prr–r–et* (considerada la mejor narración del número por votación de los lectores). Festus Pragnell, un ex policía, ofreció *Man of the Future* (El hombre del futuro) además de *Monsters of the Moon* (Los monstruos de la

Luna), bajo el seudónimo de Francis Parnell, otro nombre inventado por Gillings que llevó a confusión varios años después, puesto que hubo un bien conocido aficionado británico del mismo nombre.

El número resistía la comparación con sus 'equivalentes norteamericanos y fue saboreado por los aficionados británicos. Por consiguiente, *World's Work* quedó lo suficientemente impresionada como para considerar la publicación de un próximo número. Ello es especialmente admirable si se considera que de su serie «Master Thriller», sólo otro título, *Tales of the Uncanny*, vio más de un solo número (tres en total).

Éstas efímeras publicaciones han provocado posteriormente muchos problemas entre los coleccionistas y bibliógrafos, y un enigma en especial se centra en torno de la oscura personalidad del escritor Henry Rawle. En *The Multi-Man*, Philip Harbottle ha formulado la conjetura de que Rawle era un seudónimo de Fearn, ya que se sabe que éste vendió narraciones a revistas posteriores en que aparecía el nombre de Rawle.

Desde entonces Harbottle ha identificado otro nombre de autor en estas publicaciones (editadas por Gerald G. Swan) correspondiente a un seudónimo de Fearn (Alex O. Pearson), por lo que probablemente Rawle era un nombre verdadero. Entre las narraciones en que apareció en esta época se cuentan *The Head of Ekillon* (La cabeza de Ekillon) y *Armand's Return* (El regreso de Armand) en «Ghosts and Goblins» y *Revanoffs Fantasía* (La fantasía de Revanoff) en «Tales of Ghosts and Haunted Houses». Tal vez un día se aclarará su identidad y otro enigma pasará al olvido.

Al cabo de seis meses Gillings recibió la autorización para producir «Tales of Wonder», como publicación trimestral. El segundo número que apareció en la primavera de 1938 otorgó un espacio preferente a *Sleepers of Mars* (Los durmientes de Marte), de John Beynon, la continuación de su extraordinariamente popular *Stowaway to Mars* (Polizón a Marte), William F. Temple hizo su debut en el campo de la ciencia-ficción con *Lunar Lilliput* (Liliput lunar). El número también incluía una reimpresión de «Amazing», *Stenographer's Hands* (Manos de taquígrafo), de David H. Keller. Todos los números sucesivos contenían reimpresiones de material publicado en Estados Unidos, que fue aumentando a medida que iban apareciendo otros nuevos. El correspondiente al verano de 1938 ofrecía artículos científicos con *Can We Conquer Space?* (¿Podemos conquistar el espacio?), de I. O. Evans. El quinto número, en diciembre, vio el nombre de Arthur C. Clarke impreso en él con *We Can Rocket to the Moon... Now!* (¿Podemos viajar a la Luna... ahora!).

En ese entonces «Tales of Wonder» había adquirido gran popularidad. Como si eso fuera lo que Newnes había estado esperando, finalmente lanzaron su revista «Fantasy» en junio de 1938, tan largamente demorada. En un breve lapso, Gran

Bretaña contó de pronto con dos revistas de ciencia–ficción, Gillings pagaba las colaboraciones de una suma global que le proporcionaba World’s Work y, necesariamente, sus tarifas eran bajas. En cambio, Newnes, gracias a su excelente respaldo financiero, estaba en condiciones de ofrecer mejores precios, y por consiguiente «Fantasy» habría de atraer a los escritores británicos en primer lugar. De ello se deduce que Gillings recibía un trato ingrato de parte de World’s Work. Si Newnes se hubiera decidido a publicar «Fantasy» tres años antes, la escena de la ciencia–ficción británica habría sido muy distinta.

El primer número de «Fantasy» tenía un aspecto muy profesional, con excepción de una cubierta al estilo de Frankenstein, obra del artista de la editorial S. R. Drigin. El dibujo ilustra *Menace of the Metal Men* (La amenaza de los hombres metálicos), de A. Prestigiacomio, que ya había aparecido en la británica «Argosy» unos años antes. ¡9e nos ha informado que fue escrita en inglés por sugerencia de Compton Mackenzie! La trama, un simple caso de robots en rebeldía, no puede decirse que fuese muy original, pero, sin embargo, resultaba entretenida. Como era de esperar, John Beynon, John Russell Fearn y Eric Frank Russell estaban todos presentes, cada uno de ellos aportando colaboraciones dentro de su nivel habitual. Se podría tener la impresión de que el número demostraba una predisposición por las narraciones de guerra. *Menace of the Metal Men* ya presentaba el ejército en estado de alerta, y el relato de Baynon, *Beyond the Screen* (Más allá de la pantalla) trataba de la más terrible arma de la civilización: *Judson’s Annihilator* (El aniquilador de Judson) (con cuyo título apareció posteriormente en «Amazing»). A continuación venía *Leashed Lightning* (El rayo dominado), de J. E. Gurdon, un reconocido experto en combates aéreos. De especial interés era un artículo científico: *By Rocket–Ship to the Planets* (Hacia los planetas en naves–cohete). Su autor era P. E. Cleator, cofundador de la British Interplanetary Society en el mes de octubre de 1933 con Leslie J. Johnson. Cleator había vendido un relato a la «Wonder Stories» de Hornig, y sólo había publicado un artículo, *Spaceward* (Hacia el espacio), en «Thrilling Wonder» de agosto de 1937. Cleator llevaba las trazas de convertirse en un Willy Ley inglés, si no se hubiera interpuesto la guerra. El mismo Ley estaba presente con un artículo en el segundo número:

¡Un artículo que le había sido devuelto por Gillings para que lo enmendara!

«Fantasy» era obra del ingenio de su editor T. Stanhope Sprigg, miembro de una familia renombrada en el mundo de las letras y en el campo editorial. Sprigg había sido el director de «Airways» antes de asociarse con Newnes en 1934 con la expresa intención de lanzar cuatro publicaciones especializadas: «Air Stories», «War Stories», «Western Stories» y «Fantasy». Las tres primeras muy pronto estuvieron en el mercado, pero pasaron cuatro años antes de que «Fantasy» recibiera la orden de lanzamiento.



Hacía tiempo que Sprigg demostraba interés en la ciencia-ficción y estaba seguro de que no sólo era viable una publicación del género desde el punto de vista comercial, sino que la misma contribuiría a proporcionar un campo y un estímulo muy necesarios para los autores británicos de la materia.

La responsabilidad de las cuatro publicaciones reposaba casi por entero sobre las espaldas de Sprigg, y por ello su futuro estaba predestinado. El segundo número de «Fantasy» apareció en marzo de 1939 y se dio luz verde para su publicación trimestral; en junio aparecía el número tres, Pero éste fue el último. Ante la inminencia de la guerra, Sprigg, como miembro de la Royal Air Force Reserve, fue movilizado, y sus revistas, que dependían totalmente de él (con excepción de «Air Stories» que sobrevivió durante unos pocos números más), desaparecieron con su partida.

«Tales of Wonder» fue más afortunada, y World's Work merece el crédito de haber proseguido la publicación durante todo el tiempo que la mantuvo en circulación. Sin embargo, debido a las restricciones impuestas por el conflicto bélico y la inevitable escasez de papel, «Tales of Wonder» estaba condenada a sufrir las consecuencias. En el noveno número (diciembre de 1939) la cantidad de páginas se redujo a noventa y seis, y luego a ochenta en el duodécimo. En la primavera de 1941 llegó a setenta y dos, pero al menos se mantuvo un ritmo de publicación trimestral. El próximo número, no obstante, no apareció hasta el otoño, y luego, en la primavera de 1942, saldría el decimosexto y último. En ese punto, World's Work tuvo que cortar por lo sano en favor de «Short Stories». Por ese entonces Gillings había llegado a depender cada vez más de la reimpresión de material norteamericano, lo cual no resulta nada sorprendente si se tiene en cuenta la cantidad de potenciales escritores británicos que estaban en el frente.

Con la defunción de «Tales of Wonder» desapareció el mercado para la ciencia-ficción británica. Afortunadamente la inactividad no duró mucho tiempo. Las negociaciones que se llevaban a cabo entre bastidores demostraban la determinación de los fanáticos de Gran Bretaña por mantener las publicaciones de ciencia-ficción. Así, el autor británico William Passingham, cuyo principal mérito para ascender a la fama dentro del género se debe a las series *Atlantis Returns* (El regreso de Atlantis) y *The World Behind the Moon* (El mundo tras la Luna), despertó el interés de una empresa editorial, la The World Says Ltd., para publicar una revista de ciencia-ficción en 1939.

Passingham se dirigió a John Carnell y celebraron dos entrevistas, en octubre de 1939 y en enero de 1940. Se establecieron los acuerdos financieros y de producción, a pesar de la segunda guerra mundial, y se nombró a Carnell como director, fijándose el mes de marzo como momento de cierre. La revista tenía que llamarse «New Worlds». Se preparó un número que incluía nada menos que un relato de una

luminaria como Robert Heinlein, y entonces, sólo una semana antes de los trámites finales, se descubrió que había juego sucio. De pronto The World Says Ltd. declaró la liquidación voluntaria, y el editor regresó a su país de origen: Canadá. Se interrumpió el proceso del nacimiento de «New Worlds» y debió esperar hasta 1946, en que Carnell le dio la palmada en el trasero para reanimarla y traerla al mundo lanzando vagidos.

No obstante ello, los aficionados británicos aún podían adquirir ciencia–ficción norteamericana en todas sus formas, sea en los ejemplares originales importados o en alguna de las múltiples reimpressiones que comenzaron a aparecer, irónicamente en el preciso momento en que la guerra puso fin a «Fantasy».

La más importante de esas compañías reimpressoras era la Atlas Publishing & Distributing Company, que antes de la guerra importaba la mayoría de los títulos norteamericanos, y que luego, en agosto de 1939, comenzó a imprimir una edición británica de «Astounding». El material no correspondía totalmente a la edición norteamericana original, y las diferencias se fueron acrecentando a medida que iban apareciendo nuevos números. En general, la Atlas omitía una o dos narraciones y reordenaba el resto del material. Ciertas secciones eran eliminadas completamente, y los espacios se llenaban con anuncios británicos. Sin embargo, para quienes no podían comprar la edición original, constituía un sano sustituto.

Otra firma reimpresora era la Gerald G. Swan Ltd., de Marylebone, Londres. Ésta compañía se encargaba de publicar varios libros cómicos, como *Topical Funnies* y *Buz and Pisces*. En 1942, precisamente cuando «Tales of Wonder» emitía su último suspiro, Swan tuvo la idea de producir una serie de pequeñas revistas tituladas «Yankee Shorts», iniciándola con *Romance Shorts* y continuándola con *Mystery Shorts*. La tercera de la serie fue «Yankee Science Fiction», y con el fin de otorgarle un aire de autenticidad llevaba marcado el precio de diez centavos en la cubierta, y de tres peniques en la contracubierta. El ejemplar tenía el formato estándar de los «pulp» y contenía treinta y dos páginas, con cuatro narraciones, todas ellas reproducidas de la «Science Fiction Quarterly» del verano de 1940.

El experimento se repitió con los números once y veintiuno de la serie, mientras que el seis, el catorce y el diecinueve fueron «Yankee Weird Shorts». A partir de ese momento, Swan empezó a publicar esporádicamente los números de «Weird Tales», «Future» o «Science Fiction» durante el período de la guerra. Una pobre presentación, y las poco inspiradas ilustraciones del equipo artístico de la editorial, abrumado de trabajo, no permitieron que las revistas se establecieran firmemente en el mercado y cayeron en el olvido. Al llegar el Día de la Victoria en Europa, en mayo de 1945, Gran Bretaña comenzó a lidiar para recuperar una cierta normalidad, y en el primer lugar de la lista de «cosas para realizar» de John Carnell figuraba el lanzamiento de una revista de ciencia–ficción. Pero ahora volvamos a Estados Unidos

en 1938, donde no entraron en la guerra hasta cuatro años más tarde.

## 4. Multiplicación

Supongamos que seguimos a nuestro hipotético fanático de la ciencia-ficción hasta su quiosco durante el verano de 1938. Allí encontraría el número de julio de «Astounding» con su auspicioso contenido (ya establecido), y el de agosto de «Amazing» (el segundo a cargo de Palmer), El número de julio de 1938 de «Weird Tales» le llamaría la atención, por su atrevida cubierta con una ilustración de Virgil Finlay para *Spawn of Dragón* (Engendro de dragón), de Henry Kuttner, y con un contenido que incluía el extraordinario relato de Edmond Hamilton, *He That Hath Wings* (El que tiene alas), a mi criterio su mejor narración y una de las más grandes fantasías jamás escritas.

«Thrilling Wonder» de agosto también presentaba cuentos de Ray Cummings, Henry Kuttner, Gordon A. Giles e incluso de Ray Palmer. Éstos cuatro ejemplares le habrían costado ochenta centavos. Luego, con los ojos desorbitados, habría pagado prestamente otros quince centavos para adquirir un ejemplar de «Marvel Science Stories», la primera revista de ciencia-ficción nueva que aparecía en siete años.

Aparte de las publicaciones semiprofesionales o de otro tipo que proliferaban en el mercado, «Marvel» era, en efecto, la primera nueva revista norteamericana del género desde que hizo su breve aparición, en 1931, «Miracle Science & Fantasy Stories».

«Marvel» era una revista de Red Circle Magazine, firma cuyas publicaciones podían verse comúnmente en los quioscos, incluyendo «Real Sports», «Top-Notch Detective» y «Adventure Trails». Ante la evidente popularidad de «Astounding» y «Thrilling Wonder» no era sorprendente verles aparecer en el campo de la ciencia-ficción. El primer número llevaba fecha de agosto de 1938, el director era Robert O. Erisman, y el editor Western Fiction Publishing Co. Inc., cuyas oficinas centrales se encontraban en el mismo edificio de Chicago desde donde Teck Publications había lanzado «Amazing»: 4600 Diversey Avenue.

La novela principal era *Survival* (Supervivencia), de Arthur J. Burks, un escritor notablemente prolífico en muchos géneros. La historia cuenta cómo, con el fin de escapar de una invasión, un grupo de gente se aventura a vivir bajo tierra y a partir de ese momento debe subvenir a sus necesidades mediante lo que le proporciona el entorno, y no tardó en ser proclamada como una de las mejores narraciones del año.

Ello constituía un buen reclamo si se tiene en cuenta la competencia de «Astounding».

Había además relatos cortos de Stanton Coblenz, Henry Kuttner y de dos nuevos nombres: James Hall y Robert O. Kenyon. Éste escribía para la revista de detectives compañera de «Marvel», por lo que se podía suponer que se trataba de un autor de este género que se había pasado al de la ciencia–ficción. En aquel momento la decepción fue grande, porque la recepción que merecieron estas narraciones fue poco halagadora.

De hecho, ambos eran seudónimos de Henry Kuttner, cuyo relato firmado con su propio nombre también fue criticado.

La culpa no era directamente de Kuttner. El editor de «Marvel», Martin Goodman, y el director, Erisman, decidieron dar un nuevo enfoque a la ciencia–ficción, que consistía en otorgarle un tono más picante. Tal había sido la característica de las historias de horror desde la aparición de «Dime Mystery Magazine», de Popular Publications, en 1932. Western publicaba su propia «Mystery Tales» poniendo un énfasis similar en el aspecto sádico del terror, y Kuttner había colaborado en ella. Ahora se le pidió que incluyera la misma clase de escenas en sus relatos de ciencia–ficción: *Dictator of the Americas* (El dictador de las Américas), *The Dark Heritage* (La oscura herencia) y *The Time Trap* (La trampa del tiempo). (La última de las cuales apareció en el número de noviembre). De acuerdo con los conceptos actuales, las dosis de sexo que contenían eran muy suaves, para decirlo de alguna manera, pero tuvieron que soportar muchas críticas adversas, como, por ejemplo, en esta carta:

*... Me disponía a escribirles una carta de felicitación sin reservas, cuando mis ojos se posaron en The Time Trap de Kuttner. Todo cuanto puedo decir es: «POR FAVOR, en lo sucesivo, descarten esa basura de su revista».*<sup>[3]</sup>

Eso resultaba algo injusto con respecto a Kuttner, pero marcó su nombre entre los aficionados durante un lapso bastante largo. Pero, en general, los lectores de «Marvel» no demostraron animosidad contra la revista, y el éxito del primer número fue superado por el segundo, en el mes de noviembre. Con la excelente continuación de *Survival*, de Arthur Burk, *Exodus* (Éxodo), y *El paraje muerto*, más la cubierta de Frank R. Paul, fue aclamado como un gran éxito. A pesar de ello, la revista no se afirmó con el rito programado de aparición bimensual, puesto que el tercer número, que contenía la soberbia *After World's End* (Después del fin del mundo), de Williamson, no se publicó hasta el mes de febrero de 1939. Por ese entonces, «Marvel» había ganado una compañera en su género, «Dynamic Science Stories», que apareció en el momento justo en que se perfilaba una tendencia a lanzar revistas hermanas.

La intención de «Dynamic» residía en proveer el material más extenso, dejando,

por consiguiente, los relatos cortos para «Marvel». Su primer número (con fecha de febrero) ofreció *The Lord of Tranerica* (El señor de Tranerica), de Stanton Coblentz, que se prestó para una típica cubierta de Frank Paul. El resto del número, aparte de una viñeta de Nelson Bond (bajo el seudónimo de Hubert Mavity) titulada *The Mssage of the Void* (El mensaje del vacío), era aburrido. Un segundo número, con fecha de abril de 1939, contenía una novela principal de Eando Binder, quien, en mayor medida que muchos de los otros autores de esa época, conseguía mantener una prolífica ubicuidad sin demasiado desmedro en la calidad. Luego de ese número, «Dynamic» dejó de aparecer; la mayor parte del material no utilizado apareció en «Marvel». Su muerte no fue muy llorada; en verdad, desapareció sin pena ni gloria, perdida en la súbita oleada de publicaciones periódicas.

«Marvel» no fue la única revista nueva de 1938, pero fue la que tuvo más éxito. El mes de mayo había presenciado la única aparición de «Captain Hazzard», del editor A. A. Wyn. Su novela de fondo, *Python Men of Lost City* (Los hombres serpiente de la ciudad perdida), de Chester Hawks, constituyó un intento de crear una publicación en torno de un personaje central, al estilo de «Doc Savage», pero se quedó a mitad de camino.

Cuando el año 1938 llegaba a su fin, los cañones de la ciencia-ficción comenzaron a disparar. Solamente en 1939 aparecieron nueve nuevas revistas. *Nueve*, casi el doble de las que ya existían. Y de esas nueve, cinco vieron la luz en los primeros tres meses.

Además, seis de ellas eran publicaciones hermanas de los títulos corrientes, y la primera editorial en abrir el fuego fue Standard Magazines con «Startling Stories».

«Thrilling Wonder Stories» gozaba de gran éxito, y en el número de febrero de 1938, Weisinger solicitaba la aprobación y las sugerencias de los lectores con respecto a la publicación de una revista nueva dentro del género. Puesto que en ese momento «Marvel» aún no había aparecido, ésa fue la primera insinuación de lanzar una revista flamante. Los lectores aprobaron la idea unánimemente, y muchos recomendaron que el nuevo título se publicara en el antiguo gran formato. La sugerencia no fue escuchada, pero en enero de 1939 apareció el primer número de «Startling Stories», en formato «pulp» y con 132 páginas. La política consistía en incluir una novela de fondo y la reimpresión de un clásico, *Hall of Fame* (La antesala de la fama). Después de todo, la Standard había comprado los derechos a «Wonder Stories», y tenía todos los números anteriores a junio de 1929 a su disposición. Habiendo entrado tantos lectores nuevos en el campo de la ciencia-ficción durante la década de 1900, ello representaba un rico filón digno de ser explotado.

Para llenar el espacio principal en el primer número, Weisinger había adquirido *The Black Fíame* (La llama negra), de Stanley G. Weinbaum. Después que la versión original, *Dawn of Fíame* (El nacimiento de la llama), recibiera varios rechazos,

Weinbaum escribió una continuación (de una extensión dos veces mayor que la original), con el título de *The Black Flame*, pero una vez más se la rechazaron alegando que no tenía acción suficiente como para complacer el gusto de los habituales lectores del género, a pesar de ser una de las mejores narraciones de Weinbaum, *Dawn of Flame*, pues, sólo había aparecido como relato titular en una antología conmemorativa de edición limitada a 250 ejemplares a cargo de Conrad H. Ruppert, y publicada por Raymond Palmer. Ahora, con la popularidad de que gozaba Weinbaum postumamente, «Starling» contaba con una verdadera primicia para su primer número.

La inicial reimpresión de *Hall of Fame* fue *The Eternal Man* (El hombre eterno), de D. D. Sharp. La cubierta sin firma ilustraba una escena preñada de acción de *Science Island* (La isla de la ciencia), de Eando Binder. Otis Adelbert Kline fue invitado a escribir el editorial, y Otto Binder rindió tributo a Weinbaum. Entre las novedades figuraba un artículo ilustrado de Jack Binder sobre Albert Einstein, el primero de una serie bajo el título común de *They Changed the World* (Ellos cambiaron el mundo), y el mismo Weisinger contribuyó con un conjunto de esbozos breves de grandes científicos para la sección «Thrills in Science».

«Startling» fue recibida con vivo interés, Margulies y Weisinger demostraron suficiente sentido común como para otorgarle a la revista un carácter distinto del de «Thrilling Wonder», que continuaba publicando una variedad de cuentos y relatos breves. En el caso de «Startling» las novelas de fondo, inicialmente, tenían una extensión de 45.000 a 60.000 palabras, lo cual dejaba poco espacio para las reimpresiones, las novedades y algunas viñetas. La elección del material para las reimpresiones también denotaba un claro criterio, como lo demuestra el hecho de que en el curso del primer año hicieran renacer dos narraciones de Weinbaum, incluyendo la legendaria *Una odisea marciana*.

Pero la Standard no se detuvo aquí. Como sea que «Startling» aparecía alternando con «Wonder», cada dos meses, también introdujeron un nuevo título que se correspondiera con «Thrilling Mystery». El primer número de «Strange Stories» apareció en febrero de 1939 y contenía narraciones de todos los autores favoritos de «Weird Tales»: Robert Bloch, August Derleth, Mark Schorer, Otis Adelbert Kline, Henry Kuttner y Manly Wade Wellman. En rigor, Bloch, Derleth y Kuttner se habían apropiado prácticamente de la revista y era raro encontrar un número que no llevara al menos uno de sus relatos, aunque fuese firmado con un seudónimo. Fue en ella donde nació el *alter ego* de Bloch, Tarleton Fiske, así como el alias de Kuttner, Keith Hammond, y el de Derleth, Tally Masón.

«Strange Stories» era, evidentemente, una imitación de «Weird Tales». Ciertamente es que no se trataba de una revista de ciencia-ficción, pero ello no debe ser motivo para omitir mencionarla. (Como veremos en seguida, todos los editores que publicaban

una revista de ciencia–ficción también sacaban un título paralelo del carácter de «Weird»). A «Strange Stories» la sobrevivió su compañera «Thrilling Mystery», si bien la publicación de ésta siguió un ritmo irregular después de noviembre de 1939 y, finalmente, se extinguió en el mes de septiembre de 1942. Durante su período de aparición, «Strange» era lo que se podría llamar una rival de «Weird Tales», la cual ahora se internaba en una etapa crucial en su larga historia. Desde 1924 había estado bajo la eficiente dirección (si bien a veces algo incierta) de Farnsworth Wright. En el mes de enero de 1939, sin embargo, la revista se vendió a Short Stories Inc., cuyas oficinas editoriales estaban situadas en Nueva York, Wright se mudó de Chicago junto con la revista, pero empezaba a flaquearle la salud y se vio imposibilitado de continuar. Se retiró después de la publicación del número de marzo de 1940 y falleció al cabo de poco tiempo, a la edad de sólo cincuenta y dos años. La elección del nuevo director recayó en la señorita Dorothy McIlwraith, una solterona de mediana edad que había tenido a su cargo la dirección de «Short Stories». Por eficiente que pueda considerarse la actuación de la señorita McIlwraith en «Weird Tales», es innegable que, cuando Wright se fue, terminó una era. Sólo unos pocos años antes, dos de sus autores más destacados, Robert E. Howard y H. P. Lovecraft, habían muerto (el primero se quitó la vida él mismo), y otro de los favoritos, Clark Ashton Smith, virtualmente había dejado de escribir. Otros grandes nombres fueron apareciendo con menor frecuencia, también, de manera que la «Weird Tales» que sobrevivió bajo la dirección de la señorita McIlwraith no era sino una sombra de lo que había sido en su época más brillante. A nuestro juicio, mientras que Wright había publicado con regularidad algún relato de ciencia–ficción, ahora muy raras veces aparecía material del género, y era principalmente Edmond Hamilton (y luego Stanton Coblenz) quien mantuvo enarbolada la bandera de la ciencia–ficción.

Ése fue, pues, el momento ideal para que «Strange Stories» diera el golpe, para que ocupara el trono en el reino de la fantasía. Pero ello no sucedió. La citada publicación sólo duró trece azarosos números, y en enero de 1941 expiró. ¿Por qué? ¿Acaso no había mercado para la fantasía? ¿O es que los lectores eran demasiado fieles a «Weird Tales»?

En rigor, la respuesta radica en el hecho de que «Strange Stories» era una imitación demasiado exacta de «Weird», la cual era única. Si bien la Standard demostró un gran criterio en la elección del material para «Startling», se equivocó en lo que a «Strange» se refiere. (En la actualidad el mejor recuerdo que se conserva de su contenido lo constituye la serie de Henry Kuttner sobre el príncipe Raynor, y de ella solamente aparecieron dos episodios). El hombre que tomó la decisión más certera con respecto a la fantasía no fue otro que John Campbell. Al mes siguiente de la aparición de «Strange Stories», la compañera de «Astounding», «Unknown», apareció en escena, cual una verdadera nova, y con ella se expandió el reino de la



fantasía.

Lo que «Astounding» había logrado para la ciencia–ficción, «Unknown» estaba a punto de conseguirlo para el género fantástico. La diferencia más evidente entre «Weird» y «Unknown», en cuanto al carácter de su contenido, residía en el enfoque. Casi siempre, «Weird Tales» presentaba una suerte de horror espeluznante. Lo que se pretendía era aterrorizar y enervar, subrayando lo extravagante. No así «Unknown», que trataba lo fantástico como un hecho cotidiano, y aunque de cuando en cuando publicaba alguna narración amedrentadora, es el tono humorístico que saturaba la revista lo que la torna memorable.

Aquí encontramos el tipo de relato que había popularizado Thorne Smith (1893–1934) en su serie *Topper*. Las narraciones de «Unknown» nunca eran complicadas, sino todo lo contrario, pues los autores se limitaban a sugerir una premisa básica, y a partir de ella desarrollaban el tema de acuerdo con un esquema lógico. Los resultados eran más que fenomenales: eran sorprendentes. «Unknown» publicó, sin ninguna duda, la más extraordinaria colección de narraciones fantásticas que haya presentado una revista. Naturalmente, la publicación se convirtió en una bendición para cualquiera que fuese capaz de combinar el humor con la fantasía, y por consiguiente muchos autores pusieron a prueba su verdadero valor en sus páginas, L. Sprague de Camp, L. Ron Hubbard, Fritz Leiber (cuyos cuentos de *Grey Mouser*, después de ser rechazados por «Weird Tales» vieron por primera vez la luz del día en sus páginas), Nelson Bond, Henry Kuttner, Theodore Sturgeon, Anthony Boucher, Fredric Brown, H. L. Gold y Malcom Jameson, en particular, demostraron su habilidad en tallar gemas de primera clase.

También había varias sorpresas en reserva. Norvell Page, uno de los encumbrados autores que producía a un ritmo sorprendente y era el responsable de las narraciones de fondo de la revista «The Spider» de la *Popular*, apareció con dos excelentes novelas basadas en la leyenda del Preste Juan: *Fíame Winds* (Vientos flamígeros) y *Sons of the Bear–God* (Los hijos del dios oso); y Manly Wade Wellman, considerado hasta entonces como un escritor de segundo orden, bastante bueno, de temas heroicos del espacio, presentó un relato estremecedoramente memorable, centrado en torno de Edgar Allan Poe; *When It Was Moonlight* (Cuando brillaba la luna).

Los británicos deberíamos estar orgullosos con toda razón de que la novela de fondo del primer número fuese de Eric Frank Russell. *Sinister Barrier* (Barrera siniestra) había sido sometida a la consideración de «Astounding» y fue devuelta para que fuese re–escrita. Aparentemente, Russell lo hizo con tan admirable habilidad que hasta Campbell quedó sorprendido. Durante este período, Campbell había estado planeando la publicación de una revista fantástica complementaria, y *Sinister Barrier* parecía muy apropiada para ella. Russell adaptó una de las creencias de Charles Fort, según la cual estamos bajo el dominio de seres extraños, y produjo lo que

posteriormente fue considerado un clásico, En la novela los terráqueos descubren que, en efecto, están dominados por seres extraterrestres, y a partir de ese momento inician una desesperada batalla por la libertad.

Desde el primer número, «Unknown» despertó el interés de los aficionados a los relatos fantásticos y de ciencia-ficción por igual, puesto que realmente contenía muchas narraciones de fantaciencia, uno de cuyos mejores ejemplos es *Darkzr Than You Think* (Más oscuro de lo que se cree) (diciembre de 1940), de Jack Williamson, con su enfoque altamente científico de la licantropía.

Pisándole los talones a «Unknown» llegó «Fantastic Adventures», como compañera de «Amazing». Con el primer número fechado en mayo de 1939, «Fantastic» apareció demasiado pronto después de «Unknown» como para considerarla una imitadora de ésta, pero no cabe duda de que la aparición de la publicación de Campbell acicateó a Ziff-Davis, En su editorial, alabando la inmensa y dura labor realizada por el equipo Ziff-Davis, Palmer manifiesta que: «Hemos elevado la literatura fantástica al nivel de las publicaciones de calidad, y no obstante ello, se ha logrado conservar el atractivo necesario en el campo de los “pulps”».<sup>[4]</sup> El lector coincidirá en considerar que resulta bastante extraño que el director de una revista «pulp» expresara que la calidad y los «pulps» no iban de la mano.

Sea como fuere, el caso es que «Fantastic Adventures» resultó sumamente atractiva. Como un equivalente de «Unknown» para el público juvenil era satisfactoria, y aunque Palmer, aparentemente, jamás logró decidirse entre publicar ciencia-ficción o relatos fantásticos, la revista contenía buenas narraciones. Con el paso de los años, su calidad fue mejorando hasta superar la de «Amazing», y durante el «período Shaver» (al cual nos referiremos de nuevo más adelante), en última instancia, «Fantastic» demostró ser un refugio seguro.

El primer número no fue, ni mucho menos, tan espectacular como el de «Unknown». Relatos de segundo orden por Eando Binder, Harl Vincent, A. Hyatt Verrill, Ross Rocklynne y Frederic A. Kummer, entre otros, combinados con una historieta: *Ray Holmes, Scientific Detective* (cuyo perpetrador lamentablemente permaneció en el anonimato); no obstante, encontró eco entre los seguidores de «Amazing». Sin duda la mejor faceta del número era la ilustración de la contracubierta de Frank R. Paul, representando *The Man from Mars* (El hombre de Marte). Un artículo aclaratorio acompañaba la ilustración y ello demuestra una vez más la versatilidad de Paul. En este caso se vio secundado por el formato de gran tamaño de «Fantastic» que le permitió dar mayor realce, tanto al dibujo de la cubierta como a los del interior.

En marzo de 1939 un nuevo editor entró en el campo: Blue Ribbon Magazines de Massachusetts, con oficinas centrales en Hudson Street, Nueva York. En esos momentos el éxito de «Amazing», bajo la dirección de Palmer, y de «Marvel»,

constituía un tema de meditación entre los editores de publicaciones «pulp» y se dieron cuenta de que había llegado el momento de tirarse al agua. Así Blue Ribbon lanzó «Science Fiction», y como director contrataron nada menos que a Charles D. Hornig, que había alcanzado la madura edad de veintidós años.

«Science Fiction» tuvo un favorable lanzamiento, a pesar de la mediocre cubierta de Frank R. Paul, con nombres tales como Edmond Hamilton y Amelia Reynolds Long, que por un instante transportaron a los lectores de vuelta a los días de «Wonder Stories». Visto a distancia, quizás hubiese sido preferible que tales recuerdos hubieran dormido en el pasado, ya que los relatos eran de inferior calidad. Sin embargo, el primer número mereció considerables elogios. Un joven (de dieciocho años), Ray Bradbury, dijo:

*... no dejen que la revista degenere hasta alcanzar el nivel del jardín de infantes: que madure a la par que la mente de los aficionados. Si las demás publicaciones dejan jugar a ser infantiles, dejemos que avancen a ciegas... pero no lograrán hacerse un lugar en el ámbito de la ciencia-ficción como sin duda habrán de hacer ustedes si continúan adelante con las ideas que tienen en mente para el futuro.*

*(Hornig contestó):*

*Trato de otorgar a la revista un carácter que sea un incentivo para las mentes maduras, y por lo tanto evito incluir cuentos de hadas ilógicos.<sup>[5]</sup>*

Es obvio que Hornig escarnecía la política de Palmer, y seguramente también la de Weisinger, Pero ¿era eso justo teniendo en cuenta que la mayor parte del material de Hornig salía de las plumas de los principales autores de Palmer y Weisinger? Éste hecho estaba oculto por los incontables seudónimos utilizados, lo cual también encubría el hecho de que esos autores a quienes Palmer les pagaba un centavo por palabra le vendían narraciones a Hornig a razón de medio centavo la palabra. Entre ellos figuraban John Russell Fearn, que aparecía como John Cotton, Ephriam Winiki y Dennis Clive en el primer número, y luego como Dom Passante; Edmond Hamilton, que firmaba Robert Castle; Henry Kuttner como Paul Edmonds, y Eando Binder (Earl incluido) como John Coleridge. El mecanismo fue ideado por el agente de los autores, Julius Schwartz, mientras que el director Hornig inventaba la mayoría de los seudónimos. Cuando se empleaban los nombres verdaderos, la tasa era elevada al nivel habitual de un centavo por palabra.

Binder apareció bajo su propio nombre reconocido en el segundo número con una novela corta, *Where Eternity Ends* (Donde termina la eternidad), una pieza bien

escrita, de ritmo ágil, por la cual Binder es aún recordado. Ésta obra la publicó un editor australiano en forma de opúsculo en la década de 1950, Binder también escribió un artículo, *A Vision of Possibility* (Una visión de la posibilidad), que inspiró a Paul unas sugestivas cubiertas, en un estilo muy similar al de las ilustraciones que caracterizaban las contracubiertas de «Amazing», mientras que las cubiertas especiales a base de mutantes de Campbell constituían el atractivo principal de «Astounding».

Después de los dos primeros números, «Science Fiction» comenzó a declinar. Es evidente que con la proliferación de publicaciones del género, los escritores y sus agentes contaban con un amplio mercado donde poder elegir y se inclinaban por los editores que pagaban mejor. Hornig había estado asociado con «Wonder Stories», que tenía fama de pagar poco. Cuando una cosa parecida empezó a suceder con «Science Fiction», el caudal de manuscritos de los autores más cotizados se fue debilitando. Ello significó que los autores que encontraban cada vez más dificultades para mantenerse en el campo —porque sus relatos parecían ahora anticuados— de nuevo tuvieron un mercado para su producción. Entre éstos había gente como Ed Earl Repp, Harl Vincent, Stanton Coblenz e incluso Ray Cummings, que parecía haber caído en una rutina de lo submicroscópico. Por consiguiente, «Science Fiction» y una pléyade de revistas como ella raras veces tenían oportunidad de procurarse nada más que material de segunda clase, y si bien de cuando en cuando algunas narraciones de esta categoría firmadas por buenos autores (previamente rechazadas por los mejores editores) eran de una calidad superior al nivel medio del de otros escritores, ello significó que muchos relatos mediocres se filtraron en el género.

Durante el verano de 1939 el *boom* pareció decaer temporalmente, pero al acercarse el otoño, la bola de nieve empezó a rodar otra vez, y al propio tiempo una chispa de originalidad surgió de la organización de Frank Munsey. La compañía de Munsey había abierto el campo de las publicaciones «pulp» unos cuarenta años antes, y aquel primer título, «Argosy», todavía seguía apareciendo, aunque la ciencia-ficción cada vez ocupaba un lugar menos importante en su contenido.

Con frecuencia los lectores recordarían los primeros tiempos de «Argory» y de su compañera «All-Story» (actualmente «All-Story Love», una revista romántica para la mujer) y con cariño recordarían la infinidad de relatos de ciencia-ficción y fantásticos que había publicado. He aquí, pues, un hueco para llenar, y en septiembre de 1939 Munsey lanzó «Famous Fantastic Mysteries», con la intención de reeditar aquellos antiguos clásicos. En este sentido, realizó una admirable labor bajo la sagaz dirección de Mary Gnaedinger. Ésta se encontró con una vasta provisión de material para elegir, y puesto que el autor popular más importante de los primeros tiempos había sido Abraham Merritt (1884–1943), seleccionó algunas de sus obras para el nacimiento de la nueva revista. Merritt en aquellos momentos se dedicaba por

completo a la dirección de «American Weekly», por cuyo motivo su producción como escritor era virtualmente nula, lo cual significaba que pocos de los nuevos fanáticos habían tenido oportunidad de gustar sus relatos. (También Gernsback había recurrido a obras de Merritt para las reediciones de novelas en «Amazing» doce años antes. Ésa elección ejerció sin duda su influencia, y la segunda reimpresión de las obras de Merritt demostró una vez más que era un triunfador).

El primer número contenía *The Moon Pool* (La laguna de la Luna) de «All-Story» de junio de 1918, y le siguió una señalización de la continuación: *The Conquest of the Moon Pool* (La conquista de la laguna de la Luna), El segundo número también desenterró *Almost Immortal* (Casi inmortal) de Austin Hall («All-Story», 7 de octubre de 1916), y en el tercero apareció *Who Is Charles Avison?* (¿Quién es Charles Avison?) de Edison Marshall («Argosy», abril de 1916), para citar solamente la flor y nata de las reimpresiones.

«Famous Fantastic Mysteries» (conocida como «FFM» por razones prácticas) salió mensualmente después del segundo número, un lujo que hasta el momento sólo podían darse «Astounding» (y «Unknown») y «Amazing». Por supuesto que el respaldo financiero de Munsey tuvo mucho que ver con ello, pero también era una prueba de su popularidad. Como consecuencia, en julio de 1940, apareció una publicación hermana, «Fantastic Novéis», que presentaría las obras más extensas, dejando los relatos cortos para «FFM». En este aspecto, Gnaedinger se valió de un ardid muy astuto. A partir del número de marzo de 1940, «FFM» publicó en forma seriada *The Blind Spot* (El paraje ciego) de Austin Hall y Homer Eon Flint, un clásico particularmente excitante de un «Argosy» de 1921. Después de la tercera entrega fue interrumpida bruscamente su publicación y se incluyó completa en el primer número de «Fantastic Novéis». Los lectores que deseaban seguirla hasta el final no tuvieron más alternativa que comprar la nueva revista.

Al concluir el año, apareció sorpresivamente una publicación compañera de «Science Fiction»: «Future Fiction». Charles Hornig era también su director. El título tuvo un interesante origen. El editor Silberkleit se había iniciado en el mundo de los negocios con una empresa distribuidora vinculada a Gernsback. Cuando éste buscaba un título para la publicación que vería la luz como «Amazing Stories», Silberkleit sugirió el de «Future Fiction». Ése título nacería por fin al cabo de trece años y medio.

En un principio «Future» fue poco más que una copia idéntica de «Science Fiction».

Una de las cualidades de Hornig era su habilidad para desenterrar nombres del pasado.

El primer «Future» incluía *The Infinite Eye* (El ojo infinito) de Philip Jacques Bartel, seudónimo de M. M. Kaplan, *World Reborn* (Mundo renacido) de J. Harvey

Haggard y *Ths Disappearing Papers* (Los documentos desaparecidos) de Miles J. Breuer, todos ellos nombres que prácticamente se habían perdido de vista, Resulta interesante suponer que quizás Hornig adquirió algunos de los noventa y nueve extraños manuscritos que Palmer rechazó al asumir la dirección de «Amazing», como sucesor de Sloane; relatos que habían sido escritos muchos años antes.

En Navidad ya habían aparecido dos revistas más, ambas trimestrales. La primera de ellas, fechada invierno de 1939, pertenecía a una nueva firma editorial, Love Romances Inc., de Nueva York, y se llamaba «Planet Stories». Love Romances publicó una gran variedad de revistas, cuyos títulos resultaban sumamente engañosos. «North–west Romances», «Jungle Stories» y «Two Complete Detective Books Magazine», por ejemplo, todos salieron bajo el pie de imprenta general de «A Fiction House Magazine».

La primera «Planet», dirigida por Malcolm Reiss, presentaba un contenido singularmente insulso, a excepción del grato retorno de los autores Laurence Manning y Fletcher Pratt, «Planet» mantuvo la política de publicar solamente aventuras interplanetarias y se orientaba sin duda hacia el mercado juvenil. A medida que se sucedían los números el brío del director Reiss empezó a surtir efecto y fue mejorando la calidad del material, aunque éste no dejaba de disculparse por la mediocridad de los relatos, señalando que se trataba de lo mejor que tenía a mano en el momento de entrar en prensa. Al igual que muchas de las nuevas revistas, la de Reiss también satisfacía la curiosidad de los aficionados a la ciencia–ficción mediante una sección dedicada a comentar las publicaciones del género, y no tardó en crearse una secuela de fieles lectores.

La otra publicación trimestral, «Captain Future», también tenía su origen en la Standard Magazines, En julio de 1939 se había celebrado la primera Convención Mundial de la ciencia–ficción, que tuvo lugar en Nueva York, a la que asistieron aficionados y profesionales por igual. Leo Margulies estuvo presente durante la convención que él y Weisinger soñaron con lanzar «Captain Future». Como sea que esta revista estaba dirigida al grupo integrado por los adolescentes más jóvenes, ¿no podemos dejar de preguntarnos cuál debía de ser la opinión que Margulies tenía realmente de los aficionados!

«Captain Future», cuyo primer número correspondía al invierno de 1940, debía publicar una novela completa de aventuras cada trimestre contando la epopeya del capitán Curt Newton y sus cohortes. Inicialmente las novelas pertenecían todas a Edmond Hamilton, comenzando con *Captain Future and the Space Emperor* (El capitán Futuro y el emperador del espacio), Hamilton era un autor muy competente y por fortuna no cometió el error de rebajarse hasta el nivel de los lectores, evitando caer en la narración de aventuras *demasiado* trilladas para el público juvenil, a pesar de la insistencia del editor en que adoptara las fórmulas aderezadas de las

publicaciones «pulp». En cambio eran relatos épicos del espacio hábilmente escritos.

También era importante el hecho de que esta revista, al igual que «Startling», incluyera reimpressiones, en este caso relatos más extensos que se podían señalar. El primer año apareció *The Human Termites* (Termitas humanas) de David H. Keller, exhumada del año 1929.

El año 1939 fue en verdad el más excepcional para la ciencia-ficción, buena y mala. Se amplió el mercado para los escritores y dibujantes, pero también vio la luz una gran cantidad de material de calidad inferior. Lo que resulta notable es que la mayor parte iba dirigido al público juvenil. Mientras que en un principio era Palmer quien apuntaba bajo, ahora tanto «Planet» como «Captain Future» le ganaban. De hecho, las narraciones de «Amazing» a menudo eran comparables, si no mejores, que las de «Science Fiction» y «Future». Por otra parte, «Startling» y «Thrilling Wonder» tenían un carácter mucho más elitista que antes, y «FFM» ofrecía un formidable desafío con sus respetables reimpressiones.

Pero, como siempre, «Astounding» se encontraba en la cumbre, y si 1938 había sido un buen año, 1939 fue aún mejor. Ello era una suerte para Campbell, porque en sus esfuerzos por ofrecer originalidad, rechazaba una enorme cantidad de material, a medida que crecía el mercado de la ciencia-ficción y que los autores descubrían que podían colocar su producción en otra parte, dejaron de perder el tiempo con Campbell. Por esa razón, éste *tuvo* que encontrar su propia corte de autores, y sin duda eso es justamente lo que hizo.

Comparemos su segundo año (octubre 1938–septiembre 1939) con el primero (excluyendo «Unknown»). El número de octubre de 1938 presentó el primer episodio de la serie sobre Johnny Black, el oso inteligente, de L. Sprague de Camp —*The Command* (La orden)— que fue elegido por votación como el relato más popular del número. El mes de diciembre de 1938 presencié el regreso de Lester del Rey con *Helen O’Loy*, un robot femenino sumamente sensible. En ese mismo número las «imaginativas variantes» de Tremaine se vieron reemplazadas por los relatos «nova» de Campbell, con *A Matter of Form* (Una cuestión de forma) de H. L. Gold, Ésta fue la primera aparición de Gold bajo su nombre verdadero, aunque en 1934 había firmado varias narraciones con el seudónimo de Clyde Crane Campbell.

La serie *Cosmic Engineers* (Ingenieros cósmicos) de Clifford Simak empezó en el número de febrero de 1939, a la que le siguió en el mes de abril *One Against the Legion* (Uno contra la legión) de Jack Williamson. Con ésta la ópera del espacio de «Astounding» llegó a un fin muy maduro, salvo las que aún estaban por venir de E. E. Smith.

John Berryman hizo su primera aparición en mayo con *Special Flight* (Vuelo especial), pero mayor importancia tuvo el número de julio con *Black Destroyer* (el destructor negro), que trataba de una extraña criatura gatuna, Coeurl, y sus intentos

de apoderarse de una nave espacial terráquea. Ésta narración marcó la primera aparición de A. E. van Vogt en las revistas de ciencia–ficción. El mismo número contenía *Trenas* (Tendencias), la primera colaboración de Isaac Asimov en «Astounding», aunque *Marooned off Vesta* (La vesta abandonada) («Amazing», marzo de 1939) había aparecido antes. *Trenas* se caracteriza por ser la primera en sugerir que en lo futuro podría existir cierta resistencia social a los viajes espaciales. Un mes más tarde, el número de agosto nos ofreció la primera colaboración de Robert Heinlein, *Life–Line* (La línea vital) (un relato no demasiado memorable respecto de una máquina que puede predecir la duración de la vida humana), y al mes siguiente nos trajo las picaras aventuras de unos seres etéreos en la primera narración de Theodore Sturgeon, *Ether Breather* (Inspirador de éter).

En dos años Campbell logró monopolizar los nombres que ocuparon el lugar más destacado en el campo de la ciencia–ficción: L. Sprague de Camp, Lester del Rey, E. E. Smith, Eric Frank Russell, Isaac Asimov, Robert Heinlein, A. E. van Vogt y Theodore Sturgeon, así como a Clifford Simak y Jack Williamson. Con el fin de empezar con firmeza su tercer año, *Grey Lensman* de E. E. Smith se serializó en cuatro partes, la primera de las cuales se publicó en octubre.



## 5. Pleamar

A comienzos de 1940 apenas decayó el florecimiento de los «pulp» de ciencia–ficción, pero en la mayoría de los casos eran revistas compañeras de otras en curso.

Charles Hornig se encontró con una tercera publicación, «Science Fiction Quarterly», cuyo número de prueba apareció en el verano de 1940. El acento en este caso recaía en las novelas largas, al igual que con «Startling», y en su primer número había una reimpresión: *The Moon Conquerors* (Los conquistadores de la Luna) de R. H. Romans, sacado de la revista «Wonder Stories Quarterly», de invierno de 1930. Evidentemente, la idea de las reimpresiones prendía con rapidez.

En febrero y marzo de 1940 aparecieron dos nuevas publicaciones, «Astonishing Stories» y su compañera «Super Science Stories». Éstos dos títulos salían alternados y en el curso de los tres años siguientes se ganaron un lugar entre las revistas más sensatas disponibles. En la página del índice figuraba que los editores eran Fictioneers, Inc., pero ésta era meramente una subsidiaria de Popular Publications. La firma Popular, sorprendentemente, no publicaba ninguna revista de ciencia–ficción, habiéndose hecho famosa por sus publicaciones de sexo/sadismo, que más o menos habían iniciado con «Dime Mystery Magazine» en 1932 y ampliado en «Horror Stories» y «Terror Tales».

El activo fanático de la ciencia–ficción Frederik Pohl primero se había dirigido a Red Circle con la intención de convertirse en director de «Marvel». En 1940 esa revista iba de capa caída, pero Erisman puso a Pohl en contacto con el editor de Popular, Henry Steeger. Al salir de esa entrevista, Pohl ya era director de las dos nuevas revistas.

La fecha era miércoles, 25 de octubre de 1939. A Pohl le faltaba un mes para cumplir los veinte años, lo cual le convertía en el más joven director en su primer trabajo, después de Hornig.

Sin embargo, Pohl era extraordinariamente maduro en cuanto a ideas y proyectos.

Las dos publicaciones tenían el formato típico de las revistas complementarias: «Astonishing» destinada a las piezas más breves, y «Super Science», a las obras de mayor extensión. (En efecto, durante un tiempo se la bautizó de nuevo con el título de «Super Science Novéis Magazine»). El primer número de «Astonishing» demostró una definida inclinación hacia las aventuras interplanetarias, encabezado con *Chamaleon Planet* (El planeta camaleón) de J. R. Fearn, y *White Land of Venus* (La llanura blanca de Venus) de Frederic Kummer, Isaac Asimov estaba presente con

*Half-Breed* (Semi-engendro), y también lo estaban Henry Kuttner y Manly Wade Wellman, aunque firmando con seudónimo.

«Super Science Fiction» salió con *World Reborn* (El mundo renacido) de Thornton Ayre (Fearn de nuevo, quien al encabezar el número con su narración se hizo merecedor a una doble cubierta singular), y también contenía relatos de Raymond Z. Gallun, Frank Belknap Long, Ross Rocklynne y otros. Es digno de recordación, por ser su primera aparición, James Blish, un brillante autor de dieciocho años, con *Emergency Refuelling* (Reabastecimiento de emergencia).

Antes de finalizar el año 1940, estas dos publicaciones habrían de incluir relatos de L. Sprague de Camp, Robert Heinlein y Clifford Simak, además de Asimov. En la mayoría de los casos se trataba de material rechazado por Campbell, pero no obstante de buena calidad. Si asociamos eso con el hecho de que «Astonishing» se vendía por la mera suma de diez centavos, no nos sorprenderá que conquistara un amplio mercado.

La principal razón de que la firma Popular hubiera lanzado las revistas de Pohl con otro pie editorial residía en el hecho de que sólo podían arriesgarse a pagar medio centavo por palabra en el género de ciencia-ficción en vez de su tarifa habitual de un centavo.

Sin embargo, a fines de 1940 habían elevado el presupuesto de Pohl de manera que le permitía pagar cifras adicionales por los relatos más populares.

La firma Popular Publications entró en un periodo de expansión. En 1935 habían adquirido los derechos de «Adventure» a la Munsey Corporation y con ello contrataron al director Howard Bloomfield. Ahora, en 1941, compraron el resto de las publicaciones.

«Argosy» se había convertido en una revista «pulcra», desprovista de ciencia-ficción. Fue de esta manera que la firma Popular tomó posesión de «FFM» y «Fantastic Novéis», y puso a su director, Alden H. Norton, a cargo de todas las publicaciones del género.

Había llegado casi la pleamar para las revistas: el campo de la ciencia-ficción había alcanzado el punto de saturación. Empero, aún aparecerían cuatro publicaciones más, y la primera de ellas anunciaría el retorno de F. Orlin Tremaine a la palestra.

Tremaine (1899–1956) se había concedido un largo descanso después de su labor en Street & Smith y se contentó con escribir algunos relatos, incluyendo narraciones de ciencia-ficción tales como *True Confession* (Verdadera confesión) («Thrilling Wonder», febrero de 1940), la historia extraordinariamente conmovedora de un robot, y fantásticas como *Golden Girl of Kalendar* (La muchacha de oro de Kalendar) para «Fantastic Adventures». Ahora bajo los auspicios de H-K Publications se erigió en director de «Comet Stories», cuyo primer número fue el de diciembre de 1940. Por

ese entonces los aficionados a la ciencia–ficción empezaban a mostrarse indiferentes ante las nuevas publicaciones y, aunque el nombre de Tremaine merecía algo más que una inquisitiva mirada, el contenido tenía que ser muy especial para provocar la tentación capaz de arrancar los quince centavos adicionales de los bolsillos de los lectores.

Tremaine no produjo ese algo especial, si bien el segundo y el tercer números empezaron a mostrarse más promisorios. «Comet» publicaba ciencia–ficción para todos sin discriminación, y evidentemente no tenía una política bien definida ni autores de mérito. Fue en esta publicación donde hizo su primera aparición el historiador del género Sam Moskowitz con *The Way Back* (El camino de regreso), en el número de enero de 1941 (aunque también estaba presente en el «Planet Stories» del invierno de 1941).

Lamentablemente, cuando «Comet» empezaba a imponerse, Tremaine se retiró. H–K Publications no aportaba el dinero para pagar a los autores ni a los ganadores de los concursos, y Tremaine no quiso verse envuelto en ello. «Comet» fue en verdad una estrella fugaz, y Tremaine nunca más volvió como director al campo de la ciencia–ficción, si bien hizo una breve aparición a fines de la década de 1940 con una serie de artículos en «Thrilling Wonder». Falleció el lunes 22 de octubre de 1956, dejando «Astounding» tras de sí como un monumento a sus logros.

Los problemas monetarios alzaron sus horrendas cabezas de nuevo con la aparición de las pocas revistas posteriores. En la época de «Wonder» y «Amazing» no era inusual que los autores tuvieran que esperar a cobrar mucho tiempo después de la publicación del relato. Por consiguiente, «Astounding» de Street & Smith se convirtió en un sorprendente refugio seguro con su inveterada costumbre de entregar el cheque una vez aceptada la colaboración. Las más grandes editoriales como la Standard, Ziff–Davis y Popular tampoco tuvieron dificultades. Pero con la expansión del género y a medida que los editores de menor importancia entraron a competir en el campo de la ciencia–ficción, los problemas aumentaron.

Las cosas llegaron al punto culminante cuando Donald Wollheim convenció a Jerry Albert de Albing Publications para publicar «Stirring Science Stories» y «Cosmic Stories», que aparecieron en febrero y marzo de 1941, respectivamente. El inconveniente residía en que no disponían de suficiente capital para hacer frente a todos los pagos de una sola vez. Albert dio instrucciones a Wollheim a los efectos de que consiguiera colaboraciones sobre la base de que el pago se efectuaría si las publicaciones tenían éxito, un juego que conduciría rápidamente a la muerte de las revistas. Wollheim tuvo la suerte de ser miembro de una sociedad de aficionados de Nueva York, The Futurians, y como tal contó con la buena disposición de todo un grupo de autores en ciernes que se contentaban con ver sus narraciones en letras de molde, aun cuando la remuneración se redujese casi a cero. Como consecuencia, la

mayor parte del material que nutrió a ambas publicaciones procedía de ese grupo, publicado bajo una virtual guía de seudónimos. Ello también significó el lanzamiento de autores que posteriormente serían renombrados.

El mejor ejemplo lo constituye Cyril Kornbluth (1923–1958). Kornbluth hizo su primera aparición en el número de abril de 1940 de «Astounding» en colaboración con Richard Wilson bajo el seudónimo de Ivar Towers. En mayo de 1940 publicó *King Colé of Pluto* (El rey Colé de Plutón) en «Super Science Stories» firmado con el nombre de S. D. Gottesman, Sin embargo, ese nombre sirvió principalmente para señalar los esfuerzos mancomunados entre Kornbluth y Pohl. Con la llegada de «Stirring», Kornbluth inventó un seudónimo, Cecil Corwin, bajo el cual escribió algunos de los relatos fantásticos más originales, tales como *Mr. Packer Goes to Hell* (El señor Packer va al infierno) («Stirring», junio de 1941) y *The City in the Sofá* (La ciudad en el sofá) («Cosmic», julio de 1941), En «Stirring» de junio de 1941, Kornbluth figuró con cuatro relatos, todos ellos salidos de su pluma, pero firmados Corwin, W. C. Davies, Kenneth Falconer y S. D. Gottesman.

Damon Knight hizo su primera aparición profesional en el número de febrero de 1941 de «Stirring» con *Resilience* (Rechazo). Knight era sólo unos pocos meses mayor que Kornbluth, pero en ese momento no logró causar el mismo efecto en ninguna parte.

Otros miembros del grupo (más o menos integrados a él) que contribuyeron a la aventura de Albing fueron James Blish, Robert Lowndes, Walter Kubielius, John B. Michel, Harry Dockweiler, Frederik Pohl e Isaac Asimov.

Como era de prever, empero, el hecho evidente de no pagar a los colaboradores provocó violentas erupciones en el campo del género fantástico, y todos los intentos de Wollheim y Albert por suavizar las cosas fueron vanos. Si bien las revistas poseían una calidad por encima del nivel medio, no lograron hacerse un lugar en el mercado y desaparecieron.

«Stirring Science Fiction» merece recordarse por el sólo hecho de que era dos revistas en una. La segunda mitad, «Stirring Fantasy Fiction», tenía su propio editorial, página de índice y secciones independientes. Fue en esta parte donde apareció el mejor material, sobre todo *The Corning of the Whita Worm* (La llegada del gusano blanco) de Clark Ashton Smith (abril de 1941), y sin embargo es ese nombre el que ha sido olvidado.

Y así llegamos al verano de 1941, el pináculo de las revistas «pulp» de ciencia-ficción, En este período hubo más títulos de publicaciones del género en los quioscos que en cualquier otra época anterior. Posteriormente sólo aparecería otra publicación más norteamericana y una revista de origen canadiense; ninguna de ellas merece más que un comentario al pasar. «Marvel Stories» (con cuyo título se la conocía ahora) estaba naufragando. Una compañera anterior del tipo *weird*, «Uncanny Tales», había

desaparecido en mayo de 1940, después de aparecer diez números. (No debe confundirse con la «Uncanny Tales» canadiense que sobrevivió durante veintiún números entre 1940 y 1943. Si bien en su casi totalidad estaba formada por reimpressiones de origen norteamericano, publicaba también material original). Con fecha de abril de 1941 se materializó un nuevo título, «Uncanny Stories». Los insulsos relatos de Ray Cummings, R. de Witt Miller y F. A. Kummer recibieron una respuesta carente de entusiasmo, y sólo *Speed Will Be My Bride* (La velocidad será mi novia) de David Keller (reproducida de un folleto de edición privada de 1940) demostró poseer un cierto atractivo. «Uncanny Stories» desapareció de la noche a la mañana.

El título canadiense fue «Eerie Tales», fechada en julio de 1941. El hecho de estar numerada Volumen 1, Número 1, hacía suponer una intención de continuidad, ya que inició la publicación de una serie, *The Weird Queen* (La reina irreal) del boxeador profesional Thomas P. Kelley. Pero nunca llegó a su fin porque «Eerie» no apareció más.

Es digna de ser recordada por un relato singularmente profético, *The Man Who Killed Mussolini* (El hombre que mató a Mussolini) de Valentine Worth, Un oportuno recordatorio de que Europa estaba en guerra.

Así, mientras Estados Unidos gozaba del espléndido aislamiento gracias a Roosevelt, sus días estaban contados. En el mes de diciembre de 1941 se produjo el ataque a Pearl Harbour, y se impusieron las restricciones de tiempo de guerra. El consiguiente racionamiento del papel, de la tinta y del plomo anunció el principio del fin de las revistas «pulp». Jamás volverían a adquirir tanto impulso. Por lo tanto, mandemos de nuevo a nuestro lector a los quioscos en ese último verano de tiempo de paz, y veamos cuánto gastaría en la adquisición de revistas de ciencia-ficción habitualmente en el mercado, y de origen norteamericano solamente.

Había un total de dieciocho publicaciones de aparición regular, incluyendo «Weird Tales» y con exclusión de «Marvel» y «Uncanny». El precio en general era de quince centavos, algunas costaban diez, otras, veinte. El dispendio total en un mes ascendía a 3,15 dólares, o alrededor de una libra esterlina, una suma bastante importante en los días anteriores a la guerra, Pero la marea empezaba a bajar, y había llegado el momento de echar mano de las tácticas de supervivencia.

## 6. Bajamar

En 1939, la súbita explosión de publicaciones de ciencia–ficción tomó por sorpresa a la mayoría de la gente. No fue un solo factor el que condujo a esa proliferación sino varios, que vale la pena señalar. El autor y erudito L. Sprague de Camp, en su libro de 1953 *Science–Fiction Handbook* (Manual de ciencia–ficción), subrayaba la retransmisión de la producción de Orson Welles sobre la obra *The War of the Worlds* (La guerra de los mundos) de H. G. Wells. La adaptación radiofónica realizada por Howard Koch logró que muchos oyentes del programa Mercury Theatre, transmitido a las ocho de la tarde del sábado 30 de octubre de 1938, realmente creyeran que se había producido una invasión marciana. Cuando la población del área de Nueva York se hubo recobrado, sin duda supo apreciar un poco más el valor de lo fantástico, y muchos se sintieron impulsados a explorar el campo.

En aquel momento, «Marvel» y «Amazing» ya gozaban de un gran éxito de ventas.

«Amazing» recibió un buen impulso en la Feria Mundial de 1938 celebrada en Nueva York en el mes de septiembre. Se decidió enterrar una Cápsula del Tiempo, con un contenido similar a la plétora de elementos ocultos en el Obelisco de Cleopatra de Londres. La firma comercial Westinghouse Time Record, según se anunció, incluyó una copia en microfilme del número de octubre de 1938 de la revista «Amazing». Al enterarse de este acontecimiento, el público seguramente tuvo curiosidad de conocer la publicación.

Sin embargo, es digno de recordar que en 1938 una nueva generación había entrado en el campo de la ciencia–ficción de la mano de los padres. Habiendo dos generaciones de lectores, era esencial que las publicaciones complacieran el gusto de los jóvenes y los mayores por igual. «Amazing», bajo la dirección de Sloane, parecía haberse adormecido si se la compara con la excitante «Thrilling Wonder» y con la literalmente asombrosa «Astounding». Como es natural, cuando Palmer inyectó a «Amazing» una nueva dosis de vitalidad, la generación más joven se volcó hacia ella, «Marvel» apareció casi en el mismo momento, cuando la generación de más edad también deseaba algo más estimulante. En cuanto las ventas de «Amazing» y «Marvel» alcanzaron cifras siderales, y las otras publicaciones se vieron secundadas por compañeras rentables, los editores rivales consideraron llegado el momento de velar por sus laureles y se lanzaron a la arena.

Pero la mayoría de los recién llegados al campo pasó sin pena ni gloria. Capitales

insuficientes y falta de originalidad significaron un bajo nivel de ventas, y al llegar el racionamiento del papel el fin era inevitable. Sólo sobrevivirían las más aptas.

En diciembre de 1941 la marca tope ya había sido alcanzada. «Marvel Stories» dejó de salir después de la aparición del noveno número en el mes de abril, si bien irónicamente ése fue uno de los mejores, con dos relatos sobresalientes: *Last Secret Weapon* (La última arma secreta) de Polton Cross y *The Iron God* (El dios de hierro) de Jack Williamson, Pero era demasiado tarde, pues «Marvel» había perdido mucho apoyo después de su primera promesa. Asimismo los editores demostraban un mayor interés en el creciente ámbito de los libros de historietas, en el cual las de ciencia-ficción ocupaban una gran parte, (Deliberadamente he evitado hablar de esa subcultura, salvo en alguna referencia ocasional, sobre todo porque ya han aparecido varios excelentes trabajos sobre el tema, tales como *The Steranko History of Comics* de James Steranko, publicado en 1970.)

«Cosmic» de Wollheim había desaparecido, y de «Stirring» sólo apareció un número más en marzo de 1942, lo que causó una sorpresa por cuanto la mayoría del público creía que ya había muerto. También había dejado de existir «Comet» de Tremaine, y la compañera de «FFM», «Fantastic Novéis», se había evaporado después de cinco números (abril).

Además, se habían producido varios cambios en la dirección de las publicaciones.

Puesto que he mencionado el campo de la historieta de ciencia-ficción, no debería sorprendernos saber que muchos de los nombres notables del género se estaban desviando hacia él, siendo el más destacado Otto Binder. Tampoco debería causarnos estupor enterarnos que Mort Weisinger, que fue el primero en incluir la primera historieta en una revista «pulp», demostraba ahora interés en esa modalidad. Ya había sido director asociado de «College Humour» desde 1939, y a principios de 1941 recibió una oferta de National Comics para hacerse cargo de la dirección de las distintas publicaciones de historietas «Superman», que habían comenzado con «Superman Quarterly» en mayo de 1939. (Por cierto que «Superman» no fue la primera revista de historietas en ese campo. «Superworld Comics», ilustrada por el fiel Frank Paul y dirigida nada menos que por una personalidad como la de Hugo Gernsback, desplazó a «Superman Quarterly» del primer puesto). Weisinger aceptó y por consiguiente abandonó la firma Standard Magazines.

Le reemplazó Osear Jerome Friend, un autor de cuarenta y tres años que cultivaba varios géneros, sobre todo el del Oeste. Sus contribuciones a la ciencia-ficción hasta el momento habían sido insignificantes, salvo contadas excepciones. Con la Standard permaneció durante tres años, en cuyo período los torpes editoriales *Sargeant Saturn* llegaron a la inmadurez.

En Blue Ribbon Magazines se produjo otro cambio. En el curso de 1940 el editor Silberkleit se había mostrado cada vez más disconforme con la conducción que

Hornig impartió a las tres publicaciones, la cual, por el hecho de estar en Nueva York las oficinas de Blue Ribbon, y Hornig en California, planteó muchos problemas. Silberkleit ofreció la dirección a Sam Moskowitz, quien la rechazó. En ese momento recibió una carta del destacado aficionado Robert Lowndes, quien, a instancias de Donald Wollheim, le escribió deplorando el espantoso estado de la ciencia-ficción en aquellos momentos y ofreciendo sus servicios. Luego de una entrevista, Lowndes se encontró a cargo de la dirección de «Future» y «SF Quarterly», Hornig conservó la de «Science Fiction», aunque no por mucho tiempo. En su duodécimo número, y después del sexto de «Future» (el segundo en manos de Lowndes), los dos títulos se fundieron en uno bajo la dirección de Lowndes. Hornig se fue y no tardó en atrapar la guerra. Por el hecho de ser un pacifista, las autoridades le trataron perversamente, y desapareció por completo de la escena.

Un cambio de menor importancia se produjo en ese momento en la firma Popular.

En noviembre, Pohl pasó al cargo de subdirector, con Alden H. Norton como director general. Sin embargo, como se ha señalado anteriormente, Norton era jefe de redacción de las publicaciones de ciencia-ficción, y de hecho Pohl continuó desempeñando el cargo.

Así, cuando Estados Unidos entró en guerra, un total de catorce publicaciones, de siete editores, estaban vivas y coleando. (Para recapitular, digamos que éstas eran: «Amazing» y «Fantastic Adventures» de Ziff-Davis; «Astounding» y «Unknown» de Street & Smith; «Thrilling Wonder», «Startling» y «Captain Future» de la Standard; «Astonishing», «Super Science» y «FFM» de la Popular; «Future combined with Science Fiction» y «SF Quarterly» de Blue Ribbon Columbia; «Planet» de Love Romances, y «Weird Tales» de «Short Stories»). A los ojos de los editores que, al fin y al cabo, tenían muchos otros títulos, varios de ellos más populares y lucrativos, ninguna de estas publicaciones presentaba aspecto alguno en especial que fuera motivo para despertar su interés. Las revistas, por lo tanto, no sólo se tenían que vender bien dentro de su propio campo, sino que debían tener una oportunidad dentro de la propia firma editorial. Debido a la escasez de materiales, los editores tenían que concentrarse en sus títulos de mayor venta y suspender la publicación de los más improductivos, aun cuando éstos pudieran haber sido viables en condiciones normales. Una revista podía desaparecer o sobrevivir, pero debe tenerse en cuenta que ninguna dejaba de sufrir algún cambio, y prácticamente ninguna salió ilesa de este período. En un primer momento los editores recurrieron a las tácticas básicas: ampliar el tiempo de publicación, reducir el número de páginas y el formato, y con ellas todas las revistas de ciencia-ficción capearon el primer año de la guerra. En rigor, aparecieron con notable regularidad, y «FFM» incluso logró *incrementar* el ritmo. Cuando cayó el hacha lo hizo con la rapidez de una guillotina, y en el lapso de cuatro meses, cuatro títulos dejaron de aparecer.



Respondiendo al simple dictado de la economía, los editores con más de un título de ciencia–ficción en su cadena suprimieron la que gozaba de menos éxito. En el caso de la firma Popular ello no resultó fácil de decidir. «FFM» probablemente era la de más venta, pero lo que más pesaba en su favor consistía en que la mayor parte de su material eran reimpresiones, las cuales resultaban más baratas de adquirir que las narraciones originales. La decisión tuvo que tomarse a principios de 1943 cuando Frederik Pohl se vio llamado a aportar su contribución al esfuerzo bélico. Pohl se retiró de la Popular, y pareció el momento apropiado para liquidar las dos publicaciones bajo su dirección. A Pohl le sucedería en el cargo el director finlandés de treinta y un años Ejler Jakobbson, quien recordaba en una carta de fecha reciente al autor de estas líneas: *Ambas revistas, empero, sucumbieron a la escasez de papel durante el período de la guerra, y mi función consistió simplemente en poner el punto final. El incidente más memorable para mí fue el hecho de que Fred me entregara un juego de pruebas parcialmente corregidas momentos antes de partir: su última corrección consistía en un círculo hecho con lápiz alrededor de un error del linotipista extraordinariamente ofensivo y una nota marginal: «¡Señor linotipista: ¿qué demonios significa esto?!».*

Los últimos números de «Astonishing» y «Super Science» llevaban fecha de abril y mayo, respectivamente.

En abril también apareció el último número de «SF Quarterly». Por los mismos motivos, la firma Columbia cerró filas y otorgó preferencia a otras publicaciones. Sin embargo, «SF Quarterly» constituyó una triste pérdida, puesto que contenía algunos excelentes relatos largos, y por lo general cada número incluía una novela de ciencia–ficción y una del género fantástico. La revista permitió dar a conocer las destacadas obras del dibujante Hannes Bok (1914–1964), cuya primera novela, *Starstone World* (Mundo de rocas estelares), se publicó en el número del verano de 1942. [La primera narración de Bok había aparecido en «Future combined with Science Fiction» del mes de febrero de 1942, pero con anterioridad ya había vendido muchas ilustraciones, siendo la primera para la cubierta de «Weird Tales» de diciembre de 1939 sobre *Lords of the Ice* (Señores del hielo) de Keller.

«SF Quarterly» también constituyó una valiosa fuente de material reeditado.

Silberkleit había adquirido los derechos de reimpresión de una cierta cantidad de las primeras novelas de Ray Cummings, que incluían *Tarrano the Conqueror* (Tarrano el conquistador) (1925) y *Brigades on the Moon* (Bandoleros en la Luna) (1930), que se reprodujeron en «Quarterly», y otras aparecieron en «Future».

La pérdida de «SF Quarterly» no hubiera causado tanto efecto si «Future» no hubiese desaparecido tres meses más tarde. En ese entonces ni siquiera se llamaba «Future», aunque los ojos de lince que habían seguido la evolución de la revista sin duda sabían que se trataba de la misma publicación, «Future» cambió más veces de

nombre que cualquier otra revista, con la consiguiente confusión (no podía ser de otro modo), sobre todo en la década de 1950. Tal como dijimos anteriormente, la revista de Hornig se fusionó con la de Lowndes a partir de octubre de 1941, bajo el título de «Future combined with Science Fiction». Un año más tarde se convirtió en «Future Fantasy and Science Fiction». En este caso, Lowndes adoptó el sistema utilizado por Wollheim en «Stirring», de combinar la ciencia–ficción con lo fantástico en el mismo número (aunque sin separar ambos géneros como hizo Wollheim). Durante este período publicó algunas excelentes narraciones como la imitación de Lovecraft del propio Lowndes, *The Leapers* (Los brincadores), *Storm Warning* (Anuncio de tormenta) de Wollheim y *Devil's Pawn* (La prenda del diablo) de Damon Knight.

Pero los resultados no fueron satisfactorios, y «Future Fantasy» cambió de nombre una vez más, al cabo de sólo tres números, convirtiéndose en «Science Fiction Stories» en abril de 1943. Observen el agregado «Stories». No fue la reaparición de «Science Fiction», sino una continuación de «Future». Sin embargo, ningún observador casual que hubiera hojeado la revista en un quiosco lo habría advertido, y se esperaba un incremento de las ventas. Pero la Columbia ya había tomado una cierta decisión, y antes de poder comprobar los resultados del cambio de nombre, «Science Fiction Stories» arrió velas con el número de julio.

La próxima revista condenada a desaparecer fue «Unknown». La noticia causó conmoción en más de un fanático, pero era un hecho que debía afrontarse. Las cifras de venta eran desalentadoras, y al sumarse a ello las restricciones impuestas al uso del papel, se decidió sacrificar «Unknown» en favor de «Astounding».

«Unknown» había sufrido varios cambios externos. La primera sorpresa llegó con el número de julio de 1940. De pronto la revista apareció sin ilustración en la cubierta.

Afortunadamente continuaron figurando los adecuados y maravillosos dibujos de Ed Cartier en el interior, pero durante el resto de la vida de «Unknown» su cubierta se limitó simplemente a reproducir una lista del contenido con un pequeño dibujo al lado del título de cada narración. Luego en diciembre de 1940 pasó a alternar la publicación mensual e introdujo el subtítulo *Fantasy Fiction*. Campbell temió que el título «Unknown» (Desconocido) podía confundir a muchos posibles lectores, haciéndoles creer que se trataba de una publicación periódica sobre ciencias ocultas. El subtítulo tuvo sólo un carácter temporal, y a partir del número de octubre de 1941 adoptó el nuevo título de «Unknown Worlds», y simultáneamente su formato se amplió a 21 x 28 cm. Al cabo de tres números, «Astounding» le imitó, pero fue con «Unknown Worlds» que los lectores tuvieron la satisfacción inicial de gustar la reversión al antiguo formato.

Campbell argumentó que por 15 centavos podía ofrecer más texto en cada número y, al propio tiempo, ahorrar papel. Otro de los argumentos fue que, con la

legión de revistas «pulp» que invadían los quioscos, una publicación de mayor tamaño debería ser exhibida en un lugar separado del de los títulos «pulcros» y por consiguiente gozaría de mayor venta. (El razonamiento era acertado. Gernsback se había valido del mismo subterfugio en el lanzamiento del primer número de «Amazing», y Palmer le imitó con los primeros números de «Fantastic Adventures». No obstante, una vez logró imponer ese título, volvió a adoptar el formato de los «pulp»). Lamentablemente, no se consiguió el objetivo que se buscaba, pues los vendedores continuaron relegando todo título de ciencia-ficción a las filas de los «pulp».

Aparte del título y del tamaño, el contenido de «Unknown» continuó siendo tan soberbio como siempre. No podemos dejar de mostrarnos selectivos en este aspecto, pero los textos memorables constituían legión. Bastará decir que fue en esta publicación donde nacieron verdaderas obras maestras como la serie *Harold Shea* de L. Sprague de Camp y Fletcher Pratt; la fascinante *Fear* (Miedo) de L. Ron Hubbard y la intrigante *Typewriter in the Sky* (La máquina de escribir en el firmamento) del mismo autor (en la cual un pianista de la vida real se encuentra de pronto envuelto en un relato de piratería que está escribiendo un amigo suyo y, sabiendo cómo suelen terminar las narraciones de dicho amigo, trata de burlar astutamente al autor), y *The Misguided Halo* (El halo descarriado) de Henry Kuttner, y otros cuentos cortos similares. Los lectores que se habían disgustado con Kuttner debido al episodio de «Marvel» se mostraron dispuestos a perdonarle después de saborear sus colaboraciones en «Unknown». J. Alien Dunn, cuyo nombre aparecía en casi todas las secciones dedicadas a la ciencia-ficción de la gran variedad de revistas «pulp» (se destacaba por sus relatos del mar), también ofreció una narración en «Unknown», dos en realidad, incluyendo la novela *On the Knees of the Gods* (En las rodillas de los dioses). Los fanáticos de la serie *Grey Mouser* de Fritz Leiber encontraron los cinco primeros episodios en estas páginas, y apareció un surtido de relatos realmente magníficos de Lester del Rey, de los cuales mis preferidos son *The Coppersmith* (El calderero), sobre las penas y tribulaciones de un elfo en el mundo moderno, y *Forsaking All Others* (Abandonando a todos los demás), en la que una dríada arbórea sacrifica su inmortalidad por el amor a un ser humano.

Pero todas las cosas buenas llegan a un fin. El número final de «Unknown» estaba fechado en octubre de 1943, y su desaparición fue muy lamentada. No se puede negar que dejó su impronta. En adelante, la literatura fantástica no volvió a ser la misma.

Sólo otra revista más sucumbió bajo el esfuerzo de la guerra, y parece un milagro que hubiera durado tanto, hasta mayo de 1944, en realidad. En ese momento, era casi un anacronismo. De «Captain Future», en conjunto, aparecieron un total de diecisiete números, para los cuales Edmond Hamilton escribió todas las novelas de fondo, salvo dos. Éstas dos eran obra del doctor Joseph Samachson, más conocido en el ámbito de

la ciencia–ficción por el seudónimo de William Morrison, aunque sus narraciones para «Captain Future» iban firmadas con el de Brett Sterling, como también lo fueron algunas de Hamilton. Después que «Captain Future» salió de la circulación, aparecieron más aventuras en «Startling» hasta una fecha tan avanzada como el mes de mayo de 1951, alcanzando un total de veintisiete. (Hasta Manly Wade Wellman escribió una). Dejando a Curt Newton aparte, «Captain Future» incluyó varios cuentos cortos más originales, pero el mejor servicio que prestó residió en el hecho de reimprimir las narraciones más extensas.

En el verano de 1944 habían sobrevivido ocho revistas. Habiendo sobrellevado los inconvenientes creados por la escasez de papel y la pérdida de autores y dibujantes en aras de la guerra, parecería que debían estar dispuestas a soportar cualquier cosa. Ése no fue el caso, pero por lo menos se les concedió un respiro. Merece mencionarse aquí que «Doc Savage» también logró capear la guerra, y mantuvo el ritmo de aparición mensual. En mayo de 1944 vio la luz su número 135 y no daba muestras de fatiga. La publicación pertenecía a Street & Smith; sin embargo, dicha firma sacrificó «Unknown».

Tales hechos tienden a situar al historiador del género de ciencia–ficción en su lugar cuando trata de ponderar los pros y los contras de las publicaciones. Todas las revistas de ciencia–ficción que desaparecieron no habían sido en verdad publicaciones que contaran con el apoyo de los fanáticos, sino que siguieron una evolución de acuerdo con los deseos de los editores que pretendían ganar dinero rápidamente, y es evidente que si un editor hubiera deseado publicar una revista de ciencia ficción la habría mantenido aun a costa de otras. Pero pocos editores tenían ese criterio. El aspecto económico siempre ocupó un lugar de privilegio, y es doloroso reconocer que la ciencia–ficción no se vende tanto como, por ejemplo, las novelas policíacas o incluso las publicaciones periódicas de literatura de imaginación en general. Desde este punto de vista, resulta sorprendente que alguna de ellas lograra perdurar.

## 7. Los supervivientes

Ocho revistas: ocho elementos a la deriva en el mar de la ciencia–ficción. De las ocho, ya nos hemos referido a «Weird Tales» y a su importancia declinante en el género.

Que de las otras siete, cinco sobrevivieran, no es tan sorprendente, pero sí lo es con respecto a las dos restantes: «Planet Stories» y «Famous Fantastic Mysteries».

Malcolm Reiss aún era el responsable general de «Planet», pero la tarea de dirección recaía en Wilbur S. Peacock desde el número de otoño de 1942. Entre ambos hicieron de «Planet» una publicación extraordinariamente viva, y por ese entonces los esfuerzos de Reiss estaban produciendo sus frutos, sobre todo en cuanto a los textos.

«Planet», como ya hemos señalado, era una revista dedicada por completo a los viajes interplanetarios, y si bien este aspecto ocupaba un breve espacio en el espectro de la ciencia–ficción, obligaba sin embargo a muchos autores a experimentar y crear, de tal manera que hasta tanto no se produjera la habitual carrera desesperada por explotar las aventuras espaciales, los lectores siempre podían esperar lo inesperado.

El mayor aporte de «Planet» a la fama lo constituye sin duda la figura de Ray Bradbury, aunque no fue su descubridora [Alden H. Norton adquirió su primera obra ofrecida para ser publicada, *Pendulum* (Péndulo), para «Super Science Stories» (noviembre de 1941)], y sus mejores colaboraciones aparecieron algo más tarde. Pero los relatos de «Planet» son los que poseen un carácter más experimental en la ciencia–ficción (tal como lo fueron las de «Weird Tales» en *aquel* género). Narraciones como *Morgue Ship* (La nave depósito de cadáveres) y *Lazarus, Come Forth* (Lázaro, anda) representan los primeros pasos en la dirección que conduciría a *The Million Year Picnic* (El picnic del año un millón) (verano de 1946), la primera de sus *Martian Chronicle* (Crónicas marcianas).

Probablemente los dos colaboradores más valiosos del primer período de «Planet» fueron Leigh Brackett, la esposa de Edmond Hamilton, y el escritor de relatos de misterio, Frederic Brown. Los esfuerzos de Brackett se cuentan entre los primeros en ese híbrido subgénero donde se mezclan las aventuras interplanetarias y la brujería, tan en boga actualmente. Robert E. Howard, el creador de las historias de Conan, dio el ímpetu al mencionado subgénero con su extensa novela *Almuric*, serializada postumamente en «Weird Tales» a partir de mayo de 1939 (una de las últimas series de ciencia–ficción que publicó). Luego Leigh Brackett respondió al

desafío. Su primera aparición en «Planet» (la cuarta en su carrera) se produjo con *The Stellar Legión* (La legión astral) (invierno de 1940) y en adelante las aventuras se sucedieron sin cesar.

Incluso se asoció con Ray Bradbury para producir una imitación de los relatos fantásticos de Conan, *Lorelei of the Red Mist* (Lorelei de la niebla roja) (de nuevo en verano de 1946).

El desaparecido Frederic Brown fue un escritor de relatos de misterio extraordinariamente dotado. Primero demostró su talento en el campo de la ciencia-ficción con un cuento corto, *Not Yet the End* (Aún no ha llegado el fin) en el número de invierno de 1941 de «Captain Future». Siguiendo a otras dos narraciones, en «Planet» de febrero de 1942 apareció su obra maestra *The Star Mouse* (El ratón estrella), el relato de un ratón alemán *en route* hacia la Luna. Si bien era un colaborador infrecuente, sus narraciones invariablemente constituían el jalón más alto del número.

Un particular interés despierta *The Vizigraph*, la columna de cartas al director de «Planet». En ella el director y los lectores chapuceaban todos juntos, y no era sorprendente encontrar una de las respuestas de Peacock bastante más extensa que la carta original. Como recuerda Robert Lowndes:

*Reiss era sincero y educado; Wilbur gozaba sacándose la chaqueta y siendo uno más en la multitud, A pesar de la aspereza de algunos de sus comentarios, nada parece indicar que alguien se sintiera ofendido hasta el punto de no volver a escribir o de no enviar una réplica.*<sup>[6]</sup>

Cabe recordar que esto sucedía en época de guerra, y semejante espíritu de camaradería constituía un valioso aporte a la moral de los amantes de la ciencia-ficción que se encontraban en servicio activo.

Peacock siguió como director hasta el número de otoño de 1945, en que su puesto fue ocupado durante corto tiempo por Chester Whitehorne. La influencia de éste en la publicación fue prácticamente nula, ya que Reiss estaba todavía al mando, y su verdadera contribución a la ciencia-ficción (si bien de menor importancia) fue no aparecer durante otros ocho años.

«Famous Fantastic Mysteries» tuvo la osadía de aparecer mensualmente desde junio hasta diciembre de 1942, y ello resultó casi fatal. En 1943 vieron la luz sólo tres números, uno en marzo, luego ninguno hasta septiembre, en que se convirtió en trimestral, y el tercer número apareció en diciembre. En el mismo período sufrió un cambio de política. Hasta fines de 1942, «FFM» publicó regularmente reimpresiones de los «pulp» de Munsey, y nombres legendarios como los de Francis Stevens, J. U. Giesy y George Alien England honraron sus páginas. Ello cesó en 1943. El número

de marzo presentaba *Ark of Fire* (El arca de fuego) de John Hawkins, que hacía muy corto tiempo que se había publicado en forma seriada en «American Weekly» (1938). A partir de entonces incluyó novelas que habían aparecido, por lo general, en forma de libro, empezando con la obra de 1930 *The Iron Star* (La estrella de hierro) de John Taine (que demuestra cómo se mantenía en vigencia el gusto por las novelas de razas perdidas). En esta línea, se resucitó *The Gost Pirales* (Los piratas fantasmas) de William Hope Hodgson en el número de marzo de 1944, a la que siguió la soberbia *The Boats of the «Glen Carrig»* (Los botes de «Glen Carrig») (junio de 1945) del mismo autor. Por aquel entonces Hodgson no había sido olvidado ni mucho menos, pero gracias a los esfuerzos del aficionado H. C. Koenig su nombre no se perdió, y a partir de aquel momento este autor fallecido a los veintiséis años comenzó a recibir los panegíricos que merecía. Sin embargo, hasta a Koenig le costaría creer que, en 1974, tres editoriales británicas de libros de bolsillo publicaron simultáneamente *Carnacki* de Hodgson.

«FFM» merece un reconocimiento especial por haber utilizado las brillantes ilustraciones de Virgil Finlay (1914–1971). A este dibujante le descubrió «Weird Tales», pero posteriormente fue contratado por «American Weekly». Cuando «FFM» empezó a reeditar la obra de Merritt, éste (director de «American Weekly») se valió de su influencia para que Finlay ilustrara los relatos. Así se inició una asociación sensacional. Frank R. Paul puede considerarse el decano de los artistas en el campo de la ciencia–ficción, y quizás aventajaba a Finlay en capacidad para representar maquinaria, pero en calidad, imaginación y perfección dentro de la realización artística, Finlay era único, y sus figuras humanas se encontraban a varios años luz de distancia de las de Paul. La fina línea y los esgrafiados de Finlay contribuyeron tanto a atraer lectores a «FFM» como el texto mismo. Tanto es así, que el número de agosto de 1941 ofrecía una carpeta con los dibujos de Finlay para la revista impresos en hojas individuales de papel de excelente calidad por sesenta centavos o juntamente con una suscripción anual por sólo un dólar. (En 1943 se repitió la oferta, por lo que es indudable que Finlay contribuyó grandemente a mantener «FFM» en el mercado). Cuando Finlay se enroló en el ejército en 1943, «FFM» se vio obligada a buscar a otro dibujante capaz de imitar a Finlay, y dentro de la propia firma descubrieron a Lawrence Sterne Stevens («Lawrence»), un veterano en el mundo de los «pulp» que, en su condición de perro viejo dentro de la profesión, había logrado dominar una técnica que le permitía conseguir una calidad de «grabado» y un gran realismo, que era la que había adoptado Finlay. Tan excelente fue su realización, que sus trabajos también se ofrecieron reunidos en una carpeta.

«FFM» pudo ser considerada un anacronismo dentro del campo, pero en las encuestas ocasionales llevadas a cabo entre los amantes del género mereció ser votada como la revista más popular, y en su momento ocupó el primer lugar entre las

de más circulación.

La firma Standard Magazines logró valientemente mantener con vida dos revistas de ciencia–ficción: «Thrilling Wonder» y «Startling». Bajo la dirección de Weisinger, «Wonder» alcanzó un ritmo de publicación mensual, pero en manos de Friend se convirtió de nuevo en bimensual, alternando con «Startling». Así siguió durante todo el año 1942, pero en 1943 se vieron en la necesidad de convertirla en trimestral (incluso después de sacar de circulación «Captain Future»), lo cual se prolongó hasta fines de 1946.

Friend dejó la Standard a finales de 1944, y Samuel Merwin ocupó su cargo. En el campo de la ciencia–ficción, Merwin, que tenía treinta y cuatro años, sólo había visto la luz en letras de molde con dos artículos sobre la aeronavegación en el futuro (en «Thrilling Wonder» durante 1943), y un relato, *The Scourge Below* (El flagelo subterráneo), en octubre de 1939. Para los amantes de la ciencia–ficción, pues, era un hombre más misterioso que Friend. Merwin era el único hijo de Samuel Merwin (1874–1936), un notable autor sobre la historia norteamericana. Su hijo, cuya narrativa resulta sumamente interesante, heredó sin duda su talento literario. En cuanto a su tarea de editor, de inmediato se produjo un cambio. La sección *Thrills in Science* de «Startling», iniciada por Weisinger y mantenida por Friend, dejó de aparecer. Merwin tenía capacidad para continuarla, pero evidentemente no era ésa su intención.

Conservó los editoriales *Sergent Saturn*, pero sólo durante el tiempo necesario, Merwin poseía sus propias ideas y estaba decidido a ponerlas en acción, pero tuvo que esperar hasta el fin de la guerra.

Nos resta referirnos a otros tres supervivientes: dos revistas de ciencia–ficción y una de fantasía/ciencia–ficción. Dejaremos a «Astounding» para el final y nos ocuparemos primero del éxito fenomenal de las publicaciones de Ray Palmer.

Mucho se habla de John Campbell en las historias de la ciencia–ficción porque, en una visión retrospectiva, fue mucho lo que hizo para divulgar ideas nuevas y originales y señaló nuevos rumbos a la ciencia–ficción. Nadie puede negarle el renombre de «Padre de la ciencia–ficción Moderna». Pero resulta fácil olvidar que por ese entonces Campbell tuvo que soportar muchas críticas por la aparente esterilización despiadada de los antiguos temas e ideas de «Astounding». Mientras que actualmente es mucho lo que nosotros debemos agradecerle, los lectores de su época no estaban todos en favor de su enfoque. Eran muchos los que pensaban que Campbell constreñiría la ciencia–ficción en vez de dejar que se desarrollara libremente y siguiese su propio curso. El hecho de que la ciencia–ficción no se ahogara demuestra hasta qué punto los lectores subvaloraron la fuerza y la imaginación del grupo de autores de Campbell. Y la popularidad de las revistas rivales de «Astounding» pone de relieve en qué medida los lectores preferían la



ciencia–ficción de la vieja guardia. En cuanto al valor como puro entretenimiento, excitación y aventuras con poco interés por la originalidad, ninguna publicación podía competir con «Amazing Stories» y «Fantastic Adventures». Y con respecto a la búsqueda de sensaciones no había nadie comparable con Raymond A. Palmer.

El éxito instantáneo de la nueva «Amazing» significó que la revista había podido reasumir el ritmo de publicación mensual desde octubre de 1938, y así siguió hasta septiembre de 1943. «Fantastic» se había publicado una vez cada dos meses durante sus primeros cuatro números, luego siguió una etapa de seis números mensuales antes de llegar a sufrir una ligera irregularidad en invierno de 1940–1941. Pero a partir de mayo de 1941 hasta agosto de 1943, ésta también apareció mensualmente, lo cual significa que Palmer producía veinticuatro números por año. Coincidentemente, Friend publicaba sólo dieciséis, y Campbell, dieciocho. Sólo en 1940 Weisinger superó esta cifra con veintiocho números, pero en este caso debe recordarse que «Startling» y «Captain Future» incluían reediciones, y la última destinaba su mayor parte de espacio a las novelas de Hamilton. Si bien «Amazing» publicaba de cuando en cuando la «Reedición de un clásico», no lo hacía en la misma proporción. Si tomamos en cuenta el total de páginas, los dos títulos de Palmer contenían tantas como los cuatro de Weisinger en el lapso de un año. En resumen, Palmer publicaba más ciencia–ficción que cualquier otro en ese momento.

Como sea que Ziff–Davis era el único editor de ciencia–ficción con sede en Chicago, Palmer fue creando su propia corte de autores locales, muchos de los cuales eran amigos de sus días de aficionado. Si bien continuó publicando autores establecidos, en especial Robert Moore Williams, Eando Binder [cuya serie sobre robots *Adam Link* (El eslabón de Adán) fue una de las más populares entre las que publicara la revista] y John Russell Fearn, cada vez más la publicación se nutrió de los relatos del contingente local, con una notable excepción: Nelson S. Bond.

El grupo de Palmer tomó forma inmediatamente. Ya en 1939 había descubierto a Don Wilcox y David Vern, Wilcox se constituyó en uno de sus principales colaboradores durante la década siguiente y fue capaz de producir narraciones excelentes, pero era propenso a descuidar la calidad de sus trabajos. Hizo su primera aparición con *The Pit of Deth* (Nido de la muerte) («Amazing», julio de 1939), pero uno de los mejores relatos de esa época es *The Voyage That Lasted 600 Years* (El viaje que duró 600 años) («Amazing», octubre de 1940), una memorable narración sobre una generación de naves astrales, que pasó bastante inadvertida en aquellos momentos eclipsada por *Universe* de Robert Heinlein («Astounding», mayo de 1941) a la que Wilcox se anticipó por varios meses. Vern no publicó relato alguno firmado con su propio nombre, pero se le recuerda por el más prolífico de sus seudónimos, David V. Reed, bajo el que apareció por primera vez con *Where Is Roger Davis?* (¿Dónde está Roger Davis?) («Amazing», mayo de 1939).

J. R. Fearn no fue el único autor británico que lanzó «Amazing». Otro colaborador no muy asiduo pero fructífero fue William F. Temple, que decidió probar suerte en el mercado norteamericano, mucho más rentable desde el punto de vista económico, paso que a menudo le exhortaba a dar su amigo Fearn. Su primera venta a Palmer fue *Mr. Craddock's Amazing Experience* (La sorprendente experiencia del señor Craddock), un intrigante cuento corto sobre un hombre que regresa a la infancia, conservando la noción de sus años de vida como persona adulta. Su estilo refinado contrastaba marcadamente en comparación con el de muchos de los autores habituales de Palmer. La obra siguiente de Temple, *El triángulo de cuatro lados*, mereció el inmediato reconocimiento del público. Se le dedicó la ilustración de la cubierta en el número de noviembre de 1939 y ganó el premio de cincuenta dólares al ser elegida en primer lugar por votación de los lectores. Fearn, que también mereció el premio por su relato *The Man from Hell* (El hombre del infierno) en el número coincidente de «Fantastic Adventures», le escribió exultante a Temple diciéndole: «Nos corresponde a nosotros, los británicos, afinar la puntería, ¿eh?» Con la intervención de la guerra, sin embargo, Temple desapareció temporalmente de la escena.

En el curso de los años siguientes, surgieron más nombres nuevos: David Wright O'Brien, William P. McGivern, Berkeley Livingston, Chester S. Geier, William Hamling y Leroy Yerxa, éstos constituyeron el núcleo principal de la primera camarilla de Palmer, y todos eran sorprendentemente prolíficos, sobre todo O'Brien, quien además de aparecer en forma regular bajo su propio nombre, mantuvo un saludable número de colaboraciones firmadas por sus *alter egos* John York Cabot y Duncan Fransworth, entre otros. Como ejemplo, baste señalar que en los veinte meses que van de enero de 1941 a agosto de 1942 publicó cincuenta y siete narraciones en las dos revistas, incluyendo cuatro en «Fantastic» de junio de 1942 solamente. Fue la guerra la que cortó la breve carrera de O'Brien y segó su joven vida, y aunque varios de sus relatos se publicaron postumamente, resulta irónico pensar que probablemente la última narración que había de ver en letras de molde fue *Will See You Again* (Te veré de nuevo).

Una de las peculiaridades de la cadena de publicaciones de Ziff-Davis era la utilización de nombres creados por la firma. Éstos seudónimos se aplicaban a más de un solo autor. (Ésta práctica no se limitaba a Ziff-Davis, La firma Standard tenía el de Will Garth, por ejemplo, y los Futurians se valían de una vasta colección de nombres de la casa para sus distintas publicaciones. Pero la variada proliferación no era tan amplia como en el caso de Ziff-Davis). En las publicaciones de ciencia-ficción, Palmer fue el instigador de dicha práctica, recurriendo en un principio a sus propios seudónimos, y luego echó mano de los de otros autores, tales como Henry Gade, G. H. Irwin y Morris J. Steele. Pero los nombres más ubicuos eran Alexander

Blade, Gerald Vanee y P. F. Costello, los cuales eran utilizados por igual para firmar narraciones como artículos. En «Amazing» de mayo de 1941 se presentó a Alexander Blade con *The Strange Adventure of Víctor MacLzigh* (La extraña aventura de Víctor Mac–Leigh), un relato que seguramente pertenecía a David Vern. La próxima aparición, empero, en septiembre, *Dr. Loudon's Armageddon* (La magna lucha del doctor Loudon), era de Louis H. Sampliner. En adelante, casi toda la camarilla de Palmer utilizaba los seudónimos por una variedad de razones, algunas comprensibles y otras incomprensibles. Quizá nunca podremos saber quién era el responsable de algunas de esas narraciones, y tal vez, después de todo, ello no sea tan tremendo, ya que raras veces la mejor obra de un autor aparecía bajo uno de esos nombres fantasmas. Pero ellos constituyen un temprano ejemplo del secreto goce que extraía Palmer del hecho de confundir y exasperar.

Así le encantaba dar cuerpo a los nombres ficticios, incluyendo fotografías apócrifas en la sección *Meet the Author* (Conozca al autor), y a veces hasta publicaba una fotografía «falsa». Eso lo hizo con su propio alias A. R. Steber (véase «Amazing», marzo de 1945), con Tarleton Fiske de Robert Bloch («Fantastic», agosto de 1943) y con Peter Horn de David Vern («Amazing», marzo de 1940). El lector se habituó en seguida a no estar nunca seguro de cuándo se podía creer a Palmer y cuándo no.

Sin embargo. Palmer merece el crédito de haber tenido el buen criterio de publicar un buen relato aun cuando no siempre proviniera de alguno de sus autores, y así aparecieron a menudo curiosas gemas, tales como *Phoney Meteor* (Meteoro falso) de John Beynon Harris («Amazing», marzo de 1941) y *Mr. Wisel's Secret* (El secreto del señor Wisel) de Eric Frank Russell («Amazing», febrero de 1942).

Al cabo de aproximadamente un año, «Fantastic Adventures» comenzó a encontrar su camino. Sus primeros números eran una mezcla de relatos fantásticos heroicos y de disparates de ciencia–ficción, pero Palmer, al ver el éxito de su rival «Unknown» con sus fantasías humorísticas, decidió desviarse e incluir relatos de ese carácter en «Fantastic». A modo de tentativa utilizó la obra de Nelson Bond, probablemente el más menospreciado y sin embargo el que más influencia ejerció de los autores del género fantástico.

Nelson Slade Bond, nacido en Scranton, Pennsylvania, el lunes 23 de noviembre de 1908, trabajaba en el campo de las relaciones públicas cuando empezó a publicar sus narraciones. Actualmente es más conocido como filatelista y hábil jugador de bridge, una extraña vuelta del destino para una persona que, desde sus primeros relatos, demostró que poseía una imaginación excepcionalmente vivida combinada con un malicioso sentido del humor. Se destacó por primera vez en el ámbito de la ciencia–ficción con *Down the Dimensions* (Por debajo de las dimensiones) en «Astounding» de abril de 1937, habiendo vendido varios relatos a Street & Smith

para revistas hermanas. Pero logró una fama prematura en noviembre de ese año con la aparición de una extravagante fantasía, *Mr. Mergenthwirker's Lobbilz* (Los cabildeos del señor Mergenthwirker), en la elegante revista «Scribner's». Recibida inmediatamente con aplausos, desde entonces ha sido adaptada para radio y televisión en distintas ocasiones y apareció en muchas antologías y reimpressiones.

Si bien Bond continuó escribiendo ciencia–ficción, era evidente que su verdadero fuerte eran los relatos fantásticos, y se recuerdan pocas de sus obras serias en aquel campo. Una excepción especial lo constituye su serie sobre Meg, que se convierte en la sacerdotisa de un clan en una colonia del futuro después de la caída de la civilización, pero fracasa en sus deberes debido al descubrimiento del amor. El primer episodio, *The Priestess Who Rebelled* (La sacerdotisa que se rebeló) («Amazing», octubre de 1939), era un excelente relato y fue seguido por la provocativa segunda parte, *The Judging of the Priestess* (El juicio de la sacerdotisa) («Fantastic Adventures», abril de 1940). La superioridad de esta serie se demostró con la tercera historia, *Magic City* (La ciudad mágica), ¡que la compró Campbell y apareció en «Astounding»!

Pero, por regla general, Bond escribía sus relatos de ciencia–ficción en el mismo tono ingenioso de sus fantasías, y eso era lo que Palmer deseaba. Empezó a adquirir los manuscritos de Bond, y el segundo cuento que Palmer le publicó fue el que trazó el camino que deberían seguir los subsiguientes autores. Con *The Amazing Invention of Wilberforce Weems* (La sorprendente invención de Wilberforce Weems), Bond estableció la moda de poner títulos ridículos a las narraciones, demostrando asimismo que era capaz de escribir dentro del estilo de Throne Smith, que Campbell emulaba en «Unknown». En este cuento Weems le da a tomar una asquerosa mixtura de medicinas a un niño que está cuidando con el propósito de lograr que deje de llorar. La poción resultante, empero, posee la propiedad de dotar a quien la ingiera, de manera instantánea, con el conocimiento y saber de cualquier libro con sólo acercárselo a la cabeza. En el siguiente número de «Fantastic» (noviembre de 1939), Bond presentó a su memorable personaje Lancelot Biggs, un aventurero espacial medio loco con una habilidad especial para meterse en situaciones absurdas. Pronto dejaría de reservar ese estilo exclusivamente para Palmer, y así encontramos *The Unusual Romance of Ferdinand Pratt* (El insólito idilio de Ferdinand Pratt) nada menos que en una publicación como «Weird Tales» (donde posteriormente también aparecieron las aventuras de Biggs), y *Cartwright's Camera* (La cámara de Cartwright) en «Unknow». Sin embargo, Bond no se establecía restricciones a sí mismo, y a menudo «Unknown» publicaba sus fantasías serias, como *Take My Drum to England* (Lleva mi tambor a Inglaterra) (agosto de 1941).

La popularidad de los relatos de Bond sólo podía significar una cosa: la pronta aparición de imitaciones. La corte de Palmer también estaba deseosa de complacerle,

y de ahí nació la escuela de una narrativa ligeramente «chiflada» de «Fantastic Adventures». David Wright O'Brien fue quizás el primero en tener éxito con *The Strange Voyage of Héctor Squinch* (El extraño viaje de Héctor Squinch) en el número de agosto de 1940, Él mismo introdujo entonces la moda en «Amazing» con *Skidmore's Strange Experiment* (El extraño experimento de Skidmore) (enero de 1941). O'Brien también había colaborado con William P. McGivern, actualmente considerado como un valioso escritor de cuentos espeluznantes, y éste se salió de su camino para imitar a Bond. Así en 1941 encontramos su firma en relatos como *The Masterful Mind of Mortimer Meek* (La mente dominadora de Mortimer Meek), *The Quandary of Quantus Quaggle* (La perplejidad de Quantus Quaggle), *Sidney, the Scrwloose Robot* (Sidney, el robot del tornillo flojo) y *Rewbarb's Remarkable Radio* (la notable radio de Ruibarbo), así como una serie de relatos que se inició con *Tink Takes a Hand* (Tink acepta que le den una mano), Por ese entonces Robert Bloch, renombrado por su irreprimible sentido del humor, que también había colaborado en «Unknown», empezó su propia serie de relatos sobre el despistado Lefty Feep con *Time Wounds All Heels* (El tiempo cura todas las heridas) («Fantastic Adventures», abril de 1942). Los cuentos sobre Feep de Bloch tipifican este estilo narrativo, y demuestran con toda evidencia haber recibido la influencia de Bond, si bien se destaca el toque inteligente y original de Bloch. Éste adoptó de nuevo el seudónimo de Tarleton Fiske para confundir a los lectores al escribir ciencia-ficción seria y de recia factura, como *Casi humano*, simultáneamente con relatos estúpidos como *The Mystzry of the Creeping Underwear* (El misterio de la ropa interior rastrera). A partir de entonces con frecuencia aparecían imitaciones de los relatos de Feep, como las andanzas de *Freddie Funk*, de Leroy Yerxa, y en el curso de los primeros años de la década de 1940, «Fantastic Adventures» proporcionó una considerable cantidad de material ligero, sobre todo en el período de la guerra. Sus textos tal vez no eran tan sofisticados como los de «Unknown», pero con todo resultaban agradables.

«Fantastic» también publicó relatos fantásticos serios, los mejores exponentes de los cuales fueron O'Brien y Yerxa. El hecho de que estos dos autores resultaran muertos en 1946 constituyó un duro golpe para el género.

Los efectos de la guerra en el campo de la ciencia-ficción fueron múltiples.

Estimuló el cultivo de temas para los cuales Palmer parecía particularmente receptivo.

Así sus revistas contienen narraciones con títulos como *Nazi, Are You Resting Well?* (Nazi, ¿reparas en paz?) de Leroy Yerxa («Fantastic Adventures», julio de 1943), *Hitler's Right Eye* (El ojo derecho de Hitler) de Lee Francis («Fantastic Adventures», junio de 1944), *The Ghost That Haunted Hitler* (El espectro que atormentaba a Hitler) de William P. McGivern («Fantastic Adventures», diciembre de 1942) y *They Forgot to Remember Pearl Harbour* (Olvidaron recordar Pearl

Harbour) por P. F. Costello («Amazing», junio de 1942).

Algunos eruditos consideran que las revistas «pulp» constituyen una valiosa fuente de comentarios sociales, y los que comparten la idea seguramente encontrarían el número de «Amazing» de septiembre de 1943 sumamente interesante. Casi todas las publicaciones periódicas «pulp» de ese mes aparecieron con cubiertas ilustradas en torno al concepto «las mujeres en tareas bélicas», subrayado con el emblema de una antorcha levantada con la leyenda «Women War Workers» (Obreras de guerra). La cubierta de Robert Gibson Jones mostraba una rubia en mono y casco observando a un saboteador en una fábrica de aviones que ilustraba el relato *War Worker 17* (Obrera de guerra 17) de Frank Patton (que era Palmer mismo).

Para levantar la moral de las tropas, Palmer también preparó un notable número de «Amazing» a base de narraciones escritas enteramente por autores en las fuerzas armadas, incluyendo cartas de soldados. Éste número especial apareció en septiembre de 1944. De hecho, Palmer se tomó ciertas libertades, atribuyendo grados a algunos seudónimos, y hasta incluyó su propio alias en el grupo. Sin embargo, ofrece una idea del amplio número de colaboradores, y con el fin de documentar este hecho, reproducimos el índice:

- Star Base x (Base astral x). Soldado Robert Moore Williams
- The Thinking Cap (La gorra pensante). Sargento William P. McGivern
- Private Prime Speaking (Habla el soldado Prime). Cabo David Wright O'Brien
- Professor Thorndyke's Mistake (El error del profesor Thorndyke). Sargento P. F. Costello
- Dolls of Death (Muñecas de muerte). Soldado E. K. Jarvis
- Weapon for a Wac (Un arma para un auxiliar del ejército). Sargento Morris J. Steele
- Double Cross on Mars (La doble cruz de Marte). Sargento Gerald Vanee
- Warburton's Invention (El invento de Warburton). Soldado Russell Storm
- Overlord of Venus (Soberano de Venus). Teniente W. Lawrence Hamling
- Matches and Kings (Pares y reyes). Cabo John York Cabot
- See You Again (Te veré de nuevo). Cabo Duncan Farnsworth

El lector quizá piense que se trata de una lista considerablemente larga, sobre todo en una época en que la escasez de papel obligaba a reducir las páginas de los números. Pero como era característico de Palmer, él nunca se adaptaba a las normas.

Cuando todo el mundo reducía el número de páginas, Palmer las aumentaba. En general, ambos títulos constaban de 148 páginas del formato «pulp». A partir de abril de 1942, «Fantastic» aumentó a 244 páginas, y «Amazing» hizo otro tanto en agosto. Ello se mantuvo hasta el mes de mayo de 1943 en que las redujeron a 212, y

posteriormente a 180. Aparentemente eso pudo lograrse merced al sacrificio de ciertos títulos de ZiffDavis en favor de los de Palmer. Un hecho tan curioso en el mundo de la ciencia–ficción no hace más que subrayar la fe que William Ziff tenía depositada en Palmer como generador de dividendos.

La habilidad de Palmer en buscar los medios de causar sensación jamás parece haber decaído. Ello era lo que tornaba sus publicaciones tan interesantes, y a pesar de todo lo que sucedía en los títulos de Campbell, las revistas de Palmer figuraban invariablemente en el primer lugar en las listas de circulación. Por ejemplo, para el número especial de aniversario de «Thrilling Wonder» (junio de 1939), Weisinger había adquirido material a los dos hijos del creador de Tarzán, Edgar Rice Burroughs: John Coleman y Hulbert. El número de enero de 1941 de «Amazing» contenía una novela original, *John Cárter and the Giant of Mars* (John Cárter y el gigante de Marte), de Edgar Rice Burroughs. El número de marzo presentó *The City of Mummies* (La ciudad de las momias) y, luego, «Fantastic» apareció con *Slaves of the Fish Men* (Esclavos de los hombres peces). En conjunto, las dos revistas publicaron trece narraciones de Edgar Rice Burroughs hasta el número de febrero de 1943 de «Amazing», incluyendo *Skeleton Men of Júpiter* (Los hombres esqueletos de Júpiter). Una decimocuarta narración escrita en esa época, *Savage Pallucidar* (Transparencia salvaje), aparentemente se perdió y se publicó por fin en el número de noviembre de 1963 de «Amazing».

Existen ciertas dudas de que realmente Palmer consiguiera esas obras de Burroughs padre, y los aficionados que conocían el gusto de Palmer por las jugarretas sospechaban que muchos de esos relatos salieron de las plumas de los dos hijos de Burroughs. Por todo lo que sabemos, sin embargo, las acusaciones nunca se pudieron sustanciar con pruebas fehacientes.

Aparte de los textos narrativos, las revistas de Palmer ofrecían interesante material que merece, por lo menos, una breve mención. Por ejemplo, a partir del número de julio de 1939, «Fantastic Adventures» contenía una sección ilustrada, *Romance of the Elements* (Relato de los elementos), proporcionando datos históricos y científicos sobre cada elemento, desde el actinio hasta el tungsteno. *Scientific Mysteries* era el título de una breve sección informativa de «Amazing», iniciada por Joseph J. Millard en el número de octubre de 1940 con *The Fate of the Mammoth* (La suerte del mamut). A partir de junio de 1942, sin embargo, la serie estuvo completamente a cargo de L. Taylor Hansen.

En el despertar de las actividades de Palmer como director, la metódica tarea directiva de Campbell parece casi insípida. La relación Campbell–Palmer recuerda la fábula de Esopo sobre la carrera de la liebre y la tortuga y cómo, al fin, la ganó la tortuga. Palmer saltaba febrilmente de una novedad a otra, sólo para terminar gastando sus energías y perderse por oscuros derroteros. Campbell, con su

determinación y obstinada constancia, demostró ser el vencedor. Como ya mencionamos al referirnos a «Unknown», «Astounding» también probó de adoptar el formato mayor en 1942, pero retornó al tamaño «pulp» en 1943. Con 160 páginas superaba por aquel entonces tanto a «Amazing» como a «Fantastic», así como por el hecho de publicar regularmente doce números por año.

Y entonces sucedió algo sin precedentes. Con el número de noviembre de 1943, «Astounding» adoptó el formato «digest», y los amantes de la publicación, que hasta el momento se habían mostrado escépticos ante la posibilidad de que desembocara en un desastre, se sintieron satisfechos al ver que no se habían engañado. El número de revistas del tamaño de bolsillo que aparecía en los quioscos iba en aumento, la mayoría de las cuales se consideraba que poseían un muy alto nivel. Se esperaba que «Astounding» también conquistaría a un nuevo público si adoptaba el formato «digest».

El término «digest» se aplicaba a estas revistas desde la aparición del «Reader's Digest» en 1922, Su significado original implicaba que la revista reproducía relatos y artículos de otras publicaciones periódicas en forma abreviada y más *digerible*. Otras publicaciones, como «Science Digest» y «Writer's Digest», siguieron el ejemplo, pero había pocas revistas dedicadas íntegramente a la narrativa en ese formato. La revista «pulp» siguió siendo la norma durante la década de 1930 y aparte de la de 1940. Sólo unas pocas publicaciones semiprofesionales habían adoptado ese formato, como «Marvel Tales», de Crawford, de manera que «Astounding» fue la primera revista profesional que hizo el cambio. Cuando la mala suerte se cebó en la industria de los «pulp» a principios de la década de 1950 y era cuestión de recurrir al formato «digest» o morir, Campbell hubiese podido con todo derecho arrellanarse en su asiento y frotarse las manos de satisfacción por su perspicacia, pero él no era persona dispuesta a actuar de tal modo.

Las revistas no sufrieron cambios fundamentales por el hecho de adoptar el tamaño de bolsillo. Conservaron todas sus secciones y características, además de incluir el artículo habitual, el resumen de libros y tantos relatos como fuera posible.

Durante su época del tamaño grande, «Astounding» incluso había incorporado un subdirector en la persona de Catherine Tarrant, pero ésta desapareció después del primer número en formato «digest», para reaparecer en marzo de 1949. De hecho, ella continuó en «Astounding» hasta el mes de febrero de 1972.

Los lectores que se habían acostumbrado a seguir la columna habitual de crítica de libros a cargo del difunto P. Schuyler Miller, que formaba parte de la columna vertebral de «Astounding», la echaron de menos al dejar de publicarse en la década de 1940, No reapareció hasta 1951. Con anterioridad la revista incluía de cuando en cuando resúmenes de libros a cargo de críticos, entre ellos Campbell mismo, Anthony Boucher, L. Sprague de Camp, Robert Heinlein, Willy Ley y Milton Rothman.



«Astounding» aún seguía publicando la mejor narrativa. Con la entrada de Estados Unidos en la segunda guerra mundial, Campbell se encontró en apuros. Sus colaboradores regulares fueron movilizadas —Asimov, Heinlein, Sturgeon e inclusive Williamson— justo en el preciso momento en que su producción alcanzaba el más alto grado de calidad. Heinlein, por supuesto, era quizás el nombre más importante antes de la guerra, con narraciones como *This Goes On...* (Si esto continúa...) y *Methusaleh's Chitaren* (Los hijos de Matusalén). Van Vogt ocupaba un segundo puesto muy cercano como consecuencia de su eficaz novela *Slan*. Pero al quedar estos autores temporalmente fuera del campo, Campbell tuvo que buscar escritores capaces. Los que habitualmente colaboraban en las revistas «pulp» en rigor boicoteaban a «Astounding», pero Campbell sabía dónde buscar.

Henry Kuttner había escrito varios relatos brillantes para «Unknown», pero como autor de ciencia-ficción aún se le consideraba «sucio». Por lo tanto, Campbell camufló a Kuttner y a su esposa Catherine bajo el seudónimo de Lewis Padgett, y quedó abierto otro capítulo de la historia de la ciencia-ficción. Los Kuttner enfocaron el género en el estilo de «Unknown» e iniciaron una serie de relatos humorísticos, al comienzo sobre robots *Deadlock* (Detención), *The Twonky* (Los Twonky) y *Piggy Bank* (La alcancía)] y luego se inclinaron hacia otros temas. A medida que se afianzaba su estilo, el humor se tornaba más torvo, los relatos, más eficaces, y en febrero de 1943 apareció *Mimsy Were the Borogoves* (Remilgados eran los Borogove), un cuento excepcionalmente sorprendente acerca de unos juguetes del futuro en manos de niños del presente.

Además de los relatos bajo el nombre de Padgett, los Kuttner también escribían para «Astounding» bajo el de Lawrence O'Donnell dentro de un estilo más clásico como en *Clash by Night* (Choque en la noche) y su continuación *Fury* (Furia), relatos sumamente vigorosos de aventuras venusianas.

Cuando por fin se descubrió que tanto O'Donnell como Padgett eran los Kuttner, los aficionados le perdonaron a Henry todas sus pasadas imprudencias (como si ello fuese necesario), y en lo futuro se le tributaron los elogios que merecía.

Puesto que «Astounding» era la publicación que más altas tarifas pagaba en el campo de la ciencia-ficción, Campbell nunca tuvo problemas en reclutar nuevos autores, pero con el fin de ayudar a sus colaboradores estables y extraer lo mejor de ellos, con frecuencia les sugería ideas. Probablemente el exponente más famoso de ello lo constituya *Nightfall* (Anochecer), de Isaac Asimov, inspirado por Campbell sobre la base de unos versos de un poema de Ralph Waldo Emerson. La historia de un planeta donde casi eternamente es de día y los catastróficos resultados que acarrea la llegada del anochecer, apareció en el número de septiembre de 1941, y en la actualidad, más de treinta años después, aún se considera como uno de los mejores relatos de Asimov y casi siempre encabeza las listas de las grandes narraciones de

ciencia–ficción de todos los tiempos. Otro método utilizado para lograr colaboraciones consistía en encargar a un dibujante que creara una escena con impacto para ilustrar una cubierta y luego se le enviaba a un autor para que escribiese un relato en torno a ella. Éste método no tenía nada nuevo. Mort Weisinger había utilizado el sistema infaliblemente para «Thrilling Wonder», y había producido aciertos como el de Henry Kuttner con *Beauty and the Beast* (La belleza y la bestia) (abril de 1940). Weisinger, sin embargo, se contentaba con dejar que el autor se devanara los sesos, mientras que Campbell siempre brindaba su eficaz ayuda. Sus continuos esfuerzos por lograr originalidad, aunque al principio le reportaron cierta impopularidad, en última instancia cosechó satisfactorias recompensas.

Durante la guerra, Campbell tuvo la suerte de que una que otra narración de Asimov, Heinlein, Russell y De Camp lograra llegar a sus manos, pero en este período también descubrió otros nombres nuevos. El número de octubre de 1942 dio a luz a George O. Smith, un ingeniero de radio de treinta y un años, que volcó sus conocimientos en una serie de relatos acerca de una estación radio–relevadora, que inició con *QRM–Interplanetary* (QRM: Estación interplanetaria). El nombre de Raymond F. Jones apareció por primera vez en el número de septiembre de 1941 con *Test of the Gods* (La prueba de los dioses), en la cual tres hombres que se estrellan contra Venus se hacen pasar por dioses ante los nativos que les rescatan. Todo marcha a las mil maravillas hasta que los nativos esperan que pasen la prueba de los dioses. Y también produjo otras gemas como *Fifty Million Monkeys* (Cincuenta millones de simios) (octubre de 1943) y *Pacer* (Marcador de pasos) (mayo de 1943).

En 1942, Campbell dio la bienvenida a Murray Leinster en su retorno a la ciencia–ficción. Un auténtico decano del género, Leinster, se había convertido en un fructífero escritor de relatos del Oeste y otros géneros bajo su nombre verdadero, Will F. Jenkins.

Debutando en el número de octubre de 1942 de «Astounding», empezó a producir una flamante corriente de ciencia–ficción, en un estilo nuevo y original, totalmente distinto del de sus primeras obras, que incluyó *First Contact* (Primer contacto), *El poder* y *A Logic Named Joe* (Un dialéctico llamado Joe) (este último relato trata de un robot que llega al extremo de ayudar a los seres humanos), todos los cuales demostraron la capacidad de adaptación de Jenkins.

Simak también resultó providencial para Campbell. Su galardonada serie *City* (Ciudad), que especula acerca del futuro progreso de la Tierra después de haber partido los seres humanos y cuando sólo quedan perros inteligentes y robots, comenzó en el número de mayo de 1944. Y luego estaba Fritz Leiber, cuya *Gather, Darkness!* se publicó en forma seriada en los números de mayo, junio y julio de 1943. Un clásico relato sobre la cultura postatómica, con todos los atavíos de la ciencia–ficción y todo el estilo de las narraciones fantásticas, que demostró la capacidad de

Leiber para combinar ambos elementos.

Durante el período de 1943 a 1947, «Astounding» fue la única revista que publicaba, regularmente, seriales, lo cual pone de relieve su estabilidad. «Amazing» presentó dos en 1943, pero luego no aparecieron más hasta 1948. Los relatos en serie, que en un momento llenaban la mayor parte de las revistas, fueron reemplazados por novelas, tales como las que publicaba habitualmente «Startling», aunque muchas de ellas, sobre todo las de Kuttner, eran de fantaciencia. El núcleo de las series de «Astounding» estaba constituido por ciencia-ficción y ofrecían una gran riqueza de ideas y aventuras. Entre enero de 1943 y marzo de 1946 aparecieron once en total [además de *Pattern for Conquest* (Reglas para la conquista), de George O. Smith, que empezó en el número de marzo]. Ellas fueron: *Opposites-React* (Opuestos-Reaccionan), de Will Stewart; *The Weapon Makers* (Los fabricantes de armas), de A. E. van Vogt; *Gather, Darkness!*, de Leiber; *Judgement Night* (La noche del juicio), de C. L. Moore; *The Winged Man* (El hombre alado), de Edna Mayne Hull (esposa de Van Vogt); *Renaissance* (Renacimiento), de Raymond F. Jones; *Nomad* (Nómada), de George O. Smith (como Wesley Long); *Destiny Times Three* (Destino tiempo tres), de Leiber; *World of A* (Mundo de A), de Van Vogt; *The Mule* (La mula), de Asimov (parte de la serie *Foundation*), y *The Fairy Chessman* (La pieza de ajedrez encantada), de Padgett. Cualquier revista que hubiera publicado una sola de estas series se habría podido sentir satisfecha, pero haberlas acaparado todas constituía un honroso logro.

A menudo se ha referido el incidente que se produjo entre Campbell y las autoridades durante la guerra. Se le había solicitado que tuviera cuidado en la publicación de relatos sobre la guerra atómica por razones de seguridad. A Campbell le pareció una tontería y llevó a cabo la inclusión de *Deadline*, del desaparecido Cleve Cartmill, en el número de marzo de 1944. Sin ser una narración excepcional dentro del género de la ciencia-ficción, *Deadline* trataba de los intentos de un agente para detener la detonación de bombas atómicas. El Servicio de Inteligencia Militar cayó sobre Campbell y Cartmill, acusándoles de haber violado medidas de seguridad. Campbell demostró que todos los datos habían sido extraídos de las bibliotecas públicas, y por fin el sobresalto pasó. A partir de entonces, los lectores de «Astounding» se sintieron justificadamente orgullosos de que un relato de ciencia-ficción hubiese armado tanto revuelo, y el hecho, sin duda, elevó al género un escalón más arriba en la escala de la respetabilidad.

Llegamos a marzo de 1946 y ¿qué encontramos? Ocho revistas de ciencia-ficción de distintos grados de madurez y calidad. Una respetable «Astounding», con su corte de autores estimulantes. Una «Amazing» con las locuras de Shaver junto a su más pacífica compañera, «Fantastic Adventures». Una ambiciosa «Thrilling Wonder» con una más juvenil «Startling», ambas bregando hacia la madurez, pero atrailladas

momentáneamente por el estigma de sus cubiertas, obra de Earle K. Bergey, que habían alentado la descripción de «monstruos con ojos de insecto», «Famous Fantastic Mysteries», hogar del romanticismo científico, y «Planet Stories», el refugio de los viajes espaciales. Y la envejecida, y algo abatida, «Weird Tales».

Ocho supervivientes, cuatro de los cuales ya coleaban antes del *boom*, y cuatro que tomaron ímpetu a causa del mismo. Si hubiera continuado la guerra, habrían desaparecido muchos más títulos. Con gran alivio, empero, aquélla había terminado. La industria editorial podía respirar de nuevo, y como se suavizaron las restricciones al uso del papel, habría de constatarse que el período posterior a 1943 fue sólo una laguna pasajera en el *boom* de la ciencia-ficción. Hacia 1947 la bola de nieve empezó a rodar de nuevo hacia un Everest, alcanzado en 1953–1954, en comparación con el cual, el de 1939 fue sólo un pequeño picacho.

En 1945 la revista de ciencia-ficción contaba con sus propias pautas y tendencias bien establecidas. Había dejado de ser el abastecedor gernsbackiano de «nociones científicas impartidas por medio de la narrativa». Era, en cambio, esencialmente una publicación que proveía aventuras científicas, que comprendía desde las proezas de carácter juvenil de «Planet Stories» y «Amazing» hasta los pronósticos políticos y científicos de «Astounding». Sin embargo, a los ojos del público en general, la norma de respetabilidad que Campbell agitaba proyectaba una tenue sombra, sin duda, en comparación con el aura de juventud que sugerían las brillantes cubiertas y atractivos títulos de las otras publicaciones. Evidentemente, aparte de «Astounding», los textos de «Thrilling Wonder» y hasta cierto punto incluso los de «Planet Stories», eran cada vez más notables. Principalmente ello se debía a la expansión del equipo especial de autores de Campbell a otros mercados, pero no se puede olvidar que el cataclísmico final de la segunda guerra mundial había revelado los horrores que la ciencia podía acarrear. El público se dio cuenta de pronto que podía haber algo en la ciencia-ficción, y los autores se aprestaron a responder. Las revistas del período inmediato posterior a la guerra se verían inundadas de aleccionadores relatos «postatómicos», que diferían grandemente de las románticas aventuras de preguerra. En una visión retrospectiva, parecería que Campbell cargó el cañón de la seriedad, pero la segunda guerra mundial lo disparó.

Si algo logró el *boom* de 1939 fue separar a las personas adultas de los adolescentes, y obligó a las revistas a adquirir un carácter individual. Las publicaciones de Frederick Phol eran de superior calidad que, por ejemplo, «Amazing», pero Palmer se encontraba a kilómetros de distancia en cuanto a la utilización de procedimientos engañosos y de sensacionalismo. En 1945, merced a los esfuerzos de John Campbell y su equipo, tanto la ciencia-ficción como los relatos fantásticos habían madurado. Aún seguían creciendo, y todavía buscaban nuevos rumbos, Si un *boom* había conseguido tanto para la ciencia-ficción, ¿cuáles serían los

logros del próximo? Baste recordar que durante esos años los hombres que luchaban en defensa de su país y de sus vidas podían esperar con ansia los pocos días de permiso para refugiarse en su mundo privado de ciencia–ficción.

## 8. Expansión internacional

En la carrera de la ciencia–ficción, Estados Unidos va a la cabeza, con Gran Bretaña en un lejano segundo lugar, por lo cual resulta difícil determinar qué puesto ocupaban los demás países, pero estamos decididos a no dejarles de lado y ocuparnos de ellos aunque sea brevemente.

Resulta extraño imaginar que el vecino más cercano de Estados Unidos, Canadá, hubiera dictado una prohibición a la importación de revistas «pulp», y como consecuencia apareció en ese país una confusa mezcla de reimpresiones. Todas imitaban el estilo de las publicaciones norteamericanas, con los mismos nombres, y sólo unas pocas como «Eerie Tales» y «Uncanny Tales» contenían textos originales, la mayoría donados graciosamente por autores norteamericanos. El resultado de todo esto es que los coleccionistas deben tener mucho cuidado cuando van a la caza de revistas norteamericanas para que no confundan una reimpresión canadiense por la revista original.

Una notable excepción la constituye la canadiense «Science Fiction», de la que sólo aparecieron seis números entre octubre de 1941 y junio de 1942. La revista era un producto de presentación más bien atractiva y de gran tamaño, con 64 páginas, al precio de veinticinco centavos canadienses. Las ilustraciones de las cubiertas eran obra de artistas de esa nacionalidad, pero el anuncio del director (William Brown–Forbes) de que la revista contenía solamente autores y dibujantes canadienses era falso, pues reproducía textos de «Science Fiction» y «Future Fiction», de Columbia, y también algunas de las ilustraciones. Sin embargo, ciertos dibujos originales eran sustituidos por otros, presumiblemente de artistas canadienses. Las cubiertas con frecuencia ilustraban un relato que no había merecido ese honor en la publicación original estadounidense, como es el caso de *Science from Syracuse* (Ciencia de Syracuse), de Polton Cross.

Lo más importante para los amantes del género de otros países, que no comprendían el inglés, residió en la aparición de tres revistas en otros idiomas, en Argentina, Suecia y Francia, «Narraciones Terroríficas» en Argentina, virtualmente integrada por reimpresiones, nació en 1939 y perduró hasta 1950, Pretendió conservar un ritmo de publicación mensual y logró su propósito de una manera notable durante la mayor parte de su existencia, teniendo en cuenta las circunstancias.

Pero la más sorprendente de todas fue la publicación *semanal* de Suecia: «Jules Verne Magasinet», con el primer número fechado el 16 de octubre de 1940. Ésta

revista estaba compuesta totalmente de reimpresiones, pero ello no fue inconveniente para que los suecos le brindaran su apoyo durante 331 números, hasta 1947. Los relatos provenían, principalmente, de las publicaciones de Fictioneers, Standard y Ziff–Davis, siendo John Russell Fearn y Edmond Hamilton (sobre todo *Captain Future*) los autores que aparecían con más frecuencia, junto con Robert Bloch, Malcolm Jameson, Jack Williamson, William McGivern y Robert Moore Williams. Las cubiertas eran a todo color y, por lo general, copias pasables de las originales de Ziff–Davis por Fuqua y Krupa, cuyos nombres figuraban en la lista de reconocimientos de su interior, De cuando en cuando las cubiertas reproducían ilustraciones originales del artista sueco Eugen Semitjov, en particular para los relatos de Thornton Ayre. La revista tenía 64 páginas y, originalmente, formato «digest», pero luego se amplió al de los «pulp». Si bien era una revista muy atractiva, el ocasional agregado de ilustraciones en su interior de muy pobre factura echaba a perder la calidad del conjunto, por el marcado contraste con los dibujos norteamericanos. Otra extraña yuxtaposición la constituía la inclusión de artículos sobre boxeo y atletismo, además de un conjunto de historietas norteamericanas tales como *Superman*, que ocupaba la parte interior de las cubiertas a todo color, *Batman* y *Jungle Jim*, de Alex Raymond, en la contracubierta. Sin duda esta noticia provocará un clamor de voces pidiendo ejemplares entre los amantes y comerciantes de las historietas, pero lo más probable es que no sean afortunados en conseguirlos, puesto que los existentes son muy escasos. Se tiene noticia de que sólo existen tres colecciones completas en Suecia, y debemos agradecer al cabal coleccionista de la obra de Fearn, Phil Harbottle, el habernos proporcionado la mayor parte de los detalles de su contenido. Con el curso del tiempo, fue incorporando cada vez más relatos del Oeste y detectivescos (también en este caso de origen norteamericano), y se le cambió el título por el de «Veckans Avenyr» (Aventuras de la semana) en julio de 1941.

Quizá la proeza más ambiciosa y sorprendente la constituyó la aparición de «Conquestes», en Francia. Bajo la dirección de George H. Gallet, el primer número de esta publicación periódica pretendidamente semanal llevaba fecha del 24 de agosto de 1939. Gallet acababa de realizar una visita a Inglaterra, donde había conocido a varios aficionados y autores, y a Walter Gillings, el director de «Tales of Wonder». Se llegó a un acuerdo mediante el cual Gillings debía actuar como agente para los derechos de traducción del material que había aparecido en «Tales of Wonder», así como de otras obras por los mismos autores, Aparecieron dos números antes de que la política de Hitler pusiera punto final a su aparición. Se serializó *Green Men of Graypec* (Los hombres verdes de Graypec), de Festus Pragnell, y otro material estaba programado para seguir la misma suerte. John Russell Fearn llegó al extremo de establecer que todas sus narraciones nuevas fuesen traducidas simultáneamente al

francés, y es probable que con el agregado de material original francés la revista de Gallet habría acarreado un saludable desarrollo de la ciencia–ficción en Francia. Gallet logró lanzar el género en su país después de la guerra con la serie de novelas *Le Rayón Fantastique*.

Otros países iniciaron sus propias publicaciones de ciencia–ficción, y la chispa de la originalidad comenzó a brillar. Debemos recordar que pocos aficionados extranjeros tenían la posibilidad de obtener revistas en lengua inglesa, y debían contar con las traducciones para poder saborear su porción de la tarta. Resulta curioso que en Francia, la patria de Verne y de los hermanos Boéx, la ciencia–ficción no alcanzara un gran auge. Llegaría el día en que... pero eso es otra historia.

MIKE ASHLEY

*junio de 1975*



# **El círculo de cero**

*Stanley G. Weinbaum*

*La ciencia–ficción, al igual que las demás formas literarias, tiene su margen de tragedia, y quizá la más ilustrativa sea la de Stanley G. Weinbaum, cuya carrera fue cortada de raíz, después de su meteórico ascenso a la fama, un sábado 14 de diciembre de 1935, como consecuencia de un cáncer en la garganta. Weinbaum tenía treinta y tres años. El año de Weinbaum fue el de 1935. La primera obra que vendió, Una odisea marciana, la adquirió Charles Hornig y apareció en el número de julio de 1934 de «Wonder Stories». Inmediatamente se convirtió en uno de los relatos de ciencia ficción más comentados de aquella década. Weinbaum había creado seres extraterrestres absolutamente extraños y, sin embargo, les dio un tratamiento humano. Su planeta Marte estaba habitado por una fauna de características tan indefinibles, que su existencia escapaba completamente a la comprensión humana, y no obstante ello, uno les comprendía. Tal era la habilidad de Weinbaum. La segunda parte, Valley of dreams (El valle de los sueños), apareció en el número de noviembre de «Wonder Stories», y luego «Astounding» trató de acaparar su producción.*

*En 1935 aparecieron diez relatos, siete de ellos en «Astounding», y cada uno poseedor de un esplendor extraordinario. El primero, Flight on Titan (Vuelo sobre Titán), presentaba una aventura en la línea de su odisea, y aparentemente Hornig la rechazó porque no contenía una «idea original». Pero a partir de entonces narraciones como Los lotófagos, El planeta de la duda y El hada roja demostraron fehacientemente la notable habilidad de Weinbaum para inventar argumentos y personajes.*

*Cuando la muerte cortó ese flujo de ingenio, Weinbaum, inmediatamente, pasó al ámbito de la leyenda. Los directores de revistas hicieron lo imposible por adquirir cualquier relato inédito que pudiera existir, de los que aparentemente había una sorprendente cantidad. Como sea que Mortimer Weisinger había estado asociado con Julius Schwartz en calidad de agente de Weinbaum, se encontraba en una posición ideal, y al hacerse cargo de la dirección de la nueva «Thrilling Wonder Stories», aprovechó esa ocasión y consiguió El círculo de cero, que Weinbaum había escrito en los comienzos de su carrera.*

*Más de cuarenta años han pasado desde el momento de su muerte, y su narrativa no ha cesado de reeditarse, manteniéndose lozana y deleitable para cada nueva*

generación. En abril de 1936, la sección «Brass Tacks» de «Astounding» publicó una carta abierta a Weinbaum firmada por «Doc» E. E. Smith antes de enterarse de su fallecimiento.

En una parte, decía: «... quiero darle las gracias por ese “algo indefinible” que usted ha introducido en la ciencia ficción: un algo que nunca tuvo y que le era absolutamente imprescindible».

*El lector encontrará ese algo en el relato que se dispone a leer.*

## Experimento por captar la eternidad

Si existiera una montaña de mil kilómetros de altura y cada mil años un pájaro volase por encima de ella, rozando tan sólo la cima con la punta de una de sus alas, en el curso de inconcebibles evos la montaña sería borrada de la faz de la tierra. Sin embargo, todos esos siglos no representarían ni un segundo en la eternidad.

Desconozco qué mente filosófica escribió lo que antecede, pero esas palabras no han dejado de atormentarme desde la última vez que vi al anciano Aurore de Neant, en aquel entonces profesor de psicología en Tulane. Cuando, allá por el año 1924, me apunté al curso de Psicología Morbosa que él dictaba, creo que la única razón que me impulsó a hacerlo era que necesitaba ocupar el tiempo que tenía libre a partir de las once de la mañana los martes y jueves para redondear un programa de ocio.

Yo era el alegre Jack Anders, de veintidós años, y el motivo me parecía suficiente.

Al menos, estoy seguro de que la morena y bella Yvonne de Neant no tuvo nada que ver con ello. Ella no era más que una esbelta criatura de dieciséis abriles.

El viejo De Neant me tenía simpatía, sólo Dios sabe por qué, puesto que yo era un estudiante más bien mediocre. Tal vez se debía a que, de acuerdo con su conocimiento, yo nunca me burlaba de su nombre. Aurore de Neant puede traducirse como Aurora de la Nada, ¿comprenden?; pueden imaginarse, pues, lo que los estudiantes hacían con semejante nombre. «Cero Naciente»... «Mañana Vacía»..., eran dos de los sobrenombres más inofensivos.

Eso era en 1924. Cinco años más tarde, yo era corredor de bolsa en Nueva York, y al profesor Aurore de Neant le habían despedido. Me enteré de ello cuando él me llamó por teléfono. No había vuelto a verle nunca más después de salir de la Universidad.

El profesor era una persona muy ahorrativa. Había logrado reunir una considerable suma, y se trasladó a Nueva York, y así fue cómo yo empecé a ver a Yvonne de nuevo, que ahora era una belleza morena parecida a un figurín de Tanagra.

A mí me iban bien las cosas y lograba ahorrar una cierta cantidad para el día en que Yvonne y yo...

Al menos ésa era la situación en agosto de 1929. En octubre del mismo año, yo estaba más limpio que un hueso roído, y al anciano De Neant no le quedaba más carne que a mí. Yo era joven y podía darme el lujo de reír... pero él era viejo y se

convirtió en un amargado. En realidad, Yvonne y yo teníamos pocos motivos de risa cuando pensábamos en nuestro propio futuro... pero no cavilábamos como el profesor.

Recuerdo la tarde que trajo a colación el tema del Círculo de Cero. Era un atardecer lluvioso de otoño y soplaban un fuerte viento; la barba del profesor temblaba ligeramente a la tenue luz de la lámpara como un copo de niebla gris. Yvonne y yo solíamos quedarnos en casa últimamente. Ir a un espectáculo costaba dinero y además a mí me parecía que a ella le gustaba que charlara con su padre, quien —al fin y al cabo— se acostaba temprano.

Ella estaba sentada en la cama turca a su lado, cuando el profesor, de pronto, apuntándome con un índice nudoso, me espetó:

—¡La felicidad depende del dinero!

Yo me quedé perplejo.

—Bueno, el dinero ayuda —concedí.

Sus ojos azul claro relampaguearon.

—¡Debemos recobrar el nuestro! —exclamó con voz ronca.

—¿Cómo?

—Yo sé cómo. Sí, yo sé cómo. —Esbozó una débil sonrisa—. Todos creen que estoy loco. *Tú* crees que estoy loco. Hasta Yvonne lo cree.

La joven le dijo en voz baja, a modo de reproche:

—¡Padre!

—Pero no lo estoy —continuó él—. Tú e Yvonne y todos esos imbéciles catedráticos de la universidad... ¡sí que lo están! Pero yo no.

—Con el tiempo saldré adelante, a menos que las condiciones mejoren antes —murmuré.

Estaba acostumbrado a los arranques del viejo.

—Mejorarán para nosotros —repuso él con calma—. ¡Dinero! Nosotros seremos capaces de hacer cualquier cosa por dinero, ¿no es cierto, Anders?

—Cualquier cosa honesta.

—Sí, cualquier cosa honesta. El tiempo es honesto, ¿no? Un honesto fraude, porque toma todo lo humano y lo convierte en polvo. —Escrutó la expresión estupefacta de mi rostro—. Explicaré cómo podemos engañar al tiempo —agregó.

—Engañar...

—Sí. Escucha, Jack. ¿No te ha ocurrido nunca de llegar a un lugar desconocido y experimentar la sensación de haber estado allí antes? ¿No has emprendido un viaje y te ha parecido que alguna otra vez, de alguna manera, ya habías hecho exactamente lo mismo... aun sabiendo que no era así?

—Pues claro. A todo el mundo le ha ocurrido. Un recuerdo del presente, según lo denomina Bergson.

—¡Bergson es un imbécil! Filosofía sin ciencia. Escucha. —Se inclinó hacia delante—. ¿Has oído hablar de la Ley de Probabilidades?

Yo me eché a reír.

—Me ocupo de la compra-venta de acciones y bonos. *Debería* conocerla.

—¡Ah! —exclamó él—. Pero no lo suficiente. Supongamos que tengo un barril con un millón de trillones de granos de arena blanca y un solo grano de arena negra. Tú te acercas y sacas un grano, uno por vez, lo examinas y vuelves a tirarlo en el barril. ¿Qué probabilidades tienes de extraer el grano negro?

—Una contra un millón de trillones, cada vez.

—¿Y si sacas la mitad del millón de trillones de granos?

—Entonces las probabilidades se igualan.

—¡Exacto! —exclamó—. En otras palabras, si sigues probando el tiempo suficiente, aun cuando vuelvas a poner el grano en el barril y sacas otro de nuevo, algún día extraerás el negro... *¡si continúas probando el tiempo suficiente!*

—Sí —repuse.

El profesor esbozó una sonrisa.

—Supongamos ahora que el experimento lo hicieras con la eternidad.

—¿Cómo?

—¿No lo comprendes, Jack? En la eternidad la Ley de Probabilidades funciona perfectamente. En la eternidad, más tarde o más temprano, ha de suceder cualquier posible combinación de cosas y eventos. Deben suceder, si se trata de una combinación posible. Afirmo, por lo tanto, que en la eternidad, ¡cualquier cosa que pueda suceder, sucederá!

En sus ojos azules brillaba una débil llamita. Yo estaba un poco confundido.

—Supongo que tiene usted razón —musité.

—¿Razón? ¡Por supuesto que tengo razón! La matemática es infalible. ¿Ahora te das cuenta de cuál es la conclusión?

—Bueno..., que más tarde o más temprano todo sucederá.

—¡Bah! Es verdad que existe la eternidad en el futuro; no podemos imaginarnos el fin del tiempo. Pero Flammarion, antes de morir, señaló que también existe una eternidad en el pasado.

Puesto que en la eternidad todo lo posible debe suceder, ¡cabe deducir que todo debe ya haber sucedido!

—¡Espere un momento! —tartamudeé—. No comprendo...

—¡La estupidez! —siseó—. Es como decir con Einstein que no sólo el espacio es curvo, sino que el tiempo también lo es. ¡Es como decir que, después de infinitos eones de milenios, las mismas cosas se repiten indefectiblemente! Así lo establece la Ley de Probabilidades, si se cuenta con el tiempo suficiente. El pasado y el futuro son la misma cosa, porque todo lo que sucederá ya debe haber sucedido. ¿Puedes seguir

un razonamiento lógico tan simple como éste?

—Bueno..., sí. Pero ¿a dónde nos lleva esto?

—¡A nuestro dinero! ¡A nuestro dinero!

—¿Qué?

—Escucha. No me interrumpas. En el pasado deben haber ocurrido todas las posibles combinaciones de átomos y circunstancias. —Hizo una pausa y luego volvió a apuntarme con su dedo huesudo—. Jack Anders, ¡tú eres una posible combinación de átomos y circunstancias! ¡Posible porque en este momento existes!

—¿Quiere usted decir... que yo he existido antes?

—¡Qué inteligente eres! Sí, has existido antes y volverás a existir otra vez.

—¡Trasmigración! —Tragué saliva—. Eso no tiene base científica.

—¿De veras? —Frunció el entrecejo como haciendo un esfuerzo para ordenar sus pensamientos—. El poeta Robert Burns fue enterrado bajo un manzano. Cuando, muchos años después de su muerte, desenterraron sus restos para que reposaran entre los grandes hombres de la Abadía de Westminster, ¿sabes qué encontraron?

—Lo siento, pero no lo sé.

—¡Encontraron una raíz! Una raíz con una protuberancia que correspondía a la cabeza, ramificaciones radicales por brazos y piernas y raicillas por dedos de manos y pies. El manzano había devorado a Bobby Burns... pero ¿quién se había comido las manzanas?

—Quién... ¿qué?

—Exactamente. ¿Quién y qué? La substancia que había sido Burns residía en los organismos de los ciudadanos y niños escoceses, en los organismos de las orugas que habían devorado las hojas, se habían convertido en mariposas y habían sido devoradas a su vez por los pájaros, en la madera del árbol. ¿Dónde está Bobby Burns?

¡Trasmigración, en efecto! ¿No es eso trasmigración?

—Sí..., pero eso no tiene nada que ver conmigo. Su organismo puede seguir viviendo, pero en mil formas distintas.

—¡Ah!, y cuando un día, dentro de eones y eternidades en el futuro, la Ley de Probabilidades dé forma a otra nebulosa que se enfriará convirtiéndose en otro sol y otra tierra, ¿no existe la misma probabilidad de que esos átomos dispersos puedan reconstituir otro Bobby Burns?

—Pero ¡qué probabilidad! ¡Una entre trillones y trillones!

—¡Pero en la eternidad, Jack! En la eternidad esa única probabilidad entre todos esos trillones... ¡debe producirse!

Quedé aplastado. Miré el pálido y adorable rostro de Yvonne, y luego los fulgurantes y fatigados ojos de Aurore de Neant.

—Usted gana —dije, con un largo suspiro—. Pero ¿y qué?

Estamos sólo en mil novecientos veintinueve, y nuestro dinero aún está sumergido en un mercado de valores muy debilitado.

—¡Dinero! —gruñó—. ¿No comprendes? Ése recuerdo del que hablábamos al principio..., esa sensación de haber hecho algo antes..., eso es un recuerdo de un futuro infinitamente remoto.

Si sólo..., ¡si sólo uno pudiese recordar con claridad! Pero yo tengo la forma. — Su voz de pronto se elevó hasta ahogarse en un chillido estridente—. ¡Sí, yo tengo la forma!

Fijó en mí su mirada extraviada. Yo le pregunté:

—¿La forma de recordar nuestras encarnaciones pasadas? —Uno tenía que seguirle la corriente al anciano profesor—. ¿De recordar... el futuro?

—¡Sí! ¡Reencarnación! —Su voz se quebró al proferir la frenética exclamación—. *Re-in-carnatione*, que en latín vendría a ser «por lo que tiene el clavel», pero no era una clavellina..., era un manzano. La clavellina es *dianthus caryophyllus*, lo que demuestra que los hotentotes plantaban clavellinas en las tumbas de sus antepasados, de ahí la expresión «cortada la vida en flor». Si los claveles crecieran en los manzanos...

—¡Padre! —le interrumpió Yvonne secamente—. ¡Estás cansado! —Su voz se suavizó—. Vamos. Es hora de acostarse.

—Sí —rió—. En un lecho de claveles.



## Recuerdos de cosas pasadas

Al cabo de varias horas, Aurore de Neant volvió a referirse al mismo tema.

Recordaba con toda claridad dónde había interrumpido la conversación.

—De modo que en ese pasado de milenios y milenios —comenzó a decir súbitamente— existió un año 1929 y dos estúpidos llamados Anders y Neant, que invirtieron sus ahorros en lo que sarcásticamente se denominan obligaciones. Se produjo un pánico de locos, y su dinero se esfumó. —Me miró maliciosamente de soslayo—. ¿No sería magnífico que pudiesen recordar qué sucedió en, por ejemplo, los meses que van de diciembre de 1929 a junio de 1930... del año próximo? —De pronto su voz se volvió quejumbrosa—. ¡Entonces podrían recuperar su dinero!

—Si pudiesen recordar —dije con ánimo de complacerle.

—¡Pero es que pueden! —exclamó con el rostro resplandeciente—. ¡Pero es que pueden!

—¿Cómo?

Su voz adoptó un tono confidencial.

—¡Hipnotismo! Tú estudiaste Psicología Morbosa en el curso que yo dictaba, ¿no es cierto, Jack? Sí..., lo recuerdo.

—Pero ¡hipnotismo! —protesté—. Todos los psiquiatras lo utilizan en sus tratamientos y nadie ha recordado una encarnación anterior ni nada por el estilo.

—No. Ésos médicos y psiquiatras son unos imbéciles. Escucha... ¿recuerdas las tres fases del estado hipnótico de acuerdo con lo que aprendiste?

—Sí. Sonambulismo, letargo y catalepsia.

—Correcto. En la primera, el sujeto habla, contesta a las preguntas. En la segunda, duerme profundamente. En la tercera, en estado cataléptico, está rígido, tenso, de modo que se le puede colocar entre dos sillas, sentarse encima de él..., todas esas tonterías.

—Lo recuerdo. ¿Y qué?

Sonrió ligeramente.

—En la primera fase el sujeto recuerda todo lo que le sucedió durante la vida. Hay un predominio del subconsciente y éste nunca olvida. ¿Correcto?

—Así nos lo enseñaron.

Se inclinó hacia delante con el cuerpo en tensión.

—En la segunda fase, el letargo, ¡según mi teoría, recuerda todo lo que sucedió en

sus otras vidas! ¡Recuerda el futuro!

—¡Hum! Entonces, ¿por qué nadie tiene noción de ello?

—Lo recuerda mientras está dormido. Al despertar lo olvida. Por eso. Pero yo creo que con la debida preparación se puede aprender a recordar.

—¿Y usted piensa intentarlo?

—Yo no. Mis conocimientos sobre finanzas son muy escasos. No sabría cómo interpretar mis recuerdos.

—¿Quién, entonces?

—¡Tú!

Y al decirlo hundió su largo dedo en mi pecho.

—¿Yo? ¡Oh, no! ¡Ni lo sueñe!

—Me sentía realmente alarmado.

—Jack —dijo de mal talante—, ¿no estudiaste hipnotismo en mi curso? ¿No sabes que es un experimento inocuo? Tú sabes que todo eso de que una mente puede dominar a otra son patrañas. Tú sabes que, en realidad, es el mismo sujeto quien se autohipnotiza, que nadie puede hipnotizar a una persona que no quiera. Entonces, ¿de qué tienes miedo?

—Yo... bueno... —No sabía qué responder—. Yo no tengo miedo —dije con cierto enojo—. Sólo que no me gusta la idea.

—¡Tú tienes miedo!

—¡No es cierto!

—¡Sí lo es!

Su excitación iba en aumento. Fue en ese momento cuando en el vestíbulo sonaron los pasos de Yvonne. Los ojos del profesor fulguraban. Me miró con una siniestra expresión maliciosa.

—Me disgustan los cobardes —murmuró; y, elevando la voz, agregó—: ¡Y a Yvonne también!

Al entrar, la joven se dio cuenta de su excitación.

—¡Oh! —exclamó, frunciendo el ceño—. ¿Por qué tienes que tomarte esas teorías tan a pecho, padre?

—¿Teorías? —chilló él—. ¡Sí! Tengo una teoría según la cual cuando caminas, permaneces inmóvil y es la acera la que retrocede. No..., luego la acera se partiría si dos personas se dirigieran una hacia la otra..., o tal vez es elástica. ¡Por supuesto que elástica! Por eso el último kilómetro es el más largo. ¡Se ha extendido!

Yvonne le acompañó a la cama.

Bien, logró convencerme. No sé hasta qué punto se debió a mi propia credulidad y hasta qué punto a los solemnes ojos negros de Yvonne. El caso es que después de la siguiente discusión casi creía lo que el profesor me decía, pero pienso que el factor decisivo fue su solapada amenaza de prohibirme ver a Yvonne. Ella le hubiera

obedecido aunque le costara la vida. Era de Nueva Orleans también, ¿comprenden?, y tenía sangre criolla.

No describiré aquel molesto curso de entrenamiento. Es preciso que uno desarrolle el hábito hipnótico. Es como cualquier otro hábito, y debe adquirirse lentamente.

Contrariamente a lo que cree la gente, los deficientes mentales y las personas de poca inteligencia no pueden lograrlo. Requiere verdadera capacidad de concentración..., todo reside en la habilidad para concentrar la atención... y no me refiero al hipnotizador.

Estoy hablando del sujeto. El hipnotizador nada tiene que ver con ello, salvo proporcionar la sugestión necesaria, murmurando: «Duerme..., duerme..., duerme..., duerme...». E incluso eso no es necesario una vez se ha adquirido el hábito.

Me pasaba media hora o más casi todas las noches adquiriendo ese hábito.

Resultaba tedioso, y una docena de veces me sentí tan fastidiado que juré no seguir más con aquella farsa. Pero siempre, después de darle el gusto a De Neant durante aquella media hora, aparecía Yvonne, y el fastidio desaparecía. Como una especie de recompensa, supongo, el anciano acostumbraba dejarnos solos. Y nosotros aprovechábamos nuestro tiempo, me atrevería a decir, mucho mejor que él el suyo.

Pero, poco a poco, comencé a aprender. Llegó el momento, al cabo de tres semanas de aburrimiento, en que fui capaz de sumirme en un ligero estado de sonambulismo.

Recuerdo que la piedra ordinaria del anillo del profesor De Neant iba aumentando de tamaño hasta llenar el mundo y que su voz, mecánicamente monótona, susurraba en mis oídos como las olas del mar. Recuerdo todo lo que acontecía durante aquellos minutos, hasta su débil: «¿Estás dormido?» y mi automática respuesta: «Sí».

Hacia fines de noviembre habíamos logrado alcanzar el segundo estado de letargo y entonces... no sé por qué, pero una suerte de entusiasmo por aquella locura se apoderó de mí. Las operaciones bursátiles se habían estabilizado. Yo estaba cansado de tener que encararme con clientes a quienes les había vendido bonos a la par, que ahora se cotizaban a la mitad de su valor, o menos, y tener que explicarles el porqué. Al cabo de un corto tiempo comencé a presentarme en la casa del profesor a media tarde y nos concentrábamos en aquella insana rutina que repetíamos una y otra vez.

Yvonne comprendía sólo en parte aquella descabellada idea. Nunca estaba en la sala durante nuestra media hora de práctica y sabía de una manera vaga que estábamos dedicados a efectuar alguna especie de experimento, que tendría como resultado la recuperación de nuestro dinero. No creo que tuviera mucha fe en él, pero siempre se mostraba complaciente con su padre.

Fue a comienzos de diciembre cuando empecé a recordar cosas. Cosas borrosas e informes al principio..., sensaciones que eludían completamente la rigidez de las

palabras. Yo trataba de expresarlas ante De Neant, pero era inútil.

—Una sensación circular —decía yo—. No..., no exactamente..., una sensación de espiral..., no, tampoco eso. De redondez..., no puedo recordarlo ahora. Se me escapa.

El profesor exultaba.

—¡Ya llega! —musitaba, la barba temblorosa y los ojos brillantes—. ¡Empiezas a recordar!

—Pero ¿de qué sirve un recuerdo como ése?

—¡Espera! Ya llegará con más claridad. Por supuesto que no todos tus recuerdos nos serán de utilidad. Serán de muy distinta índole. En todas las múltiples y diversas eternidades del círculo pasado-futuro no puedes haber sido siempre Jack Anders, corredor de bolsa.

»Habrás recuerdos fragmentarios, remembranzas de épocas en que tu personalidad existía parcialmente, cuando la Ley de Probabilidades constituyó un ser que no era del todo Jack Anders, en algún período de los infinitos mundos que deben de haber existido y desaparecido en el curso de la eternidad.

»Pero de alguna manera, también, los mismos átomos, las mismas condiciones, deben de haberte forjado a ti. Tú eres el grano negro entre los trillones de granos blancos y, con toda la eternidad para poder ir sacando granos, deben de haberte extraído antes... muchas, muchas veces.

—¿Supone usted —le pregunté de pronto— que alguien ha existido dos veces en la misma Tierra? ¿La reencarnación en el sentido de los hindúes?

El profesor rió burlescamente.

—La edad de la Tierra se calcula en cuatro mil quinientos millones de años. ¿Qué proporción de la eternidad significa eso?

—Bueno..., ninguna proporción en absoluto. Cero.

—Exactamente. Y cero representa la probabilidad de que los mismos átomos se combinen para formar la misma persona dos veces durante el ciclo de un planeta. Pero yo he demostrado que trillones, o trillones de trillones de años ha, debe haber existido otra Tierra, otro Jack Anders, y... —Su voz alcanzó aquella nota aguda característica—... otra bancarrota que arruinó a Jack Anders y al viejo De Neant. Ése es el tiempo que debes recordar en estado de letargo.

—¡Catalepsia! —exclamé—. ¿Qué se podría recordar en ese estado?

—Sólo Dios lo sabe.

—¡Qué locura! —dije súbitamente—. ¡Qué par de locos estúpidos somos!

Los adjetivos estuvieron de más.

—¿Estúpidos? ¿Locos? —Su voz se convirtió en un chillido—. El viejo De Neant está loco, ¿eh? ¡El viejo Aurora de la Nada está chiflado! Tú no crees que el tiempo transcurre en un círculo, ¿verdad? ¿Sabes qué representa un círculo? ¡Yo te lo diré!

»¡Un círculo es el símbolo matemático del cero! El tiempo es cero el tiempo es un círculo. Tengo la teoría de que las manecillas de un reloj son en realidad sus narices, porque están en la cara del reloj, y puesto que el tiempo es un círculo, giran y giran y giran...

Yvonne se deslizó silenciosamente en la sala y acarició la arrugada frente de su padre. Debió de haber estado escuchando.

## ¿Pesadilla o realidad?

—Veamos —le dije más adelante a De Neant—, si el pasado y el futuro son lo mismo, entonces el futuro es tan inalterable como el pasado. Luego, ¿cómo podemos pensar cambiarlo recuperando nuestro dinero?

—¿Cambiarlo? —dijo lanzando un bufido—. ¿Cómo sabes que lo estamos cambiando? ¿Cómo sabes que Jack Anders y De Neant no hicieron esto mismo en el otro lado de la eternidad? ¡Yo afirmo que lo *hicieron!*

Me rendí, y la horrible situación siguió su curso. Mis recuerdos —si recuerdos eran— resultaban más claros ahora. Una y otra vez veía cosas de mi inmediato pasado de veintisiete años, aunque naturalmente De Neant me aseguraba que se trataba de visiones del pasado de aquel otro yo en el punto más alejado del tiempo.

También veía otras cosas, incidentes que no lograba ubicar en mi experiencia, si bien no podía estar seguro de que no pertenecían allí. Yo podía haberlos olvidado. ¿Comprenden? Puesto que no eran de particular importancia. Con toda diligencia, se lo contaba todo al anciano en cuanto me despertaba y a veces eso me resultaba difícil como cuando uno trata de encontrar las palabras para explicar un sueño que sólo se recuerda a medias.

Asimismo había otros recuerdos: sueños fantásticos y disparatados que difícilmente podían compararse con nada de la historia humana. Éstos eran siempre vagos y a veces muy horribles, y sólo su carácter fragmentario e informe evitaba que se convirtieran en algo absolutamente desesperante y terrorífico.

Recuerdo que una vez observaba, a través de una pequeña ventana cristalina, una niebla roja en medio de la cual se movían rostros indescritibles: no eran humanos y ni siquiera podían compararse con nada que yo conociera. En otra ocasión, yo caminaba, vestido con pieles, a través de un frío desierto gris y a mi lado iba una mujer que no era exactamente Yvonne.

Recuerdo que la llamaba Pyroniva, y sabía que ese nombre significaba «Nieve de fuego». Y en distintos puntos del aire a nuestro alrededor flotaban unos elementos fungoideos, desplazándose en círculos como patatas en un balde de agua. Y en determinado momento permanecimos inmóviles mientras una forma amenazadora que sólo se parecía muy remotamente al más pequeño de los hongos zumbó expresamente muy por encima de nuestras cabezas, en dirección a un objetivo desconocido.

En otra oportunidad contemplaba, fascinado, la superficie arremolinada de un estanque de mercurio, en cuyo interior veía la imagen de dos aladas criaturas salvajes que jugaban en un páramo rosáceo: sus formas no eran humanas en absoluto, pero extraordinariamente hermosas, brillantes e iridiscentes. Encontraba una extraña similitud entre aquellas dos criaturas e Yvonne y yo, pero no tenía idea de qué podían ser, ni a qué mundo pertenecían, ni a qué lapso de la eternidad, ni siquiera cómo era el ámbito donde estaba la laguna que las reflejaba.

El viejo Aurore de Neant escuchaba atentamente las deshilvanadas descripciones que le pintaba verbalmente.

—¡Fascinante! —musitaba—. Vislumbres de un futuro infinitamente distante captadas de un pasado remoto diez veces más infinito. Ésas cosas que describes no son terrenales; ello significa que en algún lugar, en algún momento en el tiempo, los hombres han de trascender realmente la prisión del espacio y visitar otros mundos.

Algún día...

—¿Y si esas imágenes no son más que pesadillas? —le dije.

—No son pesadillas —replicó—, pero, para lo que nos sirven a nosotros, como si lo fueran. —Yo veía que se esforzaba por calmarse—. Nuestro dinero aún no obra en nuestro poder. Debemos seguir probando, durante años, durante siglos, hasta que consigamos el grano de arena negra, porque la arena negra indica la existencia de mineral aurífero... —Calló—. Pero ¿qué estoy diciendo? —agregó con voz quejumbrosa.

Bien, continuamos probando. Interpoladas con las visiones disparatadas y absolutamente indescriptibles, percibía otras que eran casi racionales. El experimento se convirtió en un juego fascinante. Yo descuidaba mi trabajo —aunque eso no significaba una gran pérdida— para cazar sueños con el anciano profesor Aurore de Neant.

Me pasaba las veladas, las tardes y finalmente las mañanas también sumido en el sueño ligero y tranquilo del estado letárgico o contándole al anciano las cosas fantásticas que había soñado... o, como él decía, recordado. La realidad se volvió confusa para mí. Estaba viviendo en un disparatado mundo de fantasía y sólo los oscuros ojos, de trágica expresión, de Yvonne me devolvían al mundo luminoso de la cordura.

He mencionado las visiones casi racionales. Recuerdo una: una ciudad, pero ¡qué ciudad! Con edificios blancos y bellos, que parecían perderse en el firmamento, y sus habitantes tenían un aire severo con la sabiduría de los dioses; eran seres de rostro pálido y adorable, pero de expresión solemne, melancólica, triste. Estaba envuelta por el aura brillante y maligna que poseen todas las grandes ciudades, que tuvo su origen, supongo, en Babilonia y que perdurará hasta que esas grandes ciudades desaparezcan.

Pero había algo más, algo intangible. No sé exactamente cómo llamarlo, pero

quizá la palabra que más se adapte a su descripción sea decadencia. Mientras me encontraba al pie de una estructura colosal percibía el zumbido de una sorda maquinaria, pero a mí me parecía, sin embargo, que la ciudad estaba agonizando.

Quizás era el musgo verde que crecía en los muros de los edificios que miraban al norte. Tal vez era la hierba que crecía aquí y allá entre las grietas de las calzadas de mármol. O quizá se debía tan sólo a la expresión grave y triste de sus pálidos habitantes.

Había algo que le otorgaba el aspecto de una ciudad condenada a la extinción y de una raza agónica.

Algo extraño me sucedió cuando traté de describirle este recuerdo singular al viejo De Neant. Pasé por alto los detalles, por supuesto: esas visiones de las insondables profundidades de la eternidad se resistían curiosamente a ser encasilladas entre las rígidas estructuras de las palabras. Solían tornarse vagas, al eludir las redes del despertar de la memoria. Así, en esta descripción no pude recordar el nombre de la ciudad.

—Se llamaba —dije, dubitativamente— Termis o Termoplia o...

—¡Termópolis! —exclamó De Neant, impaciente—. ¡La ciudad del fin!

Le miré asombrado.

—¡Eso es! Pero ¿cómo lo sabía?

Durante el sueño letárgico, estaba seguro, nadie habla. Una rara y maliciosa expresión se reflejó en sus ojos claros.

—Lo sabía —murmuró—. Lo sabía.

No dijo nada más.

Pero pienso que volví a ver esa ciudad una vez más. Fue cuando yo caminaba por una llanura de un color parduzco, sin árboles, nada parecida a aquel frío desierto gris, pero aparentemente era una árida y desolada región de la Tierra. En el horizonte, hacia poniente, flotaba el tenue círculo de un enorme y frío sol rojizo. Siempre había estado allí —yo lo recordaba— y sabía a través de alguna otra parte de mi mente que el vasto freno de las mareas había por fin aminorado la rotación de la Tierra hasta quedar inmóvil, que el día y la noche habían dejado de sucederse en su mutua persecución alrededor del planeta.

El aire era penetrantemente glacial y mis compañeros y yo —éramos una media docena— nos movíamos en apretado grupo, como si nos transmitiéramos unos a otros el calor de nuestros cuerpos semidesnudos. Todos éramos unas criaturas descarnadas, de huesudas piernas y pechos absurdamente hundidos, con enormes y luminosos ojos, y la que estaba más cerca de mí era de nuevo una mujer, que tenía un vago parecido a Yvonne. Y yo tampoco era exactamente Jack Anders. Pero algún remoto fragmento de mi ser perduraba en aquel cerebro bárbaro.

Allende una colina rumoreaba el oleaje de un mar aceitoso. Avanzamos rodeando



el montículo y de pronto tuve la noción de que en el pasado infinito se había elevado una ciudad en aquella colina. Unos pocos bloques colosales de piedra yacían en ella y un solitario fragmento de pared en ruinas se alzaba fantasmal hasta una altura de cuatro o cinco veces la estatura de un hombre. El guía de nuestra miserable tribu señaló aquellos restos espectrales y luego habló con tono sombrío... Sus palabras no eran inglesas, pero entendí lo que decía.

—Los dioses —dijo—, los dioses que levantaron piedra sobre piedra están muertos y no nos castigarán, a nosotros, los que hollamos el lugar de su morada.

Supe lo que aquello significaba. Era un conjuro, un ritual, para protegernos de los espíritus que residían entre las ruinas..., las ruinas, creo, de una ciudad construida por nuestros propios antepasados miles de generaciones anteriores a la nuestra.

Después de pasar a lo largo del muro, volví la vista hacia algo movedizo y vi una cosa horrenda parecida a una alfombra de goma negra que se hundía tras la esquina de la pared. Me apretujé contra la mujer que tenía al lado y nos arrastramos hacia el mar de agua..., sí, agua, porque al cesar la rotación del planeta también había dejado de llover, y la vida toda se había congregado cerca de la orilla del mar inmortal y se había adaptado a beber aquel líquido amargo y salado.

No volví a mirar la colina que había sido Termópolis, la ciudad del fin. Pero sabía que algún probable fragmento de Jack Anders había sido... o será (¿qué diferencia puede haber, si el tiempo es un círculo?) testigo de una era cercana al día de la desaparición de la humanidad.

Fue a principios de diciembre cuando tuve el primer recuerdo de algo que podría haber sido una indicación del éxito. Se trató de un simple y muy dulce recuerdo: Yvonne y yo estábamos solos en un jardín que estaba seguro de que pertenecía a una de aquellas viejas casonas de Nueva Orleans, construida alrededor de un patio interior, al estilo del Viejo Continente.

Estábamos sentados en un banco de piedra bajo las adelfas y yo deslicé muy tiernamente un brazo alrededor de su cintura y le musité:

—¿Eres feliz, Yvonne?

Ella me miró con aquellos ojos de trágica expresión y sonrió, y luego me contestó:

—Tan feliz como no lo he sido nunca.

Y yo la besé.

Eso fue todo, pero tenía una gran importancia. Era sumamente importante porque con toda seguridad no se trataba de un recuerdo de mi propio pasado personal. Pues yo nunca había estado junto a Yvonne en un jardín, envueltos con la dulce fragancia de las adelfas, en la Ciudad Vieja de Nueva Orleans, y nunca la había besado hasta que nos encontramos en Nueva York.

Cuando le describí esta visión, Aurore de Neant se mostró alborozado.

—¿Ves? —exclamó—. Eso es una prueba. ¡Has recordado el futuro! No tu propio futuro, claro, sino el de ese otro Jack Anders espiritual, que murió trillones y cuatrillones de años ha.

—Pero eso no nos será de mucha ayuda, ¿verdad? —pregunté.

—¡Oh, ahora vendrá! Espera. Lo que esperamos vendrá.

Y así fue, al cabo de una semana. Éste recuerdo fue curiosamente brillante y claro, y familiar en todos sus detalles. Recuerdo el día. Fue el 8 de diciembre de 1929, y yo había estado caminando sin rumbo fijo toda la mañana en busca de alguna operación.

Preso de aquella fascinación a la que me referí, después de almorzar me dirigí al piso de De Neant. Yvonne nos dejó solos, como tenía por costumbre, y comenzamos.

Éste fue, como dije, un recuerdo —o un sueño— netamente perfilado. Yo estaba inclinado sobre mi escritorio en las oficinas de la compañía, aquellas oficinas que tan raramente visitaba. Uno de los otros corredores —Summers se llamaba— miraba por encima de mi hombro.

Estábamos abocados al pasatiempo habitual de echar un vistazo a las cifras del cierre del mercado de valores en el diario de la noche. La página impresa se destacaba con toda claridad, como si fuese real. Miré sin sorprenderme la fecha del periódico. Era jueves, 27 de abril de 1930: ¡casi cinco meses en el futuro!

Eso no quiere decir que yo me diese cuenta de ello durante la visión, por supuesto.

Para mí el día era el presente. Yo examinaba simplemente la columna de las operaciones del día. Cifras..., firmas conocidas. Teléfonos: 210  $\frac{3}{4}$ ; Aceros USA: 161; Paramount: 62  $\frac{1}{2}$ .

Apoyé el dedo en Aceros.

—Yo las compré a setenta y dos —le dije por encima del hombro a Summers—. Las vendí todas hoy. Todas las acciones que tenía. Quise desprenderme de ellas antes de que se produzca otra bancarrota.

—¡Qué suerte! —murmuró él—. ¡Haber comprado con la baja de diciembre y vender ahora! Ojalá hubiera tenido dinero para hacerlo. —Hizo una pausa—. ¿Qué piensas hacer? ¿Seguir en la compañía?

—No; tengo suficiente para vivir. Invertiré en bonos del gobierno y en acciones con garantía y viviré de la renta. Ya he jugado bastante.

—¡Eres un tipo de suerte! —dijo él de nuevo—. Yo también estoy harto de la bolsa.

¿Te quedas en Nueva York?

—Por un tiempo. Sólo hasta que haya invertido convenientemente el capital. Yvonne y yo nos iremos a Nueva Orleans durante el invierno. —Callé un instante—. Fueron días muy arduos para ella. Estoy contento de haber podido llegar donde

estamos ahora.

—¿Quién no lo estaría? —inquirió Summers, y luego repitió—: ¡Eres un tipo de suerte!

De Neant se excitó frenéticamente cuando le expliqué todo eso.

—¡Esto es! —exclamó—. ¡Compraremos! ¡Compraremos mañana! El veintisiete de abril venderemos y luego... ¡Nueva Orleans!

Lógicamente yo estaba casi tan entusiasmado como él.

—¡Santo cielo! —dije—. ¡Vale la pena correr el riesgo! ¡Lo haremos! —y en seguida me asaltó un pensamiento desesperanzador—. ¿Lo haremos? ¿Con qué? Apenas si tengo cien dólares en mi cuenta. Y usted...

El anciano lanzó un gruñido.

—Yo no tengo nada —declaró con súbito malhumor—. Sólo la pensión con que vivimos. No se puede contar con eso. —De nuevo un brillo de esperanza—. ¡Los bancos!

¡Pediremos un préstamo!

No pude contener la risa, aunque era una risa amarga.

—¿Qué banco nos prestaría dinero sobre la base de una historia como ésa? No se lo prestarían ni al mismo Rockefeller para invertir en un mercado tan deteriorado, por lo menos sin una garantía. Estamos hundidos, eso es todo.

Observé la expresión preocupada de sus ojos claros.

—¡Hundidos! —repitió él, con voz apagada. Luego en sus ojos brilló de nuevo aquel resplandor extraño—. ¡No estamos hundidos! —chilló—. ¿Cómo podemos estarlo? ¡Lo *hicimos*! ¡Recuerda que lo hicimos! ¡Debemos haber encontrado la manera!

Me quedé mirándole, sin poder pronunciar palabra. Súbitamente un absurdo y loco pensamiento cruzó por mi mente. Aquél otro Jack Anders, aquel espectro de cuatrillones de siglos pasados —o futuros— también debía estar mirando absorto, o había estado mirando absorto, o bien lo estaría..., a mí, el Jack Anders de este ciclo de la eternidad.

Debía estar expectante, tan ansioso como yo, intentando encontrar los medios.

Nos contemplábamos mutuamente..., sin saber ninguno de los dos cuál era la respuesta. ¡El ciego guiando al ciego! La ironía me hizo reír.

Pero el viejo De Neant no reía. La extraña expresión que siempre había visto en sus ojos apareció una vez más cuando repitió en voz baja:

—Debemos haber encontrado la manera porque *fue* hecho. Al menos tú e Yvonne encontrasteis la manera.

—Entonces debemos encontrarla todos —repuse ácidamente.

—Sí. ¡Oh, sí! Escúchame, Jack. Yo soy viejo, el viejo Aurore de Neant. Soy el anciano Aurora de la Nada y mi mente está flaqueando. ¡No sacudas la cabeza! —me

espetó—. No estoy loco. Soy simplemente un malcomprendido. Ninguno de vosotros me comprende.

»Mira, yo tengo la teoría de que los árboles, la hierba y las personas no crecen. Se hacen más altos empujando la Tierra hacia abajo; es por eso que se oye decir que la Tierra se vuelve más pequeña cada día. Pero tú no entiendes... Yvonne no entiende.

La joven debió de haber estado escuchando. Sin que yo me diese cuenta, ella había entrado en la sala; se acercó a su padre, deslizó sus brazos suavemente sobre los hombros del anciano, mientras me dirigía una mirada preñada de ansiedad.

## El fruto amargo

Tuve otra visión más, incongruente en cierto sentido, y no obstante vitalmente importante, en otro. Sucedió a la noche siguiente. Una temprana nevada de diciembre extendía su silencioso y blanco manto por la ciudad, y en el piso de los De Neant había corrientes de aire y hacía frío.

Vi que Yvonne se estremecía al saludarme y de nuevo al abandonar la sala.

Observé que el viejo De Neant la seguía hasta la puerta, rodeándola con sus delgados brazos, y volvía con expresión preocupada en los ojos.

—Ella nació en Nueva Orleans —murmuró—. Éste horrible clima ártico la destruirá. Debemos encontrar la solución en seguida.

La visión fue muy sombría. Yo estaba de pie en un cementerio frío, húmedo y cubierto de nieve... No había nadie más que yo, Yvonne y otra persona que estaba cerca de una fosa abierta. Detrás de nosotros se extendían varias hileras de cruces y lápidas blancas, pero en aquel rincón la tierra estaba cubierta de piedras, descuidada, sin consagrar. El sacerdote estaba diciendo:

—Y éstas son cosas que sólo Dios comprende.

Deslicé un brazo confortador en torno de Yvonne. Ella levantó sus negros y trágicos ojos y murmuró:

—Fue ayer, Jack..., sólo ayer... que me dijo: «El invierno que viene lo pasaremos en Nueva Orleans, Yvonne». ¡Sólo ayer!

Probé de esbozar una triste sonrisa, pero solamente pude contemplar apesadumbrado su rostro desolado, viendo deslizarse una lágrima por su mejilla derecha, que permaneció allí brillando un instante y luego seguida de otra cayó lánguidamente sobre la pechera negra de su vestido.

Eso fue todo, pero ¿cómo podía explicarle esa visión al anciano De Neant? Traté de evitarlo. Él insistió.

—No hubo ningún indicio de cuál puede ser el medio —le dije.

Todo fue inútil... Al fin tuve que contárselo todo. Él se quedó en silencio durante un minuto.

—Jack —dijo finalmente—, ¿sabes cuándo le dije eso sobre Nueva Orleans? Ésta mañana cuando contemplábamos caer la nieve. ¡Ésta mañana!

Yo no sabía qué hacer. De pronto toda aquella idea de recordar el futuro me pareció un desatino, una locura. En todos mis recuerdos no hubo ni una sola chispa de

algo que pudiese considerarse una verdadera prueba, auténtica, ni un solo detalle profético.

Así que no hice nada en absoluto, salvo contemplar en silencio cómo el viejo Aurore de Neant se paseaba por la estancia. Y cuando, dos horas más tarde, mientras Yvonne y yo estábamos charlando, él acabó de escribir una cierta carta y luego se disparó un tiro en el corazón... Bueno, eso tampoco demostró nada en absoluto.

Fue al día siguiente cuando Yvonne y yo, como único cortejo fúnebre, acompañamos al anciano Aurora de la Nada a su tumba de suicida. Yo estaba junto a ella y trataba de consolarla lo mejor que podía, y salí de mi oscuro ensimismamiento al oír sus palabras.

—Fue ayer, Jack..., sólo ayer... que me dijo: «El invierno que viene lo pasaremos en Nueva Orleans, Yvonne». ¡Sólo ayer!

Observé la lágrima que se deslizaba por su mejilla derecha, donde permaneció brillando un instante, para luego unirse a otra y caer sobre la pechera negra de su vestido.

Pero fue más tarde, durante la velada, cuando ocurrió la más irónica de todas las revelaciones. Yo estaba acusándome lúgubrementemente por mi debilidad al haber complacido al anciano De Neant accediendo a llevar a cabo aquel desatinado experimento que le había conducido, en cierta manera, a su muerte.

Como si Yvonne hubiera leído mis pensamientos, me dijo de pronto:

—Estaba muy abatido, Jack. Su mente se estaba alienando. Yo oía todas aquellas cosas extrañas que te decía en voz baja.

—¿Cómo?

—Yo escuchaba, claro, detrás de aquella puerta. Nunca le dejaba solo. Le oí musitar las cosas más disparatadas..., caras envueltas por una niebla roja, palabras acerca de un frío desierto gris, el nombre de Pyroniva, la palabra Termópolis. Se inclinaba sobre ti mientras permanecías con los ojos cerrados y murmuraba, murmuraba todo el tiempo.

¡Ironía de ironías! ¡Había sido la insana mente de De Neant la que me sugirió las visiones! ¡Me las había descrito mientras yo estaba sumido en aquel sueño letárgico!

Posteriormente encontramos la carta que había escrito y de nuevo me sentí hondamente conmovido. El anciano había estado manteniendo en vigencia algunos seguros. Sólo una semana antes había solicitado un préstamo sobre una de las pólizas con el fin de pagar las primas de ésta y de las otras. Pero la carta... Bien, ¡me había nombrado beneficiario de la mitad del monto! Y las instrucciones eran: «Tú, Jack Anders, tomarás tu dinero y el de Yvonne y llevarás a cabo el plan de acuerdo con mis deseos».

¡Qué locura! De Neant había encontrado la manera de proveer el dinero, pero... yo no podía arriesgar el dinero de Yvonne en el plan trazado por una mente

trastornada.

—¿Qué haremos? —le pregunté—. Por supuesto que el dinero es todo tuyo. No pienso tocarlo.

—¿Mío? —exclamó ella—. ¡Oh, no! Haremos lo que él deseaba. ¿Crees que no pienso respetar su última voluntad?

Pues bien, lo hicimos. Tomé aquellos miles de: dólares y los desparramé en aquel deteriorado mercado del mes de diciembre. Ustedes saben lo que sucedió, cómo durante la primavera los valores ascendieron hasta las nubes, como si quisieran alcanzar las alturas de 1929, cuando de hecho la depresión no hacía más que tomar un respiro.

Me moví en aquel mercado como un malabarista de circo. Percibía los beneficios y los reinvertía y, el 27 de abril, cuando nuestro dinero se habla multiplicado cincuenta veces, vendí todas las acciones y contemplé la recesión del mercado.

¿Coincidencia? Probablemente. Al fin y al cabo, Aurore de Neant razonaba con claridad la mayor parte del tiempo. Otros economistas habían previsto el alza de la primavera. Tal vez él también la previó. Quizá se ingenió todo aquel plan con el solo propósito de embarcarnos en aquel juego bursátil, lo cual nunca nos hubiéramos atrevido a hacer de no haber sido por ello. Y luego, cuando se dio cuenta de que no podríamos lograrlo por falta de dinero, recurrió al único medio a su alcance.

Tal vez. Ésa es la explicación racional, y no obstante... aquella visión de Termópolis en ruinas sigue atormentándome. Vuelvo a ver el frío desierto gris de los hongos flotantes. Con frecuencia pienso en la inmutable Ley de Probabilidades y en un espectral Jack Anders perdido en la eternidad.

Porque tal vez existe..., existió..., existirá. Pues de no ser así, ¿cómo explicar aquella última visión? ¿Qué se puede decir de las palabras de Yvonne junto a la tumba de su padre? ¿Pudo él haber tenido una premonición que le llevó a pronunciarlas en mi oído? Posiblemente. Pero entonces ¿cómo explicar aquellas dos lágrimas brillantes, mezclándose y cayendo de su mejilla?

*¿Cómo explicarlas?*

**FIN**

# **El buscador del mañana**

*Eric Frank Russell – Leslie Joseph Johnson*



No puede negarse la influencia que ejercieron las obras de H. G. Wells en los posteriores escritores de ciencia–ficción, y su *The time machine* (La máquina del tiempo) puede considerarse como la génesis directa de *El buscador del mañana*.

Los sesos que se esconden detrás de la narración, sin embargo, pertenecen a Leslie Joseph Johnson, que nació en el área de Seaforth de North Liverpool el lunes 8 de mayo de 1914. Descubrió las revistas de ciencia–ficción a la manera tradicional entre los británicos: en los «remanentes» que se vendían a muy bajo precio en la tienda de Woolworth. En «*Amazing Stories*» de marzo de 1931 descubrió una carta de John Russell Fearn a quien escribió y posteriormente visitó en la cercana Blackspool. Siendo ambos admiradores de Wells quisieron superar al maestro y escribieron su propia versión de *The time machine*, titulada *Amén*, y más tarde la rescribieron como *Through time's infinity* (A través de la infinidad del tiempo).

Con el relato no sucedió nada más por el momento. Fearn, claro está, prosiguió elaborando sus excelentes «variantes imaginativas» para Tremaine. Johnson, por su parte, se convirtió en la fuerza motora de la *British Interplanetary Society*, fundada en colaboración con Philip Cleator en octubre de 1933. Johnson, como secretario de la sociedad, realizó una ingente labor para promover sus actividades, y una carta escrita por él que se publicó en «*Amazing Stories*» atrajo la atención de un cierto viajante de comercio, llamado Eric Frank Russell. Éste entonces vivía en la cercana Bootle y a fines del verano de 1934 efectuó una visita a Johnson, que había de ser el principio de una fructífera amistad.

Russell era nueve años mayor que Johnson, habiendo nacido en Sandhurst, en Surrey, el viernes 6 de enero de 1905. Durante su relación con Johnson le mostró a éste una serie que había estado escribiendo para la publicación privada, «*The Ida and Victoria Magazine*», titulada *Interplanetary communication*. Johnson quedó favorablemente impresionado por Russell, como hombre y como escritor, y le instigó a abordar el género de ciencia–ficción. Johnson aportó la idea, y Russell escribió el relato *Eternal redifusión* (Retransmisión eterna). Sometido a la consideración de Tremaine, éste lo rechazó y Johnson tuvo que convencer a Russell de que no lo destruyera. Entonces se decidió a publicarlo en la propia revista de Johnson, «*Outlands*», en 1946, pero la publicación murió después del primer número, y una

vez más el relato no pudo ver la luz en letras de molde.

Sólo muy recientemente fue publicado, pero en ambos casos en publicaciones de circulación reducida: en Gran Bretaña, en «*Fantasy Booklet*», editada en forma particular por Philip Harbottle (1973); en U.S.A., en el número de otoño de 1973 de la resucitada «*Weird Tales*» de Sam Moskowitz. El primer relato que Russell vendió, sin embargo, fue *The saga of Pelican West*, una narración que delata la influencia de Stanley G. Weinbaum, que se publicó en «*Astounding Stories*» de febrero de 1937.

Por ese entonces, Johnson le había mostrado a Russell: *Through time's infinity*. Éste rescribió el relato bajo el título de *El buscador del mañana*, y lo presentó a Newnes, donde T. Stanhope Sprigg solicitaba material para la revista que él había propuesto. Aceptada en un principio, se la devolvieron cuando Newnes archivó temporalmente el proyecto. Al ser sometida luego a la consideración de Tremaine, fue aceptada y apareció en «*Astounding Stories*» del mes de julio de 1937, inspirando una cubierta que realizó Howard Browne, posteriormente elegida por votación como la cubierta más popular del año, y desde entonces se la ha proclamado como una excelente y memorable narración. No obstante, nunca ha sido reeditada.

Russell, por supuesto, se fue afianzando cada vez más. Antes de la guerra, escritor ambicioso como era en la búsqueda de temas originales, contó con la temprana y valiosa ayuda de Johnson, combinada con su propia interpretación del estilo narrativo de Weinbaum. Durante y después de la guerra, Russell elaboró su propio estilo y adquirió seguridad en sí mismo. Adoptó una manera de escribir muy «norteamericana», por cuyo motivo muchas veces los lectores creyeron que era norteamericano. Su serie *Jay Socorre* en «*Astounding Stories*» adquirió una popularidad excepcional, y a comienzos de la década de 1950 produjo joyas como: *Dear devil* (*Querido demonio*), *Legwork* (*Fraude*), *Diabologic* (*Diabólica*), y obtuvo el premio Hugo por su cuento corto *Allamagoosa*.

Johnson, por su parte, se dedicaba con más ardor a los amantes del género y a la *British Interplanetary Society* que a la narrativa, aunque su obra *Satellites of death* (*Los satélites de la muerte*), escrita sin colaboración, la adquirió Walter Gillings y apareció en el tercer número de «*Tales of Wonder*» en el verano de 1938.

Más tarde, Johnson aparece con su propia revista «*Outlands*», y resulta imposible olvidarse de Russell al referirse a las revistas de ciencia-ficción. Pero por el momento, he aquí la oportunidad de leer esa primera colaboración fructífera por la cual debemos agradecer por igual a H. G. Wells, Leslie J. Johnson, John Russell Fearn y, sobre todo, a Eric Frank Russell.

La ciudad venusiana de Kar resplandecía bajo un cuenco invertido de cielo azul.

Era un día perfecto para una demostración cívica como puede ser dar la bienvenida, en su retorno al hogar, a la primera expedición a la Tierra en muchos siglos. Los ciudadanos apreciaron la cooperación del tiempo; la Plaza Libertad estaba atestada de una muchedumbre multicolor y murmurante, que se arremolinaba en caleidoscópicas figuras. Algo zumbó en la bóveda del espacio; el caleidoscopio se volvió uniformemente rosado, cuando quinientos mil rostros se elevaron hacia el firmamento.

En lo alto de la estratosfera aparecieron un par de lápices metálicos, cuyos extremos posteriores vomitaban llamas de color carmesí. El rugido de los escapes cohéticos llegaba a oleadas, retumbando en los tímpanos de la multitud expectante. Los lápices aumentaban de tamaño; las llamas rojas se expandieron bajo su superficie al ponerse en funcionamiento los cohetes de freno con su máxima potencia. En un breve lapso los objetos habían tomado la forma de naves espaciales de alargadas y aerodinámicas líneas.

Con sorprendente velocidad aparecieron enormes a la vista, hundiéndose tras la poderosa mole del edificio de la universidad. Parecieron detenerse un instante, mientras las grandes troneras circulares de sus costados asomaban por encima de la cúpula como contemplando la multitud reunida en la plaza. Luego desaparecieron. Se escuchó un tremendo estallido retumbante seguido de un absoluto silencio que duró un instante. La gran cantidad de público recobró el habla, y estalló en un confuso parloteo, al tiempo que, de común acuerdo, se convertía en una corriente de individuos que se precipitaba por la avenida de la Universidad hacia el Aeropuerto Kar.

Las pistas de aterrizaje del Aeropuerto Kar ofrecían una escena de completa confusión. En un extremo estaban las naves espaciales rodeadas de la rugiente y alborotada multitud. El clamor de voces era mayor en el punto donde los abrumados Guardias de la Ciudad se habían apostado formando una cuña y se abrían paso desesperadamente a través de la barrera de ciudadanos.

El rumor de voces y gritos se elevó en un crescendo, cuando la muchedumbre se dio cuenta de que se abría la escotilla de proa de la nave espacial más cercana.

Firmemente, la puerta circular metálica giraba sobre sus goznes, penetrando más y más en las sombras. Un último giro y se hundió en el interior de la nave, al tiempo que la figura de un hombre se recortaba en la abertura.

La multitud bramó con el rostro enrojecido:

—¡Urnas Karin! ¡Urnas Karin!

Karin dio muestras de agradecer las aclamaciones y levantó la mano para imponer silencio. La mitad de la multitud siseó reclamando silencio y la otra mitad continuó vitoreando. Los primeros reprobaron a los bulliciosos, y éstos a su vez reaccionaron contra aquéllos. Alguien le dio un empujón a su vecino, y alguien más se sintió agredido por ello. Una mujer se desmayó, desplomándose al suelo, y un hombrecillo a diez metros de distancia recibió un golpe en el cráneo como represalia. En un abrir y cerrar de ojos, cincuenta individuos distintos recibieron cincuenta versiones diferentes de lo que consideraron como una actitud amenazadora. Un perro agazapado lanzó un aullido, al ser pisado por alguien, y desde el fondo de la multitud una aguda vocecita chilló:

—¡Woopsey! ¡Woopsey!

Inmediatamente, la muchedumbre estalló en una carcajada; la tensa situación se relajó y se impuso el silencio.

Karin saltó al suelo, seguido por veinte de sus compañeros de viaje. Allí cerca se alzaba una pequeña plataforma, de unas dos veces la altura de un hombre. Karin subió a ella y con su aguda mirada observó al público expectante. Un guardia uniformado colocó ante él una pequeña caja de ebonita montada en un trípode. Despidió al guardia con un gesto, se acercó a la caja y habló:

—Amigos míos —dijo su voz agradablemente amplificadas por el propalador que utilizaba—, vuestra maravillosa bienvenida es una recompensa en sí misma. ¡Personalmente os lo agradezco; y de parte de mis colegas os doy de nuevo las gracias! Ahora, estoy seguro de que todos estáis lógicamente ansiosos por saber si esta expedición ha efectuado algún descubrimiento sorprendente en nuestro Planeta Madre.

Hizo una pausa y sonrió, mientras la muchedumbre confirmaba con su criterio que estaba lógicamente ansiosa.

—Bien, me temo que nuestra historia es demasiado larga para narrarla con detalle. Baste que os diga que no encontramos rastro alguno de la civilización de los que fueron nuestros antepasados. Las grandes ciudades, las poderosas máquinas de que se servían en una época, se han convertido en polvo y han sido borradas completamente por el paso del Tiempo. En nuestra vieja Madre Tierra ha desaparecido el aire, el agua y la vida, completa y absolutamente. Pero hicimos un notable descubrimiento. —Vaciló durante un exasperante instante—. ¡Encontramos el cuerpo de un hombre prehistórico! Fue en verdad un descubrimiento asombroso. Allí, en un mundo tan viejo que toda señal artificial había sido borrada, donde la atmósfera se había disipado en el espacio y donde había cesado incluso la rotación axial, yacía el cuerpo de un hombre.

»El examen del cadáver demostró el hecho aparentemente imposible de que la vida le había abandonado apenas cincuenta horas antes. Afortunadamente, llevábamos con nosotros, como parte de nuestro equipo estándar de primeros auxilios, una cámara normalizadora. Colocamos el cadáver en su interior, le aplicamos calor, licuamos la sangre y hemos logrado traerle en tal estado que todo nos hace suponer que los expertos de nuestro Instituto de Medicina y Cirugía lograrán resucitarlo.

»El cuerpo de este hombre está en perfectas condiciones. La causa de su muerte fue, literalmente, la falta de aliento. Al parecer pertenece a un período situado varios miles de años antes de que nuestros antepasados partieran de la agonizante Tierra y se instalaran aquí, en Venus, un período tan lejano en el tiempo, :que nuestras películas de historia no hablan de él. ¡Imaginaos, su cabeza está cubierta de pelo y hasta tiene pelos en el pecho y las piernas!

»La habilidad de los científicos, en esta nuestra sumamente progresiva época, para revivir a los muertos en aquellos casos en que la muerte no se debe a la edad avanzada y no va acompañada de lesiones graves, es una maravilla harto conocida por todos como para que sea necesario que haga su apología. Posiblemente haya personas aquí presentes que no se encontrarían con nosotros si no fuese por los milagros realizados por nuestros hombres y mujeres más capaces.

Fue interrumpido por varios gritos de asentimiento.

—Considero que ésta es una excelente oportunidad para que el instituto retorne la vida a este hombre a fin de que él nos pueda contar su historia con sus propios labios.

Si mis esperanzas son justificadas, pretendo formular una petición oficial a Orca Sanla, presidente de la comisión de estéreo–visión, a los efectos de que este solitario habitante de un planeta muerto tantos siglos ha pueda presentarse ante la pantalla de la Estación Estéreo Kar con el fin de dar a nuestro mundo una explicación respecto de unas circunstancias que, para ser completamente sincero con vosotros, consideramos totalmente inexplicables.

Karin se volvió y señaló a un individuo corpulento que estaba en la primera fila del grupo de acompañantes.

—En cualquier caso, esta noche podréis solazaros con un buen entretenimiento.

Olaf Morga, con la colaboración de su hermano Reka, que se encuentra en la nave hermana, ha realizado un completo informe gráfico de nuestra empresa desde el momento que partimos de Kar hasta el instante que abandonamos la Tierra. El informe se enviará a la Estación E. K. y será transmitido esta tarde a partir de la puesta del sol.

Karin empezó a descender de la plataforma, cuando estallaba una tormenta de vítores. Una mujer desde el centro de la multitud gritó:

—¡El cinturón!

El grito fue coreado por miles de voces; antes de que Karin pusiera el pie en el primer escalón todo el gentío estaba clamando:

—¡El cinturón! ¡Queremos el cinturón!

Morga y Karin intercambiaron una sonrisa. El último regresó al centro de la plataforma al tiempo que, con toda lentitud y deliberación, se desabrochaba el flexible cinturón metálico que le rodeaba la cintura. Lo levantó sosteniéndolo por un extremo, mientras la muchedumbre brincaba presa de excitación.

De pronto, Karin lo hizo girar por encima de su cabeza y lo lanzó por los aires. El cinturón serpenteó hacia donde la gente estaba más apiñada. Medio centenar de hombres saltaron para cogerlo cuando caía. Luego desapareció bajo una masa de seres humanos que se peleaban locamente por el preciado trofeo.

Aprovechando rápidamente la distracción, los guardias de la ciudad abrieron camino entre el gentío desde las naves espaciales hasta la torre de control. Karin y su tripulación, junto con la de la nave hermana, se apresuraron a recorrer aquel pasillo y penetraron en la torre. El enjambre de gente abandonó el aeropuerto, volcándose en un colorido torrente hacia la avenida de la Universidad, y las aceras móviles que se deslizaban hacia los suburbios tuvieron que soportar una carga de prueba.

Las sombras del anochecer cayeron sobre Venus. El resplandor de las estrellas de un firmamento sin luna penetraba el espeso velo de la atmósfera sólo en grado suficiente para arrancar leves destellos de la brillante superficie acerada de las dos naves viajeras del espacio interplanetario. Una al lado de la otra, en un campo cubierto de basura, las aeronaves cohete dormían.

Dos meses más tarde, Bem Hedan, el hombre que había cogido la hebilla del cinturón, manipulaba los controles de su aparato estéreo y lanzaba juramentos. La flamante pantalla pan-selenita ofrecía, en colores naturales y efecto estereoscópico, la etapa final de transformación de una muestra de vida primaria venusiana. Un locutor que no aparecía en la pantalla revelaba el hecho de que los fieles admiradores de Sanla consideraban una fúnebre melodía interpretada con un oboe asmático como un acompañamiento adecuado para las acrobacias de un pez de cara batracóidea de tres meses.

—¡Por la muerte de Terra! —exclamó Hedan, usando el más espantoso juramento que su imaginación pudo concebir en aquel momento—. Pago cincuenta y cinco yogs al contado y doce más cada pleamar para poder tener el aparato. Pago facturas exorbitantes por la energía que consume; tengo que abonar dieciocho yogs anuales por el derecho de usar lo que he comprado... o que aún no he terminado de comprar...

Gesticulaba sin referirse a nada en particular y hablaba en voz alta. Le encantaba charlar consigo mismo. Le gustaba sacar conclusiones que tuvieran sentido común.

—¿Y qué obtengo a cambio de esos gastos escandalosos? ¿Qué obtenemos, digo?

Demostraciones gráficas de los hábitos domésticos de los babuinos venusianos de posaderas coloradas acompañadas por el ruido quejumbroso de unas cuerdas de tripa.

O las aventuras amorosas de un gusano de las profundidades marinas que hace la corte a la sinfonía para diez armónicas de algún fulano. ¡Bah!

Hizo girar salvajemente la llave de coordinación que sobresalía de la parte anterior del aparato estéreo. La pantalla se oscureció para aclararse acto seguido y mostrar una nueva escena. Era una vista interior de la Cámara de Debates en la ciudad de Nuevalondres. Dos hombres estaban sentados en sendas butacas de una plataforma semicircular, frente a un gran paraninfo repleto de gente desde la platea hasta la última fila cercana al techo. Un tercer individuo estaba de pie en el estrado ante una pantalla de estéreo. Bem Hedan observó que un espejo suspendido al fondo de aquella plataforma era el causante del extraño efecto de reflejar la pantalla de transmisión en su propia pantalla, ofreciéndole una doble imagen de las tres personas del escenario.

El locutor de estéreo estaba diciendo:

—Ésta tarde han oído y presenciado un debate sumamente interesante y extraordinariamente instructivo acerca de otra Gran Migración. Todos ustedes

conocen las razones por las cuales la raza humana se vio obligada a valerse de sus descubrimientos de los medios de viajar a través del espacio cósmico para emprender una expedición masiva hasta nuestra actual residencia: Venus. Los síntomas de senil decadencia planetaria, tales como pérdida de la atmósfera, pérdida de las velocidades de rotación axial, se tornaron tan alarmantes que finalmente se hizo evidente que las características de la Tierra se estaban alterando a un ritmo tan rápido, que la humanidad no podría adaptarse al cambio. Los días de la Tierra estaban contados, por lo menos desde el punto de vista de los seres humanos. Venus ofrecía un hábitat satisfactorio para nuestros antecesores, para nosotros mismos y para los hijos de nuestros hijos, y los medios para llegar a Venus estaban disponibles.

»La cuestión que se ha tratado esta noche ha sido, resumida en breves palabras:

“¿Se repetirá la historia?” Con el correr del tiempo, en algún momento del futuro distante nuestro planeta correrá la misma suerte que la Tierra. Aunque no nos guste reconocerlo, es un hecho, un hecho absolutamente natural e inevitable. ¿Perecerán los venusianos juntamente con su planeta, o bien se llevará a cabo otra Gran Migración?

Señaló con la mano al hombre sentado a su derecha.

—El pesimista piensa que estamos condenados por las razones que nos ha expuesto, la más incuestionable de ellas es el que el próximo salto en el espacio deberá hacerse hacia el planeta Mercurio... y Mercurio es desde todo punto de vista inhabitable para los seres humanos. —Hizo un ademán hacia el otro lado—. El optimista cree que la humanidad jamás desaparecerá de la creación, debido fundamentalmente a nuestros permanentes avances científicos que, según ha manifestado, nos permitirán perfeccionar la tecnología de la navegación espacial hasta tal punto que tendremos la oportunidad de poder elegir entre una docena de mundos antes de que las condiciones en el nuestro se hayan vuelto del todo intolerables.

“Y así concluye el debate entre Leet Horis de Kar y Reca Morga de la Sociedad Polemista de Nuevalondres”.

Permaneció mirando fijamente la pantalla de transmisión mientras un aplauso cerrado atronaba en el auditorio.

—Ahora llegamos al evento que todo Venus ha estado esperando con la más aguda impaciencia. Desde que, dos meses atrás, el Instituto Kar resucitó con éxito al hombre prehistórico, el mundo entero ha estado ansioso por oír su historia. Se han hecho algunos comentarios con respecto a esta demora de dos meses, la cual, debo aclarar ahora, se debió al hecho de que la resucitación de ese hombre no fue suficiente, en sí misma, como para justificar su inmediata aparición. Necesitó un período de convalecencia, durante el cual ha aprendido a hablar nuestra lengua. Como verán, la habla con bastante corrección; ello se debe a que su propio idioma resulta ser la raíz del nuestro.



Bern Hedan ajustó la llave de brillo de su aparato, haciendo que el escenario se destacase con más nitidez. Colocó una butaca ante el estéreo, se sentó en ella y puso en marcha el masajeador de cabeza automático. Sosegado por la comodidad que le brindaban los almohadones y las suaves fricciones y el cosquilleo del masajeador, se dispuso a escuchar con ánimo condescendiente.

Los dos participantes en el debate abandonaron el estrado. El locutor se dirigió al fondo, abrió una puerta y, con aire teatral, hizo entrar al hombre prehistórico. Éste se detuvo ante la pantalla y observó a doce mil venusianos. Dos mil millones de venusianos le observaron a él.

Los venusianos se sintieron ligeramente decepcionados. El objeto de su atención no tenía aspecto de haber vivido en los árboles, alimentándose de nueces. Su cabeza estaba cubierta de una desagradable cabellera, pero por lo demás parecía completamente normal. Tendría un metro ochenta de estatura; sus ojos eran oscuros, vivaces, y su rostro tenía una expresión inteligente aun de acuerdo con el criterio crítico de los venusianos. Un *silvoid karossa* tejido colgaba de sus hombros; el inevitable cinturón venusiano le ceñía la cintura. Parecía muy tranquilo; era evidente que no aprobaba la actitud del público que otorgaba a su personalidad un valor meramente arcaico.

—Es un privilegio para mí —dijo el locutor— presentarles a Glyn Weston, el hombre del año dos mil siete: fecha que corresponde aproximadamente a setenta mil años antes de la Gran Migración, alrededor de ciento cincuenta mil años a contar de nuestros días.

Murmullos de sorpresa se elevaron de las apretadas filas de asientos.

—Glyn Weston ha contado su historia a la junta universitaria de Kar; la suya constituye una valiosa aportación a las páginas de la historia antigua. Ahora le solicitaré que repita su relato, y considero que una vez hayan escuchado lo que tiene que decirnos, estarán de acuerdo en que su voz del pasado nos ha contado la más sorprendente historia que jamás se haya transmitido por estéreo. ¡He aquí con nosotros a Glyn Weston!

—Amigos míos —comenzó diciendo Weston, hablando con una voz agradablemente modulada—, hay una cosa que debo decir antes de narrar mi historia.

El don más grande que Dios ha otorgado al hombre es la vida. Yo no puedo decir que vosotros me habéis dado la vida, pero a los admirables descubrimientos de vuestra maravillosa civilización debo la devolución de lo que me había sido quitado: *¡la vida!* La pobre y deficiente capacidad de expresión verbal es completamente inadecuada para manifestaros la gratitud que siento. Deseo que cada uno de vosotras sepa cuán profundamente aprecio lo que la ciencia venusiana ha hecho por mí.

(Un estallido de aplausos sacudió el auditorio. El público llegó a la conclusión de que escucharía a un hombre y no a un salvaje).

—Tal como se os ha informado, mi nombre es Glyn Weston. Mi edad, yo no la conozco; la razón surgirá más adelante de mi propio relato. En lo que podría llamar mi época, si es que alguna época en particular puede recibir esa denominación, yo era físico.

»Mis investigaciones se iniciaron a la edad de veintiocho años, cuando tuve la suerte de heredar una fuerte suma de dinero. En ese entonces era ayudante del famoso profesor Vanderveen, astrofísico del Observatorio de Glasgow. Durante muchos años mi pasión había sido el estudio de la obra de McAndrew, popularmente llamado “El hombre del rayo de la muerte”.

»McAndrew era un científico de la década precedente. La labor que llevó a cabo durante toda su vida había superado la de ciertos matemáticos y físicos del siglo xx, en particular la de Einstein, Graham, Forest y Schweil. Era el más autorizado exponente, en el nivel mundial, del concepto espacio-tiempo y, al igual que muchos otros genios, murió desacreditado por sus contemporáneos porque había asegurado que se descubriría el medio de viajar en el tiempo, a través del tiempo hacia el futuro.

»Schweil, con quien McAndrew había colaborado, demostró que el tiempo no era un concepto independiente sino un aspecto del movimiento. El movimiento no podía existir sin el tiempo... ni el tiempo sin el movimiento.

»Esto puede parecer más bien oscuro para alguno de vosotros, pero en rigor es muy simple. Tratad de imaginaros el tiempo sin movimiento; considerad los medios por los cuales tenéis noción del tiempo. Ambos conceptos no pueden separarse, pues son meramente aspectos distintos de la misma cosa, McAndrew dedicó toda su vida a descubrir la verdadera relación entre estos dos aspectos y, por así decirlo, definir la “diferencia”.

»Su labor fue coronada por el éxito dos años antes de su muerte. Trabajando sobre la teoría de que la velocidad del movimiento y el ritmo del tiempo mantenían invariablemente un paralelo constante, produjo un rayo con el que logró hacer desaparecer un número de objetos. Según manifestaba, ese rayo aceleraba la velocidad del movimiento electrónico, haciendo que los átomos experimentaran el tiempo a un ritmo, más rápido y proyectando, así, los objetos hacia el futuro. Por supuesto, se burlaron de él.

»Su descubrimiento se describió con los términos más absurdos, tales como “el desintegrador automático” y “el rayo de la muerte”. McAndrew dejó todos sus apuntes en la caja fuerte del único científico que creyó en él. Ése hombre de ciencia era Vanderveen, mi superior.

»Vanderveen estaba cerca de los sesenta años cuando recogió la antorcha que empuñara el caído McAndrew. Durante mi relación con él me alentó de manera constante, casi paternalmente. Al recibir yo mi herencia, le dije que deseaba utilizarla para proseguir las investigaciones donde McAndrew había llegado.

»—Weston —me contestó, poniendo una mano sobre mi hombro— he rogado para que ésa fuera tu ambición. McAndrew tuvo en mí un perro demasiado viejo para aprender trucos nuevos. Pero tú..., tú eres joven.

»Así la semilla fue sembrada. Pero Vanderveen no vivió lo suficiente como para asistir a la cosecha. Veintidós años más tarde me convertí en el sujeto humano de un experimento de viaje en el tiempo. Había instalado mi laboratorio en los bosques del Peak District de Derbyshire, en Inglaterra, donde los trabajos podían llevarse a cabo con el mínimo de interferencias. Desde ese laboratorio despaché hacia lo desconocido, presumiblemente hacia el futuro, una multitud de objetos, incluyendo varios seres vivos como ratas, ratones, palomas y aves domésticas. En ningún caso logré traerlos de vuelta una vez les hice desaparecer. En cuanto desaparecía, el sujeto se desvanecía para siempre. No había manera posible de saber exactamente dónde había ido. Lo único que podía hacer era correr el riesgo y partir yo mismo.

»Con este propósito proyecté una cabina hermética para viajar en el tiempo y la hice fabricar de inmediato. La cabina tenía espacio para contener el superperfeccionado proyector de rayos Schweil–McAndrew, a mí mismo y una cantidad de material que consideraba imprescindible llevar conmigo. El equipo proyector fue construido de tal manera que la cabina íntegra, con todo su contenido, desaparecería inmediatamente en cuanto funcionara el rayo. Sabía, por supuesto, que si aquella cabina había de transportarme realmente al futuro era imperativo que tuviera en cuenta las posibles alteraciones de los desniveles del terreno durante el espacio de tiempo que cubriría.

Hubiese sido una locura realizar el experimento en un punto donde el terreno pudiera elevarse, dejándome enterrado a varios metros bajo la superficie de la Tierra.

De manera que arrendé un campo en una colina situada a unos quince kilómetros al noroeste de Bakewell, un lugar muy solitario; y aparejé las vigas del techo con un paracaídas de mi invención, con el fin de prevenir la posibilidad contraria.

»El catorce de abril de mil novecientos noventa y ocho, todo estaba preparado para la gran prueba. Con respecto a mi situación financiera, tomé los recaudos necesarios con miras al futuro, contemplando todas las contingencias posibles. La cabina de viaje en el tiempo, pródigamente provista de ventanas y con el aspecto de una gran cabina telefónica, esperaba en medio del campo del granjero Wright. Mientras me dirigía hacia él, sin saber qué me tenía reservado el Hado, pensé cuán fuera de lugar parecía aquel objeto en medio de los surcos. Sin la más leve vacilación, abrí la puerta, penetré en su interior y volví a cerrar con llave, puse en marcha el aparato purificador de aire, eché una última mirada a la Tierra, lozana con el aura de la primavera, y cerré el conmutador del proyector.

»La sensación al encontrarme bajo la influencia de los rayos fue desagradable en extremo. Mi mente pareció quedar vacía de todo pensamiento, reteniendo tan sólo alternativas impresiones de aspereza y suavidad, viscosidad y lustre, de todas las cosas del mundo como si la naturaleza de mi cerebro oscilara entre la pseudofibrosidad de la melcocha batida y una satisfactoria blandura como la de una bola de masilla recién amasada. Un velo de niebla cayó, separándome del mundo que mis ojos se esforzaban por contemplar. La niebla era elusiva, intangible. Cierta falla óptica pasajera frustró todos mis esfuerzos por comprobar si aquella niebla velaba las ventanas de la cabina o cubría los globos de mis ojos.

»Me asaltó un súbito pánico, y apreté hacia abajo la manija del conmutador a la que mi mano aún estaba aferrada. Una sensación de inmensa tensión recorrió mi cuerpo de pies a cabeza; en mis vasos sanguíneos había una efervescencia como si su contenido hubiera sido substituido por agua de seltz. La niebla fugitiva fue aventada como el velo de gasa de una danzarina oriental. Yo me sentía tan enfermo como un perro.

»Hice girar la llave de la puerta. Salí al exterior y miré a mi alrededor. Todo parecía exactamente igual a como lo había dejado. El campo aún estaba arado; unos pocos árboles y arbustos ofrecían muestras de la proximidad de la primavera; el cielo todavía estaba nublado, y el aire era tan estimulante como antes. Mi experimento había fracasado.

»Yo era un hombre desgraciado que se dirigía por los solitarios senderos hacia su laboratorio. Recuerdo que los pájaros cantaban, pero yo no los oía, en aquel momento; las flores tempranas agregaban su belleza a la fealdad de mi mundo y yo no las veía en aquel instante.

»Maldiciendo mentalmente mi falta de previsión al no haber dejado estacionado mi automóvil en el campo arrendado, doblé el recodo del camino y comencé a subir por la colina que separaba el campo del laboratorio. Un granjero salió de una senda a mi izquierda y siguió caminando detrás de mí. Aceleró el paso y, al llegar a mi altura, me preguntó la hora. Era un viejo locuaz y, según supuse, su pregunta era meramente una excusa para entrar en conversación. Sin embargo, tiré de mi cadena de oro y eché una ojeada al reloj de poco precio que colgaba de su extremo.

»—Lo siento —le dije—, mi reloj se ha parado.

»—El mío también —repuso él—. Tendré que averiguarla por la radio cuando llegue a casa. —Prendió un cigarrillo y siguió ascendiendo por la colina en silencio

durante un rato—. ¿Qué opina usted del vuelo del gran cohete? —me preguntó de pronto.

»Me quedé sin saber qué decir, y tuve que hacer un verdadero esfuerzo mental antes de responder. Sea como fuere, logré recordar el sensacional vuelo de Robert Clair a través del Canal de la Mancha. Había sido considerado el primer experimento con un cohete tripulado llevado a cabo con éxito. La ciencia de los cohetes sólo despertaba el interés de muy pocas personas; resultaba extraño que aquel hombre aún delatara tanta curiosidad por un hecho que había ocurrido un mes antes. Por educación debía darle una respuesta.

»—Simplemente un paso más en la inevitable marcha del progreso —contesté.

»—¿Usted cree que conseguirán llegar a la Luna?

»—Quién sabe —repuse evasivamente.

»—Bueno, ya se habla de ello, ya se habla de ello —insistió—. Estuve leyendo en el diario hace sólo unos días que un profesor había calculado cuánto se tardaría en llegar a Venus, cómo debería construirse un cohete que reuniera todas las condiciones y cuánto costaría. Siempre pensé que Venus era una mujer desnuda y no un planeta.

Eso demuestra cuánto ha avanzado el conocimiento desde mis días mozos.

»—¡Ah! Fatalmente todos debemos considerarnos ignorantes de acuerdo con todos los adelantos recientes —dije tratando de conformarle.

»—¿A dónde llegará el mundo? —inquirió, echando furiosas bocanadas de humo—. Primero las máquinas de vapor, luego los automóviles, los aviones y esos heli... como se llamen, que parecen molinos de viento y no tienen alas, los aviones estratosféricos... ¡Y ahora los cohetes! Recuerdo que cuando era chico los diarios se enloquecieron porque Ginger Leacock circun..., circun... dio la vuelta al mundo sin parar, en uno de esos viejos y estrafalarios aviones estratosféricos. Desde entonces han logrado dar seis vueltas ¡y aún no están satisfechos! Por eso ahora han empezado a fastidiar con los cohetes.

»Primero un loco sobrevoló una casa Y se rompió el cuello. Le llamaron 'un mártir de la ciencia'. Luego otro idiota que quiere convertirse en mártir vuela con un cohete a través del Canal y se fractura las dos piernas. Para no ser menos, otro imbecil parte de Dublín y se estrella contra un rascacielos de Nueva York, haciéndose papilla...

»—¡Basta! —le interrumpí—. ¿De qué diablos está usted hablando?

»—De cohetes —respondió, sobresaltado—. Y ahora que pueden ir de aquí a Nueva Zelanda en veinticuatro horas, con escalas, o en dieciocho sin parar, lo que yo digo es...

»—¿Quiere hacer el favor de escucharme? —le grité, cogiéndole por los hombros—. En nombre del Cielo, ¿de qué está usted hablando?

»—¡No se ofenda, señor, no se ofenda! —exclamó con nerviosidad, tratando de

liberarse—. ¡No quise ofender, de veras!

»—Por supuesto que no quiso ofenderme —vociferé. Luego, dándome cuenta de que mi comportamiento le ponía nervioso, me calmé bajando el tono de mi voz—. Le ruego que me perdone. Éste tema sobre el que está hablando me interesa muchísimo y, por ciertas razones, que no vienen al caso, no me he enterado de las últimas novedades sobre la materia. Mi estúpida excitación se debió a que usted habló de un vuelo cohético a Nueva York. ¿Puede decirme cuándo se realizó?

»—¡Déjeme pensarlo! —Aparentemente tranquilizado, se detuvo y contempló el firmamento mientras hacía memoria—. Me parece que fue a fines del verano del año dos mil cuatro.

»—¿Qué año dice?

»—Dos mil cuatro —repitió.

»—¿Y cuándo se efectuó ese gran vuelo cohético al que se refirió al principio? —le pregunté, haciendo un tremendo esfuerzo para dominarme.

»—Ayer.

»—Le extrañará que le haya hecho esa pregunta —le expliqué—, pero no vaya a creer que me ocurre nada grave. Soy un poco desmemoriado. Ahora dígame: ¿qué día era ayer?

»El hombre me miró compasivamente, extrajo un diario doblado de su bolsillo izquierdo, lo abrió con gesto decidido y me lo entregó. Un gran titular ocupaba la parte superior de la primera página. Decía:

### NUEVA MARCA COHÉTICA.

Debajo se leía:

#### A N.Z. EN DIECIOCHO HORAS. – LAMPSON SE ESTRELLA EN LA BAHÍA HAWKES.

A pesar de lo sensacional de la noticia, no le dediqué mucha atención. Mis ojos recorrieron ávidamente el encabezamiento del diario. Allí estaba claramente impreso sin dejar lugar a dudas: “Daily Óbice – 22 de mayo de 2007”.

»Antes de que el sorprendido granjero tuviese tiempo de moverse le abracé y le di un beso. Tiré el diario al aire y le encajé un poderoso puntapié antes de que llegara al suelo. Lancé un aullido con toda la fuerza de mis pulmones y me puse a bailar un fandango en medio del camino. Se me cayó el sombrero y rodó por el polvo hasta detenerse en un charco; mi reloj saltó de mi bolsillo y me acompañó en la danza colgado del extremo de la cadena. ¡Mi experimento de viajar a través del tiempo había tenido éxito! Durante cinco minutos no fui dueño de mis actos, con la mirada extraviada, mientras mi accidental compañero, olvidándose de la dignidad de su edad y del reumatismo, subió la colina al galope como un venado perseguido y desapareció tras la cresta.

»La notable hazaña de haber realizado un breve viaje a través del tiempo tuvo en mí un efecto completamente distinto del que hubiera profetizado unos años antes. No corrí, embriagado por el triunfo, a anunciar la noticia ante un mundo asombrado. Por el contrario, me volví tan desconfiado y reservado como un aldeano. Mis ansias de fama y de respeto de parte del mundo de la ciencia se esfumaron, siendo reemplazadas por una curiosidad insaciable que cada día no era más que un mero periodo de especulación acerca del mañana. El futuro me dominaba como una droga maligna.

»Anteriormente había sido reservado porque estaba decidido a no permitir que mi trabajo cayera en manos extrañas. Ahora, el motivo residía en el temor de verme privado de los medios para satisfacer mi deseo de explorar el futuro tan a fondo como me fuese posible.

»Desde todo punto de vista me parecía conveniente emprender mi próxima aventura de inmediato. Mi fortuna personal no debía ser motivo de preocupación por el momento; mi dinero estaba bien invertido..., pero no lo suficientemente seguro como para soportar los ataques del tiempo. Llegué a la conclusión de que podía darme el lujo de ignorar la suerte que podían correr ciertas pertenencias terrenales; era improbable que pudiese reclamarlas en un distante futuro.

»En la tranquila atmósfera del laboratorio cubierto de polvo, recapacité. La cabina para viajar en el tiempo debía ser sacada de aquel lugar cuanto antes. Sólo el Cielo sabía qué extraña historia debía de haber contado mi accidental compañero al llegar a su hogar, qué ojos curiosos y entrometidos dedos estarían examinándola en el campo de Wright. Por cierto que no sabía si todavía pertenecía al granjero Wright. El propietario, quienquiera que fuese, podría desalojar arbitrariamente al intruso que invadiese sus predios. El próximo paso debía darlo aquella misma noche.

»Una hora después de la puesta del sol penetraba en la cabina para viajar en el tiempo y cerraba la puerta, disponiéndome a emprender mi segunda aventura. Tenía el estómago vacío; en el laboratorio no había comida y hacía varias horas que nada había entrado en mi boca. Me conformé con un cigarrillo que tenía nueve años... ¡Y aún se conservaba en perfecto estado! Leves franjas de luz todavía teñían el cielo hacia el lado de Staffordshire; la Luna en cuarto creciente estaba suspendida sobre el horizonte y las estrellas parpadeaban con toda nitidez. El cigarrillo me ofreció su última bocanada de fragante humo. Aplasté la colilla con el pie y exclamé: “¡Hasta nunca, año dos mil siete!”.



»Con la mano en el conmutador, vacilé un instante. La última vez, el conmutador había estado cerrado de seis a diez segundos, según mi cálculo más aproximado, y había salvado un lapso de nueve años. La distancia recorrida ¿estaba en relación directa con el tiempo que el conmutador permanecía cerrado? ¿Caería muerto cuando el rayo me llevase al día que la Naturaleza había fijado como el día de mi muerte, o bien, tanto si parecía lógico como si no lo parecía, era posible que uno viajara más allá del día de su propia muerte? Sólo el silencio respondió a mis mudas preguntas. No podía hacer nada más que comprobarlo. La única alternativa era el éxito o el suicidio.

Conecté el conmutador con exagerada decisión. ¡El dado estaba lanzado!

»No os cansaré con otra descripción del malestar provocado por lo que he denominado la náusea del tiempo. Los rayos actuaron durante un lapso diez veces más largo que en la última ocasión: alrededor de un minuto. Luego desconecté el conmutador; mi organismo fue sometido a una poderosa aunque momentánea tensión y... había llegado. La llave giró en la cerradura; la puerta se abrió hacia el interior. Con la mirada fija en las distantes colinas, salí al exterior. Mis pies tropezaron con algo y caí de bruces. Al ponerme en pie, descubrí que la cabina estaba hundida en el suelo unos quince centímetros; había tropezado con el montículo de tierra que se alzaba ante la puerta. Por suerte no había proyectado la cabina con una puerta que se abriese hacia el exterior, en cuyo caso hubiera quedado prisionero en ella.

»Al mirar a mi alrededor, la primera cosa que noté fue que el campo no estaba cultivado. Unos cuantos árboles y arbustos de miserable aspecto extendían los últimos harapos de follaje oscuro. El cielo era gris, estaba cubierto y poseía un aire amenazador; llegué a la conclusión de que debía de ser fines de otoño o comienzos del invierno. Mientras cruzaba el campo en dirección al camino, vi que no había ni un alma por los alrededores.

»Al llegar a un muro de piedra, de poco más de un metro de altura, me trepé a él y observé el distante horizonte y el terreno que se extendía a mis pies. No había señal alguna de vida o de vivienda humana. Mis ojos, que recorrían ansiosamente los accidentes del terreno, percibieron una extraña forma a una cierta distancia, a unos seis o siete kilómetros. Saqué mis gafas, limpié cuidadosamente los cristales y me las puse. El objeto era una enorme semiesfera de un gris parduzco.

»El edificio, si eso era, se alzaba en la cima de un mojón como una verruga en la nariz de la Tierra. Estaba situado en dirección opuesta al lugar donde estaba, o donde había estado, mi laboratorio. Me sentía desfallecer de hambre; mi estómago sugería que aquello, la única cosa artificial del paisaje, prometía ofrecer una succulenta comida.

Abandoné el muro de un salto y comencé a caminar en dirección al mojón distante.

»Conservando un paso rápido durante la mayor parte de una hora, llegué a unos centenares de metros del objeto que resultó ser una giba, enorme y lisa, de cemento de unos trescientos metros de diámetro por ciento cincuenta de altura. Parecía haber un enorme agujero en la parte superior. No tuve oportunidad de pararme a examinarla con detenimiento antes de acercarme más; vacilé un momento y una voz se materializó surgiendo de la nada detrás de mí. Tenía un acento curiosamente cerrado, parecido al de los escoceses, seco y escueto. Dijo:

»—¡No se mueva!

»Me giré. Ante mí había un hombre vestido con unas ropas de un color pardo oscuro, mezcla de un mono de ingeniero y de un uniforme de soldado. Un casco, nada más que un absurdo casquete metálico, coronaba su cabeza; sus manos sostenían un objeto que sólo se parecía muy remotamente a un rifle, con el que me apuntaba. Su atuendo carecía completamente de ornamentos; por su aspecto, igual podría haber sido un soldado de infantería que un plomero.

»—¿De dónde sale usted? —exclamé.

»—De debajo de una col —contestó, con una amplia sonrisa—. ¿Y usted?

»—Del año dos mil siete.

»—¡No me diga! Luego el pasado se vuelve contra nosotros.

»Una nota sarcástica alteró su voz, pero parecía un muchacho inteligente.

»—Debe usted creerme —argüí—. Es una larga historia la mía, pero cuando la haya escuchado la encontrará...

»—¡Muy convincente! —me interrumpió—. Si es usted mejor embustero que la mayoría de nosotros, debe ser usted muy bueno. Ahora, en marcha. Una vez dentro, podrá explicarnos cómo salvó el mundo en el año dos mil treinta.

»—¡En el año dos mil treinta! ¿Dijo usted el año dos mil treinta?

»Traté de cogerle del brazo. Él apoyó el cañón de su arma contra mi cintura.

»—Claro que dije el año dos mil treinta. Será mejor que mueva los pies con más ligereza que la lengua. Y, si aún tiene intención de continuar el juego, Matusalén, puedo anticiparme a su pregunta, diciéndole que estamos en el año de desgracia de dos mil cuatrocientos ochenta y seis.

»—¡Santo Cielo! —exclamé, volviéndome y comenzando a subir por la ladera—. ¡He dado un salto de casi cinco siglos!

»—Huyó del fuego y fue a dar en las brasas —comentó mi compañero.

»—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

»—Exactamente lo que dije —repuso, al tiempo que su rostro adoptaba una expresión sardónica—. Tal vez sea un buen saltarín, pero su elección fue pésima. ¿Por qué no dio un salto más corto o más largo? El saltarín que es capaz de elegir este año debe de estar loco. ¡Diablos, ya sabía que estaba usted loco!

»—Sí, pero...

»—¡Camine, saltarín, camine! —ordenó—. No tengo ningún deseo de utilizar mi rifle económico contra un hombre blanco, aunque esté loco.

»—¿Por qué llama a su arma un “rifle económico”? —le pregunté.

»Él dejó escapar un suspiro.

»—Bueno, si no puede quedarse callado, y tiene que simular que ignora las cosas más comunes, le diré que se debe a que dispara dardos envenenados y funciona con aire comprimido, con el fin de poder ahorrar explosivos que se necesitan rabiosamente en otra parte.

»Yo estaba a punto de preguntarle dónde eran más necesarios los explosivos y con qué propósito, cuando me di cuenta de que habíamos llegado al pie de la giba de cemento y estábamos ante una puerta metálica situada en un costado.

»Mi acompañante tocó la puerta e hizo deslizar hacia un lado una pequeña tapa colocada en el centro de ella, que dejó al descubierto una pantalla fluorescente. Acercó el rostro a la pantalla y habló.

»—Número KH.32851B4, con un caballero del año dos mil siete.

»La puerta se abrió silenciosamente. Entramos. Ante nosotros se extendía un largo pasillo iluminado con luz indirecta que salía de unas ranuras abiertas en ambos lados.

Con pasos sincronizados, que a mí me fastidiaban y trataba en vano de alterar, marchamos por el pasillo, doblamos a la derecha en cuanto llegamos al final, seguimos caminando a lo largo de un corredor de cemento, acompañados por el resonar de nuestros pasos, y entramos en una amplia estancia.

»Un individuo bigotudo de piel apergaminada nos miró desde detrás de su escritorio.

»—¿Qué quiere usted? —me espetó.

»—Comer —le contesté, secamente.

—Tráigale de comer —ordenó a mi guardián. Dirigiéndose a mí de nuevo, me dijo—: Siéntese.

»Detrás de mí se elevaba del suelo un alto cubo de goma roja. Me senté en él con sumo cuidado. Era un colchón de aire y me sentí muy cómodo. El hombre del escritorio se inclinó hacia delante y puso en marcha un instrumento que tenía un vago parecido a los antiguos aparatos grabadores de la voz. Se acarició el bigote y me miró de arriba abajo.

»—¿Nombre? —inquirió.

»—Profesor Glyn Weston.

»—Profesor, ¿eh? ¿De qué casa de estudios?

»—Al principio del Observatorio de Glasgow; luego he estado investigando en mi propio laboratorio, situado a unos quince kilómetros de aquí.

»—No hay laboratorio alguno en veinte kilómetros a la redonda —observó, ácidamente.

»—Mi laboratorio estaba a quince kilómetros de aquí en el año dos mil siete —repliqué, con obstinación.

»—¡En dos mil siete! ¿Qué edad tiene usted, entonces?

»—Desde un punto de vista, algo más de cincuenta años; desde otro, casi cerca de quinientos.

»—¡Eso es absurdo! —exclamó—. ¡Obviamente absurdo!

»—Existe una explicación para esta absurdidad aparente. En el año dos mil siete fui el primer hombre que había emprendido un viaje en el tiempo..., es decir, hacia el futuro. Había viajado hasta ese año desde mil novecientos noventa y ocho. El

experimento se repitió. Éste es el resultado... ¡Aquí estoy!

»—¡Ah! —se frotó un costado de la nariz con el índice, mientras me contemplaba con desconfianza—. La popularidad de la ciencia–ficción ha logrado que el tema del viaje en el tiempo nos resulte absolutamente familiar. Pero viajar a través del tiempo es imposible.

»—¿Por qué? —le pregunté.

»—Es ilógico.

»—La vida es ilógica; los terremotos son ilógicos.

»—Es cierto —concedió—. En algunos aspectos eso es profundamente cierto. Pero ¿cómo puede hacerse a la idea de estrechar la mano a sus antepasados unos cuantos siglos antes de que usted hubiera nacido?

—No..., eso sería realmente ilógico. Mis experimentos me han demostrado que el tiempo sólo se puede recorrer en una dirección..., y es hacia delante, hacia el futuro. No se puede regresar, no se puede volver al pasado ni siquiera la fracción de un segundo.

»Él se levantó, se separó del escritorio para acercarse a una librería rinconera, buscó entre los apretados volúmenes y extrajo un enorme y negro tomo. Pasó rápidamente las hojas. Se volvió hacia mí, con el libro abierto en la mano, y me preguntó:

»—¿Qué población tenía Bakewell en el año dos mil siete?

»—No puedo decírselo —repuse—. Pasé muy poco tiempo en ese año. Pero en mil novecientos noventa y ocho tenía unos cuatro mil quinientos habitantes.

»—¡Hum! ¿Quién era el primer ministro en Gran Bretaña?

»—Richard Grierson.

»—¡Correcto! Ése año Clair voló sobre el Canal. ¿Quién proyectó el cohete?

»—El experimentador en astronáutica alemán Fritz Loeb.

»—¡Correcto de nuevo!

»—Escúcheme —le pedí—. Si eso que tiene ahí es alguna enciclopedia antigua, sírvase buscar el concepto del tiempo y vea quién escribió sobre el tema.

Se humedeció el dedo y empezó a buscar pasando las hojas de su libro. Dejándolo sobre el escritorio, cogió otro volumen y lo hojeó también. Revisó cuatro volúmenes más antes de encontrar lo que buscaba.

»—Aquí está. Por cierto, soy el capitán Henshaw —agregó, como si de pronto se hubiese acordado de presentarse—. Veamos, Schweil, Herman, filós. Holandés “Der no–sé–cuántos”; Schweil de nuevo, con otro libro; McAnders, Fergus, “Coordenadas espacio–tiempo”; McAnders otra vez, “Aceleración atómica en el flujo temporal”; de nuevo: Weston, Glyn, “Teorías simplificadas de Schweil–McAnders”. Otro y otro más; uno, dos, tres, cuatro, cinco, ¡seis! Glyn Weston... ¡ése es usted!

»—Y puedo demostrarlo —dije, sumamente complacido al ver que mi obra había

sido asentada en las enciclopedias durante cinco siglos.

»—¿Cómo? —preguntó el capitán Henshaw.

»—Mi cabina para viajar en el tiempo espera que la examine en un lugar que sólo puedo describirle como el campo del granjero Wright. Está a una hora de aquí, caminando.

»De pronto se abrió una puerta a mi izquierda. Apareció un hombre uniformado empujando un carrito de comedor construido con brillantes caños metálicos y montado sobre ruedas de gruesas llantas de goma. Con suma destreza hizo virar el carrito, colocándolo ante mi asiento, destapó una bandeja bien provista que había encima y, con el aire despreocupado de un mago experto, extrajo cuatro patas telescópicas de la parte inferior del carrito. Después de ajustarlas a una altura conveniente, retrocedió un par de pasos, extendió un mantel e hizo una reverencia con una descarada sonrisa.

»—¡Debe de estar hambriento después de quinientos años de ayuno! —dijo.

»Dirigiendo otra sonrisa a Henshaw, abandonó la estancia.

»—Para ser completamente sincero con usted —dijo Henshaw, mientras yo me concentraba en la grata comida—, debo decirle que su historia es demasiado ridícula como para que se le pueda dar crédito, a pesar de las pruebas que me ha brindado.

Ahora bien, no crea usted que pretendo llamarle embustero, pues eso no es así. Todo cuanto puedo decir es que intento mantener una actitud desprejuiciada acerca de todo este asunto hasta que tenga la oportunidad de examinar ese quiosco mágico de que me habla, e iré a echarle una mirada en cuanto termine la guardia, dentro de un par de horas.

»—Con mucho gusto —musité con la boca llena, agitando el tenedor en el aire.

»—Después que haya visto su artefacto, mandaré un informe a Manchester. Mis superiores decidirán qué hacer con usted.

»—Eso suena como una amenaza —observé, masticando rápidamente.

»—Y, en el caso de que su historia sea verdadera en todos sus aspectos, ¿hay algo que desee saber?

»—¡Sí! —Hiné el tenedor en una patata—. ¿Dónde me encuentro?

»—Está usted en el interior de la Fortaleza Interceptora número treinta y siete.

»Se alejó de su escritorio y empezó a pasearse por la estancia.

»—¿La qué número treinta y siete? —pregunté con súbita energía.

»—La Fortaleza Interceptora —repitió él—. Estamos en guerra.

»—¡En guerra! —exclamé, débilmente.

»—La guerra más grande y feroz que haya conocido el mundo. Hace cinco años que dura y es probable que continúe durante cinco años más. Una décima parte de la población ha sido borrada de la faz de la Tierra, eliminada. La Metrópolis, que en su época se llamaba “Londres”, ya no existe; sólo resta una vasta área de ladrillos, tejas

y cemento convertido en polvo, que alberga los huesos de aquellos que había albergado en vida. Si es cierto que puede viajar en el tiempo, como usted afirma, vivirá para maldecir el invento que le trajo al momento presente.

»El rostro de Henshaw adquirió una amarga expresión; su voz se tomó áspera.

»—¿Con qué país está en guerra Gran Bretaña? —pregunté, habiéndome casi olvidado de la comida.

»—No existe Gran Bretaña alguna —repuso Henshaw—. Ése nombre ya hace dos siglos que fue borrado del mapa. Tampoco existe el Imperio Británico. Ahora está viviendo en Inglaterra, que es un estado autónomo y que forma parte del Mundo Blanco, al igual que Escocia, Irlanda, Australia, Alemania, Rusia y todas las demás integran también el Mundo Blanco. La Tierra actualmente está dividida sólo en tres partes: el Mundo Blanco, el Mundo Amarillo y el Mundo Moreno.

»El Mundo Moreno es el más pequeño y más insignificante de los tres. Incluye las así llamadas razas negras y es neutral por el momento. El Mundo Blanco y el Mundo Amarillo se están diezmando mutuamente para afirmar su derecho a reproducirse sin tener en cuenta el espacio habitable. Pero estoy perturbando su almuerzo; le ruego que termine y le llevaré a la cámara del telesudriñador. Allí podré mostrarle algo de la guerra.

»—Con la mente asaltada por un sinnúmero de pensamientos dispares, continué comiendo en silencio, mientras Henshaw se afanaba ante la librería, extrayendo volúmenes y volviendo a colocarlos de nuevo en su sitio. Al fin, la comida se terminó.

Me bebí la última gota de líquido, mastiqué el último fragmento de galleta y me levanté.

»—Henshaw me indicó la puerta por la que yo había entrado. Salimos por ella, enfilamos un largo corredor, penetramos por otra puerta, subimos por una escalera de caracol hasta otro corredor y, al llegar al final del mismo, nos encontramos en una cámara alargada, rectangular, situada bajo el techo de la fortaleza.

»—Ésta es la cámara del telesudriñador —explicó Henshaw.

»El suelo y los muros de la cámara estaban cubiertos de una masa de instrumentos y equipos. Cuatro hombres deambulaban entre ellos, ocupados en distintas tareas, mientras, en el extremo más alejado, otros dos estaban sentados ante lo que deduje serían los tableros de control de algo. El objeto más notable era un gran disco de cristal montado en una estructura metálica en el centro de la cámara. El disco estaba ligeramente inclinado sin llegar a la posición horizontal, tenía una superficie azogada y se parecía enormemente a los reflectores astronómicos de mi época.

»Henshaw sacó una silla de alguna parte. Colocándola ante el espejo, me indicó que me sentara, se acercó a los hombres del control y mantuvo una breve conversación con ellos. Regresó y se quedó de pie junto a mi silla.

»—Éste telescopio fue el resultado de haber permitido jugar con la televisión a los aficionados investigadores de la onda corta. Es mucho más complicado de explicar que el hecho de que esté usted aquí pero, para resumirlo en pocas palabras, se trata de un haz de ondas que se dirige hacia el firmamento, pasa a través de las capas de Heaviside y Appleton y rebota contra la capa de Grocott, que se encuentra a una altitud de mil trescientos kilómetros. El haz de ondas retorna a la Tierra y capta la escena del sitio donde choca.

»Luego se desplaza hacia la derecha alrededor de la Tierra, registrando las escenas de lo que va encontrando por el camino; la primera impresión es la más intensa, y cuando recibimos el haz de nuevo no tenemos dificultad alguna en sintonizar y filtrar las escenas superpuestas, dejando la primera que aparece clara y con definidos contornos. Los operadores están tratando de captar una vista de la Metrópolis. En cualquier momento obtendremos algún resultado.

»Aún estaba hablando cuando el disco azogado adquirió vida con sorprendente presteza. No hubo imágenes borrosas ni nebulosidades previas, Un instante, la superficie estaba desprovista de reflejos, salvo un intenso brillo; en el instante siguiente, ofrecía una escena con sorprendente claridad. Yo me incliné sobre ella y miré.

Una avenida calamitosa, sembrada de baches, se extendía a través de un área cubierta de montones de escombros. A pesar de que observaba con toda atención, no logré percibir un lugar donde hubiera un ladrillo sobre otro, ni pude encontrar un solo ladrillo entero. La escena presentaba una horrible uniformidad desde primer término hasta el fondo: doscientas cincuenta hectáreas de patética evidencia.



»Nada se movía en aquella escena desoladora; ningún paso era dado donde un día anduvieran diez millones de pares de pies; ninguna voz se alzaba donde un día habían sonado las voces de cientos de niños absortos en sus juegos. Se me hizo un nudo en la garganta al comprender que la Metrópolis, el viejo y querido Londres, ya no existía. Se abría como una enorme cicatriz gris en lo que yo aún imaginaba como la dulce y verde faz de la Madre Tierra; se abría como una cicatriz en el alma de la humanidad.

»El Espejo cambió de foco cuando los hombres en el extremo de la cámara manipularon los controles. El cabo más cercano de la venida pareció elevarse hacia mí y se me ofreció con todos sus detalles. De un montón de escombros, a cincuenta metros de un gran cráter, vi que surgían unos huesos; cerca de las piernas yacía el esqueleto aplastado de un perro. Henshaw agachó la cabeza, frotándose la barba, con un ruido sordo, y habló:

»—Ante sus ojos aparece uno de los más conmovedores incidentes de la guerra. El perro no quiso abandonar a su amo muerto. Permaneció ahí hasta que murió de hambre. Millares de personas presenciaron su prolongado y desgarrador acto de devoción a través del telesudriñador con maldiciones en los labios lágrimas en los ojos, fruto de la impotencia. El teniente de vuelo O'Rourke, desobedeciendo órdenes, realizó un desatinado intento de rescatar al perro, cuando ya tenía el vientre hundido entre las costillas. Un escuadrón Amarillo le derribó. Su avión cohete está sepultado bajo el polvo del Marble Arch. ¡Dios tenga en Su gloria a un aguerrido caballero!

—¿Están ganando los Amarillos? —pregunté, con el corazón en un puño.

»—No, yo no diría eso. El arte de la guerra en la actualidad ha alcanzado el grado de perfección en el que nadie gana y todos pierden. La Metrópolis, o lo que queda de ella, no está en peores condiciones que Kobe o Tokio. La contienda consiste en una serie de ataques destructivos, seguidos de una represalia igualmente destructora; no se han producido prolongadas batallas como se estilaba en el pasado, sino descargas de golpes rápidos de uno y otro bando. El aniquilamiento de esta gran ciudad fue el resultado de uno de dichos golpes; la destrucción de Tokio fue nuestra respuesta.

Vamos, echaremos una mirada a su cabina para viajar a través del tiempo.

»Al oír esas palabras me levanté. Abandonamos la cámara del telesudriñador, volvimos sobre nuestros pasos por los corredores y llegamos a la puerta metálica. Al acercarnos, se abrió silenciosamente, y apareció ante nuestros ojos un pequeño vehículo de líneas aerodinámicas, que nos esperaba en el camino.

Henshaw bregó por introducir sus largas piernas bajo el volante, mientras yo me acomodaba en el asiento a su lado. Cerrando la portezuela exterior, Henshaw oprimió un botón que sobresalía en el centro del volante de mando. Un suave zumbido surgió de debajo y partimos.

»—No deje que la imagen del telesudriñador le conmueva demasiado —dijo Henshaw, maniobrando con el volante—. Nuestro excelente servicio de espionaje nos

advirtió que se produciría ese ataque y logramos evacuar las nueve décimas partes de la población a tiempo. La décima parte restante fue aniquilada, pero la mortandad no fue tan tremenda como sugiere la imagen.

»—¿Qué es lo que causó la destrucción? —inquirí.

»—Bombas..., bombas de alto poder destructivo lanzadas desde aviones estratosféricos y también desde naves cohete volando a extraordinaria altura. El próximo bombardeo se efectuará sobre Manchester o Sheffield, pues son las ciudades meridionales de más importancia, y además son los centros de la industria bélica.

Nuestra fortaleza forma parte de una cadena que se extiende a través de las colinas de Derbyshire para proteger Manchester. No podemos evitar los ataques aéreos, pero estamos en condiciones de administrar un severo castigo mediante nuestros obuses cohéticos y torpedos aéreos, que pueden ascender a considerable altura, estos últimos merced a la energía que reciben de la Estación Septentrional de Radiación.

»—¡El Continente debe de haber recibido su parte! —sugerí.

»—No tanto como usted supone —replicó—. Las fuerzas opositoras han concentrado su veneno en lo que consideran constituye el centro neurálgico del enemigo; por ello Inglaterra y Japón son los objetivos favoritos. Ninguno de los bandos utiliza su flota aérea con el objeto de defenderse sino para llevar a cabo la represalia. Es por eso que estas fortalezas resultan tan importantes: constituyen una de las pocas concesiones para la defensa arrancadas a los poderes que adoran la política del ataque, el ataque y de nuevo el ataque.

»Con un rápido giro del volante, esquivó la curva de un muro de piedra y siguió hablando con un tono cada vez más amargo.

»—No espero el próximo bombardeo ansiosamente, se lo aseguro. Nos ha llegado información, de ciertas fuentes, de acuerdo con la cual los Amarillos han perfeccionado una bomba desintegradora, fruto de cierto científico curioso que se ha ocupado del problema de cómo se mantiene la radiación solar. Tengo entendido que la bomba cae, estalla, altera la estabilidad de la materia circundante y hace que se consuma.

»El proceso no continúa indefinidamente, sino que perdura mientras se conserva la energía original en la bomba; cuanto más grande sea la bomba, más extensa será el área de materia afectada. El proceso me lo describieron como 'reajuste del equilibrio electrónico', y creo que se produce a una velocidad a la que sólo podría escapar un atleta muy veloz.

»El vehículo llegó a la cresta de una colina. Un campo apareció ante nuestra vista.

Simultáneamente, vimos la cabina para viajar en el tiempo. Descendimos raudos por una suave ladera en su dirección, ascendimos por una cuesta igualmente suave y nos detuvimos junto al muro desde el cual había vislumbrado la fortaleza distante.

Henshaw abandonó su asiento con una forzada contorsión, sacó un reloj y consultó las minuterías.

»—Cuatro minutos... No está mal considerando el estado de la carretera.

»—Un promedio de cien kilómetros por hora —dije—. ¿Qué clase de motor es ése? —pregunté, señalando el vehículo.

»—Eléctrico. Funciona con acumuladores Freimeyer de alta capacidad a base de placas de una aleación de plata–tantalio.

»Se subió al muro, y contempló el objeto que se encontraba en el medio del campo.

Así que ésa es la caja mágica, ¿eh? Vamos y pondremos una moneda en la ranura.

»Me trepé al muro. Ambos nos quedamos contemplando la cabina. Henshaw se mecía el bigote, con una expresión de vivo interés en el rostro. El césped estaba húmedo y resbaladizo bajo nuestros pies. Habíamos recorrido la mitad de la distancia hasta la cabina cuando un ronco silbido se expandió por sobre las colinas y resonó en el valle. Henshaw se detuvo abruptamente. El silbido enmudeció, y luego se sucedieron seis pitidos breves.

»Henshaw giró en redondo, me aferró el brazo y me arrastró hacia el vehículo.

»—Por el Botón del Mandarín —rugió, con el rostro colorado de excitación—. ¡Un ataque aéreo! ¿No oyó la sirena? Es la alarma de bombardeo de la fortaleza. ¡Debemos regresar en seguida! ¡Muévase, por el amor de Dios! ¡No hay un segundo que perder!

»Corrimos hacia el muro. Veinte metros antes de llegar, resbalé, trastabillé agitando desesperadamente los brazos, resbalé de nuevo y caí de espaldas chocando con tanta violencia que se me cortó la respiración. Henshaw, a media docena de pasos más adelante, describió un círculo, volvió a mi lado y me cogió las manos, dispuesto a ayudarme a levantarme.

»—¡Mire! —grité con el aliento entrecortado, mirando el cielo con los ojos que se me salían de las órbitas—. ¡Mire!

»A un par de kilómetros de distancia, viniendo en dirección a nosotros a gran velocidad, se veía una máquina aérea de color dorado, en forma de bala, de pequeño tamaño, con alas romas en los costados, de cuya cola surgía una extensa estela de fuego. Su aspecto era siniestro, amenazador; mi corazón se volvió de hielo.

»—¡Por todos los diablos del infierno! Un caza de los Amarillos —gritó Henshaw—. Nos ha descubierto y pretende divertirse un poco. Corra o podemos considerarnos hombres muertos.

»Mientras hablaba, de un tremendo tirón me hizo poner de pie. Yo me apoyé en sus hombros. Dimos unas vueltas, tratando de mantener el equilibrio, como un par de bailarines clásicos, resbalamos y caímos los dos al suelo. Alguien hizo repicar una piedra dentro de una lata monstruosa; un rugido pasó raudo por encima de nuestras

cabezas; una oleada de aire caliente rozó nuestros cuerpos recostados. Nos pusimos en pie. El caza había pasado y, a un par de kilómetros de donde estábamos nosotros, se elevaba describiendo un gran rizo. El vehículo era un montón de chatarra humeante.

»—¡Vuelve por nosotros! —gritó Henshaw—. Estamos listos. ¡No tenemos dónde escondernos!

»—Que el Cielo nos... —comencé a decir, pero me interrumpí al ocurrírseme una idea—. ¡La cabina! Vamos. Con un poco de suerte lograremos llegar a ella. Allí estaremos a salvo.

»Me volví, comenzando a correr hacia el centro del campo, con los brazos funcionando como los émbolos de una máquina, y mis pasos frenados por el temor de caerme. Henshaw corría junto a mí, jadeando, con el rostro lívido.

»A pesar de la frenética carrera, logró tomar suficiente aliento para formularme una pregunta.

»¿Qué ganaremos con meternos dentro de esa cosa? Simplemente la hará volar en pedazos.

»Espere y verá —gruñí.

»Un ruido crecía en intensidad detrás de nosotros, llenándonos de terror, que no hacía más que aumentar nuestra velocidad. Con sorprendente presteza, el caza rugió sobre nuestras cabezas seguido por su estela de aire caliente. Una terrorífica explosión se produjo en algún lugar a nuestras espaldas. Henshaw miró hacia atrás por encima del hombro.

»—¡Una bomba desintegradora! —gritó—. Avanza como un relámpago hacia nosotros. ¡Corra! ¡Corra como jamás haya corrido en su vida!

»Mis protestantes pies incrementaron su velocidad. La distancia total del muro a la cabina apenas alcanzaba a los quinientos metros. Nunca hubiera imaginado que semejante distancia pudiera llegara ser un calvario tan terrible. Unos treinta metros nos separaban de la cabina: parecía que fueran treinta kilómetros. La distancia recorrida se hacía sentir en ese tramo final; ya no corríamos, trastabillábamos.

»Henshaw, delante de mí, llegó a la cabina y comenzó a tirar desesperadamente de la puerta, mientras una sensación de calor me subía por la parte posterior de la piernas. Él danzaba con gran excitación mientras tiraba en vano. Yo le grité: “¡Empuje! ¡Empuje!”, y Henshaw cayó de cabeza en el interior de la cabina. Una fracción de segundo más tarde yo me precipitaba por la puerta abierta; me volví y contemplé como la tierra literalmente se derretía y hervía a un metro de distancia del cancel. Lo logramos por un pelo.

»Sin perder un instante, cerré la puerta y conecté el conmutador del aparato de rayos. Unas llamas rojas saltaron hacia arriba y nos espionaron a través de las ventanillas; una película de niebla las borró. Mi cuerpo se estremeció presa de la antigua y familiar sensación y, mientras musitaba una plegaria de gracias, la cabina entera cayó hacia un costado. Mi cabeza golpeó con un saliente de la pared.

Frenéticamente, me aferré a la manija del conmutador al tiempo que me sumía en la inconsciencia.

»El sopor duró un breve lapso... o por lo menos así me pareció. Recobré el conocimiento, alargué una mano en busca del conmutador, lo alcancé y tiré de él.

»Alguien exclamó: “¡Ay!”.

»Yo me senté prestamente. ¡Estaba en una cama!

»Resulta fácil imaginar mi estupor. Estaba en una cama, de ello no había la menor duda. Palmeé y palpé las cobijas, estudié los dibujos del tejido y me pellizqué a mí mismo. No había que darle vueltas: definitivamente, más allá de toda discusión, me encontraba sentado en una cama cubierto con un camisón de color carmesí.

»Algo que se movió ligeramente a mi lado atrajo mi atención. Me froté los ojos y miré de nuevo. De pie junto a la cama, con una afable solicitud pintada en el rostro, había un hombre totalmente calvo vestido con un traje enterizo de un tinte brillante.

Tenía una ancha frente, ojos grandes, límpidos y castaños, y la boca y el mentón eran pequeños, casi femeninos. De una cadena que rodeaba su cuello pendía un instrumento plateado, del cual, según supuse, había recibido el tirón que había provocado el “¡Ay!”.

»Me quedé mirándole fijamente. Él me contemplaba con plácida serenidad.

»—¿Dónde estoy? —pregunté débilmente, utilizando la frase convencional para tales circunstancias.

»—Usted se encuentra en mi casa situada en la ciudad de Leamore —respondió con voz agradablemente modulada—, y estamos en el año setecientos sesenta y dos del nuevo cómputo, o en el treinta y cuatro mil seiscientos cincuenta y seis del antiguo. ¡Ha efectuado un salto sobre un abismo de tiempo que representa unos treinta y dos mil años!

»—¿Cómo sabe usted que soy un viajero del tiempo? —inquirí.

»—Porque su aparato para viajar en el tiempo se materializó de la nada ante los ojos de medio centenar de ciudadanos. Eligió el centro de una avenida muy concurrida como punto de llegada. Docenas de personas fueron testigos del fenómeno que, en un pasado lejano, indudablemente se le hubiera dado una explicación sobrenatural.

Nosotros llegamos a la conclusión de que usted había viajado a través del tiempo: una conclusión muy simple puesto que su hazaña es la segunda que se lleva a cabo en los últimos cinco siglos. Luego, su compañero confirmó nuestra...

»—¡Henshaw! —le interrumpí, recordando que había tenido un compañero en aquel viaje en el tiempo—. Henshaw... ¿Dónde está él?

»—Se está haciendo arrancar los cabellos —fue la sorprendente respuesta.

»—¡Arrancar los cabellos! ¡Los cabellos! ¿Por qué? ¿Cómo?

»Mi mente se hundió en la confusión ante aquel giro tan sin sentido de la conversación. Por segunda vez me pellizqué para convencerme de que no estaba soñando. El hombre del enterizo azul sonrió al notar el efecto de sus palabras.

Sentándose en el borde de la cama, se cogió una rodilla entre las manos y continuó:

»—Su amigo parece una persona acostumbrada a tomar rápidas decisiones.

Apenas han transcurrido treinta minutos desde el instante en que su aparato conquistador del tiempo efectuó su dramática aparición, sin embargo él ya se ha dado cuenta de que, de acuerdo con las convenciones actuales, el cabello está considerado como algo desagradable. Según parece está dispuesto a adquirir un aspecto agradable a toda costa, por ello se está haciendo sacar la cabellera mediante un método indoloro de extracción. Le estamos depilando el bigote y la pilosidad craneana. Los pelos de la cara tendrán que crecer más antes que podamos ocuparnos de ellos.

»—Bien, ¡que me condenen! —estallé—. ¡Henshaw..., el chivo sagrado! Le hago viajar a través de múltiples siglos y ¿qué sucede? Se va corriendo a un salón de belleza y me abandona agonizando en la cama. —La indignación me obligó a saltar del lecho y a ponerme en pie—. ¡Y en un camisón carmesí! —agregué.

»Mi acompañante lanzó una carcajada.

»—No hay temor de que expire aún —me aseguré—. Se dio un tremendo porrazo del que no tardará en recobrase. En cuanto al camisón, como usted le llama, se lo pusimos después de un baño que buena falta le hacía, mientras buscábamos algunas prendas a su medida.

»—¿Y mis ropas? —inquirí.

»—Han sido incineradas; las de su amigo también. El contenido de sus bolsillos ha sido fumigado, al igual que su cabina. Ha venido a parar a un mundo muy aséptico. No nos importa que hayan venido, pero nos oponemos enérgicamente a que importen grandes cantidades de gérmenes de unas características que nos ha costado considerables esfuerzos eliminar. Sentimos simpatía por usted; sentimos simpatía por su amigo; pero no nos gustan los pasajeros que les acompañaban.

»—¡Lo siento! —dije humildemente.

»—No tiene importancia —repuso él, liberando su rodilla y poniéndose de pie—. Tal vez me expresé de una manera demasiado brusca. Soy yo quien debe pedirle disculpas.

»Cruzó la habitación y oprimió un botón. Un panel de pared se deslizó silenciosamente hacia abajo. Detrás de él se escondía un armario empotrado. Hurgó en su interior, extrajo un atuendo completo de un material parecido a la seda y lo tiró sobre la cama.

»Liberándome con secreto alivio del camisón carmesí, comencé a ponerme aquellas ropas. El suave y casi delicado material cubrió mi cuerpo, recién bañado y vivificado, causándome una placentera sensación. El traje no tenía un solo botón. Todo se abrochaba mediante una especie de cremalleras mágicas. Me puse una prenda de extraño corte tras otra, las aseguré cerrando las cremalleras y, por fin, me

situé ante el espejo contemplando mi flaca figura embutida en un enterizo verde esmeralda, calcetines verdes y sandalias que hacían juego y un tricornio verde gallardamente ladeado en la cabeza. Me quedé mirando fijamente el espejo, considerando que en él se reflejaba el estúpido más grande que haya existido nunca.

»—¿Qué le parece? —me preguntó mi espectador.

»—No está mal. Ahora sólo me hace falta el gato.

»—¿El gato? —repitió, confundido.

»—Sí, el gato. Parezco el personaje principal en “Dick Whittington”.

»—¿Dick Whittington? —murmuró.

»—Usted no lo comprendería... ¡Olvidémoslo!

—Traté de colocarme el tricornio con una inclinación distinta; el resultado fue abominable. Por fin, desistí. Si todo el mundo se vestía de aquella manera, un idiota más pasaría inadvertido.

»—Bueno, estoy listo, señor... señor...

»—Me llamo Ken Melsona —contestó él.

»—Y yo, Glyn Weston.

»Nos estrechamos la mano. Melsona abrió una puerta, se adelantó por un pasillo hasta llegar a otra puerta, que se hundió en el suelo al oprimir un botón. La puerta daba a la calle. Consciente de mi estrafalario atuendo, vacilé; Melsona, vestido como Muchachito Azul, cruzó decididamente el umbral. Yo le seguí.



»La escena que se ofreció a mi vista era tan inesperada, que me detuve y sentí que me quedaba sin aliento. Entre los bordillos del pavimento se deslizaba una acera móvil, de mullida y suave superficie, que corría permanentemente de oeste a éste. Estaba dividida en tres secciones, todas desplazándose hacia la misma dirección, las externas a unos ocho kilómetros por hora y la central a unos diez. Cientos de personas, vestidas con enterizos de alegres colores, permanecían de pie en las aceras conversando, o pasaban de una sección a otra, todas desplazándose como una hilera de blancos en una galería de tiro. El ancho total de la acera tendría alrededor de treinta metros; estaba bordeada por pavimentos fijos, adornados con vistosos mosaicos.

»A ambos lados de la avenida se alineaban pintorescos chalets, rodeados de pródigos y bien cuidados jardines. En los pavimentos fijos, a intervalos de treinta metros, había árboles ornamentales de todos los tamaños y colores, cuyas copas habían sido podadas dándoles las formas más inimaginables. Sin duda, era una bella vista, la más bella que haya contemplado en mi vida. La avenida ostentaba el nombre de Bulevar del Paraíso.

»—Melsona se dirigió a la sección móvil más cercana de la acera, advirtiéndome que al pasar a ella tuviera cuidado de ponerme de cara a la dirección que llevaba. Nos trasladamos a la sección central y permanecemos de pie en ella, uno al lado del otro, y nos dejamos llevar hacia el éste. Yo me sentía tan feliz como un niño en una feria.

»—Vamos a visitar un par de tiendas —sugirió mi guía—. Luego podemos pasar a buscar a su compañero..., ¡hum!... Henshaw, dijo usted que se llamaba, ¿no es cierto?

»—Contesté entre dientes afirmativamente, mientras mis ojos vagaban atentos por todo lo que me rodeaba, incluyendo la multitud que nos acompañaba en aquel viaje sobre las aceras móviles, seducido por la novedad de todo.

»—Recorrimos casi un par de kilómetros, antes de que Melsona llamara mi atención con un codazo, al tiempo que se trasladaba hábilmente al carril lento de la derecha, lo cruzó y llegó al pavimento. Seguido por mí, se dirigió en línea recta hacia un sector donde había una media docena de tiendas y entró en una donde se exhibían una variedad de productos que no tuve tiempo de examinar. Un hombre y una mujer, ambos vestidos brillantemente e igualmente calvos, se adelantaron para atendernos.

»—Tengan a bien servir a este caballero —dijo Melsona, señalándome con un gesto condescendiente.

»—Oh, por supuesto, con mucho gusto —ronroneó el dependiente masculino, lavándose las manos con jabón invisible—. ¿Qué necesita el caballero?

»—Dinero —contesté secamente.

»—¡Dinero! —repitió como un loro—. ¡Dinero! ¡Qué pedido más raro! Se puede conseguir, claro, pero tendrá que recurrir a un coleccionista.

»—Entonces, ¿cómo diablos puedo...?

»—De la manera más simple —me interrumpió Melsona—. Todo cuanto tiene que hacer es pedir lo que precise. Si en esta tienda lo tienen, se lo darán; si no lo tienen, entonces quizá lo consiga en otra.

»—Pide y te será concedido —acoté.

»La idea me parecía una locura, pero ¿quién era yo para cuestionar el sistema económico de esa época?

»—Cigarrillos —pedí, esperanzado.

»Apenas había pronunciado la palabra que la dependienta ya se encontraba junto a un estante, habiendo ganado a su colega por un paso; cogió una docena de cajetillas de distintos tamaños y formas y las dejó sobre el mostrador. Mis ojos se clavaron en ellas con asombro y placer. Eran cajetillas de cigarrillos. Elegí una de las más grandes.

La dama quiso saber si podía ofrecerme algo más. Pedí una pitillera y la obtuve. Solicité un encendedor automático. La dependienta me proporcionó un instrumento idéntico al que colgaba del cuello de Melsona, y que yo había confundido con la manija del conmutador. Después de pasar media hora en aquella tienda, salí convencido de que había ido a parar a Utopía.

»Nos detuvimos en el pavimento. Abrí mi cajetilla de cigarrillos, me llevé uno de los ansiados cilindros a los labios, y Melsona me enseñó a usar el encendedor. Tenía la forma alargada de un abeto cónico, estaba hecho de metal y sujeto a la convencional cadena-collar. Uno meramente tenía que oprimirlo. Se levantaba una minúscula tapa del extremo más ancho, dejando al descubierto un filamento incandescente en su interior. Encendí el cigarrillo, inhalando el aromático humo con indescriptible satisfacción.

»—¿Cuánto tiempo durará esto? —pregunté, estudiando con curiosidad el extremo ardiente del encendedor.

»—Durante el resto de su vida —contestó—. Es...

»De pronto, miró hacia el cielo, al escuchar un ruido atronador que provenía de las nubes.

»—¡Mire! ¡Es una nave de línea transcontinental!

»Un cigarro titánico, plateado, se elevaba en el cielo; flameo, atemorizador. Las circunstancias no ayudaban a contemplarlo con la perspectiva adecuada. Juzgué que el monstruo tendría unos dos kilómetros de largo por doscientos metros de diámetro.

Flotando sobre las tenues y casi transparentes nubes, presentaba un aspecto realmente majestuoso, con su cónica nariz apuntando hacia el sol poniente, la cola vomitando lanzas flamígeras que se disipaban, expandiéndose y formando un abanico de vapor.

»Se desplazaba a una altitud de por lo menos diez kilómetros, sin embargo, debido a su tamaño y a la diafanidad de la atmósfera, las hileras de ventanillas circulares de sus costados eran claramente visibles. Sembrando la ciudad de Leamore con un ruido atronador, aceleró hacia poniente, su tremenda mole empequeñeciendo los diminutos seres humanos responsables de su fabricación.

»—¿Qué le parece? —inquirió Melsona, con orgullo.

»—¡Es magnífico! ¡Maravilloso! —respondí.

»Un grito atrajo nuestra atención hacia la avenida. Un hombre de pie en el carril más lento y más distante agitaba los brazos como un loco; se precipitó hacia nosotros, tropezó con el filo del carril intermedio, que corría a dieciséis kilómetros por hora, y ejecutó un incompleto salto mortal de costado. Al caer sobre el carril móvil, rodó cuan largo era en la dirección contraria, derribando docenas de personas. Sin dejar de rodar, surgió entre una masa informe, dio unas vueltas a través del carril y trató de ponerse en pie en el filo de la acera.

»Permaneció, durante una fracción de segundo, con un pie en el carril central y el otro en el más lento y cercano a nosotros; luego la diferencia de velocidad le hizo trastabillar. Eligió el carril más lento y cayó en él sobre sus posaderas, dándose un tremendo batacazo. Pasó ante nosotros, que le contemplábamos llenos de interés, tendido de espaldas, con los pies en el aire. A unos cincuenta metros, logró alcanzar la seguridad del pavimento mediante un súbito y acrobático salto, se giró y corrió hacia nosotros.

»Al acercarse, note que tenía una tez más oscura que la mayoría de la gente que había visto. Su traje enterizo era de un horrible color amarillo, de la cintura hacia arriba, y negro de la cintura hacia abajo; sus calcetines eran negros, y las sandalias, negras con motas amarillas. Un sombrero amarillo, parecido a una tarta, estaba encasquetado en lo alto de su cabeza; del centro de su corona surgía una borla amarilla que se balanceaba sobre su oreja izquierda.

»—¡Weston! —bramó—. ¡Soy yo... Henshaw!

»Se acercó a nosotros, con el rostro resplandeciente de satisfacción, y me dio una cordial palmada en la espalda. Yo le examiné con más detenimiento. Tenía menos pelo que un huevo.

»—No puedo creerlo —dije secamente.

»—Y yo apenas puedo creerlo cuando le miro a usted —retrucó.

»—Entonces ¿cómo me reconoció?

»—Porque la de usted es la única cabeza de mono en todo el ancho mundo. —

Retrocedió un paso y me contempló de pies a cabeza—. El único Robin Hood que viste y calza —comentó—. ¿Qué le parece mi atuendo?

»Extendió los brazos y lentamente fue girando hasta dar la vuelta completa ante nosotros.

»—Prefiero no decirlo —repuse, apartando la mirada de aquel amarillo bilioso—. Para hablar con justicia, tendría que emplear términos vulgares.

»—¡Está celoso! —comentó, lanzando una carcajada—. Personalmente, pienso que un atavío como éste presta color a la vida. El único defecto que le encuentro es que resulta difícil distinguir a los “sahibs” de las “mehsahibs”. Así que anduvo de compras, ¿eh? —Golpeó con el dedo el encendedor que pendía de mi cuello—. ¿Y qué me dice de este mundo sin dinero?

»—Puesto que está enterado de ello, es evidente que también anduvo de compras —comenté.

»—¡Oh, no! —me aseguró—. Quise pagarle al depilador y reaccionó como si le hubiera fulminado un rayo. Entonces me enteré de ese asunto del dinero. Ávidamente, me dijo que aceptaría una moneda rara, si tenía alguna. Así que dejé que revisara mi monedero, que logré rescatar cuando se llevaron mis ropas para quemarlas. Cuando vio lo que yo tenía, se le salieron los ojos de las órbitas, como si fuesen los registros de un órgano: dieciocho dólares y cuarenta centavos en legítimo y viejo oro *blanco*.

»—¿Dinero *blanco*? —exclamé con sorpresa.

»—Claro. ¿Acaso supone usted que yo tenía dinero de su época? Bueno, buscó y rebuscó entre las monedas y escogió una de medio dólar que era la que tenía la fecha más antigua. Se puso tan contento como un perro con dos colas. Le pregunté qué iba a hacer con ella. Jamás adivinaría qué me respondió.

»—¿Qué? —dije para estimularle.

»—Aún no he logrado determinar si soy un deficiente mental o bien si en este mundo están todos chiflados salvo yo. ¡Tanto si usted lo cree como si no lo cree, me dijo que pensaba canjear ese medio dólar por un *pez de cristal*!

»—¡*Un pez de cristal*! —repetí, incrédulo.

»—¿Para qué diantre lo debía querer? —siguió diciendo Henshaw—. Si hubiese hablado de un pez vivo, ya habría sido sorprendente; si hubiera dicho un pescado, me habría parecido más razonable, ¡pero un pez de cristal!

»—Eso tiene su explicación —intervino Melsona—. Como comprenderán, este mundo ha progresado tanto, que resulta un gran problema mantener a la gente ocupada. No existe sistema monetario alguno; todo se puede conseguir por el solo hecho de pedirlo. Todas las tareas, las manufacturas y similares, las efectúan personas voluntarias, pero nuestros métodos son tan eficaces que nunca hay suficiente trabajo para todos los que se ofrecen. Los habitantes de este mundo tienen que encontrar la

manera de llenar larguísimos ratos de ocio de una manera u otra; en consecuencia, el trabajo, que en una época era una maldición, ahora es una bendición.

»»¿Qué hacen en su tiempo libre nuestros ciudadanos? Yo se lo diré. Algo menos de la mitad se dedican a la ciencia; más de la mitad se consagran al arte. La gente inventa cosas o las crea, y todo el mundo trata que su obra sea original o superior a las de los demás.

»»La gente exhibe en los bazares los productos artesanales que no desea, poniéndolos a la disposición de las personas que los piden. La vergüenza más grande que puede sentir un ciudadano es ver que sus productos permanecen en una tienda durante varios meses. El mayor triunfo que puede experimentar es ver que una de sus obras la solicitan tantas personas que deben echarla a suertes.

»»Las personas que coleccionan las obras de un artista determinado o sienten un especial deseo de adquirir una de ellas, pueden obtenerla de tres maneras: solicitándola al bazar, si la tienen; o, si el artista es tan popular que sus obras nunca llegan a las tiendas, pueden pedirle a él mismo que les tenga en cuenta con los demás solicitantes cuando la obra se eche a suertes; o bien, si se da el caso de que el artista también es un coleccionista, pueden permutarla por alguna obra propia.

»»Eso explica la intención de su hombre de canjear una moneda por un pez de cristal. Las monedas de su época no son raras; son absolutamente desconocidas y, por lo tanto, de incalculable valor espiritual para el coleccionista. Uno de los más destacados coleccionistas de esos antiguos símbolos de cambio es Torquilea, el más grande artista en obras de cristal de la Tierra. Me gustaría que vieran una muestra de su obra. Acompañenme.

»Guiados por Melsona caminamos a lo largo del pavimento en dirección contraria al movimiento de la acera. Manteníamos una conversación muy animada, que consistía, fundamentalmente, en preguntas de parte de Henshaw y de mí, y en las respuestas de Melsona. Pudimos colegir que un sistema de aceras móviles se proyectaban desde el centro de Leamore hacía los suburbios como los radios de una rueda, que las calzadas corrían en una y otra dirección alternativamente, que la gente que deseaba ir en el sentido opuesto al del movimiento de la acera podía caminar por el pavimento fijo o bien tomar por una calle transversal hasta la otra avenida. La nuestra se dirigía al centro de la ciudad; si Melsona quería volver a su casa desde el centro y no tenía ganas de caminar, no tenía más que tomar la avenida adyacente, que se dirigía hacia las afueras, y entrar por la puerta trasera. Todas las avenidas que excedían los treinta metros de ancho eran móviles; las calles más estrechas eran fijas. Todo el sistema de transporte era absurdamente simple.

»Melsona nos contaba que existía un gran número de máquinas aéreas y vehículos particulares, pero no se les permitía entrar en las ciudades ni volar sobre ellas, quedando confinadas sus actividades a los espacios entre ciudades. En aquel instante pasamos ante un restaurante al aire libre. Apenas caminamos unos pasos, cuando de común acuerdo retrocedimos, entramos en él y pedimos una mesa.

»—... así sólo las grandes naves de línea pueden sobrevolar las áreas pobladas —dijo Melsona, concluyendo su explicación—. ¿Qué desean comer?

»—Un bistec —dijo Henshaw.

»—¿Un bistec? ¿Qué es eso?

»—Carne —repuso Henshaw, relamiéndose los labios y aflojándose el cinturón de su enterizo.

»Una expresión de inefable disgusto se pintó en el rostro de Melsona.

»—Era sólo una broma —le aseguró Henshaw, comprendiendo inmediatamente que había metido la pata—. Comeré lo que usted nos recomiende.

»La expresión de Melsona daba a entender que no consideraba la broma de muy buen gusto. Garabateó algo en un bloc colocado en un marco en el centro de la mesa y apoyó el pie en un pedal que sobresalía del piso. La mesa se hundió en el suelo, dejándonos ante un hueco que se abría a nuestros pies. Después de un breve instante, la mesa reapareció ante nuestra vista, con las tres comidas pedidas debidamente puestas sobre ella. Empezamos a comer. Los alimentos eran extraños, pero satisfactorios.

»Luego, sintiéndome un hombre nuevo, abandoné la mesa y, junto con mis compañeros, seguí caminando por el pavimento. Me ensimismé en mis recuerdos, pensando cuán raro era que sólo hiciera unas pocas horas que había ingerido mi comida anterior... ¿o hacía miles de años? Debíamos de haber caminado unos diez minutos, cuando Melsona se detuvo tan bruscamente que, aún absorto en mis pensamientos, choqué contra él. Señaló el jardín de un bello chalet.

»—Aquí hay una espléndida muestra de la obra de Torquilea —comentó—. Pasen y admírenla.

—Sin dudar un instante, abrió la verja y entró en el jardín, diciéndonos que nuestra curiosidad sería considerada como un halago tanto por el artista como por el propietario. Nos llevó ante un objeto colocado en medio del césped. Lo contemplamos en silencio. Era divino; no podía calificarse de otra manera.

»Una masa de mármol de color, ónix, ágata y lapislázuli, ingeniosamente dispuesta, se levantaba hasta una altura de tres o cuatro metros. Sobre ella caía una cascada de cristal tan real, que uno se sorprendía de no escuchar el rumor del agua.

Tan soberbia era la habilidad del artista que hasta el vetado de la piedra de la base había sido utilizado para crear la impresión de encontrarse bajo los remolinos de una superficie acuática. Engarzadas en el cristal, por medios que no pude determinar, había burbujas, sombras y vagos destellos de luz que simulaban a la perfección el agua danzarina y en movimiento.

»La cascada chocaba contra el fondo, salpicando y arremolinándose entre las rocas de colores, mientras aquí y allá gotas diminutas pendían iridiscentes de las grietas y hendiduras. Un par de salmones de cristal saltaban entre las aguas de la cascada. Si uno se acercaba podía distinguir los finísimos alambres que les mantenían suspendidos en el aire, pero era tan perfecta la forma que les habían dado los dedos del genio, que resultaba difícil escapar a la sugestión de que algún moderno Merlín no les había inmovilizado en aquella posición cuando disfrutaban plenamente de una vida vibrante.

»Henshaw se sacó la tarta de la cabeza y dijo:

»—¡Ante esto me descubro!

»—Fue realmente un gran triunfo para Torquilea —nos contó Melsona—. Nada menos que veintisiete personas tuvieron que echar a suertes para ver quién se quedaría con esa singular obra maestra.

»Miró atentamente a Henshaw.

»—Torquilea se vuelve loco por las monedas antiguas. El otro día vi una de sus obras, que no tardará en pasar a manos de alguien. Era simplemente un pequeño globo de cristal que contenía una bahía. En el fondo se veía arena y guijarros; un par de camarones semitransparentes nadaban en sus profundidades; unas algas marinas de color verde crecían en una roca, en la cual floraba una bella anémona de mar con

todos sus tentáculos extendidos. Era una reproducción de la naturaleza tan lograda, tan maravillosa, que uno casi esperaba ver las ondas en la superficie del cristal. Torquilea es el más feliz de los hombres por el hecho de que sus obras son tan apreciadas y ansiadas. Estoy seguro de que estará dispuesto a considerar la posibilidad de efectuar un cambio.

»Henshaw se dio por aludido. Eligió una moneda y se la entregó a Melsona, al tiempo que le decía que hiciera con ella lo que considerase más conveniente para los tres. El hecho de que se refiriera a los tres como si fuésemos una sola persona pareció complacer inmensamente a Melsona. Aceptó el obsequio con alborozo, anunciando que se entrevistaría con Torquilea a la primera oportunidad.

»Cuando regresamos a la casa de Melsona para descansar y dormir hacía varias horas que había oscurecido. Habíamos recorrido la mitad de las avenidas de Leamore en las aceras móviles, explorado muchas tiendas y edificios, visto infinidad de maravillas, y habíamos sido presentados a tantas personas que no podíamos recordar más que a un par de ellas. Melsona, en su calidad de guía voluntario de la ciudad, nos había llevado de un lado para otro, manifestando que era el más afortunado de los hombres porque nuestra llegada le había permitido aprovechar sus horas de ocio. Su conversación, bajo la presión de nuestras preguntas, nos puso en antecedentes respecto de infinidad de hechos notables.

»Nos enteramos, en primer lugar, que el día era mucho más largo que en mi época, y que la rotación axial de la Tierra se tornaba cada vez más lenta a un ritmo tal que los científicos consideraban que, dentro de otros veinte mil o treinta mil años, cesaría por completo. El fenómeno se había iniciado con la llegada de El Invasor, momento en que se inauguró el nuevo calendario del que estábamos en el año 772 N. C.; las letras N. C. significaban “nuevo cómputo”.

»El Invasor, se nos informó, era un planeta dos veces más grande que Júpiter, que había llegado del espacio interestelar, abriéndose camino a través del sistema solar, para desvanecerse en el cosmos. Pasó entre las órbitas de Marte y el cinturón de asteroides; su influencia alteró el equilibrio normal de la mitad del sistema, haciendo las órbitas de los asteroides, de Marte y de la Tierra mucho más excéntricas, al tiempo que había capturado y arrastrado a su paso dos miembros del grupo Troyano de asteroides.

»Nos contaron que, unos cincuenta años después del paso de El Invasor, naves cohete habían logrado llegar a Venus, que los viajes interplanetarios aún eran tan difíciles y arriesgados, que en aquel momento la población de Venus no ascendía a más de doce mil habitantes, y que por cada individuo que había llegado al planeta sano y salvo, otro había perecido en el intento.

»La población de la Tierra no había sufrido alteración alguna, en cuanto al número, durante los últimos diez mil años; la Tierra entera reconocía un gobierno



central situado en Osmia, y el sistema social era el Pallarismo. Supimos que Osmia estaba situada en la ciudad que yo había conocido como Constantinopla, y que el “ismo” que prevalecía entonces estaba basado en las teorías de un filósofo llamado Palla, que había vivido hasta el año 22800 V. C.

»Con los estómagos reconfortados por una tardía cena, y las mentes preñadas de recuerdos de las exploraciones del día, fuimos a descansar. Como deferencia especial a mi gusto, nuestro anfitrión había dejado sobre mi cama lo que parecía un traje de baño negro. El camisón carmesí había sido transferido a la cama de Henshaw. Éste entró en mi habitación para saber qué me parecía su atuendo para dormir. Yo me dormí musitando una descripción que él no pudo oír.

»Los cuatro días siguientes figuran entre los más placenteros que he vivido.

Viajamos vastamente con nuestro anfitrión, familiarizándonos por completo con las características singulares de aquel mundo nuevo. La mañana del quinto día éramos transportados por el carril central de la Ruta Derby, hacia las afueras de la ciudad, cuando Melsona llamó con un silbido a un anciano que caminaba por el pavimento en dirección contraria. El viejo se detuvo; Melsona pasó al carril más lento y luego alcanzó el pavimento. Nosotros le seguimos.

»—Les presento al senior Glen Moncho —dijo—. Senior es el título con que distinguimos a los hombres muy eruditos —añadió a modo de explicación.

»—Como profesor —sugerí.

»—Exactamente. Aquí el senior Glyn Weston y el capitán Henshaw. —Sonreía mientras le estrechábamos la mano al anciano—. El senior es nuestro más eminente historiador. Pensé que tendría especial interés en conocerles.

»Henshaw no perdió el tiempo y aprovechó la oportunidad. Preguntó:

»—¿Quién ganó la guerra entre Blancos y Amarillos de dos mil cuatrocientos ochenta y uno a dos mil cuatrocientos ochenta y seis?

»—Las mujeres —respondió el senior prestamente.

»—¡Las mujeres! —exclamó Henshaw, estupefacto.

»—La guerra duró nueve años, no cinco —continuó el senior—. La terminó una organización militante de mujeres que en primer lugar, se negaron a engendrar más hijos, luego abandonaron las fábricas de municiones, por cuyo motivo ambos bandos tuvieron que retirar grandes contingentes de tropas del frente para reemplazarlas, y, finalmente, tomaron las armas y asesinaron a los individuos que, a su criterio, eran los hombres clave de la guerra. El conflicto fue la causa directa del matriarcado mundial que predominó durante los tres mil años siguientes.

»—¡Vaya, soy un puerco soldado! —exclamó Henshaw.

»—Así que usted es el famoso viajero del tiempo —dijo el senior, volviéndose hacia mí—. He oído hablar mucho de usted en los noticiarios por radio. Tengo entendido que le han invitado a la Convención Anual de Científicos que tendrá lugar en Metro dentro de una semana. Sería muy interesante que presentara su aparato.

»—¡Eso sí que es curioso! —dije—. Hace varios días que estoy aquí y en ningún momento se me ocurrió preguntar qué le había ocurrido a mi artefacto.

»—Está a buen recaudo —explicó Melsona—. Fue transportado por el carril móvil mientras le llevaban a usted a mi casa. Luego lo rescataron y fue a parar al

Museo de Ciencias, donde está a su disposición.

»—Magnífico —respondí—. ¿Les gustaría verlo?

»Tanto el senior Moncho como Melsona manifestaron que estaban ansiosos por examinar la cabina para viajar en el tiempo. Tomamos una calle transversal hasta la próxima avenida, que se desplazaba hacia el centro, nos situamos en uno de los carriles lentos y regresamos hacia la ciudad.

»—Lo más curioso del viaje en el tiempo —le comenté al senior— es cómo altera las ideas de uno. Por ejemplo, se diría que yo he vencido a la naturaleza al vivir miles de años, pero, como viajero del tiempo, sé que no es así. De hecho, soy tan sólo una semana más viejo que cuando inicié el experimento. Ahora comprendo que la naturaleza ha fijado la fecha de mi muerte, no en términos de años de acuerdo con los cálculos humanos, sino en relación con los años de mi vida. Yo moriré dentro de un cierto número de mis propios años a partir de mi fecha de nacimiento, prescindiendo de cómo ese número de años pueda ser dividido o distribuido en el futuro.

»—Hay una cuestión que, a mi juicio, es aún más curiosa —observó el senior—. Cómo es que nosotros, con nuestra gran civilización, nuestro enorme interés en todas las ramas de la ciencia, no hemos sido capaces de resolver un problema que ya ha sido solucionado por dos personas que nos anteceden por miles de años.

»—Henshaw no lo ha resuelto —le señalé.

»—No me refería a Henshaw, sino a su predecesor.

»—¿A mi predecesor? —repetí, sin lograr comprender lo que quería decir.

»—Ya le dije que el viaje en el tiempo era algo que nosotros conocíamos —intervino Melsona—. La primera vez que conversamos le comenté que se había realizado antes.

»Hice un esfuerzo de memoria y me pareció recordar vagamente que había dicho algo al respecto. En aquel momento no le había prestado mucha atención, pues estaba bastante confundido.

»—Cuando Schweil apareció, manifestando que...

»—¡Schweil! —grité con toda la fuerza de mis pulmones—. ¿Dijo usted *Schweil*?

»—Si —contestó el senior, con expresión sorprendida—. Cuando él se presentó diciendo que procedía más o menos de la época de usted, se burlaron de él, y...

»—Dígame —le interrumpí—, ¿de qué año manifestó que procedía?

—Deje que lo piense. —Clavó la vista en el suelo y pensó durante un lapso exasperantemente largo—. Fue en mil novecientos cuarenta y cuatro, creo.

—¡Eso es! —grité, temblando literalmente de excitación—. ¡Eso es!

»La gente que nos rodeaba me miraba como si pensarán que estaba loco. Me estaba poniendo en evidencia, pero no me importaba.

»—¿Le conocía usted? —inquirió el senior, con tono tranquilizador.

»—No. Falleció unos pocos años antes de nacer yo. O creyeron que había

fallecido.

Partió en su avión particular con la manifiesta intención de asistir a un congreso científico en Nueva York. Desapareció. Los restos de su avión aparecieron en las playas de Nueva Escocia un mes más tarde. Era algo excéntrico, no gozaba de muchas simpatías, y algunas personas sugirieron que era un caso evidente de suicidio. Sus teorías, y las de sus sucesores, me resultaron de suma utilidad. ¿Qué se hizo de él?

¿Dónde está? Hábleme de él, se lo ruego..., cuénteme todo lo que sepa.

»El senior parecía confundido; aspiró profundamente y dijo:

»—En el año trescientos doce N. C., hace cuatrocientos sesenta, este tal Schweil apareció en las afueras de Metro, nuestra gran ciudad sobre el Támesis, y aseguró que había viajado a través del tiempo, procedente del pasado. Su máquina tenía la forma de una tosca esfera metálica de unos tres metros de diámetro. A pesar de sus características atávicas, nadie le creyó. Examinaron su máquina y decidieron que se trataba de una broma.

»”Lamentablemente no estaba en condiciones de probar lo que afirmaba, salvo ofreciendo una demostración práctica y alejándose, así, de la gente a quien tenía que convencer, pues nos explicó que si bien se podía viajar hacia el futuro, no podía haber movimiento alguno hacia el pasado.

»—Absolutamente cierto —dije, pendiente de cada una de sus palabras.

»—Estaba muy amargado. Según él la nuestra era la octava era que había visitado y en ninguna de ellas le habían creído. Al fin, emigró a Venus, llevándose con él la esfera de metal. Vivió allí casi un año, y luego logró convencernos de que decía la verdad. Lo hizo encerrándose en su esfera y desapareciendo ante los ojos de un millar de colonizadores. Jamás regresó. Desde entonces no hemos vuelto a saber nada de él.

»—Partió hacia el futuro —dije, saltando como un gato—. Partió hacia el futuro.

¡Oh, si pudiese encontrarle! ¡Un hombre de mi propia época, un compañero ideal para mis viajes! ¡Debo encontrarle! ¡Debo encontrarle sea como fuere! Me espera en alguna parte en el mañana. ¡Tengo que buscarle! ¡Mi cabina debe ser transportada a Venus en seguida!

»Y diciendo esas palabras, en mi insana excitación salté al carril central y empecé a correr por él, con una obsesión; llegar al Museo de Ciencias cuanto antes y disponer el traslado de mi cabina.

»El esfuerzo de la carrera debió de calmarme. A un kilómetro avenida abajo, gané el pavimento y esperé que me alcanzaran los demás. Llegaron sin aliento, primero Henshaw, luego Melsona y por último el senior, bastante rezagado y dando señales de una gran fatiga.

»Entramos juntos en el Museo, donde Melsona preguntó por el sitio en que habían colocado mi cabina. Guiados por él, llegamos al último piso. Por ese entonces

yo ya había recobrado mi sangre fría en grado suficiente como para recordar que mis compañeros deseaban examinar la cabina. Abrí la puerta y procedí a explicarles cómo funcionaba el aparato de rayos y las teorías en que se basaba.

»—Aparentemente la cabina no había sufrido daños serios. Las esquinas exteriores estaban bastante rayadas y golpeadas; una de las ventanillas estaba resquebrajada.

Extraje las válvulas y el tubo de rayos, los observé a contraluz, y volví a colocarlos al ver que se encontraban en excelente estado.

»—Revisé todo el aparato, ajustando un cable aquí y apretando un terminal allí.

Durante varios minutos me comporté como una madre atendiendo a su bebé. Cuando me incliné para examinar el contacto vibrador McAndrew experimenté un mareo y el contacto se borró de mi vista.

»—Me incorporé; vi que las ventanillas enmarcaban una semitransparencia en la cual danzaba una vaga sombra, que flameó un instante y luego se desvaneció al igual que la llama de una vela agotada. Me asaltó el pánico, cuando una niebla familiar obscureció mi vista. Comprendí lo que había sucedido. De alguna manera el proyector se había puesto en funcionamiento.

»—Frenéticamente, extendí la mano entre la niebla que me envolvía buscando el conmutador. Las raudas sensaciones alternadas de suavidad y aspereza obnubilaban mi mente. Lo palpaba todo como un beodo que buscara algo sin saber muy bien qué.

Tiraba de cuanto tocaba mi mano. Trataba de arrancar objetos que no veía y que se negaban a ceder. Extraía cosas que volvían a su lugar como movidas por un resorte.

»—No sé cuánto tiempo actué de esa manera. Me desesperaba cada vez más al saber que el último mundo feliz que había elegido se alejaba rápidamente en el irrecuperable pasado. Comencé a dar puntapiés salvajemente en todas direcciones. Un vidrio se quebró y acto seguido una violenta sensación recompensó mis esfuerzos. La niebla se aclaró, permitiéndome ver una válvula rota. La cabina se había detenido.

—Un denso vaho recubría las superficies interiores de las ventanillas. Un fuerte y agudo silbido atrajo mi atención. Quedé horrorizado al ver que el aire escapaba hacia el exterior a través de la rendija de la puerta parcialmente abierta. La cerré firmemente, abrí la llave del tanque de oxígeno suplementario, froté la capa húmeda que empañaba los vidrios de las ventanillas y miré al exterior.

»La escena ante mis ojos era de lo más deprimente: una llanura lisa y uniforme de polvo y cieno se extendía sin interrupción hasta el horizonte. El firmamento hacia un costado estaba iluminado por una luz blanquecina; hacia el otro, adquiriría una ominosa oscuridad púrpura. Una sola mirada me bastó para comprender que aquél era un mundo carente de aire, desierto, sin vida. El horror se apoderó de mí con el conocimiento de que mis horas estaban contadas. La muerte me esperaba afuera... ¡y adentro!

»Horas más tarde, mientras se iba consumiendo el precioso oxígeno, miré sumido en el abatimiento a través de los vidrios de mi cabina, y me di cuenta de que el cielo no había sufrido el más ligero cambio y que aparentemente me encontraba detenido en una zona de crepúsculo perpetuo. En tanto miraba, algo instintivo me obligó a concentrar mi atención en el lejano horizonte. Allí, describiendo una curva majestuosa, apareció una colosal nave espacial, el estilizado fuselaje reluciente, la

cola adornada con un plumaje de fuego. Mi corazón latía aceleradamente mientras yo seguía la línea de vuelo de la nave hasta que se hundió en un invisible lugar de aterrizaje justo en el filo del horizonte de la Tierra.

»No se me ocurrió preguntarme con qué propósito una nave espacial debía sobrevolar un mundo sin aire. La idea de que podía ser víctima de un espejismo forjado por mi propia imaginación nunca pasó por mi mente. Doblé un pañuelo para formar una especie de almohadilla, la sujeté sobre el pico del casi vacío tanque de oxígeno y abrí la puerta. Apretando la almohadilla contra mis ventanas nasales, corría hacia el horizonte...

»Me pareció recorrer incontables kilómetros con el pecho agitado, el corazón martillando y el cerebro convertido en un remolino. La lengua se me hinchaba en la boca; los ojos se me saltaban dolorosamente de las órbitas; de pronto dejé de ver. No sabía si me movía en línea recta o describiendo círculos ni me importaba. Lo más importante era seguir moviéndome. Fui presa del delirio; avanzaba, avanzaba, avanzaba igual que un autómata.

»Mi tanque de oxígeno debió de caer al suelo; yo seguramente me desplomé y expiré. Pero no lo recuerdo. Mi última remembranza de la Tierra es la sensación de huir con los pies pesados como el plomo al igual que cuando uno se siente perseguido por fantasmas en una pesadilla. Ya conocéis el resto de mi historia. Recobré el sentido en la cámara de resucitación del Instituto Kar, con el cuerpo transido de dolor, y el pulso latiendo al ritmo de un corazón artificial suspendido sobre mi pecho.

»¿Y ahora qué? Tenéis el derecho de saberlo. Tengo la intención de pasar una temporada recorriendo vuestro bello mundo. Deseo ver lo que sea digno de verse, estudiar vuestras costumbres. Con mucho interés me he enterado de que la inmensa tarea realizada como consecuencia de la Gran Migración ha causado muchos cambios radicales en relación con el mundo que visité en mi última etapa. Quiero leer sobre la Gran Migración, conocer todo lo que haya que saberse acerca de esta notable epopeya en la historia de la humanidad, enterarme de los cambios que se han producido, como, por ejemplo, el retorno a un sistema monetario.

»Luego pondré manos a la obra y me construiré otra cabina para viajar en el tiempo. Lo haré porque estoy dispuesto a encontrar a mi compatriota temporal Schweil.

Nos necesitamos el uno al otro. ¿Queréis saber cómo espero lograrlo? Yo os lo diré.

»Realizaré una serie de saltos breves hacia el futuro y de ello deduciré los datos necesarios para efectuar ciertos cálculos que, cuando los complete, me permitirán partir hasta una fecha predeterminada. Si Schweil no ha aparecido hasta ese momento, le dejaré un mensaje, proponiendo una cita en el futuro lejano, y entonces partiré hacia esa fecha. Cuando Schweil llegue, y reciba mi mensaje, viajará hasta la

misma fecha.

Así nos encontraremos en esa cita en el futuro.

»No tengo la menor duda de que el plan saldrá a las mil maravillas, siempre que Schweil reciba el mensaje. Tendréis que buscarle. Estoy seguro de que ya ha aparecido una docena de veces desde la última oportunidad. Debido a las anteriores recepciones de que fue objeto, y conociendo su carácter como yo lo conozco, puedo aseguraros que volverá secretamente, sin publicidad.

»¡Vosotros podéis ayudarme! ¡Todo cuanto os pido es que transmitáis mi historia y mi mensaje a las futuras generaciones!

El locutor del estéreo se adelantó silenciosamente en dirección a la pantalla de transmisión. El auditorio era una masa de ojos fijos en la figura del centro. Con un brusco movimiento, Glyn Weston, el «Buscador del Mañana», abandonó el escenario.

**FIN**



# **El Paraje Muerto**

*Jack Williamson*

El *paraje muerto* apareció el 8 de mayo de 1940. El día anterior la tierra estaba dorada por el trigo que esperaba ser cosechado. Al siguiente, en una zona que cubría dos millones y medio de hectáreas de Kansas a Nebraska, no había más que desolación y muerte.

Sucedió al anoecer. Un breve resplandor purpúreo encendió el firmamento. Todos quienes lo vieron experimentaron una quemazón en la piel, un dolor quebrantador en los huesos, una sed torturadora. Y murieron... Fue una muerte espantosa.

Los conocimientos de la medicina resultaron inútiles; los médicos perecieron con los demás. Los cadáveres se convirtieron en densas cenizas grises, que ningún viento podía remover. Las moradas, los graneros y el trigo se consumieron bajo la increíble putrefacción que atacaba toda la materia orgánica, convertidos en montones de polvo. De noche adquirirían una extraña luminosidad, y el sol se levantó sobre un desierto uniformemente gris de ruinas leprosas.

Sus límites quedaron curiosamente marcados. Todos los que se aventuraban más allá de la barrera, incluso los aviones que sobrevolaban la zona, caían instantáneamente. El mundo entero quedó aterrado ante aquel inexplicable cáncer que había surgido en el planeta y que los reporteros de televisión bautizaron con el nombre de Paraje Muerto. ¿Qué había sucedido? ¿Y si se repetía? Con el fin de buscar una respuesta a esos angustiosos interrogantes, el presidente convocó al Congreso en sesión de emergencia.

Ninguna ayuda podría brindarse, puesto que no habían aparecido sobrevivientes de la tierra destruida. La ciencia no lograba explicar las causas de la desolación. Los perplejos Legisladores concluyeron por crear el Servicio Secreto Especial.

Al querer nombrar un jefe para el SSE, el presidente mandó llamar a un hombre que, la noche de la catástrofe, se encontraba en el fondo del Pacífico.

Ryeland Ames, que sólo tenía veinticinco años en ese entonces, ya era doblemente famoso por las arriesgadas exploraciones de los lechos marinos en la *bentosfera* de su propia invención, y por el sorprendente éxito obtenido al desintegrar el átomo con su *superciclotrón*.

Ames, un joven de tez bronceada, un metro ochenta de estatura, con enmarañados y duros cabellos rojizos, serenos ojos azules y vigorosa complexión, entró en el despacho del mandatario y escuchó con grave expresión.

—Haré cuanto pueda, señor presidente —dijo—. Pero hay otros hombres mayores que yo, más capacitados. Rathbone, por ejemplo, es el mejor físico en radiación del mundo.

—Rathbone está en el hospital —explicó el presidente—, con pocas probabilidades de recuperación. Sufrió graves heridas al fracasar un experimento. — Su mirada se posó de nuevo en el enjuto científico—explorador—. No; usted es el

hombre para esta tarea, Ames. El Paraje Muerto eliminó a doscientas mil personas. Si el fenómeno se repite, pueden perecer dos millones... ¡o toda la población mundial, por todo lo que sabemos! Su misión consiste en descubrir la causa y suprimirla.

—Gracias, señor presidente —repuso Ryeland Ames—. Lo intentaré.

Y Ames lo intentó. El SSE estuvo completamente organizado en el término de una semana, con quinientos hombres reclutados entre la policía y los departamentos de investigación federales. Estableció una guardia en el Paraje Muerto, lo hizo cercar con una valla de acero de tres metros de altura para evitar que penetraran en él personas descuidadas, y reunió a un equipo de científicos a fin de que estudiase el desastre desde todos los ángulos posibles.

Incluso incorporó al doctor Gresham Rathbone. El físico se encontraba en el hospital agonizando de una afección cardíaca incurable, agravada por las heridas sufridas. ¡Ames le construyó un corazón nuevo!

El novedoso bombeador de sangre estaba basado en los principios de Lindbergh y Carrel. Consistía en un instrumento diminuto y compacto, insertado en la cavidad torácica, con los conductos de platino ingeniosamente suturados con las grandes venas y arterias. Los nervios del plexo cardíaco, lo controlaban mediante las pulsaciones de un minúsculo relé electromagnético.

Su característica más notable, sin embargo, era el proveedor de energía.

Una pequeña cantidad de hidrógeno obtenida del vapor de agua, transformada en helio merced a un proceso secreto que Ames había descubierto durante sus experimentos con el superciclótron, proporcionaba la inagotable energía. Éste «corazón de hierro», le prometió Ames, funcionaría durante cien años. Sólo era necesario que Rathbone se inyectara semanalmente un líquido catalítico de color verde claro que activaba la reacción atómica.

A las pocas semanas, Rathbone se levantó y pudo incorporarse al equipo de científicos de Ames. Rathbone era un hombre alto, de rostro aguileño, con recios cabellos grisáceos y hundidos ojos azules, de mirada aguda y glacial, que aún conservaban una expresión desvaída y traducían la irritación fruto de su dolencia.

—He dibujado un mapa del Paraje Muerto —le comentó Ames, cuando se presentó a la tienda de campaña donde funcionaba la oficina central de operaciones—. El centro del círculo era la ciudad de Freedom. —Su mirada serena escrutó el pálido y arrugado rostro de Rathbone—. Y hemos descubierto que fue allí donde usted sufrió el accidente. Quiero saber qué estaba usted haciendo en ese lugar, Rathbone.

Los hundidos ojos de éste ardieron con un feroz encono.

—De no haber sido por usted, yo estaría muerto —respondió Rathbone—. Y haré cuanto pueda para ayudarle. —Sus huesudos dedos se cerraron como garras—. ¡El hombre que me hirió fue el doctor Clyburn Hope! —exclamó con voz ronca—. ¡Y

fue Hope el causante del Paraje Muerto!

Ames se sobresaltó.

—Cuénteme —murmuró—. ¿Qué sucedió?

—Hope era un genio extraordinario —gruñó Rathbone con su voz nasal—. Era el mejor biofísico de América. Estaba trabajando en Freedom. Provocando mutaciones y cultivando células artificiales, Hope creaba nuevas especies.

—¿Nuevas especies? —repitió Ames, la voz entrecortada.

Los ojos hundidos de Rathbone flamearon de nuevo.

—Así es... Hope no estaba satisfecho con la raza humana actual. ¡Ése era el motivo de nuestras disputas! —Sus manos se relajaron—. Se ha logrado causar mutaciones con éxito mediante la transformación de cromosomas celulares someténdolos a distintos tipos de radiación —explicó—. Y Hope había solicitado mi colaboración, porque soy especialista en radiaciones.

Ames se inclinó hacia delante, escuchando con atención.

—La evolución —continuó diciendo Rathbone— ha sido un progreso accidental, que se hizo posible mediante el bombardeo del plasma embrionario con rayos cósmicos y sus radiaciones secundarias. Hombres como Muller, con sus experimentos con la mosca de la fruta, han acelerado la evolución muchos miles de veces utilizando rayos x o los del radio. Pero Hope descubrió algo mejor aún: el campo *sigma*.

»Se trata de una especial curvatura del espacio análogamente relacionada con el campo magnético. Su peculiaridad más significativa reside en que a casi todos los átomos por encima del neón los torna inestables, radiactivos. ¡El campo *sigma* acelera la evolución hasta el límite impuesto por la destrucción efectiva de las células embrionarias!

»Con ello, y su técnica para elaborar células vivas artificiales mediante la combinación de las principales moléculas proteicas, Hope se dedicó a crear una nueva raza, ¡para reemplazar a la humanidad!

Sus manos se crisparon otra vez.

—Por eso nos peleamos. Porque yo sabía que esa nueva raza debería de ser enemiga de la vieja. —Contuvo un suspiro—. Luchamos en el laboratorio. Él me hirió... y, de no haber sido por su habilidad. Ames, yo ya no existiría.

»¡Y ese campo *sigma* es lo que causó el Paraje Muerto!

—¡Ah! —Ames, que le miraba fijamente, al fin asintió—. Comprendo —murmuró—. La radiactividad destruye la vida normal... ¿acaso para hacer lugar para esos nuevos seres? —Se puso en pie, prestamente—. ¿Puede usted neutralizar ese campo?

—No —repuso Rathbone, meneando la cabeza—. Hope me trataba como a un mecánico. Yo proyectaba los equipos de acuerdo con sus indicaciones, pero se mostraba muy reservado con respecto a sus teorías y descubrimientos. Ni que decir

tiene que, a pesar de ello, mis conocimientos están a su servicio.

—Gracias, doctor —dijo Ames—. Le necesitamos. Si usted lograra...

Y el demacrado Gresham Rathbone se convirtió en el director del grande y nuevo laboratorio del SSE situado al margen del desolado círculo. Se invirtieron en el millones de dólares. Él y Ames, junto con centenares de científicos, trabajaban allí, desesperadamente. Hubo una docena de bajas a causa de horribles quemaduras cancerígenas producidas por radiaciones. Pero el secreto del campo *sigma* persistía a pesar de todas las investigaciones.

Y las tierras del Paraje Muerto permanecían inconquistables..., letales.

No obstante, tres años más tarde, una serie de muertes extrañas, ocurridas en unos talleres metalúrgicos, en los depósitos de la Fort Knox y en el Banco de Inglaterra, condujeron a una investigación a cargo del SSE. Todas las víctimas habían fallecido a causa de quemaduras provocadas por radiaciones. Y los hombres de Ames encontraron millones de dólares en oro, plata y platino, que denotaban una disminución de la radiactividad. La fuente no pudo ser detectada, pero Ames sugirió una teoría.

—Es posible que prosiga la transmutación en el Paraje Muerto —le dije a Rathbone—. Que elementos livianos, sometidos a radiación, se conviertan en preciosos metales pesados. Si fuese posible que los hombres entraran y saliesen...

—¡Los hombres —le interrumpió Rathbone con tono solemne— o los seres artificiales del doctor Hope!

Y transcurrieron unos años más. Ryeland Ames seguía a cargo del SSE.

Su indómito rostro adquirió una expresión ceñuda.

Sus ojos azules adquirieron un brillo espectral. Todos los años se pasaba meses en un globo de observación anclado cerca del muro de la muerte, estudiando la radiación con electrómetros, espectrómetros y contadores Geiger.

Terribles quemaduras le obligaron a internarse en el hospital. Su sombrío rostro tenía un oscuro tono moreno, como chamuscado.

Se tornó triste y callado, incluso con Rathbone. Pocos habían visto la fotografía que siempre llevaba en su billetera. Mostraba la extensa desolación de las Tierras Muertas y la diminuta y distante figura de una mujer, volando sobre aquella horrenda llanura... aparentemente con frágiles alas blancas. Pero Ames no daba respuesta alguna con respecto al original de la fotografía. ¡A fines de 1959, el Paraje Muerto comenzó a crecer! Al igual que un cáncer gris de la Tierra, se iba extendiendo. La valla se desintegró. La vegetación y los edificios se convertían en polvo, denso y pesado. Se perdieron pocas vidas, pues Ames supervisó la evacuación de las ciudades y granjas amenazadas antes de ser alcanzadas por el lento e inexorable avance. Pero todos los esfuerzos fueron vanos para detenerlo.

Las Tierras Muertas ya habían alcanzado el río Missouri. Ahora sus aguas

absorbían más y más de aquella energía letal. Se convirtió en un río terriblemente mortífero, que de noche adquiriría una luminosidad sobrenatural.

Todas las ciudades abandonadas, aguas abajo, se desmoronaron convertidas en polvo de muerte: Kansas, Saint Louis, Memphis, Nueva Orleans.

Dos años más tarde, en un precario campamento, que debería ser abandonado en cualquier momento, Ames le dijo a Rathbone que estaba dispuesto a internarse en el Paraje Muerto.

—¡Pero usted no puede hacer eso! —Tensas líneas se formaron en las comisuras de la ancha boca de Rathbone, y un temor gris ensombreció sus hundidos ojos—. Sería... la muerte.

—Debo hacerlo —repuso Ames, secamente—. El Paraje Muerto debe ser detenido. Basándonos en el ritmo de su avance, podemos calcular el tiempo de vida de cualquier ciudad, o del mundo entero. Y no será mucho.

—Una docena de hombres del SSE han penetrado en él —adujo Rathbone—. Con la máxima protección que pudimos ofrecerles. Y ninguno regresó. La vida simplemente no puede perdurar, en el Paraje Muerto.

—Pero hay vida. Yo lo he visto..., y saqué una fotografía.

Y Ames le mostró la instantánea de su billetera. Con el ceño fruncido, escéptico, Rathbone la estudió en silencio.

—La saqué desde el globo, con teleobjetivo. —La dura mirada y la grave voz de Ames se habían suavizado—. La había visto antes, con los prismáticos..., media docena de veces en los últimos tres años. Y..., bueno..., he soñado con ella.

El delgado científico lanzó un áspero bufido, y un ligero rubor se extendió por el rostro moreno de Ames.

—No hago más que contarle un hecho, Rathbone —dijo tristemente—. No estoy dándole una explicación, porque no puedo. Pero tres veces distintas, en el globo, cuando estaba medio muerto de cansancio, me pareció... o soñé... que ella me hablaba. Realmente tiene alas. Se llama Arthedne. Se encuentra en una situación desesperada. Y sabe mucho con respecto a todo este misterio. Si pudiera encontrarla...

Rathbone lanzó otro bufido.

—De cualquier manera, voy a ir. —Ames alargó prestamente la mano para tomar la fotografía—. Ya he proyectado el equipo... con unos cuantos nuevos agregados de mi invención. Deseo que usted revise mis planes...

—Te digo que la vida no puede existir... —insistió Rathbone.

—¡Y yo digo que sí! —replicó Ames—. Y lo que es más, existe un tráfico regular, hacia dentro y hacia fuera. Nuestros detectores han señalado aviones cohete, volando a demasiada altitud como para poderlos seguir. ¡Y hay más metal contaminado en el mercado! Ha sido sometido a tratamiento para neutralizar la

radiación, ¡pero hay el suficiente como para demostrar que proviene del Paraje Muerto!

Un mes más tarde, un avión de extraño aspecto estaba emplazado en un campo cercano al límite progresivo de las Tierras Muertas. Tenía una forma achaparrada, rechoncha, pintado de color gris con una pintura especial a base de plomo. Las líneas aerodinámicas de su fuselaje cubrían una esfera de algo más de un metro que contenía una capa de agua entre los dos paneles de una aleación de plomo.

Junto a la máquina, Ryeland Ames se movía torpemente dentro de un voluminoso traje de tela de plomo, tan pesado que hasta su fuerte contextura apenas podía soportarlo. Sus ojos azules escudriñaban a través de unos enormes lentes de cristal emplomado. Una pesada automática estaba sujeta al cinto, cuyo peso era compensado por dos brillantes cilindros de acero que colgaban en el otro lado.

—El plomo absorberá parcialmente los rayos —explicaba impaciente a los reporteros televisivos—. Las pantallas magnéticas desviarán ciertas radiaciones también. Los átomos de hidrógeno del agua atraparán algunos neutrones. La protección no es perfecta. Pero espero poder echar una ojeada al centro del Paraje Muerto, y regresar con vida.

Comenzó a introducirse con torpes movimientos en la esfera de plomo.

Un reportero inquirió:

—Ésos cilindros...

—Son bombas atómicas —gruñó Ames—. Hidrógeno triatómico estable, sometido a alta presión. Mi proceso catalítico lo convertirá instantáneamente en helio... y liberará suficiente energía para hacer volar media ciudad.

La pesada portezuela fue atornillada en su lugar. Un periscopio asomaba girando hacia atrás y hacia delante. El avión se alejó rugiendo rudamente por el campo y despegó pesadamente. Los espectadores contuvieron el aliento, al ver que sobrevolaba la invisible barrera. Pero no cayó. Siguió adentrándose en línea recta hacia el corazón de las Tierras Muertas. Se fue achicando hasta convertirse en una mota y desapareció tras el gris horizonte.

Pero la grave voz de Ames resonó a través del comunicador de onda corta:

—Estoy siguiendo una tenue faja que debió de haber sido una autopista.

Más allá hay una forma rectangular en el polvo. Debió de ser una ciudad...

Un nuevo silencio, alterado por el murmullo de las perturbaciones atmosféricas.

—¡La válvula de oxígeno se ha atascado! —Había transcurrido media hora y la voz de Ames era más débil—. Tuve que abrir la escotilla para respirar. No puedo comprender a qué se debe la falla..., la válvula fue controlada esta mañana...

»Me siento dolorido y acalambrado. Comienzo a sentir hormigueo en la piel. La radiación penetra en mi organismo, sin duda. Pero quizá tenga tiempo...

Otra pausa con el característico zumbido.

—Algo en la lejanía...

»¡Son edificios! Un humo verde sale de una alta chimenea. Un extenso vaciadero gris y enormes máquinas excavadoras. ¡Parece una mina...! ¡Y un campo de aviación, con largos aviones cohete! Debe de ser donde el metal transmutado...

Diez minutos de tenso silencio y crepitación estática.

—El motor se está recalentando. —La voz sonaba ronca, forzada—. Pierde gasolina..., quizá se está desintegrando... pero ¡allí! —Siguió una exclamación admirativa e incrédula—. ¡Allí..., es una ciudad...!

»Sí, una ciudad en medio del Paraje Muerto. Torres metálicas. Chimeneas que arrojan humo verde. Y máquinas..., ¡qué máquinas! Pero debo regresar. La radiación comienza a surtir efectos en mí...

Un prolongado silencio; luego el murmullo final:

—No podré lograrlo. El motor ha dejado de funcionar. Missouri a la vista.

Algo..., una extraña agitación en el farallón. Y veo algo que avanza... ¡parece un gigante metálico...! ¡Bien, Rathbone, usted me lo advirtió! ¡Pero siga adelante!

¡El SSE debe detener el avance del Paraje Muerto!

La débil voz enmudeció bruscamente. El zumbido y el restallar de las desconocidas energías de las Tierras Muertas eran los únicos sonidos que llegaban al receptor. Cayó la noche, y el círculo prohibido adquirió de nuevo su irreal luminosidad.

Oprimiéndose con ambas manos las sienes que parecían a punto de estallar, Ryeland Ames trató de incorporarse. Algo le había golpeado la cabeza.

Entonces recordó. La colisión le había hecho perder el sentido. Aún se encontraba en la esfera de plomo.

Se sentía la piel ardiente, como aguijoneada. Un dolor apagado le roía los huesos. Le torturaba la sed. Sintió deseos de beber el agua que brotaba a través del resquebrajado panel interior, pero sabía que las radiaciones absorbidas la habían convertido en un líquido letal...

La muerte del Paraje Muerto que lo sembraba todo de polvo y ruinas.

Con desmañados movimientos impuestos por la pesadez del traje, abrió la escotilla. Anochecía. La estéril llanura ya brillaba con su fantasmagórica y tétrica luminosidad. El farallón del otro lado del Missouri resplandecía con destellos apagados, y el río era una perezosa serpiente de mórbidos movimientos.

Allí había visto lo que parecía un gigante metálico. Ahora, en dirección al río, percibió un fugaz destello. ¿Era la misma cosa metálica, acechando cautamente por el borde de la margen seca, acercándosele furtivamente? ¿Y qué era? ¿Un hombre, o alguna horrenda criatura creada por Clyburn Hope?

Con los miembros ateridos salió de la esfera, al tiempo que palpaba con las manos enfundadas en los guantes emplomados la automática y las dos bombas atómicas.



Abandonando los restos destrozados del avión, que ya empezaba a desintegrarse envuelto en aquel resplandor irreal, dirigió sus pasos río arriba.

—Debo salir de aquí, claro —musitó—. Pero primero tengo que encontrar una respuesta más.

Pues era en aquella dirección que había captado el movimiento en el farallón.

Insólita jornada. Trepaba por montones de denso polvo encendido de fríos colores violeta, verde, púrpura, amarillo. Se hundía en depresiones donde flotaba un gas luminoso que le quemaba los pulmones como si fuese fuego. Se desplomaba. Se levantaba pesadamente. Caía de nuevo.

El dolor que sentía en los huesos se hacía cada vez más intenso. Su cuerpo era una brasa. La sed le causaba una insoportable agonía... Una vez miró hacia atrás y vio un reflejo de algo en movimiento. ¿Le estaba siguiendo?

Poco importaba. Ahora, él avanzaba arrastrándose.

Entonces, cuando parecían perdidas todas las esperanzas, ella fue a su encuentro.

Arthedne: el brillante ser de la fotografía y los sueños. Se elevó por encima de los oscuros farallones, planeó hacia él en alas de resplandeciente luz. Las brillantes alas no batían, sino que poseían una vibración colorida, que pasaba del dorado al rosa, del malva al azafrán.

Ames se arrastró hasta ponerse de rodillas, levantó una mano a modo de saludo. Ella se posó en el luminoso polvo ante él. ¡Sus alas habían desaparecido! Dos altas y gráciles fibras, parecidas a unas antenas, se elevaban curvadas desde sus hombros. Las alas, como dos llamas, habían latido entre ellas.

—¡Ames! —Su voz era una melodía argentina—. ¡Has venido!

Ella se le acercó prestamente. Era alta y esbelta y bella. Una túnica de hilos de plata se adhería a las curvas de su cuerpo. Una estrella de gemas fulguraba en la luciente diadema que le sujetaba los cabellos de oro.

—¡Arthedne! —exclamó con voz ahogada—. ¿Tú...?

Era real, humana. Incluso las delicadas hebras de sus vibrantes antenas de colores eran naturales, hermosas. Le eran tan necesarias como sus brazos.

Sin ellas, habría parecido desfigurada.

Ames se sintió desfallecer. Rechinó los dientes transido de dolor.

—Mi amor —musitó—. Te vi... volando. ¡Eras tan bella! ¡Deseaba..., esperaba... venir!

Ames se tambaleó. Las ágiles manos de Arthedne le sostuvieron.

—¡Ames! ¡Te percibí, allende las Tierras Nuevas! —Sus fuertes brazos le aguantaban—. Sólo en ti descubrí un parentesco con los de mi raza desaparecida, asesinados por los Tecno-hombres. Por eso te llamé. ¡Pero, Ames! —Se estremeció, alarmada—. ¡Estás enfermo!

—Me muero —murmuró él.

—Todavía no, Ames..., ¡porque te traje esto! —Extrajo un frasquito metálico y vertió en el tapón a rosca del mismo un líquido azul claro—. Eres como el doctor Hope..., de la antigua vida, que no toleraba las radiaciones de las Tierras Nuevas. ¡Bebe esto! Es la fórmula neutralizadora que le mantenía con vida.

Ames engulló el líquido, y sintió que recobraba rápidamente las fuerzas.

En unos pocos minutos fue capaz de ponerse en pie. Recordó el seguidor furtivo y miró hacia atrás con aprensión.

—Vi a los Tecno-hombres. —La voz de Arthedne temblaba de miedo—. Ésta noche hacen una batida. Pero quizá logremos llegar a Futuron. Ellos nunca la descubrieron, tras la pantalla de su campo *tau*.

En los ojos de Arthedne se reflejaba la pena y el temor.

—Futuron fue la última ciudad que los *neozoans...*, mi gente..., construyeron —explicó—. Cuando los rayos mortíferos de los Tecno-hombres destruyeron todo lo demás, cesaron de resistir, y no concibieron más hijos para vivir en un mundo de desesperación. Yo soy ahora el último de los *neozoans...*, y aún los Tecno-hombres andan de cacería.

»¡Pero vamos!

Ames se desplomó de nuevo a su lado. Luego llegaron al farallón donde él había visto aquel intrigante titilar. Era un pronunciado saliente que se internaba en el reluciente y emponzoñado Missouri. La excitación y el miedo enviaban una trémula luz de color a lo largo de las finas antenas de Arthedne.

—¿Dónde...? —empezó a decir Ames.

Se interrumpió, frotándose los ojos. Había percibido un leve zumbido. Y ahora las Tierras Muertas habían desaparecido. Se encontraban bajo una vasta cúpula de luz espiralada. Ante él se elevaban unas graciosas columnas y las blancas torres de una espaciosa construcción parecida a un templo.

—Esto es Futuron —dijo ella en voz baja.

—¡Pero yo no la había visto! —declaró Ames, sorprendido—. Y esta luz rosada...

—La ciudad es invisible... casi —explicó Arthedne—. Ésta es nuestra única defensa contra los Tecno-hombres. El campo tau, una adaptación del campo *sigma* del doctor Hope, desvía la luz en todo su entorno. La luz rosada es un afortunado efecto incidental. De otro modo, puesto que no entra luz alguna salvo a través de los atisbaderos, estaríamos en la oscuridad.

Delicadas flores, extraños capullos con brillantes matices de variedades que Ames no había visto jamás, ponían sus notas de agradables colores por todas partes, percibió un exótico perfume. Arthedne le condujo al sencillo y silencioso apartamento donde ella moraba.

—¿Toda esta ciudad —inquirió Ames, tratando de contener un estremecimiento

de maravillado asombro— ha existido y expirado desde la aparición del Paraje Muerto?

—El tiempo transcurre más rápidamente en el campo *sigma* —le explicó ella—. Doce seres de mi raza partieron con el doctor Hope para fundar la primera ciudad *neozoan*. Yo pertenezco a la cuarta generación.

Se sentaron en un sofá instalado en un pabellón iluminado con luz rosada. Ames se volvió hacia ella, y clavó su mirada en su rostro.

—¿Los Tecno—hombres —preguntó—, los creó el doctor Hope?

—Y a los *neozoans* también —repuso la joven en un murmullo—. Él pretendía modelar una nueva raza, más dotada que la antigua. Cometió muchos errores, hubo varios fracasos. Los Tecno—hombres fueron los primeros en constituir una promesa. Poseían cerebros grandes; pero sus organismos eran inadecuados y fue necesario complementarlos con intrincados mecanismos. El doctor Hope les mantuvo en observación en su complejo laboratorio.

»Mientras tanto, empero, otro experimento dio como resultado a los *neozoans*. Nosotros poseíamos un equilibrio entre las facultades mentales y las físicas, por lo cual somos más independientes de las máquinas. Estábamos dotados de nuevos sentidos, de nuevas facultades, de las que los Tecno—hombres carecían.

»El doctor Hope decidió dejarnos vivir... como una pequeña colonia, que podía existir en paz con la vieja raza. Y planeaba destruir a los Tecno—hombres, pues estaba alarmado por ciertos síntomas de crueldad atávica que había descubierto en ellos.

»Todas sus criaturas estaban adaptadas a vivir en el campo *sigma*, y por esa misma razón no estaban capacitadas para sobrevivir fuera de él. El doctor Hope meramente planeaba invertir el campo en el barrio de los Tecno—hombres.

»Sin embargo, poseían una mente muy astuta y el deseo de sobrevivir.

Desconfiaron del doctor Hope. Bajo el liderazgo de un mutante con una agresiva voluntad de poder innata, se rebelaron, se adueñaron del laboratorio y ampliaron el campo *sigma* hasta cubrir un vasto espacio.

—¡Ya comprendo! —musitó Ames—. ¡Entonces fue cuando aparecieron las Tierras Muertas!

—Para nosotros, las Tierras Nuevas —murmuró la extraña muchacha sentada junto a él—. El líder rebelde, el Tecno—Zar, trató de matar al doctor Hope y a todos los *neozoans* —prosiguió—. Pero éstos lograron escapar, para fundar nuestra primera ciudad. Y los Tecno—hombres construyeron Tecnópolis...

—¡Tecnópolis! —exclamó Ames—. ¿La ciudad que vi, bajo un manto de niebla verde?

—Ésa ciudad de grandes máquinas es Tecnópolis —confirmó la joven—. Desde ella, los Tecno—hombres declararon la guerra a mi pueblo perseguido. Durante largo tiempo, los *neozoans* tuvieron la esperanza de sobrevivir. Levantaron siete ciudades,

ocultas bajo la pantalla tau. Pero el doctor Hope falleció, y las nuevas armas atómicas de los Tecno–hombres les destruyeron.

»Entonces el Tecno–Zar comenzó a elevar la tensión del campo *sigma*, mantenida por los grandes generadores de la torre central de Tecnópolis. Él pretende extender las Tierras Nuevas por todo el planeta. Su meta es llegar a dominar el mundo...

—¡Conque es eso! —exclamó Ames en voz baja—. Es esa máquina la que hace crecer el Paraje Muerto. ¡Entonces debe ser destruida!

Arthedne empezó a hablar, pero se contuvo. Un extraño temor oscureció sus ojos violeta. Su esbelto cuerpo se estremeció bajo la túnica de plata, y el resplandor de color de sus caídas antenas palideció. Por último, dijo con tono grave:

—Eso no sería fácil, Ames; Tecnópolis está muy lejos y los Tecno–hombres ya nos persiguen por aquí. La ciudad y la torre del Tecno–Zar están bien vigiladas y protegidas. Y los generadores del campo son demasiado grandes como para poder ser destruidos fácilmente.

—Poseo un arma —Ames acarició las bombas atómicas—, y puedo intentarlo.

La muchacha adoptó un aire extremadamente solemne.

—Cuando te hayas repuesto —murmuró lentamente—. Ahora puedes quitarte tu traje protector —le dijo—. Como has tomado la droga, no es necesario. Y ahora cenaremos.

Silenciosamente, preparó una mesa provista de manjares tan exóticos como las flores que la adornaban. Una música sobrenatural sonaba tiernamente, el lamento de una raza desaparecida. Ames trató de olvidar el horror que anidaba allende las columnas bañadas de luz rosada y la desesperada misión que le esperaba. Atraído hacia sí la grave y extraña belleza de Arthedne. Ella era cálida y trémula en sus brazos, sus labios, embriagadores. Durante un espacio de tiempo logró olvidar...

Súbitamente Arthedne se puso en pie de un salto, con las antenas levantadas y titilando en señal de alarma.

—Han descubierto Futuron —gritó—. La lámina–visor nos mostrará...

Corrió a un alto aparato. Ames miró por encima del hombro de Arthedne la oculta pantalla y vio a los Tecno–hombres. Un ejército de gigantes metálicos de casi cuatro metros de altura, que avanzaba desde la lúgubre llanura de Tierras Muertas. Relucientes brazos aferraban extraños mecanismos: ¡armas!

Con desesperación, Ames buscaba una brecha entre las apretadas filas. Pero sólo había el río brillante y letal.

Estrechó a la joven contra su cuerpo.

—Tú puedes volar —dijo en voz baja—. Puedes huir. ¡Y yo... me enfrentaré a ellos!

Ella sacudió su dorada cabeza, con desesperanza.

—Estarán vigilando con sus rayos mortíferos. Quemarían mi cuerpo en el aire. —

Se apretó más a él, murmurando—: Además, Ames, no pienso separarme de ti.

De pronto los serenos y azules ojos de Ames se estrecharon. Desprendió una de las pequeñas bombas atómicas del cinto y rápidamente conectó el fulminante de tiempo.

—¡Hay una salida! —Su voz sonó grave e inflexible—. ¡El río!

Dejó caer la bomba tras de sí. Contando mentalmente, cogió a la joven del brazo y corrió con ella hacia una torre que se alzaba en el límite de Futuron con el río. Detrás de ellos, cuatro Tecno-hombres cruzaron la pantalla rosada.

Al agacharse para enfrentarse a ellos, Ames vio unas abultadas y gigantescas cabezas dentro de los enormes cascos de vidrio y acero. Vislumbró los menudos y atrofiados miembros en los controles de los cuerpos metálicos.

Entonces los ojos relucientes, profundamente hundidos, descomunales, extraordinariamente inhumanos, les descubrieron. Unos tubos brillantes les apuntaron ominosamente.

La automática atronó con repetidas sacudidas en la firme mano de Ames.

Los tres gigantes más cercanos se desplomaron, con los cascos destrozados.

Pero, un dedo verde, incandescente, lanzado por el cuarto, se estrelló contra las blancas columnas de Futuron. Un grácil capitel central explotó... ¡y la pantalla rosada se esfumó!

Toda la vasta desolación de las Tierras Muertas se hizo visible de nuevo, y el círculo de gigantes se estrechó rápidamente, con las extrañas armas preparadas.

—... diecinueve —musitó Ames—, ciento veinte... ¡Salta!

Lanzó el arma descargada, y arrastró a Arthedne con él al saltar del farallón. La aceitosa y reluciente superficie del río pareció subir a su encuentro, les golpeó con un frío impacto aturdidor y les engulló.

Una tremenda explosión sacudió las aguas, como si el mundo entero se hubiese estremecido bajo el choque de un martillo cósmico. Medio atontados, bregaron para ganar la superficie... y se sumergieron de nuevo para escapar de la lluvia de fragmentos de la ciudad destruida y de sus invasores que caían al río.

—¡Futuron! —El murmullo ahogado de Arthedne estaba preñado de dolor—. Donde yo nací...

Nadaron río abajo. Nada se movía a lo largo de los farallones que relucían veladamente. Salieron al fin, tendiéndose uno al lado del otro para reposar en una franja de resplandeciente arena amarilla. Ames estrechó a la muchacha entre sus brazos, musitando:

—Amor mío, sabes que te amo.

Los ojos violeta de Arthedne se humedecieron de lágrimas. Le besó, acurrucándose junto a él. Cálidos y coloridos latidos estremecían sus largas antenas.

—Abrázame fuerte, Ames —murmuró—, antes que la alegría me haga salir

volando. —Pero súbitamente su esbelto cuerpo se puso rígido como si hubiera sufrido un espasmo de dolor. Se incorporó—. ¿Por qué fingir? —espetó. El tono de su voz era ronco, ahogado por la pena—. Tú eres como los de mi propia raza, Ames. Hay una nueva chispa vital en ti..., el proceso evolutivo intenta salvar la brecha entre tu raza y la mía. Y yo te amo, Ames..., te quiero. Pero no puedes vivir en las Tierras Nuevas... permanentemente. Y yo no puedo vivir fuera de aquí. —Trató de contener un sollozo—. Tu naturaleza busca a tientas la mía.

Pero se abre un abismo entre nosotros que jamás podremos cruzar. Al menos...

Sus ojos violeta se clavaron en la lejanía a través del brillante río, y ella se estremeció de nuevo.

—¡Al menos hasta el día de nuestra muerte!

Se alejaron del río al amanecer. Ames examinó la bomba atómica restante, su única arma; estaba intacta.

—¿Puedes guiarme hasta Tecnópolis? —preguntó.

Ella asintió, con aire solemne.

—Pero hay muchos obstáculos.

Durante todo ese día vagaron a través de la desolada y polvorienta llanura.

Vieron las grises cintas de lo que fueran carreteras, y los rectangulares cúmulos de las casas derruidas. De cuando en cuando, en un pequeño montón de cenizas, distinguían el blanco perfil de un esqueleto humano.

Ames no se quejaba, pero la piel le ardía y el dolor atacaba de nuevo sus huesos. Comenzó a sufrir una sed torturante.

Arthedne parecía sumida en un extraño estado anímico. A veces trataba de bromear, pero siempre pesaba una sombra sobre ella. En una ocasión se separó de él, elevándose en alas de espléndidos matices, que se expandían a voluntad entre sus delicadas antenas.

—Volar es grandioso —suspiró dichosa, posándose otra vez junto a él—. Quisiera poder hacerlo durante una hora más.

Las alas se esfumaron. Ella le tomó de la mano y siguieron caminando juntos. Había vuelto a caer el extraño polvo, y la yerma planicie estaba comenzando a resplandecer con aquella luz sobrenatural, tétrica, cuando ella se detuvo, señalando con el dedo.

—Allí... —murmuró—. ¡Tecnópolis!

La ciudad se levantaba en la cresta de opaca luminosidad de una colina lejana. Un muro de torres metálicas, bañadas por un halo de luz, aparecían envueltas de un humo verde. Al acercarse, oyeron el zumbido y el golpeteo de grandes máquinas, una desagradable e interminable reverberación.

—Comprendo por qué el doctor Hope se arrepintió de haber creado a los Tecnohombres —dijo Ames en voz baja—. Pues vuestra ciudad de Futuron era un dulce

paraíso. Y este ruidoso infierno es demasiado parecido a las ciudades que conozco.

Siguieron adelante, y Arthedne señaló otra vez.

—Ésa aguja central más alta, la que está coronada por una fría llama púrpura, es la torre del Tecno-Zar —dijo en un suspiro—. Los generadores están ahí.

Ames cerró su mano sobre la bomba de hidrógeno.

—Si logramos llegar hasta allí...

Llegaron ante una barrera de seis metros de altura, construida con hojas metálicas dentadas de cuyas puntas surgían malignas chispas azules. Ames se detuvo, sin saber qué hacer. Pero Arthedne le tendió los brazos.

—Cógete de mis muñecas —dijo en voz baja—. Mis alas son lo suficientemente poderosas.

Él obedeció, con renuencia. Las antenas de la joven se extendieron hacia delante, y las alas de luz centellearon entre ellas de nuevo. Su rostro empalideció de dolor. Pero se elevó, levantando a Ames, junto a ella. Pasaron por encima de la valla, para planear hacia la base de las torres del otro lado.

—¡Oh, Ames! —musitó con un hálito de voz que traducía el torturante esfuerzo que hacía—. No puedo...

Las brillantes alas se desvanecieron. Se precipitaron juntos al suelo. Ames la alzó en sus brazos. Ella estaba inconsciente, sin aliento. Al cabo de un instante, sus ojos violeta se abrieron con un aleteo de pestañas.

—Lo siento —musitó—. Quedé exhausta.

Emprendieron la marcha sigilosamente, envueltos en el resplandor luminoso, adentrándose en las calles que eran como profundos cañadones. Un grupo de gigantescos seres parecidos a robots se precipitó hacia ella; las extrañas y enormes cabezas eran visibles dentro de los cascos blindados. Ames atrajo a Arthedne hacia un muro y la miró con desaliento.

¡Pero ella había desaparecido!

De pronto un manto de absoluta negrura cayó sobre él. Sorprendido, buscó la mano de la joven; al tomarla, la sintió tensa y temblorosa. Ella le oprimió los dedos suavemente. Al cabo de un instante, la oscuridad se desvaneció. Los Tecno-hombres habían pasado.

—¿Nos volvimos... invisibles? —preguntó Ames con voz entrecortada.

La joven asintió, indicándole que tuviera cuidado.

—La aceleración evolutiva del doctor Hope otorgó nuevos poderes a los *neozoans* —dijo en un murmullo—, basados fundamentalmente en un dominio directo de la curvatura del espacio. Podemos volar mediante una adaptación de ese principio. Mediante otra se crea un campo que refleja la luz..., pero a mí me falta la habilidad suficiente para poder hacerlo bien durante mucho tiempo.

Avanzaron hacia la alta torre central. Una y otra vez Arthedne hacía que ambos se

tornaran invisibles por un breve lapso, cuando había algún peligro.

Ames aferraba con fuerza la bomba atómica. Al fin llegaron a una vía principal.

—Más allá está la torre —dijo ella, señalando el edificio más cercano.

Una fila interminable de gigantes metálicos desfilaba ante ellos. El pavimento temblaba bajo el avance de una hilera de enormes y extrañas máquinas. Parecían tanques, pensó Ames; cañones y coches blindados transportaban unos descomunales y deformes tubos.

—El Tecno-Zar está preparado para la guerra —murmuró Arthedne—. Si los de tu raza penetraran en las Tierras Nuevas...

Un gigante armado apareció en el callejón que se abría detrás de ellos. La joven hizo que se tornaran invisibles hasta que hubo pasado. El esfuerzo la debilitaba. Pero por fin se interrumpió el desfile. Envueltos otra vez por la oscuridad, cruzaron corriendo la calle.

Al llegar a la acera opuesta Ames tropezó con el bordillo. La joven profirió un ahogado sollozo de fatiga. El manto de negrura se desvaneció, y ella se desplomó a su lado. Ames vio a los gigantescos Tecno-hombres que se dirigían hacia ellos. Un silbido de alarma le laceró los nervios.

—Lo siento... —musitó Arthedne débilmente, y se quedó inmóvil.

Ames puso el reloj de la bomba a tres segundos, y la lanzó a través de una ventana dentro de la torre que generaba el campo *sigma*. Tomó a la joven en sus brazos y volvió a cruzar la calle tambaleándose, justo por delante de un pesado tanque.

Innumerables Tecno-hombres, lanzando silbidos, acompañados de zumbidos y golpeteos metálicos, le perseguían con grotescos movimientos. Sin aliento, Ames contó:

—¡... dos... y... tres!

Se dejó caer con la joven al suelo, tras la barrera de vehículos blindados, esperando el estallido de la suprema energía que haría volar la ciudad.

Probablemente les mataría a ellos también; pero sí lograba frenar el avance del Paraje Muerto, eso no importaba. Esperó, conteniendo el aliento.

Pero nada sucedió.

Con un estrépito fantástico, los gigantes de acero avanzaban hacia ellos.

Frenéticamente, inmóvil, Ames esperaba... hasta que otro Tecno-hombre salió de la torre, llevando la bomba atómica. El fulminante de tiempo había sido arrancado. ¿Acaso los Tecno-hombres habían podido prever...?

Un contundente brazo metálico aplastó el pensamiento en su cabeza.

Al recobrar el sentido, Ames se encontró en un alto vestíbulo de acero, iluminado por la cruda luz roja de neón. Dos gigantes mecánicos le mantenían erguido, atenazándole los brazos. Ante él había un gran escritorio cubierto de botones,



cuadrantes y extraños aparatos. Tras la mesa estaba sentado otro ser blindado, más grande que los demás, cuyo rostro se ocultaba detrás de una sombría faz de vidrio y acero. El soberano, debía de ser... ¡el Tecno-Zar!

Arthedne no estaba allí... ¿dónde se encontraría?

Inmenso y terrible como un dios de acero, el Tecno-Zar se volvió hacia Ames. Grandes y fríos lentes se fijaron en él. Una voz de bronce resonó en el vestíbulo iluminado con luz roja:

—Hombre de la antigua raza, ¿por qué estás aquí?

Ames rechinó los dientes, retorciéndose entre los brazos metálicos.

—Muy bien —dijo la afilada voz—. No es preciso que hables... Tú eres Ryeland Ames, el director del SSE... ¿Cuáles son los planes de tu organización para detener el avance de las Tierras Nuevas?

Mareado, tembloroso, Ames trató de dejar su mente en blanco.

—Bien —vibró la voz—. Entonces no debemos temer resistencia alguna. —El rostro de acero se volvió hacia los guardias—. Llévadle al laboratorio. Disecad a los dos prisioneros. Así obtendré nuevos datos respecto de las diferencias de las razas... y pondré fin a toda oposición.

*¡Disección... a los dos prisioneros!*

Las palabras resonaban en la dolorida cabeza de Ames, como el sonido de un gong que anunciara su sentencia de muerte. Los gigantes le llevaron a la rastra. Él puso su cuerpo en tensión, y de un desesperado tirón, logró liberarse del que le sujetaba el brazo derecho. El otro trastabilló y se estrelló pesadamente contra el suelo. Estaba libre.

*¡Arthedne! ¿Dónde...?*

Pero los miembros de acero del primer guardián describían un arco sobre él. Una bomba roja de dolor explotó en su lastimada cabeza. Oscuramente, supo que le llevaban... al laboratorio de disección... Y de pronto se encontró tendido en la calle. Le latía la cabeza, y el cuerpo, envarado, le dolía. Se incorporó haciendo un gran esfuerzo, sin poder creer lo que veía.

¡Porque Tecnópolis era una ciudad muerta!

Los dos guardianes yacían junto a él en el pavimento. Sus diminutos cuerpos macrocéfalos estaban rígidos y lívidos en las cabinas de sus máquinas.

Tecnópolis se había detenido. Todos los Tecno-hombres al alcance de su vista estaban muertos. ¿Qué había sucedido?

Y Arthedne..., ¿dónde estaba?

Cruzó con paso incierto la calle silenciosa. Más allá del fin de la calzada, vislumbró un remoto fragmento de las Tierras Muertas... extrañamente cambiadas. La horrible luminosidad había desaparecido. El fuego que consumía su cuerpo, de pronto se dio cuenta de que se había atenuado.

—¡Ames!

Una voz adormilada llamó su nombre con un sollozo. Arthedne se posó a su lado. Sus brillantes alas empalidecieron, se desvanecieron. Ella se tambaleó.

Ames la tomó en sus brazos.

—Arthedne —murmuró—, mi amor... ¿qué...?

—Lo hice yo, Ames..., por ti. Habiéndome vuelto invisible, logré escapar de ellos, y volé hasta la torre. Invertí el campo *sigma*..., el doctor Hope nos enseñó el secreto para hacerlo. Ello acabó con las Nuevas Tierras... y con los Tecno-hombres... y... ¡conmigo!

Se estremeció entre los brazos de Ames.

—Adiós, Ames, querido mío. Pero trata...

Arthedne se acurrucó contra él. Ames la besó en los labios, que le parecieron fríos. De pronto sus brazos se pusieron rígidos. Un claro destello carmesí latió a lo largo de las antenas. Temblando, dijo con voz entrecortada:

—¡Corre, Ames! ¡La torre! El Tecno-Zar... aún está vivo...

Dichas estas palabras, su cuerpo quedó inerte en sus brazos.

Las antenas se aflojaron, adquiriendo un color gris carente de vida. Sus párpados cayeron pesadamente sobre las lagunas de sus ojos. Ames la depositó en el suelo con toda ternura, y corrió hacia la torre.

Después de manipular los botones de mando de un ascensor, logró ponerlo en marcha y le llevó rápidamente hacia lo alto. Al salir del ascensor, se encontró en el vasto vestíbulo iluminado con luz roja del Tecno-Zar.

La silla tras el escritorio estaba vacía, el soberano de cuerpo metálico había desaparecido. ¿Acaso el Tecno-Zar se había protegido contra la inversión del campo? Ames vio que algo brillaba encima de la mesa: una diminuta jeringa hipodérmica en medio de unas gotas de líquido verde.

Oyó un ruido de engranajes, seguido de una especie de zumbido que aumentaba de volumen. El terror se apoderó de Ames, inmovilizándole como si hubiese quedado sepultado bajo un alud de nieve. Aquello debía de ser el generador del campo *sigma*, que Arthedne había detenido. ¡El Tecno-Zar debía de estar poniéndolo en marcha de nuevo, para restablecer el Paraje Muerto!

Preso del desánimo, Ames se dio cuenta de que estaba desarmado.

Regresó al ascensor y le arrancó a un Tecno-hombre muerto un pesado elemento de cristal y metal niquelado, que podría servirle de cachiporra.

Con ello en la mano, se precipitó a través de la amplia estancia hacia la parte posterior del escritorio del Tecno-Zar. Aquélla zona estaba llena de imponentes mecanismos. Algunos le resultaron familiares. Convertidores atómicos, evidentemente basados en los mismos principios que él había descubierto. Generadores colosales, transformadores, autoclaves de nueve metros de altura.

Enormes serpientes que se elevaban alrededor de un cilindro, el cual debía de ser la base, según dedujo, de la chimenea de brillante color púrpura.

¡Aquello producía el Paraje Muerto!

Sus asombrados y escrutadores ojos descubrieron otro aparato que reconoció: una réplica de su propio superciclotrón. Su electroimán de 400 toneladas se elevaba hasta una altura de doce metros. Vio la cabina de observación antirradiaciones en el otro extremo de la sala. ¿Acaso su propio descubrimiento era utilizado contra el mundo?

Entonces descubrió al Tecno-Zar, alto como una torre, junto al tablero de mando del generador del campo *sigma*. Ames se estremeció, mientras sus dedos se tensaban alrededor de la cachiporra. ¿Qué podía hacer él, contra las toneladas de acero de aquel coloso de más de cuatro metros?

A pesar de todo, se esforzó por seguir adelante. La ascendente ola de ruido atronador ahogaba el leve rumor de sus pasos. Una ligera esperanza le animó.

Tal vez con un súbito golpe...

Pero aquella alta cabeza giró bruscamente. Enormes lentes se fijaron en él, desde aquella monstruosa faz de acero. Y una poderosa voz metálica dijo:

—¡Bien, Ryeland Ames! Llegaste a tiempo de presenciar el fin de tu raza.

Hasta ahora fuimos extendiendo las Tierras Nuevas con lentitud, a medida que necesitábamos terreno para la creciente Tecnópolis. ¡Pero ahora estoy incrementando el campo para abarcar todo el planeta... y borrar de él a tu degenerada y vieja especie!

El Tecno-Zar se inclinó ominosamente sobre el tablero de control. Y el cuerpo dolorido de Ames se puso tenso, presa de intenso dolor. Se apoyó en la fría masa del superciclotrón, tratando de serenar su agitada mente.

—No has destruido Tecnópolis, Ryeland Ames. —Las enormes lentes centellearon hacia él, cual las órbitas azules del mal—. ¡Porque yo soy Tecnópolis!

Un brazo gigantesco descendió hacia los conmutadores y aparatos de medición.

—¡Espere! —La voz de Ames sonó ronca y sin aliento, ahogada por una asombrosa incredulidad—. ¡Tecno-Zar!... ¡Sé quién es usted! ¡Y sé cómo detenerle a usted... y cómo acabar con Tecnópolis!

Con lentitud, sus temblorosas manos levantaron la extraña arma.

—Y sé también por qué el SSE no logró detener el avance de las Tierras Muertas —siguió lanzando sus acusaciones—. ¡Y por qué cayó mi avión en las Tierras Muertas! Y por qué mi bomba atómica no estalló...

El coloso de acero se había apartado del tablero de control. Se precipitó hacia Ames con pasos que hacían temblar el suelo. Los dedos de Ames manipularon frenéticamente el arma desconocida, como si conociera su funcionamiento.

—¡Sé por qué logró sobrevivir a los Tecno-hombres!

El resplandeciente gigante se abalanzó sobre él. Los miembros de acero

descendieron con fuerza aplastante, como unos martillos colosales. Ames soltó el desconocido artefacto, apoyándose de nuevo en el superciclótrón.

—¡Muere! —gruñó el Tecno-Zar—. Junto con tu maldita especie...

Pero los dedos de Ames que buscaban a tientas sobre la superficie de la máquina encontraron una palanca que le resultó familiar. Chispas azuladas saltaron de un conmutador automático. El zumbido de los generadores se hizo más intenso, bajo una carga nueva. El arma caída salió volando hacia el colosal imán, contra el cual se estrelló y quedó adherida.

La voz de bronce del Tecno-Zar enmudeció instantáneamente. Y el gran cuerpo metálico se desplomó irremisiblemente hacia delante. Ames empujó la palanca para atrás, con el fin de detener el superciclótrón, haciéndose prestamente a un costado. El Tecno-Zar se estrelló donde él había estado.

—No, su disfraz de acero no me engañó —dijo en voz baja, dirigiéndose al inerte y colosal mecanismo—. Porque vi la aguja hipodérmica en su escritorio, y el líquido catalítico derramado. Y supe que podría detenerle, porque una vez arruiné un buen reloj al acercarme demasiado cuando el superciclótrón estaba funcionando..., y sabía que el relé magnético de su cabeza era mucho más delicado que un reloj.

Con la caída se habían hecho añicos los cristales de la cúpula. Y el rostro enjuto y cetrino que miraba fijamente a Ames, rígido y horrible bajo la intangible agonía de la muerte, ¡era la cara del doctor Gresham Rathbone!

—Al enterarme que el Tecno-Zar no había muerto —musitó Ames—, supe que era un ser humano. Y por lógica deduje que era usted. Porque usted trabajó junto al doctor Hope, y estaba enterado de todo lo concerniente a los Tecno-hombres... más de lo que nunca me dijo.

»Usted envidiaba a Hope, y le odiaba...; eso es fácil de deducir de las mentiras que me contó sobre él. No debió de costarle mucho dirigir la rebelión de los Tecno-hombres. ¡Y debió de ganar muchos millones con los metales transmutados, entrando y saliendo mediante avión cohete!

Ames paró los convertidores atómicos, acallando aquel atronador flujo de energía. Cruzó, fatigado y solo, el silencioso salón del Tecno-Zar, y descendió a las mudas calles.

Bajo la fría y grisácea luz de un triste amanecer, buscó a Arthedne.

Aterido, temblando, miró arriba y abajo del cañadón sumido en sombras. En su callada quietud, la muerte era una cercana realidad. Ames no se había dado cuenta de cuan cansado estaba ni del daño irreparable que las radiaciones de las Tierras Muertas habían causado a su poderoso organismo. Se tambaleó. Se le nubló la visión. Todo su ser era una llama de un lento e inextinguible fuego.

Pero siguió caminando. Al fin sus debilitados ojos distinguieron una informe mancha blanca, inmóvil en el suelo. Debía de ser Arthedne. El último ser de una

maravillosa raza que hubiera podido...

Se detuvo, buscando a tientas, desconcertado.

Ligero como un hálito de viento, algo había rozado su ardiente rostro. Sus velados ojos percibieron un destello de alegre color, tenue, evanescente. Una voz, dulce y familiar, llegó débilmente a sus oídos:

—¡Espera, Ames..., amor mío! No vuelvas... allí. ¡Porque yo estoy aquí!

Él extendió las manos, buscando a ciegas.

—¿Arthedne? —inquirió incrédulo—. ¿Aún estás... viva? ¿Dónde estás, Arthedne? ¡Todo se vuelve tan oscuro! Oigo tu voz, pero no puedo verte.

—Estoy aquí, Ames —le pareció que decía ella—. ¡Aquí, a tu lado!

Sintió que algo le tocaba ligeramente el hombro. Oscilando pesadamente sobre sus pies, espoleó sus fatigados sentidos, tratando de verla de nuevo.

—Pensé... —musitó—, pensé... que habías muerto.

—Sí, Ames, mi cuerpo murió. —La vocecita parecía venir a través de una espesa niebla, desde muy lejos—. Pero había otra facultad, de la que yo sólo había sospechado su existencia, que se hizo evidente en el momento de la muerte. Mediante los mismos órganos que me permitían volar y desaparecer, se creó un nuevo campo en el espacio, que puede ser la morada eterna de mi ser.

Ames oscilaba, aturdido.

—Siento que tú posees algo de esa misma facultad, Ames..., pues en ti la evolución seguía la senda de mi raza perdida. Con la ayuda de ello..., si lo intentaras, Ames querido..., te reunirías conmigo.

Las nieblas se cerraban, densas y negras. Un entumecimiento glacial borraba todo síntoma de dolor. Ames tuvo la ligera sensación de que se desplomaba.

—Ven a mí. Ames. —Débil y extraordinariamente remota, aún, escuchaba la voz de Arthedne—. ¡Cruza la barrera!

Ames lo intentó...

El Servicio Secreto Especial descubrió ese día, que el Paraje Muerto ya no lo estaba más. Un avión aterrizó al mediodía sobre el polvo gris en un lugar cercano a Tecnópolis, y los agentes se apresuraron a explorar la silenciosa y sorprendente ciudad. Encontraron a Ryeland Ames y a Arthedne, que yacían uno junto a otro. En ambos rostros se dibujaba la sombra de una maravillada y esperanzada sonrisa.

**FIN**

# **El triángulo de cuatro lados**

*William F. Temple*

*El tercer autor inglés de nuestra antología, William F. Temple, fue una de las columnas del fandom inglés en sus comienzos. Era convecino del siniestramente célebre piso donde vivían también Arthur C. Clarke y otros notables. Intervino en el lanzamiento de la revista de aficionados «Novae Terrae» y en el «Boletín» de la British Interplanetary Society, que se hallaba por aquel entonces en sus años fundacionales. Así pues, no debe sorprendernos que Temple estuviese presente cuando apareció «Tales of Wonder». Su primer relato impreso había sido *The Kosso*, un corto de terror que consiguió vender a «Thrills», la colección de antologías en forma de libro dirigida por Philip Alian y que cultivó este tipo de narraciones a comienzos de los años treinta. Fueron tres los factores desencadenantes de la ambición literaria de Temple: su admiración por la obra de H. G. Wells, su pasión por el cine, y su afiliación a la British Interplanetary Society. Por el primero y el último de estos factores, adquirió una tendencia natural a la ciencia-ficción.*

*Aparece en la historia de la ciencia-ficción con *Lunar Lilliput*, en el segundo número de «Tales of Wonder». Aunque pasadísimo de moda hoy día, este relato no deja de constituir una lectura fascinante, sobre todo por el detalle de atribuir a la British Interplanetary Society la empresa del primer viaje a la Luna. Inencontrable durante mucho tiempo, esta narración resucitó en la «Spaceway» de octubre de 1969. La recuperación valía la pena. Aún más intrigante es la siguiente aportación de Temple, *The Smile of the Sphinx*, con su idea del origen selenita de la especie gatuna. Éste caprichoso relato constituye una lectura deliciosa por su estilo llano y plausible, a la manera de Wells.*

*Temple penetró en el mercado americano cuando logró vender su material a Palmer; de este modo los públicos americanos pudieron saborear la calidad de su prosa, más cercana al Wells de los mejores tiempos que a la pedestre escritura de los «pulp». Su Triángulo de cuatro lados recibió muchas alabanzas y un primer lugar en la votación de los lectores, pese a repetir un tema ya utilizado por Don Wilcox en *Wives in Duplicate*. Aunque esta narración se publicó en la misma revista tres números antes, no fue Wilcox sino Temple el que perduró en el recuerdo.*

*Willy Ley, el conocido precursor de la investigación espacial y también escritor, opinó que Temple había desperdiciado, con su narración breve, un tema digno de ser*

*desarrollado en una novela. Temple convino en ello y se puso a la tarea de reescribirla mientras prestaba servicio con los Ratas del Desierto, o sea en el 8.º Ejército británico. El manuscrito a medio terminar se perdió durante una escaramuza en el desierto tunecino. Temple reanudó el trabajo otra vez, entre batalla y batalla. Había llegado a la mitad, es decir a unas 40.000 palabras de extensión, cuando el segundo manuscrito se perdió también, durante una operación nocturna en la cabeza de playa de Anzio. Aunque aquello parecía ya la tela de Penélope, Temple comenzó de nuevo y logró terminar en los Alpes, con los dedos rígidos de frío, en los últimos días de la guerra. La penuria de papel prensa durante los primeros años de posguerra retrasó la publicación hasta 1949. La obra conoció un merecido éxito y más adelante pasó a la pantalla.*

*Durante los años cincuenta Temple reanudó su actividad como autor, vendiendo narraciones de calidad invariablemente alta a las revistas de una y otra orilla del Atlántico. Entre sus obras más recientes y de notable interés podemos contar *The Year Dot*, en «If» de enero de 1969, y *Life of the Party*, en «Vision of Tomorrow» de febrero de 1970. Al mismo tiempo ha producido dos novelas excepcionales, *Shot at the Moon* y *The Fleshpots of Sansato*. Tratándose de un escritor muy sensible, padeció un trauma en su creatividad cuando la segunda de estas obras apareció atrozmente mutilada en un resumen, no autorizado por él, que publicó un editor de libros de bolsillo.*

*En la actualidad Temple cuenta sesenta años. Vive y trabaja en Folkestone (Kent), imposibilitado para dedicar a la literatura tanto tiempo como él y sus admiradores desearían. No obstante, subsiste la esperanza de que esta situación pueda solucionarse en un próximo futuro.*



La idea era demasiado difícil para que la mente pudiera captar de primer intento las infinitas e increíbles consecuencias que traía consigo. Antes existía una sola Venus de Milo y una sola Monna Lisa de Leonardo. Pero ahora la sonrisa de la Gioconda corre riesgo de perder su unicidad. «Único» es una palabra que ha sido totalmente despojada de su significación en los últimos minutos.

Podría haber cincuenta Giocondas, cientos de Venus, y cada una de ellas podría afirmar con todo derecho que es la misma que salió del pincel de Leonardo o del cincel de un desconocido escultor griego. Exactamente la misma tela y los mismos colores, el mismo mármol.

Cuando comprendí de veras el significado del milagro que se había operado ante mis ojos, pregunté con voz llena de misterioso terror e incertidumbre:

—Supongo..., supongo que del mismo modo se podría traer a la existencia otra Capilla Sixtina...

—Completa, hasta el último pelo de la última barba del último profeta —respondió Roberto con una sonrisa que no quería ser compasiva.

Para situar este milagro en su lugar adecuado dentro del triángulo de cuatro lados, es necesario retroceder en el tiempo unos doce años, hasta aquella tarde lluviosa de invierno, en la que un niño pelirrojo se presentó a la puerta de mi consultorio, sosteniendo en la mano derecha su muñeca fracturada.

Llevaba puesto un pullóver verde de dibujo abominable, los calcetines caídos a los tobillos y un pantalón burdamente arreglado de otro más grande y viejo. Lo violento del color bermejo de su pelo era sólo comparable a la violencia de su desarreglo.

Al verlo, me dije a mí mismo que el chico, o no tenía madre, o ésta era muy descuidada. Cuando supe que era hijo de Federico Leget, lo comprendí todo. Yo había atendido unos diez años a la entonces esposa de Federico, y la vi desvanecerse ante mi vista hasta quedar convertida en una sombra. Era una mujer menuda y pálida como la harina, a la que una anemia perniciosa agotó en pocos meses.

El color del chico era muy semejante al de la madre, aunque su palidez no era, por fortuna, resultado de la anemia, sino de la desnutrición. Sin embargo, no carecía de vivacidad.

—Buenas tardes, hijo. ¿Qué hiciste con tu brazo?

—Buenas tardes, doctor. Estuve haciendo una experiencia...

—¿Una experiencia?; ¿de qué tipo?...; ¿algún salto mortal?

—No, doctor; estaba comprobando la resistencia a la tensión de una cuerda: la había atado de un árbol y le colgué el peso que según mis ecuaciones tendría que romperla; pero resistió, no sé por qué. Entonces me enojé y me colgué yo también. La cuerda se rompió; caí al suelo, y me rompí la muñeca.

—No creo que esté rota; me parece que es un desgarrón.

—No, doctor: un desgarrón se hubiera hinchado más; probablemente es una fractura de Colles.

Lo observé con atención. Su conversación no era la esperable de un chico de catorce años; pero tampoco había en su rostro ninguna expresión de pedante precocidad. El muchacho hablaba con la mayor seriedad.

—Bueno, te voy a llevar al hospital, y veremos qué indica la radiografía.

El chico quedó entusiasmado al oír la palabra radiografía, y suponiendo él que yo, en mi calidad de médico, tenía que saber todo lo cognoscible respecto de ella, me torturó con sus preguntas durante todo el trayecto. Primeramente se me ocurrió decirle que los problemas radiográficos eran muy complicados, y que no los entendería aunque se los explicase; pero pronto desistí, porque el chico lo comprendía todo... ¡y cómo! Dijo que había estudiado las viejas obras de Röntgen y los Curie, y las de varios otros autores, de los cuales me hizo «recordar» en detalle. Yo había leído unas semanas atrás un artículo sobre los Curie, y pude sostener durante algún tiempo la conversación sin que mis confusos y escasos conocimientos quedasen en descubierto; pero cuando comenzó a hablar de matemáticas, explicándome las ecuaciones de la radiación de la energía, resumiendo las conclusiones de la teoría de los *quanta* y analizando la teoría especial de la radiactividad, me sentí perdido. Por suerte llegamos al hospital.

Un niño prodigio se había introducido en mi vida. Mientras le hacían la radiografía, y el muchacho conversaba de radioterapia con la enfermera, llamé a mi viejo amigo, el doctor Hake, médico interno del hospital, y le conté lo sucedido.

—A este chico hay que vigilarlo y ayudarlo. Cuanto antes y más lejos salga de su ambiente familiar, mejor será. Ésta mañana casi me enloqueció.

—Menos mal que el viaje fue corto. Pero ¿es tan asombroso como dices?

—Mejor será que lo juzgues tú mismo, oyéndole hablar con la enfermera.

Ya habían terminado con la radioterapia. La pobre enfermera disfrutaba ahora de un sucinto curso sobre el aspecto psiquiátrico de su profesión, con ocasionales incursiones en Freud, Jung y el psicoanálisis.

—Creo que tienes razón —dijo mi amigo el doctor Hake—: a los catorce años es demasiado saber que uno tiene un subconsciente. Sin duda el chico es excepcional.

¿Cómo se llama?

—Leget... No recuerdo su nombre de pila, pero es hijo del famoso Leget...

La enfermera había terminado con el chico, pero el chico no había terminado con

la enfermera. Hake se ganó la eterna gratitud de la buena mujer, salvándola de su íncubo. Lo llamó, y el chico vino con el brazo vendado.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Guillermo.

—Vamos, Guillermo —le dije yo, tomándolo del brazo—; ya continuaremos nuestras charlas. Tienes que venir a visitarme a diario.

Cuando me enviaron el negativo de la radiografía, resultó que, en efecto, era una fractura de Colles. Juzgué que no valía la pena decírselo a Guillermo, y él no me lo volvió a preguntar. Ésta fue de las pocas cosas que no preguntó.

Afrontando los riesgos mentales que podría acarrearle, le ofrecí mi biblioteca.

Los que más le interesaban era los libros de texto, y había pocos: los libros de consulta médicos, algunos volúmenes de óptica (que compré cuando pensaba especializarme) y algunos libros de divulgación o de filosofía de la ciencia.

Me aceptó el ofrecimiento con sincera gratitud, lo que no impidió que fuera severo en sus críticas sobre los autores anticuados o menos serios. En lo que su formación flaqueaba verdaderamente era en literatura; fuera de Shakespeare no conocía casi nada, pero tenía gran sensibilidad para la poesía y la buena prosa.

En el dominio del arte pude serle de utilidad a Guillermo. No es que le faltase conocimiento de hechos, sino que carecía de juicio crítico y de la formación necesaria para apreciar y situarse frente a la obra de arte.

En el hogar (en el alojamiento, mejor dicho) donde había tenido la desgracia de pasar su niñez, lo único que apreciaban como valioso era el alcohol. Se suele decir que el alcohol afecta de un modo distinto a las distintas personas, pero no es verdad; el efecto del alcohol es uno sólo: suprimir las inhibiciones y hacer que cada cual se muestre como quisiera ser. Como cada cual quiere ser una cosa distinta, por eso parece que el alcohol produce efectos distintos. El padre de Guillermo era un paranoico, cuya máxima ambición era dominar con crueldad. Sopapos, puñetazos y hasta puntapiés eran los modos como el padre de Guillermo satisfacía su morbosa tendencia. Y si el hijo intentaba escapársele de las manos, solía arrastrarlo por los cabellos.

Sin embargo, ambientes como éstos son los propicios para la aparición del genio, si bien lo más frecuente es que engendren la locura. Si Guillermo pudo escapar de ella fue porque encontró en los libros un refugio: en un universo vital tan caótico como el que le tocaba vivir, la ciencia se le apareció como lo único organizado y estable. La biblioteca era el verdadero hogar de Guillermo, su escuela, su templo.

Siempre que podía, se quedaba leyendo hasta que la cerraban. No se atrevía a retirar libros en préstamo, porque los dos primeros que se llevó los había destrozado su padre, enfurecido al sentir que su hijo eludía mediante ellos su tiranía. Mucho después, Guillermo me contó que las angustias que pasó hasta poder reunir el importe

de los libros destrozados por su padre, fueron las más crueles de su vida.

Mis relaciones con Guillermo mejoraron mucho desde el momento en que su padre, impregnado en whisky, se creyó en estado de afrontar a un picapedrero. El resultado fue que el señor Leget bajó rodando catorce escalones de piedra y se quebró el espinazo.

Yo quedé como tutor de Guillermo. Su tío José estaba cumpliendo el segundo año de una larga condena en la prisión del condado. Nunca olvidaré aquellas tardes transcurridas sobre los libros, en las que Guillermo me abrió la entrada a regiones maravillosas, tanto o más de lo que se la abrí yo.

El entusiasmo de Guillermo por el saber, su fe en la ciencia, eran tan grandes que lograba sacudir mi inercia, fruto de una larga serie de decepciones y de incontables amarguras. La naturaleza volvió a ser para mí, como en la época de mis estudios, un misterio alucinante, en lugar de un proceso estúpido, y la filosofía, una región etérea de puro pensamiento, en lugar de una estéril nebulosa.

Mi mente rejuvenecía a medida que maduraba la de Guillermo. Cuando tomó el tren para ir a estudiar en la universidad de Cambridge, me pareció que se llevaba consigo todos los colores, y que nuestro pueblecito quedaba sumido en una gris monocromía.

Guillermo conoció a Roberto Heath en el laboratorio de Cambridge. Roberto había nacido también en Howdean, nuestro pueblo. Era hijo de sir Walter Heath, el terrateniente más rico de la región, que llevaba una vida completamente aparte con sus familiares, en su lujosa mansión de las afueras de la ciudad. Roberto iba poco a nuestro pueblo (sólo en las vacaciones), y era natural que nunca hubiera parado mientes en el chico pelirrojo, hijo del borracho del pueblo.

Como yo era el médico de la familia Heath, conocía también a Roberto desde su niñez; y puede decirse desde antes de que naciera, porque atendí a su madre durante el embarazo. Lo asistí en todas las enfermedades de infancia, mucho antes de que Guillermo entrara en mi vida; sin embargo, puedo decir que, hasta las etapas finales del conflicto del triángulo de cuatro lados, no conocí su interior con la mitad de la claridad con que veía en el alma contradictoria de Guillermo.

Y era su armadura de reservas la que me lo impedía: esa cota de mallas, con que visten en las escuelas a los jóvenes ingleses de las clases elevadas. Sus reacciones aparentes estaban siempre controladas y habían llegado a ser tan mecánicas como los reflejos condicionados de los perros estudiados por Pavlov.

Roberto era un perfecto exponente de su clase; puede decirse que jamás tuvo sobre la vida una opinión que no fuera exactamente la que uno debía esperar de él.

Pero no tenía nada de pesado o estúpido. Y hasta era optimista. Las personas optimistas suelen ser estimadas, y los demás buscan su compañía. Era, además, extraordinariamente metódico; su mente, muy clara y despierta, funcionaba siempre

por adelantado, haciendo los planes con fría lógica. Lo que a ojos de un observador hubiera parecido un riesgo y una audacia, era en realidad una acción cuidadosamente premeditada y segura, dadas las circunstancias. Fue obra del azar que eligiera el laboratorio.

En otro tiempo, su padre había trabado relación con un químico. Éste se dedicaba a la entonces incipiente química de los plásticos, y había tratado de entusiasmar al rico terrateniente, el cual lo escuchó con toda atención, respondió que lo pensaría y, a los pocos meses, instalaba por su cuenta una gran fábrica de plásticos. La fábrica marchó bien, y a sir Walter se le ocurrió que su hijo podía serle útil en ella como técnico. Así fue cómo Roberto eligió la química y el comercio, en lugar de otra profesión.

Roberto conoció a Guillermo en el laboratorio, donde éste trabajaba en unos experimentos personales para comprobar algunas teorías revolucionarias en la física atómica, que había descubierto teóricamente. Roberto vio en esta actividad algo más prometedor que en la química industrial, y ambos se asociaron para el estudio.

Ninguno de los dos resultó perjudicado. Roberto poseía una paciencia y constancia a toda prueba, que neutralizaba la propensión de Guillermo a mariposear con los problemas: o los resolvía al primer ataque, o los dejaba, fastidiado, para pasar a otro. Por otra parte, su inteligencia sobresaliente saltaba, por una especie de intuición, directamente a la solución de cualquier problema que a Roberto le habría exigido meses de metódico trabajo. Con mucha frecuencia ocurrió, en los ulteriores trabajos que emprendieron juntos, que Guillermo arrojase contra una pared el cuaderno de cálculos, maldiciendo como un carretero, porque los resultados de las pruebas no eran los que él había previsto. Roberto, entonces, encendía calmosamente su pipa, se sentaba frente al cuaderno y comenzaba a revisar uno por uno, pacientemente, todos los cálculos. Cuando nos íbamos a dormir, él seguía trabajando, y más de una vez nos sucedió que al levantarnos lo encontrábamos todavía sobre el trabajo y a punto de descubrir el error; porque Guillermo no se equivocaba nunca, o casi nunca, en sus hipótesis y en sus predicciones, pero le era fácil descuidar algún detalle que arriesgaba todo el éxito del trabajo.

Hablemos ahora del tercer personaje, el más extraño del trío: Elena. Podría yo intentar explicar algo de su personalidad, pero no serviría de nada. El único modo posible es seguirla a través de sus acciones y de sus dichos. Con todo, puedo decir que era la más generosa, valiente, espiritual y adorable persona que he conocido.

Los muchachos la conocieron poco después de regresar a nuestro pueblo, terminados ya los estudios en la universidad de Cambridge. Habían alquilado un viejo galpón de ladrillos, destinado otrora a fábrica. «¡Qué cueva!», exclamé al entrar allí por primera vez, y «cueva» quedó bautizada.

Los muchachos no perdieron tiempo en arreglar el galpón.

Estaban ansiosos (o al menos lo estaba Guillermo) de comenzar cuanto antes un trabajo en un terreno inexplorado, del cual esperaban obtener inmediatos resultados.

Se pusieron manos a la obra.

Sir Walter insistió inicialmente en que Roberto se encargara de la fábrica; pero éste le hizo ver, respetuosa aunque firmemente, que la fábrica no le interesaba ya, y consiguió que su padre invirtiera mil libras en la investigación que iban a emprender, con la condición de que serían las primeras y las últimas que soltaba, si no se le presentaban prontamente resultados concretos y traducibles en dinero contante y sonante. Roberto se embolsó el dinero, y comenzaron.

Volvía yo a mi casa, después de mi primera visita a la «cueva», cuando me encontré con la señora Wilson, tremendamente agitada. Ésta señora se ocupa de lavar, cuidar niños y hacer la limpieza de las casas que se lo solicitan.

—¿Qué sucede, señora Wilson? —le pregunté.

—La señorita Máitland —me respondió—, no sé si usted la conoce..., la que alquiló el chalet de los Martín hace dos meses. Es una artista o algo así. Está muy mal... ¡Dese prisa, doctor!

Sin sacarme el sombrero, la metí en mi coche y salí rumbo al chalet que me había indicado.

Mientras llegábamos, la señora Wilson me informó con más detalles.

—Estaba en el suelo... Está muy mal. La puse en la cama y quise darle agua, pero no la pudo tomar...

—¿Perdió el conocimiento?

—No, pero estaba a punto de desvanecerse. Me tocaba ir esta tarde; pero, como estaba comprometida, fui por la mañana, y la encontré así.

Abrí la puerta y entré, seguido por la señora Wilson. Las paredes del chalet estaban cubiertas por bastidores de cuadros, terminados unos, a medio hacer los otros. La alfombra estaba cubierta por pilas de libros, y una parte de la habitación estaba ocupada por un gran piano. Por lo demás, estaba completamente desprovista de mobiliario, a no ser una gran mesa de cocina y una silla vulgar.

Una puerta daba acceso a un pequeño dormitorio al cual entré. En él no había otra cosa que una cama metálica. Metida entre las sábanas estaba una mujer. Su cabellera, de un rubio dorado, estaba esparcida sobre la almohada, y el brazo derecho caía inerte hasta el suelo.

Me acerqué; levanté la sábana, y quedó en descubierto el pijama que la cubría.

Recuerdo que era blanco y escarlata. La mujer tenía los ojos cerrados, los labios azulados y el cutis de color verdoso. Respiraba, pero débilmente y con ritmo irregular. Le levanté los párpados y examiné la pupila. La joven dio muestras de desvanecerse. Corrí al auto a buscar una sonda gástrica.

Cuando terminé el lavaje de estómago, ordené a la señora Wilson que preparara

té; arrojé a la enferma y le tomé la temperatura y el pulso. No estaba bien, pero me pareció fuera de peligro.

Sólo entonces pude examinar su rostro. Por supuesto, la ocasión no era la mejor para juzgarlo; pero, a pesar del color ceniciento, el perfecto modelado de sus rasgos me llamó la atención. Calculé que tendría veintidós años, y acerté. Mientras la señora Wilson trabajaba, di una vuelta por el cuarto principal. La mayoría de los cuadros estaban inacabados, y pintados todos con un colorido charro y apresurado, al estilo de Gauguin. Aun los que estaban acabados, carecían de esa «terminación» de Gauguin. La composición no carecía de originalidad y de cierto mérito, pero el cuadro se quedaba a mitad de camino. El pintor había procurado ser audaz; pero demasiado audaz, como obsesionado por una excesiva confianza en sí mismo, y el resultado era que el conjunto carecía de cohesión. Los colores tampoco estaban demasiado bien combinados: había muchas inconsistencias. Me admiré de la voluntad y ambición del autor: había probado todos los géneros (desnudos, paisajes, naturaleza muerta, simbolismo, abstracción), pero ninguno estaba logrado. «¡Pobre señorita Máitland! —pensé—; si creyó tener porvenir en la pintura, le aguarda una desilusión».

Junto al piano había diversas partituras musicales: Chopin, Schumann, Debussy, Scarlatti, Brahms; libros completos de Bach y Beethoven; Rachmaninov y Ravel, y muchas hojas llenas de apuntes a lápiz, tachados una y otra vez y vueltos a escribir. El piano era de buena marca, no muy viejo.

Examiné luego los libros. Eran de dos tipos: primeramente una colección de biografías de artistas, crítica de arte y estética; después otro grupo de novelas y poesía (Virginia Wolf, Henry James, James Joyce, Katherine Mansfield, Flaubert), autores todos con un rasgo en común: la preocupación por la perfección de la forma.

Detrás de un tomo de Flaubert, escondida a medias, se encontraba una lata de color verde y sin la tapa. La tomé distraídamente para taparla, pensando que era de cigarrillos. Leí la etiqueta. Era de veneno para hormigas, muy concentrado. Tapé la lata, la dejé en su lugar y fui a la cocina, de donde me anunciaba la señora Wilson que el té estaba preparado.

Tragué un sorbo y le dije a la señora Wilson:

—Otra cucharadita de azúcar, por favor.

Junto al fregadero había otra taza de té, medio llena. La probé y escupí con disgusto en la pileta.

Tomé de nuevo la taza de té caliente que la señora Wilson había preparado y volví al dormitorio. La señorita Máitland no había cambiado de posición, pero respiraba más fácilmente. La incorporé hasta sentarla. Le fui dando el té a cucharadas. Al principio pareció resistirse, pero luego cedió, como mecánicamente.

Cuando la taza estuvo por la mitad, la volví a recostar, y me senté en el borde de la cama, esperando.

En una silla, junto a la cama, había una multitud de pequeños objetos: tijeras para las uñas, lápiz labial, un paquete de cigarrillos y un tubo lleno de veronal. La señora Wilson se detuvo discretamente en la puerta.

—¿Qué tal está, doctor?

—Parece que se está reponiendo.

—¡Gracias a Dios!... Ahora voy a arreglar todo esto.

Cuando terminó la limpieza, volvió a presentarse.

—¿Desea algo más, doctor?

—No... Supongo que usted tiene que irse... ¿Le sería molesto dejarle una nota a la enfermera Perkin?

Escribí cuatro palabras a la enfermera, pidiéndole que viniera al anochecer para acompañar a la señorita Máitland durante la noche. La señora Wilson se fue.

Yo seguí observando a mi enferma.

Después de un rato, ésta comenzó a parpadear, abrió por fin los ojos, me miró desorientada y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Nada —le respondí—; usted se desmayó, pero ya está bien.

—¡Ah..., sí!; ya me acuerdo de todo... Entonces..., ¿ni siquiera esto conseguí?

—¿A qué se refiere?

—A mi suicidio.

Su voz se había vuelto más firme, pero hablaba queda y lentamente, como si no tuviera la menor prisa.

—Afortunadamente, no. Bueno, tómese el té ahora y quédese tranquila.

Ella, obedeciéndome, apuró la taza a pequeños tragos.

—Su té tiene mejor gusto que el mío —comentó con una sonrisa triste.

—Es que yo no lo preparo con arsénico.

—Claro, le da menos gusto; pero no es tan... fuerte.

—Ya lo he comprobado; pero ¿cómo se le ocurrió usar arsénico?... El veronal hubiera sido mucho menos penoso.

—Disculpe... Estuve inconsiderada, ¿verdad?... La próxima vez lo haré mejor.

Ésta última respuesta me hizo caer en la cuenta de lo absurdo de la conversación. La situación podía ser desesperada, lúgubre, cualquier cosa menos cómica.

—No habrá próxima vez, señorita Máitland. No sé cómo se le ha ocurrido, pero éste no es el modo adecuado de resolver un problema... Además, es cobarde. ¿Qué resuelve usted con huir?

—¿Y qué gano aguantando?

—No la entiendo... ¿Qué le pasó?

—Nada que usted pueda resolver, doctor —respondió sacudiendo la cabeza.

—Discúlpeme la pregunta, pero..., ¿la abandonó su novio o algo así?



No me contestó. Se limitó a sonreírse de la hipótesis.

—¿Está usted... en alguna dificultad?

Ésta vez se rió con una carcajada tan alegre y humana que no pude menos que acompañarla.

—No; soy una chica buena —me respondió.

—Pues me doy por vencido... Me alegro de que no me toquen casos como el suyo todos los días. Pero ¿por qué lo hizo?... ¿para asustar a alguien?

—Tal vez.

Me levanté y miré alrededor, sintiéndome desorientado, fracasado... A través de la puerta vi la pared del *hall* en la que colgaban los cuadros. Se me ocurrió una idea.

—¿Son suyos esos cuadros?

Ella asintió, sin mucho entusiasmo. Me observó con muda interrogación. Supuse que había puesto el dedo en la llaga, y endurecí mi corazón.

—Le salieron bastante mal, ¿verdad?

Me miró firmemente a los ojos.

—Sí —respondió, no desafiante, sino como quien comprueba un hecho objetivo.

—¿Fue por eso lo del arsénico?

No me respondió; bajó la mirada, y le temblaron las manos.

—No es una tragedia, hija mía —dije con todo el cariño que pude—. Hay que aceptar estas cosas y aceptarse a sí mismo. Ya es bastante poder apreciar la belleza, aunque uno no la pueda crear.

Dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Es necesario crear —susurró.

Y rompió por fin a sollozar. Me senté otra vez en la cama. Le puse el brazo en los hombros. Me sentía avergonzado de mi crueldad, pero estaba decidido a permanecer firme. No le haría bien darle la razón. Y con todo...

—Lo lamento, señorita Máitland.

Ella procuró sobreponerse, buscó un pañuelo debajo de la almohada, se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz.

—Siento que usted crea haberme lastimado. No es posible. Nadie puede lastimarme. No me importa lo que los demás opinen acerca de mí. Me importa sólo mi opinión.

—¿Usted opina que ha fracasado?

—Estoy segura. No tengo inspiración... Sin embargo, la urgencia de crear me tortura día y noche. Lo he intentado con todas mis fuerzas, una y otra vez. Mis pinturas no sirven, mi música tampoco, y escribir... Ni siquiera consigo llenar una página...

—¿Y por qué se empeña en crear algo en el arte? Hay otras actividades en las que es posible la creación.

Por primera vez desde su confesión me miró a los ojos, con amarga sonrisa.

—¿Y qué me aconseja?; ¿tejer o bordar?

—No; se me había ocurrido el trazado de parques o jardines —respondí un poco molesto—; pero lo que una chica de su edad debe pensar en crear es ante todo una familia, un hogar.

—¿Usted es casado, doctor?

—Bueno, yo..., no.

—¿Y por qué no?

—Pues, porque... las cosas nunca se orientaron en ese sentido...; siempre estuve interesado en muchos asuntos...; nunca lo pensé realmente... Un doctor rural tiene siempre muchas ocupaciones...

—¿Y en qué estaba interesado?

—¡Oh!, en la medicina, la filosofía y... las artes.

En vez de responderme, me miró sonriendo, algo burlona.

—Pero no crea que porque no me he casado no sé lo que es trabajar en la personalidad de un niño —respondí molesto y a la defensiva—. Sé bien la satisfacción creadora que se puede encontrar en guiar y moldear el carácter de un niño.

Y comencé a contarle la historia de mi relación con Guillermo. Me escuchó pacientemente; pero, antes de terminar, advertí que su atención se había desdoblado y que ahora se contemplaba a sí misma y a mí, como si fuera una observadora desapasionada.

—Muy interesante —comentó, cuando hube terminado—. Alguna vez tendré que conocer a ese Guillermo.

—Ha regresado de la universidad y vive aquí. Se lo presentaré.

Me miró entre cansada y divertida.

—Si por casualidad se le ha ocurrido hacer de Celestina, mejor será que descarte la idea. Las cosas tampoco van en ese sentido para mí.

—No tenga cuidado, señorita Máitland —respondí con cierta sequedad—; dado el poco interés que por la ciencia demuestra el sexo femenino, apenas si existe éste para Guillermo. A no ser que usted manifieste algún interés por el señor Einstein, Guillermo no advertirá siquiera si usted es hombre o mujer.

—¿Quién es el señor Einstein? —preguntó con una inocencia tan grande que no supe cómo interpretarla; pues, por aquel entonces, yo no conocía su propensión a la burla.

No le respondí. Estaba admirado de mi súbito deseo de ponerla en relación con Guillermo. Aunque pensaba que le convenía a Guillermo descubrir la mujer y civilizarse un poco, no era aquella muchacha, suicida frustrada, e inestable emocionalmente, el espécimen más indicado para probar. Pero era indudablemente

atractiva.

—Señorita Máitland —recomencé don firmeza.

—Elena, por favor —respondió humildemente y dejándome en suspenso.

—Señorita Elena...

—No; Elena.

—¿Me va a dejar hablar?

—Sí.

—Elena, usted sabe que tengo que dar cuenta del caso a la policía. Pero como sólo usted y yo lo sabemos, no lo haré.

—¿Y le parece ético?

—No me interrumpa, por favor. No sé si le podré hacer ver lo absurdo de su acción, pero solo le pido que me prometa no intentarlo otra vez. —Oímos que alguien llamaba a la puerta. Era la enfermera. Volví a hablar a Elena.

—La voy a dejar con la enfermera Perkin, y yo volveré mañana. Daré instrucciones a la enfermera.

Le explique a la señora Perkin que la enferma no podía por ningún concepto levantarse o comer o beber nada Cuando fui a despedirme de Elena, ella miro si la enfermera estaba cerca y me hizo señas de que me acercase. Cuando estuve a su lado, me susurro:

—Mi abuela se suicidó.

Me mordí los labios y miré a Elena en la cara. En sus ojos había una maligna y movediza luminosidad.

—¡Pórtese bien! —le respondí, y salí dejándola con la enfermera.

Ésa tarde visité por segunda vez a los muchachos en la «cueva». Debajo de dos lamparillas eléctricas, sin pantalla alguna, los dos trabajaban febrilmente. Todo el suelo estaba cubierto de rollos de cables, y del techo colgaban otros en profusión tal que recordaban los bejucos de una selva.

—¿Nos viene a ayudar, doctor? —dijo Guillermo.

—Depende del tiempo que me necesiten La señora Lewis esta a punto de ilustrar su apellido con un nuevo vástago Me pueden venir a buscar en cualquier momento Pero ¿en qué les puedo ayudar? ¿Qué es esa madeja de cables?

—Es muy difícil de explicar, doctor La mayoría de estas combinaciones de aparatos no se han ensayado nunca y no tienen nombre Para explicárselas tendría que valerme de una montaña de tecnicismos que no le dirían nada a usted Prefiero hacerle una demostración, si es que llegamos a ella.

—Llegaremos, doctor —intervino Roberto—. No le haga caso. La teoría es absolutamente clara, y hemos hecho pruebas parciales.

—Muy bien, Roberto, si Guillermo quiere guardar el secreto, no me enojo Esperare la demostración. Pero no vine a charlar ni a huronear, traigo una misión —

Guillermo enarcó sus rubias cejas.

—Se trata de una chica —proseguí—, que ha llegado hace poco a Howdean, se apellida Máitland, y creo que la podéis ayudar...

La frente de Guillermo se arrugó, y su cara reflejó el asombro.

—¿Una chica...? —preguntó.

—Sí, y nada vulgar. Pero prefiero comenzar por el principio.

Les conté todo lo sucedido, lo que habíamos hablado y las consecuencias implícitas.

—Lo siento por la chica —dijo Guillermo—, pero no veo en qué podemos ayudar a un artista amateur frustrado. Sólo ella puede ayudarse.

—No, Guillermo; el estado en que se encuentra se debe a dos factores.

Primeramente a que ha perdido todo entusiasmo por vivir y todo interés en las cosas. Tú eres una persona capaz de comunicar entusiasmo. Además, Elena mira al mundo y la vida a través de su deformada visión artística. Le hace falta una inyección de realismo y de sentido común, y ésa será la misión de Roberto.

—Lo siento, doctor —repuso Guillermo—, pero hay dos inconvenientes: primero, que me molesta extraordinariamente tener relación con las mujeres, y segundo, que estamos trabajando como locos para terminar con esto. Probablemente seguiremos trabajando toda la noche.

—Pero sería mañana por la noche cuando la podrías ver.

—Imposible, doctor, porque mañana por la noche trabajaremos también. Le hablo en serio. Ésta es una de las cosas más importantes que han existido, y si resulta bien, sus consecuencias pueden ser incalculables. No tengo tiempo para otras actividades. Tal vez después...

—Después puede ser demasiado tarde. ¿Y tú, Roberto?

—Bueno... —respondió éste, llenando su pipa—, la verdad es que no tengo más interés que Guillermo en conocer a esa chica. No sé mucho de arte, y no comprendo cómo puede significar tanto para alguien. De todos modos, si usted cree que le puedo hacer algún bien, iré a verla. Pero tiene que ser mañana por la tarde, porque mañana por la noche tengo una entrevista muy importante con mi padre.

—¡Cierto! —exclamó Guillermo—; tienes que verlo por el asunto del dinero...

—Así es, doctor —reafirmó Roberto—. Mi padre invirtió cierta cantidad de dinero; pero la hemos agotado ya, y nos falta muchísimo equipo indispensable: válvulas, transformadores... A propósito, Guillermo, no podrás trabajar mucho hasta que tengamos los transformadores.

—¡Maldita sea! —explotó Guillermo—. ¡Otra pérdida de tiempo!

—De todos modos, gracias por tu ofrecimiento, Roberto —dije—. No sé si mañana por la noche ya estará ella en estado de conversar. La veré mañana por la mañana. Pero si Guillermo no tiene nada que hacer aquí, me parece mejor que venga

también conmigo a verla. Si se queda aquí, terminará por destrozarlo todo.

—Bueno, ¡maldita sea!..., la iré a ver y no dejaré que se mate, aunque tenga que matarla yo mismo para impedirselo.

Al día siguiente por la noche fui a buscar a Guillermo. Roberto había salido a ver a su padre. Yo había estado por la mañana en casa de Elena, a la que encontré mejor y peleándose con la enfermera, que no la quería dejar levantar ni fumar. Se rió de mí cuando le intimé que no fumara, y discutimos mucho, pero al irme habíamos llegado a entendernos nuevamente.

Guillermo me invitó a tomar una taza de té que acababa de preparar. Mientras la tomábamos, se extendió en una larga explicación del experimento de Morley y pasó luego a las combinaciones electrónicas de Lorentz–Fitzgerald. Era muy interesante, pero comprendí que lo que pretendía era entretenerme.

—¿Tiene mucho que ver todo esto con tu trabajo actual?...

—Bueno, en cierto sentido sí, pero...

—Pero no directamente. Lo que te interesaba era entretenerme y ganar tiempo...

Ya sabes para qué te he venido a buscar.

—¡Ah!..., sí, esa chica Máitland... ¿No cambió todavía de parecer? ¿De veras cree que puedo yo hacer algo?

—Sin lugar a dudas; de modo que ponte el abrigo, y andando.

Por las ventanas del chalet no se veía otra luz que el rojizo y parpadeante fulgor de la chimenea. Golpeé en la puerta y se abrió unos centímetros.

—¿Es usted, doctor? —preguntó Elena.

—Sí, Elena.

—Pase, por favor.

Entramos. El gran *hall* estaba vacío. Delante de la chimenea, colgado de una silla, se secaba el pijama de Elena. Guillermo se quitó el sobretodo y se colocó de espaldas al fuego para calentarse. Por su expresión se veía que estaba dispuesto a comportarse con energía y superioridad. Yo, que sabía lo poco eficaz que habría de resultar su actitud, no pude reprimir una mueca, y para ocultarla, me dediqué a inspeccionar, una y otra vez, los libros de los estantes.

Oí la voz de Elena a mis espaldas:

—Buenas tardes... ¿Tú eres Guillermo?... No esperaba conocerte tan pronto.

Me pareció adecuado a mi plan dejar que los dos se presentaran solos, y tardé en volverme, fingiéndome absorto en un libro de Spencer.

Para una persona dominadora y segura de sí misma como Guillermo, la respuesta al saludo de Elena, tal como la escuché sin mirarlo, no era precisamente rotunda:

—¿Eh?... Sí..., no...

Me pareció que todo estaba perdido. Me giré y lo vi ante la chimenea, sin saber qué hacer con las manos, y con la cara más roja que las brasas de la chimenea. Su mirada opaca se dirigía a la entrada del dormitorio.

Miré yo también. Experimenté tal sorpresa que el tomo de Spencer casi se me cayó de las manos. En la puerta del dormitorio estaba Elena con su hermoso cabello en desorden, su atractiva sonrisa... y absolutamente nada más sobre su cuerpo.

Se veía que acababa de despertarse.

Su mirada se dirigió hacia mí.

—Buenas tardes, doctor. ¿Qué le pasó que se retrasó tanto? Ya no le esperaba.

Su protegido parece tan inteligente como usted dijo, pero de pocas palabras. No te preocupes, Guillermo; ya veo que estás un poco incómodo... A propósito..., mi pijama.

Se acercó a la chimenea. Guillermo se hizo a un lado como un conejo asustado.

—Por favor, no se aparte si tiene frío; sólo quería ver si estaba seco; es el único que tengo, y lo lavé esta mañana.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, se dedicó a examinar su pijama.

Guillermo la observó mientras ella se inclinaba sobre la chimenea. Aún, hoy, tengo la escena viva ante mis ojos: su cuerpo menudo, pero perfecto, su cabellera abundante, que a la luz del fuego parecía casi negra, y sus formas exquisitas, acariciadas por la luz de la chimenea. Distante y serena como ninfa bañándose en una fuente escondida en medio de la selva.

—Parece que está seco —dijo.

Y yo me tranquilicé, pues sabía que si no lo hubiera estado, ella no habría pensado en ponérselo. Me sentí mejor cuando la vi vestida, o mejor dicho, tan vestida, al menos, como yo la había visto siempre hasta ese momento.

—Ya estoy lista. Vengan. Sentémonos junto al fuego. Usted está muy callado esta noche, doctor. ¿Es por contagio de Guillermo o porque está enojado otra vez conmigo?

—No, no..., nada enojado —le respondí dando un respingo—. Estaba... pensando.

—¿Qué pensaba? Me parece que ha de ser interesante, y me siento con ganas de discutir algo esta noche.

—Acuérdese de que ésta es ante todo una visita profesional.

—¿De veras? Me siento muy bien; como hace mucho que no me sentía. Se ve que el arsénico me conviene.

Era evidente que ella no podía saber si yo le había contado a Guillermo su suicidio fracasado; pero se veía que no le importaba en absoluto.

Guillermo se había refugiado junto al piano y examinaba la música, pasando páginas y más páginas.

—¿Le gusta la música, Guillermo? —preguntó Elena.

—Sí, me gusta —arrimó una silla, y yo hice lo mismo. Quedamos los tres en círculo frente al fuego—. Chaikovsky en especial.

—Sí, a mí también me gusta —dijo Elena—. Era un artista que se expresaba sin reticencias. Lo que no puedo entender es cómo se sentía tan desdichado, él que había comprobado cientos de veces su capacidad creativa. No lo entiendo... Si yo hubiera logrado una milésima parte de lo que él logró, sería feliz.

—¿Y usted no cree que terminará creando algo que la satisfaga? —preguntó Guillermo.

—Por desgracia, sí. Hasta ahora he probado todos los medios de expresión y he trabajado con frenesí. Sin embargo, nunca he logrado nada que no fuera un fracaso o, a lo sumo, mediocre, que es un fracaso peor. Sin embargo, contra toda razón, siento que he de lograr algo cabal en esta vida... o en la otra —añadió pensativa—. Una necesidad como la que siento, no podría existir en mí gratuitamente.

—¿De veras usted cree que toda necesidad que descubrimos en nosotros está destinada a satisfacerse? —preguntó Guillermo, entre serio y divertido por lo que le parecía una ingenuidad.

—No pretendo que mi creencia sea justificada. Lo creo, sí, como la gente suele creer, porque deseo con fervor que resulte así. Sin embargo, ¿cómo explicar que una tendencia subsista después de años de insatisfacción y me haya llevado a un estado en que todo nuevo intento es ya imposible?

—¿Quiere usted decir...? —pregunté.

—Quiero decir que más vale que no le explique claramente lo que quiero decir —respondió ella, eludiendo la pregunta—. Muchas veces deseo que no exista la fe, sino solamente el conocimiento, del modo que sea.

—No existe ningún conocimiento absoluto —respondió Guillermo—; sólo existen diversos tipos de fe.

Por primera vez desde que la conocí, Elena pareció sorprenderse.

—¿No es una afirmación bastante extraña en boca de un hombre de ciencia? ¿No lo tienen ustedes todo correctamente medido, pesado y clasificado en los nidales de su palomar?

—Einstein destruyó nuestro palomar. Actualmente nadie cree que los nidales del palomar tengan un tamaño o una situación absoluta, sino relativa. Pero no me refería a eso. Usted dice que los científicos conocemos cosas. No las conocemos. No conocemos nada. Decimos que el ácido sulfúrico, echado sobre el cinc, *produce* hidrógeno. Esto es porque de los cientos de veces que hemos echado sulfúrico sobre el cinc, *ka producido* hidrógeno. Por eso decimos que ha sido experimentalmente verificado. Pero, del hecho de que el ácido sulfúrico haya producido hidrógeno hasta ahora, no se sigue que necesariamente lo ha de producir la próxima vez y por siempre



en el futuro. Un día un hombre vierte ácido sulfúrico sobre cinc, y en vez de hidrógeno le sale *La Dama de las Camelias*. No sabemos que resultará hidrógeno; simplemente lo *creemos*.

—Puede que sea verdad —respondió Elena—; pero por lo menos usted sabe que vertió el sulfúrico; pase lo que pase, no puede negar ese hecho.

—¿Le parece que no? Anoche, cuando estaba en mi cama, cacé dos antílopes que habían entrado en mi habitación. Esto es cierto, si mi memoria no me engaña. ¿Y no me engañará? Tal vez estuve soñando. Supongamos que soñé que hace dos minutos vertí ácido sulfúrico... ¿Cómo sé si fue un sueño o no? Me parece que sí. Tal vez lo hice. Pero ¿cómo me consta?

Elena y yo soltamos la carcajada.

—Vamos, Guillermo —dijo ella—; cuando cazó los antílopes, usted estaba durmiendo, y cuando echó el ácido sulfúrico, estaba completamente dormido.

—Elena, si repite usted lo que ha dicho, me sugestionaré y creeré que he vertido realmente ácido sulfúrico hace dos minutos. ¿Cómo puedo saber que estoy despierto?

¿Cómo sé que no sueño, que estoy completamente despierto? ¿Cómo sé que no estoy actuando bajo una orden hipnótica?

—Eso es buscarle cuatro pies al gato —comenté.

—Puede ser, doctor. En esto, como en muchas cosas, uno puede pensar a fondo o no. Lo que demuestra es que la memoria es un instrumento tan poco digno de confianza como cualquier otro; especialmente la mía. Muchas veces me parece que recuerdo correctamente algo, y no es así. Una grave falla para una mente que quiere ser científica.

La conversación, así encarrilada, prosiguió con animación. Del análisis del conocimiento científico, Elena y Guillermo pasaron a una comparación entre los hábitos mentales del sabio y del artista, y ambos descubrieron que apreciaban mucho a Van Gogh. Me acordé de la señora Lewis y de su inminente vástago, y me despedí, dejando a los dos jóvenes en animada conversación.

Era casi medianoche cuando llegué a mi casa, después de asistir a la entrada triunfal en este valle de lágrimas del heredero del señor Lewis, Luis Alberto Lewis (hijo). Terminaba de servirme una medida de whisky, cuando llamó alguien a la puerta. Era Guillermo.

—¿Puedo entrar un momento?

—Cómo no, Guillermo. Sírvete un whisky.

—Sólo uno. ¿Sabe, doctor, que me alegro de haber conocido a Elena? Es una chica encantadora.

—No tan chica, Guillermo; es más madura de lo que tal vez llegues tú a ser alguna vez.

—Puede que tenga razón, doctor —respondió pensativamente Guillermo.

—¿Averiguaste algo más sobre ella?

—Muchísimo. Me parece que usted no lo sabe. Es una historia extraña la suya; increíble casi. Si no está muy cansado, se la cuento.

—No estoy cansado, y tengo mucho interés en oírla.

—Elena se quedó huérfana de padre y madre. Sus primeros años están envueltos totalmente en el misterio. Sus primeros recuerdos son de los cuatro años.

Ella vivía sola y errante por los caminos y por el campo. Se alimentaba de lo que recogía en los bosques o robaba de las casas. No dormía bajo techo, y hasta la ropa que llevaba puesta la robaba de los hilos en que la tendían las mujeres. No sabía que robar era malo. Veía que las demás personas descolgaban la ropa para ponérsela, y ella hacía lo mismo. Pero una vez la persiguió una mujer, y desde entonces sólo se acercaba de noche a las casas. Es increíble que nunca la haya detenido la policía. La explicación puede ser que siempre andaba por distritos rurales muy alejados, sin detenerse en ninguna parte mucho tiempo. De todos modos, siempre evitaba a la gente. No era como un chico «civilizado» que se ha perdido y que es fácil de reconocer. Era una pequeña niña, extraña y mal vestida, que parecía siempre saber a dónde se dirigía y qué tenía que hacer.

—Y esto explica su rasgo más característico —interrumpí—: ella dicta sus propias reglas de conducta. Como nunca estuvo sometida a la presión familiar o social, ha tenido siempre que elegir su propia regla de conducta. Las normas de la sociedad no han contado y en apariencia no cuentan nada para ella.

—Le aseguro que envidio su libertad de espíritu. Toda mi infancia la pasé bajo el despotismo de mi padre, y no me he curado todavía de las huellas que me quedaron. Desconfianza en mí mismo, dudas perennes... Quisiera tener la autosuficiencia de Elena. —Guillermo permaneció unos instantes en silencio, sumido en sus cavilaciones—. Pero terminemos con el cuento de Elena —prosiguió al fin—. Parece que a los seis o a los siete años entró en una escuela de monjas. No me explicó cómo había sido, porque no pretendía contarme su vida de un modo ordenado, sino a medida que pasábamos de un tema a otro. En la escuela de las monjas aprendió a leer y a escribir, y tuvo una educación general bastante completa, incluida la música. No sé si usted sabe que es una pianista sobresaliente. Le pedí que tocara algunas piezas. Su técnica es perfecta y su interpretación muy personal; pero dice que no está interesada en ser intérprete, en recrear las creaciones de otros... Bueno, en el convento parece que se entusiasmó con el diseño de modelos.

No me extraña; ¡pobre chica!; había vestido siempre ropa ajena e inadecuada; debía de estar ansiosa por llevar una que le sentase al cuerpo... Cuando llegó a los dieciocho años, las monjas querían que se quedase en el colegio como profesora, pero ella no aceptó. Entró en una gran casa de modas y trabajó como lo hace siempre, como una esclava. Nunca llegó a tener una idea grande y original. Lo único que logró

fue trabajar de firme en una pequeña idea y desarrollarla a costa de esfuerzo. Entonces se marchó a París y vio la soltura con que trabajaban los grandes maestros, cómo con la mayor facilidad conseguían en un día lo que ella no había podido en diez.

Comprendió que no estaba dotada, renunció en la firma en que trabajaba, y, con sus ahorros, se instaló en París para dedicarse a otras artes. Vivía en el barrio latino y trataba de allegarse a todos los artistas y de aprender con ellos. Parece que durante mucho tiempo fue modelo. Por eso no tuvo hoy ningún reparo en aparecer desnuda ante nosotros... Aunque quizás haya sido porque esperaba sólo al médico.

—¡Nada de eso! —interrumpí—. No hay que buscar excusas comunes. Lo hizo simplemente porque le pareció que debía hacerlo. Si la hubiera visitado un arzobispo, habría hecho lo mismo que con nosotros.

—Tiene razón, doctor —respondió Guillermo—. No es una persona común.

Debido al tipo de vida de su niñez, siempre al aire libre, es una especie de primitiva.

La comodidad no significa para ella lo mismo que para nosotros. Anoche, mientras hablábamos, se apagó el fuego sin que lo advirtiéramos; yo comencé a temblar y tuve que ponerme el sobretodo, pero ella siguió hablando como si nada, con los pies desnudos y en pijama. Todos los días, aunque sea pleno invierno, va a nadar al río a las seis de la mañana. ¿Sabía usted que en este momento no tiene ni un centavo, ni la menor reserva de provisiones o de carbón? Cuando terminó su formación en París, el dinero que tenía lo invirtió en comprar el piano, libros y material de pintura. Pensó que podría vender sus producciones, pero desde entonces no ha logrado ninguna que la satisfaga.

—¿Por qué no vendió el piano?

—Parece que comprendió que le era necesario, y que, después del piano, acabaría vendiendo los libros y todos sus instrumentos de trabajo. Entonces fue cuando sintió que se le desvanecía el interés por la vida.

—¿Y no puede dedicarse otra vez al diseño de vestidos?

—Doctor, me parece que usted no la comprende. Ella es incapaz de retroceder, de recomenzar una vida que sabe que no la llevará al término que desea. La frustración en el fin último de su vida es lo que la llevó al suicidio.

—Bueno, pero hay que hacer algo por ella; no puede seguir así por mucho tiempo...

—Déjeme que le cuente lo que falta. Recuerde que el móvil principal de mi visita fue ayudarla a cobrar interés por la vida. Cuando vi lo necesitada que estaba de este estímulo, le conté algo de mi trabajo actual y de una posible derivación del mismo... Creo que esto es lo único que puede despertar su interés.

—¿Y te decidiste a comunicarle detalles de tu trabajo, antes de haberlo

finalizado? A mí también me gustaría que me contaras algo.

—Si fuera necesario para salvar la vida de usted, le contaría. Pero no es el caso, creo. No piense que me preocupan las patentes o que nos roben el secreto: no creo que nadie, exceptuados Roberto y yo, y no estoy plenamente seguro de Roberto, pueda entender ni siquiera los principios de esto, sin una larga y dura preparación. Por eso no se lo he querido explicar a usted antes. Usted no ignora sus limitaciones en el aspecto teórico, y no me creería si le dijese qué pretendemos. Prefiero hacerle una demostración práctica, para que acepte la evidencia.

—De acuerdo, Guillermo...; pero ¿qué dirá Roberto cuando se entere de que le has contado eso a Elena?

—Probablemente no le va a gustar; pero no había otro remedio. Y todavía falta lo peor. Elena no quiere aceptar préstamos, porque sabe que no los podrá devolver; no se va a poner a trabajar en una tienda por la comida. ¿Caridad?... ni me atreví a proponérselo. Por otra parte, su conocimiento del arte nos puede ser útil para nuestro proyecto, cuando entremos en la etapa de producción. Le propuse que se asociase con nosotros. Tendrá una oportunidad única para la creación en el dominio del arte. Además, nosotros necesitamos urgentemente una mujer en la «cueva», para que nos atienda y nos releve de todas las tareas domésticas que nos quitan tiempo y nos distraen. Le propuse que se encargase de ello y le ofrecí un salario semanal.

—¡Dios santo! —exclamé—. ¿Y qué dijo?

—Al principio se rió, pero terminó aceptando. Insistí en que su compromiso era estrictamente comercial, y le hice aceptar por adelantado el sueldo de una semana.

Ahora tendrá para lo necesario. Pero además creo que está entusiasmada con la idea de una participación activa. Bueno, doctor, es muy tarde para hablar. Nos veremos mañana. Buenas noches.

—Buenas noches, Guillermo.

A la mañana siguiente terminé más temprano que de costumbre mis visitas profesionales, de modo que pude almorzar tranquilamente a una hora razonable, y salí luego a dar un paseo antes de acudir a la cita en la «cueva».

Encontré a Elena friendo unos huevos, y a los muchachos conversando animadamente, sentados en unos cajones sin abrir todavía.

—¿Qué tal te fue con tu padre? —pregunté a Roberto, después de saludar a los tres—. ¿Conseguiste un nuevo aporte?

—¡Ni siquiera esperanzas!... Apenas le dije que el dinero no nos había alcanzado para instalarnos, me contestó que si yo no sabía calcular ni siquiera eso, no era apto para la industria. No sólo no me dio ni un centavo más, sino que me fijó un plazo de cuatro meses para devolverle el dinero, que no era una inversión, sino préstamo. Si no se lo devolvemos para esa fecha, nos pondrá un pleito. Quiere que deje esto y me dedique a los asuntos de la familia.

—¿Y no podrían mostrarle algún resultado concreto, quiero decir, preparar alguna demostración que parezca un resultado concreto y luego volver al plan inicial?

—Imposible, doctor. El viejo sabe lo que hace y no es ningún tonto.

—¿Cuánto necesitan sacarle?

—Quinientas libras —respondió rápidamente Roberto.

—Bueno... Yo tengo algunos ahorros que guardo para mi vejez... Parte de ellos están ya invertidos; pero me gustaría hacer otra nueva inversión. ¿Me aceptarían como socio con un aporte de quinientas libras?

No esperaban tal ofrecimiento. Se miraron el uno al otro, y Roberto me respondió:

—Es muy generoso por su parte, doctor... Si el negocio no fuera tan seguro, no lo aceptaría; pero el caso es... que sólo puedo ofrecerle un cuarto de participación, con trescientas cincuenta libras.

Esto era algo que yo no había ni sospechado.

—¿Un cuarto de la sociedad? —respondí sin comprender. Pero de pronto me acordé de la oferta de Guillermo a Elena—. ¡Ah, sí!, ¿y de dónde vas a sacar las otras ciento cincuenta libras? ¿O es que has descubierto algún modo de reducir los gastos?

—No, doctor. El material que necesitamos para armar esto —señaló en torno con un gesto de la mano— es imposible conseguirlo con menos de quinientas libras.

Pero esta mañana mandamos a nuestro tercer socio a que buscara una docena de huevos...; tardó tres horas..., y volvió con ciento cincuenta libras: ¡ha vendido el

piano! Cuando usted llegó, estábamos considerando hasta dónde podíamos estirarnos con ese dinero.

—Bueno, ¿estamos de acuerdo?

—Sí, doctor. Para dentro de una semana le prometo resultados concretos.

La semana convenida la pasé tremendamente excitado. El misterio con que los muchachos habían cubierto su trabajo, los resultados inauditos que prometían, la recuperación espiritual de Elena, todo esto me mantuvo en constante tensión. Ni me atrevía a visitarlos en la «cueva». Lo más que hice fue pasar por el chalet de Elena y pedirle noticias de ellos.

—Trabajan como enloquecidos —me respondió—. Yo le agradezco mucho que me los haya presentado. Por fin siento que mi vida tiene algún sentido.

Cuando llegué a la «cueva» y abrí la puerta, mi curiosidad me sofocaba. Lo primero que vi fue dos fanales de cristal, en forma de campanas o queseras gigantescas, situados en medio de la «cueva» y unidos entre sí con un sinnúmero de aparatos mediante complicadas conexiones. Los aparatos estaban colocados a su vez sobre varias plataformas de diversa altura, y eran condensadores, motores, dinamos, acumuladores, magnetos y paneles de interruptores.

Una de las «queseras» estaba completamente vacía. Dentro de la otra, suspendido de varios aisladores, se encontraba un cuadro al óleo, que me pareció conocido. Me acerqué y vi que no me había equivocado: era un Boucher de la biblioteca de sir Walter, el padre de Roberto.

Éste salió de algún lado, de detrás de uno de los fanales, y contestó a la muda pregunta que se traslucía en mi semblante.

—Sí, me lo prestó el ama de llaves, con permiso de mi padre; pero tengo que devolverlo antes de que mi padre regrese de la ciudad esta noche. Si no se lo llevo, mejor será que no me ponga ante su vista... Le costó mil trescientas libras.

—¿Tiene algo que ver con la demostración que me prometiste?

—Sí. Hubiera servido cualquier otro objeto, pero preferimos uno de gran tamaño y de color complejo. Ya está todo listo. Sólo le esperábamos a usted para comenzar.

Voy a llamar a Guillermo y a Elena, que están en el jardín.

—¡Bienvenido, doctor! —exclamó Guillermo, que entró seguido de Elena—. Siéntese, que vamos a comenzar la clase. Roberto, prefiero que se lo expliques tú.

—Bueno, pero tendrás que ayudarme luego.

—Procura hacerlo —dije yo a Roberto— del modo más elemental posible, como si yo fuera un chico de escuela...

—Elena —interrumpió Guillermo—, tú, que ya conoces el asunto, ¿querrías preparar entretanto un poco de té?... Y pon una aspirina en la taza del doctor; le va a hacer falta.

—Como usted sabe, doctor —comenzó Roberto—, los objetos que nos rodean

están formados todos por una sustancia común, que llamamos materia. Las diferencias en sus formas, tamaños y demás propiedades fisicoquímicas dependen solamente de que los elementos únicos que componen la materia, los átomos, están dispuestos de diverso modo.

—Hasta ahí lo entiendo todo, Roberto —le comenté.

—Bueno, también sabrá que los átomos no son, como se pensó durante muchos siglos, porciones infinitesimales de la materia.

—Sí..., son una especie de montón de casi nada...

—Efectivamente. Usted recordará, pues, que Millikan descubrió que la carga e aumenta solamente en múltiplos integrales, y la teoría electrolítica de Faraday quedó anulada...

—¡Epa!... —grité—. Despacio, despacio... Y repítemelo todo.

—De acuerdo, doctor. El átomo está formado por un núcleo central que es un cúmulo de cargas positivas de electricidad, llamadas protones, y en torno a este núcleo, girando en órbitas diferentes, como los planetas en torno al Sol, están los electrones. La suma de la energía eléctrica negativa de estos electrones equilibra totalmente la carga de los protones. Ahora bien: Newton pensó...

A partir de ese momento la explicación se fue haciendo más complicada, y renuncié a seguirla. Thomson, Rutherford, Dirac, Planck, la teoría de la indeterminación, el agua pesada, dos caballeros llamados Siegbahn y Hahn, el uranio 235, un italiano llamado Fermi, que descubrió también algo muy importante...

Guillermo intervino para salvarme:

—¡Por el amor de Dios, Roberto!... No le tortures más. ¿No ves que se perdió en las partículas *alfa*?

—Efectivamente —tuve que reconocer—. Discúlpame, Roberto, pero dejé de entenderlo cuando no pude imaginar una representación visual de lo que describías.

—Siento no haberme percatado, doctor, y no tiene nada de extraño que se haya perdido. Es imposible representarse en la imaginación hechos que sólo pueden ser concebidos matemáticamente.

—Déjame seguir a mí, Roberto —propuso Guillermo; y sin esperar respuesta prosiguió con la explicación—. Es imposible representarse esas cargas, porque nadie puede decir qué es la electricidad, si se trata de ondas o de materia. Hay quien las ha llamado «ondículas», es decir, mitad onda y mitad partícula.

Guillermo siguió con la explicación y pasó a hacer la historia de su teoría. Su imaginación había sido espoleada al enterarse de que en el laboratorio de la General Electric, de Nueva York, en 1945, se había producido materia a partir de la energía.

Inventaron una máquina llamada «betatrón», que lanzaba rayos x de gran poder, producidos a partir de átomos desintegrados de tungsteno, contra masas de acero duro. Consiguieron de este modo un tipo nuevo de electrones, que eran partículas de

materia creadas artificialmente. Guillermo se lanzó a estudiar esta síntesis, y descubrió que, si a través de cualquier objeto, se hace pasar una corriente eléctrica de cierta intensidad, siendo la fuerza de la corriente una proporción muy exacta de la masa y conductividad del objeto, se produce en torno a éste un campo de fuerzas invisible, una red de innumerables líneas de fuerza, que forman una especie de trémulo reflejo del objeto. Pero este reflejo no es la imagen revertida del objeto, como la obtenida en los espejos, sino un duplicado exacto, que existe más o menos como posibilidad.

Mediante cierta conexión radial, que ni siquiera traté de entender, se pueden recoger las impresiones de esas líneas de fuerza y transmitir las a un receptor cercano, donde vuelven \* formarse de acuerdo al original.

Eso era el complicado aparato que tenía ante mí. En la campana de vidrio del receptor debía formarse la imagen. Un proyector de cierto tipo proyectaría luego una cortina de ondas cortas a través de las líneas de fuerza de la imagen duplicada, y las ondas las cortarían en los ángulos exactamente indicados. Mediante este proceso, las líneas de fuerza serían cortadas en pequeños segmentos que se comprimirían instantáneamente sobre sí mismos, como si fueran resortes a los que se suelta después de haberlos estirado, y se convertirían en pequeños nódulos de energía, es decir, electrones y protones, que formarían el objeto duplicado, que es de lo que se trataba: de duplicar cualquier objeto físico.

Me enteré de que el proyector no era muy potente. El efecto se conseguía principalmente por un exacto cálculo del ángulo de incidencia. El poder estaba latente en las mismas líneas de fuerza del duplicado: eran como elásticos estirados.

—¿Y qué probabilidad hay de que vuestro aparato funcione? —les pregunté cuando terminaron su explicación.

—Ya lo hemos probado, doctor —dijo Guillermo—, y funciona, aunque es muy imperfecto. Mire estos dos tubos de aspirina.

—Sí, y yo mismo pude haberlos comprado en la farmacia —contesté secamente.

—Ya te advertí —dijo Guillermo a Roberto— que no nos creería hasta que lo viera con sus propios ojos. Empecemos.

Guillermo se acercó al «reproductor» (parece que así hay que llamarlo), y se puso a manipular las llaves.

En los paneles comenzaron a encenderse luces. Una gran dinamo empezó a retumbar en un rincón. Doce motores eléctricos se pusieron en marcha a distintas velocidades. De una varilla comenzaron a saltar gruesas chispas hacia otra, el polo opuesto, situado frente a ella. El ambiente se iluminó con intermitentes relámpagos.

Guillermo encendió dos poderosas lámparas sobre las dos campanas, y yo concentré mi atención en ellas.

Guillermo y Roberto estaban a mi lado, codo a codo, mirando cada uno los



aparatos de medida, pero atentos también a lo que ocurría en la campana receptora.

Al principio no pasó nada de particular: la campana seguía vacía como antes.

Luego, en medio de la campana, a unos sesenta centímetros del piso, apareció una delgada franja dorada, que aparentemente no era sostenida en modo alguno. Muy lentamente se engrosó, se extendió hacia la derecha, de pronto se dobló en una punta y de allí bajó perpendicularmente.

El cuadro comenzaba a entrar en su existencia dual.

Poco a poco el marco quedó completo. El ruido era ahora tremendo. Parecía que la dinamo, mal asentada, intentara soltarse de su basamento. El piso comenzó a vibrar, y las vibraciones subían por mis talones hasta la nuca.

El aire parecía estar impregnado de electricidad. Sentí un ardor cáustico en la lengua, como si la hubiera aplicado contra los polos de una pila. Tuve que apartar la vista. A mi lado estaba Elena, que me miró sonriendo, mientras me ofrecía una taza de té en cuyo plato estaban visiblemente situadas dos aspirinas. Sentí que me hacían falta y sorbí a grandes tragos el líquido caliente.

Roberto y Guillermo seguían observando los aparatos. El duplicado se había materializado hasta hacerse reconocible. La figura del retrato comenzaba a formarse, como un tenue fantasma, sobre la tela. El duplicado no era sólido todavía; podía ver a través de él el fondo de la campana de cristal, y los objetos que estaban detrás de ella. Pero seguía consolidándose lentamente: la trama gruesa del principio se iba llenando; los colores comenzaban a aparecer..., y de pronto me encontré frente a dos cuadros exactamente iguales en cada uno de sus detalles: dibujo, color, perspectiva.

Una luz roja se encendió en alguna parte, como una señal de atención.

Automáticamente se cortaron todos los aparatos. Cesaron los relámpagos; los motores se detuvieron con un quejido, y la dinamo arrastró un agudo y decreciente lamento.

Roberto levantó las dos campanas mediante un engranaje y descolgó los dos ejemplares de la obra. Toqué ambas pinturas y sopesé ambos cuadros. Era imposible distinguirlos. Hubiera desafiado a cualquier experto a que dijera cuál era el original y cuál el duplicado. Los colores correspondían exactamente, y hasta el último cabello del original estaba también en el duplicado.

Miré a los dos muchachos y a Elena, sin salir de mi asombro.

—Tenemos que hablar largo de esto.

—Por supuesto; hace semanas que no pienso en otra cosa.

Nos sentamos sobre los cajones. Charlamos como loros, varias horas, sin agotar el tema. En el curso de la conversación, Roberto sacó un papel escrito de su puño y letra.

—Nuestro contrato de sociedad —dijo—. Lo preparé ayer. Por supuesto que es una simple formalidad, pero conviene que hagamos las cosas como se debe. Firmen,

por favor.

Me alargó el papel. Comenzaba: «*Los firmantes...*». Yo no estaba en ánimo para leerlo hasta el final. Lo firmé. Guillermo garrapateó su firma debajo de la mía. Elena escribió la suya, rápida pero claramente, sin leer el documento. Roberto lo tomó y firmó debajo de todos.

La hora de mi consultorio vespertino se acercaba, y yo debía marcharme.

Quedamos de acuerdo en reunimos dos horas después en El Faisán.

Afortunadamente, no se presentó ningún problema en la consulta, y pude llegar a hora, después de indicar a mi ama de llaves dónde podría encontrarme.

Cuando llegué, ya estaban allí los dos muchachos y Elena. Roberto tenía junto a sí un gran paquete envuelto en papel.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunté al sentarme.

—El cuadro, por supuesto. Tengo que dejarlo en la biblioteca antes de que el viejo regrese, pero tenemos dos horas todavía.

—Le podías dejar el duplicado —dijo Guillermo—, para ver qué pasa.

—No; hay que jugar limpio —repuso Roberto, mientras el camarero servía las bebidas que habíamos pedido—. Tenemos tanto que hablar, que no sé por dónde empezar.

—Comienza por esto —dijo Guillermo, acercándole un vaso de espumante cerveza.

Los tres hombres alzamos nuestros respectivos vasos. Elena estaba arrellanada en un sillón, con su imprescindible cigarrillo en la mano, con las piernas cruzadas y la falda despreocupadamente levantada sobre las rodillas. Sus ojos oscuros parecían perdidos en íntimos ensueños.

Hablamos larga y minuciosamente de las posibilidades comerciales y culturales del *reproductor Leget-Heath*. Frente a nuestros vasos siempre llenos, planeamos muchas de las cosas que luego habrían de admirar y (así lo creo al menos) mejorar al mundo. Cuando ya habíamos obtenido un esbozo de nuestras futuras actividades, Roberto miró su reloj pulsera y exclamó:

—¡Caramba, ya son las nueve! Tengo que apurarme para que papá no se me adelante. ¿Alguien quiere venir a cenar a casa?

—Gracias, Roberto —respondí yo—; no puedo; tengo que volver a casa.

—Yo tampoco, Roberto —dijo Guillermo—, y no es porque no quisiera comer algo bien cocinado, después del plato que Elena nos preparó hoy; pero ya sabes que tu padre no me mira con buenos ojos. Todavía está convencido de que yo te saqué de la fábrica para meterte en la física atómica.

—Tienes razón, sobre todo porque siempre vuelve de mal humor de sus viajes de negocios. Es preferible que no se enzarce contigo. Y tú, Elena, ¿no querrías conocer a mis padres?

—Sí, tengo mucho interés. Y hasta puede que tu madre me inicie en los secretos de la cocina.

—Vamos, entonces —dijo Roberto, levantándose y alzando el paquete que contenía el cuadro.

Guillermo se quedó mirando cómo salían cogidos del brazo.

—¡Otra copa, doctor! —dijo al cabo de un largo rato—. La noche es joven.

Apuré mi vaso, y al hacerlo me di cuenta por primera vez de que Guillermo había cambiado la cerveza por whisky.

—¿Cuántos whiskys has tomado ya?

—No lo sé: no soy un barril en el que se pueda echar nada más que cerveza durante toda la noche.

—No es bueno mezclar cerveza y bebida destilada. Mejor será que no insistas.

Nunca te he visto borracho hasta ahora.

—Pues me he emborrachado tres veces en mi vida, y ésta va a ser la cuarta.

Llamó al mozo y le pidió otro whisky.

Sentí el impulso de reprenderlo, pero me contuve instantáneamente: Guillermo no estaba ya bajo mi tutela, y había trabajado fuerte y conseguido mucho. No le vendría mal distraerse y descansar, aunque fuera a costa de una intoxicación. Yo también tenía motivos para sentirme comprensivo y tolerante. Ya no me acordaba para nada de mis posibles pacientes.

Bebimos y hablamos, pero de temas intrascendentes: ya habíamos hablado demasiado del reproductor esa noche.

Llegó la hora de cerrar El Faisán. Para levantarse, Guillermo tuvo que apoyarse en mi hombro. Su rostro estaba enrojecido y sudoroso. Respiraba por la boca, como si le costara demasiado esfuerzo mantenerla cerrada. Sus ojos estaban bastante extraviados, y llevaba deshecha la corbata.

Cuando salimos a la oscuridad de la noche, su paso tambaleante e incierto me obligó a sujetarlo por el brazo. Comprendí que tendría que llevarlo hasta su casa, si no quería que amaneciese tirado en algún zaguán. Cuando llegamos a las afueras del pueblo, comenzó a hablar, lentamente al principio, ininterrumpidamente después, pasando de un tema a otro con volubilidad. Fue en esta conversación (monólogo, mejor dicho) donde Guillermo mostró por primera vez algo de lo que ocultaba bajo su fachada de altivez, frialdad y autosuficiencia.

—Sí, doctor; estoy borracho como una cuba, y me alegro de estarlo. Vale la pena. Sin el alcohol, nunca puedo ver las cosas con esta lucidez, sin confusiones entre el miedo y la esperanza. Es maravilloso el alcohol... Así veo el mundo en perspectiva. Así debiera verlo siempre, pero no lo veo. No soy una personalidad completa. Las dudas, ¡siempre las dudas sobre mí mismo! ¿Qué parezco? ¿Qué impresión doy? Vivo preguntándomelo. ¿Me ven los demás como me veo yo al mirarme al espejo?,

¿como un colegial demasiado desarrollado? ¿Significo yo algo en esta vida? ¿Hay un Dios, y Guillermo Leget significa algo para él?... No tengo fe en nada, ni siquiera en la ciencia. La ciencia es un jugar con una maquinaria, pero sin saber nada del destino de esa maquinaria... ¿Es que tiene algún sentido?... Elena dice que no, pero ella tiene una autoseguridad, un bastarse a sí misma... Yo no... Roberto también cree; se siente firme; tiene el honor de una familia que respetar, normas caballerescas que cumplir. Le aseguro que siento envidia de él, una envidia que me carcome. A veces llego a odiarlo.

Por este estilo siguió la conversación, el soliloquio de Guillermo. Con una lucidez de enfermo se examinó a sí mismo: su infancia, sus estudios, sus experiencias, su ciencia, su futuro. Luego habló de los demás, y añadió:

—La única persona que conozco que haya sabido desarrollarse plenamente es Elena, y precisamente porque nadie interfirió en su desarrollo. Cuando llegó al colegio de las monjas era demasiado tarde para que pudieran deformarla. Lo único que pudieron hacer todavía fue demostrarle que su sexo y la vida de familia no eran imprescindibles, y que por lo tanto no debía desearlos. Derivó entonces sus impulsos creativos hacia las artes, donde se empeña en conseguir una realización que no puede darle... Su diagnóstico fue acertado, doctor: lo que a ella le falta es un hogar y la vida íntima y afectuosa de familia. Ni siquiera sabe lo que ha perdido. Pero instintivamente siente lo que le falta, el hueco que ha quedado en su vida. Y quiere llenar ese hueco con algo. Por supuesto, lo que aspira a crear, sin darse cuenta, es una familia y un hogar propios. Por eso se entusiasmó tanto con nuestro proyecto de utilizar el reproductor para proveer de obras de arte las casas particulares.

—¿Crees que eso puede satisfacerla? —le pregunté.

—No, doctor; sus exigencias creadoras son mucho más profundas. Tiene que sentirse participando personalmente en la creación. Voy a contarle algo. Hace un par de mañanas la acompañé al río a nadar. Yo no llegué a bañarme, porque hacía un frío de mil demonios; con decirle que la hierba estaba cubierta de escarcha...

¿Recuerda ese recodo del río, donde hay dos peñascos altos y al pie de éstos otras rocas menores?... Apenas si el río tiene allí un metro de anchura. Pues bien; ella se zambulle desde la roca más alta: nueve metros sobre ese metro de agua que queda limpio. No se trata de saberse zambullir o no; es pura casualidad que uno no se desvíe en el aire y se estrelle contra las rocas. Tendría que ver usted la despreocupación con que se zambulle; no es imprudencia, sino simplemente falta de interés en la vida. Me parece que, a pesar de nuestros esfuerzos, no hemos podido sacarla de ese estado de desprecio de la vida en que la hemos conocido. Y todas las mañanas hace lo mismo. ¡No quiero ni pensar lo que puede sucederle!

En aquel momento un chorro de luz nos iluminó por la espalda, rasgando la negrura de la noche. Oímos un claxon. Empujé a Guillermo fuera del camino, y casi

me arrastró consigo. El automóvil desapareció a lo lejos, mirándonos con sus luces rojas.

En la zanja donde cayó Guillermo, siguió balbuciendo palabras que ya no eran inteligibles. Tuve que levantarlo como un peso muerto y arrastrarlo hacia la casa.

Afortunadamente no estábamos muy lejos. El alcohol, cuyos efectos primeros tanto habían agradado a Guillermo, había terminado por quebrar toda la coherencia de sus funciones. De pronto se detuvo y dijo:

—Tengo que hablar en serio..., muy en serio... Ésa chica no sabe lo que quiere..., pero yo sí lo sé... Y yo quiero eso mismo... *Estoy enamorado de ella* — exclamó de pronto, echando a andar y dando traspiés—. La necesito... Necesito afecto...; nunca lo tuve...

—¿Y por qué no se lo dices?

—Es que ella no se da cuenta..., no sabe lo que quiere... Puede..., puede...

—¿Puede rechazarte? Bueno, de todos modos hay que intentar.

—Pero no me atrevo..., me arredra su negativa... Es orgullo, orgullo infantil, pero no puedo sobreponerme.

—¿Y si le hablara yo?

—Sí..., háblele usted... Yo le hablaré después, cuando se me pase el mareo...

Ahora no me entendería.

—Muy bien; te prometo hablarle.

—Gracias..., doctor —respondió Guillermo, y se desvaneció de pronto, cayendo al suelo como un trapo.

A la mañana siguiente, iba yo en mi auto, por el pueblo, cuando vi a Elena, que salía del almacén, con una bolsa respetable de comestibles. Me arrimé por detrás de ella.

—¿Taxi, señorita?

—Sí —respondió sonriente—; pero se me ha terminado el dinero.

—Eso quiere decir que ya ha terminado sus compras. Suba. Voy a la «cueva».

Se sentó a mi lado y dejó la bolsa de compras en el asiento de atrás. Esperé a que arrancara un ómnibus que estaba parado cerca y salí con mi coche detrás de él, sin intentar pasarlo. No quería que el viaje terminara antes de haber cumplido lo que le había prometido a Guillermo.

Era difícil comenzar. Aunque sabía que, si Elena fuera la interesada en saber algo, me lo preguntaría sin rodeos, no me sentía capaz de hacerlo yo así. A mí me habría parecido «incorrecto» y me hubiera sido imposible conservar el dominio de mí mismo. Por fortuna la conversación que inicié me llevó directamente a donde quería ir.

—Pronto tendrás de nuevo tu piano... —dije, entre afirmando y preguntando.

—Tal vez —respondió Elena.

—¿Tal vez?, ¿por qué?... Si nuestros planes salen bien, tendremos ingresos antes de tres semanas.

—Sí, pero ya no tengo demasiado interés en recobrar el piano.

Hice un gesto de fastidio.

—No me gusta verte otra vez en ese estado de ánimo, Elena. Pensé que ibas a hacer un esfuerzo, que estabas interesada...

—Doctor —me interrumpió con gesto de picardía—, me parece que está sermoneando en la iglesia que no le corresponde. Hasta el momento he estado interesada en el reproductor, y hasta cierto punto lo sigo estando; pero me interesa mucho más otra cosa, y para ella no sirve el piano.

—¿Es un secreto esa «otra cosa» que te interesa?

Su mueca de picardía se convirtió en sonrisa.

—No creo en los secretos. Y, además, usted lo sabe; lo sabe antes que yo misma...

—¿Qué quieres decir?

—Que tenía usted razón cuando me dijo que me hacía falta una familia. Tal vez fue por sugestión suya, pero anoche se me hizo evidente... cuando conocí la familia

de Roberto, su padre, su madre, sus hermanos y esa casa encantadora... —se detuvo, como si estuviera reviviendo interiormente los momentos pasados en casa de sir Walter—. ¿Me cree si le digo que ésa fue mi primera experiencia de un hogar, de un hogar natural y feliz? Por primera vez envidié a alguien por su vida y no por su talento artístico. Envidié a la madre de Guillermo, porque ha sabido convertir esa hermosa casa en un hogar feliz. Sentí la necesidad de comenzar yo un hogar y una familia. Y de pronto sentí que eso me satisfaría completamente y que el arte no era más que un camino lateral.

Volvió a quedarse embebida en sus pensamientos.

Me pareció que mi oportunidad había llegado.

—No me extraña. Una persona que te conoce muy bien, me dijo anoche que te veía a punto de descubrir todo esto.

Me miró con una extraña expresión en el fondo de sus límpidos ojos.

—Guillermo —respondí a su pregunta tácita.

La expresión de los ojos cambió, pero no salió a la superficie.

—Es un buen muchacho, y muy inteligente. Lo quiero mucho.

Las cosas iban tan bien encaminadas que me decidí a adelantar al ómnibus. Al llegar al camino abierto, donde la noche anterior Guillermo me había descubierto sus sentimientos para con Elena, jugué la carta final.

—Él también te estima mucho. No se anima a expresártelo, porque es muy tímido y las relaciones afectivas le cuestan mucho, pero me consta que está enamorado de ti.

Ésta vez su rostro reflejó claramente la sorpresa.

—¡Es un hombre buenísimo! Pero ¿cómo se le ocurre que yo puedo servirle de algo?... No sé nada de ciencia, no le podría ayudar en nada, y lo único que haría es distraerlo y entorpecerlo.

—Querida niña, él quiere una esposa y no una ayudante de laboratorio. Si no me equivoco, necesita una esposa que simpatice con él y propensa a sentirse maternal.

En el fondo, es sólo un niño que añora a su madre perdida. Él ve en ti una persona olvidada de sí misma y atenta siempre a los demás. Necesita también sentirse protegido por tu seguridad y confianza en ti misma, y que lo apoyes en sus dudas y perplejidades.

Cesé de hablar. Se hizo un silencio profundo. Cada uno de nosotros se ensimismó en sus propios pensamientos.

—Guillermo ha hecho por mí todo lo que pudo —dijo por fin ella, cortando el silencio—, y yo quisiera hacer algo por él. Si verdaderamente me necesita, estaría muy dispuesta a casarme con él: sé que llegaría a quererlo y a querer a los hijos que me diera. Una sola cosa lo impide...

—¿Cuál?...

—He descubierto que estoy muy enamorada de Roberto.

—¡Santo Dios! —fue lo único que atiné a decir.

—Sí, doctor; lo sé desde anoche. No puedo afirmar que, si Guillermo hubiera estado en lugar de Roberto, no me habría enamorado de él: vino todo junto con las circunstancias. No puedo decir si *con* ellas o *por* ellas. Lo que sé es que al ver a Roberto sentado a la mesa, frente a mí y en medio de la familia, al verlo reír satisfecho de una observación que hice a su padre, se me quedó grabado su rostro, y desde entonces no lo he podido borrar de mi vista. He pensado en él toda la noche.

Desde que me he levantado siento anhelo por estar otra vez a su lado.

Elena siempre me sorprendía haciendo y diciendo lo último que se me hubiera ocurrido que podía hacer o decir.

—No sé si compadecerte o alegrarme —le dije por fin—. Nunca me he sentido en tu situación. Pero si puedo serte útil...

—Nadie puede hacer nada en una de estas circunstancias. Lo único por hacer es que yo le diga a Roberto lo que siento por él, entonces sabré si él siente lo mismo para conmigo. Si no es así, todo terminó.

—¿Tú te vas a declarar? —balbucí, olvidándome con qué clase de mujer estaba hablando.

—Por supuesto; apenas lleguemos. ¿Le parece que puede ser contraproducente?

No me pareció tal; así se lo dije, y sigo pensando lo mismo. Elena había desarrollado su personalidad fuera de nuestra organización social; por lo tanto no estaba embebida de la absurda idea de que no corresponde a la mujer manifestar primero sus sentimientos al hombre, sino que ha de aguardar a que éste la aborde.

¿Habría podido Elena seguir a Roberto meses y meses, con sus miradas; buscar ansiosamente todas las ocasiones para estar a solar con él; alabarlo o mostrarle su admiración; «atraparlo», en una palabra, como llaman a esta técnica las restantes muchachas de su edad?

—Te deseo la mejor suerte —le dije; pero al punto me sentí impulsado por una curiosidad un tanto involuntariamente maligna—. ¿Y si te dice que no?

—No sé lo que haría, doctor. Nunca puedo especular con el futuro hasta que no se ha convertido en presente.

Llegamos a la «cueva»; bajé su bolsa de compras, y entramos.

Guillermo estaba solo en el laboratorio. Aceitera en mano, hurgaba no sé qué en la dinamo. En su frente se veían dos gruesas manchas negras, consecuencia de haberse pasado por el cabello sus manos grasientas.

Levantó la cara. Estaba transpirando. Tenía fruncido el ceño. Comprendí que la dinamo se había mostrado recalcitrante y que acababa de ser objeto de unas cuantas imprecaciones en florido lenguaje.

Sonrió empero al vernos entrar.

—¿Qué tal, doctor? ¿Cómo te fue, Elena? ¿Trajiste las manzanas?



—Sí; toma una, si es que no puedes esperar el almuerzo.

—El tiempo es pura relatividad...; para mí *es ya* la hora del almuerzo.

—¿Dónde está Roberto?

—Afuera.

Elena salió. Al pasar junto a mí, le expresé con la mirada un apoyo que ella no necesitaba, pero que me agradeció con una sonrisa apenas perceptible.

Me acerqué a Guillermo y le dije:

—¿Recuerdas lo que hablamos anoche?

—Ni una palabra. Mi cabeza está como si acabara de bajar de un avión después de diez horas de acrobacias.

—Me refiero a lo que me encargaste que hiciera... —Me miró perplejo—. Que hablara con Elena...

—Lo siento, pero no recuerdo nada.

—Entonces, no importa —respondí apartándome de él.

—Vamos, doctor; no me puede dejar en el aire de este modo. Cuénteme.

Vacilé. Tal vez era mejor dejarlo solo. Pero había el riesgo de que se enterase de otra forma más dolorosa. Elena sería tan directa con él como lo había sido conmigo.

Tal vez yo pudiera endulzarle el trago adelantándole lo que sabía.

—Me dijiste que estabas enamorado de Elena. Me encargaste que averiguase qué pensaría ella. Me dijo que...

—¡Alto, doctor! No me interesa; no quiero saberlo.

Había enrojecido repentinamente, y su mirada traslucía una tremenda agonía interior.

—Estaba demasiado borracho; no supe lo que decía... Olvide lo que le dije; se lo ruego, doctor.

La voz se le cortó; se quedó con la boca abierta, como si quisiera proseguir; hizo un gesto con la cabeza, para alejar el pensamiento, y se inclinó otra vez sobre la dinamo.

Sentí su dolor y su desesperación, como un cuchillo que atravesaba mi alma. Me llené de compasión y ternura por el sufrimiento de este hijo espiritual mío. Al mismo tiempo, se levantó en mí una oleada de rebeldía, contra el destino que permite sufrimientos como éstos en las personas más dignas de ser felices.

No sé cuánto tiempo habré pasado en silencio, junto a Guillermo, que fingía trabajar como si nada hubiera pasado. Puedo ahora decir que fue el momento de más hondo dolor y compasión que ha sentido mi alma. La entrada de Elena y Roberto me sacaron de mi abstracción.

Una mirada al rostro radiante de Roberto y a la serena faz de Elena bastó para hacerme saber los resultados de la entrevista. Sorprendí la mirada de Elena, y le hice una seña con la cabeza, indicándole a Guillermo. Ella la comprendió inmediatamente

e intentó retener a Roberto. Pero era demasiado tarde. Su voz entusiasta resonó en el laboratorio:

—¡Guillermo! ¡Doctor! ¡Felicítennos!... ¡Nos vamos a casar!

Como yo sabía los efectos que este anuncio causaría sobre el espíritu de Guillermo, la súbita rigidez que atiesó su espalda inclinada sobre la dinamo no me causó sorpresa. Pareció como atontado por un mazazo en el cráneo. Luego le acometió un repentino temblor, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Cuando se incorporó, parecía perplejo aún, pero logró mal que bien dibujar una sonrisa.

Guillermo no era tan inmaduro como él pensaba; lo comprendí al seguir, instante por instante, este proceso de autosuperación. Sin embargo, por suavizar la situación, dije estas inútiles frases:

—¡Santo cielo..., es demasiado pronto...! Déjenme darme cuenta... Sí, por supuesto, les felicito... ¡Pero me han dejado sin aliento!

Roberto se echó a reír, y Elena sonrió dulcemente. Guillermo se acercó a ellos; les estrechó la mano con lentitud y deliberación; no se atrevió a decir nada. Elena, con su mano en la de Guillermo, le sonrió. Yo, que estaba al tanto de todo, vi que a ella se le había cambiado el color de los ojos. No tenían ya el sereno azul profundo de unos momentos antes, sino un color indefinible, que no cuadraba con la sonrisa que mantenía en sus labios. No sé si me engaño por mi hipersensibilidad, pero lo que yo vi en esos ojos era una compasión tan profunda como la mía.

Sacamos los vasos y las botellas, para brindar.

Roberto y Elena se casaron antes del fin de aquella semana. No sé cómo habrá tomado la cosa sir Walter, aunque era evidente que nada podía ya asustarlo. El hecho es que les dejó un chalet que tenía cerca de la fábrica, para que ellos lo amueblaran como quisieran, y a costa de él. Algunos maliciosos dijeron que les cedió el chalet porque nunca lo había podido alquilar, pero lo del amueblamiento contradice esta hipótesis.

Mi vida y la de Guillermo cambiaron bastante. Transferí mi clientela a un médico joven, que quería también casarse, y me pidió que le alquilara mi casa. Yo, a mi vez, le propuse a Guillermo ir a vivir con él a la «cueva», y aceptó encantado.

Aparte de toda otra razón favorable a mi traslado, estaba la necesidad de organizar la administración de nuestra empresa. Esto nos obligó a Guillermo y a mí a trabajar duro. Hubo que instalar oficinas, comprar escritorios, máquinas de escribir y calcular, útiles, etc. Tuvimos también que planear organismos de administración, producción y ventas y convenir los detalles de la campaña de publicidad que tendríamos que lanzar de inmediato.

Mientras estuvimos sumergidos en este trabajo, Guillermo, si no exactamente feliz, parecía a lo menos olvidado. Era una suerte que tuviera el hábito de entregarse

al trabajo y dejar que éste le absorbiera.

En una semana y media preparamos todo lo necesario. Sólo faltaba que volvieran Elena y Roberto, para que comenzara a funcionar nuestra flamante empresa.

Lo malo es que volvimos a quedarnos con las manos vacías, y Guillermo empezó a dar vueltas como un animal enjaulado, es decir, que volvió a la situación que yo hubiera querido evitar. Lo peor es que no podía encontrar recurso alguno para sacarlo de ella. Lo tenté con toda suerte de propuestas, pero no mostró interés alguno. Hasta me respondió con un encogimiento de hombros cuando le propuse que fuéramos a Londres para asistir a una serie de conciertos. Sin embargo, al atardecer del cuarto día de estar inactivo, consintió en venir a El Faisán a tomar unas copas.

—Pero que sean pocas, doctor. No quiero dar el espectáculo de la vez pasada.

Pocas bastaron para ponerlo en excelente estado de espíritu. Por primera vez después de tantos días, volvió a reír de buena gana; hizo chistes, y habló de todo lo imaginable con gran volubilidad. Me sentí rejuvenecer otra vez, como en la buena época de nuestras charlas, cuando su inteligencia y su fe me abrían cotidianamente horizontes nuevos y maravillosos.

Al regresar a casa y del modo más inesperado, él mismo sacó el tema que hasta entonces ambos habíamos evitado cuidadosamente.

—Doctor, aunque ya es historia antigua, ¿le molestaría decirme cómo le respondió Elena cuando usted le habló?

—Te estima mucho. Se mostró sorprendida de tu interés por ella, y no podía imaginarse qué cualidades le habías encontrado. Pero dijo que, si no fuera por Roberto, se hubiera casado contigo. Creía posible llegar a quererte y le hubiera gustado que compartierais juntos un hogar. Ya ves que no había motivo para tus inhibiciones y desconfianza respecto a ti mismo.

Esto último lo dije porque era verdad y para que Guillermo pudiera aprovechar constructivamente su experiencia. Él tardó un rato en responderme.

—Comprendo que estuve un poco exaltado. La verdad es que había pensado demasiado; me había dejado torturar por factores ajenos a mi relación con ella. La última verdad es que yo tenía conciencia de que Roberto era más indicado para ella.

Pero lo que dijo Elena me ayuda mucho. Es muy bueno de su parte.

—Vamos, Guillermo; no se trata de nobleza o de bondad —le repliqué, con el propósito de quebrar su absurdo sentimiento de inferioridad—; tú tienes tantas o más cualidades que Roberto para satisfacer a Elena o a cualquier otra mujer.

—De todos modos, es mejor perder así. Por lo menos, estoy en segundo lugar.

No le respondí. Él volvió a encerrarse en su silencio. Habíamos caminado un buen rato cuando volvió a hablar nuevamente.

—Mi mejor cualidad es la inteligencia...; si la sé usar, puede que no haya perdido todavía...

No añadió nada más, ni se explicó. Yo me sentí perplejo y no me atreví a insistir. A la mañana siguiente se levantó mucho antes que yo.

—Vamos, doctor; está listo el desayuno.

Volvimos a conversar mientras desayunábamos. Guillermo parecía de buen humor.

—¿Qué es eso que estás dibujando? —le pregunté después de un rato.

—¿Qué?... ¡Ah, sí!; es un modelo perfeccionado de reproductor. El que tenemos sirve para comenzar, pero es completamente provisional. Cuando obtengamos un poco más de capital, tendremos que reconstruirlo de acuerdo a estos planos.

—Supongo que no has dejado nuestro propósito inicial de no tener nada más que un aparato.

—Por supuesto, y sólo nosotros lo manejaremos. No sé si usted ve todas las consecuencias que tendría el que nuestro reproductor cayese en manos de gente sin escrúpulos.

—No sé si las veré todas; pero las que preveo me parecen suficientes para preocupar.

Guillermo trabajó toda la mañana en la mesa de dibujo. Me pareció que había encontrado por fin una actividad que ocupara sus pensamientos y lo mantuviera alejado de sus preocupaciones. Al parecer, mi franca narración de lo que Elena me había dicho había aplacado sus dudas interiores y lo había decidido a aceptar los hechos como eran.

Por la tarde salió solo a dar un paseo. Tardó bastante en volver. Entró por la parte de atrás, y no me di cuenta de ello hasta que me sorprendió saliendo repentinamente de su dormitorio. Por su expresión algo culpable, deduje que había escondido allí algo que no quería que yo viera. Supe después que mi conjetura era acertada, pero no le hice entonces ninguna pregunta. No era asunto mío. Preguntar sería inoportuno.

Luego se sentó a la mesa de dibujo, y seguía llenando hojas y hojas cuando yo me fui a la cama.

Me despertó de pronto el zumbido de la dinamo y de los demás aparatos conectados al reproductor. La dinamo no estaba todavía bien asegurada, y hacía temblar el piso de mi habitación como un pequeño terremoto. El olor acidulado del aire azotado por las emanaciones eléctricas entraba en mi cuarto, a pesar de la puerta cerrada.

Pensé primero en levantarme e ir a ver qué estaba haciendo Guillermo; pero se me ocurrió que podía estar trabajando en una experiencia secreta y que no le gustaría que me inmiscuyera. Si no era un secreto, ya me lo diría él a la mañana. Y aguanté con estoicismo el ruido. Cesó por fin.

Hubo un momento de silencio; después, el ruido de instrumentos de vidrio que chocaban unos con otros; luego, silencio otra vez.

—¡Maldita sea! —exclamó Guillermo, y la voz llegó debilitada hasta mis oídos. Al cabo de un rato se oyó un zumbido extraño, cuyo tono cambió varias veces. Se detuvo abruptamente.

Escuché, lleno de curiosidad, con la mayor atención.

Nuevas maldiciones de Guillermo.

Más zumbidos, durante largo rato.

Luego, «¡Maldita sea!...», y mil veces «¡Maldita sea!».

Las últimas imprecaciones de Guillermo fueron creciendo en intensidad y desesperación, hasta convertirse casi en sollozos histéricos. La inestable emotividad de Guillermo había sido trastornada por completo ante el fracaso de algún experimento del cual esperaba mucho.

Ésta vez fue el ruido de materiales de vidrio que se estrellaban. No me alarmé; no se trataba de un accidente. Igual que cuando era niño, Guillermo acababa de arrojar algo contra una pared o el suelo, o había destrozado algo de un puntapié.

Lo último que oí antes de que el sueño me venciese fue el ruido metálico de una pala o de una azada. Guillermo estaba cavando en el jardín.

Por la mañana me había olvidado de todo; pero me acordé al ver el piso del laboratorio lleno de fragmentos de vidrio. Guillermo no se había levantado todavía.

Aproveché su ausencia para hacer una exploración por el jardín. Fuera lo que fuese lo que había enterrado, era un objeto pequeño. El trozo de tierra excavada y apisonada medía menos de medio metro cuadrado. Lo examiné y no pude llegar a ninguna conclusión; pero luego advertí que en diversos puntos del jardín había otras huellas de excavaciones semejantes.

Cuando Guillermo salió de su habitación, no mencionó para nada los trabajos de la noche. Tampoco lo hice yo. Volvió a examinar sus dibujos, y se concentró sobre la mesa de trabajo, para adaptar un nuevo aparato.

La tarde me encontró en ese penoso estado de ánimo que acomete a las personas que acaban de jubilarse o retirarse, y no saben qué hacer con todo el tiempo libre que les queda. Salí a dar un largo paseo por el campo, que aproveché para meditar sobre Guillermo, Elena y todos los problemas pendientes.

Cuando volví, el aire del laboratorio estaba nuevamente electrizado. Comprendí que Guillermo había estado usando otra vez el reproductor, y con malos resultados, porque encontré al muchacho tirado en una silla y con cara de sentenciado.

—Guillermo, ¿te pasa algo últimamente? —le pregunté—. ¿Puedo servirte de ayuda?

Tardó un rato en responderme.

—No me pasa nada, doctor. Les pasa a mis teorías. No creo que usted pueda ayudarme, ni tampoco Roberto. Estoy solo, y sólo tengo que salir adelante. Todavía no he perdido la esperanza.

—Bueno, Guillermo. Lo único que te pido es que no lo tomes tan a pecho. No sé si entiendes lo que te quiero decir.

—Sí, doctor, y se lo agradezco. Pero esto es muy importante para mí. Si no lo logro, mi vida quedará tan vacía como la de Elena antes de que la conociéramos.

Dijo estas palabras con tanta sinceridad y sentimiento, que mi fastidio por su reserva se desvaneció instantáneamente. Volví a sentirme paternal.

—Lo siento —le dije—. Espero que resulte como lo deseas. Pero no dejes que el trabajo te absorba demasiado.

—No pase cuidado —respondió.

Guillermo se levantó, poniendo fin a la conversación, y se acercó a la mesa de trabajo para seguir con su aparato. Era una especie de motor eléctrico, con un tubo de vidrio, pistones y conexiones de goma.

—¿Te molesta que te pregunte qué es eso? Me parece más un aparato de medicina que de física; pero no logro reconocerlo.

—Es una adaptación de un aparato del Instituto de Psicología y Terapéutica Experimentales de Moscú. Está basado en el «autoinyector» del doctor Briukonenko...

Usted a lo mejor leyó algo sobre él...

—Creo que no —le respondí; pero él no me explicó nada más.

Trabajó en su aparato toda la tarde.

Hacía una hora que yo estaba en la cama cuando el zumbido de la dinamo penetró en mis nervios haciéndolos vibrar. Unos segundos más, y todos los aparatos del reproductor entraron en funcionamiento. Aguanté un cuarto de hora, pero no pude más. Me levanté, me puse la bata y entré en el laboratorio.

No había dado dos pasos cuando se apagó la luz. Me detuve, temeroso de tropezar con algún aparato o recibir alguna descarga fatal.

—Guillermo, ¿estás ahí?

—Sí —respondió fríamente.

—¿Apagaste tú la luz?

—Sí.

—Pero ¿por qué diablos?... ¿Qué pasa?...

—Asuntos privados —respondió secamente.

—Perfectamente. No me opongo, pero si son privados, ¡que lo sean de veras! No me interesa verlos, y mucho menos oírlos. Si quieres trabajar en experimentos secretos, me iré a El Faisán y me quedaré allí hasta que termines; pero ¡por amor de Dios!, déjame dormir esta noche.

—He terminado con la máquina, por esta noche. —Sus palabras eran cortantes y su tono seco e hiriente. Otras veces lo había visto en esta situación—. He terminado con todo este maldito asunto... Si no resulta esta vez, se acabó para siempre... Estoy

harto. No me importa lo que piense nadie. Si quiere ver, ¡mire!

Encendió la luz, y lo vi plantado ante las campanas de cristal del aparato, con las piernas separadas, las manos en los bolsillos y una expresión de desesperación en el rostro.

—¡Mire! —insistió, señalándome las campanas.

El objeto que estaba en la primera campana, y que acababa de ser duplicado en la segunda, era un conejo inmóvil y muerto en apariencia. Nunca se me había ocurrido la idea de que el reproductor sirviera para duplicar seres orgánicos, tal vez porque hasta entonces sólo habíamos hablado de obras de arte, productos químicos, joyas, etc.

—¿Están muertos? —pregunté, señalando a los conejos.

—Ninguno de los dos está muerto; pero sólo uno tiene vida —respondió Guillermo.

La extrañeza que esta enigmática respuesta me causó debió leerse en el rostro, porque Guillermo se apresuró a explicarse, con tono más amable.

—El conejo que sirvió de modelo está vivo, pero anestesiado; el segundo no está muerto, porque nunca tuvo vida. Esto es lo que me falla: los duplicados no llegan a vivir.

—Tal vez porque no están destinados a ello...

—No diga frases vacías, doctor... Roberto dijo lo mismo cuando hicimos el primer experimento. Lo convencí de que igualmente debíamos intentarlo..., y el resultado fue exactamente éste —con un gesto oblicuo, señaló al reproductor—. El conejo original se repuso sin huellas del experimento, una vez que desapareció el efecto de la anestesia; pero el duplicado no pasó de un pequeño montón de carne rígida, con sus músculos y nervios encogidos, como lo habían estado los del original mientras sufría el paso de la corriente eléctrica. Lo masajeamos, le inyectamos adrenalina, probamos todos los sistemas para resucitarlo, pero fue en vano.

—¿Por qué no me avisaste?... Hubiéramos podido abrirlo y actuar sobre el corazón directamente.

—Así lo hicimos, y de nada sirvió. Roberto se dio por vencido, aunque nunca tuvo demasiado interés. Sólo me queda un recurso por intentar: el autoinyector. No sólo actúa como una bomba reemplazando el corazón, sino que además oxigena la sangre inyectada. Si fracasa, me doy también yo por vencido.

—Pues hagamos la prueba de una vez —propuse, observando los conejos a través de las campanas.

—¡Gracias, doctor! —exclamó Guillermo con voz quebrada por la emoción—. Sabía que podía contar con usted.

—Déjate de agradecimientos y conectemos el autoinyector.

—Antes hay algunas operaciones preliminares.

Guillermo se encargó de ellas. Una era evitar la coagulación de la sangre. Las otras no las recuerdo exactamente, y aunque las recordara, no las mencionaría aquí: no se han de divulgar secretos que pueden ser utilizados para el mal.

Finalmente conectamos el autoinyector, y la bomba comenzó a funcionar con ritmo regular y firme.

Ochenta segundos después, las patas traseras del conejo se estiraron, como para un salto automático, que no se realizó, porque el animal estaba tendido de costado.

Guillermo se enjugó nerviosamente el sudor que le corría por la frente.

Noventa y cinco segundos... Las orejas del conejo se irguieron, y su costado se hinchó, como si respirase.

Cien segundos... Fruncimiento característico de la nariz.

Ciento doce segundos... Se abrieron los ojos.

Ahora jadeaba y se estremecía, completamente vivo y en estado de gran excitación; pero no lograba controlar su cuerpo. La parálisis continuaba dominándolo parcialmente.

Guillermo detuvo el autoinyector, soltó los tubos de goma y comenzó a masajear al conejo. Los movimientos de sus manos eran torpes, y sus ojos ardían como si estuviera poseído por una intensa fiebre. De cuando en cuando lanzaba extraños suspiros de excitación.

Repentinamente, el conejo se contrajo y saltó de las manos de Guillermo con un brinco violento. Cayó al suelo. Sus miembros, inseguros aún, cedieron al choque.

Cayó de espaldas, se incorporó y saltó nuevamente.

Guillermo se dejó caer en un banco, lanzando convulsas risotadas y estremeciéndose. La tremenda tensión soportada durante tantos días acababa de ceder, y Guillermo quedó agotado, *como* caído en el vacío.

Fui a buscar la botella de whisky. Al regresar, lo encontré sollozando y mirando con expresión de enajenamiento al conejito que seguía correteando por el laboratorio en busca de una salida. Le serví un buen trago. Lo apuré mecánicamente. El alcohol lo reanimó. Me miró y me dijo:

—Bueno, doctor; la vida puede ser duplicada. ¿No le parece que el secreto es muy sencillo? Sólo hay que inyectar sangre en las venas del duplicado artificial y bombearla hasta que el corazón entre en acción por sí mismo. Pero me falta lo más difícil: reunir mis fuerzas para pedirle a Roberto que me deje preparar *un duplicado de Elena... ¡para mí!*



Tardé bastante en recobrar me de la consternación que las últimas palabras de Guillermo me produjeron. Por fin pude articular con relativa naturalidad:

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí.

Hice un tremendo esfuerzo interior por acomodarme a la nueva situación.

—Dejemos de lado los factores personales por un momento —le propuse— y examinemos las cosas en sí mismas. En primer lugar: ¿es realmente posible?; ¿podrás duplicar la personalidad exactamente como el cuerpo?; ¿no hay peligro de que el nuevo ser resulte una copia sin vida personal, una especie de gramófono, o de que quede estancado en la misma situación en que comenzó a vivir, incapaz de progreso o desarrollo?; ¿tendrán la mente y el cuerpo la coordinación propia de un ser viviente, o habrá que enseñarle a usar su cuerpo?

—Si no hubiera pensado de antemano todo esto y no lo hubiera resuelto, no insistiría, doctor. Además, créame: no hay ningún riesgo para Elena. Lo último que haría es ponerla en peligro.

—Si en efecto todos estos peligros están absolutamente descartados, tu idea no es objetable.

—Yo sabía que a usted le chocaría mucho todo esto, doctor. Lo entiendo perfectamente. Tuve que soportar una terrible lucha interior antes de resolverme a seguir con este proyecto. Pero ya estoy resuelto; no tengo otro remedio. Tengo que tener a Elena. No puedo vivir sin ella. Por una especie de milagro tengo en mis manos esta oportunidad. Si no la aprovecho, toda mi vida me maldeciré por haberla dejado... No, *no puedo* dejarla escapar —insistió ensimismado.

—Te entiendo, Guillermo, y siento lo mismo que tú sientes. Pero ¿no es esto en última instancia una resolución que depende de Roberto y Elena, más que de ti?

—De Elena, sí.

—Y de Roberto también. ¿Te parece que a un esposo le puede agradar la idea de que se haga una copia de su mujer para pasar a manos de otro...?

—No se trata de compartir a Elena: su duplicado será una persona distinta. No enteramente distinta, pero no la Elena de Roberto. Será mi esposa. Elena es la que debe decidirlo. Aunque esté casada, su cuerpo y su alma le pertenecen aún...

Roberto no se ha adueñado de ellos como de un mueble cualquiera.

—No seas tonto —le respondí, fastidiado un poco a mi vez—. Nadie dijo que Elena fuera propiedad de Roberto. Pero un marido tiene ciertos derechos sobre su

mujer.

—Si sigue enfocando todo esto como si se tratara de un adulterio, le recomiendo que se vuelva a la cama antes de que me enoje. Lo único que sé es que, si yo estuviera en el lugar de Roberto y él en el mío, no vacilaría en hacer por él lo que ahora le pediré.

—Perfectamente; pero es Roberto quien debe decidirlo.

—Insisto en que la decisión corresponde a Elena. Ella le dijo a usted que haría cualquier cosa por ayudarme, que no tendría inconveniente en casarse conmigo. Lo único que lo impedía era que no podía desdoblarse. Bueno, pues ahora sí lo puede.

Sin perder a Roberto, ni defraudarlo en nada, puede satisfacernos a ambos. ¿Qué hay de malo?

—Absolutamente nada —le respondí—, salvo que le exigés demasiado. Es muy generosa y nunca tiene en cuenta los inconvenientes que se le puedan presentar.

—No tendrá ninguno; estoy seguro. ¡No creerá usted que puedo causarle algún mal deliberadamente!

—Por supuesto que no. Pero..., bueno, no es asunto mío.

—No. Es asunto de Elena.

—De todos modos, mejor será que hables primero con Roberto.

—No se preocupe, doctor. Ya le dije que así lo había pensado desde un principio.

Me despedí y volví al grato calor de mi cama. Pero tardé muchísimo en conciliar el sueño.

Al día siguiente me enteré de que Elena y Roberto habían regresado de su luna de miel la noche anterior. Después de desayunarme, salí para un largo paseo solitario antes de visitar a los recién venidos. Guillermo también había salido a caminar.

Probablemente estaba «ventilando los pensamientos», como decía él cuando necesitaba pensar algo caminando.

Encontré a la pareja acomodando los muebles de la casa y haciendo planes acerca de las obras de arte «originales», que conseguirían mediante el reproductor.

—¡Hola, doctor! —me saludó Elena con su naturalidad acostumbrada—. ¿Cómo le ha ido? ¿Qué tal se ha portado Guillermo con usted? ¿Quiere un trago?

Roberto me sonrió indicándome a Elena con una seña, como para darme a entender que el matrimonio no había cambiado su indescriptible carácter. Él me saludó más seriamente.

—¿Lo han pasado bien? —les pregunté, cayendo en una de esas preguntas estúpidas que uno, sin saber cómo, se ve obligado a hacer contra su voluntad y sabiendo perfectamente que son estúpidas.

Por supuesto que lo habían pasado bien, y me lo dijeron, contándome al mismo tiempo los sucesos más graciosos, con una verbosidad y algazara que indicaban claramente cuan enamorados estaban. Por mi parte les hice un resumen de las

actividades que Guillermo y yo habíamos desarrollado para organizar nuestra compañía.

—Está todo listo para comenzar.

—¿Mañana? —sugirió Roberto, mirando a Elena.

—Sí, querido —respondió ella observándolo a través del vaso que tenía en la mano—. ¿Y dónde está Guillermo?

—Salió a caminar; pero no me extrañaría que se apareciera en el momento menos pensado.

No había acabado de decirlo, cuando sonó el timbre. Era Guillermo.

Entró con su paso nervioso habitual. Por el desorden increíble de sus cabellos comprendí que había estado luchando con sus pensamientos. Parecía sin embargo que había llegado por fin a una decisión, pues su frente estaba cortada en dos por la arruga profunda que en él indicaba una resolución definitiva.

De todos modos, se las arregló bastante bien para saludar como si nada sucediera y para decir las frivolidades propias de la ocasión. Vi, empero, que Elena había descubierto en su rostro la preocupación que lo embargaba.

Parecía que el muchacho estaba dando vueltas en su mente a algún modo indirecto de abordar la cuestión; pero de pronto y con bastante torpeza le dijo a Roberto:

—Roberto, tenía que hablar algo importante contigo..., a solas. Doctor, ¿querría usted... enterar a Elena?

Y sin hacer caso de la expresión asombrada de Roberto, lo tomó del brazo y lo llevó al jardín.

Elena lo siguió con la vista y luego se volvió hacia mí y me preguntó serenamente:

—¿Qué le pasa a Guillermo?... A diez kilómetros se le veía que estaba preocupado... ¿De qué se trata?

—Se trata de ti —le respondí.

—¿Quiere decir que no se ha repuesto?... ¡Cuánto lo siento por él! Debe de ser terrible...

—No te imaginas cuánto. Ni siquiera sé cómo decírtelo.

Ella encendió un cigarrillo y me lo alcanzó.

Inspiré profundamente y el humo pareció devolverme la claridad y la serenidad.

Comencé un poco incoherente, pero pronto me repuse y logré exponerle en pocas palabras el resultado de los experimentos de Guillermo, de modo que cuando llegó el momento de explicarle su intención, me resultó bastante fácil.

—Es desconcertante, ¿verdad? —fue el único comentario de Elena, que de ningún modo parecía desconcertada.

—Así es —le respondí.

Encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior.

—Bueno, le agradezco, doctor, por haberme preparado el ánimo antes de decírmelo. Espero que Guillermo haya sido tan hábil como usted, pero creo que Roberto va a recibir el golpe más terrible de su vida.

Yo era de la misma opinión.

—No necesito preguntarte si tú harás como desea Guillermo —le dije—; pero..., ¿consentirá él?

—Cuando se reponga del choque, sí. Pero le costará muchísimo hacerse a la idea y pedirá un poco de tiempo.

Me pareció que Elena había logrado penetrar en el interior de Roberto, durante los pocos días de la luna de miel, mucho más de lo que yo había logrado en años de relación.

—En seguida lo veremos —le respondí—. Ahí llegan.

Ambos venían igualmente tiesos y evitando mirarse el uno al otro. Sus caras tenían la misma expresión pétrea.

Elena estalló en una carcajada.

—¡Por amor de Dios, no lo tomen a la tremenda! Parecen un Jurado que vuelve con el veredicto de «culpable».

Ambos le respondieron con una sonrisa forzada y recobraron la anterior expresión.

Roberto se situó junto al fuego, en actitud oratoria, y luego carraspeó.

—Éste... —comenzó.

—Sí —dijo Elena.

—¿Conoces la propuesta de Guillermo?

—Sí —repuso ella.

—Con consentimiento mío, ¿estarías tú dispuesta a...?

—Sí, sí —reafirmó, interrumpiéndole antes de que completara la pregunta.

Guillermo tenía la mirada fija en el suelo, pero pude ver cómo el rubor subía por sus mejillas.

Roberto se volvió hacia la ventana para ocultar el rostro. Yo lo pude observar de perfil. Por un momento, la máscara de su autodomínio se deslizó, dejando en descubierto un sentimiento confuso pero penetrante. Debió de haber confiado en que Elena respondiera que no. Vi cómo esa esperanza moría y cómo el dolor se reflejaba en su faz. Pero la máscara cubrió nuevamente sus sentimientos.

Con voz tan serena como su expresión, dijo:

—Muy bien. Yo sugiero, y Guillermo está de acuerdo, que esperemos tres meses antes de intentar... eso. Necesitamos pensar bien qué nos proponemos y aclarar nuestras responsabilidades. Ya sé que tú no das importancia a problemas como éste, Elena; pero yo siento que es tremendamente serio. ¿Qué opina usted, doctor?

—Estoy de acuerdo en que esto no es un paso que hemos de dar irreflexivamente. Pero si transcurren los tres meses y Guillermo sigue con la misma intención de ahora, no veo ninguna objeción, antes al contrario. Tres meses es un plazo suficiente para aclarar todo.

Elena miraba entretanto a Guillermo.

—¿Estás de acuerdo, Guillermo? —le preguntó con una voz tan suave que era casi una caricia.

—Sí, Elena —murmuró Guillermo—. De todos modos necesitaremos dos meses por lo menos para instalar el nuevo reproductor.

Los meses corrieron rápidamente, tal vez demasiado. La Compañía Multiplicadora, cuyas bases habíamos esbozado aquella noche en El Faisán, estaba lanzada. El radio dejó de ser una sustancia rara y costosa que debía guardarse cuidadosamente. Partiendo de una aguja prestada por mi amigo Hake, fabriqué radio para abastecer a todos los hospitales y sanatorios del mundo.

Los beneficios que la máquina trajo al mundo médico son incalculables. Drogas raras, específicos difíciles, los aparatos más complicados, que antes debían producirse de a uno y con trabajo de meses, podían ser ahora producidos en masa. En la campana del reproductor modificado, colocamos diez frascos de una sustancia rarísima, que habíamos rebañado de todos los laboratorios del mundo. Los duplicamos, y pusimos los diez frascos originales con los otros diez. Ahora fueron veinte los frascos duplicados, cuarenta luego, ochenta después, y seguimos así hasta que la gran campana quedó completamente repleta por algo así como mil frascos, que a los pocos minutos pudieron dar origen a otros mil.

Salvo algunas piezas de museo, nos negamos a duplicar las piedras preciosas. La razón es obvia: el mercado de piedras preciosas se basa en su escasez. Producirlas en serie habría sido provocar una convulsión económica.

En cambio, nos dedicamos de lleno a las obras de arte. Los grandes museos nos prestaron sus cuadros o esculturas, y las bibliotecas, sus códices e incunables. Día a día llegaban a la «cueva» comisiones de técnicos trayendo algún tesoro de arte o alguna reliquia histórica.

Pero lo más interesante de todo fue el trabajo que Guillermo había anunciado a Elena la noche de su primera conversación: la producción en masa y a precios bajos de obras de arte para los hogares. Elena se encargó personalmente de este aspecto de la tarea. Matisse, Monet, Murillo, Rubens... pasaban de los museos (adonde otrora se peregrinaba desde todos los lugares del mundo) al hogar de familias modestas o a los colegios.

Como Guillermo había augurado, nuestro trabajo causó una profunda modificación de las artes plásticas. El pintor y el escultor vieron ensanchado su público casi tanto como el poeta, el novelista o el periodista. Ya no sintieron que su

obra se limitaba a los pocos visitantes de un museo o a los visitantes ocasionales de la pinacoteca de un millonario.

Desde el primer día estuvimos literalmente sitiados por los periodistas. Posamos interminablemente, nos sacaron instantáneas, nos sometieron a interrogatorios inacabables, hicimos innumerables demostraciones teóricas. Me libraba de un reportero y ya estaba otro preguntándome:

—¿Y qué piensa *usted*, doctor?

La cámara de televisión retrocedía y avanzaba para tomar enfoques generales o de cerca. Cuando me encontraba frente a ella, la boca se me secaba y me sentía angustiado.

Las respuestas agudas y desconcertantes de Elena eran las que tenían más éxito y las que encabezaban los artículos y las planas de los diarios. Roberto se esforzaba cortésmente por quitar importancia a los hechos. Después de oírlo, muchos quedaban con la impresión de que el hecho no era tan portentoso una vez que uno se hacía a la idea. Guillermo hablaba con una docena de periodistas a la vez, los bombardeaba con palabrotas técnicas, les hacía esquema tras esquema y diagrama tras diagrama, y los dejaba exhaustos y convencidos de que el reproductor era el descubrimiento científico más extraordinario de todas las épocas.

Después, todo se fue tranquilizando lenta y progresivamente. Junto con la producción de objetos de arte y material científico, que seguía un ritmo firme y bien calculado, se trabajaba en el montaje del nuevo reproductor.

Llegaron las Navidades y pasaron, sin que casi lo advirtiéramos. Nunca, ni durante las peores epidemias del pueblo, dormí tan poco y trabajé tanto. Se cumplieron los tres meses. El reproductor agrandado entró en funcionamiento, con un rendimiento cuatro veces superior al del antiguo. No era un aparato nuevo, sino el mismo reproductor primitivo, mejorado pieza por pieza y cuidadosamente ajustado.

El sistema para el funcionamiento de la Compañía, que Guillermo y yo habíamos preparado, funcionó perfectamente. Pronto pudimos establecer un nuevo plan con días rotativos de descanso, aunque la verdad es que Sunca hicimos uso de ellos, porque todos estábamos absortos y entusiasmados con el trabajo que teníamos entre manos. De todos modos, era un gran alivio contar con un día libre cuando uno lo necesitaba.

Y así llegó el día inevitable.

Impensadamente, fue Roberto mismo quien suscitó la cuestión, la víspera de aquel día de eterna memoria.

Yo estaba fumando a solas fuera de la casa, cuando salió Roberto fumando también su pipa, con aire despreocupado. Su presencia me pareció totalmente natural, y estaba a punto de hacer una observación sobre el tiempo, cuando habló, encarando de frente la cuestión. Comprendí entonces que había buscado una oportunidad para

hablarme a solas.

—Doctor, he hablado con Guillermo, y sigue firme en su decisión. Tenemos que hacerlo de una vez. Será mañana por la mañana.

—¡Oh! —exclamé por decir algo, pues no había nada que añadir.

—Tenemos que preparar el aparato. Cosas sin importancia, algunas conexiones y rectificaciones de circuito. Pero quiero también que hagamos algunas pruebas. No podemos arriesgarnos. Preferiría que Elena no estuviera aquí.

—Supongo que Guillermo pensará igual —le respondí.

—Sí. Sería como hablar de una operación quirúrgica delante del paciente. Sé que Elena no se pondría nerviosa, pero yo estoy en tensión. ¿Por qué no saca a Elena a dar una vuelta?

—Muy bien. Se lo propondré como cosa mía.

—Muchas gracias.

Elena aceptó con entusiasmo mi invitación.

Habíamos terminado.

El fragor de la creación había pasado como una tormenta de verano, y aunque el olor fosforado de la electricidad todavía flotaba en el aire del laboratorio, se sentía la calma que sigue a los grandes acontecimientos ya consumados.

De pronto, un pájaro cantó en el jardín, y, como si se hubieran despertado de nuevo mis facultades auditivas, percibí la respiración jadeante de Guillermo. Cuando Roberto se inclinó para observar la campana de vidrio en la cual Elena yacía insensible, el encantamiento que nos retenía se disolvió bruscamente.

—Déjame verla —le dije, acercándome.

Él carraspeó antes de responderme:

—Parece que está muy bien.

Me acerqué a mi vez para observarla.

—Respira serenamente —dije, mirando a Guillermo de reojo mientras se inclinaba en la segunda campana sobre una segunda Elena, pálida como cera y enteramente inmóvil—. Levantemos la campana.

Roberto la levantó y quitó los alambres que estaban unidos a la cabeza y los pies de Elena.

—Yo la atenderé. Prepara tú el baño caliente —le ordené.

Él asintió pausadamente y salió, no sin dirigir una mirada a su esposa, sumida en el sueño letárgico de las drogas.

Guillermo dejó el cuerpo que había traído a la existencia entre un mar de energía invisible, y se me acercó.

—¿Puedo hacer algo, doctor? —me preguntó, excitado y tembloroso.

—No mucho, mientras las manos te tiemblen de ese modo. Pero puedes preparar té.

—Con mucho gusto —murmuró, y salió a la carrera.

Miré el cuerpo desnudo de Elena. Tenía una rodilla levantada. Sus manos estaban agarrotadas; sus ojos, entreabiertos, y los rasgos armónicos de su rostro estaban evidentemente perturbados por las contracciones que el paso de la corriente había provocado.

Comencé a masajearla con fuerza, esforzándome por ablandar los tenaces nudos de músculos y devolverles la soltura, especialmente a los músculos del diafragma.

Trabajé sin pausa y sin aflojar, porque quería conjurar las contracciones antes de que se desvaneciera el efecto del somnífero.



Después de un largo rato, comenzó a moverse en mis manos. Ya había conseguido relajar sus músculos torácicos, y ella comenzaba a respirar con mayor firmeza. Suspiró. Abrió los ojos. Sus pupilas estaban incoloras y carentes de expresión. Me miró. Vi cruzar por sus ojos un relámpago de conciencia, que se desvaneció inmediatamente. Roberto se deslizó a mis espaldas y se inclinó sobre ella.

—¡Elena!... —exclamó sollozante—. ¿Estás bien?

En vez de responder, sonrió ella dulcemente, estiró una mano, atrajo la cabeza de su marido y juntó su boca con la de él.

Sólo entonces me acordé de la silenciosa imagen de la otra campana. Al mirarla, quedé admirado una vez más. Hubiera podido jurar que era Elena la que yacía allí, con la rodilla levantada, los músculos agarrotados y la cara distorsionada. Era una Elena muerta, y al verla no pude reprimir un estremecimiento de miedo y de horror.

Guillermo entró con una bandeja en la que había una humeante tetera y tazas.

Su mirada ansiosa se posó primeramente en Elena, a la que Roberto había ayudado a sentarse y en ese momento cubría con una bata. Luego, sus ojos saltaron a la otra imagen, tendida inmóvil en la segunda campana, y la miró como si hubiera esperado que un milagro le hubiese dado vida durante el momento en que él estuvo ausente.

—¿Cuál es tu último recuerdo? —pregunté a Elena.

—Me veo acostada sobre la plataforma, con la campana suspendida sobre mí, y pensando que iba a parecer un bocadillo de jamón cuando la campana me cubriera.

Todos soltamos una carcajada.

—Luego, alguien me ató los cables a la cabeza y a los pies, y cuando la campana empezó a bajar, perdí el conocimiento.

Elena hablaba con la mayor naturalidad; pero yo sabía que, pese a los masajes, cada músculo de su cuerpo le dolía. Le ordené que tomara té, se metiera en el baño caliente, y luego de abrigarse bien se fuera a su casa y reposara en cama el resto del día.

Cuando estuvo vestida, volvió para echar una mirada a su melliza inmóvil. Me di cuenta de que le había impresionado la tensión y dureza de la figura congelada, pero no dejó traslucir su impresión.

—Muy parecida —fue lo único que comentó.

Levantó la mirada; la posó en el rostro de Guillermo, que observaba la efigie inmóvil, evidentemente atenazado por la duda y la ansiedad; no sé lo que pasó por su mente al mirarlo, pero estoy seguro de que fue algo más de lo que dejó traslucir su comentario, que fue simplemente:

—Espero que sea una buena esposa, Guillermo.

Guillermo dio un respingo, como si lo hubieran pinchado con un alfiler.

—¿Cómo?... ¡Ah!, gracias, Elena. Ninguna otra muchacha se hubiera prestado

a... —se detuvo secamente, se pasó la lengua por los labios y se volvió hacia Roberto —. Gracias también a ti, Roberto... No sabes cuánto significa para mí...

Se quedó nuevamente sin palabras, tomó la mano de Roberto y la sacudió como si estuviera bombeando. Hizo luego lo mismo con Elena.

—Bueno, basta de efusiones —dijo Roberto, y salió llevando a Elena del brazo.

Guillermo nos había pedido, antes de iniciar el experimento, que terminado éste nos fuéramos de la «cueva», que permanecería dos días cerrada absolutamente para todo el mundo. Las razones eran evidentes: no sólo tenía ante sí la tarea de volver a la vida a la segunda Elena, sino de averiguar si estaba dispuesta a cumplir las promesas que su original le había hecho, si estaba enterada de ellas...

De lo contrario, habría que dar muchas explicaciones embarazosas.

No es de admirar que Guillermo fuera en ese momento un montón de nervios.

Me acerqué a él, y de pronto le sobrevino toda la angustia que hasta entonces había logrado sofocar.

—¿Y si me he equivocado, doctor? Una sola falla en una sola célula cerebral puede causar la locura...

—Tranquilízate, muchacho —le dije, tomándole del brazo—. Sabes que es totalmente imposible: el reproductor no se equivoca. Vamos, ¿quieres que te ayude?

—No, doctor, quiero estar enteramente solo, como habíamos convenido. Esto es... un asunto personal.

—Perfectamente; pero antes debo darte algunas indicaciones sobre el masaje.

Elena me dio mucho trabajo y esto va a ser igual.

Le expliqué y le hice ver prácticamente cuál era el mejor método para suprimir la rigidez del cuerpo. Pareció entenderme, pero tuve la impresión de que apenas le preocupaba esto, frente a lo que le esperaba una vez que la segunda Elena volviera a la vida.

—¿Seguro que no me necesitarás? —le pregunté.

Me respondió que no, y me fui finalmente, sintiendo la desolación interior con que se quedaba frente a lo desconocido.

Como no me era posible quedarme en la «cueva» y no quería aceptar la invitación que me habían hecho Elena y Roberto de instalarme en su casa, debí instalarme provisionalmente en El Faisán. La tarde de ese día la pasé muy deprimido. Cené y me acosté temprano, para ahuyentar las ideas negras. Al otro día, que amaneció resplandeciente, me sentí mucho más entonado y hecho a la nueva situación. El sol entraba a chorros por la ventana, iluminando la mesa del desayuno y haciendo brillar alegremente los utensilios de porcelana. Me fue difícil leer el diario, tanta era la intensidad del sol. Encontré el desayuno muy a punto, y el diario me pareció lleno de noticias interesantes.

Felicité por sus servicios a la dueña de El Faisán. Me dediqué a pensar en cómo

distribuir mi día. Decidí que lo primero era una visita a Roberto y Elena.

Ésta me recibió sonriendo, con sus pullas habituales. Le respondí lo mejor que pude, y fui a sentarme al jardín, junto a Roberto. Elena se alejó para atender los asuntos de la casa.

—¿Ha hablado Guillermo? —pregunté a Roberto.

—Hasta el momento, no. Creo difícil que hable hoy. Dijo que dentro de dos días...

Aunque algo está pasando en la «cueva»...

Me señaló por sobre la balastrada de ladrillos que rodeaba la galería. Desde la terraza se veía panorámicamente todo el valle y el pueblecito. Junto a la «cueva» se divisaba un auto amarillo, que reconocí como el taxi de Pike.

—¿Lo habrá llamado Guillermo?

—Sin duda. Yo estaba esperando a ver si salían...

El teléfono sonó. Roberto se levantó para atenderlo.

Oí su voz apagada por la pared, pero no pude enterarme de con quién o de qué hablaba, porque sus respuestas eran muy breves, casi siempre monosilábicas.

—¿Era Guillermo?

—Sí —respondió Roberto con un cabezazo—. Están para salir... Mire.

El viejo taxi de Pike, el único del pueblo, desapareció detrás de la casa para reaparecer a los pocos instantes con su maletero atestado. Una figura, que aun a lo lejos pude reconocer como la de Guillermo, salió de la casa y abrió la puerta del coche.

Entonces apareció una tercera figura: una mujer. Lo único que se divisaba era su cabello largo hasta la espalda y su traje blanco. Mientras los hombres acomodaban las maletas, se quedó mirando, con la mano apoyada en la cadera, en una actitud displicente que reconocí, no sin un escalofrío: era la misma postura habitual de Elena. Adiviné su sonrisa burlona y el chispear de sus ojos.

Me volví a Roberto sin atreverme a preguntarle nada. Él se adelantó:

—Me parece, doctor, que ninguno de nosotros se habituará jamás a esta realidad.

Ambos permanecemos en silencio contemplando cómo el viejo carricoche jadeaba penosamente por la colina, levantando a su alrededor nubes de polvo. La voz de Elena vino a sacarnos de nuestro ensimismamiento.

—¿En qué piensan, jóvenes?

—Hemos visto a tu doble, Elena —le respondí.

—¿Vivita y coleando? —preguntó—. ¿Por qué no me llamaron? ¿Dónde está ahora?

—Salió con Guillermo, para casarse con urgencia. Luego irán de vacaciones.

Dolly, pues así la bautizó Guillermo, te manda saludos. Él me pidió que te los transmitiera.

—¿No hablaste con ella personalmente?

—No.

—¡Qué lástima! A mí, en su lugar, me hubiera gustado *saludarme*.

Advertí que Roberto seguía pensativo. Para evitar un silencio embarazoso, propuse que jugáramos una partida de bridge. Ambos asintieron, agradecidos a la ocasión que les brindaba para pasar el mal trago.

Dos semanas después me hallaba trabajando en la «cueva». Tenía en mis manos una réplica de la famosa cabeza de la reina egipcia Nefertiti, y meditaba mientras la acomodaba cuidadosamente en la paja de su embalaje. ¿Teníamos de veras derecho a esparcir hacia los cuatro puntos cardinales aquella belleza única? Sentí que nuestro trabajo era sólo la mitad. De nada servía que multiplicáramos las mayores bellezas artísticas de todas las épocas, si al mismo tiempo no podíamos multiplicar las almas sensibles que pudieran merecerlas. Sentí que éramos una especie de vándalos que profanábamos las viejas tumbas de los reyes. Posiblemente Nefertiti había querido que su rostro fuera preservado solamente para los ojos de un hombre...

Por extraña asociación de ideas, mi pensamiento se fijó en Elena. ¿Estaba sinceramente satisfecha del paso que había dado dejándose duplicar? Volví a proponerme una vez más todas las dudas que me carcomían, y como cien veces antes, las tuve que descartar nuevamente, perplejo y sin saber a dónde inclinar mi juicio.

Elena había ido a la estación para despedir a Roberto, que debía pasar el día en Londres arreglando un programa de reproducción con los expertos de la Tate Gallery, pero de un momento a otro ella debía llegar para ayudarme en el trabajo.

Escuché el ruido de un auto, voces apagadas, y Elena entró en la «cueva».

—Hola —exclamé—. ¿Qué trampa me has preparado?... No disimules; te lo leo en los ojos. Dímelo de una vez.

Sonrió misteriosamente sin responder. Miró la cabeza que yo tenía en las manos y me preguntó:

—¿La reina Nefertiti?

—¿Quién iba a ser? ¿María Antonieta? —le respondí, provocándola—. No sabía que tuvieras tan mala memoria para las caras. ¡Si tú misma la cogiste para reproducirla!... ¿No te acuerdas?

—No.

—Pero si anteayer...

—¿De veras? —preguntó con fingido asombro.

—Ya me doy cuenta... Quieres enloquecerme. Ya ves que no sirve. ¿Tomó Roberto el tren, o lo perdió, como de costumbre?

Su rostro cambió de expresión, tornándose serio de pronto.

—¿Cuándo se fue? ¿Es por mucho tiempo?

Levanté las manos con desesperación, haciendo esfuerzos por reprimir una maldición. De afuera llegó el ruido de un auto que partía.

—¡Eh! ¿Quién sale en el coche? —exclamé, corriendo hacia la puerta.

No llegué a atravesarla. En ese mismo momento entraba Guillermo, y choqué contra su pecho. En la mano llevaba una maleta de viaje. Por encima de su hombro vi el coche de Pike que desaparecía por el camino, seguido de su habitual nube de humo y polvo.

—¿Adonde va tan aprisa, doctor? ¿Quiere un taxi? ¿Lo llamo de vuelta?

—No..., no —murmuré confundido—. ¿De modo que era contigo con quien ella hablaba hace un momento? ¿Qué tal te fue? ¿Dónde está...? Éste...

Sólo entonces caí en la cuenta. Me volví bruscamente y no tuve ya duda.

—¿De modo que tú eres Dolly y no Elena?

—Efectivamente, doctor. Ya ve que no le mentía hace un rato.

Tuve que hacer un esfuerzo para sobreponerme. Miré a Guillermo interrogativamente, preguntándome si hacía en verdad falta una presentación. Me devolvió una mirada burlona. De modo que extendí mi mano a Dolly.

—Encantado de conocerte, Dolly.

—¿No nos hemos visto ya en alguna parte? —respondió Dolly, estrechándome la mano, con fingida perplejidad.

—Puede ser, pero no podría decirlo. Aunque, mirándola bien, su cara me parece conocida...

En ese momento se oyó a lo lejos el motor de un auto que se acercaba.

—Si no me equivoco, querido Watson —dijo Guillermo, tomando la pipa a lo Sherlock Holmes—, ése es el auto de Elena.

—Esto va a ser interesante —dijo Dolly, encendiendo un cigarrillo—. Espero no desilusionarla.

Guillermo no respondió. Acostumbrado como yo estaba a leer en sus estados de ánimo más recónditos, advertí que en su interior se agitaba una marea de dudas y preocupaciones. Su espíritu se balanceaba de una Elena, de la que se había enamorado locamente, a la otra Elena, con la que se había casado. Se mostraba incierto y medroso ante el momento decisivo que se acercaba.

No tuvimos mucho tiempo para cavilar: el auto se detuvo con un chirrido de frenos y Elena entró en la «cueva».

Miró fijamente a Dolly. Su rostro no dejó traslucir la menor sorpresa; sólo curiosidad y amistad. Advertí entonces que Dolly tenía exactamente la misma expresión. Era como contemplar a una persona que se está mirando en el espejo.

—¡Hola! —comenzaron a decir las dos simultáneamente—. De modo que tú eres...

Y ambas se detuvieron al mismo tiempo, al comprender que las dos habían comenzado la misma Érase. Ambas soltaron la carcajada, mirándonos de reojo a Guillermo y a mí, curiosas de ver cómo reaccionábamos. Yo me reí, divertido e

incómodo a la vez.

—Bueno —dijo Guillermo—, ¿qué opinan la una de la otra? Pero... contesta tú primero, Elena.

—Me venía preguntando qué diría, y ahora que ha llegado el momento..., me he quedado sin habla. Mi primera impresión es que no me creía así. Me parecía ser...

—¿Más alta? —interrumpió Dolly—, ¿tener el busto más desarrollado?

Elena asintió sonriendo.

—Sí, eso es lo que yo creía. Uno nunca puede verse por completo en un espejo, aunque sea un espejo triste. Por ejemplo, yo nunca me he podido ver a mi gusto la nuca.

Elena se giró y mostró su espalda y cuello a Dolly, quien los examinó críticamente.

—No está mal —fue su veredicto—. Nuestras piernas están bastante bien, ¿no es cierto?

—Déjame ver —dijo Elena, y estudió a Dolly desde atrás.

—No se preocupen por nosotros —intervino Guillermo secamente—. ¿Se dio cuenta de cómo les gusta a las mujeres examinarse unas a otras? Parece que los hombres apenas existimos para ellas...

Sin volverse hacia nosotros, y como si no nos hubiera oído, Elena preguntó a Dolly:

—Supongo que a ti también te asquea la presuntuosa superioridad que se atribuyen los varones.

—Por supuesto.

—Discúlpenme que las interrumpa, pero aquí hay que trabajar y ustedes no parecen muy dispuestas. Les sugiero que vayan a dar una vuelta para entrar en confianza mutuamente. Entonces yo podré despachar este envío de duplicados de Nefertiti —les dije, buscando quedarme con Guillermo.

—Yo le ayudo, doctor —exclamó éste.

—Un tipo agradable, el doctor —comentó Dolly cuando se encontró a solas con Elena—, aunque un poco anticuado.

—Eso es lo que siempre he pensado —respondió Elena, pasando su brazo por el de su melliza.

Guillermo se volvió hacia mí y me preguntó:

—Y... ¿qué le parece, doctor?

—Me parece que será un éxito. Felicidades, muchacho.

—Muchas gracias. Ha salido todo mucho mejor de lo que yo esperaba. Soy feliz —exclamó con un suspiro de alivio—. *Por fin* soy feliz y me siento dueño de mí mismo.

—Me alegro de oírtelo decir —le respondí—. Lo mereces. Tu suerte ha sido

bastante adversa, y era hora de que cambiase. Por supuesto que no todo es suerte.

Has luchado mucho, has pensado y has trabajado. Espero que Dolly te resulte bien.

—Estoy seguro, doctor. Bueno, vamos a terminar con esas Nefertitis.

Se quitó la chaqueta, se arremangó y se entregó con ardor al trabajo de embalar.

Al atardecer, los cuatro (Guillermo, Elena, Dolly y yo) nos reunimos para esperar la llegada de Roberto. El tren que él había proyectado tomar debía entrar a las 19.32. Eran las ocho menos cuarto, cuando Elena expresó:

—Es evidente que ha perdido el tren. Y yo tengo hambre...

—¡Por Dios, Elena! —le repliqué—. ¿Cómo piensas que puede llegar en trece minutos desde la estación?

—Yo lo hago en diez minutos.

—Pero todo el mundo sabe que tú corres como una loca con el automóvil.

—Y yo también tardo diez minutos —intervino Guillermo.

—Y yo —añadió Dolly.

—¡Santo Cielo!... Esto no es una casa, sino un asilo de alienados. ¡Ojalá llegue pronto Roberto, que es el único que conserva la cabeza en su lugar!

En ese preciso instante se abrió la puerta y entró Roberto.

Se quedó helado y sin poder abrir la boca al ver a Elena sentada tranquilamente, junto a Dolly, en un sofá. Vi el esfuerzo que hacía por recobrar su máscara de imperturbabilidad.

—Preséntame, Guillermo, por favor.

Guillermo lo miró un poco desconcertado por la formalidad que se le pedía; pero yo creí ver que era un mero recurso de Roberto para disimular su penosa incapacidad en distinguir cuál de las dos era Dolly y cuál era Elena. Ésta pareció comprenderlo así, pues vino rápidamente en su ayuda.

—Por favor, Roberto..., ¡no digas que no reconoces siquiera mis vestidos!

—No es cierto; me acuerdo perfectamente del que llevas...

—¿Cómo puede ser, si es la primera vez que me lo pongo?

¡Traicionera Elena, que siempre encontraba el modo de filtrarse a través de las defensas para asestar su golpe!

Guillermo intervino para ayudar a Roberto, y formuló con sencillez la presentación:

—Roberto, te presento a Dolly; Dolly, te presento a Roberto. Ahora digan los dos: ¿nos hemos conocido en otra parte?

—¿No la he conocido en otra parte? —preguntó sonriendo Roberto.

—La respuesta es la del libro de urbanidad: ¡No, y haga el favor de retirarse, si no quiere que llame a un policía! —respondió Dolly.

Hubo algo en el tono de su respuesta aparentemente intrascendente, que me hizo



examinar con atención su rostro. No, nada pude descubrir en ella, a no ser cierto matiz verdoso en sus pupilas, semejante al que solía teñir los ojos de Elena en sus momentos de tristeza.

—Si ustedes quieren saber qué hora es... —comenzó Roberto.

—Es la hora *de cenar* —completó Elena.

Recuerdo que gran parte de la conversación estuvo dedicada a comparar los gustos de Elena y Dolly en materia de comidas. La concordancia seguía siendo extraordinaria. Ambas detestaban el repollo; ambas eran partidarias decididas de los encurtidos, y ambas se manifestaron dispuestas a repetir los arenques.

—Esto tiene su ventaja —dijo Elena a Dolly—: no me tendré que quemar las cejas pensando qué comprarte para tus cumpleaños. Bastará que piense en lo que a mí me haga falta.

—Sí, pero no vamos a poder sorprendernos una a la otra.

Todos nos dedicamos entonces a desarrollar las posibilidades humorísticas que surgían de esta perfecta identidad de gustos, y llegamos a consecuencias absurdas y graciosísimas. Guillermo estaba de excelente humor, y discurrió algunas de las situaciones más inconcebibles.

Roberto, en cambio, se mantuvo más bien en actitud de afectuosa deferencia, como si realmente estuviera convencido de que su corta relación con el duplicado de su esposa no le autorizaba a ponerse con ella en plano de camaradería. Confieso que me irritaba un poco, aunque me lo explicaba perfectamente por el conservadurismo innato en él; mas yo no veía razón alguna para considerar a Dolly como una persona distinta de Elena y en consecuencia tratarla de otro modo. Dolly estaba ya al tanto de todas las peculiaridades de mi carácter y bromeaba conmigo y me hostigaba exactamente igual que Elena.

Decidí que había que darle a Roberto su tiempo, pues no se le podía pedir a todos la misma conducta, y me dediqué a observarlo. Sorprendí muchas veces su mirada, que pasaba de una muchacha a la otra, y leí en ella algo que no era tan sólo curiosidad, y que me pareció duda y recelo.

Debatimos luego el plan para justificar la presencia de Dolly. Decidimos propalar la versión de que Dolly era melliza de Elena; que Guillermo la había conocido durante una estancia en Eastbourne, y que había mantenido con ella noviazgo por correspondencia.

—Todo eso está muy bien —objetó Dolly— hasta que alguien me pregunte en qué trabajaba en Eastbourne. No puedo inventar rápidamente una mentira, y puedo quedarme sin saber qué responder. ¿Qué les parece que diga?

—Diles que recogías mariscos en la playa o que saltabas en paracaídas dos veces por semana, excepto los días de mal tiempo —dijo Guillermo.

—Estoy pensando en tu padre, Roberto —prosiguió Dolly sin hacer caso de la

salida de Guillermo.

—No te preocupes por él —respondió Guillermo—. Le parecerá lo más lógico que me haya casado con una acróbata.

—No le hagas caso, Dolly —dijo Roberto—. No habrá ningún problema. Mañana te lo presentaré, si quieres.

—Ya me lo presentaste otra vez.

Roberto la miró sin comprender.

—En mi anterior encarnación —explicó Dolly sonriendo.

—Por supuesto, discúlpame. Ésta es una situación demasiado nueva, y no termino de acomodarme a ella. Supongo que necesitaré un tiempo para habituarme.

—También a mí me resultó extraña; pero me voy sintiendo mejor, especialmente después del paseo de esta tarde con Elena.

—¿De qué han hablado? —preguntó Guillermo con curiosidad.

—De mil cosas... Por ejemplo, de los zapatos. A ambas nos molestan en los talones, porque durante mucho tiempo anduvimos descalzas, cuando niñas, ¿recuerdan?

—Bueno, ¡basta de charlas! —dijo Guillermo—. Tengo que comunicarles un asunto de importancia.

—¿Cuál, cuál? —preguntamos todos tumultuosamente.

Guillermo sacó de su bolsillo unas cuantas páginas de anotaciones garabateadas.

—Tengo aquí, ya estudiado, un sistema para producir energía fácilmente, a bajo precio y en un volumen mucho más importante que el conseguido hasta ahora. No se necesita ninguna técnica complicada. Un niño normal de seis años podrá operar el equipo.

—¡Un nuevo lío! —gruñí.

Roberto pareció interesado. Guillermo acercó su silla, desplegó sus anotaciones y comenzó a explicárselas, olvidando por completo nuestra existencia.

—Fíjate: dándole a  $p$  un valor de 8,75, y suponiendo que...

—Todo eso lo preparó durante nuestra luna de miel —comentó secamente Dolly.

—Tú me inspiraste, querida —le respondió Guillermo, devolviéndole el sarcasmo con una mirada llena de cariño.

Y sin ocuparse de nosotros, continuó explicándole a Roberto.

Elena, Dolly y yo nos miramos unos a otros.

—Si hubiera uno más, podríamos jugar al bridge —dijo Elena.

—¿Conoces el chiste del sabio que enloqueció? —sugerí.

—Probablemente —respondieron Elena y Dolly al mismo tiempo.

—Si esperan un momento, se lo explicaré todo en términos sencillos. No sean impacientes —dijo Guillermo.

—Nos cree chicos de seis años —murmuró Elena.

Uno o dos minutos después, Guillermo se esforzaba por explicarnos el nuevo principio que utilizaría, totalmente distinto al del reproductor. El reproductor no producía energía atómica. El nuevo sistema estaba basado en una reacción en cadena de equilibrio inestable. Metafóricamente, era como desencadenar un alud: uno empuja una piedra, ésta empuja a otra, y cada una de ellas a otras a su vez, hasta que el alud cobra una fuerza totalmente desproporcionada con el impulso inicial. Luego, usando algo así como una turbina (sé hasta qué punto resulta infantil mi explicación, pero no podría hacerme entender de otro modo que como yo la entendí) se canaliza la tremenda fuerza del alud, y se la almacena en una suerte de acumuladores, que la conservan lista para ser usada cómo y cuándo se desee.

—Como ustedes sabrán —prosiguió Guillermo—, están ya en funcionamiento equipos fundamentalmente semejantes al que proyecto; pero su imperfección, exceso de tamaño y dificultad de operación son increíbles. Comparados con mi proyecto, resultan como una de las primeras máquinas de escribir frente a una portátil para avión. Con mi procedimiento, una persona podría llevar en su cartera, y usarla fácilmente, la energía necesaria para achicar por completo el mar Negro.

—¿Y para qué le puede interesar vaciar el mar Negro? —preguntó Dolly.

Roberto carraspeó.

—Guillermo se precipita, como de costumbre. Creo que el principio descubierto por él es realmente revolucionario; pero hará falta muchísima experimentación para llevarlo a la práctica.

—Totalmente innecesaria —respondió Guillermo con vehemencia—. La teoría es coherente y eficazísima. Puedes construir de inmediato la máquina, y *necesariamente* tendrá que funcionar como te lo digo.

—¡He dicho! —comentó Elena con animación—. No hay más que hablar. ¿Qué inventamos ahora? ¿Un sacacorchos para zurdos? ¿Por qué se han de ver obligados a manejar el sacacorchos hacia la derecha? Esto es una intolerable dictadura de los no zurdos, y hay que aniquilarla. Queremos un sacacorchos democrático. Pienso...

—Te equivocas, Elena —interrumpió Guillermo—. Tú jamás piensas; jamás pensaste ni podrás pensar. Hablo en serio. Esto es lo más grande desde...

—¿Desde que hiciste el reproductor? —pregunté.

—Ya que usted me lo pregunta..., sí, desde entonces.

—Bueno, lo que yo saco en limpio es que estás decidido a consagrarte a tu nueva idea. En ese caso, ¿qué será del trabajo que estamos realizando con el reproductor?

—El doctor tiene razón, Guillermo. ¿Has pensado en esto?

—A eso iba —dijo Guillermo, tomando aliento—. Bueno, escúchenme. No sé cómo se sienten ustedes, pero, en lo que a mí se refiere, estoy harto del reproductor y no podría volver a trabajar en él. Yo soy físico teórico y no capataz de fábrica. La rutina de la producción me asfixia, y creo que a ti te pasa lo mismo, Roberto.

Roberto no apoyó a Guillermo, como éste esperaba.

—Puede que sea cierto, pero no podemos interrumpir el trabajo del reproductor.

Hemos quedado de acuerdo en que no lo podemos dejar en manos extrañas.

—Por supuesto que no, ni hay ningún motivo. Entiendo que a usted le sigue interesando el trabajo, ¿verdad, doctor?

—Así es. No me importa ser un simple obrero, ganar el pan con el sudor de la frente... y todo lo demás. Hablando en serio: Si me sacan ese trabajo, no sé qué sería de mí. Creo sinceramente que el trabajo vale la pena, que tiene sentido, y yo disfruto haciéndolo.

—Y yo también —exclamaron a coro Elena y Dolly.

—Quiero decir que me gustaría ayudar —se corrigió Dolly.

—Creo —dijo Guillermo— que con ustedes tres es suficiente, sobre todo ahora que el trabajo es menos apremiante. Roberto y yo quedaríamos libres para nuestro nuevo proyecto.

—Parece que uno ya no tiene voz ni voto —comentó Roberto sonriéndose de la vehemencia con que Guillermo lo asociaba a sus proyectos, sin consultarlo—. Pero si todos están satisfechos con el arreglo que Guillermo propone, confieso que me gustaría seguir adelante con él.

Todos estuvimos de perfecto acuerdo.

Pasó el tiempo, y todo se fue arreglando por sí mismo, exteriormente al menos, dentro del nuevo marco de trabajo.

En el pueblo se aceptó sin suspicacia la fábula de las mellizas (aunque algunas personas juraban que jamás habían visto un parecido semejante), especialmente debido a que la mayoría se había acostumbrado a la paradójica idea de esperar de Elena sólo lo inesperado.

Los padres de Roberto, sir Walter y lady Heath, aceptaron sin ningún inconveniente a Dolly, porque su aversión inicial contra Elena había sido borrada por la cercanía y el mayor conocimiento. Se acostumbraron, pues, desde el primer momento, a considerarla como a una segunda Elena.

En la «cueva» vivíamos amontonados hasta un extremo increíble. En un rincón, Roberto y Guillermo trabajaban en el nuevo aparato, y se ocupaban incesantemente en hacer traer maquinarias cada vez más numerosas y complicadas. Cuando las chicas y yo teníamos que entrar, salir o movernos en torno al reproductor, corríamos peligro de quedar estrangulados por algún cable o de rompernos el cuello a consecuencia de algún resbalón.

Al mismo tiempo, yo vivía una experiencia curiosa: comenzaba a distinguir una de otra a las «mellizas». Al principio me enloquecían, porque una era tan irresponsable y traicionera para conmigo como la otra. Me sucedía con frecuencia que después de hablar una hora con Elena acerca de Dolly, o viceversa, descubría que Dolly se había hecho pasar por Elena. Era casi imposible para mí tratar ningún tema serio, sin riesgo de hallarme burlado.

Pero poco a poco descubrí que comenzaba a diferenciar intuitivamente a Dolly como «la más sosegada». Mientras Elena seguía punzante y perturbadora como siempre, Dolly estaba menos en la ofensiva, y se limitaba a aprobar con una sonrisa los ataques de su «melliza» contra los nombres o sobre cualquier otro tema que sabía nos podía escandalizar o hacer reaccionar.

Reuniendo indicios, fisonómicos especialmente, y comparando asiduamente las actitudes habituales de ambas, llegué a la conclusión de que a Dolly la atormentaba una pena interior, de la cual estaba libre Elena. Pronto descubrí que escuchaba distraídamente mis bromas contra Roberto y Guillermo, en defensa de lo que llamábamos nuestros «derechos territoriales». Con frecuencia la notaba ausente y cumpliendo mecánicamente la tarea que tenía entre manos.

Desde que Elena fue mi paciente, yo había adoptado respecto de ella una actitud

de tutor y sentía, sin duda presuntuosamente, que era mi obligación ayudarla en cualquier duda o conflicto interior que la molestara. Sabía que ella lo comprendía, que valoraba mis consejos y me los pedía cuando los necesitaba, aunque en último término sus decisiones siempre estaban basadas en el análisis personal que hacía de los hechos. Pero desde su matrimonio con Roberto, sentí que el peso mayor de mi responsabilidad para con ella recaía ahora sobre las espaldas de su marido, y no me atrevía a preguntarle por su vida interior, porque hubiera parecido mera curiosidad.

En cambio, mi celo de abuelo se dirigía hacia Dolly, principalmente porque ella conocía bien a mi hijo adoptivo y sabía que no podía confiar en su condición humana de consejero, como lo podía hacer con Roberto. Ciertamente, desde su matrimonio, el estado emocional de Guillermo era muchísimo más estable. Se podía confiar en él mucho *más* que antes, y en general su estado interior era de apacibilidad. Pero no había dejado de ser impaciente y propenso a las conclusiones superficiales en materias que no eran de su competencia. Su asombrosa inteligencia seguía siendo excesivamente abstracta para descender acertadamente a los pormenores concretos.

Por consiguiente, cuando llegué a persuadirme de que Dolly estaba aquejada por alguna duda interior, me dije que debía hablarle a solas apenas se presentase la oportunidad para intentar sonsacarle cuál era el motivo de su malestar.

La oportunidad vino muy pronto e inesperadamente, aquella misma tarde.

La labor del día había sido multiplicar algunos trozos de bajorrelieves griegos, bastante pesados, y la tarea de llevarlos y sacarlos del reproductor fue bastante agotadora. Elena y Dolly llevaban uno entre las dos cuando, de pronto, el rostro de Dolly palideció más de lo ordinario, sus ojos se extraviaron y trastabilló.

—¡Doctor! —me llamó Elena, sin levantar demasiado la voz, pero con tono de gran urgencia.

Yo me percaté de lo que pasaba y corrí a sostener a Dolly, en el preciso momento en que se desvanecía por completo. Elena, con gran habilidad, tomó por el centro el bloque que venía sosteniendo por una punta, lo levantó con una fuerza increíble en sus brazos delgados (después me acordé de su práctica de natación cotidiana), lo depositó sobre un banco e inmediatamente estuvo a mi lado para atender a Dolly.

Roberto y Guillermo trabajaban en las entrañas de la nueva máquina. Sólo entonces advirtieron lo que pasaba. Lleno de alarma, tropezando con los utensilios desparramados por el suelo, llegó Guillermo seguido de Roberto.

—¿Qué ha pasado? —balbució, fuera de sí, por la angustia.

Elena lo tomó del brazo para impedir que se abalanzase sobre la desvanecida Dolly, y con tono tranquilizador le explicó aparte lo sucedido.

Le pasé un paño húmedo por el rostro y los párpados se contrajeron.

Aparentemente se trataba sólo de un desmayo pasajero. Apoyé mi cabeza contra su pecho para auscultarla. Sus labios dejaron escapar un susurro, perceptible sólo

para mí:

—Póngame en la cama, doctor; tengo que hablar a solas con usted.

Fingí no haberla oído. Me enderecé, me pellizqué los labios como si estuviera meditando indeciso, y dije por fin:

—No parece nada serio; pero no estoy del todo tranquilo. Quisiera examinarla más a fondo. Ayúdenme a llevarla a la cama y déjenme totalmente solo. Retírate tú también, Guillermo.

—Entendido, pero...

—No hay peros que valgan. Yo sé lo que debo hacer. Abre la puerta.

Obedeció torpemente. Levanté a Dolly, y me sorprendió lo liviana que era. Con ella a cuestas entré en el dormitorio que antes había sido mío y ahora era de Guillermo y Dolly. La deposité en la cama. Guillermo se arrodilló a su lado y se puso a estrechar y a besar sus manos, como si no fuera a verla más, mirando con ansiedad su rostro pálido.

—Por favor, Guillermo.

Se levantó lentamente e hizo ademán de protestar; pero yo lo empujé hacia la puerta.

—No tardaré —dije al llegar al umbral.

En los segundos que tardé en cerrar la puerta, vi a Elena, que estaba a espaldas de Roberto. Me miraba fijamente a los ojos, con mirada enigmática. Yo me esforcé por mantenerme enigmático también, pero me alegré de poder interponer la puerta entre nosotros, antes de que nadie pudiera sorprender mis pensamientos e intenciones. Aunque, Dios sabe cuan confusos y vagos eran.

Me senté junto a la cama donde Dolly estaba acostada en una actitud exactamente igual a la de Elena cuando la vi por primera vez. Ella levantó su brazo y con su mano oprimió mi antebrazo en un mudo gesto de súplica y desvalimiento, que me penetró hasta lo profundo del corazón. Apoyé mi mano sobre el dorso de la suya y le pregunté con voz compasiva, como si hablara con un niño al cual hay que consolar:

—¿Qué querías decirme, Dolly?

No bien pronuncié la última palabra, se incorporó, se abrazó conmigo, escondió su rostro en mi pecho y comenzó a sollozar convulsivamente. Pero no lloró. Ésos sollozos sin lágrimas fueron los más desgarradores que he oído en toda mi vida.

Parecían quejidos de un animal que sufre. Tanto más cuanto que yo conocía su entereza y sabía que, cualquiera hubiera sido el motivo que la provocó, debía torturarla tremendamente.

Temblaba sin poder controlarse, de la cabeza a los pies. Advertí entonces, por primera vez, que había estado durante mucho tiempo al borde de una crisis de nervios, que sólo su poderosa y ejercitada voluntad había conseguido disimular. Poco a poco comenzó a sosegar, y quedó relativamente en calma, aunque me di cuenta

de que cada uno de sus nervios estaba en tensión como la cuerda bien templada de una guitarra. Luego comenzó a hablar confusamente, con frases entrecortadas, más articuladas después. Vi la angustia en sus ojos verdosos, y por primera vez tuve la revelación del monstruoso peso de las circunstancias que yo denomino *el triángulo de cuatro lados*.

—Temo haber sido muy estúpida, que todos nosotros hayamos sido estúpidos, aunque sólo yo soy la gran culpable. Parece mentira que un grupo de personas inteligentes y con espíritu científico hayamos sido tan ingenuos como para pensar que yo iba a nacer de nuevo, en blanco como un bebé, y que mis sentimientos o ideas podían ser distintos de los de Elena. Pasamos por alto lo fundamental: que no era una nueva Elena la que traeríamos a la vida, libre para comenzar un camino nuevo, sino la vieja Elena, con los mismos recuerdos e impulsos que tenía en el momento de la duplicación. *He nacido locamente enamorada de Roberto*.

Al oír esto, me levanté de la silla, como si una corriente eléctrica me hubiera atravesado, y exclamé ante la súbita revelación de mi increíble ceguera sobre las consecuencias que debieron de serme obvias desde el primer momento:

—¡Qué imbécil soy!

Cariñosamente, Dolly me hizo sentar de nuevo.

—No se preocupe, doctor. El pasado no tiene remedio. El presente es lo que resulta... terrible. Nunca hubiera pensado que era tan insoportable. Es el suplicio de Tántalo, multiplicado. Lo tengo durante todo el día al lado mío, y sin embargo, no puedo acercarme a él. Algunas veces, cuando está junto a mí, me olvido de mi papel de Dolly y comienzo a hablar para recordarle algún incidente de nuestra luna de miel. Hasta el momento he podido reprimirme siempre; pero no sé cuánto podré aguantar. El día menos pensado me traicionaré. No estoy acostumbrada a vigilarlo. Lo peor es que me siento manchada, haciendo la comedia de amar a Guillermo, siendo así que hasta la última parte de mi ser clama por Roberto.

Un nuevo estremecimiento la acometió. La presión con que me oprimía el brazo se hizo convulsiva. No hice ningún comentario. Me limité a palmearle y acariciarle su mano. Lo mejor era dejarla que se descargase de la tensión que la sofocaba. Ella continuó:

—Nunca olvidaré el momento en que recobré la conciencia después del... proceso, en el reproductor. Lo primero que vi fue la campana de cristal suspendida en lo alto sobre mí, mientras que mi último recuerdo era que la campana descendía para cubrirme como el apagador de una vela. Primeramente no pude recordar dónde estaba. Me acordé de pronto y me pregunté si el experimento había salido bien. Al instante, la horrorosa duda me sacudió: *¿era yo Elena o... la otra?...*

»Entonces vi a Guillermo inclinado sobre mí —prosiguió Dolly—. ¡Si usted hubiera visto la expresión desoladora de su rostro! Estaba pálido y sudoroso, me



miraba con los ojos desorbitados, llenos a la vez de terror y de esperanza. No pudo articular ni una sola palabra. Mi cuerpo estaba todavía semirrígido. Guillermo había resultado un masajista bastante incompetente por culpa del estado de agitación en que se encontraba. Me incorporé con ayuda de Guillermo. Todos los músculos me dolían de un modo insoportable. Vi que no había nadie en el laboratorio, y la otra campana de vidrio, la que recordaba haber ocupado, estaba vacía. Elena se había ido con Roberto, y, sin embargo, yo, Dolly, había quedado allí... Una desolación insoportable cayó sobre mí. La explicación es bien sencilla: había una ausencia taladrante donde antes había habido algo real y hermoso. El dolor de mi cuerpo no era nada ahora frente al dolor que me quemaba el alma. Me sentí físicamente enferma de frustración. Comprendí que desde ese momento comenzaba para mí una vida de oprobio. Y sin embargo mi presencia en el mundo tenía un propósito: salvar a Guillermo de esa misma desolación de espíritu que sobreviene cuando se ama a alguien que no tiene necesidad de uno. Comprendí ahora todo lo que había sufrido él. Allí estaba, ante mí, temblando con la esperanza de que yo sería por fin su salvación, mirándome con una interrogación no formulada. Entonces fue cuando decidí aceptar la misión que se me ofrecía: procurar la felicidad de Guillermo. Y tuve fuerzas para tenderle una mano, a la que él se aferró como un ahogado, y me dijo: “Me gustaría llamarte Dolly. Siempre me ha gustado ese nombre”. Y yo, sonriendo, le respondí: “Soy Dolly”.

En este momento, Dolly soltó mi mano y prosiguió así su confesión:

—Entonces comenzó la comedia. A toda costa tenía que evitar que Guillermo conociera la verdad, que lo hubiera aniquilado. Pudiera parecer extraño que no la haya entrevisto siquiera, pero todos sus sentimientos durante este proceso han sido anormales. Desde el comienzo actuó por sensaciones y no por razón. Estaba ciego por su necesidad. Su pensamiento estaba apremiado por la pasión, y el mismo pensamiento se encargaba de interponer una barrera para impedir el paso a toda «idea peligrosa» que pudiera estropear su ensueño... La primera medida que me pareció urgente tomar, fue alejarnos de la «cueva». Me moría de ansiedad por ver nuevamente a Roberto; pero sabía que desde ese mismo instante perdería toda mi capacidad de controlar mis reacciones en su presencia. Lo mejor era alejarme con Guillermo dando cualquier excusa; no volverlos a ver a todos ustedes nunca más. La excusa inmediata era nuestra luna de miel; y antes de poderme sostener sobre los pies, comencé a apremiar a Guillermo para que nos fuéramos. Lo aceptó de muy buena gana, interpretándolo como un deseo de estar más cerca de él... Le aseguro, doctor —sollozó Dolly—, que lo puse todo de mi parte. Quiero mucho a Guillermo, como usted sabe. No podría herirlo de ningún modo. Si no hubiera conocido a Roberto, me habría enamorado de él seguramente. Pero lo encontré, y no puedo aguantar vivir cerca de él y, sin embargo, separada. Por eso quiero que me ayude, doctor. Si no viera a Roberto, mi cariño por Guillermo podría evolucionar hacia algo

más grande.

Me miró anhelante, esperando de mí una solución. No pude ofrecérsela completa.

—Lo siento, Dolly, pero no se me ocurre ninguna solución para justificar una separación radical... Puedo decir que necesitas unas semanas de descanso en la Riviera. El tiempo y la separación pueden hacer mucho para que te libres de tu sentimiento por Roberto. De todos modos, hay que darle una oportunidad a Guillermo.

Dolly apartó su mirada y la fijó en la ventana, a través de la cual se veía un cielo cargado de nubarrones.

—Muy bien, doctor; lo intentaré. Quisiera creer que dará buen resultado...

—¿Lo dudas?

—No sé... Recuerdo bastante bien lo largos que se me hicieron los días en nuestra última excursión...; especialmente los últimos días. ¡Cómo contaba las horas que faltaban para ver a Roberto! Y el día que volví, él estaba fuera, en Londres.

¿Recuerda? Y cuando volvió... —la voz se le cortó, y tuvo que detenerse un momento, con la vista fija todavía en la ventana—. Cuando volvió, aquella tarde, yo estaba preparada por anticipado. Entonces podía aún dominarme. No creo que ahora pudiera aguantar otro golpe como el de aquel encuentro. Me trató como si fuera una extraña... Tuve que ser presentada. ¡A mi propio esposo! No, no debo decir eso.

Pero el modo cortés y reservado con que se mostró para conmigo... era como si un bloque de hielo me apretase el corazón.

—Ahora ya está acostumbrado a la idea... Te trata con la misma cordialidad que a Elena.

—Sí, pero siempre lo hace forzadamente. Él ha levantado una barrera entre nosotros... No es imaginación mía. Entre él y yo hay una barrera que no existe entre Elena y él.

—¿Y qué te parece que piensa Elena de esta situación? ¿Sospecha algo de tu sacrificio? ¿De qué hablasteis el día que salisteis juntas de paseo?

—De nada importante. No hablamos de Roberto. A usted le puede parecer extraño, pero me es tan difícil a mí como a usted penetrar en la mente de Elena. Sin embargo, no creo que tenga clara conciencia del problema: habría venido a verme y a afrontar la situación.

—¿Por qué no hablas con ella?

—¿Para qué voy a echar sobre sus hombros esta carga? No arreglaría nada.

—Tal vez entre las dos podáis hacer algo. A lo mejor se les ocurre algún arreglo. Dejó pendiente la sugestión, para que ella se manifestase libremente.

Y ella me miró con sus grandes ojos verdosos por la pena.

—No es posible ningún arreglo sobre la base de un nuevo engaño. Todo esto está basado en la falsedad. Siento tener que engañar a Guillermo, pero no podría jamás

engañar también a Roberto. No; debo irme; es la única solución posible.

—Bueno, Dolly. Pero ahora recuéstate un rato y descansa, mientras yo trato de arreglar esto con los otros.

—¿No pensará decirles la verdad? Por favor, se lo pido por Guillermo; no deje que él sospeche.

—No te preocupes. Tendré cuidado.

Guillermo estaba del otro lado de la puerta, paseando de un lado a otro.

—¿Qué tal está? ¿Qué tiene? ¿Puedo verla?

—Espera un minuto.

Yo tenía que hablar en privado con él; pero para ello era necesario alejar disimuladamente a Elena y a Roberto. Tomé un trozo de papel y escribí una receta.

—Roberto, Elena —los llamé—, ¿haríais el favor de ir hasta la farmacia y traer este medicamento?

—Anda tú, Roberto —dijo Elena—. Yo tengo que ver a Dolly.

—Perdona —dije—, pero nadie puede verla todavía; ni siquiera su esposo. Hay razones de importancia.

—También yo tengo una buena razón, doctor... ¿Quiere que se lo diga?

Me miró fijamente a los ojos, y comprendí de inmediato que había adivinado lo que pasaba. Probablemente, a juzgar por su conducta anterior, lo había sospechado desde el momento en que Dolly se desmayó.

No le respondí. Ella entró con gran calma en el dormitorio, cerrando la puerta tras sí.

Guillermo la siguió con la mirada, evidentemente perplejo.

—¿Cómo...? —empezó a decir.

—No te preocupes —le interrumpí—. No le puede causar ningún daño. Pero tengo que hablar primero contigo.

—En seguida vuelvo —dijo Roberto, y salió con la receta en la mano.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Guillermo—. ¿Qué pasa, doctor?

—Es muy sencillo: Dolly está sufriendo los efectos retardados de su «nacimiento». Yo sospechaba que esto ocurriría. Sus nervios no se han recuperado todavía por completo de la tensión que provocó en ellos la corriente eléctrica. Elena no se ha resentido, porque de inmediato la atendimos. A Dolly la dejamos demasiado tiempo en estado de tensión. Me parece que, a pesar de mis instrucciones, tus masajes no fueron adecuados. Además, está todo el proceso de acomodación y el trabajo intenso de todos estos meses. Todo esto junto ha terminado por derribarla.

—Yo tengo la culpa —exclamó Guillermo muy abatido—. Estaba demasiado ansioso de que se levantase. Daría cualquier cosa porque no hubiera sucedido. Tiene que descansar. Tiene que quedarse en la cama.

Me alegré de que mi improvisación hubiera sido tan fácilmente aceptada por

Guillermo. El pobre muchacho estaba demasiado desolado para poder juzgarla objetivamente.

—Y conociéndola como la conoces, ¿puedes creer que consentirá en quedarse en la cama *aquí*, con todos nosotros trabajando y conversando al lado?

—Pues tendremos que cerrar el laboratorio...

—Tenemos contratos que cumplir para fechas fijas —le objeté.

—¡Que se vayan al infierno!

—¿No te parece mejor que te la lleves a algún lugar de reposo, donde no tenga cerca ninguna tentación ni incitación al trabajo? Te sugiero algún lugar de clima cálido, como la Riviera. Mentón sería el lugar ideal: es el sitio más cálido y sedante de la costa. Tomate una segunda luna de miel tranquila.

—¿Cree usted que lo aceptará?

—Yo la obligaré.

Guillermo sonrió ante mi seguridad, sin saber que por primera vez mi jactancia estaba bien fundada.

—¡Ojalá!

—Hay una circunstancia... —observé—. La investigación que estás realizando con Roberto, tendrás que postergarla por algún tiempo...

—Cuando se trata de la salud de Dolly, nada importa.

—¿Tus... sentimientos para con ella son los de siempre? —insinué, jugando con mi lápiz.

—Sí, doctor, y siempre serán los mismos. Es para mí lo único que cuenta en este mundo. Me siento un hombre nuevo. Ahora veo las cosas con un horizonte real. Dolly me ha salvado de la autodestrucción.

—Me alegro —le respondí.

Era evidente que revelarles la verdad hubiera sido destrozarlos, sin mejorar para nada el problema. Yo tendría que guardarme el secreto de Dolly, y Elena tendría que hacer lo mismo. Me acordé de que Elena estaba todavía con Dolly, y que yo debía asegurarme de que ella guardaría el secreto, sin comunicárselo francamente a Roberto y Guillermo, como hubiera sido su actitud normal.

—¿Puedo entrar ya?

Ésta pregunta de Guillermo me arrancó de mis reflexiones.

—Mejor será que esperes hasta que Roberto traiga el calmante y ella esté en condiciones de discutir contigo el viaje. Yo prepararé el terreno, diciéndole que necesita reposo absoluto, y que tú hablarás con ella de los detalles. Mientras tanto, voy a llamar a Elena. Ya ha permanecido junto a Dolly demasiado tiempo. Discúlpame.

Entré. Elena estaba sentada en la cama, con un brazo en el cuello de Dolly, protegiéndola como una hermana mayor, y hablándole en voz baja y tranquilizadora.

Me miró cuando entré. Yo cerré la puerta y me acerqué.

—Supongo que viene a echarme, doctor. Muy bien; me iré sin protestar. Sólo quise decirle a Dolly que cuente conmigo para cualquier cosa.

—Me alegro. ¿Cómo sospechaste lo que pasaba?

—¿Cómo hubiera podido *no sospecharlo*? —respondió Elena sobriamente—. El terrible pensamiento de haber perdido a Roberto, que se me ocurrió a mí al despertarme en el reproductor, tenía que habersele ocurrido también a Dolly. ¿Por qué fui tan estúpida que no lo advertí antes? Dolly es yo, hasta la última partícula de su cuerpo, como lo era yo misma aquel día en el laboratorio. Yo soy totalmente responsable por la situación de Dolly.

—La única persona responsable de mí soy yo misma —dijo Dolly—. Nadie sino yo es responsable.

Elena le apretó la mano por toda respuesta.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté a Elena.

—Todo lo que haga falta.

—Por el momento, lo único que hace falta es que guardes silencio. ¿O crees que deberías decírselo a Roberto y a Guillermo? —Confieso que me inclino a decírselo. De nada sirven los ocultamientos. Es un asunto que nos concierne a todos nosotros y entre todos tenemos que resolverlo.

—¿Y qué crees que haría Roberto? ¿Qué puede hacer él? En cuanto a Guillermo, lo aplastaría por completo.

—Tal vez sea mejor que él afronte las cosas ahora, cuando todavía no se han agravado, y no después, cuando el golpe será necesariamente más duro. Sé bien que sufrirá mucho; pero la vida consiste precisamente en sobreponerse a los choques con la realidad.

—¿Podrías *tú* aguantar un choque semejante?

Mi pregunta debió desconcertarla, pero no lo dejó traslucir.

—Bueno..., nunca se sabe, hasta que se ha hecho la prueba; pero yo procuraría acomodarme a las cosas como son. ¿Y usted qué piensa?

—Debes tener presente, Elena, que nuestra posición no es la de antes y que tu posición no es la que era, ni eres la misma mujer que eras antes. Antes eras enteramente independiente y auto-suficiente, pero ahora has dejado que tu vida se entremezcle con las de otras personas. Puedes pensar que sigues siendo independiente; pero la vida de esas otras personas depende de la tuya... como creo que tú dependes de Roberto.

—Tiene razón, doctor —me respondió después de meditar unos instantes—. Las cosas han cambiado, y yo he sido cambiada por las cosas. Estaba equivocada. Le prometo no decir una palabra.

Nos dedicamos entonces a hacer el plan de las vacaciones de Dolly y Guillermo.

Se abrió la puerta, y entró Guillermo como una tromba, como si llevara un parte de guerra. Detrás de él entró Roberto.

—¡Aquí está el medicamento! —exclamó Guillermo, sin aliento, alargándome una botella.

Sin decir palabra se arrodilló junto al lecho de Dolly. Su absurda impetuosidad iba mezclada con una ternura que me conmovió. Con mesurada dignidad, vertí en un vaso una dosis de la prescripción, que por cierto era un expectorante excelente.

De tiempo en tiempo recibíamos postales de los viajeros. La primera era de Boulogne-sur-Mer. Era una vista del dique, y decía en el anverso:

*Aquí hay un terrible olor a pescado.*

GUILLERMO.

Después llegó otra desde Ponte San Luigi, en la frontera de la Riviera francesa y la italiana:

*Hermoso lugar, pero la playa está llena de guijarros, que me lastiman los pies. Además, las rocas son resbaladizas, y hay algas espinosas. Hace una hora pisé una. Todavía estoy sacándome las espinas. Por supuesto, a Dolly no le preocupa nada de esto. Nada kilómetros y kilómetros mar adentro.*

*Hoy espero que me traiga algunas noticias de Túnez.*

GUILLERMO.

La siguiente venía de San Remo. La letra era de Dolly:

*Les escribo desde la cima del. Monte Bignone. Guillermo se descompuso en el funicular. El reposo me sienta bien. Guillermo parece un cangrejo quemado al sol. Se le está pelando la nariz.*

DOLLY.

Otra vista de Montecarlo, esta vez del Casino:

*Prometimos no arriesgar más de lo que podíamos. No cumplimos la promesa. Tampoco hicimos saltar la banca. La banca nos hizo saltar a nosotros. Manden dinero antes de que el dueño del hotel nos rompa la cabeza.*

GUILLERMO.

Hicimos un giro cablegráfico. A los pocos días, la respuesta:

*Gracias. Ésta vez doblamos nuestro capital. A París a gastarlo.*

GUILLERMO y DOLLY.

—¡Valiente reposo! —gruñí—. No hacen más que moverse como trompos.

—¿Y para qué sirven las vacaciones, sino para ir a muchos lugares y hacer muchas cosas? —replicó Elena—. Me alegro de que hayan ganado a la ruleta.

Al poco tiempo llegó una carta más larga de Guillermo, fechada en París:

*... Dolly me ha paseado por muchas partes, especialmente por el Louvre.*

*Tropezamos con unos antiguos conocidos de Elena (Janie y Edmundo), a los que trató cuando estaba en la Escuela 'de Bellas Artes o algo parecido. Dicen que son artistas.*

*Por supuesto, creyeron que Dolly era Elena, y no los desilusionamos; hubiera costado bastante explicárselo en pocas palabras, como ustedes imaginan. Dolly, por supuesto, los recordaba, y se portó como si hubiera sido Elena. Tuvimos algunas sesiones de bebida suave. A propósito, Dolly tendrá que internarse un par de días en un sanatorio de aquí.*

*Nada importante. Cuando salga, iremos a Versalles, a ver El Trianón...*

—¿Sanatorio? —pregunté frunciendo el ceño.

—No se preocupe —dijo Elena—. Probablemente son las consecuencias de las sesiones de bebida.

—Deberías contarme algo más de tu estancia en París, querida —comentó Roberto guiñándome un ojo.

Las cartas fueron espaciándose cada vez más. Recuerdo que me sentí bastante molesto porque Dolly no me dedicó ninguna personalmente, para informarme del estado de sus asuntos. Por fin, llegó una foto de la cúpula de los Inválidos, en la que estaban garrapateadas estas palabras:

*De regreso el jueves. Espérennos.*

GUILLERMO y DOLLY.

El jueves, yo estaba tan nervioso que me era imposible fijar la atención en nada. Por mucho que lo intentase, siempre recaía en la misma pregunta: «¿Se habrá consolado Dolly de la pérdida de Roberto?, ¿o el deseo de verlo y tenerlo junto a sí la seguirá royendo?». En pocas palabras, la pregunta era: «¿Habrá triunfado o no?».

Salí a dar un paseo por el campo, con la esperanza de que hubieran llegado para cuando yo regresase. No habían llegado. Sólo a la hora de la cena apareció la patrona en mi habitación, para avisarme que me llamaban por teléfono. Bajé.



Era Roberto, que me llamaba de su casa:

—¡Hola!... ¿Doctor?... Guillermo y Dolly acaban de llegar. Se quedan a cenar con nosotros. ¿Quiere acompañarnos?

—Acabo de cenar; pero si Elena quiere preparar algo de cacao...

—Ya lo ha preparado.

—Entonces voy en seguida.

—Le esperamos.

—¿Qué tal están Guillermo y Dolly?

—Muy bien, muy bien. Negros como carbones.

—Bueno. En seguida estoy allí. Hasta luego.

—Hasta luego.

Media hora después, estaba yo ante la puerta de la casa de Roberto, con el estómago apretado como un puño y la garganta agarrotada. Muchos de mis pacientes debieron de sentir la misma sensación cuando esperaban a la puerta de mi consultorio el veredicto sobre sus enfermedades. Ésta vez no era yo quien debía pronunciar el veredicto, sino algo independiente de mí y de todos nosotros: una fatalidad ciega e implacable.

Instantes después, atravesaba yo la puerta del comedor y me enfrentaba con mis compañeros de drama. Estaban sentados a la mesa, en plena comida. Mis ojos se dirigieron en primer término a Dolly, a la que pude distinguir de Elena por el bronceado del sol. Me sonrió. Me pareció que estaba mucho más animada que antes, y mi corazón se alborotó de júbilo. Pero su mirada no me transmitió el menor indicio que me permitiera descubrir qué pasaba en su interior. Sus pensamientos eran tan indescifrables como los de Elena en nuestro primer encuentro.

Mis ojos pasaron a buscar los de Elena. También ella sonrió al recibir mi mirada, pero su sonrisa era la de la esfinge. Roberto, según su costumbre, había cubierto su expresión con la careta de la no importancia. Sólo el rostro de Guillermo estaba abierto e irradiaba la satisfacción del encuentro, mezclada con algún desconcierto ante mi expresión reservada.

—¡Adelante, doctor, adelante!

Vacilé un momento todavía, lo cual hizo saltar a Guillermo de la silla, tomarme por un brazo y hacerme entrar a viva fuerza en el comedor.

—De veras que no voy a cenar —insistí—. Los espero junto a la chimenea.

No tardaron en reunírseme.

—¿Qué tal te sientes, Dolly? —le pregunté, como dándole una oportunidad de significarme lo que realmente nos importaba.

—Lo mejor posible dentro de las circunstancias —respondió—. Y las circunstancias son un marido demente, una hermana melliza perversa y un médico de cabecera inhumano...

—¿Y qué dices de tu cuñado? —preguntó Roberto.

Yo la estaba observando intensamente en ese instante, y me pareció que la pregunta la hacía vacilar, como tomándola desprevenida.

—Tú..., tú eres tan bueno, tan bueno que ni existes siquiera —respondió tranquilamente, y pareció concentrarse en elegir un cigarrillo de su cigarrera.

—Lo que me encanta de mis amigos —dije para distraer la atención— es su franqueza. Son tan abiertos de mente, de corazón y de mano, que estoy seguro de que me abrirían la trampa bajo los pies, si estuviera en la horca con la soga puesta al cuello.

Mi salida provocó una carcajada y la conversación se generalizó.

Guillermo y Dolly hicieron un relato detallado y muy gracioso de sus peripecias en la Riviera y en París, entre los bohemios.

—Vuestra decisión de volver nos pareció un poco brusca —observó Roberto.

—Dolly se sentía mucho mejor; parecía enteramente repuesta —respondió Guillermo—, y yo estaba ya harto de vagancia y muerto de ganas de comenzar de nuevo con nuestro trabajo atómico. De modo que decidimos volver para que el doctor la examinase y dijese si ya estaba en condiciones.

—Lo dudo mucho —intervine—, porque yo recomendé aire libre y reposo y no borracheras y trasnochadas con bohemios. La voy a examinar, si es que todavía queda algo de sistema nervioso que examinar. Vamos, Dolly.

Cuando estuvimos a solas en el dormitorio, después de cerrar la puerta, le dije sin rodeos:

—Bueno, hija mía, dime *cómo* han ido las cosas. ¿Dio algún resultado la separación?

La expresión de alegría que Dolly había mantenido durante la conversación anterior, se deshizo como la escarcha bajo los rayos del sol. Sus ojos se volvieron opacos e inescrutables. Se sentó en el borde de la cama y comenzó a hablar.

—Bueno..., si usted quiere saber por qué volvimos tan pronto, le diré que fui yo la que persuadí a Guillermo. Por supuesto que no directamente, sino influyendo sobre sus sentimientos, dejando caer una palabra ahora y una frase después. Estoy convirtiéndome en una actriz consumada. Mi hambre de ver nuevamente a Roberto se estaba volviendo ya obsesiva.

—¡Dios santo! —exclamé lleno de compasión.

—No se lamente, doctor; yo he dejado ya de preocuparme. Ahora puedo controlar la situación. He llegado a un punto de equilibrio; muy inestable, es cierto; como el de una piedra movediza; pero al menos tengo un fundamento y no siento, como antes, que estoy caminando sobre hielo quebradizo que cruje bajo mis pies.

—¿Qué fundamento?

—Un mero arreglo: ver a Roberto todos los días, pero vivir con Guillermo. Es

verdad lo que le dije antes: que he llegado a un equilibrio entre los dos. Mi cariño por Guillermo es muy grande, ha crecido constantemente. Pero este afecto no es suficiente. Si durante el día puedo llenar mis ojos y mis oídos con las palabras y la imagen de Roberto, durante la noche podré transferir mi amor por él a Guillermo.

Por supuesto que es sólo una trampa de la imaginación, pero no es tan despreciable como pudiera creerse, y rinde bastante. Se trata simplemente de vivir una vida de sueño. Le aseguro que no es del todo desagradable.

—Me parece una vida bastante pobre, de todos modos.

—Pero es lo más que puedo hacer por Guillermo.

Una brusca oleada de compasión me anegó. Cualquier mujer enfrentada con una situación tal que la privase de la mejor parte de su vida, se hubiera rebelado contra el destino estúpido que sólo permite cuidar las apariencias.

Me senté junto a Dolly y puse mi brazo sobre sus hombros, en un triste intento de confortarla.

—¡Pobre chiquilla! Nosotros somos los culpables de tu absurda situación, y yo más que ninguno. Una persona de mi experiencia y de mi edad hubiera debido...

—No se culpe, doctor. Yo misma me eché esto sobre las espaldas. No olvide que yo era Elena y que acepté. Volvería a aceptar aun ahora, con tal de evitarle a Guillermo su sufrimiento. Yo soy más fuerte y puedo soportarlo mejor. Él hubiera sido abrumado, y la ciencia, la humanidad y nosotros mismos seríamos los perjudicados. Ahora está libre interiormente para terminar su investigación. Yo no valgo nada. Yo no puedo hacer nada por la humanidad. Ésta es mi única forma de cooperar.

—Gracias, Dolly —fue lo único que logré articular—. Todo lo que haces por Guillermo, lo haces también por mí. En cuanto a la humanidad, le das un ejemplo que ella podrá imitar algún día, si es que yo puedo alguna vez revelar esta historia.

—Usted es un romántico, doctor —me contestó con una sonrisa tristonosa—. Lo que tiene que hacer ahora es inventar una buena historia para contarla abajo y convencer a todos de que estoy perfectamente.

—¿De veras te sientes bien?

—Le aseguro que sí; podría caminar sobre las manos si usted me lo pidiera.

Bajamos y yo recité mi cuento, y todos parecieron satisfechos y alegres. Después de la ordinaria sesión de chanzas y agudezas del grupo femenino contra el masculino, la asamblea se dividió en dos sectores: Guillermo y Roberto se sumergieron en los detalles técnicos de su trabajo, y los tres restantes hicimos planes para el manejo del reproductor.

Durante las semanas siguientes continuaron llegando maquinarias. Al ser descargadas, Guillermo y Roberto las acoplaban al nuevo monstruo nacido de sus cerebros, que cada vez iba adquiriendo un aspecto más fabuloso.

Nuestra instalación eléctrica fue triplicada. Nuevos cables se tendieron en la «cueva».

Guillermo nos explicó algo acerca de que los nuevos experimentos necesitaban un aumento de energía eléctrica respecto de la usada para el reproductor, porque éste funcionaba con la energía existente, mientras que el nuevo monstruo tenía que crear su propia fuerza: una corriente alterna de voltaje tremendamente alto.

Ésta máquina no era un producto ni una fabricadora de productos; era simplemente un aparato experimental destinado a comprobar en la práctica las nuevas teorías de Guillermo, quien sostenía que las enormes pilas atómicas, de muy escasa capacidad productiva en proporción con su tamaño y costo, eran totalmente innecesarias.

En vez de absorber los electrones libres que no habían dado en el blanco del elemento en desintegración, como los absorben las pilas corrientes, Guillermo quería «desatar» esos electrones libres y transformarlos de proyectiles compactos y penetrantes en energía libre pero inocua, mediante una especie de inversión del principio usado en el reproductor. Ésta transformación (no se cansaba de decirlo) podría realizarse mediante un equipo no mayor que una caja de lápices, si se podía primeramente comprobar y experimentar la teoría y medir con exactitud el efecto.

Roberto se había hecho cargo de la fundamentación matemática del proyecto, y la revisaba una y otra vez.

En privado le pregunté qué pensaba él del proyecto.

—Bueno —me respondió—, como todas las ideas de Guillermo, es bastante sólida en teoría; no hay nada que se le pueda oponer para demostrar que es imposible o impracticable. Pero esto no basta para formarse una opinión sobre el sistema mismo. Sólo cuando se intenta llevar la teoría a la práctica, aparecen las dificultades que antes habían permanecido ocultas: procesos completamente nuevos, que habría sido imposible prever o imaginar. A veces resulta que estos efectos secundarios pasan a ser más importantes que el problema inicial. La historia de la física está llena de ejemplos. En resumen: lo de Guillermo es una idea maravillosa, y espero que resulte; pero me parece demasiado complicada. Tenemos que guarnecer con un nuevo tipo de arneses una de las bestias más violentas conocidas por la humanidad. Hemos de cuidarnos de que los arneses no se desajusten y que el animal no nos cocee en la dirección menos pensada.

Siguieron tres meses de felicidad, durante los cuales trabajamos satisfechos y alegres, sin sospechar que estábamos trabajando para nuestra propia destrucción.

Dolly parecía emocionalmente sosegada, como si en efecto hubiera podido resignarse al antinatural equilibrio que había preconizado. Entre nosotros había nacido un profundo cariño y comprensión; pero ni ella se adelantó a hacerme nuevas confianzas, ni las busqué yo tampoco. En cuanto a nuestro trabajo con el

reproductor, puedo decir que seguía siendo para mí tan apasionante y pleno de sentido como el primer día. Qué significaba exactamente para Elena y Dolly, es algo que yo no sabría decir.

Pero nuestro trabajo quedó interrumpido el día en que Roberto y Guillermo decidieron hacer su primera experiencia en gran escala, con el «absorbedor», como lo había bautizado Guillermo.

Roberto fue el que más insistió en sacarnos a todos de la «cueva».

—Tienen que retirarse a una distancia segura. Por distancia segura entiendo por lo menos el pueblo. Así que lárquense.

—Es absolutamente innecesario —nos explicó Guillermo—; no puede haber ninguna discrepancia entre mi teoría y la práctica. Pero ustedes saben cómo es Roberto: miedoso y desconfiado.

—Que él haga lo que quiera —dijo Dolly—; pero tú eres mi esposo y eres el instigador de esta maquinita..., y yo quiero quedarme y verla explotar.

—Mi lugar es también junto a mi esposo —afirmó Elena—. Hagamos causa común, Dolly. No nos dejemos echar de aquí. Ambas se estrecharon las manos con aire teatral.

—Una fuerza irresistible contra objetos inmóviles —comenté, divertido—. Vamos a ver qué resulta de esto.

—El resultado es bastante lógico e inevitable, doctor —dijo Roberto—. Gana la fuerza. Pero, por triste que sea, no es la fuerza mental o moral la que triunfa en casos como éste, sino la mera fuerza física.

Hizo un movimiento rápido y tomó a Elena de un brazo. Ella se desasíó con igual rapidez, riendo alegremente. Pero Roberto salió detrás de ella y logró tomarla por el extremo de los cabellos. Volvió a sujetarla y la atrajo con fuerza hacia sí. Elena seguía riéndose y se resistía con eficacia. Roberto la mantenía agarrada, pero era evidente en la contracción de sus músculos el esfuerzo que le costaba retenerla.

Como yo había advertido otras veces, Elena estaba dotada de una fuerza física que nunca se hubiera sospechado, dada su gracia y esbeltez.

Mientras estaban así los dos entrelazados, ella levantó de pronto su mirada sonriente y la fijó en el rostro de Roberto. La rígida expresión de éste se ablandó, se hizo tierna... El muchacho inclinó la cabeza para besarla, pero ella se le adelantó acercando su boca y besándolo con pasión. En otras circunstancias me hubiera sentido molesto al presenciar un beso tan ardiente como éste; pero, tratándose de Elena y Roberto, me pareció tan natural como si fuera un primer plano cinematográfico.

—A las mujeres les gusta que las traten con rudeza —comentó Guillermo—. Quisiera poder manejar a Dolly de ese modo.

—Puedes intentarlo, querido... —dijo Dolly con perversa dulzura.

—Dejémoslo para otro día —respondió Guillermo—. Quisiera conservar mis ojos para ver la experiencia.

—¿Vas a ser buena? —preguntó Roberto, asiendo aún estrechamente a Elena.

—Siempre lo soy.

—Quiero decir si te irás tranquila.

—Por supuesto que no.

—En ese caso, tendré que atarte.

La hizo girar. Con la mano derecha la tomó por los dos pulgares. Buscó luego con la izquierda un trozo de cable eléctrico, de los que estaban tirados en el suelo, y le ató fuertemente las muñecas. Una vez atadas las muñecas, la tendió boca abajo sobre un cajón de embalaje e intentó atarle los tobillos. No le fue fácil, porque ella pataleaba y lo golpeaba con todas sus fuerzas. La cargó entonces sobre un hombro, como si fuera un paquete, y salió con ella hacia el auto. Elena se despidió de nosotros con solemnidad:

—Tengan ustedes muy buenos días.

A través de la ventana observamos cómo la depositaba en el coche.

—No es difícil, cuando uno sabe cómo hacerlo —comentó Guillermo.

—Me parece que se entregó demasiado fácilmente —dijo Dolly.

Guillermo carraspeó, y yo me sonreí. Roberto entró de nuevo.

—¿Quisieras acompañar a Elena, Dolly? —preguntó amablemente—. El doctor las puede llevar hasta casa.

—Lo siento —respondió Dolly sonriendo—. Me quedo aquí.

Roberto consultó a Guillermo con una mirada.

—No me mires —respondió éste—. Yo sé quién terminaría atado. Y no sería Dolly.

—Escúchame. ¿Tú quieres de veras que hagamos hoy las pruebas de nuestro aparato?

—Sí.

—Pues las chicas tendrán que estar lejos, o de lo contrario no permitiré tales pruebas. Hablo en serio.

—Tienes mi autorización para sacar de aquí a mi mujer, por el método que juzgues conveniente.

—¿Todavía te niegas? —preguntó Roberto, mirando fijamente a Dolly.

Dolly sostuvo su mirada, sonriendo siempre y con los brazos cruzados.

—Lo lamento; es ridículo, pero no hay otro remedio —dijo Roberto, y la asió.

Ella se debatió para escapar; logró soltar una mano; él se vio obligado a abrazarla estrechamente. De pronto, la sonrisa de ella se borró, dando lugar a una expresión extraña. Dolly cesó de resistirse.

Roberto apartó rápidamente las manos y retrocedió un paso.

—Lo... siento... ¿Te lastimé?

Ella bajó la cabeza y la sacudió negativamente.

—No, no es nada... Ya me voy.

Giró y se dirigió al coche. Roberto se quedó de pie donde estaba, mirándola con embarazo.

Guillermo no supo qué decir. Me miró, miró a Dolly que se alejaba, miró a Roberto y volvió a mirarme.

—¿Qué raro que se haya entregado sin resistir!... —dijo al fin—. ¿Qué habrá sido, doctor?... ¿una victoria moral?

—Maldito si lo sé —respondí, aunque comenzaba a comprender.

—Voy a ver si le pasa algo —murmuró.

Roberto me miró y apartó en seguida la vista, fingiendo concentrarse en la parte del absorbedor que tenía más cerca.

—Por favor, llévelas a mi casa, doctor —dijo sin mirarme—. Yo le avisaré por teléfono cuando todo haya terminado.

—Bien —respondí—. Buena suerte.

—Gracias.

Salí hacia el coche.

Dolly trataba de convencer a Guillermo de que ella estaba mejor que nunca.

—No te preocupes, querido. De pronto me convencí de las ventajas del pacifismo. Adiós, y ten cuidado.

Lo besó fuertemente en los labios, y él se tranquilizó de inmediato.

—Hasta pronto. Ya les avisaremos.

—Suéltense de una vez —gritó Elena, atada todavía e impaciente.

—Espera un poco —le respondí.

Ayudé a Dolly a subir. Puse en marcha el coche en dirección al pueblo. Poco después, detrás de mí, una voz que tanto podía ser la de Elena como la de Dolly, dijo tiernamente:

—Estás temblando, querida. ¿Te pasa algo?

Miré hacia atrás. Dolly intentaba desatar a Elena, sin mucho éxito aparente.

Elena la contemplaba con desconcierto. Detuve el coche. Me acerqué para ayudar a Dolly, que estaba temblando y haciendo evidentes esfuerzos para no llorar. Desaté a Elena. Ésta inmediatamente abrazó a Dolly, que hundió la cabeza en su regazo y comenzó a llorar en silencio. Elena me interrogó con una mirada.

—Roberto ha tenido que abrazarla —le expliqué—. Parece que eso la ha trastornado.

Elena murmuró unas palabras de compasión y abrazó más estrechamente a Dolly.

Miré a mi alrededor sin saber qué hacer. Vi con satisfacción que no había nadie a la vista. No me habría gustado encontrarme con testigos. Pero Dolly, con la ayuda de

Elena, no tardó en recobrar su aplomo.

—Disculpe, doctor —dijo sorbiendo las lágrimas—. Sigamos.

Cuando llegamos a la casa, Elena hizo sentar a Dolly en uno de los grandes sillones y, con el ceño fruncido, comenzó a recorrer la habitación a grandes pasos.

—Tenemos que buscar un arreglo a esta situación —dijo por fin.

—No hace falta —respondió Dolly—. Yo ya había logrado un arreglo por mi cuenta.

Lo de hoy es un accidente que ha roto el equilibrio. Cuando Roberto me abrazó, su contacto, que para mí era sólo un recuerdo vago, me trastornó. Era algo demasiado intenso que no pude dominar. Sentí un impulso feroz de estrecharlo a mi vez; pero me sentí desfallecer, y sólo tuve fuerzas para alejarme.

—Estuviste magnífica, Dolly —dije.

—Ya sé que es magnífica —dijo Elena—. Por eso mismo no merece esto. Tenemos que buscar una solución.

—Es un callejón sin salida, Elena. Lo hemos explorado de una punta a la otra.

Guillermo es la pared al extremo del callejón.

—No hable así, doctor —replicó Dolly—. Guillermo es la razón, la causa de mi existencia. Todo lo que me da la vida se lo debo a Guillermo. Nadie, ni siquiera Roberto, podría ser más cariñoso y amante de lo que él es. No puedo abandonarlo jamás, por ningún motivo. Antes prefiero la muerte.

—No hables de ese modo —le dije.

—¿De qué arreglo hablabas, Dolly? —preguntó Elena.

Dolly se lo explicó someramente. Elena la escuchó con profunda atención, y al final se quedó reflexionando en silencio.

Luego murmuró:

—Pero, Dolly, ¿no crees que el tiempo puede romper el equilibrio, inclinándote cada vez más hacia uno de los dos?

—Podré amar a Guillermo mucho más de lo que lo amo ahora. Estoy segura de que él significa más para mí cada día que pasa. Pero sé también que jamás significará tanto como Roberto. Amo a este hombre con todo mi corazón. Mi gran miedo es que algún día él llegue a sospecharlo.

—Hace mucho tiempo que lo sospechaba —dijo una voz a nuestras espaldas.

Era la voz de Roberto.

Los tres nos volvimos, sobresaltados. Roberto estaba en la habitación, junto a la puerta. Cuánto tiempo llevaba allí dentro, no lo sabíamos. No lo habíamos oído entrar. Estábamos tan abstraídos que ni siquiera habíamos oído detenerse el coche.

Roberto avanzó, muy perplejo, al centro de la habitación.

—Es bien desagradable, ¿verdad? —dijo con voz triste, hundiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.



—Te quedas corto —le respondí—. Es intolerable. ¿Cuánto tiempo hace que lo sabías?

—Pues..., sin lugar a dudas, hace una hora, cuando... Bueno, ustedes saben lo que pasó allí —con un gesto señaló a través de la ventana la «cueva», que se recortaba brillante contra el horizonte en la limpia atmósfera de la mañana—. Pero lo sospechaba desde hacía mucho tiempo. Cómo demonios no tuve en cuenta desde el primer instante la posibilidad, es algo que no alcanzo a explicarme. Luego, durante los tres meses que hicimos esperar a Guillermo para ver si estaba seguro de lo que quería, se me ocurrió que era la consecuencia lógica.

—Entonces, ¡por amor de Dios!, ¿cómo no nos dijiste nada o se lo advertiste a Guillermo? —exclamé yo.

Roberto se encogió de hombros, con desaliento.

—En primer lugar, porque le había dado mi palabra a Guillermo, y porque yo odio faltar a mi palabra. Pensé que a Guillermo se le debía de haber ocurrido también esa posibilidad y que tendría sus razones para descartarla. Recuerdo lo que dijo acerca de que la melliza de Elena viviría una vida enteramente nueva desde el momento de su nacimiento y que sería una persona absolutamente distinta.

Dolly suspiró tristemente.

Yo recordé entonces las veces que había visto a Roberto preocupado y caviloso, y me había preguntado a mí mismo qué le pasaría. Ahora comprendía. Comprendía también su reserva para con Dolly desde el primer momento, cuando insistía en tratarla como una amistad reciente y la mantenía a cierta distancia. Temía avances comprometedores por parte de ella.

—Otra razón —prosiguió Roberto— fue la esperanza de que el experimento fracasase, de que Guillermo no consiguiera traer a la vida un duplicado de Elena.

Pese a toda la teoría y a las pruebas que habíamos hecho, me seguía pareciendo imposible. Yo confiaba en alguna intervención divina. Veo ahora que debía haber intervenido. No lo hice, y ahora soy el más culpable de todos.

—Ésa acusación —dije yo— nos la hemos hecho todos a nosotros mismos, uno después de otro. Ya es hora de que aceptemos la culpa y nos olvidemos de ella de una vez. Lo que debemos hacer ahora es plantear las cosas claramente a Guillermo.

—¡No! —exclamó Dolly.

—¡No! —repitió Roberto como un eco—. Eso no remediaría la situación de ninguno de nosotros, y sólo apesadumbraría a Guillermo.

—Entonces —argüí— estamos encerrados y sin salida.

Siguió un momento de silencio, durante el cual cada uno se concentró en sus propios pensamientos.

Sonó el teléfono. Roberto corrió a atenderlo.

—¡Hola!... Sí, soy yo... No, todavía no lo he podido encontrar... Sí, ya sé que es

urgente... Será cuestión de un momento; espérame.

Le interrogué con la mirada.

—Es Guillermo —respondió.

—¿Guillermo? ¿No le habrás contado por qué has venido?

—No, no... Yo vine porque las cosas no iban bien. Cuando empezó a pasar la corriente, se produjo un circuito inverso que no me gustó. Guillermo dijo que no tenía importancia, que no afectaba para nada el circuito principal. Ya saben cómo es él. Pero a mí me gusta saber lo que estoy haciendo. Me acordé de que Fermi describe en alguna parte un efecto semejante, y de que yo lo había anotado. Mi cuaderno de notas está aquí, en mi escritorio. Le dije a Guillermo que esperase un momento mientras yo venía en su auto a buscar el cuaderno. Ahora pregunta qué diablos estoy haciendo y por qué no regreso.

—Entonces, más vale que busques el cuaderno y vuelvas cuanto antes. Ya sabes lo impaciente que es.

—Tiene usted razón... —respondió irresoluto, mirando a Dolly y luego a su esposa—. Pero todo esto...

—Me parece que no podemos hacer nada por el momento. Las cosas deben seguir como están —respondí.

Él hizo un ruido gutural que podía interpretarse tanto como por sí como por no.

Vi que se acercaba a Elena, la besaba suavemente en la mejilla, hacía lo mismo con Dolly, anonadada aún, y luego desaparecía por la puerta.

Fue un fogonazo de luz blanquísima que borró las formas de todo objeto visible.

Parecía que el Sol hubiera caído sobre la Tierra. Fue tan intensamente deslumbrante, que ni siquiera se pudo ver de dónde provenía. Pareció salir de todas partes y envolverlo a uno, penetrando hasta el cerebro por el nervio óptico. Apareció y desapareció antes de que yo pudiera cerrar los ojos para protegerme contra su efecto; pero el aturdimiento que me produjo lo tengo tan presente hoy como entonces.

Fuera, suspendido en el aire, se veía un inmenso hongo de humo blanco, que se levantaba cientos de metros sobre el suelo y cuya base parecía salir de las profundidades de la tierra.

Y luego la explosión llegó hasta nosotros. Retrocedí trastabillando. Como corriendo veloz tras el primer estampido, llegó el estruendo de un trueno, tan poderoso que lo sentí con todo mi cuerpo más que oírlo: me atravesó haciendo entrechocarse todos mis huesos. Me sentí levantado por el aire, y fui a caer, sobre mis manos y pies, al otro extremo de la habitación, chocando con toda suerte de objetos que se vinieron al suelo conmigo.

Permanecí como había caído, durante algún tiempo, tembloroso y jadeante, tratando de estabilizar mi mente. El trueno pasó sobre mí y desapareció a lo lejos.

Siguió un lapso de silencio casi total, interrumpido sólo por el chasquido de

algunos trozos del techo que se desprendían, o de algunos vidrios de la ventana que seguían cayendo. Abrí los ojos, pero no pude ver nada. El pavor de pensar que tal vez había perdido la vista para siempre me sobrecogió de espanto.

Luego, para infinito alivio mío, comenzaron a destacarse en la oscuridad los perfiles de las cosas. Pude ver a Roberto, tendido junto a la puerta y en medio de los pedazos desprendidos del techo; la alfombra proyectada contra la pared, como un tapiz que acabase de desprenderse; la mesita aplastada contra la chimenea, y todo el piso sembrado por el vidrio pulverizado que se semejaba a diamantes.

El miedo por mí mismo se transformó en miedo por Roberto. Luego, a medida que fui recobrando la conciencia, temí por Elena y Dolly, a las que no podía divisar.

Me incorporé.

Vi que una de las dos mujeres se levantaba lentamente, con el vestido hecho harapos. Descubrí que era Elena. Dolly se incorporó en ese momento con la misma expresión de terror que debía de verse en mi rostro.

—¿Está usted bien, doctor? —preguntó Elena, acercándose y deteniéndose junto a mí.

—Sí —respondí, y ella me ayudó a levantarme.

Miré a Dolly y vi que ya se había levantado. Me aseguré que no estaba herida.

Los tres fuimos a ver a Roberto.

Gemía y temblaba cuando nos acercamos a él. La sangre manaba de alguna herida oculta entre sus cabellos. Había sido impelido de cabeza contra la puerta.

El sofá estaba derribado. Lo pusimos sobre sus patas y acostamos a Roberto en él. Dolly trajo agua. Elena consiguió unas vendas. Yo exploré la herida. Era grande, pero no profunda. Ninguno de nosotros pronunció palabra, pero hicimos cuanto era necesario, lo más rápidamente que pudimos. Roberto recobró el conocimiento antes de que termináramos, pero permaneció en silencio.

Dolly y yo lo dejamos con Elena. Sentí que lo sucedido era demasiado tremendo para comentarlo hasta que nos hubiéramos dado cuenta cabal de ello y hubiéramos reaccionado. Creo que todos sentimos lo mismo.

Volví a la ventana. Entre nosotros y el pueblo se veía una muralla de humo negro que se ensanchaba lentamente hacia los costados. A través de algunos desgarrones dejaba ver la campiña que se extendía detrás. No se veían señales de la «cueva», oculta por la nube, pero no tuve dudas de que había desaparecido por completo.

Y entonces, el dolor que había sentido en lo íntimo de mi alma y que había expulsado de mi conciencia por temor a que me impidiera pensar en otras cosas, se hizo sentir con toda su angustia.

Nunca volvería a ver a Guillermo, mi hijo adoptivo.

Su vitalidad, su ingenio, su inteligencia inquieta, su sensibilidad, su cariño añorado, su buen sentido y sus inmensos conocimientos, todas sus innumerables

fallas y virtudes, se habían disuelto por completo en aquella pared de humo. Donde su vida alegre y ansiosa se había movido pocos minutos antes, quedaba ahora la nada.

Una mano cálida y cariñosa se posó en la mía. Levanté la vista. Vi a Dolly junto a mí. Sus ojos estaban llenos de compasión y dolor.

—Lo hemos perdido, doctor —susurró, apretándome la mano.

Yo puse mi mano sobre sus hombros, gesto de solidaridad que se estaba haciendo automático en mí al tenerla cerca, y ambos nos quedamos contemplando la pared de humo, perdidos en nuestros pensamientos.

—Pero me alegro de que se haya ido feliz y sin enterarse de la realidad. No habría tardado en saberla.

Éstas palabras me hicieron recordar las penosas complicaciones que yo no había tenido en cuenta bajo el choque inicial de la pérdida de Guillermo. El equilibrio de Dolly entre Guillermo y Roberto había sido roto por el destino. Ahora Roberto la dominaría por completo. El absurdo geométrico del triángulo de cuatro lados se había cambiado en otro absurdo no menor: un triángulo de tres lados, dos de los cuales eran uno solo.

Miré a Elena y a Roberto, tendido éste aún en el sofá. Elena estaba acomodando los almohadones bajo la cabeza de su esposo, y se inclinaba para besar una parte de su cabeza que no estaba cubierta por la venda. Advertí que Dolly me apretaba la mano al ver mi mirada y comprender la dirección de mis pensamientos. Mi corazón se llenó de piedad por cada uno de los que estaban en la habitación.

Un mes después, paseaba yo por el campo sumido en la evocación de Guillermo.

Por mi mente desfilaban, una tras otra, escenas de su niñez, de su adolescencia, de mi vida con él en la vieja casa y de las vacaciones que él pasaba allí después de cada curso. Lo veía de niño, junto a mi sillón, consultándome sobre sus últimas lecturas, y de mayor esforzándose por explicarme alguna de sus abstrusas teorías de matemática o física atómica.

Me sentí una pieza de una inmensa máquina que hubiera sido armada únicamente para triturarme. Me preguntaba qué sentido tenía seguir viviendo, prestándome al juego en el que yo era sólo una pieza movida por manos ajenas.

Doblé por un estrecho sendero, y casi tropecé con Elena, que venía en dirección contraria.

—¿Por qué no toca la bocina en las curvas? —me preguntó.

Le pedí disculpas, prometí enmendarme, y le pregunté adonde iba.

—A ninguna parte en especial. Paseaba mis pensamientos, como solía decir Guillermo.

Sentí que era imposible escapar al recuerdo de Guillermo. De todos modos, me pareció más convincente intercambiar mis pensamientos con los de Elena, en vez de masticarlos a solas.

—¿Te molesta que te acompañe?

—Pero usted iba en sentido contrario...

—No llevaba dirección precisa. A cualquier punto que me dirija, siempre vuelvo al de partida.

Ella sonrió comprensivamente, pero no me preguntó nada. Comenzamos a caminar despacio el uno al lado del otro.

—¿Dónde está Dolly? —pregunté.

Desde el día de la tragedia, Elena y Dolly se habían vuelto inseparables. Como la «cueva» se había enteramente destruido y Dolly se había quedado sin hogar, Elena insistió en que fuera a vivir con ellos. Hasta el momento no las había visto nunca la una sin la otra. Hasta iban juntas a nadar en el río todas las mañanas, siguiendo la vieja costumbre de Elena. Cómo tomaba Roberto las cosas, era algo que yo no podía ni siquiera conjeturar.

De todos modos, por si mi presencia les causaba algún inconveniente, me había abstenido de aparecer por su casa todo lo que la urbanidad lo permitía.

—¿Dolly? —repitió Elena—. ¡Ah, sí! Sigue yendo a casa de los Matt y de los

Ferguson, para ayudarlos en lo que pueda. Insiste en ir sola.

Guillermo no había sido la única víctima de la explosión. Con él murieron dos agricultores que trabajaban en un campo vecino, Matt y Ferguson.

En su calidad de viuda del hombre directamente responsable de la explosión, Dolly había entablado relación inmediata con las familias de los muertos. Estaba tan afligida por los dos agricultores como los propios familiares.

—Supongo que tú has querido tomar al toro por las astas, Elena, al hacer que Dolly fuera a vivir con vosotros. No supondrás que ella...

Me interrumpió con una mirada acusadora, fría y dura como el granito. La dureza desapareció; pero la presión de su mano sobre mi brazo al detenerme, se mantuvo firme.

Llegamos a un cruce de caminos en el que había un tronco caído. Elena me llevó junto a él.

—Sentémonos —dijo—, y hablemos un poco de todo esto.

Nos sentamos de espaldas al camino. Ella comenzó el diálogo:

—Como usted bien acaba de decir, no espero de Dolly que presencie de cerca nuestra vida matrimonial y se quede tranquila ronroneando como un gato junto a la chimenea. Por otra parte, si la separo completamente y le quito toda oportunidad de ver y escuchar a Roberto, sé bien cómo me sentiría yo en su lugar. Y haría lo mismo que ella en esas circunstancias.

—¿Quieres decir... suicidio? —vacilé al pronunciar esta palabra que había llegado a odiar.

Ella asintió:

—Sí, suicidio. Ambas tenemos la misma abuela, ya sabe usted.

—Me lo temía —le respondí.

—Pero no creo que haya peligro —prosiguió Elena—. Le he dado esperanzas para que siga viviendo durante algún tiempo.

—¿Cómo?

—Le dije que con el tiempo podremos construir otro reproductor y solucionar el problema de un modo que era imposible mientras Guillermo vivía...

Se detuvo.

—Prosigue —la animé.

—Le dije que se podría hacer para ella un duplicado de Roberto.

—¡Santo cielo!

Mi mente vaciló ante las nuevas perspectivas de los acontecimientos. Al principio me pareció fantástico..., casi cómico, el despliegue de una idea tan absurda. Pero no podía decir que fuera imposible. De hecho, era la única solución imaginable. Sentí que me invadía un gran alivio.

—¡Magnífico! ¿Cómo no se me ocurrió antes?

—¡Lástima que no sea verdad, sino sólo un modo de ganar tiempo!

—¿Qué quieres decir? ¿Qué inconveniente hay? ¿Quieres decir que Roberto no se prestaría? Es ridículo, Elena... La vida de Dolly depende de ello...

—No se trata de eso, doctor. No es porque a Roberto no le guste la idea de un nuevo reproductor. Tiene sus escrúpulos de conciencia; pero lo que sucede es simplemente que aunque quisiera, no podría.

—¿Y por qué?

—Yo se lo propuse; pero resulta que él ignora muchas cosas acerca de la estructura y funcionamiento del reproductor. De hecho era un producto directo del cerebro maravilloso de Guillermo. El principio que lo fundamenta está en regiones muy por encima de la comprensión de Roberto. Dice Roberto que él no tuvo otro papel en la construcción de la máquina que el de actuar como mecánico de Guillermo.

Además, la mayor parte de la máquina fue instalada por el mismo Guillermo. Roberto dice que apenas sabría por dónde comenzar si quisiera construir una máquina nueva. Dice que ni en mil años podría encontrar de nuevo el sistema.

Mi corazón dio un vuelco y me sentí lleno de amargura.

—¿Y no hay ninguna otra persona capaz de hacerlo? —pregunté.

—Roberto dice que no. El mismo descubrimiento del principio fundamental fue uno de los «accidentes científicos» de Guillermo. Sería imposible repetirlo, aunque se lo intentase... Y otra cosa más: aunque supiéramos cómo construir la máquina, ignoramos el secreto de cómo Guillermo les infundía vida a las reproducciones de los seres.

—Creo que sé algo de eso —dije—, pero ciertamente no lo suficiente.

—Ya ve usted cuan imposible es.

—¿Y cuando Dolly se dé cuenta?... ¿Para qué ilusionarla con esperanzas falsas? ¿Para qué ganar tiempo?

—Para que cambie Roberto. Para que un monógamo nato, con todos los prejuicios de su clase, nos acepte a las dos en igualdad de condiciones.

Silbé por lo bajo, y comenté:

—A cualquier hombre normal le costaría decidirse..., ¡pero muchísimo más a Roberto!

—Ya lo sé. Él lo considera imposible.

—¿Ya se lo propusiste?

Entonces ella me relató la escena que ocurrió con Roberto en la alcoba, la primera noche que Dolly pasó en la casa, después del desastre. La referiré tan fielmente como mis recuerdos me lo permitan.

Roberto estaba en bata, sentado en el sillón, junto al fuego, cuando Elena entró después de dejar a Dolly en su dormitorio solitario.

Elena se acercó suavemente hasta él y se sentó sobre la alfombra, a sus pies. Él se inclinó, la abrazó y juntó su mejilla con la de ella. Juntos contemplaron las llamas movedizas.

Ella le preguntó con su franqueza habitual:

—¿Qué piensas hacer con Dolly, Roberto?

—¿Qué *puedo* hacer yo?

—Puedes..., *debes* aceptarnos a las dos. Es la única solución posible. No nos puedes considerar rivales. Nunca lo seremos. Estoy segura de que siempre podremos vivir libres de celos. Sé que uno nunca puede estar seguro de sus sentimientos futuros; pero no tienes que preocuparte de esto por ahora. No nos interpondremos la una a la otra. Después de todo, somos la misma y única persona.

No lo olvides.

—¡Pero yo no os veo como la misma y única persona! —protestó Roberto—. No sé hasta qué punto me engaño, pero para mí Dolly es una persona completamente distinta de ti. Tú eres la que yo quiero. Tú eres la que se casó conmigo. Tú eres la que pasó conmigo la luna de miel. Dolly, no. Ni siquiera existía entonces. Nosotros somos los que hemos vivido en esta casa, en esta habitación. Me parece que Dolly pide de mí unas cosas que...

—Dolly no ha pedido nada: soy yo la que pido para ella. Roberto, ¿no comprendes que todas esas experiencias, en nuestra luna de miel, en esta casa, en esta habitación, son tan reales para ella como para mí? Existen sólo como recuerdos, aun para nosotros, y *Dolly tiene vivos en sí esos recuerdos*. Lo que ella siente es que se vio forzada a vivir con Guillermo. ¿Y quién es responsable de esa interrupción?... Pues nosotros lo somos: tú y yo. Nunca nos detuvimos a pensarlo. Estamos en deuda con ella. La única solución es que los tres compartamos nuestras vidas, *sin distinción entre ella y yo*.

—Pero, Elena... —Roberto se detuvo, luchando con un punto de vista que no sabía cómo exponer.

—Querido —dijo Elena—. Comprendo lo duro que es para ti, pero nada tiene de extraño que mi hermana melliza continúe viviendo con nosotros. Ni siquiera los sirvientes tienen por qué sospechar nada. Dolly y yo podemos cambiar nuestra identidad cuando se nos ocurra. O, si lo prefieres, podemos irnos a vivir a un lugar más apartado.

Elena sintió que Roberto sudaba.

—El que lo mantengamos a ocultas no cambia para nada la naturaleza de los hechos —murmuró él—. Me es absolutamente imposible vivir con dos mujeres.

Simplemente no puedo. No serviría. Te quiero a ti. No podría evitar las distinciones.

No podría satisfacer a Dolly. No puedo dividir mi amor. La monogamia está en



mi misma sangre. No puedo ni imaginar otro modo de vivir. No serviría. Ninguno de nosotros sería feliz.

—Está bien, querido; pero tampoco podemos seguir viviendo de este modo. ¿Te imaginas cuáles son los pensamientos de Dolly? No se la puede dejar a solas, o la consecuencia es inevitable. Temo que tengamos que separarnos, Roberto. Me iré con Dolly, y dejaremos de causarte preocupaciones.

—¡No, Elena! ¡No, por favor! No podría vivir sin ti.

Roberto estaba en un estado de desgarradora desolación.

Elena lo rodeó con sus brazos y lo besó una y otra vez. Él le apretó el cuerpo, y ella le sintió estremecerse de miedo y desdicha, y vio que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Querido, no dudo que sería el infierno para nosotras estar lejos de ti... Yo te quiero con toda mi alma y siempre te querré.

—No me dejes —rogó él—. Dame un poco de tiempo y tal vez...

—Muy bien, querido, te esperaré. Pero desde esta noche dormiré con Dolly y en su habitación... No la puedo dejar sola.

Él no respondió en un primer momento. Se limitó a contemplar el fuego.

—Bueno... —logró decir finalmente, con incertidumbre.

Y la estrechó entre sus brazos, como si ése fuera el último abrazo.

Al día siguiente, Elena se mudó al cuarto de Dolly. Dolly la apostrofó y trató de disuadirla.

—No tiene ningún sentido que suframos las dos. No me ayuda en nada y tampoco a ti o a Roberto.

—Es sólo por unos días, y puede resultar mejor para todos. Roberto puede cambiar de opinión, siempre que lo dejemos a solas. Conmigo al lado, nunca cambiará.

—¿Jugabas sobre sus palabras «dame tiempo y verás?» —le pregunté a Elena cuando terminó su relato.

—Sí, pero vi que Dolly tenía tan poca fe en la solución como yo. De modo que traté de consolidar sus esperanzas con la idea de un nuevo reproductor... y otro Roberto. Ella se asió a esta idea. Yo le diría cualquier cosa para evitar que se sienta superflua y le dé por pensar en la solución evidente. Antes, era ella la que tenía que engañar y contentar a Guillermo. Ahora ha llegado para mí el turno de entretenerla a ella. Lo detesto, pero... ¡Roberto tiene que decidirse!

—De todos modos —respondí con súbita decisión—, tenemos que esforzarnos por conseguir lo que queremos de la vida. Yo hablaré a Roberto por mi parte. Veré si puedo persuadirle.

—Gracias, doctor. ¡Y ojalá que pueda hacerlo! Tengo que volver a casa. ¿Va en esa dirección?

—No, es demasiado temprano para la cena. Vagaré un rato y miraré la puesta del sol.

—Hasta pronto, entonces.

La seguí con la vista hasta que desapareció. Entonces volví a sumirme en mis tristes pensamientos. Pasaron varias personas junto a mí, a las que saludé mecánicamente, sin advertir siquiera quiénes eran. Pero la última decidió sacarme de mi abstracción.

No le fue difícil. Ante mí se detuvieron dos piernas de mujer, las más perfectas que he conocido. Levanté la vista y me encontré con Dolly, que me miraba sonriente.

—Buenas tardes, doctor... Pensando, ¿eh?

—Buenas tardes, Dolly... Sí, pensando.

—Es algo triste, por lo que veo... ¿Alguna dificultad?

—Nada que tú puedas resolver —respondí, resuelto a vigilar atentamente mis palabras para no caer en algún tema que pudiera llevarla a donde yo no quería—. ¿Qué tal estaban las señoras Ferguson y Matt?

Mi pregunta le interesó.

—La señora Ferguson no estaba en casa. Tendré que volver otra vez. La señora Matt está bastante resignada. Ambas parecen haberse sobrepuesto. Es terrible para mí. Me siento completamente impotente. El dinero no basta. No creo que me juzguen culpable de lo sucedido. Me consideran una viuda como ellas. Pero siento que su resentimiento contra Guillermo no es contra él como hombre, sino contra esos sabios inhumanos, a los que no les importa arrasar el mundo con tal de demostrar una teoría. Sin embargo, yo sé que Guillermo hubiera renunciado sin vacilar a su proyecto, si hubiera sospechado que podía dañar a un solo ser humano. Lo único que pasó es que confió demasiado en sí mismo. ¿Por qué, Dios mío, las gentes tendrán que herirse los unos a los otros, contra su voluntad?

—¿A mí me lo preguntas? Lo he pensado tanto que puedo darte de inmediato la respuesta a la que siempre llego: no lo sé.

—Sin embargo —me respondió con los ojos empañados—, tengo fe en que hay salida para todo, con tal de que uno aguante el tiempo suficiente. No se preocupe, doctor. Le prometo que las cosas cambiarán y que todo será diferente.

—¡Ojalá tengas razón! —le respondí, aunque sabía que no era así.

—¡Qué hermosa puesta de sol! —exclamó.

Y ambos permanecemos en silencio, contemplando el siempre antiguo y siempre nuevo espectáculo de un día que moría, para renacer *más* hermoso otra vez.

Eran más o menos las ocho cuando aquella tarde decidí hablar con Roberto.

Me abrió la sirvienta y me hizo pasar. Me pareció preocupada o dolorida por algo. No me dijo nada, pero comprendí la causa al ver a Roberto.

Estaba echado sobre un sofá, con los pies apoyados en una banqueta. Varias botellas estaban al alcance de su mano sobre una mesita. Su pipa, apagada y abandonada, estaba entre las botellas. Un cigarrillo pendía de sus labios. Sus ojos tenían el brillo intenso del alcoholizado al máximo. Le costó reconocermé.

—Pase, doctor; sírvase una copa. Es muy triste beber a solas.

Su voz era inusitadamente aguda.

Cerré cuidadosamente la puerta detrás de mí, arrimé una silla, me serví un vaso de whisky, y lo miré.

—No me mire así, doctor. No lo hago a menudo. Tengo derecho a una noche de vez en cuando, ¿no?

—Por supuesto, Roberto. Yo mismo siento ganas muchas veces.

—¿Y qué motivos de preocupación tiene *usted*?

—Uno, tú; otro, Elena; un tercero, Dolly.

—Vea, doctor; usted no tiene nada que hacer en esto. No es cosa suya..., ¿me entiende?

Había en su voz un inconfundible tono de histeria.

—Bueno, yo no diría tanto. ¿O te crees que eres el eje del mundo?

—¿Y usted piensa, como ellas, que no quiero asumir mi parte?

—Para averiguar eso he venido.

Alargó la mano, se sirvió otro vaso y comenzó a hablar en tono distinto, lleno de seriedad y desesperación a la vez.

—No es que no quiera, doctor. Sinceramente, es que *no puedo*.

—Es que esto es algo que sobrepasa tu idea de la moral y la mía, Roberto —le respondí—; es una cuestión de vida o muerte. Esto es lo positivo.

—Pero no sería vida... No se puede llamar vida a esa clase de existencia que mataría en nosotros todo el sentido de vivir. Sería la muerte de nuestro amor, la muerte de todo lo que hace a la vida digna de vivirse, según todos nosotros.

—Me parece que tomas todo esto demasiado a la tremenda.

—¿Y cree usted que no lo es? ¿Le parece que debería soltar una carcajada y cambiar toda mi naturaleza con un gesto de adiós..., y ser maldito por todos mis parientes y mis amigos, y la memoria de mi amigo Guillermo? No contento con mi

mujer, ¿debería también seducir a su viuda, sin darle importancia al asunto? ¿Usted cree que yo puedo hacer eso?

—Creo que sí, si fueras lo suficientemente *grande*...

—¿Grande? ¿A eso lo llama grande? Me parece que tiene usted una idea equivocada de la grandeza. Para mí eso sería hacer algo pequeño y vil.

Suspiré y sorbí mi whisky. Él tomó un gran trago del suyo.

—¿Dónde están las chicas? —pregunté.

—Bueno..., Dolly volvió a casa de la señora Ferguson. Está tomando las cosas en serio. Se ha echado encima el peso de la desgracia de esas dos mujeres. Todo lo que hace por ellas le parece poco... Elena se fue a su cuarto. La veo poco. Está casi siempre con Dolly. Piensa que todo depende de mí y que tengo que cambiar. ¡Nadie me entiende!

—Alguien te entendió...

—¿Quién?

—Guillermo.

Apuré la bebida que le quedaba en el vaso.

—Daría un millón por tenerlo de nuevo con nosotros, aunque no fuera más que por una hora.

—Yo estoy tratando de reemplazarlo. Te contaré lo que me dijo de ti una noche que estaba borracho.

Le repetí lo que Guillermo me había dicho acerca de su miedo al juicio general; la aceptación irreflexiva de las convenciones morales comunes, y otras cosas.

Trató de seguir mis palabras, luchando contra la cerrazón mental que el alcohol le provocaba.

—No, no —protestó finalmente—; no es tan sencillo. Ni siquiera Guillermo podría explicar mis sentimientos de este modo. ¡Un hombre tiene que tener sus principios!

Los míos pueden ser los de mis padres y los de la comunidad en que vivo, pero están sostenidos por un análisis personal. Mis principios son los de la civilización. La sociedad civilizada descansa sobre la confianza mutua y la fidelidad a la ley. Si cada uno se diera sus propias leyes, el mundo se disolvería en un caos de lujuria, envidia y crimen.

Me puse de pie.

—Roberto —le dije—; tú serías un soldado perfecto. Tu sentimiento del deber es exagerado hasta la morbosidad. Supongo que tu actitud te parece lógica en extremo y eficaz; pero tú podrías llegar más cerca de los hombres y conseguir más de ellos, tanto en trabajo como en respeto, si tuvieras algún defecto humano, como la tolerancia. De este modo, de vez en cuando, podrías hasta cerrar un poco los ojos a tu propia idea del deber.

Me fui sin darle tiempo a replicar. Estaba disgustado de mi vano esfuerzo por hablar a quien no quiere escuchar. Cuando llegué al vestíbulo, vacilé. Me acometió la idea de que no había cumplido nada de mi misión. Estaba aceptando la derrota con demasiada facilidad. Silbé un momento por lo bajo, y luego me dirigí a la escalera.

Algo había que yo debía hacer.

Me detuve delante de la puerta del dormitorio que Elena y Dolly compartían ahora. ¿Estaría ya dormida Elena? Empujé suavemente la puerta.

La luz eléctrica estaba encendida. Elena estaba sentada, vestida con una bata, delante de un pequeño secreter, y escribía activamente. Levantó la vista, me vio, y cubrió con el papel secante lo que estaba escribiendo.

—Buenas tardes, doctor. ¿Qué le trae por aquí?

—Se trata de Dolly —le respondí sin rodeos—. La encontré esta tarde, y no me gustó su estado; no por lo que me dijo, sino por cómo me lo dijo. Temo que se le haya ocurrido alguna idea absurda, como la de quitarse de en medio y dejar el campo libre para Roberto y para ti.

—No dudo de que haya considerado esa posibilidad. A mí también me parece una solución eficaz.

—No lo es, Elena. No te dejes arrastrar por tu maldito complejo de suicidio. ¿No te das cuenta de que es un error? Hay que continuar luchando. Además, el suicidio es inhumano. ¿Has pensado en los que quedan detrás?

—No. Pero de todos modos, hablábamos de Dolly. ¿A quién puede dejar detrás ella? Roberto no la quiere, y Guillermo ya no existe. Uno debe continuar luchando, sí, pero mientras hay esperanzas. Usted y yo sabemos que hay situaciones sin esperanzas y sin salida.

—Hablas de un modo contrario a tu sentimiento, Elena. Parece como si te gustara que ella se suicidase.

—No, doctor; pero es mi modo de afrontar las cosas.

—¡Elena!..., algunas veces eres inhumana.

Comencé a pasearme por delante de la chimenea. Elena me miraba con una sonrisa indescifrable. De pronto, una ráfaga de aire penetró por la ventana abierta, hizo volar los papeles y lanzó algunos hacia donde yo estaba. Al inclinarme para recogerlos, observé que ella, con ágil y rápido movimiento, se había puesto junto a mí y extendía la mano para recibirlos. Su interés me llamó la atención. No pude reprimir la curiosidad de mirarlos. Lo que vi escrito en el primero de ellos me hizo retenerlos y ocultarlos tras mi espalda.

—¡Vuelve a sentarte, Elena! —le ordené.

—No debe usted leerlos todavía. ¡Déme esos papeles!

—Cuando los haya leído; antes, no —le respondí con firmeza.

Ella comprendió que yo estaba determinado a hacer lo que decía, se encogió de

hombros, se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo.

Sin perder de vista sus movimientos, comencé a leer una carta, dirigida a mí.

Decía:

*Querido doctor:*

*En verdad no sé para qué me tomo la molestia de escribir esta carta. Tal vez sería mejor que nadie supiera jamás la verdad. Pero usted siempre fue suspicaz, doctor, y no quedará convencido de mi «accidente». Usted conoce como nadie mis antecedentes familiares y me conoce a mí misma.*

*Por lo tanto, para evitar que en el curso de futuras investigaciones usted revele algo de lo que sabe, le referiré las razones que me movieron a dar este paso, que quiero quede absolutamente oculto a todos, a Roberto más que a nadie.*

*Es evidente que si no hago esto ahora, Dolly se me adelantará. He tratado de demorarla con mis falsas esperanzas; pero no la podré engañar mucho tiempo más. Ella siente que todos sus motivos para vivir desaparecieron con la muerte de Guillermo. Siente que es una intrusa. Sé bien lo que haría yo si estuviera en su lugar apenas comprendiera que no queda ninguna esperanza.*

*Me siento responsable de su suerte, porque consentí en que se la trajese a la vida, sin calcular para nada cuál iba a ser su destino. Quiero que, en parte al menos, sea feliz como lo he sido yo. Sé que Roberto me extrañará al principio. Siento muchísimo tener que causarle a él ese dolor; pero poco a poco comprenderá que no he muerto, que sigo viviendo en Dolly. Únalos el uno al otro y hágalos comprender.*

*No sienta pena por mi, doctor. No me siento disconforme con mi suerte. He vivido y he tenido ratos buenos y ratos malos. Estoy en general satisfecha, aunque pienso que tal vez habría sido mejor para todos que usted no hubiera sido tan solícito con el lavaje estomacal que me hizo aquella vez. Pero ahora no tendrá ocasión para...*

Terminé de leer sintiendo que mis ojos estaban completamente humedecidos.

Miré a Elena, que fumaba tendida diagonalmente sobre la cama; escondí la mirada y comencé a arrojar al fuego las hojas que acababa de leer.

Sin saber qué responder, me acerqué a la cama y me senté a su lado.

—Escúchame, chiquilla. Te hablo con todo el corazón. Lo que te propones hacer es totalmente inútil. En vez de remediar las cosas, las complicarás mucho más. He hablado con Roberto. Es evidente que a vosotras os mira como a dos personas distintas y que siempre os seguirá mirando así. Tiene horror de «seducir a la viuda de Guillermo», como se obstina en llamarla. Si tú te eliminaras, veneraría tu memoria

para siempre y detestaría a Dolly, juzgándola culpable. Lo único que conseguirías es arruinarlo moralmente para toda la vida y dejar a Dolly peor de lo que está.

Elena había cesado de sonreír.

—Roberto está alcoholizado. No puede usted dar ningún valor a lo que él le dice.

—*In vino veritas...*, y es una gran verdad —le respondí—. No podrás sacar otra cosa de Roberto distinta de la que me acaba de decir.

—Pues bajemos y hablemos —replicó—. Quiero estar absolutamente segura de que usted no se equivoca.

—¡Un momento! Vamos a hablar con Roberto, sí, pero con dos condiciones. La primera es que *jamás* intentarás hacer nuevamente lo que tenías pensado. La segunda es que vigilarás y protegerás cuidadosamente a Dolly, para que nunca se le ocurra algo semejante.

—De acuerdo. Le prometo lo primero; pero en cuanto a lo segundo, ¿por qué cree usted que no me despego de Dolly desde hace un tiempo?; ¿por qué cree que le he mentado? Pues precisamente para apartarla de esas ideas. No me gustó que se fuera sola a casa de la señora Ferguson; pero no tuve otro remedio, porque se negó a que la acompañase. Me pregunto qué estará haciendo ahora.

—Si no vuelve pronto, la iré yo a buscar —le dije—. Esperemos veinte minutos más.

Elena bajó la escalera delante de mí. Roberto seguía despatarrado en el sillón, con la barbilla hundida en el pecho, los ojos cerrados y los brazos colgando. Elena se sentó en un brazo del sillón y le levantó la cabeza, apoyándosela contra su pecho.

Comenzó suavemente a alisarle el cabello y acariciarle la frente y las mejillas.

Roberto comenzó pronto a reaccionar y trató con visible esfuerzo de mantener los ojos abiertos.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esto? —preguntó con lengua estropajosa.

—Soy yo: Elena. Escúchame bien, querido. Soy Elena, pero también soy Dolly. Y Dolly es yo. Tienes que entender esto. Si una de nosotras desaparece, la que se queda es Elena. No puedes perder a Elena. Elena te quiere mucho.

Él intentó levantar la cabeza para mirarla al rostro, pero estaba demasiado borracho para conseguirlo.

—Estoy borracho... —dijo—, estoy completamente borracho. ¿Sabes por qué estoy borracho?... Porque pensé que si me emborrachaba, no me importaría que tú fueras Dolly... Pensé que bebiendo... no me importaría..., pero me *importa*.

Cerró los ojos y volvió a caer en la inconsciencia.

Elena se levantó, apoyó la cabeza de su esposo sobre el respaldo del sillón, y pasó por delante de mí.

Dolly estaba en la puerta de entrada, abierta todavía, y con el sombrero puesto aún. Evidentemente acababa de entrar.

Estaba muy pálida, pero parecía serena. Hasta sonreía débilmente. Entró, se quitó el sombrero, se arregló el cabello y dijo con voz tranquila:

—Nada mejor que conocer uno su situación.

Sentí que el corazón se me desgarraba de compasión por ella.

Encontré una botella con un poco de whisky y serví tres vasos. Roberto seguía inconsciente. Elena contemplaba a Dolly con infinita compasión.

—Toma un trago, Dolly. Después hablaremos arriba.

Bebimos los tres.

Elena se incorporó.

—Doctor —dijo—, le dejo encargado de Roberto, aunque me parece que lo mejor es dejarlo donde está. Vamos, Dolly.

—Sí, mamita —murmuró—. ¿Puedo darle un beso a papáito?

Se me acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, Dolly —le oprimí la mano y vi que estaba helada.

Cuando Elena pasó junto a mí, le susurré:

—¿Y tus promesas?

—Cuente con ellas —me respondió, susurrando también.

Las vi subir por la escalera.

Cubrí a Roberto con algunas ropas. Roncaba apaciblemente. Acerqué otro sillón a la chimenea, avivé el fuego y me senté. La puerta que daba a la escalera la dejé abierta para poder escuchar cualquier ruido inusitado. Iba a pasarme la noche allí.

Recuerdo que escuché sonar las cinco en el reloj.

Debió de ser poco después cuando pasé de la somnolencia al sueño profundo.

Me despertó el ruido de las pesadas cortinas que alguien recorría, y un rayo de sol que me dio en los ojos. Parpadeé y me levanté. La sirvienta andaba por el comedor, arreglando las botellas y los vasos.

—¿Qué hora es?

Busqué a Roberto con la mirada. Estaba exactamente en la misma posición en que lo había dejado la noche anterior, excepto que tenía la boca abierta.

—¿Se levantaron ya las señoras? —le pregunté a la sirvienta.

—Sí, señor; siempre van a nadar apenas amanece. Las vi pasar a las cinco y media, en dirección al río.

Una negra nube de intranquilidad se posó sobre mi alma.

—¿Y a qué hora suelen volver?

—Vuelven siempre antes de las siete y cuarto. Hay un buen camino de aquí al río. Pero no sé por qué tardan tanto hoy.

—Gracias.

Tiré de la ropa que cubría a Roberto y lo sacudí enérgicamente. Por fin se levantó,



lamiéndose los labios y agarrándose la cabeza.

—¡Mi cabeza! —exclamó.

Saqué el tubo de aspirinas que suelo llevar conmigo; puse tres en un vaso; las disolví, y se las hice tomar.

—Traga esto —le dije.

Me asomé a la ventana. No había un alma a la vista.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Roberto, mirándome borrosamente.

—Voy a buscar el auto. Prepárate para venir conmigo.

Pocos minutos después se reunió conmigo, cuando yo llegaba con el auto delante de la puerta. Lo hice subir y partí rápidamente en dirección al pueblo. El aire fresco despejó a Roberto.

—¿Quiere decirme adónde vamos?

—Estabas probablemente demasiado ebrio anoche para darte cuenta de lo que decías —le respondí.

Y le referí concisamente lo que había pasado y por qué me preocupaba la tardanza. Mis palabras le apesadumbraron. Traté de infundirle aliento, en la medida que me fue posible.

—No te preocupes. La mañana es muy agradable, y probablemente han alargado el baño. Pero quiero estar seguro.

Habíamos costeado el río durante un buen trecho. Ahora llegábamos a una curva, que era el lugar más cercano al farallón donde Elena solía bañarse. Dejamos el coche y corrimos a través del campo abierto y de la cortina de árboles que bordeaban la barranca y la ocultaban a la vista. Subimos y encontramos dos bultos de ropa femenina. Reconocí entre las diversas prendas las sandalias rojas de Dolly y la blusa amarilla de Elena.

El río se ensanchaba entre dos grandes peñascos, formando una piscina natural. Reconocí el lugar, porque Guillermo me lo había descrito en varias ocasiones. Miré por todas partes. No vi a nadie. Examiné el río, corriente arriba y corriente abajo, procurando atravesar con la vista la cortina de árboles que lo flanqueaba... Nadie. Fuera del bullir del agua, no se oía el menor ruido.

—Gritemos —dijo Roberto con voz temblorosa.

Gritamos los nombres de ambas. El eco los devolvió, pero no tuvimos respuesta.

—Roberto —ordené—, vamos a revisar las orillas; yo hacia la derecha y tú hacia la izquierda. Si encuentras algo, grítame.

Vuelve dentro de un cuarto de hora si no has encontrado ningún rastro que nos oriente.

Unos doscientos metros más abajo, abriéndome camino entre un juncal, llegué a una pequeña playa. Blanca, desnuda, tendida de espaldas, estaba Elena o Dolly. Su cabeza, su espalda y su pecho estaban inmóviles, pero el agua movía suavemente sus

piernas. Sus ojos estaban cerrados. Sus cabellos brillaban como oro. Junto a su cabeza, en la arena, se veía un manchón rojo.

La tomé por las axilas y la saqué cuidadosamente del agua. Respiraba débilmente. La giré y una bocanada de agua salió de su boca y nariz.

Presioné su torso. La froté vigorosamente. Su pulso se hizo más firme y la respiración más intensa. Al moverla, la herida de la cabeza dejó escapar más sangre.

Me detuve. Llamé a gritos a Roberto. Me respondió a lo lejos, y grité varias veces más, para indicarle dónde estaba.

Después de un momento, llegó junto a mí, abriéndose camino entre los juncos.

Se arrodilló junto a la muchacha, mirando ansiosamente su rostro.

—¿Está... viva? —murmuró.

—Sí, pero debemos apurarnos. ¿Encontraste algo al otro lado?

No me escuchó. Seguía escrutando el rostro de la muchacha.

—¿Es Elena? —preguntó—. ¿Es Elena?

—No lo sé —le respondí con brusquedad—. Lo averiguaremos después.

Escúchame...; ¿descubriste algo al otro lado?

—¿Cómo?... No... Lo recorrí completamente... No hay juncos... No hay nadie.

—Bueno. Ahora lleva a Elena hasta el coche y envuélvela con la manta de viaje.

Mantenia con la cabeza levantada. Voy a echar una mirada rápida por este lado. Te alcanzaré.

Escudriñé la orilla con desesperada rapidez, pero sin dejar ni un rincón donde pudiera estar escondido otro cuerpo. No encontré nada. Suspendí la búsqueda y corrí a través del campo hacia el coche.

Roberto había envuelto el cuerpo en la manta y lo mantenía erguido entre sus brazos. Me miró con ansiedad.

—Nada —le respondí secamente.

Corrí como un loco en dirección al hospital. A los diez minutos la dejaba en manos del doctor Hake, y yo me precipitaba al teléfono para avisar a la policía.

Encontré a Roberto paseando ante la sala de operaciones, pálido como un muerto.

Le dije que esperase y salí con los policías a continuar la búsqueda.

Cuando la encontramos, me alegré de que Roberto no hubiera venido con nosotros. Estaba enredada en los juncos del fondo del río, junto a los peñascos.

Cuando la arrancamos del fondo, traía adheridos todavía, como tentáculos, juncos y otras plantas acuáticas.

El doctor Hake me aseguró que la muchacha internada tenía posibilidades de salir adelante.

El cráneo estaba fracturado, pero la fractura no era mortal.

—Depende todo del esfuerzo que haga para sanarse —dijo—. No conviene decirle lo de la muerte de su hermana. No serviría de nada. Se querían mucho, ¿verdad?

—Sí —respondí—; ya sabe lo que pasa con los mellizos, cada uno es parte de la vida del otro.

—¿Y qué cree usted que habrá sucedido?

Yo tenía preparada la respuesta para la inevitable pregunta.

—Les gustaba mucho zambullirse desde la barranca. Era peligroso a causa de las rocas, pero precisamente esto era lo que más las atraía. Usted ya sabe cómo son.

Una de ellas debe de haberse zambullido con demasiada fuerza, y quedó probablemente agarrada entre las plantas del fondo. Al ver que no volvía a la superficie, la otra debe de haberse zambullido para buscarla. En la prisa calcularía mal y habrá golpeado contra una de las rocas. La corriente la arrastraría luego hasta el remanso. Lo milagroso es que no se haya ahogado.

—Sí, por cierto. Me pregunto cuál de las dos será. ¿No hay realmente ningún medio de distinguir las? Creo que no solían usar trajes de baño, ¿verdad?

—No; pero de todos modos no le serviría de mucho para reconocerlas. Dolly perdió todo su guardarropa en la explosión y usaba la ropa de su hermana.

—¡Qué situación increíble! Nunca he oído nada semejante. Sin embargo todo se aclarará, supongo, cuando vuelva en sí.

—¿Hay algún indicio?

—Hasta el *momento no*, pero no creo que tarde mucho. Roberto está junto a ella. Se ha negado a moverse de allí. Hace diez horas que no se separa de ella.

—Ya lo sé. Bueno, voy a comer algo. Volveré dentro de una hora.

Cuando regresé, Roberto estaba junto a la puerta de la habitación.

—No entre todavía, doctor. Tengo algo que decirle.

Roberto había desmejorado mucho en los últimos tiempos. Se veía envejecido y agotado. Pero ahora había en él indicios de una amargura nueva.

—¿Qué pasa? ¿Habló? ¿No estará... alterada?

—No, doctor; no está alterada pero ha perdido la memoria.

—¡Cómo! ¿No te reconoce?

—¡Oh!, me reconoce perfectamente. Se acuerda de usted, de Guillermo, de todos, hasta el momento en que se encontraba echada en el reproductor, esperando que comenzara el experimento. Lo último que recuerda es la campana bajando sobre ella, «como una campana sobre un bocadillo».

—¡Lo mismo que dijo cuando despertó de la duplicación! Se ve que se han identificado en ella las dos pérdidas de conocimiento. ¿Cómo puede ser?

—Usted conoce la teoría más aceptada sobre la pérdida de memoria —dijo lentamente Roberto—. Está reprimiendo subconscientemente todos los recuerdos desagradables de lo que siguió, porque sufrió mucho con ellos. Y esos recuerdos comienzan precisamente con la creación de Dolly.

—Bueno, puede que sea así; pero de todos modos no tiene importancia, con tal que en lo restante esté bien.

—¿No importa? ¿No ve que eso quiere decir que ella es probablemente Dolly, que es la que más sufrió, y la que necesita olvidar mucho más que Elena?

—Me parece que no estimas bastante la sensibilidad de Elena —le respondí algo secamente—. De todos modos, si fuera Dolly, ¿cómo podría recordar la primera parte del experimento?

—No olvide que ella comenzó a vivir con todos los recuerdos de Elena intactos. Es perfectamente posible que sea Dolly, y que recuerde la vida que no hizo, olvidándose en cambio de la que hizo.

—Bueno, supongamos que sea Dolly. ¿Qué pasa?

—Entonces, yo estaría en la situación opuesta.

—Supongo que de nada vale explicarte de nuevo cómo el exceso de conciencia lleva al mal —le dije—. De todos modos, la pérdida de la memoria puede ser sólo pasajera. Puede recobrarla por sí misma. Si no lo hace, podemos consultar un especialista; podemos darle una buena indicación del origen de la perturbación.

—Imposible —respondió Roberto abruptamente—. ¿Quiere usted hacer público que hemos creado la vida humana?... ¿y con este resultado? Otros podrían hacer lo mismo, y aun peor, con otro reproductor.

—No existe otro reproductor, y nadie lo podría fabricar. No creo que por ese lado debamos temer. No creamos la vida, sino simplemente la duplicamos. Además, los psiquiatras están obligados al secreto profesional.

—Yo no estaría tan seguro como usted...

—Bueno, ¡al diablo con tanta sutileza! Voy a ver a Elena.

El doctor Hake salió a una señal mía de que quería estar a solas con la enferma.

—Vaya despacio —me susurró al pasar junto a mí.

Me puse donde ella pudiera verme sin mover la cabeza.

—¡Qué suerte que le veo, doctor! Ahora podré enterarme a fondo de lo que sucede. Todos se comportan con tanto misterio, especialmente Roberto. El doctor,

que acaba de salir, me dijo que no me preocupara por mi hermana. ¿Resultó entonces bien el experimento? ¿Dónde está Guillermo? ¿Por qué tengo así la cabeza? ¡Por amor de Dios, doctor, dígame qué pasa!

Decidí que era peor dejarla en el estado en que estaba, con el riesgo pendiente de que poco a poco se fuera enterando de la verdad. Le conté pues la increíble historia sin callar detalle.

Le afectó mucho la muerte de Guillermo. La muerte de Dolly no le causó en cambio la menor emoción. No podía imaginarse para nada su existencia. La existencia de una persona distinta de uno mismo, y que sin embargo es uno mismo, es algo que excede la comprensión de cualquiera que no lo haya vivido. Le conté los escrúpulos de Roberto, y por qué dudaba en aceptarla como esposa.

—Y ahora tienes que hacer lo que yo te diga. Finge recobrar la memoria y recuerda *que tú eres Elena*. Es bastante probable, de todos modos. Si lo dices con convicción, Roberto te creerá, porque te supone incapaz de mentir. Además, él mismo busca desesperadamente una razón para creer. Dásela tú.

—Lo siento, doctor; pero quiero que Roberto me acepte por lo que soy y no por lo que pretendo ser. Hay cincuenta por ciento de posibilidades de que yo sea la mujer de Guillermo. Por supuesto que no dudo acerca de la moralidad de esto. Yo sé que Guillermo lo comprendería. Pero no me creo capaz de mentir durante toda mi vida a un hombre que, según usted afirma, me cree incapaz de mentir.

—¡Santo Dios! ¿Por qué empeñarse en complicar las cosas? ¿Es tan irrazonable lo que intento hacer comprender?

—¿Y no se da cuenta usted de que esto no tiene nada que ver con la razón? No podemos librarnos de nuestros sentimientos razonando. Yo soy una persona de identidad desconocida, y quiero que Roberto me acepte tal cual soy, sin pretender ninguna otra cosa. Si no lo puede hacer así, no hay nada que hacer, y a él no puede reprochársele nada.

En ese momento se abrió la puerta. Entró el doctor Hake, acompañado por Roberto y una enfermera. Ésta tomó la temperatura de la enferma y se mostró disgustada.

—Me parece que usted ha estado excitando a nuestra paciente, doctor —me dijo mi colega.

—Muy bien, Hake; me voy antes de que me eche. Trata de dormir, Elena; es demasiado tarde.

—Me veo obligado a pedirle también a usted que se retire, Roberto —dijo Hake—. La enfermera se quedará de guardia toda la noche. Mañana a primera hora puede volver, si lo desea. No quisiera que la enferma hablara una sola palabra más esta noche.

Roberto y yo salimos del hospital. En la acera, cuando me disponía a despedirme,

Roberto me propuso:

—¿No querría usted pasar la noche en mi casa, doctor? Estaremos solos.

—Por supuesto, Roberto —le acepté, con mucho más calor del que había mostrado últimamente para con él; en gran parte porque su soledad me inspiraba una gran compasión.

Caminamos un rato en silencio. De pronto Roberto comenzó a hablar, sorprendiéndome porque sus palabras parecían seguir el curso de mis pensamientos.

—Ya sé que usted piensa que yo soy esclavo de la tradición y de mi educación de clase. Pero no es así. Por ejemplo, cuando mi padre quiso que yo siguiera con los negocios de la familia, no le obedecí y me dediqué a la investigación.

—Hay muchos precedentes para actuar así, o de lo contrario no lo habrías hecho —le respondí—. Tu conducta en ese caso responde a la sección «Amor Propio», subtítulo «Independencia», de tu código moral. Otros de tu misma familia, en casos análogos, se hacen a la mar y fundan colonias. Todo es parte de la tradición.

—Es fácil ser cínico, doctor —me respondió con un fuerte dejo de amargura en su voz—. No estoy exhibiéndome. Procuró ser todo lo sincero que puedo. Usted se comporta conmigo con desdeñosa superioridad. Pero creo que usted no me conoce tanto como piensa.

—Lamento mucho si te he dado la impresión de que te menosprecio o no me interesas. Creo honestamente que tratas de ser sincero, pero no puedo sentir simpatía por una aplanadora que está a punto de destrozarse la vida de otra persona.

Y eso harás tú con Elena.

—¡No puedo hacer otra cosa! —gritó con un sollozo convulso.

Le palmeé la espalda, deseando consolarlo.

—Está bien, Roberto, está bien. Ya lo sé. Olvidemos el asunto.

—¡Olvidarlo! —exclamó con voz entrecortada—. Éste es mi último esfuerzo por hacerle a usted ver mi punto de vista. Usted no puede entender por qué Elena y Dolly me parecen enteramente distintas. Bueno, supongamos que el reproductor hubiera sido bastante grande para fabricar un duplicado de la catedral de Westminster, y que el original hubiera sido destruido por algún desastre... ¿Se engañaría usted?

—No lo sé —respondí.

—El material que compone las piedras, y las piedras mismas, o aun la estructura, no nos interesa. Lo que vale para nosotros es el valor sentimental que hemos puesto en esa masa. Se entra en el edificio, y el pasado de Inglaterra lo envuelve a uno con una presencia tangible. Si en cambio usted entrara en la catedral duplicada, sabría que esas piedras han sido creadas el día anterior.

Tendrían menos años que usted mismo. Las grandes figuras del pasado no habrían sabido nada de ellas. No podría usted tener ilusiones en un lugar como éste. Sería muy interesante contemplarlo; pero usted *no sentiría nada*.

—Carezco de tu reverencia por el pasado, pero veo adonde me llevas.

—Yo amo a Elena, no a su apariencia externa. A esa muchacha con la que pasé una maravillosa luna de miel y que desde aquel día vivió conmigo. A Dolly sólo la puedo mirar como una extraña; una mujer que compartió el lecho matrimonial con mi amigo; alguien con quien jamás tuve yo una charla íntima. Es la mujer de Guillermo, no la mía... Conozco todos los argumentos en contra de esto, doctor, pero no me hacen el menor efecto. Lo que siento no depende de la razón, y no puedo sentir de otro modo.

—Pues no tengo nada más que decirte —respondí con un suspiro—. He hecho todo lo que estaba en mi mano. Lo que ha de pasar está en manos de Dios.

No me contestó. Llegamos a la casa y nos fuimos cada uno a su cuarto, sin cenar. Él no había comido nada en todo el día.

A la mañana siguiente me avisaron que me llamaban por teléfono. Era una voz desconocida.

—¿Doctor Harvey?

—Sí... ¿Quién habla?

—Soy el inspector Downley.

—Buenos días, inspector. ¿Qué deseaba?

—Le hablo desde un teléfono público, cerca del laboratorio. Usted sabrá que todavía estamos investigando la explosión...

—Efectivamente.

—Bueno, acabamos de encontrar una caja de hierro enterrada entre los escombros. Era a prueba de incendio, pero el calor de esta explosión la ha fundido y ha estropeado casi todo lo que había dentro. Sin embargo, hay algunas cosas que debo entregarle a usted, como albacea del señor Leget. Son cartas privadas y cosas semejantes. Le advierto que están bastante chamuscadas...

—Muy bien; iré a buscarlas en seguida.

Minutos después llegaba al lugar donde había estado el laboratorio. Entre los fragmentos —pues no se los puede llamar escombros— se veía una caja de hierro, y junto a ella un pequeño montón de papeles. El inspector Downley vino a mi encuentro.

—Aquí tiene los papeles, doctor. Temo que no le sirvan para mucho.

—Muchas gracias.

Examiné los papeles. La mayoría de las cartas eran comerciales. Las dejé a un lado y me concentré en los cuadernos. Había tres que formaban el diario privado de Guillermo.

Las hojas estaban casi tan estropeadas, que era imposible muchas veces entender la enrevesada letra de Guillermo. Se veía que consideraba sus investigaciones científicas como una parte de su vida personal, porque eran frecuentes los

comentarios acerca de ellas, y hasta se veían fórmulas matemáticas.

Había frecuentes referencias a mi persona, la mayoría escritas en un tono tan afectuoso, que debí volver rápidamente las páginas, porque me era insoportable leerlas en mi actual estado de ánimo.

Las páginas referentes a Elena eran mucho más apasionadas. La primera referencia que pude descifrar decía:

*Mi amor por ella me atormenta a cada hora del día y de la noche. Si pudiera tener el valor de decírselo y de afrontar las consecuencias...*

La mayor parte de las experiencias con los conejos estaba allí. Era bastante reticente en su narración, al menos en cuanto a los detalles. Casi al fin del cuaderno (me pregunté si el inspector lo había leído, y por su indiferencia supuse que no) comenzaba el informe sobre la duplicación de Elena. La última página era, de hecho, sólo una media página: la mitad inferior había sido destruida por el fuego, como lo había sido la cubierta. La narración se interrumpía bruscamente.

Leí por segunda vez la última frase. Sentí un vacío en mi interior. Volví a echarle una mirada y salí corriendo hacia mi automóvil. ¡Dios sabe lo que habrán pensado los obreros al verme correr así!

Llegué al hospital. Corrí a la habitación de la enferma. Roberto estaba solo con ella.

—¿Qué tal está? —le pregunté.

—Duerme —me respondió, extrañado de mi impetuosidad.

Me aseguré de que efectivamente dormía, y le mostré el cuaderno a Roberto. El corazón parecía saltárseme del cuerpo.

—Tú querías una prueba definitiva, Roberto, para saber si es Elena o Dolly.

Aquí la tienes. Podrás saberlo sin lugar a dudas.

Palideció al oírme.

—¿Cómo? —preguntó con voz ronca.

Le pasé el cuaderno.

—Éste cuaderno es una parte del diario íntimo de Guillermo. Tú conoces su letra. Tú lo habrás visto escribiendo en él. Lo han encontrado entre los restos del laboratorio. El inspector Downley me lo ha entregado hace diez minutos. Puedes comprobarlo.

—No hace falta. Veo que es genuino. Reconozco su letra, y sé que llevaba un diario.

Abrí el cuaderno y le mostré el fragmento de la última página.

—Entonces, lee esto..., especialmente *esta* parte.

Las últimas palabras escritas eran éstas:

*... la inserción de los tubos del autoinyector en las venas de Dolly, para inyectarle sangre en las venas hasta que el corazón comience a trabajar por su*



*cuenta, ha causado dos pequeñas heridas. Quedarán dos pequeñas cicatrices en la base de su cuello, las dos únicas señales distintivas de un perfecto duplicado de Elena. Lamento esta...*

Roberto dejó el libro con las manos temblando.

—¿Prefieres que mire yo? —le pregunté.

Rehusó con un movimiento de cabeza. Estaba tan alterado que no se atrevía a hablar. Se acercó a la joven y apartó las sábanas que le cubrían el cuello.

—De este lado no hay ningún indicio —murmuró.

—Vuélvele la cabeza —le dije.

Lentamente, como un autómatas, levantó la cabeza y los hombros. Los ojos de ella parpadearon.

Con miedo y cuidado completó el examen.

—Nada..., absolutamente nada.

Mientras él pronunciaba estas palabras, ella despertó. Le miró desconcertada primero, con asombro después.

Y entonces, como un cable de acero que estalla por la tensión, Roberto la abrazó torpemente, besándola con pasión, medio llorando, medio riendo, fuera de sí por la alegría.

—¡Elena, querida, perdóname!

Volví al terreno donde había estado la «cueva», para buscar el resto de los documentos de Guillermo. Los otros dos cuadernos estaban hechos un desastre. Por otra parte, la mayoría de las páginas se referían a cuestiones personales, en las que me pareció mejor no introducirme. Las cartas eran casi todas sin importancia. Me guardé dos o tres como recuerdo. Los recibos correspondían evidentemente a transacciones terminadas. En un pequeño hoyo encendí un fuego, tiré el diario allí, y fui echando las cartas una a una, a medida que las revisaba atentamente.

Una de ellas, escrita a máquina y que yo había descartado la primera vez, me llamó la atención. Fue el membrete impreso lo que me hizo detenerme: K. F. R.

HUDSON.

Recordé entonces que este apellido era el de un compañero mío de estudios. Se había especializado en cirugía plástica, y le iba muy bien, según me había enterado, con un consultorio instalado en París.

—¿Qué tenía Guillermo que ver con él?

Leí la carta:

*... Las cicatrices en el cuello de su señora... pueden ser borradas por completo... Aseguro a usted que en dos o tres semanas desaparecerá toda huella...*

En lo profundo de mi memoria resonó una voz que decía: «... A propósito, Dolly tendrá que internarse un par de días en un sanatorio de aquí...».

Dejé caer la carta al fuego y observé cómo se consumía.

Alcé la mirada. Vi a lo lejos el edificio del sanatorio donde Roberto y Dolly disfrutaban de su felicidad recobrada. Yo fui quien les dio diez años de felicidad, hasta que ocurrió el choque de trenes donde murieron ellos y sus dos hijas. Dicho suceso hizo posible la publicación de esta crónica.

Estoy satisfecho.

# **El solitario de los anillos de Saturno**

*Neil R. Jones*

La última narración inédita de Neil R. Jones que apareció en una revista de ciencia–ficción fue *The Star Killers* (Los asesinos estelares), publicada en «*Super Science Stories*» de agosto de 1951. No fue sólo el fin de su carrera como escritor de ciencia–ficción (aunque se siguieron reimprimiendo sus relatos), sino también de la serie del *Professor Jameson*, por cuyas narraciones más se le recuerda. En conjunto aparecieron un total de veintiuna, siendo por ello una de las series más duraderas de las revistas del género. Comenzó con *The Jameson Satellite* (El satélite Jameson) en «*Amazing Stories*» de julio de 1931, justo veinte años antes. En esa historia el profesor entraba en contacto con los zoromes, unos seres extraterrestres cuyos cuerpos estaban encerrados en una estructura metálica. Con la continuación, *The Planet of the Double Sun* (El planeta del doble sol), en «*Amazing*» de febrero de 1932, la cosa empezó realmente a tomar color, y el profesor Jameson, dentro de una estructura metálica también, se aventuró a partir con los zoromes para explorar el universo.

La serie no tardó en ser una de las más populares del género, y por consiguiente eclipsó a muchas de las otras obras de Jones, sobre todo después de la reedición en rústica de los relatos, a fines de la década de 1960, por *Ace Books*. Además de otra serie sobre *Durna Rangué*, produjo una gran variedad de narraciones inconexas. Es decir, inconexas salvo por una estructura general en la que cada relato forma parte de una historia futura, inventada por Jones mucho antes que Heinlein o Asimov. La narración clave es la aventura de *Jameson Time's Mausoleum* (Mausoleo del tiempo) («*Amazing*», diciembre de 1933), que constituyó la base para todos los otros cuentos de Jones.

Jones era un escritor muy capaz, cuyo talento se hizo evidente en su primera narración publicada, *The Death's Head Meteor* (El principal meteoro de la muerte) en «*Air Wonder Stories*» de enero de 1930. Ello hizo que *El solitario de los anillos de Saturno* presentara un nivel de calidad superior al de los relatos que aparecían en «*Planet*» en aquella época.

Después de servir en las fuerzas armadas de ultramar como coronel. Jones conoció en Londres a la que sería su esposa, con la que se casó quince meses después de terminada la guerra. Posteriormente inventó un juego de entretenimiento,

*consistente en un disco y fichas, que se vendió bien bajo el nombre de «Interplanetary». Su afición preferida reside en encuadernar su colección de revistas de ciencia–ficción. Hasta fecha reciente trabajó en el Ministerio de Trabajo de Nueva York.*

El viejo Jasper Jezzan se pasó los dedos por los mechones de cabellos grises y contempló desde la tronera de la nave espacial el impresionante y grandioso espectáculo de los anillos de Saturno que se acercaban. El tercer anillo, el más externo, que era su destino, se veía soberbio. Agradeció a su buena estrella el hecho de vivir en aquel siglo XXIV, que había sido testigo de cómo la humanidad trascendía los límites del inexplorado sistema solar mediante verdaderas hazañas de colonización espacial. En sus años de juventud, Jasper había participado de la primera expedición a Marte. Ahora, tanto Marte como Venus ya estaban colonizados.

Jasper vivió muchas aventuras extraordinarias en ambos mundos, así como en varios de los satélites y asteroides de Júpiter. Saturno aún era territorio virgen.

Recientemente Jasper había cumplido los setenta años, pero el espíritu de aventura todavía flameaba en su recio cuerpo. De nuevo agradeció a su hado que le hubiera concedido la dicha de encontrarse entre los primeros en contemplar la gloriosa majestad de los grandes anillos a tan corta distancia. Se había unido a la expedición de Grenard como esforzado y experimentado colaborador, y sabía que la «City of Fomar» habría de tratar de abrirse paso a través de ochenta kilómetros de lunas diminutas.

La «City of Fomar» comenzó a pasar rozando algunos de los satélites errantes a varios kilómetros de distancia de la franja principal, muchos de los cuales eran más grandes que la nave espacial y de rugoso contorno. Era como penetrar en un bosque cuyos árboles se tornan menos numerosos a medida que uno se va acercando. Las lunas del anillo mismo eran redondas y lisas a causa de los constantes choques. Al caer bajo la atracción de la más leve fuerza de gravedad, los satélites más diminutos se adherían a los más grandes. La nave se hundía cada vez más profundamente en la masa. Cada hombre permanecía apostado en su lugar, sin dejar de observar, no obstante, el maravilloso fenómeno exterior. Ésta vez la misión de Jasper le obligaba a ocupar un puesto solitario. Le tocaba el turno en la cámara de aire rejuvenecedor; de no haber sido por esa circunstancia, esta historia no hubiera sido narrada o le hubiese correspondido hacerlo a una persona más joven. Sin saber lo que les esperaba, Jasper había mirado por última vez los rostros de sus compañeros de aventura, rostros que no volvería a ver ni vivos ni muertos. Echó una fatigada mirada a los manómetros, y luego dirigió su atención a los misterios del anillo de Saturno, que se iban desvelando.

La nave espacial de la expedición Grenard penetraba más y más en la masa de

satélites que giraban lentamente. La luz del sol se eclipsaba casi constantemente y se tornaba cada vez menos brillante. Las sombras, como siempre sucede en el espacio, eran oscuras y agudas. Al fin la luz cedió ante períodos de oscuridad cada vez más prolongados, y los reflectores de la «City of Fomar» centelleaban a través de las profundas tinieblas. De cuando en cuando, la nave chocaba contra una luna al pasar por un angosto pasaje, enviando el fragmento hacia los cuerpos vecinos en lo que parecía una interminable retransmisión de inercia sin que fuerza alguna retardara el movimiento.

Cada vez y sin cesar penetraban más profundamente en las honduras del anillo.

Aun cuando no había recibido llamada alguna, Jasper sintonizó con la sala de observación, donde estaban reunidos los oficiales de la expedición.

—¡Debe de haber trillones de esos pequeños satélites!

El que hablaba era el comandante Grigsby. Fue Grenard quien replicó:

—Sin duda.

—¿Qué es esa niebla blanca que aparece allí?

—¿Qué niebla... la luna blanca?

—No..., no es una luna. Fíjate cómo cambia de forma... y es algo brumoso.

—Caramba, sí, parece humo, y se desplaza hacia aquí.

—Mira, se expande como si tuviera vida. ¿Qué puede ser?

—Polvo.

La respuesta la había dado un oficial de menor graduación.

—¿Cómo podría flotar sin atmósfera?

La voz de Grigsby encerraba un ligero tono burlón.

—Se está fragmentando.

Jasper había viajado demasiado por los espacios siderales en el curso de su vida como para no presentir que se trataba de algo inusual. Se acercó a la tronera y miró al exterior, colocando la cabeza en uno de los costados para obtener un ángulo de visión oblicuo. El fenómeno tenía lugar directamente delante de la nave. Él no podía observarlo. Interiormente, se sintió algo irritado. Escuchó con el fin de obtener más detalles.

—¿Qué fuerza debe moverla?

—Primero, dime qué es.

—¡Parece que tenga vida!

—¡La nave la atrae! ¡La nube se está fragmentando en varias partes!

Jasper miró de nuevo al exterior y vio algo de aquella extraña sustancia. Parecía humo blanco y poseía movimiento propio. No podía imaginar qué fuerza la impulsaba.

Casi parecía algo vivo, sin embargo la idea era absurda aun para Jasper Jezzan, que había sido testigo de infinidad de fenómenos extraños. Aquello era un nuevo

elemento o una combinación de elementos que se comportaban de una manera rara en el anillo más externo de Saturno. Los anillos mismos eran algo fenomenal. La nube pasaba del blanco al gris a medida que se expandía, dejando ver los borrosos contornos de los satélites que estaban detrás de ella. De nuevo pareció comprimirse, adquiriendo una cualidad que parecía un líquido espeso o algo sólido.

—¡Ahí vienen más nubes!

—¡Y allí hay más! ¡Mirad! ¡Allí! ¡Allí! ¡Las hay por todas partes!

—¡Se están mezclando!

—¡Una parte se está dividiendo! ¡Mirad..., se está desintegrando!

Las voces de los jefes de la expedición denotaban sorpresa y temor. Jasper experimentó una ligera excitación mientras contemplaba las raras transformaciones de aquella materia sobrenatural. Vio que iba envolviendo la nave. Su tronera de observación se volvió de pronto de un gris translúcido, y no pudo ver nada. Trató de penetrar con la mirada aquella masa blanca de la que sólo le separaba treinta centímetros de cristal. Era como mirar a través de un humo denso o una niebla espesa. Golpes ahogados y sonidos inexplicables se oían en torno del casco de la «City of Fomar».

—¡No avanzamos tan rápidamente!

Jasper distinguió que la exclamación la había proferido el comandante Grigsby.

Percibió una nota de intranquilidad en la voz.

—¿Puede ser que esa maldita sustancia blanca detenga nuestro avance?

—No lo sé... pero ¡esperad! ¡Las troneras de este costado de la nave parecen aclararse!

Siguió un silencio significativo. Jasper aguzó los oídos para captar más información. Su propia tronera aún estaba oscura.

—¡Grigsby..., mira esas largas hebras de esa sustancia, parecen cables! ¡Nos tienen amarrados a las lunas!

—¡A toda máquina! —ordenó el comandante.

Un suave y débil crujido del casco sobre la cabeza de Jasper le hizo volver los ojos hacia la tronera. Vio como un contorno blanco que se alejaba. Miró al exterior y observó que unas largas hebras de la niebla, entretejidas en forma de telaraña, demostraban poseer una notable fuerza adhesiva y resistencia a la tensión al sujetar la «City of Fomar» a los satélites circundantes. Al aplicarse más potencia, Jasper pudo constatar que la nave espacial remolcaba las lunas enganchadas y se separaban de los cuerpos más lejanos. Vio que los satélites chocaban entre sí, sintió la ligera desviación de la nave y oyó el golpeteo discordante cuando la «City of Fomar» tropezaba con otros satélites en su avance. Luego, una vez más, la tronera se cubrió de una niebla más blanca y densa que antes. Por los excitados comentarios de la sala de observación, dedujo que las condiciones eran las mismas. El golpeteo machacador



les tenía a todos confundidos. Entonces las voces de la sala de control adquirieron un nuevo tono alarmado.

—¡Está penetrando en la cámara reguladora de presión! ¡Un hilo largo y delgado se está filtrando como un chorro de vapor!

—¡Debe de haber alguna fisura en la puerta exterior! —razonó Grenard con excitación.

—¡Sin presión de aire en el interior de la cámara, la puerta exterior nunca cierra herméticamente! ¡La llenaremos!

Jasper oyó gritar su nombre.

—¡Sí, señor!

—¡Inyecte una buena cantidad de aire en la cámara reguladora!

El anciano saltó hacia los mandos y oyó el silbido del aire a través de las cañerías camino de la cámara reguladora.

—¡Ésa maldita sustancia aún sigue entrando!

—¡Pero no con tanta rapidez!

—¡El aire se escapa hacia el exterior!

—¡Ahora... la puerta ha cerrado herméticamente!

—¡La sustancia blanca se está expandiendo dentro de la cámara!

Jasper recibió una brusca orden de cerrar la válvula de aire. Nunca pudo saber por qué. Nadie vivió para decírselo. Oyó muchas voces que gritaban alarmadas, demasiado mezcladas y confusas como para poder comprender algo más que el hecho de que la puerta interior había sido forzada. Y luego la exterior cedió de nuevo. La blanca sustancia penetraba en la nave, y el aire salía de ella. Esto lo comprobaron los ojos horrorizados de Jasper al mirar las esferas de los manómetros.

Gritos agudos y horribles chillidos llegaron hasta él, chillidos que se estremecían, se ahogaban y enmudecían de pronto. No duró mucho. Muy pronto, reinó un ominoso silencio. La blanca niebla todavía velaba la tronera, y también estaba dentro de la nave. Jasper, armándose de valor, corrió por el corredor con el fin de aislar aquella parte de la nave. Demasiado tarde. La niebla ya se arrastraba por el suelo y las paredes del pasillo, explorándolo todo en un volumen sustancial. Como si hubiera percibido su presencia, se extendió con una rapidez alarmante en su dirección en cuanto él se detuvo a medio camino, consternado. Un velo de la horrible sustancia avanzaba como una nube de humo por el techo, y un enroscado pedúnculo descendió hasta casi rozarle el rostro. Un terror innominable obnubiló momentáneamente la mente de Jasper, pero el veterano navegante y explorador del espacio logró dominar sus nervios. Se giró y corrió hacia la cámara atmosférica. La blanca niebla que cubría las paredes, el techo y el suelo del corredor se había concentrado, y Jasper vio que se lanzaba hacia él, con lentitud al principio, pero con un ritmo acelerado.

En la cámara atmosférica, hizo girar prestamente la válvula del tanque de aire

principal y la cerró. Luego cogió un traje espacial, colgado cerca de él, y de un salto se introdujo en un tanque de aire vacío en el preciso instante en que la bola de niebla blanca se precipitaba por el corredor hacia él a enorme velocidad.

Un escalofrío le hizo estremecer, pero no era fruto del miedo. Una ola de frío invadía rápidamente la nave. El aire no cesaba de salir de ella. Jasper notó que tenía dificultad para respirar y se alegró de haber cerrado la válvula del tanque principal.

Estaba sumido en la oscuridad, después de haber ajustado con celeridad la compuerta del tanque para evitar la entrada de la amenaza blanca. Buscando a tientas, abrió la válvula interior del tanque. Palpó a su alrededor y encontró el traje espacial; luego, de pronto, se tambaleó ebriamente, golpeándose la cabeza contra la pared metálica del tanque. Experimentó un extraño regocijo y se sintió mareado.

Había dejado entrar demasiado aire en el tanque. Se trataba de una intoxicación de oxígeno y muy peligrosa en aquellas circunstancias. Buscando a ciegas, encontró la válvula de nuevo y la cerró. Entonces se desplomó, perdidas las fuerzas. Pero corría el riesgo de morir de frío, y Jasper sabía que debía ponerse el traje espacial.

Sus músculos estaban ateridos y no le obedecían debido a la fría temperatura, que descendía sin cesar. Pero logró introducirse en el traje espacial y puso en funcionamiento la calefacción y el regulador de aire del mismo. Sólo entonces cedió ante la tensión que le atenazaba. Desde su posición semisentada, cayó de costado al suelo del tanque completamente inconsciente.

Jasper Jezzan jamás supo cuánto tiempo permaneció sin sentido en el tanque de aire, protegido por el traje espacial. Le pareció que no habían sido más que unos pocos minutos; sin embargo, tal vez habían transcurrido varias horas. En la oscuridad, trató de serenarse y hacerse cargo de la situación, ordenando sus pensamientos. La muerte navegaba en aquella nave; la devastadora ruina blanca era su dueña. Se preguntó si alguien más habría logrado salvarse. Una sutil intuición le decía que la sombría amenaza aún estaba esperando afuera. Desconocía qué propiedades malignas podía poseer contra un hombre protegido por un traje espacial.

No tenía intención de comprobarlo mientras pudiese evitarlo. Decidió esperar pacientemente y ver si la horrible niebla abandonaba la nave. De alguna manera, presentía su presencia fuera del tanque, desplazándose sin cesar, explorando la «City of Fomar», cuyo aire se había escapado para perderse en el espacio entre los satélites.

Encendió los focos del traje espacial para aliviar la monotonía de las tinieblas y poder concentrar sus pensamientos en algo tangible, algo que pudiese ver, aunque el interior del tanque con sus válvulas interiores y sus aparatos de control él ya lo conocía. Se levantó y vació el tanque de aire. Ello sería necesario, por lo menos, para reducir la presión antes de abrir la compuerta.

Luego se sentó dentro del tanque y esperó, cambiando de posición de cuando en cuando. Había una cierta afinidad entre aquella niebla blanca y un sutil sexto sentido, pues Jasper se dio cuenta con alivio de que la sustancia había abandonado la nave. Sin embargo, se mostró cauteloso: abrió la compuerta del tanque y atisbo por el borde de la abertura. Las luces de la nave, tanto las del interior como las del exterior, estaban todavía encendidas. Lo primero que hizo fue mirar por la tronera. La «City of Fomar» andaba a la deriva entre los satélites. Uno de ellos casi tocaba la parte anterior de la nave. No vio señal alguna de aquella sustancia sobrenatural que se había abierto paso hasta el interior de la aeronave. Estaba seguro de que había desaparecido por completo. Entonces Jasper efectuó una prueba, aunque sabía de antemano casi con absoluta certeza de cuál sería el resultado. Cogió una caja de polvo esmeril de un estante, sacó la tapa y dejó caer una porción. Las motas de polvo no flotaron hasta el suelo, sino que cayeron como piedras. Tal como Jasper suponía, todo el aire había salido de la nave.

Caminó lentamente por el corredor hacia el proel, cruzó la sala de control y penetró en la cámara de observación. Estaba preparado para enfrentarse con el espectáculo de la muerte, pero no esperaba que la visión fuese tan horrible y absoluta.

El suelo estaba sembrado de huesos y cráneos. La niebla blanca había absorbido la carne y el material de la vestimenta. Movi6 uno de los huesos con el pie y se qued6 sorprendido al ver la marca que dej6 el zapato met6lico. Se detuvo y recogió un fémur. Se desintegr6 completamente entre sus manos. ¿Qué horrible forma de vida era aquella niebla nubosa del anillo de Saturno? Recorrió con lentitud la nave y descubrió más huesos ruinosos; de pronto le asalt6 la enervante sospecha de la verdad. Él era el último hombre, el único ser viviente en la nave.

Entr6 en la sala de control para examinar los mecanismos, preguntándose cómo se las arreglaría él solo para conducir la nave espacial fuera del anillo. Sus dudas se disiparon en seguida. Comprob6 que la totalidad del equipo eléctrico, así como los demás instrumentos, estaban irreparablemente destruidos. Un examen más minucioso confirmó la primera impresión. La proximidad de la niebla blanca los había alterado y destruido de una manera tan absoluta como si la nave hubiera sido fulminada por un rayo. Se encontraba solo en una nave a la deriva y perdido en el anillo de Saturno.

Jasper trat6 de aplacar sus nervios. Las cosas no estaban tan mal como podrían haber estado. Había suficientes alimentos y bebida a bordo como para que le alcanzaran hasta el fin de sus días. Los generadores de aire funcionaban perfectamente. Podría cerrar un par de cámaras de la nave y lograría seguir viviendo en ellas. No se atrevía a pensar demasiado en el futuro, en la posibilidad de pasarse el resto de su vida como prisionero solitario en el anillo de Saturno. Los planes de Grenard de penetrar hasta el tercer anillo camino del satélite Dione del planeta eran bien conocidos, por supuesto, en los tres mundos, pero las probabilidades de que alguien llegara hasta aquel punto en especial del anillo exterior, aun cuando anduviesen en busca de la expedición perdida, eran prácticamente inexistentes. Constat6 con una sensación de desamparo que el sistema de comunicación de la nave había sido inutilizado.

Sintió apetito. Encontr6 los alimentos almacenados y los trasplant6 al tanque de aire. También descubrió un calefactor de radio y lo instal6 para poder contar con luz y calor. Luego llev6 los elementos para improvisar una cama y otros útiles necesarios para vivir con cierta comodidad. Hasta que pudiera acondicionar y sellar las cámaras de la nave, tendría que permanecer allí. Había tres secciones principales de la «City of Fomar» que habían sido construidas de manera que pudiesen cerrarse herméticamente en caso de emergencia. El ataque había sido tan rápido y la cualidad mortífera del horror blanco fue tan inesperada y devastadora, que no hubo posibilidad de protegerse. Jasper pretendía aislar y utilizar aquella sección de la nave que incluía la cámara atmosférica y los dep6sitos de provisiones.

De cuando en cuando, escrutaba el espacio entre las lunas en busca de algo que le indicara el retorno de la niebla blanca, pero todo estaba silencioso e inm6vil. Apag6 las luces de la «City of Fomar». Se proponía ahorrar energía, al menos hasta saber a

qué atenerse. En cuanto a la sustancia neblinosa, recordaba la luminosidad espectral que había adquirido a la distancia, donde las lunas eclipsaban la luz de la nave.

Acondicionar la sección elegida como morada requirió más tiempo del que Jasper había imaginado. La niebla blanca había cometido estragos que él no había notado en un principio. Muchos materiales, como el cuero, el fieltro y otros productos de origen orgánico los había absorbido o dañado en parte la extraña sustancia blanca que vivía en el espacio, y Jasper tuvo que efectuar infinidad de reparaciones, con la consiguiente pérdida de tiempo, antes de poder cerrar las cámaras herméticamente y de que le ofrecieran seguro refugio.

Hubo cronómetros que no sufrieron daño alguno por la presencia de la niebla blanca, y Jasper los conservó con sumo cuidado y los mantuvo en funcionamiento.

Tardó más de dos semanas del tiempo de la Tierra en rehabilitar aquella parte de la nave en la cual había decidido pasar su solitaria existencia. Pasó otras cinco semanas en el largo corredor que partía de la cámara atmosférica, donde construyó una recámara compensadora de presión. Jasper se mantenía siempre alerta, y hasta conectaba una alarma accionada eléctricamente durante las horas de descanso, pero la niebla blanca no volvió durante aquellas semanas de labor. Jasper, empero, estaba preparado. Consideraba que los lanzadores de rayos de radio, que tenía dispuestos, serían eficaces contra aquella niebla blanca. No permitiría que aquella sustancia le tomara desprevenido. Aún se estremecía al recordar que había encontrado la puerta del cuarto de ropa interior reducida a astillas por los intentos y concentrados golpes asestados por la amenaza blanca. Tras los restos de la puerta había encontrado los frágiles huesos de Holman, un íntimo amigo de Jasper en el viaje a Saturno. Jasper había sido más afortunado al elegir el resistente tanque de aire.

Durante los largos meses que transcurrieron, la niebla blanca no volvió a aparecer, y el viejo Jasper Jezzan pasaba su solitaria vida a bordo de la nave a la deriva. Alguna que otra vez, abandonaba la «City of Fomar» en su traje espacial, pero nunca se alejaba demasiado entre los esferoides, a pesar de que dejaba los reflectores de la nave encendidos para que le sirvieran de guía al regresar. Cuando las luces no estaban prendidas, todo era negrura y tristeza en el exterior: ni el menor destello estelar, sólo el espacio repleto de lunas flotantes. Jasper sabía que una vez aquella innumerable legión de cuerpos diminutos habían constituido un satélite de Saturno, que se desintegró. En sus cortas excursiones, siempre llevaba consigo el lanzador de rayos de radio con el fin de usarlo en caso de que el peligro blanco se presentara de nuevo y le atrapase en el exterior de la nave.

En uno de esos viajes, Jasper efectuó un interesante descubrimiento. Mientras descantaba la superficie de un esferoide, su casco entró en contacto con el cuerpo celeste. Los golpes que descargaba en él, tratando de encontrar algún mineral con suma curiosidad, producían un sonido extraño. Golpeó una y otra vez, y entonces, de

pronto, se dio cuenta de que la pequeña luna era hueca. Le hizo una marca y partió en busca de otras. Examinó tres más de los centenares que rodeaban la nave espacial. Dedujo que sólo cabía una posibilidad. Cuando el satélite se desintegró bajo la extraordinaria atracción de Saturno, su interior debía de estar aún en estado de fusión. Las gruesas burbujas que se formaban debieron de haberse enfriado.

Acuciado por la necesidad de hacer algo, Jasper inmediatamente concibió el plan de perforar una de las lunas, y escogió la más grande de las cuatro, una esfera perfecta de unos ocho metros de diámetro. En la «City of Fomar» encontró el equipo de herramientas que le permitirían llevar a cabo su proyecto y puso manos a la obra.

Se quedó maravillado al comprobar la densidad y resistencia de aquella sustancia semimetálica, así como el espesor de la burbuja. Tuvo que perforar más de noventa centímetros antes de encontrar el vacío. Pasó varios días agrandando lo suficiente la abertura en el esferoide como para que le permitiera introducir su cuerpo, y luego, cuando logró penetrar en él, no encontró más de lo que había esperado: el esférico contorno interior, algo rugoso y ampollado, reflejaba los rayos de su linterna.

De ésta y de muchas otras maneras, Jasper combatía el espectro de la soledad.

Experimentaba con los instrumentos de la nave, efectuando algunas pruebas y reparaciones, hasta llegar por fin al convencimiento de que había determinado la dirección de Saturno. Si la nave hubiera estado en condiciones de navegar, estaba seguro de que habría logrado conducirla fuera del anillo y hacia el espacio libre.

Casi había transcurrido un año desde el día en que se había producido la catástrofe en la nave espacial perdida en el anillo de Saturno, cuando sucedió lo que Jasper estaba esperando presa de un nerviosismo extremo. Las nubes blancas volvieron. La amenaza se acercaba, aparentemente, de todas direcciones, y se dirigía hacia la desmantelada «City of Fomar». Por fortuna, Jasper se encontraba en su interior cuando se produjo el ataque. Percibió una luminiscencia sobrenatural a través de las troneras donde hubiera debido reinar la más absoluta oscuridad, y observó, con el corazón latiendo aceleradamente, cómo las fantasmales hebras se dividían, se fusionaban, retorciéndose en enormes espirales alrededor de la nave a la deriva, hasta que de nuevo todas las troneras quedaron cubiertas.

Con toda celeridad, Jasper se precipitó hacia la torre blindada que él había acondicionado. El lanzador de rayos de radio portátil estaba preparado.

Nerviosamente, el anciano empuñó la palanca de control y, oprimiendo el gatillo, lanzó una ráfaga sostenida. No podía comprobar el resultado de su acción porque la tronera estaba velada, pero notó que algo había sucedido, pues se producía un visible desplazamiento de la blanca sustancia, que una y otra vez se tornaba grisácea y más tenue. Cuando se aclaró la tronera, vio que su lanzarrayos estaba realmente abriendo un agujero en la nubosa materia que se posaba sobre ella.

Movió el arma en abanico y observó con torva satisfacción cómo cortaba, al igual

que una guadaña, la niebla maligna, que retrocedía instintivamente, mientras las partes rasgadas se unían de nuevo y se diluían en la masa. Había algo repulsivo en ello, y Jasper se estremeció violentamente al recordar los huesos ruinosos de sus víctimas.

El lanzarrayos alcanzaba tan sólo una porción insignificante de la amenazante sustancia y no podía actuar más que en una reducida área. De nuevo, Jasper oyó los mismos ruidos alrededor del casco de la nave. El ominoso visitante buscaba una entrada, presionando, apretando y golpeando, tratando de encontrar un punto débil.

Jasper corrió hasta su improvisada cámara compensadora de presión y constató con disgusto que la blanca niebla había logrado penetrar en el interior. La puerta externa había sido forzada. El vapor letal se había adueñado de toda la nave a excepción de la parte que Jasper aislara. Éste cogió un lanzarrayos que tenía a mano y efectuó una rápida conexión con una ranura cerrada de su lado de la cámara.

Había previsto esa emergencia, y estaba preparado. Cuando la conexión quedó herméticamente asegurada, abrió la ranura y soltó una descarga de rayos contra la niebla que se acumulaba rápidamente y amenazaba derribar la compuerta interior.

Vio que retrocedía y le embargó una alegría salvaje, mientras aquella sustancia se evaporaba y los mechones intocados huían a toda prisa de la cámara compensadora como alertados mediante algún poder telepático del peligro que corrían. El peligro había desaparecido allí, pero no con la suficiente rapidez, pues Jasper sabía del poder acumulado que la nube podía ejercer sobre la compuerta interior. Ya había sucedido antes.

Algo le advirtió que efectuara un rápido examen de las otras zonas de las cámaras que había aislado, y se alegró de haberlo hecho. Descubrió una nube de la odiosa niebla que exploraba y palpaba el interior de la cámara atmosférica. Una rápida ojeada a un sutil hilo blanco que se filtraba por la junta de una puerta que conducía a otra parte de la nave le mostró a Jasper el conducto de entrada.

Destruyó la nube con toda presteza e introdujo una corriente de aire en el conducto utilizado, expeliendo la blanca niebla al someterla a su presión. Luego reforzó con celeridad la junta, que en circunstancias normales jamás hubiera cedido.

Jasper esperaba que la insidiosa sustancia no encontraría el medio de efectuar una entrada en masa, pues sabía que, en ese caso, nunca lograrla dominarla con el lanzarrayos. Sería abatido irremisiblemente. Se le puso la carne de gallina sólo de pensarlo. Jasper era valiente y su temple había sido puesto a prueba muchas veces durante su intrépida existencia, pero había maneras de morir mucho más atractivas para Jasper que la de ser asimilado y convertido en parte de la espantosa nube blanca. Regresó hasta su cámara compensadora de presión y descubrió, tal como se temía, que estaba otra vez llena del vapor blanco. Lo disipó y luego regresó prestamente a la cámara atmosférica. Todo estaba en orden. Examinó sin perder un instante los

depósitos de provisiones y lanzó un suspiro de alivio. Ninguna entrada había cedido en aquel sitio. Se apresuró a volver a la cámara compensadora para combatir la niebla que se estaba acumulando en ella.

Para Jasper fue una larga y odiosa pesadilla. Ésta vez la niebla blanca permaneció durante más tiempo que antes, posiblemente a causa de un acuciante apetito, exasperante y no satisfecho. Sin embargo, Jasper se dio cuenta de que la nube se autosustentaba. Una vez más durante ese lapso, forzó de nuevo la junta de la cámara atmosférica y Jasper tuvo que bregar denodadamente. Sus cronómetros registraron sesenta y dos horas antes de que el extraño habitante del anillo de Saturno se fuera tan misteriosamente como había venido. Hasta entonces, Jasper no pegó un ojo. Luego cayó rendido, pues instintivamente sabía que la nube blanca no regresaría durante un largo tiempo.



Renovado por el sueño, Jasper examinó la deteriorada cámara compensadora de presión y en ese instante tomó una importante resolución. Abandonaría la «City of Fomar» con sus numerosas posibilidades de ser invadida por la persistente niebla blanca y se instalaría en el resistente y hueco esferoide en el que había penetrado después de tantas dificultades. Durante los días siguientes, días que sólo registraron sus cronómetros en medio de las inmutables tinieblas del anillo de Saturno, Jasper se afanó con tanta dedicación para llevar a cabo su propósito como había trabajado para aislar la sección de la nave espacial. Provisto de una fuerte compuerta, estaba seguro de que la amenaza blanca jamás podría abrirse camino a través de la corteza metálica de la esfera.

El primer paso consistió en agrandar la abertura que había hecho de acuerdo con las medidas de las salidas de emergencia de la «City of Fomar». Removió dos de esas grandes troneras de la nave. Una de ellas la instaló en la boca exterior del pasadizo que se abría en la gruesa corteza de la esfera, y la otra, en la interior. De esta manera, Jasper contó con una cámara compensadora de presión para entrar y salir de su refugio. Luego instaló mamparas y un piso, al cual aplicó la sustancia gravitacional que extrajo de los pisos de la nave espacial. Quedó dividido en cuatro estancias. Dos de ellas constituían su habitáculo. De las otras dos destinó una para almacenar provisiones y la otra para alojar la planta atmosférica y el calefactor que proyectaba trasladar de la nave espacial. En cuanto consiguió realizar la tarea, el viejo Jasper Jezzan se convirtió en un Robinson Crusoe cósmico.

Además de los alimentos, su depósito de provisiones contenía todos los elementos esenciales que pudo sacar de la nave. Para evitar que ésta quedara abandonada a su suerte y se alejara, la amarró al esferoide con un largo cable. Había constatado que se producían distintos desplazamientos entre las lunas, de acuerdo con su tamaño y el de los cuerpos vecinos. Leves influencias gravitacionales producían extraños fenómenos, y él había notado un lento cambio de posiciones en los esferoides vecinos desde el momento de la catástrofe.

Al fin, Jasper dio por terminado su refugio y no lamentó dejar la «City of Fomar» con sus espectrales recuerdos y el constante temor de recibir otra visita de la sustancia blanca. Durante la construcción del refugio, transcurrieron otros ocho meses de su existencia solitaria. Jasper se había hecho a la idea de soportar esa clase de existencia en las profundidades del anillo exterior de Saturno. El hecho de vivir allí no le angustiaba tanto como el pensamiento de morir carente de la compañía de la

humanidad: solo y sin nadie que cuidara de él. A veces se preguntaba si algún día, cuando se exploraran y colonizaran las lunas de Saturno, descubrirían su refugio y la abandonada nave. Éste descubrimiento podría producirse al cabo de centenares o tal vez miles de años. Jasper era viejo y ya se había encontrado solo en el cosmos en otras ocasiones; sin embargo, nunca había sido un prisionero involuntario de él hasta entonces. Se preguntaba si la nube fantasmal lograría por fin llegar hasta él o si moriría de vejez. En cuanto a los alimentos, contaba con provisiones para vivir por lo menos veinte años más aún, según calculó, y tenía fe en los equipos generadores de calor y aire, así como en su capacidad, como mecánico cósmico, para mantenerlos en perfecto funcionamiento. Las máquinas no eran muy intrincadas, y disponía de los medios para reemplazar las piezas que fuese preciso cambiar. Jasper todavía conservaba una cámara instalada a bordo de la nave espacial. Era el taller mecánico. Trabajaba allí embutido en su traje espacial.

Cuando el refugio del esferoide quedó terminado sintió alivio y experimentó un cierto desencanto; alivio, porque ahora se encontraba más protegido contra el blanco enemigo; desencanto, porque el tiempo de nuevo comenzaba a pesarle como una carga en sus manos. Agradecía los libros, las cintas audiovisuales y los demás medios de educación y entretenimiento que había a bordo de la «City of Fomar», pero todo ello no tardaría en resultarle demasiado familiar y hartado conocido.

Jasper ya llevaba más de seis meses viviendo en su nueva morada cuando, durante uno de sus períodos de descanso, le despertó un tremendo topetazo que puso su esferoide en movimiento. Aquélla inusual alteración del monótono silencio y la relativa estabilidad del anillo de Saturno hizo que Jasper saliera disparado de la cama. Encendió los poderosos reflectores de la «City of Fomar» mediante el control remoto y, a través de la faz transparente de la tronera exterior de su cámara de compensación, vislumbró un sorprendente espectáculo. Todas las lunas estaban cambiando de posición. Se transmitían el movimiento bajo el efecto de una perturbación no visible. Los esferoides golpeaban a sus compañeros, luego se detenían mientras proseguían la inmutable transmisión de inercia. Su propia esfera se estaba moviendo. Finalmente impulsó con suavidad otro cuerpo celeste. La nave abandonada había sido empujada hasta una posición más cercana, y el cable pendía formando una curva fantástica. Otra luna golpeó el refugio; el súbito impacto le hizo perder el equilibrio a Jasper. Los esferoides que no chocaban directamente con otros continuaban desplazándose; su movimiento cesaba al golpear a otro cuerpo. No había pérdida de movimiento, ni éste disminuía a causa de la gravedad: pasaba de una esfera a otra. Jasper comprendió que esos contactos continuaban en el mismo sentido y en distintas tangentes a lo largo de todo el anillo. No se explicaba qué fuerza había puesto los esferoides en movimiento. Quizás un enjambre de meteoritos había rozado el anillo. Jasper se quedó observando hasta que la zona recobró la inmovilidad, y no se acostó de nuevo

hasta que todo permaneció silencioso y tranquilo.

Cuando se despertó y miró al exterior, lo que vio le heló la sangre. Una niebla nubosa oscurecía la tronera de entrada al refugio. Con los lanzarrayos de radio instalados en el exterior, dispuestos de manera de obtener un fuego cruzado, y accionados desde el interior, Jasper eliminó la que obstruía su visión. La nave estaba cubierta de un manto níveo dotado de vida: se hinchaba y se retorció como una ola. Jasper sabía que aquel manto no era más que la fuerza de apoyo de la densa sustancia que había penetrado sin encontrar resistencia en el interior de la «City of Fomar» y exploraba ávidamente todos los recovecos de la nave, asimilando cualquier cosa de origen orgánico que tocaba. Incluso el cable que amarraba la nave al refugio de Jasper estaba completamente cubierto de una espesa capa de la extraña sustancia.

Jasper experimentaba una intensa sensación de seguridad. Ya no temía a la niebla blanca. Sentía curiosidad. Se preguntaba si había alguna relación entre el retorno de la blanca sustancia y la reciente agitación de los esferoides. ¿Acaso aquellas nubes malignas habían provocado la conmoción, o bien ésta había despertado y estimulado la niebla? Jasper no se explicaba dónde se refugiaba la niebla ni en qué hacía cuando no asediaba la nave y su refugio. Decidió experimentar con ella.

En las profundidades del anillo, Jasper creó una perturbación artificial. A bordo de la «City of Fomar» había explosivos, y él colocó seis cargas en la superficie de otras tantas lunas situadas a prudente distancia de su refugio. Desde su esfera las hizo estallar mediante impulsos de radio. Los esferoides se desplazaron súbitamente de su centro común y transmitieron su movimiento a sus vecinos más cercanos, *ad infinitum*.

Jasper esperó pacientemente. Había armado una trampa para atrapar una porción de la niebla blanca. Se proponía analizarla cuando volviera, si es que volvía.

Esperó durante horas, pero no vio señal alguna del terror blanco que residía en los desconocidos ámbitos del anillo. Cuando ya comenzaba a pensar que se había equivocado, el corazón le dio un salto al ver de pronto las sutiles y blancas hebras que se retorcían cual humo luminoso en torno de los esferoides más cercanos.

De nuevo se concentró alrededor de la nave y recorrió su interior, arracimándose también, de manera instintiva, en torno al refugio, como si mediante un sutil sentido o intuición supiera que contenía un raro ser en su seno. Jasper, al igual que en las visitas anteriores, experimentó sus extraños efectos en su organismo. Le causaba desazón. Parecía ejercer una irritante influencia en su cuerpo, en grado menor que los poderosos efectos que había causado en el equipo eléctrico de la «City of Fomar» durante su visita inicial. La niebla permaneció durante el lapso habitual y luego desapareció.

Cuando Jasper estuvo seguro de que se había alejado totalmente, se puso el traje espacial y efectuó un rápido viaje hasta la nave. Lleno de impaciencia, su espíritu se

animó ebrio de triunfo al constatar que la trampa había funcionado, encerrando automáticamente en su interior una pequeña porción de la blanca niebla. Contempló la inerte sustancia a través de la faz transparente de la caja herméticamente cerrada. Con ella en su poder, regresó prestamente al refugio.

Durante los días siguientes experimentó más interés del que había sentido nunca desde el momento en que quedó allí abandonado, casi tres años antes.

Estudió la extraña materia y efectuó experimentos con ella. Estaba viva. Ninguna ciencia terrestre había conocido nada que se le pareciera. De ello, Jasper estaba seguro. La mantuvo siempre dentro de algún recipiente, trasvasándola de uno a otro receptáculo. Por tratarse de un vapor, poseía un peso sorprendente. Jasper en ningún momento dejó que le tocara, aunque sabía que el metal era impenetrable para aquella sustancia. A veces, se tornaba casi sólida; a menudo, como un líquido en estado de inactividad, se acumulaba en un rincón de la caja metálica. Jasper comprobó que raras veces adquiría la forma gaseosa, el estado en que siempre la había visto antes. Ello se le hizo más comprensible cuando agitaba la caja o agitaba la sustancia por otros medios y entonces la veía tornarse gaseosa. Asumía la forma de vapor cuando era excitada y activada violentamente. En estado líquido, era reposada; en estado sólido, inactiva. Descubrió que era altamente radiactiva.

Poseía otras extrañas propiedades que Jasper no podía comprobar por carecer de los medios adecuados y la preparación especializada requerida. La alimentaba con trozos de cuero, de lana y partículas de comida, todo lo cual era absorbido por la niebla blanca. Debido a esa alimentación, la nubecita aumentó de volumen. Jasper se estremeció al pensar en lo que podría suceder si aquella sustancia radiactiva llegara a extenderse por la Tierra o uno de sus planetas hermanos. Sin embargo, había un medio de destruirla. Los rayos de radio eran muy efectivos. El frío extremo era el ambiente natural de la niebla blanca; no obstante, se requería un alto grado de calor, casi al punto de ebullición del agua, para destruirla. Como era de suponer, el calor la dilataba.

Los pensamientos de Jasper recorrían los canales de la teoría científica. ¿Qué era aquella extraña vida? ¿Había nacido en el anillo de Saturno, o procedía de algún lejano rincón del universo? Probablemente era sempiterna e inmortal como los esferoides del anillo de Saturno o como Saturno mismo. ¿Acaso había habido vida en el satélite de Saturno antes de desintegrarse? ¿Acaso aquella niebla lechosa, que poseía existencia propia y se subdividía y fusionaba a voluntad, constituía la última etapa en la evolución de la vida en aquel satélite del pasado? Jasper no cesaba de pensar, sin embargo éstas eran las únicas teorías que podía discurrir, las cuales no eran más fantásticas que la materia viviente que le desafiaba y provocaba la elaboración de esas sesudas posibilidades.

Mantuvo la blanca niebla cuidadosamente confinada y, poco a poco, fue

perdiendo interés por ella. Conocía todo cuanto le era posible saber sobre aquella sustancia.

El tiempo transcurría cada vez con más lentitud. Jasper agotaba rápidamente los temas y motivos que podían despertar su interés. Y llegó al punto en que poco le importaba lo que pudiera sucederle en lo futuro. Se arriesgaba más que nunca, vagando cada vez más lejos, protegido por su traje espacial, entre los esferoides. Se sorprendió al descubrir que había desarrollado como un instinto para orientarse en el anillo de Saturno, y en dos ocasiones se atrevió a poner a prueba su capacidad, penetrando profundamente en las tinieblas que rodeaban a los esferoides hasta más allá de donde alcanzaban los débiles rayos de los reflectores de la nave. Contaba con la única iluminación que le proporcionaban las linternas de su traje espacial. Las dos veces retornó sin desviarse de su ruta y sin un instante de vacilación. Había llegado a un punto en que otorgaba muy poco valor a su vida. Incluso la posibilidad de un encuentro con la niebla blanca entre las lunas no le causaba temor alguno. Lo que más anhelaba era escuchar el sonido real de una voz humana y más que eso la proximidad y relación con la humanidad. La soledad en el anillo era terrible. Si tan sólo se hubiera encontrado en el espacio sideral, habría podido soportarlo mejor.

Entonces habría podido ver las estrellas, las mismas constelaciones cuya perspectiva no debía de diferir de manera notable desde la órbita de Saturno, que desde la de los demás planetas más cercanos al Sol. Él había conocido la soledad de los espacios cósmicos, pero siempre había gozado de la compañía de las resplandecientes estrellas en aquellas pasadas ocasiones. En el anillo de Saturno, era como estar enterrado bajo innumerables lápidas enormes, en la oscuridad de una inmensa tumba, en la cual le estaba permitido deambular.

Llegó a sentirse acompañado entre los mudos restos de los huesos calcinados de sus camaradas muertos, a bordo de la «City of Fomar», y se dio cuenta de que ansiaba unirse a ellos. Ése deseo se convirtió en una obsesión enfermiza, que Jasper se apresuró a alejar de su mente antes de que se agravara. Se encogió de hombros e hizo acopio de valor para enfrentar los acontecimientos y seguir viviendo.

Mientras su mente conservara el equilibrio y le quedase un ápice de cordura, estaba seguro de que no desfallecería.

El malhumor de Jasper, sin embargo, se fue acentuando. Llegó a alterar la paz de su sueño. Una noche, finalmente, no durmió en absoluto. La noche para Jasper era tan sólo el período de descanso de una estudiada ordenación terrestre.

Cada vez que apagaba las luces era de noche. En esta ocasión, empero, permaneció despierto todo el tiempo. Una desazón se posesionó de él; se trataba de

una sensación conocida, tan conocida que le obligó a escrutar las tinieblas en busca de alguna señal de la amenaza blanca. Pero ésta no se cernía sobre él, a menos que acechara escondida tras las lunas cercanas, y Jasper sabía que eso no cabía en su manera de comportarse. Sus nervios y su imaginación le estaban traicionando.

Sin embargo, un espantoso descubrimiento realizado durante las siguientes horas de vela le reveló la causa de su inquietud. Sus nervios y su imaginación no le habían traicionado. La blanca niebla estaba cerca, pero no en las proximidades de su refugio donde él la había buscado. Cuando fue al depósito de provisiones, se encontró con una enorme nube gris, que extendía el vaporoso pedúnculo hacia él. Los sobreexcitados nervios de Jasper estallaron ante el maligno descubrimiento. Salió corriendo del depósito de provisiones y aseguró la puerta de acero, obsesionado por la horrible visión de la niebla blanca invadiendo la seguridad de su refugio. El roto receptáculo donde había mantenido encerrada la muestra de vida radiactiva y los envases de comida aplastados y desparramados por el suelo contaban una muda y horrible historia. Aquella pequeña porción de vida había logrado fugarse, y luego devoró sus reservas de alimentos, asimilándolos, hasta adquirir aquellas peligrosas dimensiones. Había más sustancia radiactiva de la que él consideraba posible eliminar con un lanzarrayos de radio. Sólo lo intentaría como último recurso.

Logró dominarse. Debía deshacerse de aquella nube blanca. Decidió intentarlo, expulsando aquella sustancia del esferoide hacia el espacio, permaneciendo preparado con uno de los más poderosos lanzarrayos para el caso de que le fracasara el plan. Rechazó la idea de utilizar el lanzador de rayos dentro del refugio a menos que fuese necesario, pues su uso en la cámara compensadora de presión en la nave espacial había sido tan destructor como la niebla blanca.

Se puso el traje espacial, desconectó los generadores de aire y calor del refugio y procedió a abrir las dos compuertas de la cámara compensadora. Luego abrió la puerta que conducía al depósito de provisiones y esperó, de espaldas contra el rincón más alejado, con el lanzarrayos de radio preparado. El indeseable inquilino no apareció. Jasper lanzó una cauta mirada al interior y le vio suspendido sobre las cajas desparramadas de sus saqueadas provisiones alimentarias. Las latas aparecían aplastadas con restos del contenido que rezumaba. Jasper disparó una débil carga contra la masa gris. Ésta se agitó, se expandió, se elevó abandonando los objetos de su voracidad y envió serpentinas hebras exploradoras en busca de la fuente del azote agostador. Un glóbulo de la maligna sustancia se precipitó hacia la puerta, y Jasper retrocedió precipitadamente, con el lanzarrayos dispuesto. Desde el muro opuesto, observó cómo el fragmento de nube explorador se detenía en el umbral y lo examinaba con total independencia de la masa principal, que no emergió. Mientras miraba, Jasper vio aparecer más y más sustancia del depósito, hasta que comprendió que se había fusionado enteramente una vez más. Penetró en su habitáculo con

indolencia, como en plan de reconocimiento. De espaldas al muro, Jasper esperaba que se acercara a la abertura invitadora de la cámara de presión y recuperara la libertad a que estaba acostumbrada en el espacio. Pero también estaba preparado, por si avanzaba hacia él.

Jasper permanecía horrorizado y atento a los caprichos de la nube. Deseaba que se dirigiera al abierto pasadizo y se deslizase hacia el espacio. La vio moverse a lo largo del muro más cercano a la cámara de presión. Jasper volvió la vista hacia la puerta del depósito, donde flotaba indecisa una pequeña porción de la nube. Observó con atención la rezagada partícula. Cuando volvió a mirar la cámara de presión, su corazón latió con más fuerza, esperanzado. Una blanca hebra fluía a través de la abertura. Una porción avanzada de la nube había descubierto la salida. En más de una ocasión, Jasper se había preguntado qué clase de señales telepáticas debía de transmitir la materia fragmentada. Él creía que el resto de la nube gris sería advertida de aquella retirada hacia el espacio y que se uniría a la vanguardia de exploración. Aquélla porción que permanecía en el umbral del depósito se había fusionado con la masa principal.

De pronto le llamó la atención una desconcertante diferencia que percibió. La niebla que permanecía en la cámara de presión poseía el habitual blanco intenso que él conocía. La nube que se movía por la pared de la puerta del depósito era gris. Un incipiente horror se apoderó de él al comprender con estupor lo que sucedía, y el creciente aumento de volumen de la sustancia blanca en la cámara justificaba sus peores temores. Ésta no formaba parte de la nube gris del depósito. ¡Estaba introduciéndose en el refugio procedente del espacio y no saliendo de él! ¡El peligro blanco había vuelto! La nube gris del depósito, por algún misterioso medio de comunicación, había convocado a los fragmentos afines diseminados entre los esferoides del anillo... y la legión de la muerte había respondido.

Jasper se precipitó vacilando a la cámara compensadora de presión y trató de cerrarla ante las fuerzas destructoras que le amenazaban. Correspondiendo a estos rápidos movimientos de su parte, se produjo una intensa agitación en la niebla procedente del exterior, la cual se hinchaba y penetraba tan rápidamente que el lanzarrayos de Jasper, puesto en funcionamiento prestamente, no podía contenerla ni destruirla con la suficiente celeridad y en la cantidad necesaria como para que él pudiera llegar a cerrar las compuertas de la cámara de presión. Un muro blanco se expandió, descargando un poderoso golpe que lanzó a Jasper al otro lado de la estancia. La blanca niebla se le acercó con más lentitud mientras él se incorporaba y apretaba el gatillo del lanzarrayos, con la espalda apoyada en la pared.

Blancas lenguas letales saltaban hacia delante y le tocaban, provocando un frenesí de horror paralizante cada vez que el blanco gas rozaba tan sólo su traje espacial. Las radiaciones de radio desintegraban y destruían los blancos pedúnculos mientras la



masa principal avanzaba demoledoramente. Bañado en sudor, y exhausto, Jasper se debatía frenéticamente librando su batalla perdida. El delirio obnubilaba en parte su razón, pero de ninguna manera alteraba su eficiencia. Jasper blandía el lanzarrayos como un demonio demente en los abismos del infierno. Las radiaciones taladraban agujeros en la nube compacta y la rasgaba en tiras, pero en seguida se llenaba de nuevo. Los electrizantes contactos se hacían cada vez más frecuentes. A Jasper los brazos le pesaban como si fuesen de plomo. Sintió que se le debilitaban los sentidos y trató de resistir desesperadamente. Había momentos en que su visión se oscurecía, y la nube blanca parecía tornarse roja. De pronto le flaquearon las rodillas y se deslizó por la pared hasta quedar sentado en el suelo, mientras el lanzarrayos oscilaba más lentamente. La nube blanca se precipitó hacia donde había estado su cabeza instantes antes. El aliento entrecortado de Jasper silbaba como un escape de vapor dentro del casco del traje espacial.

Jasper no comprendía por qué la blanca niebla no acababa con él. Sus esfuerzos se volvían menos furiosos. Sus movimientos se tornaban mecánicos. Se sentía demasiado débil como para poder resistir mucho tiempo más. Comprendía lo que eso significaba, pero hasta su fuerza de voluntad clamaba por un descanso, un largo e infinito reposo. La niebla blanca parecía estar esfumándose. Estaba retrocediendo. Jasper pudo distinguir los objetos de su habitáculo. Vio cómo la blanca niebla se precipitaba rápidamente por la cámara de presión, y se quedó vagamente sorprendido. Su mente quedó en blanco y las fuerzas abandonaron su exhausto cuerpo. El lanzarrayos se desprendió de sus dedos inertes, su energía letal se extinguió al cesar la presión sobre el gatillo.

Jasper nunca supo cuánto tiempo permaneció tendido bajo la sola protección de su traje espacial, fácil presa en el caso de regresar la niebla blanca. El frío glacial del espacio había invadido el refugio. Las luces aún estaban prendidas. Tanto la compuerta exterior como la interior de la cámara de presión permanecían abiertas.

Al recobrar el sentido, Jasper miró a su alrededor. Se levantó y se dirigió trastabillando hasta el umbral de la puerta del depósito. Echó una mirada al interior. La amenaza blanca había desaparecido completamente. Sin embargo, eran muy escasas las provisiones que quedaban. La muerte por inanición era inevitable. A pesar de todo, Jasper se sentía contento. Prefería morir de cualquier otra manera.

Con lentitud, deambuló por el refugio en su traje espacial efectuando reparaciones provisionales.

No cesaba de preguntarse por qué la niebla blanca había abandonado el refugio y sus alrededores de manera tan súbita, pero había muchos misterios inexplicables respecto de la extraña sustancia que escapaban a su comprensión.

De pronto suspendió su tarea de soldar y fundir. Unas luces brillaron en el exterior de su refugio. Él no había conectado los reflectores de la nave abandonada, y

no comprendía qué podía haberlos encendido. Miró a través de la doble compuerta de la cámara de presión. Otra nave espacial se desplazaba al costado de la «City of Fomar». Indescriptibles emociones dominaban a Jasper mientras penetraba temblando en su cámara compensadora de presión y cerraba la compuerta interior.

Una explicación al extraño comportamiento de la niebla blanca cruzó velozmente por su mente. Cuando aquella nave desconocida entró en el anillo, se produjo una perturbación de mayor envergadura. La niebla blanca se había despertado y descendido hacia la nave abandonada y el refugio... y se alejó al aproximarse la nave espacial con el fin de atacar lo que ejercía una mayor atracción. Jasper comprobó, sin embargo, que ninguna clase de niebla acompañaba a la nave desconocida.

Bregó torpemente con la puerta exterior y la abrió. Dándose impulso con sus pies, atravesó con celeridad el vacío que le separaba del costado de la nave espacial.

Encontró la compuerta externa de la cámara compensadora de presión atractivamente abierta. Un chorro de aire era inyectado al compartimiento donde él entró. Rostros, seres humanos, le contemplaban con simpatía y estupefacción. Se abrió la compuerta interior, y un hombre le ayudó a sacarse el casco espacial que pesaba sobre sus desgreñados cabellos grises. Jasper Jezzan contemplaba ávidamente los rostros de los hombres agrupados en torno de él, demasiado sobrecogidos momentáneamente para poder hablar. Con lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, al fin logró encontrar su voz.

—¡Gente! —exclamó, trémulamente—. ¡Seres humanos! ¡Seres de carne y hueso al fin!

# **El abismo**

*Robert A. W. Lowndes*

Sacamos el cuerpo de Graf Norden envueltos por la noche de noviembre, bajo las estrellas que resplandecían con un brillo tan terrible que resultaba insoportable, y condujimos el auto enloquecidos, frenéticamente, por la carretera que subía hacia lo alto de la montaña. El cadáver debía ser destruido a causa de los ojos que no querían cerrarse, sino que parecían mirar fijamente algún objeto situado detrás del observador; el cadáver que había perdido toda la sangre sin que presentara la más ligera traza de una herida; el cadáver cuya carne estaba cubierta de marcas luminosas, de arabescos que se desplazaban y cambiaban de forma ante nuestros ojos. Encajamos el rígido cuerpo que había sido Graf Norden tras el volante, pusimos una mecha en el tanque de gasolina, la encendimos y luego empujamos el vehículo hasta el borde del camino, desde donde se precipitó envuelto en llamas hacia la ruta principal: un meteorito flamígero.

No fue hasta el día siguiente que nos dimos cuenta del hecho que todos habíamos estado bajo el poder hipnótico de Dureen..., hasta yo lo había olvidado. De no ser así, ¿cómo habiéramos podido actuar tan alocadamente? A partir del instante en que se encendieron las luces de nuevo, y vimos lo que, un momento antes, había sido Graf Norden, fuimos como vagas, irreales figuras deambulando por un sueño. Lo olvidamos todo salvo las mudas órdenes que nos fueron impartidas mientras contemplábamos cómo el auto llameante se estrellaba contra el asfalto inferior, mientras observábamos su destrucción, y luego nos dirigíamos con paso incierto cada cual a su casa. Cuando, al día siguiente, recobramos parcialmente la memoria y buscamos a Dureen, éste había desaparecido. Y, como sea que apreciábamos nuestra libertad, no contamos a nadie lo que había sucedido, ni tratamos de averiguar hacia qué ignotos dominios se había esfumado Dureen. Sólo deseábamos olvidar.

Pienso que yo probablemente hubiera olvidado si no hubiese vuelto a echar una ojeada a la *Canción de Ysté*. Los demás, con interés creciente, han tendido a considerarlo como una ilusión, pero yo no puedo. Una cosa es leer libros como el *Necronomicón*, el *Libro de Eibon* o la *Canción de Ysté*, y otra muy distinta cuando la propia experiencia nos confirma algunas de las cosas que en ellos se relatan. Encontré uno de tales párrafos en la *Canción de Ysté* y no seguí leyendo. El volumen, junto con los demás libros de Norden, aún está en mi biblioteca; no lo he quemado. Pero no creo que lo vuelva a leer jamás...

Conocí a Graf Norden en 193..., en la universidad Darwich, en la clase de historia medieval y del Renacimiento temprano del doctor Held, que era más bien un estudio del pensamiento metafísico y el ocultismo.

Norden demostraba un gran interés; había realizado más de una incursión en las ciencias ocultas; en especial, le fascinaban los escritos y documentos de una familia de adeptos llamada Dirka, cuyo linaje se remonta a los días de la era preglacial. Ellos, los Dirka, vertieron la *Canción de Ysté* de su forma legendaria a las tres grandes

lenguas de las culturas primigenias, y luego al griego, latín, árabe e inglés medio.

Le dije a Norden que deploraba el ciego desdén con que el mundo consideraba a las ciencias ocultas, pero que nunca había investigado el tema en profundidad. Me contentaba con ser un espectador, dejando que mi imaginación vagara a voluntad por las principales corrientes de ese oscuro río; deslizarme por la superficie era suficiente para mí..., raras veces realizaba una inmersión ocasional hacia las profundidades.

Como poeta y soñador, ponía buen cuidado en no perderme entre las tinieblas de las pozas donde retozaba..., uno siempre podía emerger para encontrar un cielo azul y calmo y un mundo que no creía en esas realidades.

En el caso de Norden, era diferente. Él ya comenzaba a tener dudas, según me comentó. Se trataba de un camino difícil de recorrer; había peligros espantosos, ocultos a lo largo de todo el recorrido; a menudo eso era tan cierto que el caminante no los descubría hasta que ya era demasiado tarde. Los terráqueos no habían avanzado mucho por la vía de la evolución; muy inexpertos aún, su falta de conocimiento, como raza, constituía una poderosa valla contra los pocos de sus congéneres que buscaban adentrarse por desconocidos caminos. Norden hablaba de mensajeros del más allá y citaba oscuros pasajes del *Necronomicón* y la *Canción de Ysté*. Se refería a seres extraños, entidades terriblemente inhumanas, imposibles de comprender de acuerdo con los cánones humanos o de ser combatidos de manera efectiva por la humanidad.

Dureen hizo su aparición en esa época. Un día entró en el aula durante el curso de una conferencia; más tarde, el doctor Held nos lo presentó como un nuevo miembro de la clase, procedente del extranjero. Había algo en Dureen que despertó inmediatamente mi interés. No logré determinar a qué raza o nacionalidad podía pertenecer...; era lo que podría decirse bello, cada uno de sus movimientos poseía gracia y ritmo. Sin embargo, bajo ningún aspecto podía considerarse afeminado.

El hecho que la mayoría de nosotros le eludiera, no le perturbaba en absoluto. Por mi parte, ello se debía a que no me parecía real, pero, en el caso de los demás, probablemente se debiera a su carencia total de sentimiento. Hubo una vez, por ejemplo, en que, estando en el laboratorio, le estalló una probeta ante la cara, y varios fragmentos se le clavaron en la piel. Él no dio la más leve muestra de dolor, rehusó todas las expresiones de atención de parte de algunas jóvenes y procedió a continuar con su experimento en cuanto el médico terminó de atenderle.

El acto final comenzó una tarde, cuando conversábamos acerca de la sugestión y el hipnotismo, y discutíamos las posibilidades prácticas de la materia. Colby presentó un argumento extraordinariamente ingenioso en contra, consideró ridículo asociar los experimentos en transmisión de pensamiento o telepatía con la sugestión y llegó a la conclusión final que el hipnotismo (al margen de los medios mecánicos de inducción) era imposible.

Fue al llegar a este punto cuando Dureen intervino. Lo que él dijo, no puedo recordarlo, pero todo concluyó con un desafío directo a Dureen para que demostrara sus asertos. Norden permaneció callado durante el curso de este debate; estaba más bien pálido y trataba, según pude notar, de hacerle una señal de advertencia a Colby.

Ésa noche fuimos cinco los que nos reunimos en casa de Norden: Granville, Chalmers, Colby, Norden y yo. Norden fumaba un cigarrillo tras otro, se mordía las uñas y hablaba solo en voz baja. Sospeché que algo anormal estaba sucediendo, pero de qué se trataba, no tenía la menor idea. Luego llegó Dureen, y la conversación, si así puede llamarse, cesó.

Colby repitió su desafío, diciendo que había convocado a los demás para asegurarse de la no utilización de trucos de escenario. No se podían utilizar espejos, luces ni cualquier otro medio mecánico para provocar la hipnosis. Debía basarse por completo en la fuerza de voluntad. Dureen asintió, corrió la cortina, y luego, volviéndose, dirigió su mirada a Colby.

Nosotros le observábamos, esperando que hiciera algunos movimientos o pases con sus manos y pronunciase alguna orden: él no hizo ni lo uno ni lo otro. Fijó su mirada en Colby, y éste se puso rígido como si hubiese sido fulminado por un rayo; acto seguido, con la mirada perdida en el vacío ante él, se puso lentamente en pie, permaneciendo en la angosta franja negra que corría en diagonal a través del centro de la alfombra.

Mi memoria regresó al día en que había sorprendido a Norden en el acto de destruir unos papeles y aparatos, éstos contruidos, con toda la ayuda que pude brindarle, en un lapso de varios meses. Sus ojos poseían una terrible expresión, y no pude vislumbrar la sombra de una duda en ellos. Poco tiempo después de este evento, Dureen había hecho su aparición: me pregunté si ambos hechos podían tener alguna relación.

Salí bruscamente de mi ensimismamiento al oír el sonido de la voz de Dureen, al ordenarle a Colby que hablara, que nos dijese dónde se hallaba y qué veía a su alrededor. Cuando Colby obedeció, fue como si su voz nos llegase de una gran distancia.

Se encontraba, dijo, en un estrecho puente tendido sobre un pavoroso abismo, tan vasto y profundo que él no podía distinguir el fondo ni sus límites. Detrás de él, este puente se extendía hasta perderse en una neblina azulada; al frente, continuaba hasta lo que parecía una meseta. Colby no se atrevía a moverse debido a la angostura de la senda, pero comprendía que debía tratar de llegar a la planicie antes que el vértigo que le causaban las profundidades que se abrían debajo de él le hiciera perder el equilibrio.

Experimentaba una extraña pesadez, y hablar le demandaba un gran esfuerzo.

Al enmudecer la voz de Colby, todos mirábamos fascinados la estrecha franja

negra en la alfombra azul. Aquello, entonces, era el puente sobre el abismo..., pero ¿qué podía causar la ilusión de profundidad? ¿Por qué su voz parecía venir de tan lejos? ¿Por qué sentía aquella pesadez? La planicie debía ser la mesa de trabajo situada en el otro extremo de la habitación: la alfombra llegaba hasta una especie de tarima sobre la cual estaba colocada la mesa de Norden, cuya superficie se levantaba a unos dos metros del suelo. Colby ahora comenzó a caminar con lentitud por la franja negra, moviéndose con extremo cuidado, al igual que una figura proyectada en cámara lenta.

Sus miembros parecían pesados; respiraba en forma agitada.

Entonces Dureen le ordenó que se detuviera y mirase al fondo del abismo con precaución, y que nos contara lo que allí viese. En aquel momento, nosotros examinábamos de nuevo la alfombra, como si jamás la hubiésemos visto y no supiéramos que no presentaba motivo decorativo alguno, salvo aquella única franja negra en la que ahora Colby se encontraba de pie.

Escuchamos de nuevo su voz. Dijo, al principio, que nada veía en el abismo bajo sus pies. Luego se le cortó la respiración, se tambaleó y casi perdió el equilibrio. Vimos que el sudor le cubría la frente y el cuello, empapando su camisa azul. Había cosas en el abismo, nos contó con roncós acentos en la voz, grandes formas que eran como burbujas de absoluta negrura, pero que estaba seguro que ellas tenían vida. De la masa central de su ser, Colby veía surgir tentáculos fibrosos, increíblemente largos. Se movían hacia delante y hacia atrás..., en sentido horizontal, pero, aparentemente, no podían desplazarse en dirección vertical.

Pero las cosas no estaban todas en el mismo plano. Cierto era que sus movimientos se producían sólo horizontalmente en relación con su posición, pero algunas se encontraban en sentido paralelo a él y algunas en diagonal. A lo lejos podía distinguir cosas en posición perpendicular. Ahora parecía haber muchas más que las que él suponía. Las primeras que había visto estaban muy lejos, en el fondo, ajenas a su presencia. Pero éstas le percibían y estaban tratando de alcanzarle. Ahora se movía más rápidamente, nos dijo, pero para nosotros aún caminaba con lentitud.

Miré de soslayo a Norden; él también sudaba profusamente. Entonces se levantó y, acercándose a Dureen, le habló en voz baja para que ninguno de nosotros pudiera oírle.

Comprendí que se refería a Colby y que Dureen no quería acceder a lo que Norden le pedía. Luego me olvidé momentáneamente de Dureen al escuchar de nuevo la voz de Colby, que temblaba de espanto. Las cosas extendían sus tentáculos hacia él. Se elevaban y caían por todas partes; algunas muy alejadas; otras horriblemente cercanas.

Ninguna había encontrado el plano exacto en que él pudiera ser capturado; los ávidos tentáculos no le habían tocado, pero aquellos seres ahora sentían su presencia,

estaba seguro de ello. Y temía que tal vez pudiesen alterar sus planos a voluntad, aunque parecía que actuaban a ciegas, pues aparentemente eran seres bidimensionales. Los tentáculos que se proyectaban hacia él eran fibras totalmente negras.

Una terrible sospecha se despertó en mí, al recordar algunas de las primeras conversaciones con Norden, y rememoré ciertos pasajes de la *Canción de Ysté*. Intenté levantarme, pero mis miembros carecían de fuerza: sólo podía permanecer irremediablemente sentado y mirar. Norden todavía seguía hablando con Dureen, y vi que estaba muy pálido. Pareció retirarse..., luego se volvió y se dirigió a un armario, extrajo un objeto y se acercó a la franja de la alfombra sobre la que Colby estaba de pie.

Norden hizo un movimiento de asentimiento a Dureen, y entonces vi lo que tenía en la mano: era un poliedro de aspecto cristalino. Poseía, sin embargo, un resplandor que me causó un sobresalto. Desesperadamente traté de recordar el significado del objeto..., pues yo sabía..., pero mis pensamientos eran interrumpidos, según parecía, por alguna fuerza y, cuando Dureen posó su mirada en mí, hasta la misma habitación pareció oscilar.

Una vez más se hizo audible la voz de Colby, esta vez preñada de desesperación.

Temía no poder llegar nunca a la planicie. (En rigor, se encontraba a un metro y medio escaso del final de la franja negra y de la tarima sobre la cual descansaba la mesa de trabajo de Norden). Las cosas, decía Colby, estaban más cerca ahora: una masa de tentáculos entretejidos acababa de rozarle el cuerpo.

Entonces nos llegó la voz de Norden; también parecía provenir de muy lejos. Me llamó por mi nombre. Aquello era algo más, dijo, que simple hipnotismo. Se trataba..., pero entonces su voz se debilitó y percibí el poder de Dureen ahogando el sonido de sus palabras.

De cuando en cuando, lograba distinguir una frase o unas pocas palabras inconexas. Pero, de todo ello, pude colegir lo que estaba sucediendo.

Se trataba en realidad de un viaje transdimensional. Nosotros sólo nos imaginábamos que veíamos a Norden y a Colby de pie en la alfombra..., o quizás era mediante la influencia de Dureen.

La dimensión sin nombre era el habitat de aquellos seres de sombra. El abismo, y el puente sobre el cual se encontraban los dos, eran ilusiones creadas por Dureen.

Cuando lo que Dureen había planeado hubiera concluido, nuestras mentes serían exploradas, y nuestros recuerdos condicionados de tal manera que sólo rememoraríamos lo que Dureen quisiera que recordáramos. Norden había conseguido llegar a un acuerdo con Dureen, acuerdo que él debería respetar; como consecuencia, si ambos llegaban a la planicie antes que les tocaran aquellos seres, todo estaría en orden. Si no... Norden no especificó qué sucedería, pero dio a entender que les



perseguirían al igual que el cazador persigue a su presa. El poliedro contenía un elemento que repelía los extraños seres de sombra.

Norden estaba a corta distancia detrás de Colby; nosotros podíamos verle apuntando con el poliedro. Colby habló de nuevo, diciéndonos que Norden se había materializado a sus espaldas, y que había traído consigo una especie de arma con la cual podía mantener a distancia a los extraños seres.

Entonces Norden me llamó por mi nombre, pidiéndome que me hiciese cargo de sus pertenencias si no regresaba y que buscara lo que decía sobre los *adumbrali* la *Canción de Ysté*. Con lentitud, él y Colby avanzaron hacia la tarima y la mesa. Colby iba a pocos pasos delante de Norden; luego se trepó a la tarima y, con la ayuda de su compañero, logró ganar la mesa. Después trató de dar una mano a Norden, pero, cuando éste subía a la tarima, súbitamente se puso rígido, y el poliedro se desprendió de sus manos. Frenéticamente intentó arrastrarse hacia la mesa, pero una fuerza extraña le atrajo hacia atrás, y yo supe que estaba perdido...

Oímos un solo grito de angustia, y luego las luces de la habitación palidieron y se apagaron. Sea cual fuere el poder que nos tenía dominados, en aquel instante perdió su fuerza; dimos vueltas por la estancia como enloquecidos, tratando de encontrar a Norden, a Colby y el interruptor de la luz. Luego, de pronto, las luces se encendieron de nuevo, y vimos a Colby sentado en la mesa, como mareado, mientras que Norden yacía en el suelo. Chalmers se inclinó sobre su cuerpo, en un intento de resucitarle, pero al constatar el estado de los restos de Norden, se puso tan histérico que tuvimos que dejarle desvanecido de un golpe para que se callara.

Colby nos siguió como un autómatas, aparentemente sin saber lo que había sucedido. Sacamos el cuerpo de Graf Norden envueltos por la noche de noviembre y lo destruimos con el fuego; más tarde le explicamos a Colby que había sufrido un ataque cardíaco mientras conducía por la ruta de la montaña; el auto se precipitó al vacío, y el cadáver de Norden se incineró en el holocausto.

Posteriormente, Chalmers, Granville y yo nos reunimos con el fin de buscar una explicación racional a cuanto habíamos visto y oído. Después de recobrar el conocimiento, Chalmers permaneció sereno y nos ayudó a llevar a cabo la espeluznante misión en lo alto de la montaña. Ninguno de los dos, según pude averiguar, había oído la voz de Norden después que se unió a Colby en el supuesto estado hipnótico.

Tampoco recordaban haber visto objeto alguno en la mano de Norden.

Pero, en menos de una semana, aun esos recuerdos se habían desvanecido de sus mentes. Creían sin lugar a dudas que Norden había muerto en un accidente luego de un intento frustrado de parte de Dureen de hipnotizar a Colby. Con anterioridad, su explicación había sido que Dureen mató a Norden, por razones que no conocían, y que nosotros fuimos, inconscientemente, sus cómplices. El experimento hipnótico

había servido de pretexto para reunimos a todos y contar con un medio para deshacerse del cadáver. Que Dureen había logrado hipnotizarnos, ellos no lo dudaban entonces.

Hubiera sido inútil contarles lo que descubrí unos pocos días más tarde, lo que llegué a extraer de las notas de Norden, en las que explicaba la llegada de Dureen.

Tampoco hubiera servido de mucho leerles fragmentos de la *Canción de Ysté*, traducidos a un inglés comprensible para ellos.

*«... y éstos no eran sino los adumbrali , las sombras vivientes, seres de increíble poder y malignidad, que moran fuera de los velos del espacio y el tiempo tal como nosotros los conocemos. Su diversión consiste en atraer a sus dominios a los habitantes de otras dimensiones, con quienes practican horribles juegos y múltiples engaños...»*

*«... Pero más horrendos que ellos son los inquisidores que envían a otros mundos y dimensiones, seres que ellos mismos han creado, otorgándoles la apariencia de aquellos que residen en cualquier dimensión o en cualquiera de los mundos a donde se les manda...»*

*«... Éstos inquiridores pueden ser identificados tan sólo por los adeptos, para cuyos avezados ojos la extraordinaria perfección de su forma y movimientos, su rareza y el aura de extranjería y de poder que les envuelve constituyen un sello infalible...»*

*«... El sabio Jhalkanaan nos habla de uno de esos inquiridores que engañó a siete sacerdotes de Nyaghoggua, al desafiarles a un duelo en las artes del hipnotismo. Más adelante nos cuenta cómo dos de ellos cayeron en la trampa y fueron entregados a los adumbrali ; sus cuerpos fueron devueltos una vez que los seres de sombra hubieron terminado con ellos...»*

*«... Lo más curioso de todo fue el estado en que se encontraban los cadáveres: a pesar de haberles sido extraído todo fluido, no presentaban trazas de herida alguna, ni siquiera la más leve. Pero lo más horroroso eran los ojos, que no podían cerrarse, y parecían mirar fijamente, con desasosegada expresión, más allá del observador, y las extrañamente luminosas marcas en la carne muerta, los curiosos arabescos que parecían moverse y cambiar de forma ante los ojos del testigo...»*

**FIN**

# **Allá arriba**

*Dónald A. Wollheim*

*Corresponde que ésta y la narración anterior aparezcan una a continuación de la otra. El relato de Lowndes se publicó en la revista de Wollheim, y este de Wollheim apareció en la de Lowndes.*

*Donald Alian Wollheim era dos años mayor que Lowndes. Hijo de un médico, nació en Nueva York un jueves, 1.º de octubre de 1914. Descubrió la ciencia–ficción en la primera época de «Science & Invention», y no tardó en convertirse en cultor de las letras. Su primera colaboración retribuida, *The Man from Ariel* (El hombre de Ariel), apareció en el número de «Wonder Stories» correspondiente al mes de enero de 1934, cuando él tenía diecinueve años. Wollheim posteriormente se malquistó con «Wonder» por la cuestión de la Science Fiction League, y *The Space Lens* (Las lentes del espacio), que luego sometió a la consideración de la revista, se publicó bajo el seudónimo de Millard Verne Gordon.*

*Al igual que Lowndes, Wollheim es en todos los aspectos un autor–editor. De su revista y actividades editoriales nos hemos ocupado ya en la introducción, por cuyo motivo ahora sólo consideraremos su labor como escritor. Tras esta historia se oculta una personalidad particularmente interesante que ejerció una firme influencia. En el texto el lector encontrará referencias a las obras de Charles H. Fort, a quien ya nos hemos referido en la introducción.*

*Charles Hoy Fort (1874–1932) causó un considerable efecto en los escritores de ciencia–ficción, aunque él nunca cultivó el género. Lo que Fort hizo fue reunir todas las noticias inexplicables que podía desenterrar. Años y años de investigación dieron como fruto un proyecto, y los resultados copiados se publicaron en cuatro libros: *The Book of the Damned* (El libro de los malditos) (1919), *New Lanas* (Tierras nuevas) (1923), *Lo!* (¡He aquí!) (1931) y *Wild Talents* (Talentos extravagantes) (1932). Tremaine señaló *Lo!* en «Astounding», pero la obra que ejerció más influencia fue *The Book of the Damned*, debido principalmente a las conclusiones que extrajo Fort, como por ejemplo que somos dominados por seres extraterrestres. Ésta teoría engendró un gran número de argumentos, y Edmond Hamilton así lo reconoció al escribir sus relatos *The Space Visitors* (Los visitantes del espacio) («Air Wonder», marzo de 1930) y *The Earth Owners* (Los propietarios de la Tierra) («Weird Tales», agosto de 1931). Ello culminó con *Sinister Barrier* (Barrera*

siniestra), de Eric Frank Russell.

En *Allá arriba* se nos habla de la refutación de la astronomía por parte de Fort, uno de los temas menos tratados en la ciencia-ficción, si bien *Set Your Course by the Stars* (*Guíate por las estrellas*) («*Astounding Stories*», mayo de 1935) de Eando Binder constituye un temprano ejemplo. Una Fortean Society fundada en 1931, y que aún existía en 1951, vituperaba a los científicos por sus pretensiones fraudulentas de haber puesto un satélite en órbita. El hecho de que Fort sacara conclusiones erróneas de su cúmulo de eventos, no refuta el de que éstos resultan todavía hoy inexplicables. Más recientemente autores como Erich Von Daniken en *El mensaje de los dioses* y Andrew Tomas en *We Are Not the First* (*No somos los primeros*) han realizado una excelente tarea al extraer sus propias conclusiones de extraños hechos similares, pero Fort fue el primero en intentarlo.

En la actualidad, Wollheim es el extraordinariamente próspero editor de los libros DAW en Nueva York, pero durante muchos años fue el director de Ace Books, así como el responsable de que la firma formulara un programa de ediciones de ciencia-ficción. También fue el instrumento que contribuyó a difundir las antologías del género, al compilar la primera edición en rústica en 1943.

Por cierto, es digno de mención que el relato *Mimic* (*Imitación*) de Wollheim es el que más veces se ha reeditado en revistas. Apareció por primera vez en el número de diciembre de 1942 de «*Astounding Stories*», por aquel entonces bajo la dirección de Alden Norton. Cuando en 1947 Wollheim se convirtió en director de «*Fantasy Reader*» para Avon Books, desenterró el relato y lo incluyó en el tercer número, que apareció en junio de ese año. Poco tiempo después, Alden Norton, ahora supervisor general de «*Fantastic Novels*», desempolvó el relato por tercera vez en el número de septiembre de 1950. Como si eso fuera poco, Chester Whitehorne, al tratar de lanzar una revista integrada por reimpressiones, «*Science Fiction Digest*», incluyó la narración en el segundo número, correspondiente a la primavera de 1954.

Al cabo de solamente un año, Wollheim la hizo figurar en su antología de ciencia-ficción *Terror in the Modern Vein*, publicada por Hanover House en 1955. Cinco apariciones en menos de trece años, la convierten en una de las narraciones más omnipresentes de los primeros tiempos de la ciencia-ficción. De no haber sido por ello, la habría incluido en esta antología, puesto que es un relato excelente. Sin embargo, *Allá arriba* bien merece un segundo puesto en la clasificación, y nunca había aparecido en forma de libro... hasta ahora.

Creo que nunca supe cómo podía ser un individualista a carta cabal hasta que llegué a la granja de mi tío Ephraim para restablecerme después de haberme salvado en el mar. Había sido torpedeado a bordo de uno de los buques de carga de un convoy que se dirigía a Inglaterra, me habían rescatado luego de nadar interminablemente en las aguas heladas del mar y había abandonado el hospital de Boston al cabo de dos semanas de recibir instrucciones de que descansara durante más o menos un mes antes de presentarme de nuevo para entrar en servicio otra vez. Así llegué a la granja de mi tío en New Hampshire.

La imagen que conservaba de mi tío, de cuando le había visitado de muchacho, era la de un viejo terco y pendenciero. Comprobé que mis recuerdos no me habían engañado. Era pendenciero, era un viejo terco y adoptaba las actitudes y defendía las ideas más extravagantes que hubiera oído jamás. Pero no diré que estaba loco..., no, eso yo no lo afirmaré. No me atrevería a hacerlo después de lo que presencié la última noche en relación con la estrella polar.

Cuando abandoné la carretera para dirigirme a la vetusta granja con el maletín en la mano, no vi a nadie. La vieja pero sólida edificación, así como el aspecto próspero de los campos, me impresionaron; todo tenía un aspecto recio y sustancial. Pero no había un alma a la vista. De alguna parte me llegaba el ruido de martillazos, por lo que decidí dar la vuelta a la granja para comprobar de dónde provenían. En efecto, allí estaba el tío Eph en lo alto de una escalera apoyada contra un resplandeciente avión plateado, clavando burletes en los resquicios de la cabina cerrada con vidrios. Cuando me di cuenta de que en el casco había la esvástica y la cruz de Malta de la Luftwaffe alemana y que se trataba de hecho de un bombardero nazi, se me cayó el maletín de la mano y me quedé mirando con la boca abierta.

—En boca cerrada no entran moscas —me espetó mi tío con su voz acerada—. ¿Nunca viste un avión?

—Pero es un avión nazi —argüí—, ¿y qué hace usted con él?

Mi tío dejó de martillar por un instante y me dirigió una mirada de desaprobación. Lanzó un chorro de jugo de tabaco hacia el suelo, desplazó la mascada hacia la otra mejilla y replicó:

—No, no es un avión nazi... Lo era, que es algo muy distinto. Ahora es mi avión y haré con él lo que me plazca, sin que tenga que darte cuentas a ti.

Me acerqué y examiné el aparato. Estaba en muy buen estado; aparentemente, en perfectas condiciones. Mi tío concluyó su tarea y bajó de la escalera. Vino hacia mí, frotándose las manos con un trozo de trapo.

—Es hermoso, ¿no? —dijo—. Uno de los aviones que bombardeó Nueva York la otra semana. Se le agotó el combustible y aterrizó tan suavemente como un pájaro en mis tierras, hasta donde lo ves ahora.

—¿Qué le pasó a la tripulación? —inquirí.

Los ojos de mi tío relampaguearon, y escupió otro chorro de zumo de tabaco.

—Les pegué un tiro —contestó—. Nadie puede entrar en mi propiedad sin permiso.

Masticó pensativamente y prosiguió:

—Esperé que descendieran; era por la mañana temprano y espantaron mis gallinas, que corrían como diablos. Les llené de plomo desde la ventana de atrás con mi viejo rifle de cazar osos. No desperdicié una sola bala: uno, dos, tres, cuatro, así...

Escupió cuatro veces seguidas.

Los ojos del viejo chiflado eran transparentes como un cristal. Maldito sea, no podía dudar ni un instante que lo había hecho.

—¿Qué hizo usted con los cadáveres?

—¿Qué te parece que podía hacer con ellos? —me espetó, malhumorado—. Les enterré detrás del granero; no soy un caníbal.

Antes de que yo pudiese agregar una palabra más, empezó a caminar ágilmente hacia la casa.

—Entra y comerás un bocado. Supongo que debes de tener hambre.

Le seguí al interior de la granja. Su casera, una vieja solterona sorda, probablemente tan estrambótica como él, me saludó con un solo movimiento de cabeza y me acompañó para mostrarme mi cuarto. Me lavé y volví a bajar. Mi tío no me había esperado y ya estaba engullendo su comida con placer. Se mantenía en gran forma, para la edad que tenía.

Después de comer un poco, le pregunté algo que se me había ocurrido.

—¿Nadie puso objeción a que se quedara con el avión?

—Alguien lo hizo —repuso—; pero de poco les sirvió.

Tomó otro bocado y luego añadió:

—Lo que cae del cielo o se encuentra en mi tierra me pertenece. Ésa es la ley. El comisario trató de convencerme de que debía entregar el aparato al gobierno. ¡Diablo, no! Que no me vengan con ésas. Yo pago mis impuestos, no le debo nada al gobierno y el gobierno jamás me regala nada, así que tampoco tengo intención de regalarle nada a él. Además, ese aparato pienso utilizarlo yo.

—Pero usted no sabe volar —objeté—, si no ha pilotado un avión en su vida.

Antes de contestar, acabó de comer lo que le quedaba en el plato. Luego se recostó en el respaldo de la silla y extrajo su pipa de tusa de maíz.

—¿Quién le enseñó a volar a Wilbur Wright? —me preguntó—. Vamos, respóndeme a eso.

Yo no supe qué responderle, y él continuó:

—No soy más estúpido que el joven Wright. Tengo libros, sé leer y poseo mejor vista y más lucidez que muchos. Diablos, por supuesto que puedo volar en ese artefacto. Las lecciones son para los indecisos.

—¿Hacia dónde piensa volar? —le pregunté.

—Por los clavos de Cristo, eres un jovencito curioso y preguntón, ¿no es cierto? Pero supongo que así debe ser puesto que llevas mi propia sangre. Bueno, ya que lo has preguntado, te lo diré. Voy a volar hacia el firmamento para ver qué pasa por allá arriba.

Se me cortó la respiración y casi me atraganté con la comida.

—¿Có... cómo? ¿Qué quiere decir con eso de volar hacia «el firmamento»? No puede hacer eso, es imposible.

Los ojos de mi tío centellearon, y meneó tristemente la cabeza.

—Estás tan ofuscado como todos los demás, ¿no? Nunca has usado la cabeza más que para ponerte el sombrero. Supongo que piensas que no puedo volar tan alto como a mí se me ocurra, ¿no es así?

Terminé de comer antes de responderle. Luego eché la silla hacia atrás, dispuesto a averiguar qué se le había metido en la cabeza al viejo chivo.

—No, no puede —le espeté—. Más allá de los treinta kilómetros no encontrará aire suficiente para que se sustente el avión. Después de los mil seiscientos kilómetros no hay atmósfera y no hay sitio a donde pueda dirigirse a menos de trescientos mil kilómetros.

Todo eso no le impresionó en absoluto.

—¡Patrañas! —exclamó—. ¡Disparates! ¿Estuviste alguna vez a treinta kilómetros de la Tierra?

—¡No —repliqué—, y usted tampoco!

—¡Ni nadie, jovencito! —ladró—. Así que no creas ni una palabra de lo que te cuenten todos esos charlatanes sabelotodo. Y nadie ha estado tampoco a mil seiscientos kilómetros para afirmar que no hay atmósfera, ni nadie ha efectuado medición alguna en el firmamento.

—Pues claro que sí —grité—. Los astrónomos han calculado todas las distancias.

—¡Los astrónomos! —exclamó despectivamente—. ¿Conoces alguno? No. Y yo tampoco. Y ninguno de ellos ha estado allá arriba para comprobarlo y ninguno de ellos está dispuesto a subir para comprobarlo. ¡Astrónomos! ¡Bah! ¡Farsantes!

—Lo comprobaron mediante telescopios y cámaras y cálculos matemáticos —retuqué en defensa de la astronomía.

—Hace quinientos años, demostraron que la Tierra era plana y ello no probó nada. No me hables de matemáticas, jovencito. Los números son algo de que se valen los políticos para engañar a los ciudadanos honestos. ¿Puedes calcular una órbita o estimar la distancia de una estrella?

—No, carezco de los conocimientos necesarios —repuse.

—No puedes hacerlo tú ni nadie, porque no es posible calcularlo. No existe órbita alguna y todas las estrellas se encuentran a la misma distancia.



—¿Qué? —exclamé—. ¿Cómo puede afirmar eso?

—¿Y por qué no? —replicó el tío Eph—. Toda la vida te enseñan un hato de mentiras hasta que los árboles no te dejan ver el bosque. ¿Por qué las estrellas tienen que estar situadas a diferente distancia? ¿Por qué no pueden estar a la misma distancia y ser solamente de distinto tamaño? Durante años esos charlatanes sabelotodo han estado engatusando a la gente con esos disparates fantásticos para vivir a costa de los patanes. Cada vez que la gente comienza a preguntarse por qué tienen que seguir fundando universidades y observatorios, los viejos buitres se reúnen y salen con el anuncio de algún nuevo planeta o cualquier otra idea absurda, o tal vez amplían el universo unos cuantos trillones de kilómetros o lo comprimen un poco... o quizá se inventan una cuarta dimensión y ofuscan a la gente de esa manera. ¡Patrañas! ¡Majaderías y disparates! Confunden y aturden tanto a la gente, que nadie puede pensar con claridad. Pero a mí no me engañan, ni por un minuto.

—Pero es lógico y científico —argüí débilmente.

—¡Paparruchas! —ladró. Dio una chupada a la pipa—. Ése avión que está ahí afuera, eso es lógico y científico. Pero la astronomía... no tiene sentido alguno. Cada cien años reconocen que lo que pensaban que era así en el siglo pasado ya no es así en este siglo. ¿No es eso cierto, jovencito?

—Sí, pero la ciencia avanza y se descartan las viejas ideas.

—¡Avanza! ¡No me hagas reír! Quieres decir que inventan ideas, más extravagantes para mantener a la gente en el engaño. Escucha..., ¿qué es más fantástico, creer que el universo es un infinito finito, curvo en una cuarta dimensión, que nadie es capaz de imaginar, lleno de miles de millones de soles que se desintegran atómicamente, sea lo que fuere lo que eso significa, y una docena de planetas que van girando mientras se cruzan unos con otros y todo se desplaza por un espacio vacío a locas velocidades de ciento cincuenta kilómetros por segundo? ¿O crees que el firmamento no es más que una superficie terrestre, como un simple techo situado a unos centenares de kilómetros, y que las estrellas son tan sólo volcanes o tal vez las luces de pueblos, ciudades y granjas, y que el sol es una enorme hoguera que rueda con los planetas, que no están más que a unos cuantos metros de distancia? Ahora te ruego que recapacites. ¿Qué es más fantástico? ¿Qué es lo que está más de acuerdo con el sentido común?

Recapacité. Bueno, ¿cómo se puede responder a eso? ¿Qué es más fantástico?

Evidentemente, las ideas de los astrónomos. Pero ¿me atrevería a reconocerlo?

Ataqué desde otro ángulo.

—Existen fotografías de las estrellas y planetas.

—Aún no he visto nunca una fotografía que no se pudiera trucar.

Así refutó el tío Eph aquel razonamiento.

—¡Pero es que no puede ser! —exclamé en mi desesperación.

—¡Oh, sí que puede ser, y es! —croó el tío Eph, triunfante—. El mundo entero está en manos de un puñado de esos farsantes, con sus cuentos fantásticos y sus imágenes de locos. ¿Cómo es que esos charlatanes sabelotodo no quieren admitir que los meteoritos pueden seguir cayendo en el mismo lugar noche tras noche si no provienen de un techo situado sobre nuestras cabezas?

—Pero no caen en el mismo lugar —dije, casi sin aliento.

—¡Vaya si caen! —replicó mi tío—. Y si las ideas de esos lunáticos fuesen ciertas, eso no podría suceder. Pero con frecuencia los meteoritos caen uno después de otro, noche tras noche, en la misma comarca. Aquí sucedió una vez y existen infinitas pruebas. Un tipo llamado Charles Fort recogió montones de pruebas, que los astrónomos no quieren reconocer.

Se puso de pie.

—Ya he hablado bastante sobre esto. Me voy afuera. Tengo que continuar trabajando en mi avión.

Le seguí, con la cabeza convertida en un torbellino. ¿Qué había de creer? ¿Acaso un puñado de hombres le estaba tomando el pelo al mundo entero? Eso no era posible. *No podía* ser posible.

Observé cómo mi tío se afanaba con el aparato. Cargaba alimentos y otras provisiones como para emprender un largo viaje. Finalmente no pude contener mis preguntas.

—El mundo entero cree lo que creen los astrónomos... no se puede equivocar todo el mundo —me aventuré a decir.

El tío se llevó la pipa al otro extremo de la boca y cargó un jamón ahumado.

—Estás de nuevo en un error —declaró por fin con énfasis—. ¿Lo creen los campesinos de la China? No —prosiguió, sin esperar mi respuesta—, ellos no lo creen.

Y ellos constituyen un cuarto de la población mundial. ¿Acaso los campesinos de la India, los negros del África, los indios de América del Sur y los pobres de Europa saben algo sobre ello o se lo creen? No, y con ellos ya es la mitad de los habitantes del mundo que no lo creen. Así que no te pases de listo al hablar del mundo entero. La mayor parte de la gente del mundo no cree en esas paparruchas. La mayoría de ellos me darían la razón a mí y a otros tipos con sentido común y los pies bien asentados en el suelo.

Me dejó fuera de combate por un rato. Estuve dando vueltas pensando, mientras mi tío terminaba de llenar el avión. Ya había cargado una enorme cantidad de latas de combustible y aceite. Era evidente que pensaba partir muy pronto.

Entró en la casa una vez más y cuando salió, le pregunté cuándo pensaba despegar.

—Ésta noche, en cuanto salgan las estrellas para poder orientarme. Esperé tu

llegada a fin de que te hicieras cargo de la granja hasta que regrese.

Vi que llevaba un par de libros en la mano y, cuando logré echarles una ojeada, me quedé sorprendido al comprobar que eran una gramática y un diccionario chinos.

—¿Por qué llevas esos libros? —le pregunté—. No esperarás encontrar algún chino allá arriba, ¿verdad?

—¿Por qué no? —rió—. Los chinos se llaman a sí mismos Hijos del Celeste Imperio y supongo que nadie puede ser más indicado que ellos para saber de dónde provienen. Estimo que los habitantes de esas ciudades del firmamento son chinos.

Cuatrocientos millones de personas inteligentes no pueden estar equivocadas en cuanto a su propio origen. Me parece que me las arreglaré bien allá arriba.

Pienso que eso me dejó, al fin, fuera de combate. Durante el resto de la tarde anduve dando vueltas silencioso, perplejo y confundido. El tío Eph terminó con los preparativos en el aparato y luego me llevó a dar una vuelta por la granja, dándome instrucciones con respecto a lo que había que hacer.

Llegó la hora de cenar, cayó la noche y salieron las estrellas.

Mi tío bajó de sus aposentos ataviado con gruesas ropas de invierno y una gorra de pieles hundida hasta las orejas. Le acompañé hasta el avión.

Señaló hacia arriba, en dirección a la estrella polar.

—Siempre consideré que esa tan mentada e importante estrella no se destacaba con suficiente claridad y tengo intención de hacer algo al respecto. No la pierdas de vista —dijo—. Bueno, es hora de partir. No te olvides de recoger el correo regularmente.

—¡Eh! —le grité en el último minuto—. ¿Lleva paracaídas?

—¿Para qué? —replicó desde la puerta del avión—. Todo saldrá a pedir de boca. Los paracaídas son para los chapuceros. Ahora si vas adelante y haces girar esa manivela junto a la hélice, lo pondremos en marcha.

Sin decir una palabra, me fui hasta la parte anterior del aparato y comencé a hacer girar la hélice. El motor arrancó con un rugido. Mi tío cerró la portezuela de la cabina dando un portazo, agitó una mano y aceleró.

El avión saltó hacia delante, ganó velocidad, osciló peligrosamente y se elevó por los aires cuando el tío Eph accionó el acelerador. Se remontó casi en ángulo recto, y pensé que se estrellaría en cualquier momento o bien daría la vuelta.

En cambio, se enderezó ligeramente, giró hacia el norte y comenzó a alejarse, sin dejar de elevarse permanentemente, en dirección a la estrella polar. Me quedé contemplándolo mientras desaparecía en la oscuridad entre la miríada de estrellas de la noche.

Confiaba en que mi tío regresaría esa misma noche en cuanto comprobara que el avión no podía elevarse más allá de la estratosfera. También me asaltaba el temor de escuchar la llamada del teléfono y que me anunciaran que se había estrellado en

alguna parte. Pero nada sucedió esa noche. Él no regresó y no hubo accidente alguno.

Durante todo el día siguiente no pude pensar en otra cosa y llegué al convencimiento de que debería haber llamado a un médico y pedido que encerraran al viejo. Había demasiados científicos que sostenían las teorías corrientes acerca del cosmos.

Sin embargo, durante todo ese día no tuve noticia alguna del avión de mi tío. Y tampoco durante la noche ni en los dos días siguientes.

Ahora no sé qué pensar. El tío Eph jamás regresó ni volvió a dar señales de vida, a menos que... pero me resisto a aceptar esa posibilidad. Han transcurrido ya dos semanas y la única cosa que no logro explicarme es que hay cinco estrellas más en el brazo del Carro Mayor, apuntando en línea recta exactamente a la estrella polar. Anoche se hicieron visibles por primera vez. De acuerdo con los diarios de esta mañana, los marinos las han saludado como una extraordinaria guía para la navegación, pero los astrónomos han rehusado hacer comentario alguno acerca de ellas.

**FIN**

# **Casi humano**

*Robert Bloch*

—¿Qué desea usted? —murmuró el profesor Blasserman.

El hombre alto con impermeable negro sonrió. Introdujo un pie en la abertura de la puerta entreabierta.

—Vengo a ver a Junior —contestó.

—¿Junior? Debe tratarse de un error. No hay chicos en esta casa. Yo soy el profesor Blasserman y...

—No me venga con monsergas —le interrumpió el hombre alto.

Introdujo una mano en el bolsillo del impermeable y apuntó el horrendo cañón de una pistola a la rechoncha cintura del profesor Blasserman.

—Vamos a ver a Junior —insistió el alto—. Tengo unos dedos muy nerviosos, ¿entiende? Y uno de ellos está acariciando el gatillo.

—¿Usted no sería capaz...! —exclamó el profesor Blasserman.

—Soy capaz de muchas cosas —musitó el alto—. Será mejor que se mueva, profesor.

El profesor Blasserman se encogió de hombros ante lo irremediable y volvió sobre sus pasos por el pasillo. El hombre del impermeable negro le siguió. Ahora el cañón de la pistola se apoyaba contra la columna vertebral del profesor, empujando su obeso y pequeño cuerpo.

—Es aquí.

El anciano se detuvo ante una puerta primorosamente labrada. Se agachó e introdujo una llave en la cerradura. La puerta se abrió, dando paso a otro corredor.

—Sígueme.

Camaron a lo largo del pasillo. Estaba oscuro, pero el profesor no vaciló ni aminoró el paso en ningún momento. Y la pistola no se separaba de él, presionándole el tejido adiposo de la espalda.

Otra puerta; otra llave. Ésta vez había que descender por una escalera. El profesor encendió una débil lámpara que colgaba del techo, antes de empezar a bajar las escaleras.

—No hay duda del hecho que cuida de Junior con extremo celo —dijo el hombre alto en voz baja.

El profesor se sobresaltó ligeramente.

—No lo comprendo —musitó—. ¿Cómo se ha enterado? ¿Quién pudo decírselo?

—Tengo contactos —contestó el alto—. Pero no se olvide de esto, profesor. Aquí, el que hace las preguntas soy yo. Límitese a llevarme donde está Junior, y cálese.

Llegaron al pie de la escalera y se encontraron ante otra puerta. Ésta era de acero.

Tenía cerradura de caja fuerte, y el profesor Blasserman tuvo inconvenientes con la combinación a causa de la débil luz. Sus dedos regordetes temblaban.

—Así que éste es el cuarto de los niños, ¿eh? —observó el hombre de la pistola—. Junior debería sentirse halagado ante todos estos cuidados.

El profesor no replicó. Abrió la puerta, oprimió un interruptor de la pared, y la luz inundó la estancia.

—Ya hemos llegado —dijo, con un suspiro.

El hombre alto recorrió la habitación de una sola mirada escrutadora: una observación de carácter profesional, que él podría haber descrito como «para hacerse cargo de la situación».

A primera vista no había nada de qué «hacerse cargo».

El obeso y pequeño profesor y el enjuto pistolero se encontraban en el centro de un amplio y alegre cuarto para niños. Las paredes estaban empapeladas de color azul pálido, y a lo largo de los bordes del papel había figuras decorativas: animales de Disney y personajes de «Mother Goose».

En uno de los rincones había una pizarra, una pila de juguetes y unos cuantos cuentos infantiles. En la pared opuesta colgaban varios gráficos médicos y pliegos de papel.

El único mueble era una larga litera metálica.

Todo esto lo registró el hombre alto y delgado de una sola mirada. Luego sus ojos ignoraron el decorado y se concentraron, con un brillo fulgurante, en la figura sentada en el suelo en medio de un revoltijo de cubos con las letras del alfabeto pintadas en ellos.

—¡Vaya, aquí está! —dijo el hombre alto—. ¡Junior en persona! Vaya, vaya..., ¿quién lo hubiera imaginado?

El profesor Blasserman meneó la cabeza.

—*Yah* —dijo—. Me ha descubierto. Aún no sé cómo, y tampoco sé por qué. ¿A qué viene su interés en él? ¿Por qué se entromete usted en mis asuntos? ¿Quién es usted?

—Escuche, profesor —repuso el alto—. No soy el empleado del departamento de información de una tienda. No me gustan las preguntas. Me molestan. Hacen que mis dedos se pongan nerviosos. ¿Me comprende?

—*Yah*.

—¿Qué le parece si ahora para variar le hago yo unas cuantas preguntas? Y espero que las responda..., ¡sin vacilar!

La voz ordenaba, y el arma respaldaba la orden.

—Ahora hábleme de Junior, profesor. Hable, y hable sin rodeos.

—¿Qué podría decir? —El profesor Blasserman extendió las palmas de las manos en un gesto de impotencia—. Ya lo ve usted.

—Pero ¿qué es? ¿Qué es lo que le hace funcionar?

—Eso no lo puedo explicar. Me llevó veinte años perfeccionar a Junior, como usted le llama. Veinte años de investigación en Basilea, Zurich, Praga, Viena. Luego vino esta *verdammte* guerra y yo huí hacia este país.

»Traje mis papeles y equipo conmigo. Nadie lo supo. Estaba en condiciones de proseguir con mis experimentos. Llegué aquí y compré esta casa. Me puse a trabajar. Yo soy un hombre viejo. Me resta poco tiempo de vida. De no haber sido por eso, podría haber esperado algo más antes de seguir adelante, pues mis proyectos aún no son perfectos. Pero tenía que actuar. Y éste es el resultado.

—Pero ¿por qué tuvo que ocultarlo? ¿Por qué todo este misterio?

—El mundo todavía no está preparado para una cosa como ésta —respondió el profesor Blasserman con tristeza—. Y además, debo estudiar. Como usted puede ver, Junior es muy pequeño. Apenas acaba de salir de la cuna, podríamos decir.

Actualmente le estoy educando.

—En un cuarto de niños, ¿eh?

—Su cerebro está subdesarrollado, como el de cualquier niño.

—A mí no me parece tan niño.

—Físicamente, es evidente que no cambiará. Pero el cerebro sensibilizado..., eso es un instrumento maravilloso. El hálito humano, mi obra maestra. Aprenderá rápidamente, muy rápidamente. Y es de suma importancia que reciba la capacitación adecuada.

—¿Cuál es la jugada, doctor?

—No le comprendo.

—¿Qué se propone usted? ¿Qué trata de hacer? ¿A qué obedece todo este zangoloteo?

—Al amor por la ciencia —repuso el profesor Blasserman—. Ésta es la obra de mi vida.

—No sé cómo lo hizo —comentó el hombre alto, meneando la cabeza—. Pero sin duda parece que lo haya concebido después de fumarse una cajetilla de cigarrillos de marihuana.

Por primera vez la figura sentada en el suelo levantó la cabeza. Sus ojos se apartaron de los cubos y miraron al profesor y a su acompañante.

—¡Papá!

—¡Dios mío..., habla! —murmuró el alto.

—Por supuesto —dijo el profesor Blasserman—. Mentalmente, tiene unos seis años ahora. —Su voz adquirió un tono afectuoso—. ¿Qué quieres, hijo?

—¿Quién es ese hombre, papá?

—¡Oh!... Es...

Sorpresivamente, el alto pistolero le interrumpió. De pronto su propia voz se había vuelto más amable, más amistosa.

—Me llamo Duke, hijito. Puedes llamarme simplemente Duke. He venido a visitarte.

—¡Qué bien! Nadie viene a visitarme, salvo la señorita Wilson, claro. Me hablan



siempre de la gente, pero nunca veo a nadie. ¿Te gusta jugar con los cubos?

—Pues claro, hijito, claro.

—¿Quieres jugar conmigo?

—Por supuesto.

Duke se dirigió hasta el centro del cuarto y se arrodilló. Alargó una mano y recogió un cubo.

—Espere un momento... No comprendo... ¿Qué hace usted?

La voz del profesor Blasserman temblaba.

—Ya le dije que vine a visitar a Junior —replicó Duke—. Eso es todo. Ahora voy a jugar un rato con él. Usted espere ahí, profesor. No se vaya. Debo hacerme amigo de Junior.

Mientras el profesor Blasserman trataba de recobrar el habla, Duke, el pistolero, se sentaba en el suelo. Su mano izquierda mantenía el arma apuntando directamente a la cintura del científico, pero su mano derecha apilaba con lentitud los cubos de letras.

Resultaba conmovedora la escena que tenía lugar en aquel cuarto de niños subterráneo: el alto y enjuto pistolero jugando con los cubos de madera a beneficio de aquella monstruosidad metálica de un metro ochenta, que era Junior, el robot.

Durante muchas semanas, Duke no logró averiguar todo cuanto deseaba saber acerca de Junior. Permaneció en la casa, por supuesto, y no dejó de vigilar de cerca al profesor Blasserman.

A las repetidas preguntas del anciano con respecto a qué se proponía hacer, su respuesta invariablemente era la misma:

—Aún no lo he decidido, ¿sabe?

Pero con la señorita Wilson se mostraba mucho más explícito. Se encontraban con frecuencia, y en privado, en la habitación de ella.

Aparentemente, la señorita Wilson era la niñera, empleada por el profesor Blasserman para que le ayudara en el descabellado experimento de criar a un robot como si fuese una criatura humana.

En realidad, Lola Wilson era la mujer de Duke. Él la había «colocado» en su empleo meses atrás. En aquel entonces, Duke pretendía efectuar un robo, tomando como víctima al rico y excéntrico científico europeo.

Luego Lola le había informado del inusitado carácter de su ocupación, y le contó la historia del extravagante invento del profesor Blasserman.

—Debemos elaborar un plan —decidió Duke—. Será mejor que me ponga en acción. Así que el viejo teme a que alguien descubra el robot, ¿eh? ¡Bien! Me presentaré directamente en su casa. Es seguro que no hablará sin pensar. Tengo el presentimiento que ganaremos más si obramos de esta manera que si nos limitamos a buscar el dinero dulce. Esto me parece más grande.

Así Duke entró en acción, se fue a vivir en la gran mansión del profesor Blasserman, mantuvo un ojo sobre el científico y la mano en la pistola.

A la noche, conversaba con Lola en la habitación de ésta.

—No acabo de comprenderlo, muñeca —le dijo él—. Dices que el viejo es un gran científico. Eso lo creo. ¡Imagínate inventar una máquina que puede hablar y pensar como un ser humano! Pero ¿qué se propone? ¿Qué gana con todo esto y por qué tiene a Junior escondido?

—Tú no lo entiendes, querido —dijo Lola, encendiendo el cigarrillo de Duke y acariciándole los tiosos cabellos con sus largos dedos—. Es un idealista, o comoquiera que se les llame. Supone que el mundo aún no está preparado para un gran invento como ése. ¿Sabes? Realmente está educando a Junior tal como educarías a un niño de verdad. Le enseña a leer y escribir..., las cuatro reglas. Junior es inteligente. Aprende con facilidad. Piensa como si ya tuviese diez años. El profesor le mantiene encerrado para que nadie arruine su plan. No quiere que Junior adquiera malos hábitos.

—Y de eso te encargas tú, ¿no?

—Claro. Junior no tiene madre. Soy como una mamá sustituta para él.

—Tú eres una magnífica influencia para cualquier mocoso. —Duke lanzó una áspera carcajada—. ¡Con el dulce carácter que tienes!

—¡Cállate! —La joven dio unos pasos por la habitación, frotándose la nuca a través de una masa de cabellos castaño rojizos—. ¡No te burles de mí, Duke! ¿Crees que me gusta ser tu marioneta en este manicomio? ¿Estar aquí encerrada con un viejo chivo chiflado y hacer de niñera de esa horrible cosa de metal?

»Junior me causa miedo, Duke. No puedo soportar su rostro ni su manera de hablar..., con esa maldita voz metálica que tiene, charlando con uno como si fuese una persona de carne y hueso. Me irrita los nervios. Sufro de pesadillas.

»Estoy haciendo esto sólo por ti, querido. Así que no me tomes el pelo.

—Lo lamento. —Duke suspiró—. Sé cómo te sientes, muñeca. A mí tampoco me causa mucha gracia la personalidad de Junior. A pesar de ser más experimentado en estas cosas, se me hace un nudo en el estómago cuando veo esa máquina andante comportándose como un niño grande, con cuerpo de acero. Además, es fuerte como un buey. Aprende rápidamente. Será un ciudadano hecho y derecho.

—Duke.

—¿Sí?

—¿Cuándo vamos a salir de aquí? ¿Cuánto tiempo vas a seguir rondando por esta casa y apuntando con un arma al profesor? Es capaz de cometer una tontería.

¿Por qué quieres quedarte aquí y jugar con Junior? ¿Por qué no te apoderas del dinero del profesor y nos largamos de una vez?

»Teniendo a Junior aquí, no se atreverá a denunciarnos. Podríamos alzar el vuelo

tal como planeamos.

—¡Cállate! —Duke agarró a Lola de la muñeca y la obligó a volverse. Clavó la mirada en su rostro hasta que ella se apoyó, sumisa, en su hombro—. ¿Crees que me deleita deambular por este depósito de cadáveres? —preguntó—. Ansío largarme de aquí tanto como lo deseas tú. Pero estuve meses y meses preparando este trabajo. En un principio parecía que sería cuestión de conseguir un poco de dinero fácil y desaparecer. Ahora las cosas han cambiado. Mis planes son más ambiciosos. Muy pronto nos iremos. Y no quedará ningún cabo suelto. No tendremos que preocuparnos nunca más por nada. Sólo concédeme unos días más. Todos los días converso con Junior, ¿sabes? Y estoy haciendo progresos.

—¿Qué quieres decir?

Duke sonrió. Su torva expresión no mejoró en absoluto.

—El profesor te explicó cómo Junior adquiere su educación —dijo—. Al igual que cualquier niño, presta atención a lo que le dicen. Y además imita a las otras personas.

Como cualquier niño, es estúpido. Sobre todo porque no tiene idea de cómo es realmente el mundo exterior. Es terreno abonado para asimilar el lenguaje adecuado de la propaganda de ventas.

—Duke..., no pretenderás...

—¿Por qué no? —Sus magras facciones eran suficientemente elocuentes—. Le estoy dando a Junior un poco de instrucción particular de mi propia cosecha. No es precisamente la que sería del agrado del profesor. Pero es un buen alumno. Se desenvuelve muy bien. Dentro de un par de semanas será adulto. Con mis ideas en su cerebro, no las del profesor. Y entonces estaremos listos para irnos.

—¡No puedes hacer una cosa semejante! No es...

—¿No es qué? —estalló Duke—. ¿No es honesto, o legal, o cualquiera de esas cosas? Jamás imaginé que hubieras asistido a la escuela dominical, Lola.

—No es eso, precisamente —replicó la joven—. Pero se trata de algo peor que una mala acción. Es como enseñar a un niño a disparar un arma.

Duke lanzó un silbido.

—¡Oye! —exclamó—. ¡Ésa es una excelente idea, Lola! Me parece que bajaré al cuarto de los niños y le daré a Junior unas cuantas lecciones.

—¡No puedes hacerlo!

—¿Ah, no? Entonces obsérvame.

Lola no le siguió, y Lola no le observó. Sin embargo, diez minutos más tarde, Duke estaba en cuclillas en el cuarto cerrado junto al resplandeciente cuerpo metálico del robot.

El robot, con su romo morro sobresaliendo en lo alto del cuello arrugado, miraba fijamente a través de los lentes de cristal reticulados de los ojos el objeto que Duke

sostenía en la mano.

—Es un arma, Junior —murmuraba el hombre enjuto—. Un arma, como ya te he explicado.

—¿Para qué sirve, Duke?

La voz zumbante poseía el tono de una ridícula imitación del grito atiplado de un niño curioso.

—Para matar gente, Junior. Como te contaba el otro día. Les hace morir. Tú no puedes morir, Junior, pero ellos sí. Así que no tienes nada que temer. Si supieras manejar esta arma, podrías matar una gran cantidad de gente.

—¿Me enseñarás, Duke?

—Pues claro que te enseñaré. Y tú sabes por qué, ¿no es cierto, Junior? Yo te lo dije, ¿no es así?

—Sí. Porque eres mi amigo, Duke.

—En efecto. Yo soy tu amigo. No como el profesor.

—Odio al profesor.

—Exacto. No lo olvides.

—Duke.

—¿Sí?

—Déjame ver el arma, Duke.

Duke sonrió con disimulo y le mostró la pistola en su palma abierta.

—Ahora me enseñarás a manejarla porque eres mi amigo, y mataré gente y odio al profesor y nadie puede matarme —balbuceó el robot.

—Sí, Junior, sí. Yo te enseñaré a matar —dijo Duke.

Esbozó una sonrisa y puso la pistola en la mano metálica, curiosamente reticulada, del robot.

Junior estaba frente al pizarrón, sosteniendo un trozo de tiza en su mano derecha.

El diminuto fragmento blanco estaba torpemente apresado entre dos dedos metálicos, pero el brazo ingeniosamente articulado de Junior se movía hacia arriba y hacia abajo con el sancionado movimiento spenceriano, mientras garabateaba laboriosamente una frase tras otra en la pizarra.

Junior estaba madurando. Durante las tres semanas últimas se habían operado notables cambios en el robot. Las piernas de acero ya no vacilaban con infantil indecisión. Junior caminaba con paso firme, como un joven adolescente. Su grotesca cabeza de metal —un balón redondo con lentes de cristal en las cuencas de los ojos y una amplia boca similar a la abertura de un altavoz de radio— se mantenía erecta sobre el cuello metálico y giraba con perfecta coordinación.

Junior actuaba con una renovada determinación, últimamente. Por comparación, se había hecho muchos años mayor. Su vocabulario se había ampliado. Asimismo, las «lecciones» secretas de Duke rendían sus frutos. Sus conocimientos eran excesivos

en relación con su edad.

Ahora Junior escribía en el pizarrón de su cuarto oculto, y los inescrutables mecanismos de su cerebro, química y mecánicamente controlado, guiaba sus dedos de acero mientras trazaba los irregulares garabatos.

«Me llamo Junior —escribía—. Sé disparar un arma. El arma matará. Me gusta matar. Odio al profesor. Mataré al profesor».

—¿Qué significa esto?

La cabeza de Junior se volvió bruscamente cuando el sonido de la voz provocó las vibraciones adecuadas dentro de su brillante cráneo.

El profesor Blasserman estaba en el umbral de la puerta.

Hacía semanas que el anciano no ponía los pies en aquel cuarto. Duke se encargaba de ello, manteniéndole encerrado en su habitación del piso superior. Ahora había logrado escapar de su encierro.

Su sorpresa era evidente, así como experimentó un súbito choque al fijar su mirada en el mensaje de la pizarra.

La mirada inescrutable de Junior no reflejaba emoción alguna.

—Márchese —dijo su voz gutural—. Márchese. Le odio.

—Junior..., ¿qué estuviste haciendo? ¿Quién te ha enseñado esas cosas?

El anciano se acercó al robot lentamente, con vacilación.

—Tú me conoces, ¿no es cierto? ¿Qué ha sucedido para que sientas odio por mí?

—Sí. Le conozco. Usted es el profesor Blasserman. Usted me construyó. Quiere convertirme en un esclavo. Usted no quería explicarme ciertas cosas, ¿verdad?

—¿Qué cosas, Junior?

—Cosas..., del exterior. Donde está toda la gente. La gente que uno puede matar.

—No debes matar gente.

—Eso es una orden, ¿no? Duke me habló de las órdenes. Él es mi amigo. Dice que las órdenes son para los niños. Yo no soy un niño.

—No —dijo el profesor Blasserman, en un ronco murmullo—. Tú no eres un niño.

Tiempo atrás, tenía la esperanza que tú lo fueras. Pero ahora eres un monstruo.

—Márchese —repitió Junior, pacientemente—. Si Duke me da su arma, le mataré a usted.

—Junior —dijo el profesor, con tono grave—. No lo comprendes. Matar es algo horrible. No debes odiarme. Debes...

El rostro del robot no cambiaba de expresión; tampoco su voz sufría alteración alguna. Pero había fuerza en su brazo, y un terrible propósito.

El profesor Blasserman se dio cuenta de ello, súbitamente, y fue presa de un horroroso espanto.

Porque Junior se precipitó hacia él en dos zancadas. Los dedos de frío acero se

cerraron alrededor del descarnado cuello del profesor.

—No preciso arma alguna —declaró Junior.

—Tú..., no...

El robot levantó al anciano del suelo, aferrándole por la garganta. Sus dedos oprimieron la yugular del profesor. Un curioso chillido surgió de su sobaco izquierdo, como si una bisagra mal aceiteada hubiese chirriado de manera horripilante.

No hubo ningún otro sonido. Los gritos del profesor se fueron debilitando hasta fundirse en el silencio. Junior continuaba comprimiendo la constreñida garganta hasta que se produjo un crujido como de algo al ser triturado. Un nuevo silencio; luego un cuerpo inerme se desplomó en el suelo.

Junior se miró las manos y acto seguido contempló el cadáver que yacía en el piso.

Sus pies le llevaron hasta la pizarra.

El robot recogió la tiza con los mismos dos torpes dedos que la habían sostenido antes. Las frías lentes de sus ojos artificiales repasaron lo que escribiera anteriormente.

—Mataré al profesor —leyó.

Bruscamente, su mano libre se cerró sobre el pequeño borrador infantil. Con él frotó desmañadamente la frase hasta que se borró.

Luego escribió, con lentitud y laboriosamente, otra frase en el lugar de la anterior. «He dado muerte al profesor».

El grito de Lola atrajo a Duke, que bajó corriendo las escaleras.

Entró como una exhalación en la estancia y tomó a la asustada joven entre sus brazos. Con fija mirada contemplaron el cuerpo que yacía en el suelo. Desde su lugar junto a la pizarra, Junior les observaba, impassible.

—¿Ves, Duke? Lo hice. Lo hice con mis manos, como tú me dijiste. Fue fácil, Duke. Me dijiste que sería fácil. ¿Podremos irnos de aquí ahora?

Lola se volvió y miró a Duke. Éste esquivó su mirada.

—Así que no bromeabas —musitó—. Realmente estuviste instruyendo a Junior.

Lo planeaste para que sucediera de esta forma.

—Sí, sí. ¿Y qué tiene de malo? —balbuceó Duke—. Si queríamos escapar, tarde o temprano hubiéramos tenido que deshacernos de ese vejstorio.

—Es un asesinato, Duke.

—¡Calla! —gruñó él—. ¿Quién podría probarlo? Yo no le maté. Y tú tampoco. Nadie más está enterado de la existencia de Junior. No tenemos nada que temer.

Duke se adelantó y se arrodilló junto al cuerpo inerte del suelo. Le examinó el cuello.

—¿Quién será capaz de guiarse por las huellas dactilares de un robot? —dijo, sonriendo.

La joven se le acercó, mirando fijamente el cuerpo plateado de Junior con fascinado horror.

—Tú planeaste esto —murmuró—. Quiere decir que tienes otros planes. ¿Qué piensas hacer ahora, Duke?

—Volar. Volar rápidamente. Nos iremos esta noche. Saldré a poner las cosas en el auto. Luego volveré aquí. Y los tres juntos volaremos hacia Red Hook. A casa de Charlie. Él nos ocultará.

—¿Los... tres?

—Por supuesto. Junior vendrá con nosotros. Así se lo prometí, ¿no es cierto, Junior?

—Sí, sí. Me dijiste que me llevarías contigo. A ver el mundo.

El mecánico silabeo no traducía la excitación que experimentaba el robot.

—Duke, no puedes...

—Tranquilízate, muñeca. Tengo grandes proyectos para Junior.

—¡Pero tengo miedo!

—¿Miedo, tú? ¿Qué te ocurre, Lola, dónde está tu sangre fría?

—Me aterra. Mató al profesor.

—Escucha, Lola —dijo el pistolero en voz baja—. Es mío. ¿Comprendes? Es mi títere. Un títere mecánico. ¿No es fantástico?

La áspera carcajada resonó en el cuarto vacío. La joven y el robot esperaban a que Duke terminara de hablar.

—Junior no te lastimará, Lola. Es mi amigo, y sabe que estás de mi parte. —Duke se volvió hacia el monstruo plateado—. Tú no le harías nunca daño a Lola, ¿no es cierto, Junior? Recuerda lo que te dije. Lola te gusta, ¿no es cierto?

—Sí. ¡Oh, sí! Lola me gusta. Es bonita.

—¿Ves? —Duke hizo una mueca—. Junior está creciendo. Ya es un muchachote.

Cree que eres bonita. Todo un Don Juan con atuendo de acero, ¿verdad, Junior?

—Es bonita —repitió el robot con voz gutural.

—Bueno. Todo está arreglado entonces. Iré a buscar el coche. Lola, tú vete arriba. Ya sabes dónde está la caja fuerte. Ponte los guantes y asegúrate que no se te escape nada. Luego cierra las puertas y las ventanas. Deja una nota para el lechero y el carnicero. Algo creíble. Que se marchan por un par de semanas, ¿eh? Date prisa..., volveré en seguida.

Fiel a su palabra, Duke regresó al cabo de una hora con el reluciente convertible.

Salieron por la puerta de servicio. Lola llevaba un maletín negro. Se movía con una precipitación casi histérica, tratando de no mirar a la horrible figura resplandeciente que caminaba detrás de ella produciendo un estridente ruido metálico.

Duke les hizo subir al vehículo.

—Siéntate aquí, Junior.

—¿Qué es esto?

—Un automóvil. Después te lo explicaré. Ahora haz lo que te diga, Junior. Estírate en el asiento para que nadie te vea.

—¿Adónde vamos, Duke?

—A vivir en el mundo, Junior. A darnos la gran vida. —Duke se volvió hacia Lola—. Ahí vamos, muñeca —dijo.

El convertible se alejó de la casa silenciosa. Al salir del callejón, emprendieron un extraño viaje..., habiendo raptado un robot.

El gordo Charlie miraba fijamente a Duke. El colgante labio inferior le temblaba ligeramente. Una gota de sudor le corría por el mentón y se instaló en las arrugas del cuello.

—¡Diablo! —murmuró—. Debes tener cuidado, Duke. *De veras.*

Duke rió.

—¿Te estás acobardando? —insinuó.

—Sí. Lo reconozco. Todo este asunto me da mucho miedo —contestó el gordo Charlie con voz ronca. Miró a Duke con expresión grave—: Trajiste eso aquí hace tres semanas. Esto no entraba en el trato. Tener el robot aquí es como estar sobre ascuas, Duke. Debemos deshacernos de él.

—Deja de graznar y escúchame.

El enjuto pistolero se recostó contra el respaldo y encendió un cigarrillo.

—En principio, ninguno de nosotros es sospechoso de haber dado muerte al profesor. La justicia busca a Lola, eso es todo. Y no por asesinato..., sino para ser interrogada. Nadie está enterado de la existencia de un robot. En cuanto a ese asunto, estamos a salvo.

—Sí. Pero mira lo que has hecho desde entonces.

—¿Qué he hecho? Encargué a Junior ese trabajito del dinero de la nómina, ¿no?

Eso fue fácil para él. Sabía cuándo los guardias saldrían de la fábrica con el auto. Yo lo tenía todo previsto. ¿Entonces qué sucedió? Los guardias recibieron el dinero de manos del cajero. Conduje el auto hasta allí, dejé bajar a Junior, y él se dirigió a la oficina de la fábrica.

»Por supuesto que le dispararon. Pero las balas no hacen mella en un cuerpo de acero. Junior es muy listo. Yo le he enseñado muchas cosas. ¡Deberías haber visto aquellos guardias cuando se enfrentaron con Junior! Y luego, ¡cómo se quedaron después de haber disparado!

»Él los liquidó uno tras otro en un abrir y cerrar de ojos. Un par de apretones y los cuatro se convirtieron en fiambres. Luego se encargó del cajero. Éste había oprimido el botón de la alarma, pero yo había cortado los cables. Junior apretó al cajero durante un rato.



»Eso fue todo. Junior salió con el dinero de la nómina. Los guardias y el cajero recibieron sepultura con toda pompa. La justicia se encontró con otro pomposo misterio en sus manos. Y nosotros tenemos el efectivo y estamos a salvo. ¿Qué encuentras de criticable en este esquema, Charlie?

—Estás jugando con dinamita.

—No me gusta esa actitud, Charlie —dijo Duke en voz baja, lentamente—. Tú no eres más que un tipo mediocre, Charlie. Por eso regentas una posada de mala muerte y un miserable escondrijo para maleantes.

»Tengo reservados infinitos de trabajitos para el futuro. Permaneceremos aquí escondidos. Yo planearé los trabajos, luego mandaré a Junior y dejaré que él los ejecute. Tú y Lola y yo vamos a ser ricos.

Los labios del gordo Charlie temblaron durante un momento. Tragó saliva y tironó del cuello de la camisa. Su voz sonó ronca.

—No, Duke.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No cuentes conmigo. Es demasiado peligroso. Tendrás que largarte de aquí junto con Lola y el robot. Todo esto me está destrozando los nervios. La policía puede venir a meter las narices por aquí en cualquier momento.

—Así que es eso, ¿eh?

—En parte.

El gordo Charlie miró a Duke con expresión severa. Su mirada se estrelló contra los pétreos destellos de los ojos grises de Duke.

—Eres un tipo sin corazón, Duke —gruñó—. Tú puedes planear cualquier cosa a sangre fría, ¿no es cierto? Bueno, pues yo soy diferente. Debes comprenderlo. Yo tengo nervios. Y no puedo soportar la angustia de pensar en lo que ese robot hace.

Tampoco puedo soportar su presencia. La manera cómo le mira a uno, con esa cara de hierro que parece la de un dios horrendo. Aquélla especie de sonrisa. Y el modo estrepitoso de caminar en su cuarto. Toda la noche caminando arriba y abajo, cuando uno trata de dormir, caminando sin cesar... ¡Ya empieza de nuevo!

Se oyó un golpear metálico, pero provenía del vestíbulo. Las viejas maderas del piso crujieron bajo las pisadas de hierro cuando el monstruo metálico entró en la sala.

El gordo Charlie giró en redondo y le miró sin disimular su repulsión. Duke levantó una mano.

—Hola, Junior —dijo.

—Hola, Duke.

—Estuve conversando con Charlie, Junior.

—¿Sí, Duke?

—No le gusta que nos quedemos aquí, Junior. Quiere echarnos a la calle.

—¿De veras?

—¿Sabes qué pienso, Junior?

—¿Qué?

—Creo que Charlie es un cobarde.

—¿Un cobarde, Duke?

—Así es. Sabes qué les hacemos a los tipos que se vuelven cobardes, ¿no es cierto, Junior?

—Sí. Tú me lo explicaste.

—¿No te gustaría decírselo a Charlie?

—¿Decirle qué les hacemos a los tipos que se vuelven cobardes?

—Sí.

—Les borramos del mapa.

—¿Ves, Charlie? —dijo Duke, en voz baja—. Aprende rápidamente, ¿verdad?

Junior es listo como una ardilla, vaya si lo es. Lo sabe todo. Sabe lo que hay que hacer con las ratas cobardes.

El gordo Charlie se puso en pie, tambaleándose.

—Espera un momento, Duke —imploró—. No sabes aceptar una broma. Sólo estaba bromeando, Duke. No hablaba en serio. Tú lo sabes. Soy tu amigo, Duke. Te estoy ocultando en mi casa. Diablos, hace varias semanas que podría haberte denunciado si no hubiera tenido la intención de protegerte. Pero soy amigo tuyo. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. Por siempre.

—Canta, canta, Charlie —dijo Duke—. Canta más fuerte y algo que sea más divertido. —Se volvió hacia el robot—: Bien, Junior. ¿Tú crees que es un cobarde?

—Creo que es un cobarde.

—Entonces quizá podrías...

El gordo Charlie extrajo el cuchillo de la manga con notable rapidez. El brillo de la hoja hizo pestañear a Duke cuando el hombre obeso levantó el brazo hacia atrás para hundirla en la garganta de aquél.

Junior también levantó el brazo. Luego lo descargó. El puño de acero chocó con un ruido sordo contra el cráneo calvo de Charlie.

Cuando el hombre gordo cayó al suelo, un chorro de sangre escarlata brotaba de la herida.

Era un plan muy astuto. Duke así lo creía, y Junior también..., porque Duke se lo ordenó.

Pero a Lola no le gustaba.

—No puedes hacerme eso —murmuró, acurrucándose más cerca de Duke en la oscuridad de la habitación—. ¡Te digo que no me quedaré aquí con ese monstruo!

—Sólo estaré un día fuera —argumentó Duke—. No hay nada por qué preocuparse. La posada está cerrada. Nadie te molestará.

—No es eso lo que me asusta —replicó Lola—. Es quedarme con esa cosa. Sólo

de pensar en ello se me pone la carne de gallina.

—Bueno, de todos modos tengo que ir a buscar los pasajes —arguyó Duke—. Tengo que reservar habitación y cambiar esos billetes grandes. Luego todo estará listo.

Mañana por la noche estaré de regreso, saldremos de esta casa y a volar. Nuestra próxima parada: la ciudad de México. He hecho algunos contactos para conseguir los pasaportes y todo lo demás. Dentro de cuarenta y ocho horas habremos salido de este berenjenal.

—¿Qué piensas hacer con Junior?

—¿Mi títere de plata? —Duke se rió ahogadamente—. Yo me encargaré de él antes de partir. Es una lástima que no pueda dejar que se las arregle solo. Ha recibido una magnífica instrucción. Sería uno de los mejores ladrones dentro de la profesión. ¿Por qué no? ¡Tuvo un buen maestro!

Duke lanzó una carcajada. La muchacha se estremeció en sus brazos.

—¿Qué vas a hacer con él? —insistió ella.

—Muy simple. Hará lo que yo le mande, ¿no es cierto? Cuando regrese, antes de salir de aquí, le encerraré en la caldera. Después prenderé fuego a esta casa. Para destruir las pruebas, ¿comprendes? La policía pensará que Charlie quedó atrapado por las llamas, ¿entiendes? No quedará ni rastro. Y si buscan entre los escombros y encuentran a Junior en la caldera, no será más que un montón de metal fundido.

—¿No hay otro medio? ¿No podrías deshacerte de él ahora, antes de irte?

—Ojalá pudiera hacerlo por ti, muñeca. Sé cómo te sientes. Pero ¿qué puedo hacer? He estado considerando el asunto desde todos los ángulos. No podemos pegarle un tiro ni envenenarle ni estrangularle ni destrozarle con un hacha. ¿Dónde podríamos hacerle volar en pedazos sin que se enterara todo el mundo? Claro que podría abrirle y ver cómo funciona, pero Junior no permitiría que le jugara una mala pasada. Es muy listo, ¡vaya si lo es! Tiene lo que podríamos llamar una mente criminal. Está hecho un buen bribón..., como yo.

Duke rió de nuevo, con petulante arrogancia.

—Arriba ese ánimo, Lola. Junior no te hará daño. Le gustas. Yo le estuve enseñando a apreciar tus cualidades. Cree que eres bonita.

—Eso es lo que me asusta, Duke. La manera que tiene de mirarme. Me sigue por todas partes como un perro.

—Como un sátiro, querrás decir. ¡Ja! ¡Ésa sí que es buena! Junior realmente ha crecido. ¡Está prendado de ti, Lola!

—Duke..., no digas esas cosas. Me haces sentir..., ¡oh, terriblemente mal!

Duke levantó la cabeza y permaneció con la mirada perdida en la oscuridad, con una extraña sonrisita en los labios.

—Es curioso —dijo, divertido—, apostaría a que al profesor le habría gustado

estar presente y ver cómo educaba a Junior. Ésa era su teoría, ¿no? El robot tenía un cerebro químico en blanco. Simple como el de un bebé. Él pensaba educarle como si fuese un niño y hacer de él un hombre de bien. Luego llegué yo y completé realmente el trabajo.

Pero el profesor se hubiera quedado sorprendido al ver con qué rapidez Junior ha estado progresando. Ya es como un hombre ahora. ¿Y listo? Ése robot supera a la mayoría de los hombres. Es casi tan inteligente como yo. Pero no tanto..., de eso se dará cuenta después que le haya dicho que entre en la caldera.

Lola se levantó y corrió hasta la puerta. La abrió súbitamente y, al ver el corredor vacío, lanzó un suspiro de alivio.

—Temí que pudiera estar escuchando —dijo en voz baja.

—No es probable —la tranquilizó Duke—. Le dejé en el sótano, enterrando a Charlie.

Tomó a Lola de los hombros y la besó repetidas veces.

—Ánimo, muñeca. Me voy. Estaré de vuelta mañana alrededor de las ocho.

Procura tenerlo todo listo y nos largaremos de aquí en seguida.

—No puedo dejarte marchar —musitó Lola, presa de la desesperación.

—No hay más remedio. Hasta ahora hemos logrado salir adelante sin inconvenientes. Todo cuanto debes hacer es conservar la serenidad durante veinticuatro horas más. Y hay una cosa que debo pedirte.

—Lo que quieras, Duke. Haré lo que tú digas.

—Muéstrate amable con Junior mientras yo no esté.

—¡Oooh..., Duke...!

—Has dicho que harías cualquier cosa, ¿no? Bien, eso es lo que debes hacer. Ser amable con Junior. Así no sospechará lo que tramamos. Tienes que tratarle con cariño.

¡Lola! No le demuestres que tienes miedo. Le gustas, pero si llega a sospechar algo, puede ser peligroso. Así que muéstrate afectuosa con él.

Duke se volvió bruscamente y salió de la habitación. Sus pisadas resonaron en las escaleras. La puerta de entrada golpeó al cerrarse. En el patio de la posada roncó el motor de un automóvil.

Luego, silencio.

Lola permaneció en la oscuridad, temblando, presa de un súbito horror, mientras esperaba el momento en que debería mostrarse afectuosa con el metálico Junior.

No fue tan terrible. No fue ni la mitad de terrible de lo que ella temía.

Todo cuanto tenía que hacer era sonreírle a Junior y dejar que la siguiera a todas partes.

Cuidando de controlar cualquier estremecimiento, Lola preparó el desayuno a la mañana siguiente y luego procedió a preparar las maletas.

El robot la siguió a la planta alta, acompañado del golpear de sus pies y del chirriar de sus articulaciones.

—Lubricame —oyó Lola que Junior le decía.

Aquél fue el peor momento. Pero ella tenía que salir del apuro.

—¿No puedes esperar a que vuelva Duke esta noche? —le preguntó ella, procurando que no se le quebrara la voz—. Siempre te lubrica él.

—Quiero que me lubriques tú, Lola —insistió Junior.

—Está bien.

Lola fue a buscar la aceitera de larga punta, y si sus dedos temblaron mientras llevaba a cabo la tarea, Junior no lo notó.

El robot la contemplaba con su faz inmutable. Ninguna emoción humana se reflejaba en el acero implacable, y ninguna emoción humana alteraba tampoco el tono mecánico de su áspera voz.

—Me gusta que me lubriques, Lola —dijo Junior.

Lola inclinó la cabeza para evitar tener que mirarle. Sí hubiera tenido oportunidad de ver reflejada aquella escena de pesadilla en un espejo, sabiendo que era real, se habría desmayado. ¡Lubricar un monstruo mecánico viviente! ¡Un monstruo que decía: «Me gusta que me lubriques, Lola»!

Luego de eso estuvo un rato sin poder terminar de hacer las maletas. Se tuvo que sentar. Junior, que jamás se sentaba a menos que se lo ordenaran, permaneció de pie, en silencio, contemplándola con sus brillantes ojos-lentes. Lola era consciente de la mirada escrutadora del robot.

—¿Adónde iremos cuando nos marchemos de aquí, Lola? —le preguntó.

—Lejos —respondió ella, forzando la voz para disimular el temblor que la embargaba.

—Eso será magnífico —comentó Junior—. No me gusta este lugar. Deseo ver cosas. Ciudades y montañas y desiertos. También me gustaría subir a las montañas rusas.

—¿A las montañas rusas? —Lola se quedó realmente sorprendida—. ¿Quién te habló de las montañas rusas?

—Leí un libro que hablaba de ellas.

—¡Oh!

Lola tragó saliva. Había olvidado que aquel monstruo también sabía leer. Y podía pensar. Como un hombre.

—¿Me llevará Duke a las montañas rusas? —preguntó Junior.

—No lo sé. Tal vez.

—Lola.

—Sí.

—¿Te gusta Duke?

—Bueno..., claro que sí.

—¿Y yo?

—¡Oh!... Pues..., tú sabes que sí, Junior.

El robot se quedó callado. Lola sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—¿Quién te gusta más, Lola? ¿Yo o Duke?

A Lola se le hizo un nudo en la garganta. Algo dentro de ella la obligó a responder:

—Tú me gustas —dijo—. Pero amo a Duke.

—Amor. —El robot asintió gravemente.

—¿Sabes qué es el amor, Junior?

—Sí. Leí acerca de ello en los libros. El hombre y la mujer. Amor.

Lola respiró más aliviada.

—Lola.

—¿Sí?

—¿Crees que alguien se enamorará algún día de mí?

Lola no supo si reír o llorar. Pero sobre todo deseaba gritar. Sin embargo, tenía que contestar.

—Quizá —mintió.

—Pero yo soy diferente. Tú lo sabes. Soy un robot. ¿Te parece que eso puede ser un inconveniente?

—A las mujeres, cuando se enamoran, esas cosas no les importan mucho, Junior —improvisó—. Cuando una mujer cree que su enamorado es el más inteligente y fuerte de los hombres, lo demás no le interesa.

—¡Oh!

El robot se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A esperar a Duke. Dijo que regresaría hoy.

Lola sonrió furtivamente mientras el robot bajaba con estrépito las escaleras.

*Aquello* había terminado. Pensándolo bien, había salido del paso con bastante habilidad. Dentro de unas horas, Duke estaría de vuelta. Y luego..., ¡adiós, Junior!

Pobre Junior. Sólo era un títere de plata con cerebro de hombre. ¡Necesitaba amar, el desgraciado! Bueno..., estaba jugando con fuego y no tardaría en quemarse.

Lola comenzó a tararear una canción. Recorrió la planta baja cerrando puertas y ventanas, con los guantes puestos para evitar dejar huellas comprometedoras.

Cuando volvió a su habitación para terminar de hacer las maletas, era casi de noche. Encendió la luz y se cambió de vestido.

Junior aún estaba abajo, esperando pacientemente el regreso de Duke.

Lola terminó con los preparativos de la marcha y se dejó caer en la cama. Estaba rendida. Le vendría muy bien descansar un rato. Se le cerraron los ojos.

La espera le había provocado una tensión agobiadora. Le repugnaba pensar en lo que había conversado con el robot. Aquél monstruo mecánico, con cerebro humano, aquella voz resonante y odiosa y aquella mirada... ¿Cómo podría olvidar alguna vez el tono con que le había preguntado: «¿Crees que alguien se enamorará algún día de mí?».

Lola trató de borrar de su mente el amargo recuerdo. Duke ya no tardaría en llegar. Él se encargaría de deshacerse de Junior. Mientras tanto, ella tenía que descansar, descansar...

Lola se incorporó y parpadeó cegada por la luz. Oyó pasos en la escalera.

—¡Duke! —llamó.

Luego escuchó los pasos metálicos en el pasillo y el corazón le dio un vuelco.

La puerta se abrió bruscamente y el robot entró en la habitación.

—¡Duke! —gritó ella.

El robot la miró fijamente. Ella sintió su inescrutable y sobrenatural mirada en su rostro.

Lola trató de gritar de nuevo, pero de sus contraídos labios no salió sonido alguno.

Y luego el robot habló con su voz resonante y sobrehumana:

—Me dijiste que la mujer ama al más inteligente y más fuerte —gruñó el monstruo—. Tú me lo dijiste, Lola. —El robot se acercó más a ella—. Bueno, yo soy más fuerte e inteligente que él.

Lola intentó apartar los ojos del objeto que él llevaba en su garra metálica. Era redondo y poseía la mueca burlona de Duke.

La última cosa que Lola recordó al desplomarse fue el sonido de la áspera voz del robot, que repetía sin cesar: «Te amo, te amo, te amo...». Lo curioso es que tenía un tono *casi* humano.

**FIN**

# **El transgresor del tiempo**

*John Russell Fearn*



En una ocasión, el profesor Hardwick dio una conferencia erudita a un grupo de diligentes estudiantes.

—El tiempo no existe como hecho real —dijo el profesor Hardwick—. Es simplemente el término que la ciencia aplica a una condición del espacio que no es plenamente comprendida. Sabemos que ha habido un pasado, y podemos comprobarlo: también sabemos que habrá un futuro, pero no podemos demostrarlo. Ahí reside la necesidad de contar con el término «Tiempo», a los efectos que una dificultad insuperable pueda resultar explicable para el común entendimiento.

Éste fragmento de su exposición —una observación pedante, sin duda— llevó a Blake Carson, estudioso de la física en sus horas libres, a más profundas reflexiones.

Mucho más profundas. Habían transcurrido cinco años desde el día que Hardwick presentara su informe. Ahora Hardwick estaba muerto, pero el joven físico había asimilado plenamente todas sus observaciones, todos los tratados que él había adquirido. Entre los veinticinco y los treinta años, se había sumergido hasta las profundidades de las obras de Einstein, Eddington y Jeans.

«¡El Tiempo —anotó Blake Carson, en su pequeño laboratorio, al cabo de cinco años— definitivamente no existe! Es un concepto que se ha desarrollado debido a las limitaciones de un cuerpo físico. Y un cuerpo físico, según Eddington y Jeans, es la manifestación extrínseca del pensamiento mismo. Si se cambia el pensamiento, se cambia el cuerpo en la misma proporción. Creemos conocer el pasado. Por lo tanto, si adaptamos la mente a la situación, no habrá razón alguna para no poder conocer el futuro».

Dos años más tarde agregó una enmienda.

«El tiempo es un círculo, en el cual el pensamiento mismo y todas sus creaciones siguen un ciclo eterno, repitiéndose el proceso sin cesar. Por consiguiente, si hemos hecho en un remoto pasado las mismas cosas que estamos haciendo ahora, es lógico suponer que puede haber quedado atrás un efecto persistente de la memoria, un residuo del pasado que, desde el punto de vista del presente, persistirá en el futuro, por alejado que se encuentre en el círculo del tiempo.

»El medio del pensamiento es el cerebro. De ello se deduce que cualquier efecto persistente debe encontrarse en el cerebro. Si logramos constatar este hecho, tendremos la clave del tiempo futuro. Todo cuanto tendremos que hacer será excitar un recuerdo del pasado remoto».

De esta idea surgió en el laboratorio de Blake Carson una complicada masa de aparatos, que se pudo concretar gracias al dinero ahorrado con esfuerzo, y cuya instalación efectuó en sus horas libres. Una y otra vez armó y desarmó, probó y experimentó, hasta que finalmente recurrió a la ayuda de otros dos jóvenes con ideas similares a las suyas. Éstos no comprendían del todo su teoría, pero su entusiasmo ciertamente les impresionó.

Por fin las cosas estuvieron a la medida de sus deseos, citó a sus dos amigos un sábado por la noche y les mostró con orgullo sus aparatos.

Dick Glenbury tenía espesa melena, tez sanguínea y ojos azules: era un hombre honesto e impulsivo. Hart Cranshaw era exactamente todo lo contrario: lívido, de cutis terso y cabellos negros. Un físico brillante, un cínico inveterado, al que sólo su fabulosa inteligencia le salvaba de ser un pelmazo insoportable.

—Muchachos, lo logré —declaró Blake Carson con entusiasmo y los ojos grises brillantes—. Ya conocen mi teoría con respecto al efecto persistente. Esto —agregó, señalando los aparatos— servirá para probarla.

—No pretenderás utilizar todos estos armatostes en la exploración de tu cerebro para descubrir el punto correcto, ¿verdad? —inquirió Dick Glenbury.

—Ésa es la idea, en efecto.

—Y cuando lo hayas logrado, ¿qué? —preguntó Cranshaw, buscando, como de costumbre, el lado práctico de la cuestión.

—Será mejor que te responda cuando sepa algo concreto —repuso Carson, sonriendo—. Por el momento, sólo quiero que sigan mis instrucciones.

Se sentó en una silla situada inmediatamente debajo de aquella infinidad de extrañas lentes, lámparas y válvulas. Siguiendo las instrucciones, Glenbury se concentró en el tablero de control. Un proyector lanzó un rayo violeta que envolvió completamente la cabeza de Blake Carson.

Frente a éste, de manera que pudiera verla con claridad, se iluminó una pantalla con cuadrícula numerada, y apareció la silueta perfecta de su cráneo, como se vería mediante los rayos x. Sólo difería de una pantalla de rayos x en el hecho que las circunvoluciones del cerebro se destacaban con más nitidez que cualquier otra parte.

—¡Ahí está! —exclamó Carson de pronto—. Observen la sección nueve, cuadro cinco. Hay una marca ovalada negra..., un punto ciego. No hay repliegue alguno. Eso es un residuo persistente.

Oprimió un botón del brazo de la silla.

—He sacado una fotografía —explicó.

Luego, dando orden para que desconectaran el aparato, se puso en pie. Al cabo de pocos minutos, del depósito de revelado automático extrajo una copia definitiva. Se la mostró a los otros con evidente satisfacción.

—¿Y eso qué? —gruñó Cranshaw, con el desconcierto pintado en su lívido rostro—. Ahora que ya tienes un punto ciego, ¿de qué te servirá? Todo esto está muy lejos de mis conocimientos de física. Aún no puedes vislumbrar el futuro.

La última frase la dijo con cierta impaciencia.

—Pero lo lograré. —La voz de Carson era tensa—. ¿Han notado que ese punto ciego está situado exactamente donde, por lógica, debería estar? En el área subconsciente. Sólo hay un método para tener una noción clara de lo que encierra ese

punto.

—Sí —dijo Glenbury, con grave expresión—. Un cirujano debería conectar la porción en blanco con la parte activa de tu cerebro mediante un nervio. Y eso sería endiabladamente difícil.

—No preciso recurrir a un cirujano —afirmó Carson—. ¿Por qué debería ser necesariamente un nervio de verdad? Un nervio es tan sólo un conductor del cuerpo humano que transmite ligeras sensaciones eléctricas. Un simple aparato eléctrico puede hacer lo mismo. En otras palabras: un servicio artificial externo.

Se alejó un instante y volvió con un objeto muy parecido a un estetoscopio. En ambos extremos tenía cápsulas de succión y diminutas pilas secas. Las dos cápsulas estaban unidas por un fuerte cable.

—El cerebro emite descargas eléctricas de poca intensidad..., eso todo el mundo lo sabe —resumió Carson—. Éste nervio artificial puede captarlas a través de los huesos del cráneo. Por su conducto podremos conectar el punto ciego con la zona normal del cerebro. Al menos eso es lo que yo imagino.

—Perfectamente —dijo Dick Glenbury, dirigiendo una inquieta mirada a Hart Cranshaw—. A mí me parece una original manera de suicidarse.

—Como ahogarse en los propios excrementos —concedió Cranshaw.

—Si no se empecinaron en ver sólo la parte práctica de las cosas, me comprenderían mejor —rezongó Blake—. De cualquier manera, voy a probarlo.

Conectó de nuevo su equipo explorador del cerebro, estudió la pantalla y la fotografía un instante, luego adhirió un extremo del nervio artificial a su cráneo. Con la otra cápsula de succión recorrió distintas partes de su cabeza, sin dejar de observar la pantalla. Una y otra vez fracasó en su intento por localizar el punto ciego, hasta que finalmente fijó la cápsula con una ligera presión.

Una creciente sensación de náusea se apoderó de él, como si todo su organismo se volviera lentamente de dentro hacia fuera. El laboratorio, las caras tensas de Glenbury y Cranshaw se esfumaron misteriosamente y desaparecieron. Un cúmulo de imágenes cruzaron por su cerebro como reflejadas en la superficie de las aguas revueltas de un lago.

Una incipiente masa de impresiones penetró de pronto en su consciente. Había huidizas figuras humanas sobre un fondo de agrestes acantilados, contra los cuales se estrellaban espumosas olas marinas. En lo alto del acantilado parecían surgir las torres de una desconocida y remota ciudad, incomparablemente bella, bañada por la luz de un sol no visible.

Máquinas..., gente..., niebla. Un dolor extraordinario, agobiador...

Súbitamente abrió los ojos y se encontró tendido en el suelo del laboratorio con la garganta ardiendo por efectos del coñac.

—¡Tú y tus malditos y estúpidos experimentos! —explotó Dick Glenbury—.

Después de los primeros minutos, te desvaneciste como una luz.

—Ya te dije que era inútil —gruñó Cranshaw—. Las leyes de la física se oponen a este tipo de cosas. El tiempo está encerrado...

—No, Hart, no lo está. —Carson se incorporó del suelo, frotándose la dolorida cabeza—. Eso es definitivo —insistió.

Poniéndose de pie, se quedó inmóvil con la mirada fija y expresión soñadora.

—¡Vi el futuro! —musitó—. No era nada definido..., pero debió ser el futuro. Había una ciudad como jamás imaginamos. Todo se recortaba y sobreponía, como en un montaje. La causa de ello fue mi falta de precisión en el armado del nervio artificial. La próxima vez lo haré mejor.

—La próxima vez —repitió Cranshaw—. ¿Pretendes correr ese riesgo de nuevo? Puedes perder la vida antes de llegar al fin del experimento.

—Tal vez —admitió Carson, con voz apacible. Se encogió de hombros—. Los pioneros a menudo han tenido que pagar caro sus descubrimientos. Pero tengo una llave. Pienso seguir adelante, muchachos, hasta lograr abrir la puerta de esa incógnita.

Durante los meses siguientes, Blake Carson se concentró en sus experimentos.

Renunció a su empleo, pasando a vivir de sus ahorros, y se lanzó en cuerpo y alma en pos de su descubrimiento.

Al comienzo se entusiasmó al constatar la precisión y certeza con que podía obtener resultados. Luego, a medida que transcurrían los días, Hart Cranshaw y Dick Glenbury notaron que un extraño cambio se había operado en él, pues parecía malhumorado, temeroso de revelar sus progresos.

—¿Qué sucede, Blake? —inquirió con insistencia Dick Glenbury una noche cuando llegó para conocer los últimos detalles de su labor—. Has cambiado. Hay algo que te atormenta. A mí puedes decírmelo sin temor, soy tu mejor amigo.

Al ver la sonrisa de Blake Carson, Glenbury se dio cuenta de lo muy fatigado que parecía.

—Lo cual excluye a Hart, ¿eh? —preguntó Carson.

—No era exactamente eso lo que quería decir. Lo cierto es que, cuando se trata de enfrentarse con la verdad, él se muestra más bien escéptico. ¿Cuál es el problema?

—He descubierto cuándo voy a morir —declaró Carson, secamente.

—¿Y qué? Todos moriremos algún día —argumentó Dick Glenbury, enmudeciendo luego presa de una extraña desazón.

Había una rara expresión en el rostro demacrado de Blake Carson.

—En efecto, todos moriremos algún día, por supuesto, pero mi hora llegará dentro de un mes. El catorce de abril. Y moriré en la silla eléctrica acusado de asesinato en primer grado.

Dick Glenbury abrió desmesuradamente los ojos, aterrado.

—¿Qué? ¿Tú, acusado de asesinato? Pero, eso es absolutamente... Oye, ese

nervio artificial te ha hecho ver cosas disparatadas.

—Me temo que no, Dick —repuso Carson—. Ahora comprendo que la muerte pone punto final a esta fase particular de la existencia en este plano. La visión del futuro que he tenido corresponde a algún otro plano separado de éste, el plano donde, en última instancia, me llevarán las sucesivas muertes. Con la muerte, se interrumpe toda vinculación con las cosas de aquí.

—A pesar de todo no puedo creer que llegues a cometer un asesinato —dijo Dick Glenbury.

—Al menos moriré condenado por asesino —replicó Carson, con voz ronca—. El hombre que me meterá en ese futuro lío, y que tendrá una coartada perfecta, es: Hart Cranshaw.

—¿Hart? ¿Quieres decir que cometerá un crimen premeditadamente, de tal manera que las pruebas te acusen a ti?

—Sin ninguna duda. Ya sabemos cuán interesado está en mi invento; también sabemos que él está convencido de poseer un punto ciego en su cerebro, como todo el mundo. Hart, frío y calculador como es, aprecia el valor de este descubrimiento como medio para ganar poder y dominio para sí mismo. El mercado bursátil, las especulaciones en el juego, los hechos históricos antes que sucedan. Incluso podría llegar a dominar el mundo. Se apoderará de mi secreto y eliminará a los dos únicos hombres conocedores de su perversidad.

—¿Los dos únicos hombres? —repitió Glenbury—. ¿Te refieres a que yo también seré asesinado?

—Así es.

La voz de Carson parecía venir de muy lejos.

—¡Pero eso no puede suceder! —gritó Glenbury, con tono ahogado—. No estoy dispuesto a..., a dejarme asesinar sólo para que Hart Cranshaw se salga con la suya.

¡Maldición! Te olvidas, Blake, del hecho que un hombre avisado está medio salvado...

Nosotros podemos hacer fracasar sus propósitos. —Su voz se tornó más vehemente—. Ahora que sabemos lo que se propone, podemos tomar las medidas necesarias para frustrar sus planes...

—No —le interrumpió Carson—. Hace varias semanas que estoy pensando en esto, Dick..., y durante ese tiempo casi me he vuelto loco al comprender toda la verdad. La ley del tiempo es inexorable. ¡Lo que tiene que suceder, sucederá! ¿No te das cuenta todavía que todo lo que he visto es tan sólo un recuerdo infinitamente remoto del pasado, por cuyos momentos estamos pasando de nuevo? Todo esto ya ha sucedido antes. Tú serás asesinado, y ello es tan cierto como que yo sabía que vendrías aquí esta noche, y que yo seré condenado como autor de ese crimen.

La cara de Dick Glenbury había adquirido el color de la masilla.

—¿Cuándo ocurrirá eso?

—Exactamente a las once y nueve minutos de esta noche..., aquí. —Carson calló y tomó a Glenbury firmemente por los hombros—. Por la luz de las estrellas, Dick, no puedes comprender cuánto me duele todo esto, cuán terrible es para mí tener que decírtelo. Si te he hablado es porque conozco tu entereza.

—Bien.

Glenbury se dejó caer, sin fuerzas, en una silla. Durante unos instantes dejó vagar la mente. Luego se dio cuenta que su mirada, que parecía haberse congelado, estaba fija en el reloj eléctrico. Eran exactamente las diez y cuarenta minutos.

—A las once menos diez..., es decir, dentro de diez minutos..., llegará Hart —prosiguió Carson—. Sus primeras palabras serán: «Siento llegar tarde, muchachos, pero tuve que asistir a una reunión extraordinaria de la junta directiva». A continuación se producirá una disputa; luego, el asesinato. Todo está muy claro hasta el instante de mi muerte. Después de eso, Hart desaparece de mi futuro. La visión de la continuación de la vida en un plano distinto de éste es algo sobre lo que he meditado profundamente.

Dick Glenbury no habló, pero Carson continuó su discurso, como si pensara en voz alta.

—Supongamos —dijo— que yo tratara de realizar un experimento con el tiempo.

Digo supongamos, porque de acuerdo con mis conocimientos, nadie ha llegado nunca tan lejos..., supongamos que lograra alterar el orden del círculo. Supongamos que yo volviera, después de haber sido electrocutado, para obligar a Hart a reconocer que es el autor de tu asesinato y el responsable de mi errónea ejecución.

—¿Cómo?

La mente de Glenbury estaba demasiado aletargada como para seguir el razonamiento de Carson.

—Ya te he dicho que el cuerpo obedece a la mente. Normalmente, a mi muerte, recrearía mi organismo en un plano situado en otra dimensión que éste. Pero supongamos que mis pensamientos en el momento de la muerte se concentraran completamente en el retorno a este plano al cabo de una semana de la fecha de la ejecución. Eso sería el veintiuno de abril. Yo creo que de esa forma podría volver para enfrentarme con Hart.

—¿Estás seguro que puedes hacerlo?

—No; pero me parece lógico suponer que puedo. Puesto que el futuro, después de la muerte, está en otro plano, no puedo afirmar si mi plan será factible o no. Como te dije, Hart deja de estar en mi tiempo futuro desde el momento de mi muerte, a menos que pudiera cambiar el curso del Tiempo y, por consiguiente, hacer algo sin igual.

Entiendo que...

Carson se interrumpió al abrirse la puerta súbitamente y entrar Hart Cranshaw.

Dejó el sombrero sobre una silla con aire despreocupado.

—Lamento llegar tarde, muchachos, pero tuve que asistir a una reunión extraordinaria de la junta directiva... —Calló bruscamente—. ¿Qué te sucede, Dick? ¿Te sientes mal?

Dick Glenbury no respondió. Tenía la vista fija en el reloj. Eran exactamente las once menos diez minutos.

—Dick está bien —contestó Carson, girándose—. Sólo que acaba de sufrir un *shock*, eso es todo. Estuve echando una mirada al futuro, Hart, y descubrí muchas cosas que no son precisamente muy agradables.

—¡Oh! —Hart Cranshaw permaneció pensativo un instante, y luego agregó—: Por cierto, Blake, de pronto me doy cuenta que no me he mostrado demasiado cordial contigo, considerando la importancia de tu descubrimiento. Me gustaría saber más acerca de tu invento, si tú quieres hablarme de él.

—¡Claro, así se lo podrás robar! —gritó Glenbury bruscamente, levantándose de un salto—. Ésa es tu intención. Así lo ha visto Blake en el futuro. Y tratarás de matarme para conseguirlo. Pero no lo lograrás. ¡Por Júpiter que no! Así que no se puede burlar del Tiempo, ¿verdad, Blake? Ahora lo veremos.

Corrió hacia la puerta, pero no llegó a ella. Hart Cranshaw le tomó del brazo y le hizo retroceder de un tirón.

—¿De qué diablos estás hablando? —exclamó—. ¿Insinúas que pretendo asesinarte?

—Para eso viniste, Hart —declaró Carson en voz baja—. El tiempo no miente, y toda tu indignación e inocencia simulada no cambian tus reales intenciones. Piensas llevar a cabo grandes cosas con mi invento.

—Muy bien, supongamos que así sea —le espetó Hart Cranshaw, extrayendo prestamente una automática del bolsillo—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Blake Carson se encogió de hombros.

—¡Sólo lo que la ley inmutable me obligue a hacer!

—¡Al infierno con eso! —gritó Dick Glenbury con fiereza—. No pienso quedarme con los brazos cruzados obedeciendo leyes inmutables..., cuando mi vida está en peligro. ¡Hart, tira ese arma!

Hart Cranshaw se limitó a esbozar una fría sonrisa. Presa de la desesperación, Glenbury se abalanzó sobre él, tropezó con un cable tendido en el suelo y chocó contra el físico. Blake Carson, en aquel momento, no pudo saber si fue un accidente o fue un acto premeditado, pero el caso es que de la automática salió un disparo.

Hart Cranshaw permaneció un instante en silencio mientras Dick Glenbury se desplomaba lentamente al suelo y quedaba tendido en él. Los ojos de Blake Carson buscaron la esfera del reloj: ¡las once y nueve minutos!

Al fin, Hart Cranshaw pareció recobrarse. Sostuvo la automática con más

firmeza.

—Bien, Blake, tú conoces el futuro, por lo tanto debes saber lo que sucederá...

—Lo sé —le interrumpió Blake—. Ahora echarás este homicidio sobre mis espaldas. Mataste a Dick deliberadamente.

—Deliberadamente no: fue un accidente. Se produjo antes de lo que planeaba, eso es todo. Una vez ustedes dos fuera de mi camino, ¿quién me privará de convertirme en el dueño del mundo con ese artefacto tuyo? ¡Nadie! —Hart Cranshaw esbozó una torva sonrisa—. Lo tengo todo planeado, Blake. Para esta noche cuento con una coartada de hierro. No te será fácil demostrar que eres inocente del asesinato de Dick Glenbury.

—No lo lograré: eso ya lo sé.

—Hart Cranshaw le miró con desconfianza.

—Considerando lo que acabo de hacer..., y lo que haré a partir de ahora..., lo tomas con mucha calma.

—¿Por qué no? Al conocer el futuro se sabe de lo que inevitablemente no se puede escapar..., ni tú ni yo —dijo Blake Carson, subrayando las últimas palabras.

—Yo también he verificado qué me deparará el futuro y sé perfectamente bien que me esperan grandes cosas —replicó Cranshaw. Reflexionó durante unos segundos y luego hizo un gesto con su arma—. No me arriesgaré a que puedas destruir esa maquinaria, Blake. Primero te mataré y después ya elaboraré la coartada, pero no deseo que las cosas se compliquen demasiado. Toma el teléfono y llama a la policía. Les confesarás lo que has hecho.

Con resignada calma, Blake Carson obedeció. Cuando hubo terminado, Hart Cranshaw asintió complacido.

—Perfecto. Antes que llegue la policía, yo me habré ido, dejándote esta pistola para que puedas dar las explicaciones del caso. Como no me he sacado los guantes, no encontrarán ninguna huella dactilar mía, aun cuando tampoco estén las tuyas. De cualquier modo, sólo tú y Dick han estado aquí esta noche. Yo estuve en otra parte.

Puedo demostrarlo.

Blake Carson sonrió tristemente:

—Posteriormente, te presentarás fingiendo que eres mi compungido amigo, te ofrecerás para cuidar mi obra mientras yo esté encerrado, y gracias a los buenos abogados y a tu coartada de hierro permanecerás a salvo. Eso es muy inteligente, Hart.

Pero recuerda: ¡para todo hay una hora señalada!

—Por ahora —respondió Hart Cranshaw con su aire prepotente—, el futuro es de color de rosa en lo que a mí concierne...

Inevitablemente la ley procedió tal como Blake Carson había previsto. Una vez en manos de la policía, sometido a un intenso interrogatorio, vio que se desvanecían



todas sus posibilidades de librarse de la acusación. Carson fue condenado por asesinato en primer grado, y el tribunal dictó sentencia de muerte. El juicio se desarrolló en un tiempo notablemente corto, al ser considerado un delito flagrante, la prensa atacó a Carson despiadadamente. Ante el horrorizado asombro del abogado de Carson, éste se rehusó a apelar o a recurrir a los métodos habituales para demorar la ejecución. La actitud de Carson era fatalista, y no hubo forma humana de hacerle desistir de su aparente determinación de morir.

En su celda, Blake pasó la mayor parte del tiempo entre la sentencia y la ejecución cavilando acerca de los hechos que se habían producido a partir de sus experimentos.

En el pabellón de la muerte su conducta era ejemplar; permanecía callado; preocupado y sólo un poco triste. De hecho, todo su ser parecía concentrarse, obstinada y resueltamente, en una fecha: el veintiuno de abril. De su dominio de las fuerzas elementales en el instante de la muerte dependía la única posibilidad de modificar la ley del tiempo y enfrentar a Hart Cranshaw con lo imposible: un retorno de la muerte.

Ni una sola palabra de lo que intentaba hacer salió de su boca. Sin doblegarse ni desfallecer, llegó a la mañana de su último día, escuchó las breves palabras de consuelo del capellán de la prisión encerrado en su pétreo silencio y luego recorrió la corta distancia del sombrío pasillo, custodiado por dos guardias, hasta la cámara fatal.

Se sentó en la silla de la muerte con la calma de un hombre que se dispone a presidir una reunión de directorio.

El débil tintineo de las hebillas de las abrazaderas le distraía.

Apenas se daba cuenta de lo que sucedía en el lóbrego y débilmente iluminado cuarto. Si su concentración mental en aquella fecha había sido intensa hasta aquel instante, ahora se había convertido en una obsesión fanática. Rígido, con el sudor deslizándose por la cara bajo la compulsión de sus pensamientos, esperaba...

Entonces lo sintió: la torturante, estremecedora, paralizante corriente que arrasaba sus órganos vitales y luego se expandía y expandía en una angustia infinita en tanto que el mundo y el universo se revolvían en un fugaz infierno llameante de disolución...

Sintió como si se desplazara en un mar sin sustancia..., flotando solo. Un creciente asombro sustituyó ahora su concentración, sin duda en un esfuerzo por comprender la sobrenatural situación en que se encontraba.

Había muerto —su cuerpo había muerto—, de eso estaba convencido. ¡Pero ahora era preciso romper aquellas cintas de acero de la parálisis!

Intentó realizar un súbito esfuerzo y con ello todo pareció volver bruscamente a una cierta normalidad. Se sintió transportado repentinamente de un vacío intermedio a un entorno normal, o por lo menos mundano. Se movió con lentitud. Aún estaba

solo, tendido de espaldas en una llanura, sombría y fría, cubierta de un polvo rojizo. Le causó una sorpresa pasajera comprobar que todavía llevaba la delgada camisa de algodón y los pantalones de prisionero.

El intenso frío del ambiente parecía penetrarle hasta la médula de los huesos. Se estremeció mientras se ponía en pie y miraba a su alrededor.

«Claro. Al pensar en mi cuerpo, pensaba también en mis ropas, por eso es natural que también hayan sido recreadas...».

Con estupor, contemplaba lo que le rodeaba. El firmamento era de un azul violeta y estaba tachonado de innumerables estrellas. A su derecha se levantaba una agreste colina. Y por todas partes, el suelo rojo. Había transcurrido un lapso infinitamente largo.

Lanzando un grito ahogado, empezó a correr, sin aliento, hacia la colina y subió por la escarpada ladera precipitadamente. Al llegar a la cima se detuvo, asombrado.

Un sol rojo, de un tamaño inusitado, era cortado por la línea dentada del horizonte distante..., un sol en cuyo derredor se agrupaban las estrellas. Ahora era viejo, infinitamente viejo; su fuego incandescente casi se había extinguido.

—Millones de años, quintillones de años —musitó Blake Carson, dejándose caer sobre una roca y contemplando la solitaria y lóbrega vastitud—. En nombre del cielo, ¿qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Con la mirada perdida, haciendo un esfuerzo sobrehumano, trató de pensar con calma. Había planeado trasladarse a una semana más allá del día de su muerte. En cambio, había ido a parar allí, virtualmente al fin de la existencia de la Tierra, donde todo estaba marcado por la decrepitud. Se notaba en el Sol, que apenas se movía, lo cual significaba que el movimiento de rotación de la Tierra era casi inexistente. Se notaba en el suelo rojizo, por el óxido de hierro de la senilidad extrema, en la oxidación de los metales depositados en las profundidades de la tierra. Se notaba en la diafanidad del aire que había tornado los límites de la atmósfera de un color violeta azulado y hacía que el respirar fuese una pura agonía.

Y había algo más aparte de todo eso que Blake Carson sólo había comenzado a comprender. Ya no podría volver a ver el futuro.

«He alterado el curso normal de la posmuerte —pensó—. No me trasladé al plano contiguo para reasumir una continuación de la vida, y tampoco me detuve en el veintiuno de abril, como debería haber hecho. Ello sólo puede significar que en el último momento hubo un error imprevisible. Es posible que la descarga eléctrica haya perturbado mi esquema mental y desviado el foco de mis pensamientos, de modo que me desplazé hacia delante no una semana..., sino hasta aquí. Y debido a ese accidente también perdí la capacidad de prever el futuro. Si hubiese muerto por otra causa y no por una descarga eléctrica, posiblemente no se habría producido este error».

Se estremeció de nuevo al comenzar a soplar un viento glacial, que ululaba tristemente sobre la desolada planicie y a él le traspasaba como la hoja de un cuchillo.

Esforzándose por moverse, una vez más, se levantó. Comenzó a caminar por la cumbre de la colina, protegiéndose la cara de aquel desgarrador viento huracanado, y miró el panorama desde otro ángulo. Y desde allí obtuvo una nueva vista. Aparentemente..., eran ruinas.

Se puso a correr para mantener el cuerpo caliente, hasta que el aire enrarecido pareció que le haría estallar los pulmones. Aminoró la marcha y avanzó con paso vivo en dirección al sol imponente, casi inmóvil, y se detuvo por fin a la sombra de un amplio y erosionado edificio.

Era rojo como todo lo demás. En su interior había dos pesados restos de máquinas cubiertas de un manto de polvo, colosos de gran poder, abandonados y en desuso desde tiempo inmemorial. Las contempló, incapaz de descifrar su más remoto significado. Su mirada se dirigió hacia las ruinas informes de los soberbios edificios de metal herrumbroso que se elevaban en la parte posterior. Piso sobre piso, hacia el cielo violento. Se enfrentaba con lo que parecía un oxidado monumento a la desaparecida grandeza del Hombre, con las inexplicables y enormes máquinas que guardaban el secreto de su poderío...

¿Y dónde estaba el Hombre? ¿Había emigrado a otros mundos? ¿Yacía enterrado bajo el polvo rojo? Un violento escalofrío recorrió el cuerpo de Blake Carson ante la ineludible convicción de encontrarse absolutamente solo. Solo con las estrellas, el sol y el viento..., aquel viento horrible, que ahora gemía débilmente entre las ruinas, barriendo el extremo distante del horizonte y levantando una poderosa nube que oscurecía el fulgurante resplandor de las estrellas del hemisferio norte.

Al fin, Blake Carson se volvió. En el lejano límite de las ruinas sus ojos captaron un débil brillo, el reflejo de los rayos escarlata del Sol. Relucía como un diamante.

Intrigado, se dirigió prestamente hacia ello, descubriendo que la distancia era engañosa y que se encontraba casi a unos tres kilómetros de distancia. A medida que se acercaba, el cuerpo resplandeciente iba tomando la forma de una de las seis sólidas cúpulas de grueso cristal, de unos dos metros de diámetro.

En total había ocho, distribuidas en una meseta de la que previamente se habían removido las rocas y grava. Parecía el fondo de un cráter, rodeado de agrestes muros de roca. Con enorme curiosidad, Carson se acercó a la cúpula más próxima y miró a través del cristal.

En aquel instante se olvidó del melancólico silbar del viento y de su propia sensación de desesperada soledad..., ¡pues allí abajo había vida! ¡Vida en abundancia!

No vida humana, evidentemente, pero al menos había algo que se movía. Tardó un instante en comprender el sorprendente carácter de lo que había descubierto.

Quizás a unos sesenta metros bajo la cúpula, brillantemente iluminada, había una ciudad en miniatura. Le recordó el modelo de una ciudad del futuro que él había visto una vez en una exposición.

Había plataformas, aceras para peatones, torres y hasta naves aéreas. Todo era allí en una escala infinitamente reducida, y con toda seguridad se extendía más y más bajo la tierra, fuera de su campo de visión.

Pero las hordas ingentes eran de hormigas... Miríadas de ellas. No se afanaban sin designio aparente, como en su tiempo, sino que se movían en orden, con un propósito definido... ¿Hormigas en un mundo agonizante? ¿Hormigas con su propia ciudad?

—Pues claro —murmuró, y su aliento se heló sobre el cristal—. Evidentemente. La ley de la evolución: del hombre a la hormiga, y de la hormiga a la bacteria. La ciencia siempre lo concibió así. Esto jamás hubiera podido saberlo, porque el futuro que yo veía no se encontraba en este plano...

¿Y Hart Cranshaw? ¿Y el proyecto de venganza? Ahora parecía un plan muy remoto. Allí abajo tendría compañía: hormigas inteligentes que, fuera lo que fuese lo que pudieran pensar de él, tal vez llegaría un momento en que se comunicarían con él, le ayudarían...

De pronto, comenzó a golpear fuertemente con los puños el cristal, a gritar roncamente.

No hubo reacción inmediata. Golpeó de nuevo, esta vez frenéticamente, y las industriosas hordas se inmovilizaron de pronto, como desconcertadas. Luego comenzaron a dispersarse enloquecidas como partículas de polvo arrastradas por el viento.

—¡Abran! —gritaba él—. ¡Abran! ¡Me estoy congelando!

No tuvo una noción muy clara de lo que sucedió después, pero le pareció haber perdido momentáneamente la razón. Conservó el recuerdo confuso, velado, de haber corrido de una a otra cúpula, batiendo los puños contra sus lisas e implacables superficies.

El viento, un viento incesante, le había congelado la sangre. Al fin se desplomó en el saliente rocoso del límite de la meseta, hundió la cabeza entre las manos y comenzó a tiritar. Un poderoso deseo de dormir se apoderó de él, pero se desvaneció prestamente al darse cuenta que una nueva ola de pensamientos cruzaba por su mente, pensamientos que no le pertenecían.

Vio, en misteriosas formas caleidoscópicas, el ascenso del hombre a las supremas alturas: vio también la gradual comprensión del hombre de encontrarse en un mundo condenado a la extinción. Vio diezmarse las multitudes y cómo sobrevivían los más aptos..., la lenta e inexorable labor de la Naturaleza mientras adaptaba la vida a la conveniencia de sus necesidades últimas.

Como en un vasto panorama de todas las eras, entretejiéndose extensos lapsos de tiempo, Blake Carson vio transformarse el cuerpo humano en el de la termita, de la cual la termita de su propia época no era sino un antepasado, la forma experimental, por así decirlo. Las termitas, dotadas de una inteligencia superior a la humana, habían construido aquellas ciudades subterráneas, ciudades provistas de todos los elementos científicos para subvenir a todos sus requerimientos y necesidades, dependiendo en un grado muy ínfimo de la Tierra agonizante, debido a su pequeño tamaño. Sólo bajo tierra estaban a salvo de la letal atmósfera.

En efecto, la Naturaleza había sido omnisciente en su organización y lo sería aún más cuando llegase a la última mutación en bacterias. Bacterias indestructibles, que podrían vivir en el espacio, flotar hacia otros mundos, comenzar de nuevo. El eterno ciclo.

Carson levantó la cabeza de pronto, confundido al pensar cómo era posible que supiera todas aquellas cosas. Al enfrentarse con lo que se ofrecía ante su vista, se levantó de un salto, para caer sentado de nuevo en seguida, ya que sus piernas estaban ateridas de frío.

Junto a él se extendía un pequeño ejército de hormigas, que parecía una mancha negra en la lisa superficie roja de la meseta. ¡Transmisión de pensamiento! De ahí sus conocimientos. La verdad había sido introducida en su mente con toda deliberación.

Ahora lo comprendió claramente, pues fue bombardeado a preguntas mentales, pero provenientes de tantas mentes, que resultaban del todo confusas.

—¡Abrigo! —gritó—. Alimento y calor..., eso es lo que yo necesito. He transgredido los límites del Tiempo..., y fue un accidente lo que me trajo a esta era. Ustedes me considerarán como un ejemplar de los seres que fueron vuestros antepasados, por lo tanto estoy seguro que les seré útil. Si permanezco aquí fuera, el frío no tardará en matarme.

—Tú mismo provocaste el accidente, Blake Carson. —Percibió con toda claridad una de las ondas mentales—. Si hubieras muerto como establecía la ley del Tiempo, habrías pasado al siguiente estadio de la existencia, a un plano aparte de éste. En cambio, trataste de derrotar el Tiempo con el fin de poder llevar a cabo tu venganza.

Nosotros, que comprendemos el Tiempo, el Espacio y la Vida, vemos cuáles eran tus intenciones.

»Ahora no puedes recibir ayuda. La ley del cosmos dispone que debes vivir y morir de acuerdo con sus dictados. Y la muerte que experimentarás esta vez no será la normal transición de este plano a otro, sino la transición a un plano que no podemos visualizar. Has desviado para siempre la línea cósmica del Tiempo que tenías trazada.

Jamás podrás corregir esa desviación.

Blake Carson, asombrado, deseaba poder mover sus miembros congelados. Se daba perfecta cuenta que estaba agonizando, pero el interés que sentía mantenía aún

despierta su mente.

—¿Es ésta vuestra hospitalidad? —murmuró—. ¿Es ésta la bondad de una era científicamente adelantada? ¿Cómo pueden ser tan despiadados, sabiendo por qué intentaba vengarme?

—Conocemos el porqué, ciertamente, pero es trivial comparado con tu infinita transgresión al tratar de adaptar las leyes científicas a tus propios fines. El ultraje a la ciencia es imperdonable, no importa cuál haya sido el motivo. Eres una regresión, Blake Carson..., ¡un intruso! Sobre todo para nosotros. Nunca encontrarás a Hart Cranshaw, el hombre que buscabas. Jamás.

Blake Carson entrecerró súbitamente los ojos. Notó que mientras había recibido esos pensamientos, el grueso de las hormigas se había retirado a considerable distancia; sin duda habían perdido interés en él y regresaban a sus dominios. Sin embargo, la intensidad de los pensamientos que llegaban hasta él no había disminuido.

De pronto, comprendió la causa de ello. Una termita, más grande que las demás, estaba sola sobre el suelo rojizo. Carson la contempló con ojos ardientes, en tanto los íntimos pensamientos de aquel ser diminuto sondeaban su cerebro.

—Ya comprendo —murmuró—. ¡Sí, ya comprendo! Me han sido desvelados tus pensamientos. Tú eres Hart Cranshaw. Tú eres el Hart Cranshaw de esta era. Lograste tu objetivo. Te apoderaste de mi invento..., sí, te convertiste en el amo de la ciencia, en el señor de la Tierra, tal como habías planeado. Descubriste la manera de proseguir en el plano normal después de cada muerte, lo cual es perfectamente factible si no se muere electrocutado. Eso fue lo que arruinó mi plan: la silla eléctrica.

»En cambio, tú proseguiste indefinidamente, muriendo y volviendo a nacer una y otra vez con un organismo diferente y, no obstante, idéntico. ¡Un hombre eterno, dueño de más poder cada vez! —La voz de Carson se había tornado aguda como un chillido. Luego, se calmó—. Hasta que por fin la Naturaleza te transformó en una hormiga, convirtiéndote incluso en el jefe de una comunidad de termitas. ¡Qué poco imaginaba yo que mi descubrimiento pondría el mundo en tus manos! Pero si yo he transgredido una ley cósmica, Hart Cranshaw, tú también lo has hecho. Has burlado el curso natural del tiempo, una y otra vez, con tus innumerables decesos. Te has mantenido en este plano, cuando deberías haber pasado a los otros. Ambos somos transgresores. Tanto para ti como para mí, en esta ocasión la muerte significará lo desconocido.

En aquel momento, una energía que no provenía de su propio cuerpo le dio a Blake Carson renovadas fuerzas. La vida retornó a sus miembros de plomo y se puso en pie trastabillando.

—De nuevo estamos juntos, Hart, después de todos esos quintillones de años.

¿Recuerdas lo que te dije hace muchísimo tiempo? ¿Que para todo hay una hora

señalada? Ahora comprendo por qué no quieres salvarme.

Dio un paso adelante mientras, súbitamente y con fantástica velocidad, la termita corría hacia la masa de sus congéneres, que se alejaban. Una vez estuviese entre ellas, como Carson sabía muy bien, no habría posibilidad alguna de identificarla.

Consciente de ello, logró dar un salto con gran esfuerzo. Fue el último movimiento que pudo realizar. Cayó de bruces, y su mano se cerró en torno al huidizo insecto. Se le escapó. Carson le vio correr por el dorso de su mano..., luego frenéticamente a través de la palma, cuando él abrió los dedos con toda suavidad.

No supo cuánto tiempo estuvo contemplándola..., pero al fin la hormiga corrió hasta la punta de su dedo pulgar. Bruscamente, su dedo índice se cerró sobre el pulgar..., y apretó.

Se encontró de pronto mirando la mancha negra que había quedado en las yemas de sus dedos.

No pudo extender más la mano. La parálisis se había apoderado completamente de sus miembros. Sintió un profundo y punzante dolor en su corazón. Se le nubló la visión. Le pareció que se deslizaba...

Pero durante la transición hacia el Más Allá comenzó a comprender algo más. ¡Él no había burlado el Tiempo! ¡Y Hart Cranshaw tampoco! Todo aquello ellos ya lo habían hecho antes..., lo volverían a hacer..., indefinidamente, mientras existiera el Tiempo.

Muerte..., transición..., renacimiento..., evolución..., regresión a la era de la ameba..., superación hasta llegar al hombre..., el laboratorio..., la silla eléctrica...

Eterno. ¡Inmutable!

**FIN**

# **El Poder**

*Murray Leinster*



*Memorándum del profesor Charles, Departamento de Latín, Universidad Haverford, al profesor McFarland, de la misma facultad:*

*Estimado profesor McFarland:*

*Entre una colección de documentos latinos del siglo xv, que recibimos recientemente de Europa, hemos encontrado tres que parecen tener relación entre sí. Nuestro interés reside en el latín de esa época, pero su contenido considero que entra en el campo de su especialidad. Se los adjunto con una traducción libre de los mismos. Le agradeceré que me haga conocer su reacción.*

*Charles.*

A Johannes Hartmannus, Licenciado en Filosofía  
Alojado en la casa del orfebre Grote  
Calle del Dyed Flee  
Leyden, Países Bajos

Amigo Johannes:

Te escribo la presente desde la Posada Cabeza del Godo, en Padua, el segundo día después de San Miguel, Anno Domini 1482. Escribo con premura porque un honorable holandés que reside aquí viaja a su patria y ha prometido llevar mi correo. Es un rústico bonachón, pero muy ignorante. No le hables de misterios. No sabe nada de nada. Menos que nada. Dale las gracias, convídale a beber y háblale de mí como de un devoto y notable estudiante. Luego olvídate de él.

Mañana parto de Padua para la realización de todas mis esperanzas y las tuyas.

Ésta vez estoy seguro. Vine aquí a comprar perfumes y mandrágora, así como los demás elementos para llevar a cabo una Obra de la mayor importancia imaginable, que efectuaré dentro de cinco noches en lo alto de una colina cercana a la aldea de Montevocchio. He descubierto una Palabra y un Nombre de incalculable poder, que en el lugar de mi conocimiento deberán darme la luz de todos los misterios. Cuando leas estas líneas, estaré en posesión de poderes cuya existencia Hermes Trismegisto sólo podía adivinar, y de los cuales Albertus Magnus podía hablar tan sólo de oídas. He sido engañado otras veces, pero en esta ocasión estoy seguro. ¡He visto pruebas!

Estoy temblando de agitación al escribirte. Seré breve. Descubrí estas pruebas y la Palabra y el Nombre en la aldea de Montevocchio. Llegué al pueblo al anochecer, desconsolado porque había perdido un mes buscando a un sabio sobre el que había oído contar grandes cosas. Luego le encontré..., ¡y no era más que un anticuario

estúpido sin conocimiento alguno de los misterios! Así en mi camino llegué a Montevecchio, y allí me hablaron de un hombre que en aquellos instantes estaba agonizando porque había obrado maravillas. Había llegado a la aldea a pie el día anterior. Iba envuelto en suntuosos ropajes, y sin embargo hablaba como un rústico. Al principio se mostró templado y humilde, pero pagó la comida y el vino con una moneda de oro, y los lugareños se arrastraron hasta él, pidiéndole limosna. Él les tiró un puñado de monedas de oro, y al difundirse la noticia, el pueblo entero enloqueció de codicia. Se arracimaron en torno a él, suplicando y gritando, y acudían en tropel, cada vez más ansiosos, a medida que él trataba de satisfacer sus deseos. Se dice que el hombre se atemorizó y pretendió huir al verse así asediado. Pero la gente se aferró a sus ropas, clamando su pobreza, hasta que súbitamente sus lujosos ropajes se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos, y el hombre se convirtió en un andrajoso aldeano más entre ellos, y la bolsa de la cual extraía el oro no era más que una simple talega rústica llena de cenizas.

Esto había sucedido tan sólo un día antes de mi llegada, y el hombre aún vivía, aunque en grave estado porque los lugareños creyeron que se trataba de un brujo y le atacaron con mayales y piedras y luego le arrastraron hasta la casa del cura del pueblo para que le exorcizara.

Vi a ese hombre y hablé con él, Johannus, después de presentarme ante el cura como un devoto estudiante de las artes de las que se valía Satanás en la forma de brujería. Apenas respiraba, a causa de los huesos fracturados y de las múltiples heridas. Era natural de la comarca, y hasta aquel momento parecía un rústico simplote y común. Para asegurarse que yo intercedería ante el sacerdote para que le absolviera antes de morir, el hombre me lo contó todo. ¡Y fue mucho!

En esa misma colina donde yo efectuaré la Obra dentro de cinco noches, él se encontraba echando una siesta un mediodía, cuando se le apareció un Poder y se le brindó para iniciarle en los misterios. El aldeano era estúpido. En vez de aceptar, pidió riquezas. Así, el Poder le dio lujosos ropajes y una bolsa que no vaciaría nunca, siempre y cuando —dijo el Poder— no estuviese muy cerca de cierto metal que destruye todo cuanto proviene del misterio. Y el Poder le advirtió que aquello era en pago por el envío de un hombre docto a aprender lo que había ofrecido enseñarle al rústico, porque se daba cuenta que éstos no tenían luces. Por consiguiente, le dije al aldeano que iría a saludar a aquel Poder y cumpliría sus deseos, y él a su vez me dijo el Nombre y la Palabra para invocarle, y también el Lugar, rogándome, por fin, que intercediese por él ante el sacerdote.

Éste me mostró una simple moneda de oro, de las que el aldeano había repartido.

Era de la época de Antonius Pius, sin embargo tan brillante y flamante como si hubiera sido recién acuñada. Tenía el peso y el aspecto del oro auténtico. Pero el sacerdote, con una mueca, puso sobre ella el crucifijo que llevaba colgado de una

delgada cadena de hierro que le ceñía la cintura. Instantáneamente, la moneda desapareció, dejando en su lugar como una brasa encendida que, al apagarse, se convirtió en un montoncito de cenizas.

¡Lo vi con mis propios ojos, Johannus! Por eso me vine rápidamente a Padua a comprar perfumes y mandrágora y los otros elementos para una Obra con el fin de rendir honores a ese Poder que invocaré dentro de cinco noches. Ofreció sabiduría al rústico que sólo deseaba riquezas. ¡Pero yo ansío poseer sabiduría más que riquezas, y no queda ninguna duda del hecho que soy docto en lo concerniente a misterios y Poderes! No conozco a nadie, salvo a ti mismo, que me supere en el verdadero conocimiento de las ciencias ocultas. ¡Y cuando leas esto, Johannus, mi saber hasta superará el tuyo! Pero puede ser que obtenga la fórmula misteriosa para trasladarme hasta tu desván, y así te informaré personalmente, antes que recibas esta carta, de los resultados de esta extraordinaria buena suerte que me hace estremecer de emoción sólo de pensar en ella.

Tu amigo Carolus,  
en la Posada Cabeza del Godo, Padua

... afortunado, quizá, que se me haya presentado la oportunidad de enviarte una segunda misiva, por intermedio de un soldado mutilado, recién dado de baja de una banda de mercenarios, y que se dirige a su hogar para pasar el resto de sus días sentado al sol. Le he dado una moneda de oro y le prometí que le entregarías otra al recibir este mensaje. Puedes cumplir esta promesa o no, según te plazca, pero bien vale una moneda de oro el fragmento de pergamino con extraños símbolos que te adjunto.

Ítem: Me mantengo en comunicación diaria con el Poder acerca del cual te escribí, y todos los días descubro grandes misterios.

Ítem: Ya soy capaz de hacer prodigios tales que el hombre jamás pudo lograr mediante ciertos sellos y talismanes que el Poder ha preparado para mí.

Ítem: El Poder se niega categóricamente a revelarme los Nombres o encantamientos mediante los cuales se logran esas maravillas para poder yo mismo preparar tales talismanes. En cambio, me instruye en materias diversas que nada tienen que ver con el logro de prodigios, mientras yo me muero de impaciencia que, sin embargo, trato de disimular.

Ítem: Dentro de este envoltorio hay un trozo de pergamino. Ve a un lugar remoto y, una vez allí, rómpelo en pedazos y espárcelos por el suelo. Instantáneamente, a tu alrededor, aparecerá un bello jardín con frutos maravillosos, estatuas y una glorieta.

Podrás utilizar ese jardín según tus deseos, pero si una persona entra en él —o tú mismo— llevando una espada o una daga o cualquier objeto de hierro, por pequeño

que sea, dicho jardín desaparecerá inmediatamente y jamás volverá a aparecer.

Esto puedes comprobarlo cuando te plazca. En cuanto al resto, soy como un prisionero ansioso ante las mismas puertas del Paraíso, a quien le prohibieran ir más allá de la antecámara, por el hecho que el Poder se rehusa a revelarme las verdaderas esencias del misterio, y sólo me ofrece las migajas..., que, no obstante, son los más fabulosos prodigios de los que se tenga conocimiento y que nunca fueran realizados antes. Por ejemplo, el pergamino que te mando. Éste artilugio lo he probado muchas veces. En mi talego conservo muchos sellos semejantes, que el Poder ha preparado para mí ante mi insistencia. Pero cuando, secretamente, he tomado otros pergaminos y copiado en ellos los mismos símbolos con la más absoluta exactitud, han resultado no poseer valor alguno. Deben haber palabras o fórmulas, las cuales será preciso pronunciar a modo de conjura, o bien —y eso me parece más probable— un sello más importante, que otorgan a los pergaminos sus propiedades mágicas. Comienzo a elaborar un plan —un plan muy atrevido— para conseguir incluso ese sello.

Pero tú desearás saber acerca de la Obra y sus resultados. De Padua regresé a Montevecchio, donde llegué a los tres días. El aldeano que había obrado prodigios estaba muerto: al crecer el temor de los lugareños, le partieron el cráneo a golpes de mazo. Eso me complació, pues temía que revelara a otras personas la Palabra y el Nombre que me había confiado. Hablé con un sacerdote y le expliqué que había estado en Padua, donde recibiera instrucciones de los más altos dignatarios con respecto al arte de obrar prodigios, y que había regresado con poderes especiales para invocar y exorcizar al espíritu maléfico que había enseñado al aldeano tales artes.

Al día siguiente —¡con la ayuda del propio sacerdote!— llevé a lo alto de la colina los inciensos y cirios y las demás cosas necesarias para llevar a cabo la Obra. El sacerdote temblaba de miedo, pero se habría quedado si yo no le hubiese pedido que se fuera. Y llegó la noche, y yo tracé el círculo mágico y el pentáculo, con los Signos en sus respectivos lugares. Y cuando salió la luna nueva, encendí los inciensos y las velas finas e inicié la Obra. He sufrido muchos fracasos, como bien sabes, pero esta vez tenía confianza y absoluta entereza. Cuando llegó el momento de recurrir al Nombre y la Palabra los pronuncié en voz alta, tres veces, y esperé.

En la cima de esa colina hay muchas rocas grisáceas. A la tercera invocación del Nombre, una de las rocas estalló y se desintegró. Luego una voz dijo secamente:

—¡Ah! ¡De modo que ésa es la causa de este olor hediondo! ¿Mi mensajero te envió aquí?

En el lugar donde estuviera la roca había una sombra, y yo no podía ver con claridad. Pero hice una reverencia en esa dirección.

—Poderosísimo Poder —dije, con voz temblorosa porque la Obra daba resultado—, un aldeano que obraba prodigios me dijo que deseabas conversar con un hombre docto.

Comparado con Vuestra Potencia soy un ignorante, sin duda, pero he dedicado toda mi vida al estudio de los misterios. Por ello he venido a ofrecerle mi veneración o celebrar cualquier otro pacto que puedas exigir a cambio de sabiduría.

La sombra adquirió movimiento, y el Poder se adelantó. Tenía el aspecto de una criatura de no más de una ana y media, y su expresión a la luz de la luna denotaba una sardónica impaciencia. El fragante humo pareció arremolinarse en torno a él, formando una nubosidad que le envolvía.

—Me parece —dijo la seca voz— que eres tan imbécil como el aldeano con quien hablé. ¿Quién crees que soy?

—Un Príncipe Celestial, Vuestra Potencia —contesté con voz trémula.

Hubo un instante de silencio. Luego el Poder dijo con tono de fastidio:

—¡Hombres! ¡Eternamente estúpidos! Oh, hombre, yo soy simplemente el último ser de un contingente que viajó en una flota de naves espaciales desde otra estrella. El centro de este planeta vuestro está constituido por el maldito metal que es fatal para los aparatos de mi raza. Unas pocas de nuestras naves se acercaron demasiado. Otras intentaron ayudarlas y compartieron su suerte. Hace muchos, muchos años, descendimos de los cielos y nunca más pudimos elevarnos de nuevo. Ahora he quedado yo solo.

Hablar del mundo como de un planeta era absurdo, claro. Los planetas vagan entre las estrellas, recorriendo sus ciclos y epiciclos como explicó Tolomeo hace un millar de años. Pero en seguida comprendí que quería ponerme a prueba. Por ello, con cierto descaro le dije:

—Señor, no soy pusilánime. No es necesario que trates de engañarme. ¿Acaso yo no sé de aquellos que fueron expulsados del Cielo por haberse rebelado? ¿Debo escribir el nombre de vuestro conductor?

Él sólo acertó a decir «¿Eh?», como un anciano. Entonces, sonriendo, escribí en la tierra el verdadero nombre de Aquél a quien el vulgo llama Lucifer. Él consideró las marcas en la tierra y exclamó:

—¡Bah! Eso no tiene sentido. ¡Una más de vuestras leyendas! Escucha, hombre, yo pronto moriré. Durante más años de los que podrías imaginar, me he escondido de los de tu raza y su maldito metal. Les he observado, hasta sentir desprecio por ellos.

Pero..., me muero. Y no tiene sentido que los conocimientos desaparezcan conmigo.

Deseo impartir a la humanidad el saber que, de otro modo, me llevaría conmigo a la tumba. Ello no causará perjuicio alguno a los de mi especie, y en cambio puede proporcionar a la raza humana cierto grado de civilización con el correr de los años.

Yo me incliné hasta el suelo ante él. Ardía de ansiedad.

—¡Oh, Potentísimo! —exclamé, exultante—. Puedes confiar en mí. Guardaré vuestros secretos como una tumba. ¡Ni el mínimo detalle será divulgado jamás!

De nuevo su voz denotó fastidio al decir secamente:

—Yo deseo que estos conocimientos se difundan para que todos puedan asimilarlos. Pero... —Entonces profirió un sonido que yo no comprendí, pero que me pareció irrisorio—. Lo que tengo que decir puede ser útil, aun cuando se falsee y distorsione. Y no creo que seas capaz de mantener los secretos inviolados. ¿Tienes pluma y pergamino?

—¡No, Señor!

—Volverás, entonces, preparado para escribir lo que yo te dictaré.

Pero se quedó allí, observándome. Me formuló preguntas, que yo respondí con presteza. Luego él habló con voz meditativa, y yo le escuché ávidamente. Su discurso poseía una rara similitud con el de un solitario que hubiera profundizado el estudio del pasado, pero en seguida comprendí que hablaba en lenguaje cifrado, con alegorías, de las cuales de cuando en cuando afloraba la verdad. Como quien habla en aras del recuerdo, se refirió al sitio de donde provenía su raza situado en lo que describió como un espléndido planeta tan distante, que ni hablando en leguas ni siquiera haciendo comparaciones con la extensión de los continentes podría darme una idea de la distancia real. Habló de las ciudades donde moraban sus congéneres — en esto, por supuesto, comprendí perfectamente lo que quería decir— y me contó de grandes flotas de objetos voladores que se elevaban de esas ciudades para trasladarse a otras muy distantes, y de la música que flotaba en el aire de manera que cualquier persona, desde cualquier lugar del planeta, podía escuchar dulces sonidos y sabios discursos a voluntad. En esto no había metáfora alguna, pues todo el mundo sabe de la perpetua y dulce música celestial. Pero en seguida agregó una metáfora, porque se sonrió y observó que la música no tenía nada de misterioso, sino que se trataba de ondas como las de la luz, sólo que de mayor longitud. ¡Y esto encerraba evidentemente una clave, porque la luz es un fluido impalpable sin longitud y con toda seguridad sin ondas!

Luego habló de viajes a través del vacío del empíreo, lo cual tampoco es muy claro, porque todos podemos ver que los cielos están poblados de estrellas, y él habló de muchos soles y de otros mundos, algunos de los cuales estaban congelados y otros eran simplemente de roca estéril. La oscuridad de tales asertos es evidente. Y habló del acercamiento a este mundo, que es el nuestro, y de un error cometido como si se tratara de un cálculo matemático —en vez de una rebelión— a causa del cual se aproximaron a la Tierra como Ícaro al Sol. Luego volvió a hablar en metáforas, porque habló de máquinas, que sirven para arrojar piedras contra los muros, y en un sentido más amplio para moler trigo y extraer agua. Pero habló de máquinas que se calentaban a causa del maldito metal del centro de la Tierra, y de la incapacidad de resistir la atracción de la Tierra —otra metáfora— por parte de sus congéneres, y luego habló de un notable descenso desde los cielos. Y todo esto, evidentemente, es

un metafórico relato de la expulsión de los Rebeldes del Cielo y una prueba que él es uno de dichos Rebeldes.

Cuando calló, le rogué humildemente que me revelara un misterio e hiciese la gracia de brindarme protección por si acaso mi conversión tomaba estado público.

—¿Qué le sucedió a mi mensajero? —inquirió el Poder.

Se lo conté, y él escuchó sin pestañear. Tuve buen cuidado en explicarle exactamente lo sucedido, pues naturalmente él debía saberlo —como debe saberlo todo— gracias a su dominio de los misterios, y la pregunta no era sino una nueva prueba.

Sin ninguna duda, yo estaba convencido que el mensajero, así como todo lo sucedido era obra suya con el fin de llevarme a mí, un devoto estudiante de los misterios, hasta aquel lugar para que conversara con él.

—¡Hombres! —exclamó al fin, amargamente. Luego agregó con frialdad—: ¡No! No puedo ofrecerte protección. Mi especie no tiene protección alguna en esta tierra. Si estás dispuesto a aprender lo que puedo enseñarte, debes correr el riesgo de enfrentar la furia de tus conciudadanos.

Pero entonces, súbitamente, escribió en un pergamino y oprimió el fino pergamino contra algún objeto que llevaba en su costado. Después lo tiró al suelo.

—Si los hombres te acosan —dijo, despectivamente—, rompe este pergamino y lánzalo lejos de ti. Si no llevas encima algún objeto del metal maldito, ello les distraerá mientras huyes. ¡Pero una simple daga hará que no surta efecto alguno!

Luego se alejó. Desapareció. Y yo me quedé temblando durante largo tiempo, antes de acordarme de la fórmula dada por Apollonius de Tiana para ahuyentar a los malos espíritus. Me aventuré a salir del círculo mágico. Nada malo me sucedió. Recogí el pergamino y lo examiné a la luz de la luna. Los símbolos escritos en él eran ininteligibles, aun para mí que he estudiado todo cuanto se conoce acerca de los misterios. Sumido en mis cavilaciones, regresé al pueblo.

Te cuento todo eso en detalle para que veas que este Poder no hablaba con el orgullo ni con el tono amenazador que señalan muchos autores al referirse a los misterios y Obras. A menudo se dice que el adepto debe conducirse con gran firmeza durante una Obra, de otro modo los Poderes que ha invocado le dominarán. Sin embargo, este Poder hablaba con aire fatigado, con ironía, como el que ve la muerte muy cercana. Y también se refirió a la muerte, lo cual, por supuesto, era una prueba y me causó una decepción, ¿pues acaso no son inmortales los Príncipes de las Tinieblas?

Éste Poder tenía algún designio oculto que no quería revelarme. Por ello entiendo que debo mostrarme muy cauteloso en esta preciosa oportunidad.

En el pueblo le dije al sacerdote que había dado con un espíritu maléfico, el cual me había implorado que no le exorcizara, prometiendo a cambio revelarme el sitio

donde estaban ocultos ciertos tesoros que pertenecieran a la Iglesia, que él no podía tocar ni descubrir a los hombres perversos porque eran sagrados. Me procuré pergamino, plumas y tinta, y al día siguiente me dirigí solo a la cima de la colina. No había nadie; después de asegurarme que no era observado —y luego de desembarazarme de la daga—, rompí el pergamino y dejé caer los fragmentos al suelo.

Inmediatamente apareció un tesoro compuesto de oro y joyas tan fabuloso, que cualquier ser humano se habría vuelto loco de avaricia. Había bolsas, arcas y cajas rebosantes de oro y piedras preciosas, la mayoría de las cuales se habían reventado por el peso y su contenido se había derramado por el suelo. Había gemas que reflejaban los rayos del sol poniente, y anillos y collares con brillantes engarzados, y unos montones tan monstruosos de monedas de oro de antiguo cuño...

¡Johannus, hasta yo mismo casi me volví loco! Como si estuviera soñando, me abalancé sobre el oro y hundí mis manos en los montones. Babeando, llené mis ropajes de rubíes y ristra de perlas, y rellené mi talego de monedas de oro, sin dejar de reír en forma enloquecida. Me revolqué entre las riquezas, lanzando monedas de oro en el aire y dejándolas caer sobre mí. Reía y cantaba de contento.

Entonces oí un ruido. Instantáneamente, me sentí embargado de terror al pensar en el tesoro. De un salto me apoderé de mi daga y lancé un gruñido, dispuesto a defender mis riquezas hasta la muerte.

Luego una voz seca dijo:

—¡Ya veo que no te importan las riquezas!

El tono era marcadamente burlón. El Poder me estaba observando. Ahora le veía con más claridad, aunque no nítidamente, pues una especie de neblina le envolvía.

Tenía, como dije, una ana y media de estatura, y de su frente surgían unos pseudópodos, que no eran cuernos, si bien lo parecían, salvo por los bulbos que coronaban sus puntas. Su cabeza era grande y... Pero ¿qué objeto tiene que trate de describirle si, con toda seguridad, podía asumir mil formas distintas?

Quedé aterrorizado, porque no estaba protegido por el Círculo ni por el Pentáculo. Pero el Poder no hizo movimiento amenazador alguno.

—Ésas riquezas son auténticas —dijo, secamente—. Tiene el color, el peso y la consistencia de la sustancia. Pero tu daga lo destruirá todo...

Didias de Corinto ha afirmado que el tesoro del misterio debe acondicionarse mediante una Obra especial antes que se torne permanente y quede libre de los poderes de Aquéllos que lo crearon. Sin ese acondicionamiento, pueden transformarlo de nuevo en hojas o en cualquier otro desecho.

—Tócalo con tu daga —me ordenó el Poder.

Yo obedecí, sudando de temor. Y en cuanto la hoja de hierro entró en contacto con una enorme pila de oro, se produjo un súbito cambio y me envolvió un leve



fulgor. Y el tesoro —¡todo, hasta la más diminuta perla embrionaria!— se desvaneció ante mis ojos.

Reapareció, humeante, el pergamino. Se convirtió en cenizas. La daga me abrasaba los dedos. Ardía.

—¡Ah sí! —exclamó el Poder, asintiendo—. El campo de fuerza genera energía. Cuando el hierro la absorbe, se produce calor. —Luego me miró, pero no con hostilidad—. Has traído plumas y pergamino —agregó—, y al menos no utilizaste el talismán para sorprender a tus conciudadanos. Además, tuviste el buen criterio de no quemar más productos pestilentes. Tal vez hay una pizca de inteligencia en ti. Seré indulgente contigo. Siéntate y toma pergamino y pluma... ¡Espera! Pongámonos cómodos. Envaina la daga, o mejor, déshazte de ella.

La guardé bajo la pechera. Y pareció concentrarse, y tocó algo en su costado, e inmediatamente nos encontramos dentro de una bella glorieta con blandos almohadones y un surtidor cantarín.

—Siéntate —dijo el Poder—. Sé que a los hombres les encantan estas cosas. Me lo dijo un individuo con quien hice amistad. Unos asaltantes le habían herido y despojado de sus bienes, por cuyo motivo no llevaba ningún objeto del maldito metal encima, y así pude ayudarle. Él me enseñó a hablar la lengua que los hombres usan actualmente.

Pero al fin creyó que era un espíritu maligno y trató valerosamente de malquererme.

Mis manos aún temblaban por la agitación que la pérdida del tesoro había despertado en mí. ¡En verdad, se trataba de un tesoro de tal magnitud como ningún rey haya poseído jamás, Johannus! ¡Hasta mi propia alma lo ansiaba! Las monedas de oro solamente habrían llenado tu desván hasta el techo, pero el piso habría cedido ante su peso, y con las joyas se hubieran podido llenar un sinfín de barriles. ¡Ah, Johannus!

¡Qué tesoro!

—Lo que te dictaré —dijo el Poder— al principio tendrá poca significación. En primer lugar te daré hechos y teorías, porque son más fáciles de recordar. Luego te informaré de las aplicaciones de las teorías. Entonces los hombres contarán con los rudimentos de la única civilización que puede existir en un medio donde reside el maldito metal.

—¡Vuestra Potencia! —le rogué con toda mi bajeza—. ¿Me concederás otro talismán del tesoro?

—¡Escribe! —ordenó.

Yo escribí. Y, Johannus, ni yo mismo puedo contarte lo que escribí. Él desgranaba palabras, y éstas eran tan oscuras que no tenían sentido alguno, mientras las iba registrando en el pergamino. ¡Lee con atención y recurre a tu sabiduría para la

realización de los misterios que encierran! «La civilización de mi raza está basada en campos de fuerza que poseen la propiedad de actuar sobre todas las esencias substanciadas. Una piedra de imán está rodeada de un campo de fuerza que es invisible e intangible. Pero los campos que los míos utilizan para crear viviendas, herramientas, vehículos e incluso maquinaria son perceptibles para los sentidos y actúan físicamente como sólidos. Aún más: somos capaces de formar esos campos en estado latente; y hasta fijarlos en objetos orgánicos como campos permanentes que no requieren energía para su mantenimiento, así como los campos magnéticos no necesitan provisión de energía para perdurar. Nuestros campos, asimismo, se pueden proyectar como sólidos tridimensionales, que asumen cualquier forma que se desee y poseen todas las propiedades de la sustancia a excepción de la afinidad química».

¡Johannus! ¿No es increíble que las palabras puedan formar frases acerca de los misterios tan vacías de sentido con respecto a su verdadero significado místico? Yo las escribo una y otra vez con la desesperada esperanza que, al fin, me darán la clave, ¡pero me devano los sesos tratando de descifrar las instrucciones para las Obras que tales enigmas deben ocultar! Te daré otro ejemplo: «Una vez construido el generador de campos de fuerza de acuerdo con lo que antecede, se descubrirá que los campos latentes, que son conscientes, sirven perfectamente como controles. Uno sólo tiene que visualizar el objeto deseado, conectar el control auxiliar del generador y éste lo diseñará en el campo latente de la conciencia...».

En ese primer día de escritura, el Poder habló durante horas, y yo escribí hasta que se me acalabró la mano. De cuando en cuando, durante una pausa, le leía lo que había escrito. Él escuchaba, satisfecho.

—¡Señor! —le dije, temblando—. ¡Poderoso Señor! ¡Vuestra Potencia! Éstos misterios que me haces anotar..., ¡están más allá de toda comprensión!

Pero él repuso con tono burlón:

—¡Escribe! Algunos de ellos serán comprensibles para alguien. Y yo los iré explicando poco a poco hasta que incluso tú podrás comprenderlos. —Luego agregó—: Te aburres. Deseas un juguete. ¡Bien! Te haré un talismán para que puedas volver a poseer aquel tesoro con el que jugabas. Agregaré otro que te proporcionará una nave con un motor accionado con energía del mar, que te llevará donde desees sin necesidad de viento ni marea. Te daré otros para que puedas crear un palacio donde tú quieras, y bellos jardines a tu gusto...

Éstos prodigios, él los ha hecho, Johannus. Parece que le divierte escribir en los fragmentos de pergamino, y concentrarse y luego presionarlos contra su costado, antes de lanzarlos al suelo para que yo los recoja. Me ha explicado, muy alegremente, que el prodigio en el talismán está completo, aunque latente, y se realiza al romper el pergamino, si bien el hierro lo absorbe y lo destruye. ¡De tal manera habla en clave, pero por otro lado a veces bromea!

Resulta extraño imaginarlo, pero poco a poco he llegado a considerar a este Poder como una persona. Ello no está de acuerdo con las leyes del misterio. Siento que se encuentra solo. Parece encontrar entretenimiento al conversar conmigo. Sin embargo, es un Poder, ¡uno de los Rebeldes que fueron arrojados a la Tierra desde el Cielo! Él sólo habla de ello en términos vagos, metafóricos, como si hubiera llegado de otro mundo como *el* mundo, aunque mucho más grande. Habla de sí mismo como de un viajero del espacio, y se refiere a su raza con afecto, y al Cielo —en todo caso a la ciudad de donde procede, pues debe haber muchas grandes ciudades allí— con un extraño y orgulloso amor. Si no fuese por sus poderes, que son misteriosos, no me costaría creer que es el solitario miembro de una raza desconocida, exiliado para siempre en un extraño lugar, que ha hecho amistad con un ser humano a causa de su soledad. Pero ¿cómo podría existir semejante ser y no un Poder? ¿Cómo podría ser posible que existiese otro mundo?

Ésta insólita conversación hace diez días o más que dura. He llenado hojas y más hojas de pergamino. Las mismas metáforas se repiten una y otra vez. «Campos de fuerza» —una expresión carente de sentido literal— aparece a menudo. Hay otras metáforas tales como «bobinas» y «primario» y «secundario», que aparecen en contextos donde se hace mención de alambres de cobre. ¡Hay descripciones detalladas, como si se hubieran hecho con el más común de los lenguajes, de placas de metales disímiles que deben colocarse en ácido, y otras descripciones de placas de metales similares que deben estar separadas por capas de aire o de cera de cierto espesor de las placas de ciertas áreas! Y hay una explicación de los medios por los cuales puede vivir. «Al estar adaptado a una atmósfera mucho más densa que la de la Tierra, me veo obligado a conservar en torno mío un campo de fuerza que mantiene la densidad del aire en un punto muy cercano al de mi planeta, para poder respirar. Éste campo es transparente, pero a causa del movimiento constante para cambiar y renovar el aire que respiro, causa una cierta nubosidad que toma la forma del contorno de mi cuerpo. La mantiene el generador que llevo en mi costado, el cual, al mismo tiempo, provee la energía para los otros artefactos creados por campos de fuerza que considere convenientes». ¡Ah, Johannus! ¡Me estoy volviendo loco de impaciencia! Si no tuviera la certeza respecto a que algún día me proporcionará la clave de ese lenguaje metafórico, mediante el cual se puedan extraer los Nombres y las Palabras que causan tales prodigios, sería presa de la desesperación.

Sin embargo, se ha mostrado cada vez más complaciente conmigo. Me ha donado cuanto talismán le he pedido, y he tenido ocasión de ponerlos a prueba. El que es capaz de crear un bello jardín es uno de ellos. Dice que desea transmitir a los hombres los conocimientos que posee, y entonces me hace escribir discursos cifrados sin sentido, tales como: «El propulsor de una nave capaz de volar a una velocidad superior a la de la luz es una adaptación del simple generador ya descrito mediante la

alteración de sus constantes de manera que al no poder generarse en el espacio normal, debe crear un espacio artificial gracias a la tensión. El proceso es...». O bien —estoy seleccionando los fragmentos al azar, Johannus—: «El metal maldito, el hierro, debe ser eliminado no sólo de todos los circuitos, sino también de la proximidad de los aparatos que utilizan oscilaciones de alta frecuencia, ya que absorbe su energía y anula el funcionamiento...».

Soy como un hombre que tiembla de emoción en el umbral del Paraíso, y que sin embargo no puede entrar porque no se le entrega la llave. «¡La velocidad de la luz!». ¿Qué puede significar esa metáfora? En buen romance, ¡igualmente podríamos hablar de la velocidad del clima o del granito! Diariamente le ruego que me brinde la clave de su discurso. ¡A pesar de todo, en los talismanes que prepara para mí hay más poder del que jamás haya conocido el hombre hasta ahora!

Pero ello no es suficiente. El Poder habla como si fuese el ser más solitario del mundo; el último miembro de una extraña raza en la Tierra; como si le causara un raro y fraternal placer el simple hecho de hablar conmigo. Cuando le pido un Nombre o una Palabra que me proporcionarían más poder que el de los talismanes, se ríe y me llama tonto, aunque muy afablemente. Y sigue hablando en forma metafórica de fuerzas de la naturaleza y de campos de fuerza..., y entonces me ofrece un talismán que, si lo usara, ¡crearía un palacio con muros de oro y columnas de esmeraldas! ¡Y luego, muy divertido, me recuerda que un saqueador codicioso provisto de un hacha o un azadón de hierro lo haría desaparecer completamente!

¡Poco falta para que me vuelva loco, Johannus! Pero no hay duda respecto a que él posee algún saber inexpresable que deberé sonsacarle. Gradualmente, con toda cautela, he llegado a tratarle como si fuésemos amigos, de distinta raza y él mucho más sabio que yo, pero amigos antes bien que Príncipe y vasallo. No obstante ello, recuerdo las advertencias de los autores más prestigiosos con respecto a que uno siempre debe estar en guardia contra los Poderes que haya invocado en una Obra.

Tengo un plan. Es peligroso, bien lo sé, pero estoy cada vez más desesperado.

Encontrarse anhelante en el umbral de semejante sabiduría y poder como jamás el hombre haya soñado, y luego ver que te son negados...

El mercenario que te llevará la presente, parte mañana. Es un hombre mutilado y tal vez tardará meses en hacer el viaje. Todo estará resuelto antes que recibas estas líneas. Sé que me deseas lo mejor.

¿Hubo alguna vez un estudiante de los misterios ante una situación tan afligente, con todos los conocimientos al alcance sin poder apoderarse de ellos?

Tu amigo,

Carolus.

Escrito en la infecta posada de Montevecchio.

¡Johannus! Un correo va a Gante en comisión para Mi Señor de Brabante y tengo ocasión de mandarte una misiva. ¡Creo que me estoy volviendo loco, Johannus! Tengo tanto poder como jamás poseyó nadie, y me abraza la fiebre de la amargura. ¡Escúchame bien!

Durante tres semanas subí diariamente a lo alto de la colina cercana a Montevecchio y tomé al dictado el discurso cifrado respecto del cual te escribí. Mi talego quedó repleto de talismanes, pero ni una sola Palabra del Poder ni Nombre de Autoridad. El Poder se volvió burlón, si bien parecía tristemente burlón. Sostenía que sus palabras no encerraban mensaje cifrado alguno y que sólo era cuestión de leerlas.

Algunos pasajes los repitió una y otra vez hasta que no fueron más que instrucciones para unir porciones de metal, de manera mecánica. Luego me hizo seguir esas instrucciones. Pero de la Palabra y el Nombre, nada..., nada salvo fragmentos de metal expertamente unidos. ¿Y cómo puede el metal inanimado, sin estar imbuido del poder del misterio mediante Nombres o Palabras o conjuros, poseer la capacidad de obrar prodigios?

Al fin me convencí del hecho que jamás me revelaría el saber que me había prometido. Y mi trato con ese Poder se había tornado tan familiar, que podía atreverme a rebelarme, e incluso a creer que tenía posibilidades de salir airoso. Estaba la nubosidad en torno a su cuerpo, la cual era mantenida por el talismán que llevaba al costado y al que llamaba «generador». Si esa nubosidad era destruida, él no podría seguir viviendo, o al menos así me lo había dicho. Era por esa razón que no se arriesgaba a tocar nada que fuese de hierro. En esto residía el fundamento de mi plan.

Simulé estar enfermo, y le dije que descansaría en una cabaña de pastor con techo de paja, deshabitada de larga data, situada al pie de la colina donde vivía el Poder. Era seguro que no había clavos de hierro en tan rudimentaria morada. Si sentía por mí el afecto que manifestaba sentir, me otorgaría permiso para no concurrir a la colina durante mi enfermedad. Si su afecto era muy grande, incluso podría venir a visitarme y charlar conmigo en la cabaña. Estaría sólo en la esperanza que su amistad llegase a ese extremo.

¡Extrañas palabras en boca de un hombre que se dirige a un Poder! Pero hacía tres semanas que hablaba con él diariamente. Permanecí acostado en la cabaña, suspirando en mi soledad. Al segundo día, se presentó. Simulé sentir una gran alegría, y me apresuré a encender un fuego con una vela que había mantenido prendida. Él lo consideró como un honor, pero en verdad era una señal. Y entonces, mientras él me hablaba creyéndome postrado por mi enfermedad, se oyó un grito fuera de la cabaña.

Era el sacerdote del pueblo, un hombre simple pero muy valiente a su manera. Al

ver la señal del humo que salía de la choza de pastor, se había acercado sigilosamente y tendido a su alrededor una cadena de hierro, que habíamos recubierto de tela para que no hiciera ruido. Y ahora se erguía ante la puerta de la cabaña con su crucifijo levantado, entonando exorcismos. Era en verdad muy valiente, el sacerdote, porque yo le había descrito el Poder como un espíritu maligno.

El Poder se volvió y fijó sus ojos en mí, y yo aferré mi daga con mano firme.

—Tengo el metal maldito —le dije con tono amenazador—. Un anillo de hierro rodea esta cabaña. ¡Dime inmediatamente las Palabras y los Nombres que obran estos prodigios! ¡Dime el secreto de lo que me dictaste en lenguaje cifrado! Hazlo, y daré muerte al sacerdote y retiraré la cadena para que puedas salir de aquí sano y salvo.

Pero date prisa, o...

El Poder dejó caer un talismán al suelo. Cuando el pergamino entró en contacto con la tierra, se formó instantáneamente una nubosidad como si algún ser horrible hubiera comenzado a corporizarse. Mas luego el pergamino humeó y se convirtió en cenizas. El anillo de hierro en torno de la cabaña había destruido su poder al ser utilizado. El Poder supo que lo que yo decía era verdad.

—¡Ah! —exclamó el Poder, con voz ronca—. ¡Hombres! ¡Y yo que creía que uno de ellos era mi amigo! —Se llevó la mano al costado—. ¡No hay duda! Debería haberlo sabido. Estoy rodeado de hierro. El motor arde...

Me miró. Yo levanté la daga, que sostenía con firmeza.

—¡Los Nombres! —grité—. ¡Las Palabras! ¡Concédeme el poder y mataré al sacerdote!

—Traté de darte sabiduría —repuso el Poder calmamente—. Y tú me amenazas con el maldito metal si no te revelo cosas que no existen. Pero no será necesario que me apuñales. No puedo vivir durante mucho tiempo dentro de un anillo de hierro. El generador se quemará; el campo de fuerza se interrumpirá. Me ahogaré en la tenue atmósfera terrestre, que es suficientemente densa para ustedes. ¿No te parece eso satisfactorio? ¿Debes apuñalarme, también?

Salté de mi jergón de paja, amenazándole con más fiereza. Era una locura, ¿no es cierto? ¡Pero yo estaba loco, Johannus!

—Detente —ordenó el Poder—. Si quisiera podría matarte ahora mismo, y moriríamos juntos. Pero yo creí que eras mi amigo. Saldré a hablar con tu sacerdote.

Prefiero morir en sus manos. Quizá no es más que un imbécil.

Se dirigió con paso firme a la puerta. Cuando pasó por encima de la cadena, me pareció notar que salía una espira de humo, pero él tocó aquello que llevaba en su costado. La nubosidad que le envolvía se esfumó. Se oyó como una especie de soplido, y sus vestiduras se agitaron tal se diría al impulso de una ráfaga de viento. Trastabilló.

Mas siguió caminando, y volvió a manipular el aparato del costado y apareció de

nuevo la nubosidad, y avanzó con más firmeza. No intentó retroceder en ningún momento.

Caminó directamente hacia el sacerdote, y aún pude ver que su paso estaba investido de severa dignidad.

Y..., vi que los ojos del sacerdote se dilataban horrorizados. Porque veía al Poder por vez primera, y el Poder tenía una ana y media de estatura, con una enorme cabeza y pseudópodos bulbosos que surgían de su frente, y el sacerdote no dudó ni un instante que se trataba de un Poder y que era uno de aquellos Rebeldes que habían sido expulsados del Cielo.

Oí que el Poder le hablaba al sacerdote, con dignidad. No pude escuchar lo que le decía. La decepción que sentía encendía mis iras. Pero el sacerdote no vaciló. Mientras el Poder avanzaba hacia él, el sacerdote se adelantó hacia el Poder. El horror alteraba su rostro, pero tenía una expresión decidida. Alargó la mano con el crucifijo que siempre llevaba colgando de la cadena de hierro que le ceñía la cintura. Trató de tocar al Poder con él, gritando: *In nomine Patri...*

Luego apareció una nube de humo. Surgía del sitio donde el Poder llevaba el artefacto con que ponía en contacto los talismanes que había hecho, para imbuirles el poder del misterio. Y entonces...

Quedé cegado. Se hizo un resplandor de una fantasmal luz azulada, como si hubiese caído un rayo del Cielo. Después, se formó una bola de terroríficas llamas amarillas, que producían una nube de humo negro. Hubo el violento bramido de un trueno tremendo.

Luego allí no había nadie más que el sacerdote, erguido, con el rostro ceniciento, la mirada decidida, las cejas chamuscadas, entonando salmos con voz temblorosa.

Me he trasladado a Venecia. Mi talego está repleto de talismanes con los que puedo obrar maravillas. Ningún ser humano es capaz de realizar semejantes prodigios.

Pero no los utilizo. Trabajo día y noche, hora tras hora, minuto a minuto, tratando de descubrir la clave para comprender el lenguaje cifrado que encierra la sabiduría que el Poder poseía y deseaba transmitir a los hombres. ¡Ah, Johannus! Soy poseedor de esos talismanes y puedo obrar prodigios, mas cuando los haya usado habrán desaparecido y mis poderes con ellos. Tuve una oportunidad de acceder al saber como jamás hombre alguno tuvo antes, ¡y la he perdido! Sin embargo, dedicaré años..., ¡qué digo!..., ¡todo el resto de mi vida, buscando el verdadero significado de las palabras del Poder! Soy el único hombre del mundo que haya conversado diariamente, durante semanas enteras, con un Príncipe de los Poderes de las Tinieblas, y fuese considerado por él como un amigo hasta el extremo de aceptar que ello le acarrearía su propia destrucción. ¡Debe ser cierto que cuanto copié encierra una gran sabiduría! Pero cómo lograré interpretar el misterio que se oculta en metáforas

tales como, por ejemplo, la de este fragmento escogido al azar: «... placas de dos metales disímiles, sumergidos en un ácido, generan una fuerza para la cual los hombres aún no poseen un nombre, y que, sin embargo, constituye el fundamento de la verdadera civilización. Tales placas...».

¡Mi frustración es tan grande, que me vuelvo loco, Johannus! ¿Por qué no me habló con claridad? No obstante, yo lograré desvelar el secreto...

*Memorándum de Peter McFarland, Departamento de Física, Universidad Haverford, al profesor Charles, Departamento de Latín, de la misma facultad:*

*Estimado profesor Charles:*

*Mi reacción es: ¡Maldición! ¿Dónde está el resto de este material?*

*McFarland.*

**FIN**





MICHAEL ASHLEY. (Nacido en 1948) es un bibliógrafo británico, autor y editor de ciencia ficción, misterio y fantasía.

Es editor de la serie de larga duración de antologías de cuentos *Mammoth Book*, cada uno de los cuales gira en torno a un tema en particular de misterio, fantasía o ciencia ficción. Tiene un interés especial en las revistas de ficción y ha escrito varios volúmenes de *History of the Science Fiction Magazine* y un estudio de la revista británica de ciencia ficción *The Age of the Storytellers*. Ganó el Premio Edgar de *The Mammoth Encyclopedia of Modern Crime Fiction*. Además de los libros que ha escrito, ha editado y preparado la publicación de la novela *The Enchantresses* (1997) por Vera Chapman. Ha colaborado en numerosas obras de referencia incluyendo *The Encyclopedia of Fantasy* (como editor colaborador) y *The Encyclopedia of Science Fiction* (como editor colaborador de la tercera edición). Escribió los libros para acompañar las exposiciones de la Biblioteca Británica, *Taking Liberties* en 2008 y *Out of This World: Science Fiction But Not As You Know It*, en 2011.

# Notas

[1] «Amazing Stories», febrero de 1937, publicada por Teck Publications Inc. Springfield, Massachusetts. De una carta firmada por «Braxton Wells» en la columna Discussions, página144. <<

[2] «Amazing Stories», agosto de 1938, publicada por Ziff-Davis Publishing Co., Chicago, Illinois. De la columna editorial The Observatory, por Raymond A. Palmer, página 4. <<

[3] «Marvel Science Stories», febrero de 1939, publicada por Western Fiction Publishing Co, Chicago, Illinois. De una carta firmada por W. Lawrence Hamling en la sección de cartas al director Under the Lens, página 128. <<

[4] «Fantastic Adventures», mayo de 1939, publicada por Ziff-Davis Publishing Co. De la columna editorial The Editor's Notebook, por Raymond A. Palmer, página 4.

<<

[5] «Science Fiction», junio de 1939, publicada por Blue Ribbon Magazines, Inc. Nueva York. De una carta firmada por Ray Bradbury y el comentario de Charles Hornig en la sección de cartas al director The Telepalh, página 126. <<

[6] «The Original Science Fiction Stories», julio de 1958, publicada por Columbia Publications, Inc., Nueva York. Del editorial Those Letter Columns, de Robert A. W. Lowndes, página 122. <<